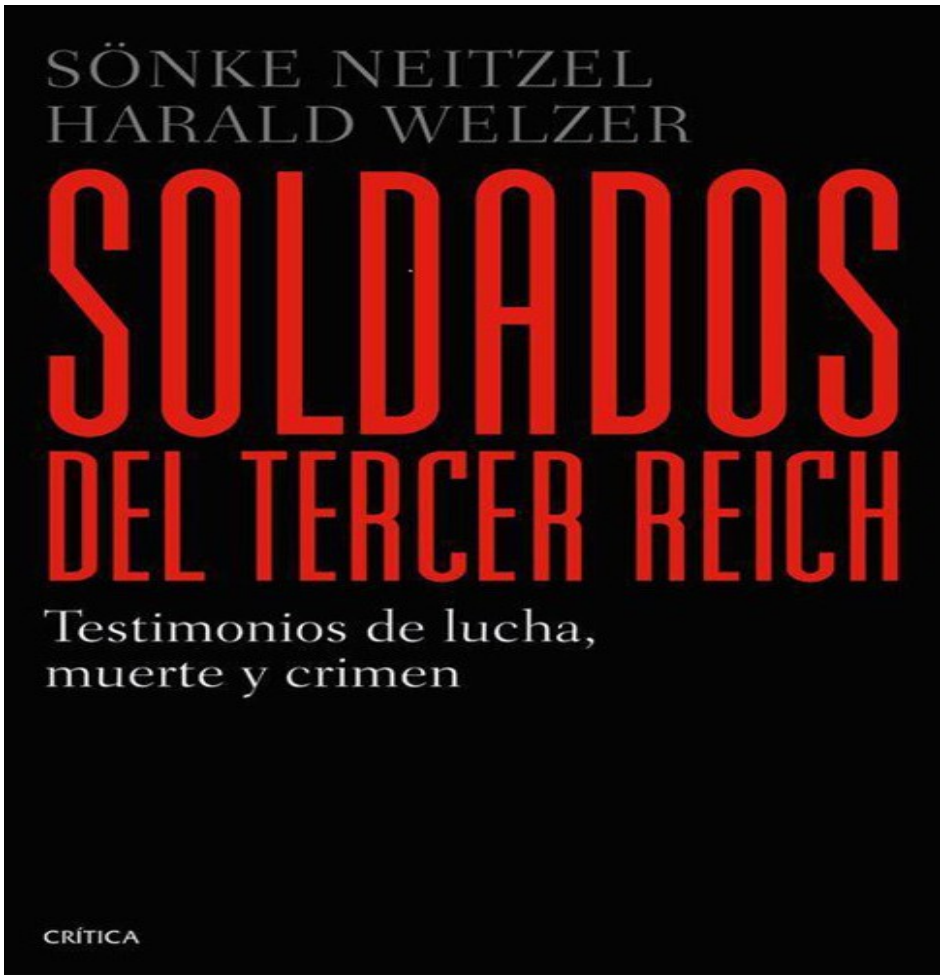
SÖNKE NEITZEL
HARALD WELZER

SOLDADOS DEL TERCER REICH

Testimonios de lucha, muerte y crimen

CRÍTICA


SÖNKE NEITZEL
HARALD WELZER
SOLDADOS
DEL TERCER REICH
Testimonios de lucha,
muerte y crimen
CRÍTICA

Índice

Portada
Prólogo de Sönke Neitzel
Prólogo de Harald Welzer
1. Ver la guerra con los ojos de los soldados: análisis de los marcos de referencia
2. El mundo de los soldados
3. Luchar, matar y morir
¿Cuán nacionalsocialista fue la guerra de la Wehrmacht?
Apéndice
Agradecimientos
Índice de abreviaturas
Notas
Bibliografía
Créditos

Prólogo de Sönke Neitzel

Era un típico día de noviembre en Inglaterra: nubes bajas, llovizna y ocho grados. Como ya había hecho a menudo, cogí la District Line hasta Kew Gardens, bajé en esta pintoresca estación de metro del sudoeste de Londres y me dirigí a paso rápido al Archivo Nacional británico, para enterrarme allí en antiguos expedientes. La lluvia, aún más desagradable que de costumbre, me apremiaba. En la zona de la entrada —como siempre—, impresionaba la cantidad de vigilantes, que examinaron someramente mi cartera. Luego pasabas junto a la pequeña librería, hasta la consigna, y subías las escaleras hasta la sala de lectura, donde, a más tardar, la moqueta verde chillón te convencía de que allí no había cambiado nada desde la última visita.

En aquel otoño de 2001, trabajaba como profesor invitado en la Universidad de Glasgow y me había permitido realizar una corta visita a Londres. Unas pocas semanas antes, me había tropezado con el libro de Michael Gannon sobre el giro que dio la batalla del Atlántico en mayo de 1943. El estudio contenía también algunas páginas de transcripción de conversaciones de tripulantes de submarinos alemanes, que me habían despertado la curiosidad. Tenía constancia de que existían informes de interrogatorios de prisioneros alemanes, pero no de que se los hubiera escuchado en secreto y a escondidas. Quería seguir esa pista a toda costa. Tampoco es que esperase nada demasiado emocionante, desde luego. ¿De qué podía tratarse? Unas pocas páginas de conversaciones incoherentes, oídas de boca de alguno y anotadas por algún otro. Son incontables las veces en las que pistas esperanzadoras no han conducido a nuevas fuentes, sino a callejones sin salida.

Sin embargo, esta vez fue distinto. En mi pequeña mesa de trabajo había un grueso fajo de expedientes, quizá de unas ochocientas páginas en total, atado con un mero cordel. Las finas hojas estaban aún limpiamente ordenadas una sobre otra; yo tenía que ser uno de los primeros que las tenía

en las manos. Deslicé la mirada sobre incontables actas de diálogos, transcritos palabra por palabra, de soldados de la Marina alemana; en su mayoría, tripulantes de submarinos. Ochocientas páginas, solo del mes de septiembre de 1943. Si había crónicas de septiembre, debía haber también algunas de octubre y de noviembre de 1943. Y ¿qué ocurrió durante los otros años de la guerra? De hecho, sí existían volúmenes gruesos de los otros meses. Poco a poco fui cayendo en la cuenta de que había topado con la punta de un iceberg. Emocionado, solicité más y más actas. Descubrí que no solo se había escuchado a los tripulantes de los submarinos, sino también a soldados del ejército de Tierra y de la Luftwaffe. Quedé absorbido por la lectura de las conversaciones y me sentí transportado de inmediato al mundo interior de la guerra, que se abría ante mí. Oía a los soldados hablar formalmente, pero también los veía gesticular y debatir. Lo que más me sorprendió fue la franqueza con la que hablaban de luchar, matar y morir. Metí en la maleta varias copias de pasajes interesantes y volé de regreso a Glasgow. Al día siguiente, en el Instituto Histórico, me encontré por casualidad con el profesor Bernard Wasserstein y le puse al corriente de mi nuevo hallazgo. Le dije que tal vez fuera una fuente del todo novedosa y que tal vez podría dar pie a una tesis doctoral. «You want to give it away?», me preguntó, extrañado. La frase resonó mucho tiempo en mi cabeza. No, el profesor tenía razón: era un tesoro que debía conservar para mí.

Desde entonces, viajé repetidamente a Londres y empecé a comprender con qué había topado en realidad: durante el conjunto de la guerra, los británicos habían espiado sistemáticamente las conversaciones de varios miles de prisioneros alemanes, y algunos cientos de italianos; los pasajes que se antojaban más interesantes los habían grabado en clisés de cera que luego se habían transcrito. Todo el conjunto de actas había sobrevivido a la guerra y se había liberado en 1996. Sin embargo, durante los años posteriores nadie se percató de la importancia de estas fuentes, que siguieron dormitando, desconocidas, en las estanterías del depósito.

En 2003 publiqué una primera selección y, dos años más tarde, una edición con casi doscientas actas de conversaciones espiadas a los generales alemanes. Con ello, sin embargo, la valoración de estas fuentes solo avanzó un pequeño paso. Poco tiempo después hallé, en los Archivos Nacionales de

Washington, una colección muy similar, que doblaba el número de páginas de la británica, es decir, añadía unas cien mil páginas. Resultaba imposible analizar y evaluar en solitario aquella cantidad verdaderamente impresionante de actas.

Prólogo de Harald Welzer

Cuando Sönke Neitzel me llamó para contarme el hallazgo de esta nueva fuente, me quedé sin palabras: hasta entonces, nuestra investigación sobre la percepción de la violencia y la disposición a matar solo la habíamos podido apoyar en fuentes muy problemáticas: actas de investigaciones, cartas del servicio postal militar, informes de testigos oculares y memorias. Todas estas fuentes comparten un problema enorme: las afirmaciones, informaciones y descripciones que estas contienen se han concebido de un modo plenamente consciente y se dirigen a alguien: a un fiscal, a la esposa que está en casa, o a un público con el que, por razones muy diversas, uno desea compartir su punto de vista. Cuando los soldados hablaban entre sí en los campamentos, no había la misma intencionalidad; nadie sospechaba siquiera que sus historias y relatos pudieran convertirse alguna vez en una «fuente»; menos aún, que pudieran llegar a la imprenta. Las actas de investigaciones, las autobiografías y las entrevistas con testigos coetáneos constan sobre todo de informaciones de narradores que saben cómo ha terminado la historia y que hace tiempo que han titulado sus experiencias y su punto de vista con este conocimiento a posteriori. Aquí, en el hallazgo de Neitzel, los hombres hablaban y contaban qué pensaban de la guerra «en tiempo real»; es una fuente que permitía analizar de forma verdaderamente singular y novedosa la historia de la mentalidad de la Wehrmacht, quizá de las fuerzas armadas en general. Me sentí electrizado; nos despedimos pronto. No había ninguna duda de que yo, como psicólogo social, nunca podría evaluar en solitario el material, al no poseer conocimientos profundos sobre la Wehrmacht; y, a la inversa, solo desde la perspectiva histórica, no se podrían descifrar las actas de las conversaciones en todos sus aspectos comunicativos y psicológicos. Ambos ya habíamos trabajado antes de manera intensiva sobre la época del Tercer Reich y, en efecto, mirábamos los diálogos de los prisioneros desde perspectivas

completamente distintas. Solo mediante la combinación de nuestras especialidades —la psicología social y la ciencia de la historia— se podría acceder adecuadamente a esta fuente singular de la historia de las mentalidades y ajustar nuevamente el análisis de la conducta de los soldados. Pudimos convencer a la Fundación Gerda Henkel y la Fundación Fritz Thyssen de nuestro plan de iniciar de inmediato un proyecto de investigación más importante; así, al poco tiempo de producirse nuestro primer encuentro, dispusimos de medios para financiar un grupo de investigación[1] que atacó prontamente la inmensa cantidad de textos. El corpus británico, y una gran parte del material estadounidense, se pudo digitalizar y valorar mediante un programa informático de análisis de contenidos. Después de más de tres años de colaboración intensiva y apasionante, en los que nosotros mismos hemos aprendido muchas cosas nuevas —y, además, hemos debido distanciarnos de nuestras convicciones, cuando la fuente demostraba que no resultaban sostenibles—, ha llegado la hora de presentar los primeros resultados.

De qué hablan los soldados

SCHMID: Una vez oí la historia de dos chavales de quince años. Llevaban uniforme y disparaban con ferocidad, como cualquier otro. Pero los pillaron. [...] Que los rusos también tienen chiquillos —hasta de doce años, en la música, por ejemplo— y con uniforme, eso lo he visto yo con mis propios ojos. Una vez pillamos a un cuerpo de música ruso. ¡Pero qué música hacían, oye! Al principio, te deja completamente destrozado. Hay algo tan tranquilo, en la música, que invita tanto a la nostalgia... Podría decir que es como si me viniera a la mente toda la inmensa estepa rusa. ¡Tremendo! Me divertía un montón. Era una auténtica banda de música militar. [...] Pues bien, en todo caso, los dos mozos tenían que pateársela hacia el oeste, tenían que seguir el camino, sin salirse. En el momento en el que intentan, en la revuelta siguiente, deslizarse al interior del bosque, reciben una buena. Y apenas están fuera de la vista, se escurren a hurtadillas del camino, ¡y zas!, han desaparecido. Entonces movilizan de inmediato a un contingente numeroso que los tiene que buscar. [...] Hasta que van y los pillan a los dos. A los dos, tú. Se portaron como es debido, no los apalearon allí mismo, sino que los llevaron de nuevo ante el comandante del regimiento. Ahora estaba claro que merecían morir. Tuvieron que cavarse la tumba, dos hoyos, y fusilaron a uno. Pero este no cae en el hoyo, sino que cae hacia delante. Y le dicen al otro que tiene que echar al primero dentro del hoyo, antes de que lo fusilen a él también. ¡Y va y lo hace sonriendo! ¡Un chaval de quince años! Ahí hay algo especial, o fanatismo, o idealismo.[2]

Esta historia, contada por el brigada Schmid el 20 de junio de 1942, refleja la forma de hablar más típica de las actas de las conversaciones soldadescas. Como en cualquier otra conversación cotidiana, el narrador cambia de tema varias veces, por asociación; justo a media historia, a Schmid se le ocurre el concepto «música», cuenta cómo le gusta la música rusa, la describe brevemente, y luego retoma la historia en sí. Esta había empezado de un modo inocente, pero acaba mal: trata del fusilamiento de dos soldados rusos en edad juvenil. El narrador cuenta que a los chicos no se les disparó sin más, sino que tuvieron que cavar su propia tumba antes de que los mataran. En el fusilamiento hubo una complicación que nos lleva hasta la verdadera moraleja de la historia: los jóvenes que iban a morir demuestran ser «fanáticos» o «idealistas» y el brigada transmite su admiración al respecto.

Aquí nos encontramos, a primera vista, con una espectacular combinación de muchos temas: guerra, soldados enemigos, jóvenes, música, la estepa rusa, crímenes de guerra, admiración, que no parecen estar todos relacionados entre sí y, sin embargo, se hilvanan todos en la misma narración. Esto es lo primero que uno comprueba: las historias de las que hablamos en este libro son distintas a lo que uno suele entender por tales. Así, no siguen los criterios de unidad, coherencia y lógica, sino que pretenden crear tensión, resultar interesantes, ofrecer espacio al otro interlocutor, para que pueda intervenir, comentar o aportar sus propias historias. A este respecto, como todas las conversaciones cotidianas, son erráticas, pero interesantes; están llenas de cortes, de conexiones de nuevos hilos narrativos; se basan sobre todo en el consenso y la conformidad. Las personas no charlan solo para intercambiar informaciones, sino para crear una relación, encontrar puntos de unión, asegurarse de que uno participa exactamente del mismo mundo. Este mundo es la guerra, factor que convierte a las conversaciones en algo plenamente desacostumbrado, pero solo para los lectores y las lectoras actuales, no así para los soldados.

La brutalidad, dureza y frialdad de la guerra son elementos constantes de estas conversaciones, algo que sigue asombrando cuando leemos los diálogos hoy, cuando han pasado más de sesenta años desde aquellos hechos. Involuntariamente, uno sacude la cabeza, queda conmocionado, a

menudo incluso sin palabras; pero es preciso liberarse de estas emociones morales, porque de otro modo solo comprenderemos nuestro propio mundo, no el de los soldados. Que la brutalidad deviniera normal solo demuestra una cosa: que el acto de matar a otros y la violencia extrema pertenecen a la vida cotidiana del narrador y sus interlocutores, que no son nada extraordinario. Hablan sobre ello durante horas igual que hablan también, por ejemplo, de aviones, bombas, radares, ciudades, paisajes y mujeres.

MÜLLER: Cuando estuve en Járkov, estaba todo arrasado, excepto el centro. ¡Qué maravilla de ciudad, qué recuerdos tan impresionantes! Todo el mundo hablaba algo de alemán, lo habían aprendido en la escuela. También en Taganrog: cines de primera y maravillosos cafés en la playa.* [...] Ahí, donde se juntan el Don y el Donetz, ahí hemos volado muchas veces, yo he estado en todas partes. Es una gozada, el paisaje; con el camión, he estado en todas partes. Solo se veían mujeres ocupadas con los trabajos comunitarios forzosos.

FAUSST: ¡Ah, qué mierda!

MÜLLER: Hacían carreteras. Las mozas estaban de muerte. Pasábamos a su lado, las arrastrábamos dentro del coche, nos las tirábamos, y para afuera otra vez. Tío, ¡ni te imaginas cómo renegaban![3]

Así son las conversaciones de los hombres. Los dos soldados —un soldado de primera y un sargento primero de la Luftwaffe— comentan los aspectos turísticos de la campaña militar rusa, hablan de «ciudades de maravilla» y «recuerdos impresionantes». De pronto, la historia se ocupa de la violación espontánea de las trabajadoras forzosas; el soldado de primera lo cuenta como una anécdota menor y pasajera, y luego continúa describiendo el viaje. Esto describe el espacio de lo que se podía decir y esperar en las conversaciones intervenidas: se puede hablar de los actos de violencia cometidos contra otros sin que nada perturbe las expectativas del oyente. Los relatos de fusilamientos, violaciones y saqueos pertenecen al ámbito cotidiano de las narraciones de guerra; en esta clase de temas, casi nunca se expresan reparos morales, discrepancias ni, menos aún, se generan discusiones o peleas. Las conversaciones, pese a que su contenido está a menudo trufado de violencia, se desarrollan sin embargo de manera armónica; los soldados se entienden entre sí, comparten el mismo mundo, charlan sobre las cuestiones que los animan y las cosas que han visto o realizado. Todo esto lo cuentan e interpretan en marcos históricos, culturales y circunstanciales específicos: los marcos de referencia.

En este libro queremos reconstruir y describir esos marcos, para poder comprender cómo era el mundo de los soldados; cómo se veían estos a sí mismos y cómo veían a sus enemigos; qué pensaban de Hitler y del nacionalsocialismo; por qué seguían luchando incluso cuando la guerra ya parecía perdida.

También queremos investigar qué parte de esos marcos de referencia era «nacionalsocialista»; si aquellos hombres mayoritariamente amables y bondadosos de los campos de prisioneros también tenían que ver con los «combatientes ideológicos», que salían a perpetrar masacres y crímenes racistas indiscriminados, como parte de una «guerra de exterminio». ¿Hasta qué punto se corresponden con la imagen del «ejecutor voluntario», dibujada en los años noventa por Daniel Goldhagen? ¿O quizá los crímenes de la Wehrmacht se asemejan más a la imagen elaborada por las dos famosas exposiciones itinerantes organizadas por el Instituto de Investigación Social de Hamburgo, así como por incontables estudios históricos? En la actualidad, predomina la impresión de que los soldados de la Wehrmacht fueron parte de una gigantesca maquinaria de exterminio y, con ello, agentes (si no ejecutores) de crímenes masivos sin precedentes. Sin duda, es cierto que la Wehrmacht participó en toda clase de actos criminales, desde el fusilamiento de civiles al asesinato sistemático de hombres, mujeres y niños judíos. Pero esto no dice nada sobre si los distintos soldados, por separado, participaron en los crímenes, y de qué modo; y ante todo, no dice nada sobre qué relación mantenían con tales crímenes: si los cometían voluntariamente, o con repugnancia, o si rechazaban perpetrarlos. Nuestro material sí ofrece información detallada sobre todo ello, y lo hace de un modo que sacude las imágenes más estables y consolidadas de «la Wehrmacht».

Al respecto hay que observar que, todo aquello con lo que los seres humanos nos encontramos, no lo percibimos de un modo objetivo, sino siempre a través de filtros específicos. Cada cultura, cada época histórica, cada sistema económico, en suma, cada ser acuña modelos de percepción y explicación que guían la percepción e interpretación de las experiencias y los acontecimientos. Las actas de las conversaciones escuchadas reproducen de manera fiel cómo ven los soldados la guerra y cómo se comunican al

respecto. Mostraremos que sus reflexiones y conversaciones son distintas a lo que habitualmente se tiende a imaginar; entre otras cosas porque, a diferencia de nosotros, las personas de hoy, ellos *no* saben cómo terminará la guerra y qué será del Tercer Reich y su Führer. Para nosotros, el futuro soñado y real de aquellos hace tiempo que es pasado; para ellos, sin embargo, es todavía un espacio abierto. A la mayoría de aquellos soldados, apenas le interesan las cuestiones de ideología, política, orden mundial y similares; no emprenden la guerra por convicción, sino porque son soldados y su trabajo es luchar.

Muchos son antisemitas, pero esto no los convierte necesariamente en «nazis». Y tampoco tiene nada que ver con su disposición a matar: no son pocos los que odian a «los judíos» y, sin embargo, se sienten escandalizados por los fusilamientos. Varios son decididamente antinazis, pero apoyan explícitamente la política antisemita del régimen nacionalsocialista. Algunos se estremecen ante el hecho de que se deje morir de hambre a cientos de miles de prisioneros de guerra rusos, pero no vacilan en fusilar a los prisioneros de guerra cuando vigilarlos y entregarlos con vida les parece demasiado fastidioso (o peligroso). Para algunos, los alemanes tienen el problema de que son excesivamente «humanos», y en el mismo hilo narrativo cuentan con detalle cómo han aniquilado a todos los habitantes de pueblos enteros. Igualmente, en muchos relatos se fanfarronea y se hace ostentación, pero no solo, como en las modernas conversaciones masculinas, con el potencial propio o el del coche; en los diálogos de los soldados también se fanfarronea con la violencia extrema: violaciones, derribos de aviones enemigos, hundimiento de buques mercantes... En ocasiones, podremos comprobar que la información no es cierta; al mismo tiempo, nos asombrará ver con qué quieren impresionar los soldados: por ejemplo, con el hundimiento de un transporte infantil. El espacio de lo decible y lo dicho, también aquí, es distinto del actual, y con ello lo son asimismo las cosas que merecían reconocimiento o se esperaba que lo merecieran; ser violento es un ejemplo palmario de esta diferencia. Además, la mayoría de los relatos, a primera vista, son extraordinariamente contradictorios. Pero esto solo es así cuando se parte de la premisa de que

los seres humanos actúan según sus «ideas y puntos de vista» y que tales ideas y puntos de vista tienen mucho que ver con ideologías, teorías y grandes convicciones.

En realidad, el ser humano actúa —como se mostrará en este libro— del modo en que cree que se espera que actúe. Y esto tiene que ver mucho menos con abstractas «concepciones del mundo» que con cuestiones muy concretas: con los objetivos, las funciones y los lugares de la acción y, sobre todo, con los grupos de los cuales se forma parte.

Para poder comprender y explicar por qué los soldados alemanes, durante cinco años, lidiaron una guerra de una crudeza desconocida hasta entonces y provocaron una erupción de violencia que causó la muerte de cincuenta millones de personas y asoló todo un continente, es preciso averiguar con qué ojos la veían ellos: con qué ojos veían su guerra. En el capítulo siguiente nos ocuparemos, en primer lugar y con detalle, de los factores que rigen y determinan los puntos de vista de los soldados; es decir, de los marcos de referencia. Las lectoras y los lectores que sientan solo una curiosidad voraz por los relatos y los diálogos de los soldados sobre la violencia, la técnica, el exterminio, las mujeres o el Führer, sin interés por los marcos de referencia del Tercer Reich y de los militares, pueden saltar directamente a la página 71. En las páginas que siguen, tras una descripción detallada de cómo los soldados concebían el luchar, el matar y el morir, concluiremos comparando la guerra de la Wehrmacht con otras guerras, para esclarecer qué componentes de esta guerra fueron «nacionalsocialistas» y cuáles no. En ocasiones, nuestros resultados —ya lo podemos anticipar— resultarán sorprendentes.

1

Ver la guerra con los ojos de los soldados: análisis de los marcos de referencia

El horror, ¿sabe?, el horror que experimentamos al principio ante el hecho de que un ser humano pudiera tratar a otro de tal modo, se ha calmado, en cierta forma. Así es como pasa siempre, ¿no es cierto? Y es algo que he visto también en mí misma: que de hecho nos hemos quedado relativamente más tranquilos, nos sentimos más *cool*, como dice esa bonita expresión moderna.

Antigua vecina del campo de concentración de Gusen

Los seres humanos no son como los perros de Pavlov. No reaccionan a los estímulos con reflejos condicionados. Entre el estímulo y la reacción, en el ser humano, existe algo sumamente específico que constituye su conciencia y distingue al género humano de todas las otras formas de vida: el ser humano interpreta lo que percibe, y solo sobre la base de esa interpretación extrae conclusiones, decide y actúa. En consecuencia, el ser humano —a diferencia de lo que suponía la teoría marxista— no actúa nunca sobre la base de condiciones objetivas; y tampoco lo hace —en contra de lo que, desde hace tiempo, quieren hacernos creer los teóricos de la «elección racional» en las ciencias económicas y sociales— exclusivamente en respuesta a un análisis de costes y beneficios. En una guerra, la ponderación de coste y beneficio carece de relieve, igual que no *tiene* que producirse nunca por efecto de unas circunstancias objetivas. Un cuerpo cae siempre de acuerdo con la ley de la gravedad, y nunca de otro modo; pero en lo que respecta a lo que los seres humanos hacen, siempre pueden hacerlo de otro modo. Tampoco existen cuestiones tan mágicas como las «mentalidades»,

que lleven a un ser humano a actuar de un modo u otro, aunque sin duda, las formaciones psíquicas influyen en cómo actúa un ser humano. Las mentalidades preceden a las decisiones, pero no las determinan. Incluso si los seres humanos, en su percepción y actuación, se hallan sujetos a condicionantes sociales, culturales, jerárquicas y biológicas o antropológicas, ello no obstante siempre encuentran margen para la interpretación y la acción. Por descontado, poder interpretar y decidir requiere siempre de orientación y conocimiento al respecto de aquello con lo que uno se relaciona en ese momento y de qué consecuencias se derivan de cada decisión. Esta orientación proporciona una matriz de directrices de interpretación, ordenadoras y organizadoras: los marcos de referencia.

Los marcos de referencia son extraordinariamente variables desde el punto de vista histórico y cultural; así, los musulmanes ortodoxos ordenan el comportamiento sexual moralmente aceptable o reprobable en marcos de referencia distintos a los que emplean los occidentales profanos. Pero ningún miembro de ninguno de los dos grupos interpreta lo que ve ajeno a referencias que no ha elegido ni escogido él mismo y que marcan, orientan y, en buena medida, dirigen sus percepciones e interpretaciones. Esto no significa que, en situaciones especiales, no se pueda ir más allá del marco de referencia dado para ver y pensar de un modo nuevo, pero es algo que ocurre con relativa poca frecuencia. Los marcos de referencia garantizan economía de acción: la gran mayoría de lo que ocurre se puede clasificar en una matriz conocida. Ello resulta un alivio. Ante la acción, no se debe empezar siempre de cero y responder siempre de nuevo a la pregunta «¿qué está ocurriendo aquí?». En su inmensa mayoría, las respuestas a esta pregunta son datos por defecto, recuperables: se hallan almacenadas en un depósito de saber y orientación cultural que despeja gran parte de las tareas de la vida al presentarlas como rutinas, costumbres y certezas, que nos alivian enormemente a todos.

Por el contrario, sin embargo, esto también significa que, cuando deseamos esclarecer el comportamiento de determinados seres humanos, debemos reconstruir los marcos de referencia en cuyo seno han actuado, que han ordenado sus percepciones y han sugerido sus conclusiones. Para esta reconstrucción, los análisis de las condiciones objetivas son totalmente

insuficientes. Las mentalidades tampoco explican *por qué* alguien ha hecho algo, sobre todo cuando otras personas pertenecientes a la misma formación mental han llegado a decisiones y consecuencias muy distintas. Aquí topamos con el límite sistemático de las teorías sobre las guerras ideológicas y los regímenes totalitarios: no responden a la pregunta de cómo las «ideologías» y las «concepciones del mundo» se transforman en percepciones e interpretaciones particulares; qué efecto tienen en la acción individual de cada uno. Para comprender esto, empleamos el procedimiento de los marcos de referencia, un instrumento que sirve para reconstruir las percepciones e interpretaciones de los seres humanos en determinadas circunstancias históricas; aquí, las de los soldados alemanes en la segunda guerra mundial.

El método de los marcos de referencia deriva de la consideración según la cual no se pueden comprender las interpretaciones y los comportamientos de una persona sin reconstruir qué «veía» esta: dentro de qué modelo de interpretación, de qué ideas y relaciones percibían las situaciones, y cómo interpretaban esas percepciones. Si no se toma en consideración el marco de referencia, es inevitable que los análisis científicos de acciones pasadas resulten normativos, porque como base del proceso de intelección se recurrirá a las medidas normativas de la actualidad de cada uno. Por ello, es frecuente que los acontecimientos históricos relacionados con la guerra y la violencia aparezcan catalogados como «atroces», aunque la atrocidad no es en ningún caso una categoría analítica, sino moral. Por ello mismo, también es frecuente que el comportamiento de quienes ejercen la violencia se catalogue ya de entrada como «anormal» o «patológico», pese a que —cuando se reconstruye el mundo desde su punto de vista— ejercer la violencia resultaba lógico y comprensible. Lo que debemos hacer con ayuda del análisis de los marcos de referencia, por ende, es dirigir una mirada *no moral*, no normativa, a la violencia ejercida durante la segunda guerra mundial; así podremos comprender qué condiciones se requieren para que seres humanos de psique perfectamente normal, en determinadas circunstancias, hagan cosas que nunca realizarían en circunstancias distintas.

A este respecto cabe diferenciar varios órdenes de marcos de referencia:

Los marcos de referencia *de primer orden* comprenden la estructura sociohistórica de trasfondo ante la cual los seres humanos actúan en un momento dado.

Por regla general, nadie es consciente de la función orientadora de este marco de primer orden, igual que ningún ciudadano alemán, durante la lectura del periódico, da cuenta de pertenecer al círculo cultural cristiano-occidental y de que sus valoraciones (por ejemplo, sobre un político africano) se hallan sujetas a las normas de ese círculo cultural. Los marcos de primer orden son lo que Alfred Schütz ha denominado *assumptive world* («el mundo que damos por sentado»), la forma de ser que se sobreentiende como natural para un mundo determinado: qué se considera «bueno» y «malo», «verdadero» o «falso», qué pertenece al ámbito de lo comestible, qué distancia corporal se adopta al hablar con otra persona, qué se tiene por cortés o descortés, etc. Este «mundo sentido» se halla mucho más en un plano inconsciente y emocional que en uno reflexivo.[1]

Los marcos de referencia *de segundo orden* son histórica y culturalmente —y, en su mayoría, también geográficamente— más concretos. Comprenden un espacio sociohistórico que, en la mayoría de los aspectos, se puede restringir: por ejemplo, al período de gobierno de un régimen, al tiempo de validez de una constitución o a la historia de una formación histórica (como pudiera ser el Tercer Reich).

Los marcos de referencia *de tercer orden* son aún más específicos: comprenden una relación de sucesos sociohistórica en la que actúan determinadas personas; por ejemplo, una guerra en la que estas participan como soldados.

Los marcos de referencia *de cuarto orden* son las características, formas de percepción, modelos de interpretación, deberes percibidos como tales, etc., siempre peculiares, que una persona lleva consigo en una situación dada. En este nivel cuentan la psicología, las disposiciones personales y la cuestión de la adopción de decisiones individuales. En el presente libro analizaremos marcos de referencia *de segundo y tercer orden*, porque nuestro material permite acceder sobre todo a estos.

Nos ocuparemos, pues, del mundo del Tercer Reich, del que proceden los soldados de la Wehrmacht, y del análisis de las situaciones concretas, bélicas y militares, en las cuales estos actúan. En cambio, sobre la personalidad de los diversos soldados (los marcos *de cuarto orden*), a menudo no sabemos nada; y siempre sabemos demasiado poco para, por ejemplo, esclarecer qué acontecimiento biográfico y qué disposición psíquica fueron responsables de que cierta persona matara de buena gana y cierta otra persona sintiera aversión hacia el asesinato.

Antes de comenzar con los verdaderos análisis, sin embargo, es necesario presentar los distintos componentes que forman los marcos de referencia.

Orientación de base: en realidad, ¿qué está pasando aquí?

El 30 de octubre de 1938, la emisora de radio estadounidense CBS interrumpió su programación con una emisión especial: en Marte se había producido una explosión de gas a consecuencia de la cual una nube de hidrógeno se dirigía hacia la Tierra a gran velocidad. Un periodista entrevista al respecto a un catedrático de astronomía y, entre medio, salta la siguiente noticia: los sismógrafos han detectado una sacudida de la intensidad de un terremoto fuerte que, plausiblemente, se debe al impacto de un meteorito. Desde este momento, las noticias se suceden sin pausa. Movidas por la curiosidad, varias personas han localizado el lugar del impacto; al poco tiempo, emergen de allí unos extraterrestres que atacan a los espectadores. Nuevos objetos impactan en otros lugares, una multitud de extraterrestres ataca a los humanos. Se despliega a las fuerzas armadas —aunque sin apenas éxito—, los extraterrestres se dirigen a Nueva York. El ejército lanza sus aviones de combate y los estadounidenses empiezan a abandonar las zonas de peligro. Estalla el pánico.

En este punto se produce un cambio en el marco de referencia. Hasta el episodio de los aviones de combate, la descripción solo reproduce el desarrollo de una pieza de radio que Orson Welles creó a partir de la novela *La guerra de los mundos*, de H. G. Wells; pero la huida de los hombres y mujeres, presas del pánico, existió de verdad. De los seis millones de estadounidenses que, aquel día memorable, estaban escuchando la transmisión radiofónica, dos millones se tomaron en serio el ataque de los extraterrestres. Algunos incluso hicieron las maletas febrilmente y salieron a las calles para huir del temido ataque con gas de los extraterrestres. Las conexiones telefónicas estuvieron bloqueadas durante horas. Pasaron varias

horas hasta que no se divulgó en todas partes que el ataque había sido una mera ficción.[2] Este acontecimiento legendario, sobre el que se cimentó la fama de Orson Welles, evidencia con claridad que el psicólogo social William I. Thomas tenía razón cuando formuló, en 1917, el siguiente teorema: «Cuando el ser humano interpreta una situación como real, esta situación provoca consecuencias reales». Una apreciación de la realidad puede ser tan falsa o irracional como se quiera; sin embargo, las conclusiones que se extraen de ella crean a su vez nuevas realidades.

Así, las y los oyentes que no captaron el aviso de que *La guerra de los mundos* era una pieza radiofónica consideraron que la invasión era real. A este respecto, por cierto, uno debe recordar que las posibilidades de comunicación, en aquellos años, no permitían una comprobación rápida de la realidad; y que, al bajar a la calle, los que huían de su bloque de viviendas hallaban a una multitud de personas que hacían exactamente lo mismo. ¿Cómo podía dar eso pie a la sospecha de que se habían dejado llevar por un engaño? El ser humano intenta confirmar su percepción e interpretación de las realidades mediante la observación de la actuación ajena, sobre todo en aquellas situaciones que, por su carácter inesperado y amenazador, comportan en un principio mayores problemas de orientación: ¿qué está pasando aquí? ¿Qué debo hacer?

Así surge, por ejemplo, el famoso fenómeno del «bystander» o «espectador»: cuando varias personas son testigo de un accidente o una pelea, es infrecuente que alguna de ellas intervenga. Ninguno de los espectadores sabe con certeza cuál sería la reacción correcta en ese momento y, por ello, todos buscan mutuamente orientación en el otro; pero como nadie parece reaccionar, todos permanecen quietos, mirando. Nadie ayuda, pero no —según suelen comentar los medios de comunicación— porque sean «insensibles», sino por falta de orientación y a causa de un proceso, de desarrollo fatal, de confirmación mutua de la no actuación. Los implicados se crean un marco de referencia común en cuyo seno adoptan sus decisiones. En cambio, cuando es solo una persona la que se encuentra ante una necesidad de ayuda similar, suele intervenir sin ceder tanto tiempo a la reflexión.

El ejemplo de *La guerra de los mundos* resulta espectacular. Pero solo muestra qué ocurre por principio cuando el ser humano busca orientación. Las sociedades modernas, en particular, exigen a sus miembros una labor de interpretación constante en toda su abundancia de ámbitos de funcionamiento, roles exigidos y situaciones complejas: ¿qué está ocurriendo aquí?, ¿qué expectativa debo satisfacer? En la mayoría de los casos, no somos conscientes de ello, porque de la mayor parte de este incesante trabajo de orientación se encargan las rutinas, costumbres, guiones y reglas; y esto, por así decir, se desarrolla de un modo automático. Pero cuando se producen alteraciones de las funciones, pequeños accidentes, engaños o errores, uno cobra conciencia de que en ese momento se exige, de forma explícita, lo que habitualmente hacemos sin cesar de forma implícita: interpretar lo que está pasando en este momento.

Esta labor de interpretación, por descontado, no se produce en el vacío ni comienza a partir de cero una y otra vez: nuevamente, se halla sujeta a unos «marcos», esto es, a perspectivas integradas por muchos componentes, que dotan de una estructura organizativa a la experiencia que se va a vivir. Erving Goffman, en la estela de Gregory Bateson[3] y Alfred Schütz,[4] ha descrito una serie completa de tales marcos, con sus propiedades; a partir de aquí, ha elaborado un estudio de cómo estos marcos no solo organizan nuestras orientaciones y percepciones cotidianas, de una forma muy abarcadora, sino que también —según sean el punto de vista del observador y el conocimiento del contexto— determinan interpretaciones extraordinariamente diversas. Para el que plantea un engaño, por ejemplo, el marco de su actuación es una «maniobra de amago»; pero quien sufre el engaño, ve ante sí lo simulado.[5] O, según lo expuso Kazimierz Sakowicz: «Para los alemanes, 300 judíos significan 300 enemigos de la humanidad; para los lituanos, son 300 pares de zapatos y 300 pantalones».[6]

En el presente contexto, hay un aspecto especialmente importante, que no interesaba particularmente a Goffman: la cuestión de cómo se forman los marcos de referencia que orientan, dirigen y organizan la interpretación de una situación. Sin duda, la «guerra» forma un marco de referencia distinto al de la «paz», hace parecer adecuadas distintas decisiones y justificaciones y altera las medidas de lo que se tiene por correcto o incorrecto. En la

percepción e interpretación de las situaciones en las que se hallan, los soldados tampoco siguen cualesquiera indicaciones, sino que actúan con una sujeción notablemente específica a modelos que solo les permiten un espectro limitado de interpretaciones individuales. Todo ser humano se encuentra sujeto a un «sistema de creencias» («belief system»): un conjunto de formas, impregnadas culturalmente, de percepción e interpretación. No es algo exclusivo de los soldados.

Sobre todo en las sociedades plurales, resulta particularmente pronunciada la correspondiente necesidad de orientación y, con ello, la diferenciación de los marcos. El ser humano moderno debe poder cambiar incesantemente entre las distintas exigencias de los marcos —como cirujano, como padre, como jugador de cartas, como deportista, como miembro de una comunidad de propietarios, como paciente en una sala de espera, etc.— y poder dominar las exigencias asociadas con cada rol. Esto también supone que todo cuanto uno hace en el marco de un rol determinado, lo puede observar y valorar con distancia desde la perspectiva de los otros roles; es decir, que uno se halla en situación de distinguir dónde se exige una frialdad profesional, sin intervención de las emociones (durante una operación quirúrgica) y dónde no (durante el juego con los hijos). Esta posibilidad de «tomar distancia con el rol»[7] asegura que el rol temporal no nos absorba de modo que nos impida responder a las exigencias de los otros roles; en otras palabras, garantiza que podamos ser flexibles para cambiar entre los distintos marcos de referencia, interpretar correctamente las distintas exigencias y actuar de acuerdo con estas interpretaciones.

Ataduras culturales

Stanley Milgram formuló, en cierta ocasión, su interés por la cuestión de por qué una persona puede preferir arder en el interior de una casa, antes que correr a la calle sin pantalones. Si se contempla objetivamente este proceder, se trata de algo irracional, desde luego; pero subjetivamente solo muestra que, en determinadas culturas, las normas que rigen la vergüenza levantan obstáculos ante las estrategias de salvación de la propia vida,

obstáculos que solo cabe superar con una enorme dificultad. En la segunda guerra mundial, los soldados japoneses preferían suicidarse a caer prisioneros. En Saipán, miles de civiles se arrojaron al mar desde las rocas para no caer en manos de los estadounidenses.[8] Incluso cuando se trata de la propia supervivencia, las ataduras y los deberes culturales desempeñan a menudo un papel más importante que el impulso de preservación personal; ello explica también, por ejemplo, por qué una persona puede morir en el intento de salvar a un perro que se ahoga, o por qué puede considerar razonable saltar por los aires como autor de un atentado suicida (véase la página 273).

Los casos de naufragio de sociedades enteras muestran la extensión con la que pueden llegar a actuar las ataduras culturales. Así ocurrió con los vikingos normandos, que hacia el año 1000 conquistaron Groenlandia y sucumbieron al no saber renunciar a las costumbres agroalimentarias que habían traído de Noruega, a pesar de que, en Groenlandia, las condiciones climáticas eran muy distintas. Así, en lugar de alimentarse de pescado, muy abundante en la zona, intentaron practicar la ganadería, pese a que la estación de los pastos, en la isla, no duraba el tiempo suficiente.[9] Esto no supone que fuera imposible sobrevivir en tales circunstancias ambientales, como demuestra el caso de los inuit, que ya poblaban Groenlandia en tiempos de los vikingos y en la actualidad todavía la pueblan. El ejemplo más famoso del naufragio de una sociedad debido a las ataduras culturales lo ofrecen los habitantes de la isla de Pascua, que invirtieron tal suma de recursos en la producción de esculturas gigantes como símbolo de la condición social que, a la postre, socavaron la base de la supervivencia hasta el punto de causar su propia extinción.[10]

Las ataduras culturales (entre las cuales deben incluirse también, por supuesto, las religiosas) aparecen en los sentimientos y conceptos de la vergüenza y el honor, y, en general, en la incapacidad de solventar los problemas «racionalmente» aun cuando, desde el punto de vista del observador, tales soluciones parecen hallarse tan a mano como en el caso de los vikingos, a los que les habría bastado con pasar de la carne al pescado.

Desde el punto de vista de la supervivencia, el bagaje cultural puede tener mucho peso, en ocasiones, y a veces incluso puede resultar letal. Dicho de otro modo: lo que en todos estos casos se percibió como un problema no fue la amenaza que afectaba a la propia supervivencia, sino el riesgo de dañar conductas prescritas, de carácter simbólico o heredado, o dependientes de la condición social u órdenes recibidas; y este riesgo, obviamente, puede percibirse como algo tan abrumador que, en la perspectiva de los agentes, les impide contemplar *ninguna otra posibilidad*. Al actuar así, el ser humano deviene cautivo de sus propias técnicas de supervivencia.

Las ataduras culturales habituales y las obligaciones que culturalmente se dan por sentadas representan una parte considerable de los marcos de referencia; justamente esta es la razón de que tengan tanta eficacia y a menudo resulten incluso obligatorias, pues no llegan a alcanzar el plano de la reflexión. A todas luces, la propia forma de vida cultural es la que excluye que se puedan observar determinados cosas o se puedan alterar costumbres perniciosas y estrategias carentes de sentido. Desde una perspectiva exterior, es frecuente que parezca ser completamente irracional aquello que, desde la perspectiva interior de los agentes, posee una cualidad insuperablemente racional, por cuando se trata de algo lógico y evidente. El ejemplo de los vikingos también demuestra que las ataduras culturales no solo constan de lo que los miembros de una cultura saben, sino más bien, ante todo, de lo que desconocen.

Desconocimiento

El ejemplo del muchacho judío Paul Steinberg, que, a sus dieciséis años, en Francia, fue denunciado por una vecina y consiguientemente deportado a Auschwitz, nos permite adentrarnos en los posibles efectos del desconocimiento. En Auschwitz, Steinberg tuvo que enfrentarse a una carencia fatal en su marco de referencia, relativa, en concreto, a la ducha.

> —Y tú, ¿cómo has llegado aquí? —me preguntó un peletero del *faubourg* Poissonnière. Yo lo miré desconcertado. Él señaló mi rabo con el dedo, hizo venir a los compañeros y gritó:
>
> —¡Este no está circuncidado!

> Yo sabía tan poco sobre la circuncisión como sobre la religión judía en general. Mi padre se había abstenido —sin duda, por una estúpida vergüenza— de familiarizarme con este tema tan fascinante. Fui, y probablemente sigo siendo, el único deportado judío de Francia y Navarra que llegó a Auschwitz sin retajar y no jugó este as. La gente se apelotonaba a mi alrededor, cada vez eran más, y se reían casi hasta reventar. ¡Al final, uno de ellos me bautizó como «el mayor de los idiotas»![11]

Por desconocimiento, Paul Steinberg no pudo aprovechar la ocasión de escabullirse; en tiempos del nacionalsocialismo, para la mayoría de los hombres judíos, la circuncisión era un signo letal, por el que los reconocían de inmediato, por lo que todos mostraban el máximo cuidado en ocultarlo bien. Sobre todo en las zonas ocupadas, a los judíos se los identificaba de un solo vistazo al miembro circuncidado; desde este punto de vista, por tanto, Steinberg no supo aprovechar lo que suponía una ventaja decisiva.

Este es un ejemplo de fatalidad debida a un desconocimiento individual, que pertenece al mismo tiempo al marco de referencia decisivo para el caso y a las acciones e interpretaciones relacionadas con él. En este sentido, lo que uno hace depende de lo que uno puede saber y desconocer. Pero no solo por esto, la investigación de aquello que unas personas sabían en un punto del pasado resulta una aventura difícil. Pues la historia no se percibe, sino que *sucede*; y solo a posteriori, los historiadores constatan qué acontecimientos de un inventario cabe considerar «históricos» porque, de un modo u otro, han influido en el desarrollo de las cosas. En la vida cotidiana, la transformación gradual del entorno social y físico no suelen registrarse, porque la percepción se ajusta incesantemente a la transformación de sus entornos. Es el fenómeno que los psicólogos sociales denominan como «puntos de referencia cambiantes» (*shifting baselines*). Los ejemplos de cómo las costumbres comunicativas se transformaron hasta provocar un desplazamiento radical de los estándares normativos, por ejemplo en el nacionalsocialismo, muestran la gran eficacia de estos puntos de referencia cambiantes. Uno tiene la impresión de que, en conjunto, todo permanece igual, aunque se han producido transformaciones fundamentales.

Solo posteriormente un proceso de percepción *lenta* se concentra, mediante conceptos como por ejemplo el de la «*quiebra* de la civilización», en un acontecimiento abrupto; ello ocurre cuando se llega a saber que un desarrollo ha tenido consecuencias radicales. La interpretación de lo que los

seres humanos han percibido durante el surgimiento y desarrollo de un proceso que ha ido aumentando sucesivamente hasta la catástrofe también resulta una aventura de lo más intrincada; intrincada, asimismo, porque nuestra pregunta sobre la percepción contemporánea del proceso se formula sabiendo cómo ha concluido este, conocimiento que, lógicamente, no estaba al alcance de los coetáneos. Además, uno mira desde el final de una historia hacia su principio y, en cierto modo, debería dejar en suspenso el propio conocimiento histórico, para poder indicar qué se sabía en un momento determinado. Por esta razón, Norbert Elias ha descrito la reconstrucción de la estructura del desconocimiento que se daba en otros tiempos como una de las tareas más dificultosas de las ciencias sociales.[12] También cabe denominar esta labor, en la estela de Jürgen Kocka, como la «licuefacción» de la historia, es decir, «volver a las posibilidades desde la factualidad».[13]

Expectativas

El 2 de agosto de 1914, un día después de la declaración de guerra de Alemania a Rusia, Franz Kafka, en Praga, anotó en su diario: «Alemania ha declarado la guerra a Rusia. Por la tarde, curso de natación». Este es tan solo un ejemplo especialmente notorio del hecho de que cuanto la posteridad ha aprendido a catalogar como *histórico*, solo en raras ocasiones se percibe como tal en el tiempo real en que surge y aparece. Cuando se le presta atención, se hace como mera parte de una vida cotidiana en la que hay muchas otras cosas que percibimos y reclaman la atención. Ello explica que incluso aquellos contemporáneos extraordinariamente inteligentes de un estallido bélico, de vez en cuando, no lo consideren más llamativo que el hecho de haber participado, el mismo día, en un curso de natación.

En el momento en que la historia ocurre, el ser humano percibe la actualidad. Los acontecimientos históricos solo muestran su significación más adelante, cuando han causado consecuencias perdurables o cuando —por decirlo con un concepto de Arnold Gehlen— han demostrado ser «la vez primera de las consecuencias», esto es: se ha constatado que son acaecimientos sin precedentes que afectaron profundamente a todo lo que ocurrió con posterioridad. De ello deriva un problema metodológico,

cuando uno formula la pregunta de qué *podrían* saber, percibir, haber sabido o haber percibido los contemporáneos de uno de estos acontecimientos de alborada o «de vez primera»; pues en efecto, estos acaecimientos, habitualmente, no llaman la atención justo porque son nuevos. El ser humano intenta comprender lo que sucede con los marcos de referencia disponibles, aunque se trate de un suceso sin precedentes, que por sí mismo puede constituir una referencia para posteriores acontecimientos comparables.

Así pues, desde una perspectiva histórica se puede comprobar que, cuando la Wehrmacht atacó la Unión Soviética, el 22 de junio de 1941, ya hacía tiempo que se había preparado el camino a la guerra de exterminio. Igualmente, cabe dudar de que los soldados que, a primera hora de la mañana de aquel día, recibieron sus órdenes, comprendieran de verdad qué clase de guerra les aguardaba. Esperaban avanzar con celeridad, como en Polonia, Francia y los Balcanes, no una guerra de exterminio que también en el frente tuviera que lidiarse con una crudeza desconocida hasta entonces. Y sin duda no esperaban que, en el marco de esa guerra, se exterminara sistemáticamente a grupos de personas que, en el sentido más estricto, no tenían nada que ver con la ocurrencia de la guerra. El marco de referencia «guerra», hasta aquel momento, no lo preveía de ninguna manera.

Por esta misma razón, muchos de los judíos alemanes no reconocieron la magnitud de los procesos de exclusión de los que fueron víctimas. El gobierno nazi se consideraba un fenómeno de corta vida, «que era preciso aguantar, o bien un retroceso, para el que uno podía prepararse; en el peor de los casos, una amenaza, que tal vez podía restringir la libertad personal, pero aun así siempre era más soportable que la peligrosa aventura del exilio».[14] En el caso de los judíos se produce una ironía amarga precisamente por el hecho de que su marco de referencia comprendía sin más el antisemita, la persecución y el saqueo, debido a las penosas experiencias históricas que habían vivido; pero eso mismo les imposibilitaba ver que en ese momento estaba ocurriendo algo distinto, algo absolutamente letal.

Contextos de percepción con especificidad temporal

El 2 de junio de 2010, tres hombres del Servicio Alemán de Desactivación de Medios de Combate perdieron la vida en Gotinga, mientras intentaban inutilizar una bomba aérea de la segunda guerra mundial. Todos los medios de comunicación informaron profusamente sobre este hecho, que provocó una notable consternación. Si en 1944 o 1945, cuando se arrojó esa bomba, hubieran muerto tres personas, ello no habría merecido ninguna mención especial, fuera del círculo de los afectados. El contexto de aquellos años se llamaba «guerra»: en Gotinga, en enero y febrero de 1945, las bombas aéreas todavía causaron la muerte de un centenar de personas.[15]

Algo similar cabe decir de otra serie de hechos interconectados, las violaciones masivas, que al final de la guerra perpetraron, sobre todo, los soldados del Ejército Rojo, en su avance hacia el oeste. Las impresionantes descripciones anónimas que se publicaron hace unos años[16] permiten reconocer que, en lo que respecta a la propia percepción y valoración de la violencia corporal, existe una diferencia considerable según si la afectada es *una sola* persona o si son muchas más las que padecen lo mismo. En esa época, las mujeres hablaban de las violaciones y desarrollaron estrategias para protegerse de los abusos, a sí mismas y especialmente a las chicas más jóvenes. Así, la mujer anónima estableció una relación con un oficial ruso que la protegió del abuso sexual arbitrario de otros soldados soviéticos. Pero la simple circunstancia de que existiera un espacio comunicativo en el que se podía hablar sobre el dolor, pero también sobre estrategias de huida, supone una diferencia considerable para la percepción e interpretación de tales hechos.

En relación con la violencia, también hay que tener en cuenta que, históricamente, la violencia se ha ejercido y vivido de formas muy distintas. La sociedad moderna se abstiene de la violencia en un grado extraordinariamente elevado, y la ausencia generalizada de violencia en el espacio público —y, en menor medida, en el privado— se cimenta en el logro civilizador que supone el monopolio de la violencia por parte del Estado. Esto posibilita la notabilísima seguridad que caracteriza la vida en las sociedades modernas, a diferencia de lo que ocurría en los tiempos

premodernos, cuando resultaba mucho más probable sufrir actos de violencia corporal directa.[17] En esa época, la presencia de la violencia en el espacio público —por ejemplo, en relación con los castigos y las ejecuciones— también era claramente superior a la actual.[18] De ello cabe concluir que los marcos de referencia y, con ellos, la vivencia de la violencia ya sea ejecutada o sufrida son extremadamente variables, desde el punto de vista histórico.

¿Qué clase de «tiempos» imperan, exactamente? ¿En qué conceptos de normalidad se clasifican los acontecimientos? ¿Qué se considera habitual y qué se tiene por extremo? Las respuestas a todas estas preguntas forman un elemento de base de gran importancia en los marcos de referencia. En los «tiempos de crisis», por ejemplo, se consideran políticamente justificadas medidas distintas a las propias de los tiempos «normales»; lo mismo cabe decir de las circunstancias catastróficas. Por su parte, en la guerra, según la expresión popular, «todo vale»: al menos, se aceptan muchos medios que, en condiciones de paz, se castigarían con severidad.

Roles: exigencias y modelos

Un ámbito muy amplio, sobre todo en las sociedades modernas, con su diferenciación funcional, lo constituyen los ya mencionados roles, cada uno de los cuales impone por sí solo un conjunto determinado de exigencias sobre aquellos que quisieran o deben cumplirlas. Los roles ocupan un nivel intermedio entre las ataduras y obligaciones culturales y las acciones e interpretaciones individuales y grupales. Existe una serie de roles en los que no somos conscientes que estamos actuando de acuerdo con sus normas, a pesar de que lo hacemos así con toda naturalidad. Aquí se incluyen por ejemplo todos los roles que los sociólogos emplean para diferenciar las sociedades: los de sexo, edad, origen o educación. Los conjuntos de normas y exigencias relacionados con ellos pueden ser percibidos de forma consciente, y también ser analizados así; pero no es necesario ni resulta habitual que ocurra así. Estos roles naturales del «mundo de la vida» marcan no obstante las percepciones, interpretaciones y alternativas de acción; y se hallan sujetos —de forma especialmente clara en el sexo y la

edad— a reglas normativas: socialmente, se espera que el comportamiento que tenemos ante una señora anciana no sea igual que ante un joven, sin que por ello exista un catálogo de reglas ni, menos aún, un libro de leyes. Como miembro de una sociedad, uno «sabe» esa clase de cosas implícitamente.

Distinto es el caso de los roles asumidos de forma explícita, que —por ejemplo, en el transcurso de una carrera profesional— pronto se acompañan claramente de nuevos conjuntos de exigencias, que se deben aprender. Así, cuando alguien era solo un estudiante de matemáticas y pasa a trabajar como actuario de seguros, el conjunto de sus exigencias se transforma notablemente: desde las normas de vestimenta, pasando por las horas de trabajo, hasta la comunicación y las cosas que tienen importancia o carecen de ella. Otros pasos de gran alcance se dan cuando una persona se convierte en padre (o madre) o se despide de la vida laboral por jubilación. También existe una clase de cambios de rol radicales, verbigracia cuando se relacionan con el ingreso en las «instituciones totales»:[19] en un monasterio, por ejemplo, o en una prisión, o —en lo que es una conexión fundamental para este libro— en las fuerzas armadas. En este caso, la institución —por ejemplo, la Wehrmacht o las SS— pasa a tener a la persona a su completa disposición: esta recibe ropas y un peinado uniformes, con lo que pierde el control sobre su equipación identitaria; ya no puede disponer de su propio tiempo; queda sujeta a toda clase de obligaciones externas, a la instrucción, a las vejaciones, a los castigos draconianos en caso de incumplimiento de las reglas. Precisamente por esta razón, las instituciones totales funcionan como mundos herméticos particulares, porque persiguen objetivos de preparación específica: los soldados no solo deben aprender a manejar un arma o moverse por el terreno, sino también la obediencia, la inclusión incondicional en jerarquías y la actuación automática según las órdenes. Las instituciones totales establecen una forma especial de comunidad, en cuyo seno las normas y obligaciones grupales ejercen una influencia mayor sobre los individuos que en las condiciones sociales normales; y ello simplemente porque el grupo de camaradas del que uno forma parte, aunque no se ha elegido libremente, es sin embargo el único grupo de referencia, sin alternativa. La persona pertenece al grupo porque se la ha asignado a ese grupo.[20]

Un rasgo característico de las instituciones totales es que procura privar del control propio a sus clientes, sobre todo durante el período de instrucción, en todo grado y en todos los aspectos; solo después concede grados de libertad y márgenes de actuación, que son específicos para cada graduación jerárquica. La bibliografía sobre el mantenimiento de las experiencias, humillantes en parte, que los mayores obligan a vivir a los jóvenes, pertenece a la forma en que tales instituciones establecen su comunidad: su horror ha sido objeto de análisis literario en multitud de ocasiones.[21] Todo esto funciona así en tiempos de paz, en un grado llamativo; pero es aún más intenso en la guerra, cuando la actuación bélica pasa de la condición de simulada a la de real y cotidiana, y la propia supervivencia ya no depende, en último lugar, del funcionamiento del propio comando. Aquí la institución total da paso al grupo total y la situación total,[22] que, en ambos casos, solo conceden a los actores los márgenes de actuación estrictamente definidos según el grado y la estructura de mando. El marco de referencia, en una guerra, es por ende comparable con todos aquellos roles de la vida civil que están determinados por la falta de alternativas. Según lo formuló uno de los soldados cuyas conversaciones se espiaron: «Somos como una ametralladora: armas con las que lidiar la guerra».[23]

Qué hace uno como soldado, con quién y cuándo no son cuestiones que dependan de la propia percepción, interpretación y decisión; el margen con el cual cabe desarrollar una orden de acuerdo con la propia competencia y valoración resulta, en la mayoría de los casos, extremadamente reducido. En este sentido, la participación de los roles de los marcos de referencia sufre una variabilidad enorme: su significación puede ser casi nula, en las condiciones plurales de la vida civil, o bien total, en las condiciones de la guerra u otras situaciones extremas.

A este respecto, los componentes de los diferentes roles del contexto militar también se pueden superponer, y ello en dos direcciones: la competencia de un agrimensor puede resultar extraordinariamente útil para la orientación en el campo y, a la inversa, las actividades civiles, en el contexto de la guerra y el exterminio masivo, de golpe pueden resultar letales. Piénsese por ejemplo en el ingeniero Kurt Prüfer, de la empresa

Topf & Söhne, de Erfurt, que invirtió mucha energía en desarrollar la eficacia de los hornos crematorios de Auschwitz, lo que a su vez permitió incrementar el número de asesinatos diarios.[24] Otro caso distinto de solapamiento de roles nos lo cuenta una mujer que fue taquígrafa del comandante de la policía de seguridad de Varsovia:

> Cuando en Varsovia morían a tiros uno o dos alemanes, el comandante de la policía de seguridad, Hahn, ordenaba a Stamm, del consejo criminal, que se fusilara a un determinado número de polacos. Entonces Stamm encargaba a las señoras de su secretaría que seleccionaran los expedientes adecuados de entre los diversos informes. En la secretaría había entonces un buen montón de expedientes. Cuando, por ejemplo, había allí 100 expedientes y solo se debía fusilar a 50, dependía de las señoras elegir los expedientes a su criterio. En algunos casos concretos, también podía ocurrir que el autor de un informe añadiera: «A este y a este hay que liquidarlos. No son más que chusma». Eran expresiones muy habituales. A menudo he pasado días enteros sin dormir por la idea de que quien muriera fusilado dependía de las mujeres de la secretaría. Y así, una de ellas le decía a otra, por ejemplo: «Ay, Erika, ¿a cuál cogemos: a este o a este otro?».[25]

Una actividad inofensiva de por sí puede convertirse, de pronto, en asesina, cuando se cambia su marco de relación. Raul Hilberg ya ha apuntado hacia este potencial de división del trabajo: todos los miembros de la policía de orden público podían

> ser supervisores de un gueto o de un transporte ferroviario. A todos los juristas de la Oficina Central de Seguridad del Reich les podía corresponder asumir la dirección de un grupo de intervención de las SS. A todo experto en finanzas de la Oficina Central de Economía y Administración se lo consideraba un candidato natural a prestar servicio en los campos de exterminio. En otras palabras, todas las operaciones necesarias se llevan a término con el personal disponible en ese momento. Cada vez que se procura distinguir con claridad quién participó de forma activa, se constata que la maquinaria de exterminio representa siempre una muestra llamativamente representativa de la población alemana.[26]

Si esto se traslada a la guerra, supone lo siguiente: todo mecánico podía reparar bombarderos que, con su carga letal, mataban a miles de personas; todo carnicero podía participar en los servicios de abastecimiento que saqueaban los territorios ocupados. Los pilotos de Lufthansa también intervinieron en la guerra con sus aparatos comerciales, de tipo FW200, en vuelos de larga distancia; solo que, en esas ocasiones, no transportaban pasajeros, sino que debían hundir buques mercantes británicos en el

Atlántico. Como la actividad no cambia, en sí misma, los actores de los roles no solían hallar ninguna causa para exponer consideraciones morales o negarse a cumplir con el trabajo asignado. El trabajo seguía siendo el mismo.

En las instituciones totales, como se ha dicho, el marco de referencia dado apenas encuentra ninguna alternativa. Esto es válido de entrada para los soldados que prestan servicio militar, pero lo es más en tiempos de guerra y, más aún, en combate. A este respecto hay que tener en cuenta que una contienda tan prolongada, abarcadora y, en muchos sentidos, sin precedentes como la segunda guerra mundial tiene por sí sola «el carácter de un suceso extraordinariamente complejo y difícil de resumir».[27] Para las diversas personas que se hallan en algún lugar de este suceso, resulta enormemente difícil orientarse apropiadamente; por ello, las órdenes y los grupos también devienen más importantes desde el punto de vista subjetivo: garantizan orientación allí donde, si no, esta faltaría por completo. La importancia del grupo de camaradas, para las propias necesidades de orientación, crece cuanto más amenazadora resulta la situación en la que uno se encuentra en ese momento. El grupo se convierte en un grupo total.

Ante el telón de fondo de la teoría de roles, nos preguntamos por qué alguien muere en la guerra o por qué participa en crímenes de guerra; pero estas preguntas solo adquieren pleno sentido si se formulan como cuestiones empíricas, no morales. Como preguntas morales, solo serían oportunas si los márgenes de actuación incluyeran las alternativas reales que *no* fueron elegidas por los implicados. Como es sabido, esto es válido, por ejemplo, para la negativa a participar en las denominadas «acciones judías», que carecía de consecuencias jurídicas,[28] y para los incontables casos —que veremos a lo largo del presente libro— en los que la violencia se ejercía a placer. Pero en muchas otras series de sucesos de la guerra, uno debe reconocer, con objetividad, que no se daban las alternativas de actuación y posibilidades de elección que la pluralidad de los roles ofrece en la vida civil cotidiana.

Modelos de interpretación: una guerra es una guerra

Estrechamente relacionados con los conjuntos de exigencias previstos por cada rol hay modelos de interpretación específicos: como médico, no vemos una enfermedad como el paciente; como autor de un hecho, no lo vemos igual que la víctima. Los modelos de interpretación orientan la interpretación de situaciones concretas; son, en cierto sentido, marcos de referencia a menor escala. Unos párrafos más atrás ya hemos hablado del desconocimiento; cada modelo de interpretación excluye, por descontado, todo un mundo de interpretaciones alternativas y, en consecuencia, también supone siempre un desconocimiento. Es algo negativo en aquellas situaciones que, por ser demasiado nuevas, no podemos dominar apoyándonos en las experiencias precedentes; estas experiencias se convierten en un obstáculo,[29] aunque resultan muy funcionales en el contexto de lo acostumbrado, porque no exigen formular reflexiones complicadas una y otra vez al respecto de a qué nos estamos enfrentando y cuál es la receta correcta para solventar un problema. Los modelos de interpretación, como marcos tipificados y rutinizados de clasificación de lo que sucede, estructuran la vida en una medida extraordinariamente elevada. Van desde los estereotipos («el judío es...») hasta las cosmologías completas («Dios no permitirá que Alemania se hunda»), al tiempo que son, desde el punto de vista histórico y cultural, sumamente específicos. En la segunda guerra mundial, los soldados alemanes tipificaron a sus enemigos con criterios y características distintas a las empleadas en la guerra de Vietnam; pero el proceso de la tipificación y la función que esta posee son idénticos.

Las vivencias de un soldado tampoco ingresan en su experiencia de un modo puro. Antes bien, a las vivencias se les da forma previa y se las filtra mediante modelos de interpretación disponibles, formados por la educación, los medios de comunicación y las narraciones. La sorpresa, por ejemplo, emerge entonces cuando lo vivido se aleja de lo esperable; Joanna Bourke cita el caso de un soldado sorprendido por el hecho de que el enemigo herido no grita y cae a un lado, como en las películas de cine, sino que se desploma con un gruñido.[30] En la mayoría de los casos, sin embargo, el modelo de interpretación ayuda a clasificar y elaborar lo vivido, y a proporcionar seguridad a la orientación.

Ante la pregunta de cómo vivieron los soldados la segunda guerra mundial, los modelos de interpretación —sobre los «otros», la propia misión, el combate, la «raza», Hitler, los judíos, etc.— desempeñan un papel especialmente importante. En cierto modo, proporcionan a los marcos de referencia interpretaciones previas en las que se puede clasificar lo vivido. Ello incluye también los modelos que proceden de otras conexiones sociales y se han importado a la experiencia de guerra; esto resulta particularmente claro en el tema de «la guerra como trabajo», de la mayor importancia para la interpretación que los soldados daban a sus propias acciones. Es algo que podemos leer en conceptos de aparición recurrente, por ejemplo cuando se habla del «trabajo de mierda» o de que la Luftwaffe «ha hecho un buen trabajo», pero que no se acaba aquí. Harald Turner, jefe de la administración militar en Serbia, escribe el 17 de octubre de 1941 a Richard Hildebrandt, jefe superior de la policía y las SS: «En los últimos ocho días [he ordenado] fusilar a 2.000 judíos y 200 gitanos, según la cuota de 1:100 para los soldados alemanes asesinados con salvajismo. Y en los próximos días se fusilará a otros 2.200, casi todos ellos judíos. ¡No es ningún trabajo bonito!».[31] En la famosa descripción de Ernst Jünger, que definió a los soldados como «trabajadores de la guerra», también aparece la funcionalidad del modelo de interpretación de la sociedad industrial para la vivencia y elaboración de la experiencia bélica; la guerra se describe como un «proceso de trabajo racional, alejado por igual del sentimiento del horror y del romanticismo; lo mismo ocurre con el empleo del arma como prolongación de la actividad habitual en el banco de trabajo doméstico».[32]

Y, verdaderamente, el trabajo en la empresa y el trabajo en la guerra muestran múltiples conexiones entre sí: ambos se organizan de acuerdo con una división del trabajo, se componen de aptitudes técnicas, especiales y parciales, y se estructuran jerárquicamente. En ambos casos, uno no tiene nada que ver con el producto final que se crea, sino que cumple instrucciones sobre cuyo sentido no es necesario dudar. La responsabilidad se refiere siempre, sola y particularmente, al ámbito de actividad inmediato, o se halla delegada por principio. Las rutinas desempeñan un papel importante: uno siempre realiza el mismo movimiento manual y sigue las mismas instrucciones. También en un bombardero trabajan pilotos,

artilleros de bombas y tiradores de cola, con aptitudes diversas y diversas actuaciones parciales, que se suman en un producto conjunto: la destrucción de un objetivo dado (independientemente de si se trata de una ciudad, un puente o una concentración de tropas en campo abierto). Los fusilamientos masivos, como las «acciones judías», no solo corrieron a cargo de los tiradores profesionales, sino también de los conductores de camiones, los cocineros, los guardias de las armas, los «transportadores» y «empaquetadores», es decir, los que llevaban a las víctimas a la fosa y los que los amontonaban unos sobre otros; por lo tanto, también aquí había una importante división del trabajo.

Alf Lüdtke ha destacado la relación que, en muchos puntos, une el trabajo industrial y bélico y ha evidenciado que, en las clases proletarias, ya se veía como «trabajo» lo que se hacía en otras funciones, por ejemplo como soldado o policía de reserva. En los testimonios autobiográficos de estos hombres, así como en las cartas del servicio postal militar y en los diarios de la segunda guerra mundial, abundan las analogías de guerra y trabajo; se expresa en temas como la disciplina y la monotonía de las actividades, pero también en expresiones «en las que una acción militar, como repeler o aniquilar al enemigo —es decir, la muerte de personas y la destrucción de material— se consideran como "un buen trabajo"». Lüdtke lo resume así: «El ejercicio de la violencia, la amenaza de ejercerla, matar o causar dolor se pueden concebir como trabajo y, en consecuencia, vivirlos como algo razonable o, cuando menos, como algo necesario e inevitable».[33] Ante este telón de fondo, queda claro que los modelos de interpretación también desarrollan una función de creación de sentido: si yo interpreto que matar a personas es un «trabajo», no clasifico el hecho en la categoría «crimen», sino que lo normalizo. A partir de estos ejemplos, es fácil comprender qué roles cumplen los modelos de interpretación en los marcos de referencia. Lo que, en las circunstancias normales de la vida cotidiana civil se considera una desviación, que se exigía justificar y legitimar, se transforma aquí en un comportamiento normal y conforme. El modelo de interpretación automatiza en cierta medida la prueba moral y protege a los soldados frente al sentimiento de culpa.

Obligaciones formales

Entre los marcos de referencia orientadores figura también algo muy sencillo: el universo de lo prescrito y la posición en una jerarquía que determina qué es lo que uno recibe prescrito, y debe cumplir, y qué puede prescribir uno a los demás. También aquí se produce, en la vida civil, un continuo que va de la dependencia total a la libertad total, algo que, de nuevo, puede variar según sea el rol en el que uno aparezca. Aunque una persona puede poseer una gran libertad de actuación como empresario, de modo que, salvo en lo que atañe a la ley, apenas se le puede obligar a nada, por ejemplo en el seno de su familia puede vivir una situación muy distinta: quizá conviva con un padre dominante o una esposa autoritaria, perfectamente capaces de imponerle obligaciones de las cuales solo difícilmente podrá liberarse.

En las fuerzas armadas, las cosas vuelven a estar muy claras: en este ámbito, el grado y la función determinan unívocamente cuán amplio o estrecho es el margen de actuación de cada uno; cuanto más baja es la posición que uno ocupa en la jerarquía, más depende uno de las órdenes y decisiones ajenas. Sin embargo, incluso en instituciones totales como los campamentos de instrucción militar, las prisiones o las instalaciones psiquiátricas, el margen de actuación de cada persona no desciende nunca hasta el cero. Erving Goffman ha descrito de modo impresionante, en su libro *Asylums*, cómo se puede sacar partido de las reglas de las instituciones totales para usarlas en provecho propio. Así, por ejemplo, cuando se utilizan las actividades de la cocina para «conseguirse» recursos o en la biblioteca para hacer contrabando, se produce una «adaptación secundaria» a la institución. Aunque uno finge seguir las reglas, en realidad las usa para sus propios fines. Los miembros de las fuerzas de ocupación tienen múltiples posibilidades de adaptación secundaria. Según narraba el alférez Pölert en junio de 1944: «Desde Francia, he enviado a casa una cantidad enorme de mantequilla y tres o cuatro cerdos. Quizá fueran tres o cuatro quintales de mantequilla».[34] Esta es la cara bonita de la guerra, la del explotador. Pero los grados de libertad para la adaptación secundaria se reducen radicalmente cuando se combate. Aun así, en tales situaciones, todavía cabe

sacar partido, siempre que uno encuentre placer en la violencia. En cualquier caso, cuando la situación se constriñe y agrava, el marco de referencia deja de ser diferenciado.

Obligaciones sociales

Mientras que en el caso de limitaciones del marco de referencia, como se dan en las instituciones totales, la libertad de elección es reducida y la seguridad orientadora, elevada, las obligaciones sociales pueden afectar a estructuras de decisión existentes y claras y provocar que los lazos grupales e incluso las estructuras de mando sean más permeables. Así, Erwin Dold, comandante de un campo de concentración —que, de un modo totalmente inesperado y contrario a las reglas, conseguía más alimentos para «sus» prisioneros y se esforzaba al máximo en mejorar sus condiciones de vida—, tenía la plena certeza de que su esposa no solo apoyaba este comportamiento, sino que incluso lo esperaba.[35] De otra clase fueron las obligaciones sociales que sintieron los tiradores que, en las matanzas colectivas, sufrían al haber encontrado semejanzas entre los niños que iban a matar y sus propios hijos.[36] Pero no debemos albergar ilusiones excesivamente románticas sobre el efecto de las obligaciones sociales: también se tiene constancia de muchos casos en los que la presencia de la esposa, sentida o material, ha favorecido el asesinato, porque el autor se sentía en sintonía con los deseos y elecciones de su mujer.

Así, el secretario policial Walter Mattner, funcionario de la administración de la base de las SS y la policía de Mogilev, escribió a su esposa, el 5 de octubre de 1941:

> Aún tengo que contarte algo más. En realidad, yo también participé en la gran matanza masiva de anteayer. En el primer vagón, me temblaba un poco la mano, al disparar. Pero uno se acostumbra. En el décimo vagón apuntaba ya con calma y disparaba con toda seguridad contra todas aquellas mujeres y los niños y bebés. No olvidaba que yo también tengo dos bebés en casa, con los que estas hordas se habrían portado igual, si no diez veces peor. La muerte que nosotros les dimos fue una muerte corta y bonita, en comparación con los tormentos infernales de miles, miles de miles de personas, en las mazmorras del GPU.[37]

Obviamente, en estas líneas Mattner daba por descontado que su esposa aprobaría sus actos y su modo de justificarlos.

Vera Wohlauf, esposa del capitán Julius Wohlauf, representa un caso aún más extremo. Su marido era jefe de una compañía en el batallón 101 de la policía de reserva, que llevó a cabo múltiples «acciones judías».[38] En ese tiempo, la señora Wohlauf estaba embarazada. Hallaba tal placer en las redadas y la detención de judíos para su deportación y fusilamiento que no renunciaba por nada a asistir a tales acciones, a cualquier hora del día, ni a contemplarlo todo desde la mayor cercanía, hasta el punto de provocar la indignación de los miembros del batallón.[39]

En las conversaciones del general de blindados Heinrich Eberbach también se manifiestan con claridad las obligaciones sociales. En octubre de 1944, mientras se hallaba prisionero en el campo británico de Trent Park, habló sobre la posibilidad de contribuir a la propaganda británica:

> Soy bastante conocido en el círculo de los blindados [...]. Estoy convencido de que si yo hiciera un llamamiento de esa clase, que también pudiera ser escuchado y leído entre el pueblo —con octavillas que se lanzaran sobre el frente o algo así—, sin duda eso tendría cierto efecto entre la gente. Pero, en primer lugar, la cuestión me parecería de una bajeza inaudita, ahora como antes; es algo que, por sí solo, iría tan en contra de lo que siento, que nunca podría hacerlo. Y además, aparte de esto —están mi mujer, mis hijos—, es algo que ni me planteo. Me haría sentir vergüenza delante de mi mujer. Mi esposa es tan patriota que yo no podría hacerlo nunca.[40]

El hecho de que las obligaciones sociales operen un efecto profundo obedece a que el ser humano, a diferencia de lo que se suele suponer, no actúa a partir de motivos causales y cálculos racionales, sino dentro de relaciones sociales. Son estas las que conforman la variable decisiva para todo aquello por lo que nos decidimos. Esto es particularmente válido para las decisiones adoptadas bajo tensión, como las simuladas en el famoso experimento de Stanley Milgram sobre la obediencia. Aquí la constelación social resultaba crucial en la determinación del grado de obediencia con el que los sujetos experimentales se conducían con respecto a una autoridad.[41]

La cercanía social, fáctica o sentida como tal, y las obligaciones relacionadas con ella forman un elemento central de los marcos de referencia. En la perspectiva histórica, este elemento casi siempre pasa

desapercibido, porque es excepcional que las fuentes disponibles informen de si una persona, al acometer (o dejar de acometer) un acto determinado, se sentía obligada por otra. A ello se añade otra dificultad: que las obligaciones sociales no necesariamente tienen que ser obligaciones conscientes, sino que pueden haber sido interiorizadas tan naturalmente que actúan de orientación sin que el afectado lo sepa. Los psicoanalistas lo denominan «delegación».

Si tomamos el marco de referencia monodimensional en el contexto de las situaciones militares, así como la limitación del marco social del soldado a su grupo de camaradas, queda claro qué rol asume aquí la obligación social: si, en la vida civil, la familia, la novia, los amigos, compañeros de escuela y de universidad, etc., forman un grupo plural y diverso de figuras de referencia que ayudan a sopesar las decisiones que se adoptan, en cambio en el frente, la pluralidad se reduce, en lo esencial, al grupo de camaradas. Y estos trabajan en el mismo marco de referencia con un único fin como meta: cumplir con los deberes militares y, al mismo tiempo, sobrevivir. Para ello, la cohesión y la cooperación en la situación de batalla son, sin duda, decisivas; así, en combate, el grupo es el elemento más fuerte del marco de referencia. Sus reglas tienen tanto efecto porque son importantes para la supervivencia. Pero también cuando no se está combatiendo, cada soldado depende del grupo en una medida extrema; porque este aún no sabe cuánto tiempo durará aún la guerra ni cuándo tendrá el próximo permiso para regresar a casa de vacaciones o se lo trasladará a otro puesto; es decir, no sabe cuándo se alejará del grupo total y podrá integrarse de nuevo en grupos plurales. La eficiencia obligante de la camaradería se ha descrito en múltiples ocasiones. Además de sus funciones sociales, exhibe elementos antisociales con respecto al ámbito exterior al grupo de camaradas. Las normas internas del grupo forman el estándar de comportamiento; el estándar del «mundo de la vida» exterior a las fuerzas armadas resulta degradado y pierde importancia.

Pero el camarada no solo —por propia voluntad o en contra de ella— cede autonomía para integrarse en una comunidad, sino que también obtiene algo a cambio: la comunidad lo preserva, le da seguridad, apoyo, reconocimiento. Además, el grupo de camaradas ofrece una liberación de

las obligaciones habituales de la vida civil. Precisamente en este aspecto, Sebastian Haffner, futuro emigrante y decidido opositor al régimen, ve algo psicológico y decididamente fascinante:

> La camaradería [...] elimina completamente el sentimiento de la responsabilidad por los propios actos. La persona que vive en camaradería queda liberada de toda inquietud por la existencia y todo rigor de la lucha por la vida. [...] Ya no necesita preocuparse por nada. Ya no se halla bajo la dura ley del «cada uno mira por sí mismo», sino bajo el blando y generoso «Todos miran por uno». [...] El patetismo de la muerte por sí solo permite y soporta esta monstruosa dispensa de la responsabilidad vital.[42]

Esta combinación por la que el establecimiento de la comunidad social de la «camaradería» quita cargas al tiempo que impone otras ha sido elaborada por Thomas Kühne en su completo estudio del tema. Sobre todo el rol que, durante el nacionalsocialismo, se adjuntó a categorías como «comunidad» y «camaradería» condujo a una permanente valoración positiva del colectivo y la consiguiente desvalorización del individuo: «La camaradería guió entonces una cultura de la vergüenza, en la que pensar, sentir y actuar en las categorías de la dirección personal de la vida y la propia responsabilidad quedaron anuladas por el dictado de una moral que solo permitía lo que resultaba útil para la preservación material, la vida social y el prestigio del propio grupo».[43] Vista así, la camaradería supone no solo la concentración máxima de la obligación social, sino también la *liberación* frente a todo aquello que, en otros órdenes, resulta importante en el mundo. Si esto afecta extraordinariamente el marco de referencia de los soldados, marca todavía más profundamente la práctica de los soldados en la guerra. Aquí la camaradería no se convierte solo en una forma de establecimiento de una comunidad que impone y elimina cargas, sino que deviene, literalmente, una unidad de supervivencia y con ello desarrolla fuerzas de vinculación que, en las circunstancias normales de establecimiento de una comunidad, nunca son tan fuertes. De nuevo, esto no es algo específico del nacionalsocialismo; en su completo estudio sobre el «soldado estadounidense», Edward A. Shils y Morris Janowitz han hecho hincapié en el papel central que el grupo de camaradas desempeñaba en la guerra, para sus distintos soldados, como unidad de interpretación y organización primaria.[44] El grupo ofrece una orientación muy superior a la

de cualquier ideología o concepción del mundo; para no pocos, representa una patria emocional más notable que la familia, que, al permanecer en casa y no compartir el mundo de experiencias del soldado, luego no puede comprenderlo. En consecuencia, la camaradería tampoco es, en ningún caso, un simple mito transfigurador de la vida soldadesca, sino un lugar social que cobra más importancia que ningún otro. Esto explica que, en la segunda guerra mundial, hubiera soldados que regresaban voluntariamente al frente: en un sentido psicológico profundo, el frente les hacía sentirse en casa. «Yo era feliz», escribió Willy Peter Reese, un joven soldado de la Wehrmacht que, durante un permiso, a principios de 1944, redactó unas *Confesiones de la gran guerra*, de 140 páginas. «En mitad de Rusia, me sentía, por fin, de nuevo en casa. Ahí estaba mi patria; solo en ese mundo, en sus horrores y en sus escasas alegrías, me gustaba estar.»[45]

Situaciones

En 1973 se realizó en la Universidad de Princeton un experimento notable. A una serie de estudiantes de teología se le encomendó la tarea de redactar una breve conferencia sobre la parábola del buen samaritano. Una vez elaborada la charla, se invitaría a cada autor por separado a presentarse en un determinado edificio del campus, donde se grabaría una lectura para emitirla por radio. Mientras un estudiante aguardaba en solitario a recibir la invitación a presentar la charla, aparecía de pronto alguien que le decía: «¡Vaya! ¿Aún estás aquí? ¡Hace tiempo que tendrías que estar allí! Date prisa, ¡con un poco de suerte, el asistente aún te estará esperando!». El estudiante corría a su destino y, en ese mismo momento, se situaba ante la puerta del edificio universitario elegido a una persona que fingía desamparo, y, entre toses y gemidos, se retorcía en el suelo. Era imposible entrar en el edificio sin percibir a esta persona que, a todas luces, parecía estar pasando graves dificultades.

¿Cómo reaccionaron ante esta situación los futuros teólogos? El resultado fue sorprendente: solo 16 de los 40 sujetos experimentales intentaron hacer algo en ayuda de aquella persona aparentemente desvalida; los demás continuaron dirigiéndose a la cita, sin detenerse. Un hecho

particularmente desconcertante fue que, según se constató en una posterior conversación sobre el incidente con los diversos seminaristas, muchos de los que no habían ayudado al necesitado «ni siquiera se habían dado cuenta de que había alguien en situación de necesidad, pese a que prácticamente habían tropezado con esa persona».[46]

Lo primero que nos dice este experimento es que, antes de que una persona actúe con respecto a algo, debe haberlo percibido. Cuando alguien trabaja con toda la concentración puesta en una labor, simplemente, desconecta la percepción de muchas otras cosas: lo que no tiene que ver con el cumplimiento de la tarea. Esta focalización no tiene nada que ver con cuestiones morales; depende de una economización de los actos, necesaria y casi siempre activa, que procura prescindir de lo superfluo. Otros experimentos han demostrado que la decisión de ayudar depende, en alto grado, de *quién* necesite la protección: se ayuda antes a las personas atractivas que a las que no lo son; ayudamos antes a las personas que, por sus rasgos externos, pertenecen al mismo grupo en el que nosotros nos incluimos, que a aquellos que adscribimos a grupos ajenos. También a aquellas personas que parecen haber sido las causantes de su propia desgracia —como por ejemplo, los borrachos— se las ayuda con menos frecuencia que a las que han caído en una mala situación por causas externas.[47]

Todo esto demuestra claramente que la conexión entre las ideas y los actos es mucho más laxa de lo que solemos suponer. Además, entre lo que las personas piensan de sí mismas —sobre su moral, sus convicciones, la coherencia de actuación— y lo que en realidad hacen existe siempre una diferencia abismal. En situaciones concretas, en las que se exige decidir y actuar, los factores decisivos no tienen nada que ver, en un principio, con las consideraciones éticas y las convicciones morales. De lo que se trata es de conseguir un objetivo o realizar una tarea; esto implica la cuestión de cómo se puede acometer la tarea del modo más eficiente o cómo llegar al objetivo por el mejor camino. En el caso de los futuros teólogos, cuando ignoraron al desamparado, no fue porque carecieran de una ética de la ayuda, sino porque debían cumplir una labor con la mayor rapidez. En palabras de los psicólogos estadounidenses John Darley y C. Daniel Batson,

que concibieron el experimento: «Quien no tiene prisa, es posible que se detenga para intentar ayudar a otra persona. Quien tiene prisa, tenderá a seguir su curso a toda prisa incluso si esa premura obedece a tener que comentar la fábula del buen samaritano».[48]

En consecuencia, la situación parece ser mucho más decisiva en lo que respecta a lo que una persona hace, que las características de personalidad que aporta en esa situación. Este hallazgo ha sido confirmado por otro hecho establecido entre tanto: que no era necesario ser antisemita para matar judíos ni, para salvar judíos, era preciso poseer una personalidad altruista. En uno y otro caso, era de todo punto suficiente el hallarse en una situación social que parecía exigir lo uno o lo otro. Sin embargo, cuando por vez primera se adopta y se pone en práctica la decisión correspondiente, todo lo que viene a continuación discurre con inercias del tipo «dependencia del camino» (*path dependence*): participar en un primer fusilamiento masivo aumenta la probabilidad de participar igualmente en un segundo, tercer, cuarto fusilamiento; al optar por una acción de ayuda, se aumenta la probabilidad de, en una situación posterior, aportar ayuda igualmente.

Disposiciones personales

Naturalmente, no todo cuanto una persona percibe y hace puede adscribirse a unas referencias externas de diverso orden. Por descontado, las diversas personas aportan a las situaciones que deben descifrar y en las que deben actuar diferentes formas de percepción, modelos socializados de interpretación, experiencias propias de su edad y particularidades, debilidades y preferencias específicas. En este sentido, las situaciones sociales siempre forman estructuras de oportunidades que cabe aprovechar y ampliar con diversos grados de libertad. Depende de cada persona, y sin duda de hecho es así, que las unilaterales relaciones de poder propias de los campos de concentración o los fusilamientos masivos fueran recibidas por los hombres más dispuestos a la violencia (miembros de las SS, policías de reserva o soldados de la Wehrmacht) como ocasiones de satisfacer las propias necesidades sádicas o, al menos, la curiosidad; en cambio, entre las

personas más sensibles y alejadas de la violencia, despertaban repugnancia. Por lo tanto, la cuestión de quién se enfrenta a qué situación y con qué equipamiento psicológico lo hace marca una diferencia. Pero no debemos sobrevalorar el peso de esas diferencias: según demuestran el Holocausto y la guerra de exterminio nacionalsocialista, en su inmensa mayoría, tanto los civiles como los soldados, policías y hombres de las SS se comportaron de modo violento y antihumano cuando la situación correspondiente parecía sugerirlo o exigirlo; y solo una exigua minoría se mostró resistente y prosocial. Como esta última actitud, de acuerdo con los criterios de la época, se consideraba desviada, mientras que el comportamiento antihumano se tenía por conforme, en toda la relación de acontecimientos del Tercer Reich y la violencia que de ella se derivó nos encontramos frente a un gigantesco experimento real en el cual personas de psique normal —y buenas personas, en la imagen que tenían de sí mismas— eran capaces de interpretar como naturales o correctas acciones que su marco de referencia prohibía. El porcentaje de personas que, por su equipamiento psíquico, tendía personalmente a la violencia, la exclusión y los excesos ascendía también aquí, como en todas las otras circunstancias sociales, a entre el 5 y el 10 por 100.

En una perspectiva psicológica, los habitantes de la Alemania nacionalsocialista eran tan normales como los de cualquier otra sociedad de aquel tiempo. Y el espectro de los autores de crímenes se correspondió de un modo notablemente exacto con el espectro socialmente normal; ningún grupo de personas demostró ser inmune a los atractivos de la «inhumanidad impune» (Günter Anders). Este experimento real no reduce a cero la importancia de las variables de personalidad, solo les atribuye una importancia relativamente menor, a menudo incluso insignificante.

2

El mundo de los soldados

El marco de referencia del Tercer Reich

Nuestro concepto de la libertad es distinto al de los ingleses y estadounidenses. Me siento muy orgulloso de ser alemán; no echo de menos su libertad. La libertad alemana es la libertad interior, la independencia frente a todo lo material; supone poder prestar servicios a la patria. Cuando regresas a tu casa como soldado, estás por encima de las mezquindades de los demás: de la señora Kreschke, que lamenta la falta de no sé qué verduras; del señor Comosellame, que no tiene gasolina para su coche. El soldado se alza por encima de todo eso. La libertad de asumir una responsabilidad es algo que no está al alcance de todos. ¿Es acaso libertad poder hablar y escribir como cualquier canalla judío? La libertad estadounidense, democrática, no es más que arbitrariedad.

Teniente de Marina Heinrich Russ, 28-3-1942[1]

En el capítulo precedente hemos definido que los marcos de referencia *de primer orden* forman la estructura de fondo sociohistórica, en buena medida inconsciente, ante la cual actúan los seres humanos de un tiempo dado; en cierto modo, es una base de todos los esfuerzos de orientación conscientes.

Investigar y describir una totalidad de esa clase resulta imposible. En cambio, los marcos de referencia *de segundo orden*, son concretos histórica, cultural y, en su mayoría, también geográficamente; en consecuencia, como mínimo cabe esbozarlos a grandes rasgos. Comprenden un espacio sociohistórico que se puede limitar, sea al período de dominio de un régimen, al tiempo de vigencia de una constitución o a la historia de una formación histórica, como por ejemplo la del Tercer Reich. Además, en la mayoría de los casos, sus elementos resultan accesibles a la conciencia (como en la cita superior, sobre la concepción alemana de la libertad). Sin embargo, en el año 1935, una mayoría de alemanes podría haber respondido

sin más a la pregunta de qué era específico de la sociedad del Tercer Reich, y para ello habrían hecho hincapié en las diferencias con la república de Weimar: por ejemplo, el principio de una recuperación económica, el sentimiento de mayor orden y seguridad, la recuperación del orgullo nacional, una identificación con su «Guía» (el «Führer») y algunas otras cosas. Debido precisamente a que se diferencia sobremanera del período anterior —el «tiempo del sistema», como se decía despectivamente—,* este marco de referencia de segundo orden es consciente en un grado extraordinario; en las entrevistas con testimonios también se enfatiza regularmente el sentimiento de que había nacido un tiempo «nuevo» y «hermoso», en el que algo iba «de nuevo hacia arriba», en el que se estaba «haciendo algo», «la juventud venía de la calle» y se percibía una «comunidad». Los años comprendidos entre 1933 y 1945 cuentan con una historia de la experiencia mucho más delineada que la república de Weimar, por un lado, y la posguerra de las Alemanias occidental y oriental, por otro lado; por ello, es más fácil esbozar su marco de referencia que el de años comparativamente carentes de acontecimientos, como por ejemplo el período de 1975 a 1987. En lo que atañe a la historia de la experiencia, realmente, el Tercer Reich es un período de enorme densidad, con una abundancia de cambios extraordinaria, y marcado asimismo por la experiencia de una euforia radical y creciente en un marco temporal breve, de unos ochos años, mientras que los cuatro años posteriores estuvieron marcados por una creciente inseguridad, pérdidas, violencia y temor a la decadencia. Que este período haya quedado inscrito de un modo tan intenso y perdurable en la historia alemana no depende tan solo de los crímenes y la violencia masiva y extrema que produjo, sino también de la experiencia condensada, de participar en el surgimiento de algo totalmente nuevo y poderoso, de poder colaborar en un proyecto conjunto, el nacionalsocialista, en suma: de formar parte de un «tiempo grandioso».

La historia social y cultural del Tercer Reich está tan bien documentada que, a este respecto, podemos remitir a los lectores a la bibliografía de referencia.[2] En lo que atañe al marco de referencia en desarrollo del Tercer Reich, solo quisiéramos tratar aquí de dos aspectos que tuvieron una importancia decisiva para la percepción de los soldados.

El primer aspecto es la idea, progresivamente establecida con la «cuestión judía», de que las personas son *categorialmente* distintas. Por *desigualdad categorial* quiere decirse aquí que a los miembros de un grupo (por ejemplo, el grupo de los alemanes «arios») les resulta de todo punto imposible, ni por propio esfuerzo ni por propio error, ingresar en el grupo de los otros (por ejemplo, los alemanes «judíos»). En el centro de esta idea de desigualdad —que no se limitaba en ningún caso a los judíos, sino que proponía una diferenciación de «razas» más elevadas que otras, como los germanos, por un lado, y los eslavos, por otro— se hallaba la teoría racial. Tal teoría no era en absoluto un invento alemán, producto especial de la ciencia alemana, sino que se defendía en todo el mundo.[3] Pero solo en Alemania se convirtió en fundamento de un programa político y un concepto de sociedad que, en la práctica antisemita, aplicada sin retraso, se tradujo en una realidad sentida y creída. La idea de que las personas eran de categorías desiguales contaba con pruebas prácticas en una sociedad que estaba radicalmente dividida entre los que pertenecían a ella y los que no. El segundo aspecto mencionado se refiere a la vida cotidiana del nacionalsocialismo. Los investigadores suelen centrar su estudio en las formas simbólicas de praxis social —como por ejemplo «ideologías», «concepciones del mundo», «objetivos políticos»— y con ello pasan por alto que las prácticas sociales de la vida cotidiana poseen un efecto formativo muy superior; entre otras razones, porque no es reflexivamente como se accede a ellas. Esta fuerza formativa de lo fáctico constituye un aspecto esencial del marco de referencia del Tercer Reich.

La historia de la sociedad y las mentalidades del Tercer Reich suele mirarse a través del prisma del Holocausto: como si desde el final de un proceso social dinámico y enorme, con desarrollos parciales contradictorios e inercias de tipo «dependencia del camino», se pudiera arrojar luz analítica sobre su inicio. Es comprensible en la medida en que el nacionalsocialismo y la guerra de exterminio dejaron su firma histórica en el horror que causaron. Sin embargo, como método, carece por completo de sentido. Nadie propondría desarrollar la biografía de una persona desde el final, ni reconstruir la historia de una institución de atrás hacia delante, por la sencilla razón de que lo que se desarrolla está abierto por delante, no por

detrás. Solo cuando se mira atrás da la impresión de haber transcurrido de un modo inevitable, sin alternativas; durante su despliegue, en cambio, los procesos sociales incluyen plenitud de posibilidades, de las cuales solo algunas se tornan hecho y forman sus dinámicas propias y dependencias del camino determinadas.

En consecuencia, cuando uno desea reconstruir la actuación humana en el marco de referencia del Tercer Reich, debe seguir de cerca el proceso de la nacionalsocialización, y por ende la combinación de, por un lado, lo que se introdujo como novedad en la praxis social de Alemania tras la «toma del poder» y, por otro lado, lo que después del 30 de enero de 1933 se mantuvo sin cambios. Se ha apuntado repetidamente que no se debe confundir la realidad social del Tercer Reich con la imagen propagandística que los redactores y directores del ministerio de Goebbels diseñaron para ella, con una perfección cada vez mayor. El Tercer Reich tampoco se componía de una sucesión sin pausa de Olimpiadas, «días del partido del Reich», desfiles y discursos emotivos cuyas palabras eran sorbidas, con ojos brillantes, por los «camaradas nacionales». Antes que todo eso, constaba de la misma acumulación de vida cotidiana que en toda sociedad posible estructura la vida de las personas: niños que van a la escuela, adultos que van al trabajo o a la oficina de empleo, que pagan un alquiler, van a comprar, desayunan y comen, se reúnen con amigos y parientes, leen periódicos o libros y discuten sobre deporte o política. Aunque todas estas dimensiones de la vida cotidiana se fueran impregnando progresivamente, en el transcurso de los doce años de existencia del Tercer Reich, de los tópicos ideológicos y racistas, ello no obstante seguían siendo costumbres y rutinas, es decir, una vida cotidiana marcada por el «lo de siempre».

Las sociedades no se basan solamente en lo que, en algún momento, cabe leer como fuente para los historiadores, sino también en infraestructuras materiales, institucionales y mentales, es decir, en cosas como fábricas, calles y sistemas de alcantarillado, así como en escuelas, administraciones y juzgados, e igualmente —pese a que a menudo se hace caso omiso de ello— de tradiciones, costumbres y modelos de interpretación. Estos tres tipos de infraestructuras forman el mundo que se da por sentado. Son una base de la vida cotidiana y exhiben inercias

específicas. En efecto, no experimentan grandes cambios, ni siquiera cuando se consuman transformaciones de importancia en la política o la economía. Esto se debe a que tales infraestructuras son solo sistemas parciales de una estructura social compleja; aunque sin duda son cruciales, no constituyen por sí solas la totalidad social. Tampoco con el nacionalsocialismo ocurrió que, en la mañana del 31 de enero de 1933, las ciudadanas y los ciudadanos se levantaran en un mundo nuevo. Era aún el mismo mundo que el día precedente; solo las noticias eran nuevas. Por ello, también Sebastian Haffner ha descrito el 30 de enero no como una revolución, sino como un cambio de gobierno, acontecimiento que, en la república de Weimar, no tenía nada de inusual. Para Haffner, «la vivencia del 30 de enero, en realidad, solo [consistió] en la lectura de periódicos y las impresiones que de ello se derivaron».[4] Ambas cosas se sopesan y son objeto de discusiones, en sus posibles consecuencias y significación, pero es lo mismo que se hace con otras novedades políticas. Haffner describe las conversaciones que sostuvo con su padre: se hablaba de qué porcentaje de la población era genuinamente «nazi», de cómo reaccionarían en el extranjero, de que Hitler es canciller del Reich, de qué actitud podría adoptar la clase obrera; se trata, en suma, de las reflexiones propias de los ciudadanos que se hacen preguntas políticas, cuando se han adoptado decisiones cuyas consecuencias resulta difícil valorar y que uno acoge de un modo no especialmente positivo. Haffner y su padre, en cualquier caso, llegan a conclusiones parecidas: este gobierno cuenta, en ese momento, con una base extraordinariamente débil, por lo que tiene pocas posibilidades de perdurar mucho tiempo y, en consecuencia, apenas hay motivo para preocuparse en serio.

El hecho de que uno lea y charle sobre un tema no cambia nada, en un principio, con respecto al desarrollo de las cosas. «Eran noticias de los periódicos», escribe Haffner.

> Con los propios ojos y oídos ni se veían ni oían cosas muy distintas de aquellas a las que uno se había ido acostumbrando en los últimos años. Uniformes marrones en las calles, desfiles, vítores con «Heil»; y, en el resto, *business as usual*. En la Kammergericht, el Tribunal Supremo de Prusia, donde por entonces yo trabajaba como pasante, no hubo ningún cambio en el funcionamiento de la justicia, puesto que el ministro de Interior prusiano ya estaba promulgando decretos fenomenales. Según noticiaba la prensa, era probable que la Constitución se fuera al

> cuerno; pero todos y cada uno de los párrafos del libro legislativo ciudadano conservaban su valor y se les continuaba dando vueltas y más vueltas con todo el cuidado, como antes. ¿Cuál era la verdadera realidad? El canciller del Reich quería lanzar diariamente imprecaciones obviamente groseras contra los judíos, pero en nuestro Senado seguía sentándose un consejero judío del Tribunal Supremo, que continuaba emitiendo sus fallos, extraordinariamente concienzudos y sagaces, fallos que tenían plena validez y para cuyo cumplimiento se ponía en marcha todo el aparato del Estado; por mucho que los sumos responsables de ese aparato estatal tildaran diariamente a su autor de «parásito», «infrahumano» o «pestilencia». ¿Quién quedaba en ridículo, con eso, en realidad? ¿Contra quién se dirigía la ironía de aquella situación?[5]

También cabría formularlo así: amplias zonas del marco de referencia existente seguía funcionando como antes, por lo cual también resultaba posible interpretar esa «continuación de la vida» como un triunfo sobre los nazis: a juzgar por lo visto, los nazis no eran tan capaces de afectarlo todo. ¿Cómo se podría haber llegado a la idea de que, en realidad, se requería una interpretación de la realidad completamente nueva, pues lo que aquí había pasado no era algo que, simplemente, se pudiera interpretar de acuerdo con los criterios de costumbre? E incluso si alguien hubiera llegado a sentir precisamente esto: ¿de dónde habría sacado los instrumentos necesarios para descifrar aquella nueva realidad?

En la psicología social, hace tiempo que se ha descrito bien el fenómeno del «sesgo sistemático de retrospección». Una vez que se ha constatado el resultado de un proceso social, siempre se piensa que uno ya sabía desde el principio cómo iba a terminar todo aquello; y así, a posteriori, uno encuentra toda clase de señales que hace ya mucho tiempo que apuntaban hacia el derrumbamiento o el desastre. Esto explica, por ejemplo, todas las entrevistas realizadas a testimonios de la época en las que estos afirman que, el mismo 30 de enero, su padre o abuelo ya dijo: «¡Esto significa la guerra!».[6] El sesgo de retrospección nos ayuda a posicionarnos en el lado de los sabios y clarividentes, pese a que, en realidad, mientras uno forma parte de un proceso de transformación histórica, nunca ve hacia dónde se dirige este. Una ilusión no la detecta, naturalmente, quien la sufre, decía Sigmund Freud; y, en efecto, desde una distancia mayor se puede adoptar una perspectiva de observador desde la cual se reconocen los malentendidos y equivocaciones propios de los actores implicados. E incluso cuando uno, dos o tres niveles de la construcción funcionalmente

diferenciada de una sociedad se transforman, sigue habiendo un número incontable de otros niveles que continúan siendo exactamente como eran. Sigue ofreciéndose pan en la panadería, los tranvías circulan como siempre, la formación escolar todavía exige estudio y la abuela enferma aún requiere que la cuiden.

Los procesos de formación de comunidades también son contradictorios cuando se producen nuevas circunstancias políticas. Para la nacionalsocialización, esto es extraordinariamente válido, porque junto al ostentoso hincapié en lo popular y en la práctica política de la exclusión, la sociedad nacionalsocialista seguía las mismas prácticas que otras sociedades industriales modernas: con sus imperativos técnicos y su fascinación misteriosa, con sus programas de empleo y coyuntura, con una industria cultural, con deporte, tiempo de ocio y vida pública. En un estudio que vio la luz ya en 1981, al que sin embargo no se le ha prestado la atención que merece, Hans Dieter Schäfer lo denominó «conciencia disociada» y describió meticulosamente todo lo que, en la interfaz de usuario del Tercer Reich, se mantuvo completamente ajeno al nacionalsocialismo; en ello cuentan por igual la creciente prosperidad de las ventas de Coca-Cola como la disponibilidad de periódicos extranjeros en los quioscos de las grandes ciudades, como la presencia de las películas de Hollywood en el cine o el auge económico financiado mediante deuda, que permitió a muchos camaradas nacionales participar de las ventajas de una moderna sociedad de consumo.[7]

A este respecto, el desarrollo diferenciado, en parte contradictorio, de ámbitos sociales parciales del Tercer Reich no representa nada especial, dado que, probablemente, todas las sociedades modernas desarrollan formas contradictorias de establecimiento de comunidades, porque las diversas áreas funcionales (tan similares como se ha descrito anteriormente en el caso de los roles) requieren condiciones de funcionamiento distintas. Así, una escuela sigue siendo escuela, en sus condiciones de funcionamiento, cuando el programa prevé que las clases de biología incluyan el estudio de la eugenesia; una fábrica no deja de funcionar como tal fábrica por el hecho

de producir las hebillas del cinturón de los uniformes de las SA. En consecuencia, la vida cotidiana estorba para reconocer cuándo sucede algo nuevo, algo completamente inesperado:

> Yo todavía iba, como antes, al Tribunal Supremo, donde aún se hablaba de Derecho [...], el consejero judío del Tribunal Supremo de mi Senado aún se sentaba en la corte, sin impedimento, vestido con su toga [...]. Todavía llamaba a mi novia Charlie e íbamos al cine o nos sentábamos en una tabernita a tomar un Chianti o bailábamos juntos en alguna parte. Todavía veía a los amigos, todavía charlaba con los conocidos y los aniversarios familiares aún se celebraban como siempre [...]. Sin embargo, por raro que pueda resultar, fue esta vida diaria, que continuaba de modo mecánico y automático, lo que ayudó a impedir que en algún lugar se produjera una reacción vivaz y poderosa contra la monstruosidad.[8]

La inercia de las infraestructuras de una sociedad, la vida cotidiana vivida, constituye la primera parte —de gran importancia— de la conciencia disociada. La otra parte la compone lo que se transforma y, especialmente, lo que modifica el marco de referencia. Esto es, por un lado, la acción del régimen, que actúa con propaganda, decretos, leyes, detenciones, violencia y terror, pero también con ofertas de identificación y atracción; por otro lado, una percepción y una actitud que se transforman en reacción a lo anterior, entre una población que no siempre se compromete, pero que participa igualmente, y que se procura una razón para lo que está ocurriendo. Las medidas antisemitas de finales de marzo y principios de abril de 1933, como es sabido, tuvieron entre la población una respuesta ciertamente contradictoria, como ocurrió también con tantas agresiones antisemitas posteriores. Precisamente esto, sin embargo —aun cuando a primera vista pueda parecer paradójico—, supone su momento de integración, porque también la sociedad nacionalsocialista cuenta con un número suficiente de espacios sociales y zonas parcialmente abiertas en las cuales uno puede hablar con sus semejantes sobre los pros y los contras de las diversas medidas y acciones.[9]

El modo de funcionamiento social de una dictadura moderna, como por ejemplo el nacionalsocialismo, se comprende de manera errónea cuando se cree que integra a su población a través de la homogeneización. La realidad es la contraria: integra mediante el mantenimiento de la diferencia, de modo que también aquellos que están *en contra* del régimen —critican el

programa antisemita, son de corazón socialdemócrata o cualquier otra discrepancia— cuentan con su lugar social, en el que pueden conversar o hallar a otras personas de ideas similares. Este modo de integración se extiende a la formación de los grupos de intervención de las SS y los batallones de policías de reserva, que en ningún caso constan de meros ejecutores de órdenes, sin carácter ni individualidad, sino que los integran seres pensantes, que se ponen de acuerdo entre sí al respecto de qué hacer y de si pertenecen a los buenos o a los malos.[10] El modo de integración de toda administración, toda empresa, toda universidad se basa en la diferencia, no en la homogeneización; por todas partes se encuentran subgrupos deslindados entre sí. Esto no perjudica la cohesión del agregado social, sino que la fundamenta.

También cuando el régimen nacionalsocialista abolió la libertad de prensa, practicó la censura y en su propaganda en medios masivos (sumamente moderna) creó una esfera pública de conformidad con el sistema que, naturalmente, no pasó sin dejar huella sobre las concepciones de cada cual, sería erróneo colegir de ello que, con tales acciones, se habían cancelado por completo el pluralismo y el intercambio de las diversas opiniones. Según ha escrito Peter Longerich:

> Tras más de dos décadas de estudio de la historia social y de las mentalidades de la dictadura nacionalsocialista, hoy sabemos, sobre la «opinión popular» de aquel tiempo, que la población del Reich alemán, entre 1933 y 1945, no vivía en condiciones de uniformidad totalitaria, sino que había una cantidad considerable de insatisfacciones, opiniones diferenciadas y formas de conducta divergentes. Sin embargo, como característica peculiar de la sociedad alemana bajo el régimen nacionalsocialista, tales manifestaciones de descontento se daban a conocer sobre todo en el ámbito privado, a lo sumo en el semipúblico (esto es, limitado al círculo de amigos y colegas, la peña de la taberna habitual, la vecindad inmediata), o en aquellas estructuras del medio social tradicional que habían pervivido y podían mantenerse firmemente en contra de la comunidad nacional nacionalsocialista: por ejemplo, en una parroquia, una vecindad rural, círculos de la élite conservadora, esferas de contacto burgués o las estructuras del medio socialista que habían sobrevivido a la destrucción.[11]

Mientras en la vida cotidiana es mucho lo que se mantiene igual, incluso en la dictadura, y en cierto modo forma la interfaz de usuario del funcionamiento social, al mismo tiempo hay una transformación política y cultural muy notable. La honda escisión que vivió la sociedad

nacionalsocialista en los doce años que van de 1933 a 1945, entre una mayoría de pertenecientes y una minoría de excluidos, no persigue solo un objetivo basado en la teoría racial y la política imperialista, sino que es, al mismo tiempo, instrumento de una forma especial de integración social. En muchos estudios históricos recientes, la historia del Tercer Reich se ha contemplado desde los puntos de vista de la diferenciación social: Saul Friedländer ha centrado su atención en la práctica antisemita, la persecución y el exterminio;[12] Michael Wildt, en la violencia que, sobre todo en la fase constitutiva del Tercer Reich, se practicó como medio de establecimiento de la comunidad.[13] Peter Longerich ha analizado cómo la exclusión y el exterminio de los judíos no constituían un elemento extraño y absurdo de la política nacionalsocialista, sino su centro: la «desemitación» de la sociedad alemana (y de amplias zonas de Europa) era «el instrumento para hacer realidad, progresivamente, los distintos ámbitos vitales».[14] Precisamente por ese medio, se lleva a término un reformateo de los criterios morales, una clara transformación de lo que, en el trato con los demás, se considera «normal» y «anormal», «bueno» y «malo», correcto o escandaloso. La sociedad nacionalsocialista no se convierte en inmoral; tampoco es cierto que los asesinatos masivos, como se ha supuesto en multitud de ocasiones, dependan de una degeneración moral. Antes bien son el fruto del establecimiento, asombrosamente rápido y profundo, de una «moral nacionalsocialista» que define al pueblo y la comunidad nacional como piedra de toque de la actuación moral y establece otros valores y normas de lo social como los que, por ejemplo, estuvieron vigentes durante la posguerra democrática.[15] En este canon moral no se incluyen valores de igualdad, sino de desigualdad; no el valor del individuo, sino el del «pueblo» biológicamente definido; no una solidaridad universal, sino particular. Por mencionar aquí un único ejemplo de la moral nacionalsocialista, el nacionalsocialismo fue el primer régimen que consideró punible el delito de omisión de socorro; sin embargo, el ámbito de validez se reducía a la comunidad nacional nacionalsocialista, por lo cual, por ejemplo, no era aplicable a los casos en los que se omitía socorrer a un judío perseguido.[16] Esta moral particular caracteriza el proyecto nacionalsocialista *in toto*; también el orden soñado para Europa, incluso el

dominio del mundo bajo la cruz gamada, se concebía como un universo radicalmente desigual, en el cual se otorgaba un trato jurídico diferenciado a los sujetos de las distintas razas.

Aunque el Tercer Reich era, en multitud de aspectos, una sociedad moderna del siglo XX, y el cultivo de las tradiciones populares fue menos un elemento clave de integración que una recaída en el folklore, el proyecto nacionalsocialista derivaba su fuerza de penetración política y psicosocial de la transferencia social de la afirmación según la cual existe entre los seres humanos una desigualdad radical e insalvable. Esto no era un invento nacionalsocialista, sino que había pasado, ya en el siglo XIX, de la biología a la teoría política, y en el siglo XX se puso en práctica con gran intensidad en varios ámbitos, como por ejemplo en la legislación sobre la esterilización o en la eugenesia y la eutanasia.[17] Pero solo en Alemania la teoría racial adquiere el carácter de programa político; y, junto al comunismo, por cierto, fue lo único que se fundamentó científicamente: «el nacionalsocialismo no es más que biología aplicada», según la formulación de Rudolf Hess.[18]

Así, la praxis social del Tercer Reich también consistió, desde el principio, en emplear determinadas acciones para tematizar negativamente la «cuestión judía» y positivamente la «comunidad nacional»; luego se convertía este tema en un objeto de actuación permanente, mediante medidas, decretos, leyes, saqueos y deportaciones antisemitas. Saul Friedländer ha acuñado, para el modo en que funcionó la formación de la sociedad nacionalsocialista, la acertada fórmula de «represión e innovación». Sin embargo, como al mismo tiempo muchos elementos de esa sociedad permanecieron sin cambios, no se debe perder de vista que, para los alemanes no judíos, la innovación y la represión constituyeron solo una parte de su «mundo de la vida» (y, a menudo, ni siquiera era la más importante). La combinación es compleja y consta, en consecuencia, de *continuidad*, represión e innovación.

En su conjunto, el proyecto nacionalsocialista debe considerarse como un proceso social sumamente integrador, que empezó a finales de enero de 1933 y llegó a su fin con la derrota definitiva de mayo de 1945. En ello interpreta un papel decisivo la exclusión, expulsión y desposesión (ejercida en distintas fases de intensidad) de los no pertenecientes, porque se

acompaña de muchas revalorizaciones del grupo de los pertenecientes, de carácter material y con simbolismo evidente. Con tales medios consigue el proyecto nacionalsocialista su fuerza de penetración y atracción psicosocial. Inmediatamente después del 30 de enero de 1933, se puso en marcha una praxis, enormemente acelerada, de la exclusión, dirigida contra comunistas, socialdemócratas, sindicalistas y, ante todo, judíos; y ello, sin ninguna oposición relevante de la población mayoritaria, aunque alguno arrugara la nariz contra la «chusma nazi y de las SA» o considerase que las medidas antisemitas eran toscas, impropias, exageradas o, simplemente, inhumanas. Entre el conjunto de medidas se incluyen, por ejemplo, la prohibición de que los judíos de Colonia utilizaran las instalaciones deportivas de la ciudad (marzo de 1933), la expulsión de todos los boxeadores judíos de la Asociación de Boxeo de Alemania y la exclusión de los nombres propios judíos en el alfabeto telefónico del mercado de valores no bursátiles (abril de 1933), o el veto a que los judíos pudieran alquilar puestos comerciales en las ferias (mayo de 1933).[19]

En estos ejemplos, seleccionados al azar, destacan especialmente dos factores. Por un lado, la creatividad con la que se hallaron aspectos muy diversos de lo «judío» (como el código de asociación de letras y nombres propios empleado en el comercio de valores no bursátiles). Por otro lado, el hecho de que estas medidas de exclusión antisemita fueran puestas en práctica de forma voluntaria y, a menudo, anticipada por particulares en posiciones de administración societaria o comunitaria, que en ningún caso estaban obligados a adoptar tales medidas, sino que lo hicieron por propia iniciativa. Esto no solo remite a necesidades antisociales, que ahora, en las nuevas circunstancias, cabe liberar de buena gana; también incide en el hecho de que tales medidas, adoptadas en el seno de las diversas sociedades, asociaciones y comunidades, recibieron la aprobación de las personas no afectadas por ellas, que ni protestaron ni, menos aún, opusieron resistencia.

En la vida cotidiana de la sociedad nacionalsocialista, las medidas de esta clase —medidas de las cuales los no afectados toman buena nota con naturalidad, aunque afectan a *otros*— resultan omnipresentes. Apenas pasaba un día sin que se adoptara una nueva medida. Entre las leyes

antisemitas, que constituyen la punta que establece las normas en este iceberg de la praxis de exclusión, hay que destacar la «ley para la restauración del funcionariado», del 7 de abril de 1933, que entre otras cosas preveía el retiro forzoso de todos los funcionarios «no arios». Aquel mismo año se despidió a 1.200 profesores y catedráticos universitarios, sin que ni una sola facultad protestara por ello. El 22 de abril, los médicos del seguro que no eran arios quedaron excluidos de las respectivas organizaciones sectoriales.[20] El 14 de julio de 1933 se aprobó la «ley de contención de las nuevas generaciones de enfermos infecciosos».

Todo esto fue ocurriendo sin que en ninguna parte se articulara una oposición, independientemente de si se trataba de la represión de personas aisladas o bien de la discriminación de los alemanes judíos en general.

> Cuando se despidió a los colegas judíos, ningún catedrático alemán formuló una protesta pública; cuando se redujo de manera drástica el número de los estudiantes judíos, no hubo oposición en ninguna comisión universitaria ni en miembro ninguno de las facultades; cuando en todo el Reich se prendió fuego a los libros, en Alemania no hubo ningún intelectual (ni tampoco ninguna otra persona) que expresara en público alguna clase de vergüenza.[21]

Por muy «privada» que fuera la recepción de estas leyes y medidas entre los «camaradas nacionales», sigue siendo llamativo que, en esta fase inicial de la represión —que, para los no afectados, supuso como mínimo una considerable modificación de los valores relativos al trato interpersonal y las ideas de justicia—, no se articuló en público ninguna clase de disgusto. Pero ¿qué cabe entender exactamente por «no afectados»? Cuando se analiza el hecho de la exclusión, la desposesión y el exterminio como una relación de actuaciones, resulta lógicamente imposible hablar de personas no afectadas: cuando —de un modo tan rápido, intenso, público y no público— un grupo de personas resulta expulsado del universo de la obligación moral, la cuestión adquiere el significado contrario, es decir, el valor real y percibido que se otorga a la pertenencia a la comunidad nacional *se eleva*.

«El destino —según lapidaria observación de Raul Hilberg— es una interacción entre culpables y víctimas.» Psicológicamente, no debe sorprendernos que la traslación práctica de la teoría de la supremacía racial resultara extraordinariamente capaz de atraer el asentimiento. Ante el telón

de fondo de esta teoría, vertida en leyes y medidas, cualquier trabajador no cualificado en situación de desventaja social podía sentirse superior, idealmente, a cualquier comerciante, actor o escritor judío; especialmente cuando también el proceso social en desarrollo imponía de facto la desventaja social y material de los judíos. La revalorización que un «camarada nacional» experimenta de este modo incluye asimismo sentir que el peligro social se ha reducido relativamente; es un sentimiento vital completamente nuevo, en el seno de una comunidad nacional exclusiva a la cual uno, de acuerdo con las leyes científicas de la selección racial, pertenece de un modo tan irrevocable como irrevocable y perpetua es la exclusión de los otros.

Mientras a unos les iba cada vez peor, los otros se sentían cada vez mejor. El proyecto nacionalsocialista no solo prometía un futuro de colores brillantes, sino que también ofrecía ventajas presentes y tangibles, como por ejemplo oportunidades de medrar. El nacionalsocialismo contaba con una élite directora extremadamente joven, por lo que muchos de los «camaradas nacionales» más jóvenes podían depositar grandes esperanzas en el avance triunfal de la «raza aria».[22] Es ante este trasfondo como se puede comprender la enorme liberación de energía individual y colectiva que caracterizó a aquella sociedad.

> El partido nacionalsocialista se apoyaba en la doctrina de la desigualdad de las razas y, al mismo tiempo, prometía a los alemanes mayores oportunidades de igualdad. [...] Desde un punto de vista introspectivo, la lucha de razas parecía apuntar al fin de la lucha de clases. Visto así, el NSDAP propagó una de las utopías de revolución social y nacional del siglo pasado. De esa fuente obtuvo su energía criminal. Hitler hablaba de la «construcción del Estado popular social», de un «Estado social» que sería modélico y en el que «se irían derribando todas las barreras» sociales.[23]

Como simple propaganda, la transformación social que el Tercer Reich emprendió con tanta rapidez habría carecido de eficacia. La característica central del proyecto nacionalsocialista es la implantación inmediata de sus postulados ideológicos en una realidad palpable y tangible. Con ello se transformaba el mundo en verdad: los sentimientos del despertar, de vivir en «una gran época» o, en palabras de Götz Aly, en un «permanente estado de excepción» establecen un nuevo marco de referencia más allá de las

simples noticias de la prensa. Las entrevistas con los antiguos «camaradas nacionales» siguen dando fe del atractivo psicosocial y la intensa atadura emocional de este proceso de exclusión e inclusión. No en vano hasta el día de hoy persiste entre los contemporáneos una amplia concordancia a la hora de considerar que el Tercer Reich, al menos hasta Stalingrado, puede describirse como un «tiempo hermoso».[24] La exclusión, persecución y saqueo de los otros no se vivía como tal, desde el punto de vista de las categorías, porque tales *otros*, por definición, ya no pertenecían al mismo grupo y el hecho de que recibieran un trato antisocial ya no afectaba al ámbito interior de la moralidad y la socialidad. Para reconstruir el cambio de valores en la Alemania nacionalsocialista, que cabe describir como la normalización progresiva de una exclusión radical, podemos partir de las fuentes contemporáneas,[25] que describen, en el nivel microscópico de la vida cotidiana social, cómo en un tiempo asombrosamente corto se excluyó a grupos humanos del universo de la obligación social; es decir, del universo en el que siguen rigiendo normas como la justicia, la compasión, el amor al prójimo, etc., con la salvedad de que ya no rigen para aquellos que, por definición, han quedado expulsados de la comunidad.

La honda escisión de la sociedad alemana también se puede constatar en las encuestas de opinión. Así, según muestra una consulta retrospectiva realizada en los años noventa a 3.000 personas, casi tres cuartas partes de los encuestados nacidos antes de 1928 no conocían a nadie que, por razones políticas, hubiera entrado en conflicto con la violencia estatal y hubiera sido detenido o interrogado por esa causa.[26] Aún fueron más los consultados que afirmaron no haberse sentido nunca amenazados, aun cuando en la misma encuesta un porcentaje elevado declara que escuchó radios ilegales, contó chistes sobre Hitler y formuló afirmaciones críticas con los nazis.[27]

Otro resultado notable de este estudio indica que, al echar la vista atrás, entre un tercio y más de la mitad de los encuestados admiten haber creído entonces en el nacionalsocialismo, admirado a Hitler y compartido los ideales nacionalsocialistas.[28] Una encuesta del Instituto Allensbach, de 1985, arroja resultados similares. Entre los consultados, que en 1945 debían

haber cumplido como mínimo los 15 años, se admite haber creído en el nacionalsocialismo (58 por 100), considerado que este proyecto encarnaba los propios ideales (50 por 100) y admirado al Führer (41 por 100).[29]

Estas fuentes también demuestran que el grado de asentimiento con el sistema nacionalsocialista ascendía en paralelo al nivel educativo alcanzado. Esto contradice el prejuicio vigente en la actualidad, según el cual la educación nos protege frente a las actitudes de falta de humanidad.[30] Con una mayor formación aumentaba también la aprobación del mundo de Hitler, y entre los aspectos positivos que se atribuían a su política, según este estudio, figuran también la lucha contra el paro y la criminalidad, así como la construcción de autopistas. Una cuarta parte de los encuestados hacen hincapié aún, habiendo transcurrido medio siglo desde el fin del Tercer Reich, en el sentimiento de comunidad que imperaba en esa época.[31]

Por descontado, esto se refería a los miembros de la «comunidad nacional», de una comunidad constituida de forma específica para que no todo el mundo pudiera pertenecer a ella. El sentimiento generalizado de no haberse sentido amenazado ni sometido a ninguna clase de represión descansaba sobre un intenso sentimiento de pertenencia, cuyo reflejo diario era la no pertenencia demostrada de los otros grupos y, en particular, de los judíos.

Una posibilidad de medir retrospectivamente fenómenos tan cambiantes como la confianza en el sistema, el escepticismo o la aprobación, consiste en investigar las conductas; por ejemplo, reconstruir hasta qué momento los «camaradas nacionales» confiaron sus ahorros a los bancos estatales y a partir de qué momento les pareció más seguro llevarlos a instituciones monetarias privadas; o intentar averiguar desde qué momento los miembros de una familia de luto dejaron, en su mayoría, de comunicar en un anuncio que su hijo había caído «por el Führer, el pueblo y la patria», y en su lugar se aludía simplemente a la patria, o bien se renunciaba a mencionar cualquier elemento que diera sentido a aquella muerte. Así, por ejemplo, Götz Aly ha destacado, mediante una «curva Adolf», cómo evolucionaron las preferencias de elección de nombres propios entre 1932 y 1945, cómo fluctuó el número de disidentes de la iglesia, cómo se transformaron las conductas de ahorro y en qué medida se

fueron marcando pequeñas diferencias en las esquelas mortuorias. Con los resultados de tales estudios, es plausible argumentar que el ánimo de los «camaradas nacionales» alcanzó su cumbre entre 1937 y 1939 y no empezó a hundirse con rapidez hasta 1941.[32] Para medir la confianza en el sistema, también cabe recordar que, hasta noviembre de 1940, 300.000 «camaradas nacionales» suscribieron certificados de depósito para un KdF-Wagen, más adelante denominado «Volkswagen».[33] *

Las razones de tal aprobación y confianza en el sistema no son enigmáticas desde un punto de vista psicosocial: así, aunque el crecimiento económico de los años posteriores a 1934 —el primer «milagro económico» alemán, ya conocido por entonces con este nombre— no se desarrollaba sobre unos cimientos económicos sólidos, sino que se financiaba, en buena medida, mediante la deuda y el robo;[34] sin embargo, dio origen al estado de ánimo de triunfo y despertar que aún se percibe en las entrevistas modernas con los testigos de la época. A ello se añadieron las innovaciones sociales, de enorme alcance en el sentimiento vital; en 1938, uno de cada tres trabajadores tomó parte en un viaje de vacaciones de *Kraft durch Freude*, en una época en la que viajar (y más aún, al extranjero) tenía la condición de privilegio de los acomodados. Según Hans Dieter Schäfer:

> Durante mucho tiempo se ha pasado por alto que el avance social del Tercer Reich no fue únicamente simbólico. Como ha estudiado Grunberger, durante los seis años de paz del régimen nacionalsocialista el total de ascensos duplicó el de los seis últimos años de la república de Weimar; las organizaciones estatales y burocráticas y las asociaciones económicas privadas habían absorbido a un millón de personas procedentes de la clase obrera.[35]

En 1938 se había puesto fin al desempleo masivo; en 1939 se reclutó a 200.000 trabajadores extranjeros, debido a la aguda escasez de mano de obra.[36] En otras palabras: a los pertenecientes a la comunidad les iba sensiblemente mejor que antes del nacionalsocialismo; y el cumplimiento de facto de promesas sociales como la lucha contra el paro masivo condujo —frente al telón de fondo de la negativa experiencia económica con la república de Weimar— a una profunda confianza en el sistema.

Esta forma de integración material y psicosocial, con la paralela desintegración de los no pertenecientes, comportó un cambio de valores sociales fundamental. En 1933, la gran mayoría de los ciudadanos habrían

considerado absolutamente increíble que, pocos años más tarde, y con su participación activa, los judíos no solo habrían quedado privados de sus derechos y posesiones, sino que se los trasladaría a un lugar donde los matarían. ¿Qué cambio de valores se ha producido hasta este momento? Nos quedará claro si, en el marco de un experimento mental, imaginamos que las deportaciones hubieran ocurrido ya en febrero de 1933, inmediatamente después de la que se conoció como «toma del poder». En esas fechas, el alejamiento con respecto a las expectativas normales de la mayoría de la población habría resultado tan excesivo que las deportaciones no habrían podido desarrollarse sin dificultades; de hecho, en ese momento, la secuencia de exclusión-privación de derechos-desposesión-deportación(-exterminio) aún no se había concebido ni, tal vez, resultaba siquiera concebible. Tan solo ocho años más tarde, esta forma de tratar a los otros había pasado a formar parte integrante de lo que uno podía esperar y, en consecuencia, casi nadie la sentía como algo extraordinario. Cabe observar que el desplazamiento de las líneas de referencia social, incluso de las más fundamentales, no requiere ni de un cambio generacional ni de varias décadas de desarrollo; bastan apenas unos años. Los mismos ciudadanos que, en 1933, reaccionaron con el mismo escepticismo que Sebastian Haffner ante la «toma del poder» por parte de los nazis, ven desde 1941 cómo los trenes de la deportación parten de la estación berlinesa de Grunewald; entre tanto, no pocos han adquirido muebles de cocina, conjuntos de dormitorio u obras de arte «arianizadas»; algunos dirigen negocios o viven en residencias de las que se había desposeído a sus propietarios judíos. Y les parece de lo más normal.

Sin embargo, al mismo tiempo, todo esto significa que uno debe liberarse de la idea de que, en los crímenes de una sociedad, hay, por una parte, los autores culpables (que planean, preparan y ejecutan los crímenes) y, por otra, espectadores o personas no implicadas que, en mayor o menor medida, «tienen constancia» de esos actos. Con tales categorías personales, no cabe describir adecuadamente la relación de sucesos que a la postre condujo a la guerra, la muerte de multitudes y el exterminio. En efecto, en tal relación de sucesos, no hay espectadores ni tampoco personas no implicadas. Solo existen personas que, en común, cada una a su manera —

una de forma intensiva y comprometida, otra con escepticismo e indiferencia— crean una realidad social común. Todas ellas constituyen el marco de referencia del Tercer Reich, esto es, el sistema de orientación mental con el que los alemanes no judíos de aquel tiempo interpretan lo que sucede.

La parte esencial de ello tiene una praxis transformada. Como ya se ha dicho, no hubo, en ningún lugar, protestas públicas contra la política antisemita; no se produjo ninguna rebelión contra las experiencias concretas que vivieron los judíos. Aunque de ello no debe colegirse una aprobación universal de la represión antijudía, sin embargo fue la pasividad, la tolerancia con la represión, el hecho de limitar la crítica a la conversación privada con los semejantes, lo que tradujo a la práctica social cotidiana la represión de origen político. En la praxis de la inclusión y la exclusión, la sociedad se nacionalsocializa; y se sobreestima la ideología y subestima la participación práctica de los pertenecientes cuando se explica el cambio en la estructura mental de la sociedad nacionalsocialista como efecto de la actuación propagandística, legislativa y ejecutiva del régimen. Lo que, en un período de tiempo asombrosamente breve, dotó al proyecto nacionalsocialista de una enorme capacidad de atraer asentimiento no fue sino la correlación de las actuaciones surgidas de la iniciativa política y de la apropiación e implantación privadas. Cabría denominarlo «dictadura participativa», en la cual los miembros de la «comunidad nacional» aportan su contribución gustosamente, por mucho que no sean «nazis».

Esto permite ver una articulación de acciones en la que las normas modificadas no se imponen desde arriba a los que están debajo, sino que, de un modo práctico y progresivamente más acentuado, la relación entre las personas se desolidariza y se establece una nueva «normalidad» social. En esta normalidad, puede darse que un «camarada nacional» cualquiera, en 1941, todavía considerase inconcebible que se matara a los judíos sin atender a ninguna circunstancia; y, al mismo tiempo, que esa misma persona no vea nada extraño en que las señales indicadoras de las poblaciones informen de que el lugar en cuestión está «libre de judíos», en que los bancos del parque no puedan ser utilizados por judíos e incluso en que se prive a los ciudadanos judíos de sus derechos y propiedades.

Estos bosquejos sobre la formación de la sociedad excluyente participativa pueden bastar para explicar la aprobación y la satisfacción que el sistema despertaba, y que fueron aumentando continuamente hasta 1941. Otros motivos para esta disposición aprobatoria se encuentran en los «éxitos» de la política exterior y el «milagro económico» hitleriano, que —aunque a todas luces se llevara a cabo de una manera suicida— dio a los «camaradas nacionales» la sensación de vivir en una sociedad que tenía mucho que ofrecerles. En este marco de referencia del Tercer Reich es donde los soldados que se lanzan a la guerra ordenan sus percepciones, interpretaciones y conclusiones; este es el telón de fondo ante el cual interpretan los objetivos de la guerra, categorizan a sus adversarios, interpretan las derrotas y las victorias. Que este marco de referencia se vaya modificando progresivamente mediante la experiencia de la guerra indica que, con el transcurso de la contienda y ante la ausencia de victoria, también la confianza al respecto de la «realización de la utopía» (Hans Mommsen) se desvanece; pero, al mismo tiempo, ello no desactiva de forma automática las ideas de fondo sobre la desigualdad de los seres humanos, el derecho de la sangre, la superioridad de la raza aria, etc. Menos aún basta el desarrollo de la contienda para poner en duda el marco de referencia *de tercer orden*: en este caso, el militar. De ello se hablará en el capítulo próximo.

El marco de referencia de la guerra

Sociedad

La transformación de las fuerzas armadas alemanas, que en el plazo de tan solo seis años pasó de una Reichswehr con 100.000 hombres a una Wehrmacht con 2,6 millones de hombres, que en 1939 inició la guerra contra Polonia, no supuso tan solo un acto de rearme material. Lo acompañó la consolidación de un marco de referencia en el cual lo militar recibía connotaciones positivas, como rasgo típico de su época y su nación. Tanto la dirección estatal como la militar otorgaban mucho valor a cimentar los valores genuinamente militares en el marco de referencia de los

alemanes, para predisponer al pueblo a favor de la guerra, también espiritualmente, y para formar una «comunidad de destino» unida y pronta a tomar las armas. Con ello tiraban de una cuerda que les permitió militarizar considerablemente la sociedad alemana.[37] El pueblo alemán adquirió una gran capacidad de defensa, puesta en práctica, en un grado desconocido hasta el momento, en las incontables organizaciones del partido (sobre todo, las Juventudes Hitlerianas, SA y SS), el Reichsarbeitsdienst (Servicio de Trabajo del Reich) y el servicio militar obligatorio, introducido de nuevo en 1935. Sin duda, los alemanes no recibieron la guerra, en septiembre de 1939, con la aclamación con que fue acogida en 1914; al contrario. Pero es más importante el hecho de que, en el transcurso de la guerra, 17 millones de hombres se integraron sin problemas en la Wehrmacht y solo ello hizo posible que la contienda se alargara hasta 1945. En consecuencia, el éxito principal de la penetración del espíritu militar en la sociedad alemana no fue tanto que todos los hombres fueran partidarios de la guerra, sino que se había creado un marco que les hacía participar del sistema de valores de las fuerzas armadas o, cuando menos, no ponerlo en duda. Obviamente no cabe explicar esto recurriendo tan solo al descomunal empeño propagandístico de la dirección tanto de la Wehrmacht como nacionalsocialista. Antes bien, ya en las décadas precedentes, se había completado una radicalización de las fuerzas armadas que sirvió de base a los nacionalsocialistas.

En última instancia fueron sobre todo las exitosas guerras de la unificación alemana (1864-1871) las que causaron que los valores genuinamente militares calaran hondo en la sociedad alemana; y fueron compartidos también por personas que alzaban la voz como críticos del Estado.[38] Norbert Elias hace remontar el surgimiento de una tradición de sentimiento y conducta marcada por el militarismo al hecho de que las victorias de 1866 y 1871 se hubieran obtenido bajo la dirección de élites aristocráticas tradicionales, lo cual condujo a alejarse de los ideales del canon moral burgués para orientarse hacia el canon de honor de las clases altas tradicionales; y ello tuvo como consecuencia el descrédito normativo de los ideales humanistas y los conceptos de igualdad. «Las cuestiones de honor cobraron gran protagonismo, y las morales lo perdieron. Los

problemas de carácter humano, de la identificación de una persona con otra, desaparecieron del horizonte y, en general, estos antiguos ideales pasaron a considerarse negativamente, como debilidades de las capas sociales inferiores.»[39] Elias habla de una «nueva conformación» de la ciudadanía alemana, que se había completado en la segunda mitad del siglo XIX, tras lo cual las cuestiones de honor, desigualdad de los seres humanos, capacidad de obtener satisfacción, nación y pueblo cobraron una relevancia progresivamente superior a la que se concedía a los ideales de la Ilustración y el Humanismo. El establecimiento de este canon del honor comprendía una estricta «jerarquización de los comportamientos humanos», así como un «orden claro de mando y obediencia», mientras que el canon de la clase media burguesa «parece reclamar explícitamente su validez para todos y, con ello, implícitamente, expresa el postulado de la igualdad de todas las personas».[40]

En el nuevo marco de una sociedad rigurosamente jerarquizada, la ciudadanía que aspiraba a progresar desarrolló pronto un militarismo más radical, tal que —a diferencia de las ideas que aspiraban al dominio de la nobleza en la política interior— ampliara al máximo el potencial de violencia hacia el exterior, de modo que pudieran imponerse las pretensiones de Alemania como potencia mundial. Sobre las bases del darwinismo social, el racismo y el nacionalismo, la derecha burguesa concibió —al igual que en otros muchos países— la idea decididamente anticonservadora de una guerra popular radical por el ser o no ser.[41]

En los últimos años de paz previos a 1914, estas voces solo pudieron imponerse parcialmente en el discurso social; hasta que la primera guerra mundial estuvo en marcha, no lograron abrir la brecha definitiva. Como paradigma de ello destaca el ascenso de Erich Ludendorff[42] a la posición de figura central en la nueva dirección bélica industrializada de los ejércitos de masas. Ello continuó fomentando la expansión de los modelos sociales de acción violenta y desigualdad social y que se fuera otorgando cada vez más valor a la valentía, el coraje, la obediencia y el cumplimiento del deber. El ideal de la muerte heroica, del soldado que defiende su posición hasta haber agotado el último cartucho, vivió un nuevo auge, como mínimo entre los círculos de oficiales.[43]

Todo ello no era un fenómeno singular de Alemania, sino que se enmarcaba en el contexto de una evolución del conjunto de Europa. También en Gran Bretaña y Francia se recuperó con gran fuerza el mito del combate de Leónidas en las Termópilas y el tópico, nacido en las guerras napoleónicas, de luchar hasta el último cartucho.[44]

En los años de paz de la república de Weimar, amplios sectores de la sociedad propagaron los conceptos de la defensa nacional y el Estado capaz de defenderse como respuesta al Tratado de Versalles y al desvanecimiento del Estado.[45] Las consecuencias de la derrota de 1918 eran evidentes, se decía: pueblo y Estado debían prepararse, ya en tiempo de paz, para la próxima guerra total, que en esa ocasión ya se libraría con pleno entusiasmo.[46] Y esto suponía, en las circunstancias que contextualizaban la república de Weimar, ante todo una preparación espiritual. A los jóvenes varones del país, la Wehrmacht —el concepto* aparece ya en 1919, en la constitución del Reich weimariano, así como en la ley de defensa de 1921 — debía insuflarles «disciplina varonil y virtudes varoniles». Ello encajaba perfectamente con la tradición, inventada por Ludendorff en 1917, de las «clases de enseñanza patria». La guerra requería una preparación mental y para ello se fomentaba el coraje, el entusiasmo y la disposición al sacrificio.[47] Los escritores del «nacionalismo soldadesco», como Ernst Jünger, Edwin Dwinger o Ernst von Salomon, han acercado al pueblo con sus libros, en cientos de miles de ocasiones, el culto a la guerra metafísico y abstracto; y en ello contaron con el apoyo de una multitud de organizaciones de la derecha nacionalista, como la Stahlhelm («Casco de acero»). Fundada en diciembre de 1918, a mediados de los años veinte contaba con entre 400.000 y 500.000 miembros, todos ellos antiguos combatientes. Los temas de conversación centrales de la asociación eran la guerra y un mito embellecedor del combate en el frente, así como la lucha contra toda forma de «debilidad» y «cobardía».[48]

El ideario defensivo, sin embargo, no se apoyaba solamente en los partidos de derechas y, antes que nada, en el Partido Popular Nacional Alemán (DNVP). Este solo intervino de manera especialmente agresiva y aguzada. La connotación positiva de las fuerzas armadas y el combate se podía constatar en casi todos los grupos sociales, aun cuando cada uno

adoptaba sus matices propios. Mientras que los estudiantes y el protestantismo exhibían una gran proximidad al militarismo de la derecha política, aquí el catolicismo era claramente más cauto, a pesar de que, con el paso del tiempo, fue perdiendo capacidad de oponerse al militarismo creciente en la sociedad. El liberalismo de izquierdas apoyaba un pensamiento militar defensivo en el sentido de una defensa de la patria, mientras que dentro del SPD había corrientes de pacifismo radical. Pero también en la socialdemocracia terminaron ganando espacio las ideas de la defensa nacional en el último período de la república de Weimar. Esto es válido sobre todo para la Reichsbanner Schwarz-Rot-Gold («Enseña nacional negro, rojo y oro»), un grupo de combate contra la derecha, que, aunque rechazaba las guerras de agresión, no era contraria al ideario defensivo, debido a su aparición militante y a la propuesta de organizar una milicia popular como ejército de reserva.[49] El Partido Comunista (KPD) también hablaba de la necesidad de que el proletariado se aprestara a la defensa:[50] su organización paramilitar (el Rotfrontkämpferbund o «Liga de combatientes del frente rojo») disponía incluso de armas.

El pensamiento militar dio el paso adelante decisivo a partir de finales de los años veinte, cuando las cifras de ventas de los libros del nacionalismo soldadesco se dispararon[51] hasta conseguir ediciones descomunales. El espectacular éxito de la novela antibelicista *Im Westen nichts Neues* (*Sin novedad en el frente*), de Erich Maria Remarque, quedó como un caso único al que ningún otro libro crítico con las fuerzas armadas llegó siquiera a aproximarse. Antes al contrario, la novela de Remarque, y su versión cinematográfica, provocaron reacciones virulentas, que pusieron de manifiesto hasta qué punto amplios sectores de la sociedad habían suscrito una concepción militar y embellecedora de la primera guerra mundial. Esto, por cierto, también se detectaba en el creciente culto a los muertos en calidad de héroes. En el arte monumental, la visualización del pesar por los caídos en la primera guerra mundial cedió paso, a finales de los años veinte, a una representación misteriosa del combatiente presto a la defensa.[52] Las batallas exitosas de la primera guerra mundial, al igual que las victorias en las guerras de independencia napoleónica y de unificación, adquirieron en adelante un carácter omnipresente en el espacio público. Las

voces que se alzaban contra el hermoseamiento del pasado militar o tenían una concepción negativa de los soldados y los ejércitos a consecuencia de reflexiones pacifistas ya no eran capaces de imponerse frente a la mayoría social.

La Reichswehr se aprovechó de esta tendencia, pues las exigencias surgidas de sus filas hallaban ahora un amplio eco social. Ya en 1924, el jefe de la sección de Tierra del Truppenamt,* el teniente coronel Joachim von Stülpnagel, había mostrado el camino al exigir que «el pueblo y el ejército se prepararan moralmente para la guerra». Como, en sus palabras, la «masa de nuestro pueblo» no se hallaba imbuida del «imperativo categórico de combatir y morir por la patria», aconsejó, entre otras cosas, «instruir nacional y bélicamente a nuestra juventud, en la escuela y la universidad», «infundir el odio contra el enemigo exterior» y emprender una «lucha», dirigida por el Estado, «contra la Internacional y el pacifismo, contra todo lo no alemán».[53] Después de que el ministro de la Guerra Wilhelm Groener asumiera también, en 1931, el Ministerio de Interior, la Reichswehr pudo extender su influencia a la juventud, con la intención de aprestarla para la guerra.[54]

En 1933, hacía tiempo que se había preparado el terreno para que el ideario bélico-defensivo penetrase a fondo en la sociedad alemana. Por eso, no es de extrañar que el vertiginoso rearme procediera sin oposición; que, sobre todo en las «guerras de las flores», desde 1936 —la entrada en Renania, la «anexión» de Austria y la ocupación de los Sudetes—, no se disparara ni un tiro; y que la Wehrmacht adquiriera una clara imagen pública como garantía de cancelación de las consecuencias de Versalles.

Wehrmacht

El 25 de mayo de 1934, el presidente del Reich, Paul von Hindenburg, y el ministro de la Guerra, Werner von Blomberg, determinaron un catálogo de obligaciones para los soldados alemanes. Según este, las raíces de la Wehrmacht se hunden en un pasado glorioso, y el honor del soldado consiste en entregar su persona, sin reservas, para el bien del pueblo y la patria, incluyendo el sacrificio de la propia vida. La suma virtud del soldado

es el coraje en el combate. El catálogo fomentaba la dureza, la determinación y la obediencia. La cobardía se consideraba deshonrosa; la vacilación, impropia de un soldado. La dirección de los soldados se basaba en el sentido de la responsabilidad, una capacitación prudente y una infatigable solicitud; el guía y sus tropas debían formar una inquebrantable comunidad de combate, basada en la camaradería. El soldado debía cumplir alegremente su deber, de modo que representara para el pueblo un modelo de virilidad.[55]

En este catálogo de demandas se constata que aunque la Wehrmacht se situaba en la tradición militar alemana, al mismo tiempo deseaba introducir nuevos matices. La «entrega sin reservas», el «sacrificio de la propia vida» o el hincapié en la «dureza» muestran hasta qué punto se estaba destacando ahora el combate como elemento central de la vida del soldado. A partir del mito del combatiente de la primera guerra mundial, la prueba de la acción de combate se consideraba el bien mayor del soldado, al que todo lo demás quedaba subordinado.[56] Esta fijación no era un mero tópico verbal, vacío de contenido, sino que se utilizaba de forma omnipresente en la correspondencia militar. El comandante en jefe del ejército de Tierra, el coronel general Walter von Brauchitsch, subrayó, en diciembre de 1938, que cabía recurrir a los oficiales para el combate en su calidad de «hombres de acción resueltos, de especial confianza, personalidades vivaces y rocosas, voluntariosos y resistentes».[57] En 1936, Göring exigió a los futuros oficiales de la Luftwaffe «obediencia, arrojo heroico, espíritu de sacrificio y camaradería».[58]

En la segunda guerra mundial, este catálogo de demandas no experimentó ningún cambio fundamental. Así, el comandante en jefe de la Marina de guerra, el gran almirante Erich Raeder, caracterizó en noviembre de 1941 a un alemán ideal como un «combatiente en espíritu y con las armas, duro, espartano, cuidadosamente instruido, un hombre de convicciones firmes y voluntad poderosa, que trabaja por Alemania y lucha hasta el último aliento de sus fuerzas».[59]

Por descontado, unos documentos impresos por la dirección suma no bastan como prueba de que los soldados hubieran asumido el sistema de valores militar en sus marcos de referencia. Para hallar indicios importantes

de que ocurrió así, podemos recurrir a las actas de personal. Cada oficial debía ser juzgado de manera regular y detallada por sus superiores, en una valoración que incluía la prueba ante el enemigo, el rendimiento estrictamente oficial y las aptitudes tanto espirituales como físicas. Se trata de una fuente casi ilimitada que, no obstante, solo se ha empleado raramente. Una ojeada basta para comprobar cuánto efecto había logrado el moldeo ansiado por la dirección máxima, al menos en el marco de referencia del cuerpo de oficiales. De acuerdo con ello, se describía una personalidad «de elevada cualidad de combate»[60] de la siguiente manera: uno debía ser enérgico y «de fuerte voluntad»,[61] «valiente y duro consigo mismo»,[62] «de cuerpo ágil, resistente e infatigable».[63] Para que se certificara una acción de mérito y se pudiera aspirar a una promoción, se requería arrojo, brío, dureza, dinamismo y capacidad de decisión. Se hacía hincapié, elogiosamente, en las «personalidades impetuosas»[64] y una «firme actitud militar».[65] También importaba demostrar la capacidad de «no sucumbir a las crisis».[66] «No conoce ninguna clase de dificultades», se decía, por ejemplo, del futuro teniente general Erwin Menny. También el general Heinrich Eberbach recibió siempre, a lo largo de su carrera, valoraciones extraordinariamente positivas de sus superiores. Se decía que «se estaba convirtiendo en un jefe de Panzer gallardo, prudente y preparado para las situaciones más difíciles»; se lo tenía por «uno de nuestros mejores hombres». Como rasgos de carácter más positivos se registraba que era «valiente, leal y firme».[67] También el general de división Johannes Bruhn recibió múltiples valoraciones muy positivas: «Una personalidad particularmente valiosa como líder, por carácter y virtud militar, que nunca pierde la fe, ni siquiera en las circunstancias más difíciles. Personalmente es señero por su valentía, ha sido herido en seis ocasiones».[68] En los próximos capítulos nos reencontraremos con estas personas. En la Luftwaffe, las valoraciones adquirían un aspecto similar a las del ejército de Tierra. De Rüdiger von Heyking se aprobaba que era «una personalidad fuerte y vivaz, modelo de comandancia. Desde el primer día, controla con firmeza las riendas de su división».[69]

Los atributos propios de una imagen militar negativa eran la debilidad, «falta de garra»,[70] «brío» escaso,[71] «voluntad débil y poca resistencia a las crisis».[72] Sobre el general de división Albin Nake, comandante de la 158.ª división de reserva, se dijo en 1944: «Un comandante a la manera austríaca, que carece de la dureza y determinación necesarias para dirigir a la división en las circunstancias más difíciles».[73] De Otto Elfeldt se criticaba que concediera «demasiada autonomía de juicio a sus comandantes».[74] Sobre el general de división Alexander von Pfuhlstein, su superior reprochaba: «Pfuhlstein es pesimista; probablemente, debido a su condición física. No es capaz de imponerse con firmeza hasta las últimas consecuencias. Carece de una fe devota en el ideario nacionalsocialista. Por este motivo, tiende a disculpar los fracasos públicos de sus unidades».[75] Esta crítica causó el relevo inmediato de Pfuhlstein en la comandancia de la división.

También el coronel Helmuth Rohrbach fue relevado de la comandancia de su regimiento, en noviembre de 1941, porque «como pesimista nato, las dificultades se le aparecen como insuperables y carece del impulso necesario para superarlas con determinación».[76] Contra el coronel Walther Korfes, comandante del regimiento de granaderos 726.º, se abrió incluso una investigación, para determinar si el 9 de junio de 1944 había sido hecho prisionero por los británicos de manera honrosa, ya que siempre se lo había tenido por una persona «escéptica y crítica por principio».[77]

Las valoraciones de las actas de personal de los oficiales de la Wehrmacht, sin embargo, apuntan la conclusión de que la transformación ideológicamente connotada del sistema de valores militares durante el nacionalsocialismo tuvo un efecto limitado. Así, es interesante señalar que, al menos en las actas del personal de Tierra —las de la Marina se destruyeron, en su mayor parte— no aparecen los conceptos de «sacrificio» ni «fanatismo». Hasta ahora solo se ha constatado su presencia en la valoración de los oficiales de las SS. Así, por ejemplo, el 29 de abril de 1943 se dijo de Kurt Meyer, *Obersturmbannführer* de las SS, que sus «éxitos extraordinarios [...] se deben única y exclusivamente a su *fanática* animosidad y prudente dirección».[78] Sacrificio y fanatismo son, sin duda, indicios de un sistema de valores cada vez más imbuido de ideología. En efecto, el «soldado político», tantas veces invocado por la propaganda

nacionalsocialista, no era tan solo un combatiente animoso e intrépido, sino sobre todo *fanático* y *dispuesto al sacrificio*. En los oficiales que eran nazis convencidos, hallamos nuevamente estos términos clave.

Uno de los más notables es el gran almirante Karl Dönitz. Cuando asumió el mando supremo de la Marina de guerra, el 30 de enero de 1943, manifestó con claridad que pensaba dirigir con «determinación implacable, dedicación fanática y el ánimo más firmemente victorioso».[79] Fue la misma dedicación que exigió también, en incontables órdenes, a sus soldados. Sin duda, no fue una iniciativa aislada, puesto que, en la segunda mitad de la guerra, el «fanatismo» se convirtió en tópico omnipresente de la correspondencia oficial entre los sumos comandantes de la guerra.

Aun así, sorprende comprobar que a la «actitud nacionalsocialista», introducida como criterio de valoración de las actas de personal de los oficiales en otoño de 1942, no se le concediera una mayor importancia. En varios sectores del ejército de Tierra, de hecho, parece haber imperado el *common sense* de no convertir esta categoría política en el criterio de valoración principal. En consecuencia, apreciaciones como «nacionalsocialista» o «se mueve en el terreno del nacionalsocialismo» hallaron una utilización inflacionaria, hasta el extremo de que el jefe del departamento de personal, el teniente general Rudolf Schmundt, se quejó en junio de 1943 de que los conceptos se manejaban de una forma tan esquemática que «apenas cabe obtener de ellos una valoración».[80] Basta con echar un vistazo a las actas para comprobar que también a los oficiales que tenían una opinión demostradamente negativa del sistema nazi se les atestiguaba la actitud nacionalsocialista.[81] En cualquier caso, las conclusiones más seguras sobre la actitud política permiten formulaciones más enfáticas, como por ejemplo «firme defensor del nacionalsocialismo, que ha orientado la carrera militar de acuerdo con ello» (Ludwig Heilmann) o «soldado y nacionalsocialista de la cabeza a los pies, que transmite con su ejemplo y su palabra, de un modo especialmente destacable, el ideario nacionalsocialista» (Gotthard Frantz).[82]

La actitud política, en la práctica, no tuvo nunca la importancia que Hitler había deseado que adquiriese para la creación de un «nuevo» soldado nacionalsocialista. La orientación nacionalsocialista de las tropas y la fusión

de los valores políticos y militares se fomentaron una y otra vez, incansablemente repetidas, y de manera tanto más intensiva cuanto más se aproximaba el final de la guerra. La idea, desde luego, no se limitaba a la dirección política. Así, el coronel Rudolf Hübner, comandante del regimiento de granaderos 529.º, escribió en mayo de 1943:

> El objetivo ideal es el soldado de asalto consciente de su honor, duro, decidido, instruido con excelencia en todas las disciplinas militares, que con genuina lealtad germánica alza la vista hacia su Führer y sumo comandante, que vive en el mundo de Adolf Hitler y deriva el sentido de su existencia y el estímulo último del espíritu de sacrificio, profundamente sentido y germánico, en pro del pueblo germanoalemán.[83]

La propaganda nacionalsocialista representa la imagen del heroico combatiente nazi con la expresividad esperable en ese caso. «Así, el soldado alemán aquí desplegado se supera a sí mismo y combate tal como ha ordenado el Führer: con una entrega fanática, hasta el último hombre», escribió por ejemplo el *Deutsche Allgemeine Zeitung* el 16 de enero de 1942.[84] Diez meses más tarde, se decía: «El hombre del frente no es solo aquel soldado que, gracias a sus virtudes viriles, siempre se distingue, sino que es, con la razón y el corazón, el luchador político de la nueva Europa».[85] Y cuanto más duraba la guerra, más se invocaba a la política: «como nunca antes en una generación de soldados alemanes, en el soldado alemán de hoy se funden lo militar y lo político».[86] El informe oficial de la Wehrmacht, sin embargo, adoptaba una línea distinta. En 1944, el rendimiento de los soldados aún se describía de acuerdo con los criterios de 1934. Se hablaba de «particular valentía», «perseverancia», «dureza modélica», «atrevimiento audaz», «combatividad inquebrantable», «ataques arrojados», «intensísimos combates cuerpo a cuerpo» o «resistencia pertinaz en circunstancias casi desesperadas».[87] Y aunque Hitler, por ejemplo, en las instrucciones para la dirección bélica insistía una y otra vez en la «fanática voluntad de victoria», el «odio sagrado» contra el enemigo y una «lucha sin cuartel»,[88] de ello apenas se encuentra rastro en el informe oficial de la Wehrmacht. Aquí se percibe una barrera en la decidida reforma nacionalsocialista del marco de referencia militar.

La orientación hacia las virtudes clásicas del canon militar también se percibía con claridad en la cultura de las condecoraciones, que, por una parte, establecía vínculos con las tradiciones antiguas y, al mismo tiempo, abría nuevos caminos al ensalzar casos de especial valentía.

Para distanciarse del imperio del káiser, los oficiales y soldados del Tercer Reich debían fundirse en una comunidad de combate. Lo subrayaba el hecho de que todos los soldados, independientemente de su graduación, podían hacerse acreedores de las mismas condecoraciones y distinciones honoríficas. Así, en la primera guerra mundial, por ejemplo, la condecoración más elevada del ejército prusiano —la «Pour le Mérite»—, estaba prevista exclusivamente para oficiales y, en la práctica, se concedió sobre todo a los responsables principales de las tropas. Entre los 533 oficiales de Tierra condecorados, solo once eran jefes de compañía, además de los jefes de un pelotón de asalto y una sección (entre ellos, el joven alférez Ernst Jünger).[89] Con la adopción de la Cruz de Hierro, el 1 de septiembre de 1939, Hitler se situaba conscientemente dentro de la tradición de la principal condecoración prusiana a la valentía, establecida por vez primera en 1813, y nuevamente en 1870 y 1914. Las Cruces de Hierro de la primera guerra mundial podían lucirse, como antaño, en el uniforme de servicio —el ejemplo más señero era el del propio Hitler, que exhibía con orgullo su Cruz de Hierro de primera clase—, y con el pasador de condecoraciones de la Cruz de Hierro, cualquiera podía ver que su portador había recibido las cruces en ambas guerras mundiales. Se concedía en varias categorías (segunda clase, primera clase, Cruz de Caballero y Gran Cruz),[90] una de las cuales, la Cruz de Caballero, servía para diferenciarse de los precedentes de la primera guerra mundial, con la intención de crear un equivalente de la «Pour le Mérite» imperial, cuya tradición no se recuperó. De por sí, una Cruz de Caballero no introducía ninguna novedad especial en el mundo de las condecoraciones, aunque hasta la fecha no hubiera habido ninguna Cruz de Caballero de la Cruz de Hierro.

La Cruz de Caballero y tres de sus grados superiores, introducidos en el curso de la guerra (Hojas de roble, Espadas, Brillantes), se concebía para honrar los servicios excelentes en la dirección de tropas, pero sobre todo para destacar los actos de valentía especial, capaces de decidir una batalla.

Para ello se otorgaba valor a «la decisión propia e independiente, el coraje personal sobresaliente y los éxitos decisivos para la dirección bélica en su conjunto».[91] Con un vistazo a la práctica de concesión, veremos que haber destacado la valentía no era palabrería hueca. De las 4.505 Cruces de Caballero concedidas a miembros del ejército de Tierra, 210 recayeron sobre soldados de la tropa, 880 sobre suboficiales, 1.862 sobre oficiales subalternos y 1.553 sobre oficiales del estado mayor, incluidos los generales.[92] Así, a diferencia de lo ocurrido con Pour le Mérite en la primera guerra mundial, los jefes de sección, compañía y batallón formaron el grupo principal de los condecorados; el número de concesiones a los hombres de la tropa ascendió, de todos modos, al 5 por 100; 2.124 condecoraciones correspondieron solo a soldados de infantería de diversa graduación, y solamente 82 a oficiales que actuaran en funciones directivas superiores. El cuarto grado de la Cruz de Caballero, el superior, las Hojas de roble en oro, se estableció de forma coherente con este sistema. Se aprobó que se otorgara en doce ocasiones, a combatientes acreditados por su actuación *individual*; en realidad, solo llegó a concederse una vez, al piloto de Stukas Hans-Ulrich Rudel.

Tanto como el régimen nacionalsocialista y algunos sectores de la dirección de la Wehrmacht hablaban, en su correspondencia oficial, de fanatismo y disposición al sacrificio, tanto menos se correspondía de hecho con este ideal la práctica de concesión de las condecoraciones militares. A diferencia de, por ejemplo, la más destacada distinción por valentía de las fuerzas británicas, la Cruz Victoria,[93] la Cruz de Caballero solo se otorgó póstumamente en cerca del 7 por 100 de los casos.[94] Así, no se tendía a condecorar a los que sacrificaban la vida con fanatismo o que se arrojaban, como suicidas, ante los tanques enemigos, sino que, por el contrario, se distinguía a los combatientes o jefes de tropas que habían obtenido éxitos claros y definidos. Por lo tanto, la condecoración era más un premio especial al buen rendimiento que una exigencia, de connotaciones nacionalsocialistas, de sacrificio a cualquier coste. Sobre ello se debe recordar que Hitler solo participaba en la adjudicación de las medallas más importantes; en la práctica, la concesión de condecoraciones dependía, como instancias más decisivas, de los comandantes de división (o, en la

Luftwaffe, de los comandantes de escuadrón). En consecuencia, los galardones con los que se pretendía honrar ante todo el espíritu político de un soldado no supusieron sino la gran excepción.

Junto a la Cruz de Hierro y sus diversos grados, Hitler y la dirección de las tres ramas de combate no tardaron en crear nuevas distinciones a la valentía; por ejemplo, la Cruz Alemana en oro, establecida en septiembre de 1941, que les permitía disponer de una condecoración intermedia entre la Cruz de Caballero y la Cruz de Hierro de primera clase. Además, existía la posibilidad de nombrar en el informe oficial de la Wehrmacht a aquellos soldados que habían realizado actos extraordinarios. De ello surgió la idea de crear hojas de honor para el ejército de Tierra y la Luftwaffe, así como un cuadro de honor de la Marina de guerra, donde se mencionaba a los soldados que habían destacado por su valentía.

El sistema refinado de las distinciones por valentía se complementó con una gran multitud de insignias de combate, exclusiva de Alemania, en la forma que adoptó. La Marina tenía insignias específicas para submarinos, torpederas, destructores, grandes buques de combate, cruceros auxiliares, forzadores de bloqueo, detectores de minas, unidades de combate menores y artillería de marina, que se otorgaban en diversos grados. Lo mismo ocurría con la Luftwaffe, que además desarrolló insignias de combate propias para dar publicidad al número de aviones enemigos derribados por cada miembro de una tripulación. El ejército de Tierra estableció insignias para la infantería de asalto, insignias de asalto en general, una insignia para blindados, una para la artillería antiaérea y otra para «combatientes individuales» que habían destacado en la destrucción de tanques. La más prestigiosa de todas, sin duda, fue la insignia de combate cuerpo a cuerpo, establecida en 1942, que se concedía «como signo visible de reconocimiento al soldado que ha combatido cuerpo a cuerpo con el arma desnuda». Tras cincuenta días constatados de combate cuerpo a cuerpo, en los que uno hubiera visto «el blanco de los ojos del enemigo», se otorgaba la insignia de oro del combate cuerpo a cuerpo, máxima distinción de la infantería. La probabilidad de vivir lo suficiente como para recibir esa insignia, sin embargo, era ciertamente escasa. En total, tan solo se ha

demostrado que se concediera en 619 ocasiones.[95] Las primeras se otorgaron a finales del verano de 1944 y la propaganda hizo especial hincapié en ellas.

A todas las condecoraciones e insignias se añadían aún las cintas de bocamanga («Afrika», «Kreta», «Metz 1944», «Kurland»), así como unos escudos especiales para lucir en el brazo (escudos de Narvik, Jolm, Demyansk, Crimea o Kubán), que se otorgaban por la participación en batallas particularmente prestigiosas. Se había previsto la creación de un «escudo de Stalingrado» que, sin embargo, se canceló por razones obvias.

Alfons Bialetzki, teniente en la reserva, a finales de 1944. En la mitad izquierda del uniforme exhibe la Cruz de Hierro de segunda y primera clase, la insignia de paracaidista, la insignia al soldado herido (en oro), la insignia de la infantería de asalto (en plata) y el pasador de combate cuerpo a cuerpo; en la mitad derecha del uniforme, la Cruz Alemana en oro; y, como condecoración de cuello, la Cruz de Caballero. En la parte superior del brazo derecho luce dos distinciones de destrucción de carros blindados para combatientes en solitario; y, fuera de la imagen, la banda de brazo «Kreta». (Florian Berger: *Ritterkreuzträger mit Nahkampfspange in Gold*, Viena, 2004.)

La política de distinciones elogiaba sobre todo a los soldados del frente. Según ha calculado Christoph Rass, en el caso por ejemplo de la 253.ª división de infantería, el 96,3 por 100 de todas las Cruces de Hierro se otorgaron a unidades de combate.[96] A los soldados de los servicios de retaguardia, entre tanto, solo les cabía esperar una medalla mucho menos prestigiosa, como la Cruz del Mérito Militar. Esto suponía una notable diferencia de condición, dado que los hombres con menor contacto con el enemigo apenas tenían ocasión de recibir distinciones, mientras que los camaradas de la primera línea —en tanto en cuanto no perdieran la vida— podían obtener una multitud de condecoraciones y distinciones honoríficas.

Aunque la Cruz de Hierro de segunda clase se concedió en masa —se calcula que se otorgó a 2,3 millones de soldados—, estas cifras solo significan que más del 85 por 100 de los miembros de la Wehrmacht *no* recibieron esta condecoración, la más baja de todas. Su uniforme permanecía sin adorno ninguno, mientras que la biografía militar de los combatientes acreditados, gracias al sistema de distinciones diferenciado, resultaba reconocible para todos, de un simple vistazo. Los combatientes del frente disfrutaban del prestigio más elevado, lo que comportaba el surgimiento de una presión social ciertamente intencionada, según la cual nadie podía acreditarse como buen militar *sino en el frente mismo*. Esto provocó numerosos casos de soldados que —sobre todo en los permisos de regreso a la patria— se colgaban condecoraciones que no les correspondían, con intención de impresionar a la familia y las amistades o evitar una imagen de fracaso;[97] aun así, desde el punto de vista práctico, no cabe duda de que estas distinciones interpretaban un papel importante, porque en su mayoría ensalzaban precisamente los despliegues más peligrosos.

La Wehrmacht se esforzó mucho en mantener el elevado prestigio de sus distinciones mediante una práctica de concesión estricta. Así, se introdujeron reglas que garantizaran que el premio se correspondía adecuadamente con el rendimiento. Sobre todo en el caso de las Cruces de Hierro de primera y segunda clase, otorgadas en grandes cantidades, no podía excluirse del todo algún desliz. Sin embargo, gracias a su gran transparencia, el sistema de condecoraciones obtuvo una aceptación muy superior al de la primera guerra mundial. Una particularidad adicional de la

Wehrmacht fue que se intentó que la distinción se produjera con la menor demora posible en relación con el hecho que la provocaba. Así, Dönitz llegó a conceder Cruces de Caballero por radio, cuando el comandante de un submarino había comunicado una acción especialmente exitosa. En el ejército de Tierra, solía mediar más tiempo entre la comunicación de una acción extraordinaria y la concesión de una medalla. Cuando, el 6 de septiembre de 1942, el regimiento de infantería 186.º consiguió abrirse paso hasta el mar Negro desde la ciudad de Novorossiisk, donde se combatía con dureza, los dos oficiales al mando de las tropas, los tenientes Eugen Selhorst y Werner Ziegler, no recibieron una distinción importante hasta pasadas unas semanas. A Ziegler incluso se lo llevó en avión hasta el cuartel general del Führer en Vinnitsa (Ucrania), donde recibió las Hojas de roble de manos de Hitler.[98] En la propaganda, se concede una y otra vez una importancia especial a los portadores de las condecoraciones a la valentía más señeras. A unos pocos, Goebbels los convirtió en auténticas estrellas de los medios de comunicación, al servicio del culto a los héroes del nacionalsocialismo; piénsese por ejemplo en Günther Prien o Adolf Galland.[99]

Es interesante observar que, en cuanto al diseño de las condecoraciones, en la mayoría de los casos se consideraba suficiente una cruz gamada de elaboración discreta. Solo la Cruz Alemana en oro es una excepción al respecto, que motivaba que las figuras más conservadoras «se [sintieran] poco impresionadas... por el cargante simbolismo nacionalsocialista» de esta medalla.[100]

Para resumir, debemos constatar que la política simbólica de la concesión de condecoraciones procuraba el reconocimiento social y, con ello, anclaba asimismo los valores militares en lo más hondo del marco de referencia de los soldados. Como se mostrará más adelante, las pautas normativas creadas de este modo resultaban muy relevantes no solo para la interpretación de la mayoría de los hombres, sino también, muy a menudo, también para su actuación. La elevación ideológica, sin embargo, parece haber topado con cierta resistencia. A ello apunta un resultado que Ralph Winkle ya constató con referencia a la primera guerra mundial. Solo en una

minoría de casos, el orgullo por una distinción comportaba asumir igualmente las grandes expectativas de conducta que, a ojos de la dirección política, le acompañaban.[101]

En el contexto de la cultura social formada por la desigualdad de categorías y la cultura militar de una Wehrmacht orientada hacia el canon de la dureza y la valentía, cabe delinear aproximadamente qué aspecto tenía el marco de referencia de un soldado de la Wehrmacht al entrar en guerra. Se constata, notablemente, que las orientaciones valorativas centrales permanecen estables a lo largo de la guerra, mientras que por ejemplo las valoraciones sobre la dirección o sobre el sistema nacionalsocialista pueden modificarse significativamente en el transcurso de la contienda. Y en especial el marco de referencia militar sobrevive más allá de las diferencias individuales, ya sean estas políticas, «filosóficas» o de carácter: en su elevada valoración de los ideales y valores militares arriba esbozados, los nacionalsocialistas declarados no se distinguen de los antinazis categóricos; por ello, en la guerra tampoco se comportaron de forma distinta. Las diferencias se perciben sobre todo (más adelante volveremos sobre esta cuestión) entre los soldados de la Wehrmacht y de las Waffen-SS.

3

Luchar, matar y morir

Cargarse a tiros

Para mí, lanzar bombas se ha convertido en una necesidad. Emociona de lo lindo, es un sentimiento fantástico. Es tan bonito como cargarse a alguien a tiros.[1]

Teniente de la Luftwaffe, 17-7-1940

Se dice que la guerra embrutece y los soldados se vuelven como animales debido a la experiencia de la violencia y a la confrontación con cuerpos destrozados, camaradas muertos o, como en la guerra de exterminio, asesinatos múltiples de hombres, mujeres y niños. También la Wehrmacht y las SS vivían con preocupación la idea de que el enfrentamiento constante con la violencia extrema —ya fuese la violencia observada o la perpetrada por uno mismo— pudiera perjudicar la «disciplina varonil» y conducir a un empleo de la violencia sin reglas ni restricciones, que no contribuía a la eficiencia que se requería por igual tanto en los combates como en la aniquilación colectiva.[2] También en el estudio de la violencia en los campos de la historia y la psicología social, el aspecto del embrutecimiento interpreta un papel relevante.[3] Aquí se parte igualmente de la idea de que vivir una violencia extrema provoca una transformación notoria de la valoración y la medida del propio recurso a la violencia. La literatura autobiográfica, así como el género de la novela de guerra, confirman el mismo hallazgo, que podría resumirse así: los soldados se tornan brutales cuando, durante un tiempo determinado, se los expone a una inmensa brutalidad.

Ahora bien, como indica la cita superior de un teniente de la Luftwaffe, esta idea podría ser errónea. En primer lugar, porque tal idea hace caso omiso, de entrada, de que el uso de la violencia puede suponer una experiencia atractiva (por ejemplo, capaz de «emocionar de lo lindo»); en segundo lugar, probablemente no se trata más que de una hipótesis no demostrada, cuando se parte de que, para emplear una violencia extrema, primero se requiere haberla sufrido. Quizá en realidad basta para ello disponer de un arma o de un avión, de la adrenalina y la sensación de poder sobre cosas sobre las que, de otro modo, se carece de poder. Y un marco social que permita, o incluso promueva, el matar a otro.

Podría ser que la hipótesis de la habituación progresiva a la violencia tenga más que ver con las estrategias de representación por escrito de los testigos coetáneos y las ideas que sobre la vida cotidiana tienen los autores de las obras científicas, sin que todo ello se corresponda con la realidad de la guerra. En nuestro material, en efecto, se halla abundancia de ejemplos que sugieren que, de entrada, los soldados son extremadamente violentos. Nótese que la cita que encabeza este capítulo procede de unas fechas en las que la guerra aún era reciente. En ese momento, todavía no era por completo una guerra de exterminio; por otro lado, el teniente solo la conocía desde lo alto, desde el aire. Aunque no es raro que los propios soldados empleen el tópico del embrutecimiento cuando narran acontecimientos violentos, de hecho el lapso de la socialización en la violencia extrema, en esos relatos, suele limitarse a unos pocos días.

Tomemos el siguiente ejemplo, del 30 de abril de 1940. Procede de una conversación entre el alférez Meyer,* piloto de la Luftwaffe, y Pohl,* piloto de aviones de reconocimiento, de la misma graduación.

POHL: El segundo día de la guerra de Polonia tuve que lanzar bombas sobre una estación de tren de Posen [Poznań]. Ocho de las 16 bombas cayeron en la ciudad, en medio de las casas. Eso no me hizo sentirme precisamente alegre. Al tercer día, me resultaba indiferente, y al cuarto día, hasta me apetecía. Era un gusto que nos dábamos antes de desayunar: ir cazando soldados solitarios con nuestras ametralladoras, a través de los campos, para dejarlos tumbados con unos cuantos balazos.

MEYER: Pero ¿siempre contra soldados?

POHL: Y también gente. Atacábamos a las columnas que iban por la calle. Yo iba en la «cadena».** El aparato guía la emprendía con la calle, las dos alas con las trincheras, porque ahí siempre han abierto trincheras de esas. El avión se tambalea, uno detrás del otro, y luego se toma la curva

hacia la izquierda, con todas las metralletas y todo lo que pudieras hacer allí. Entonces vimos a los caballos volando por ahí.

MEYER: ¡Qué asco, eso de los caballos...! ¡No!

POHL: Los caballos me daban pena, la gente, no. Pero lo de los caballos siempre me dio pena, hasta el último día.[4]

El alférez Pohl habla de los primeros días de la campaña de Polonia y cuenta que su fase de habituación a la violencia, que había empezado en ese momento, duró apenas tres días. Al cuarto día ya se impuso la sensación de placer, que empieza a describir al mismo tiempo con la idea de «un gusto que nos dábamos antes de desayunar». Su compañero de conversación se muestra obviamente algo consternado y confía en que Pohl, al menos, solo haya disparado contra los soldados enemigos; pero esta esperanza no se cumple. Pohl también la ha emprendido contra la «gente», es decir, los civiles; y lo único a lo que no ha podido acostumbrarse adecuadamente es al hecho de que, en ocasiones, también destrozaban caballos. Esto sí resulta comprensible para Meyer. Luego Pohl sigue explicando, ahora no sobre la persecución de personas concretas, sino sobre el bombardeo de una ciudad.

POHL: Y me enfadé un montón porque nos habían disparado. Antes de que también el segundo motor se calentara, de golpe me encuentro una ciudad polaca por debajo de mí. Aún tuve tiempo de lanzarles las bombas encima. Quería lanzar todas las bombas, las 32, sobre la ciudad. Ya no funcionaban, pero cuatro bombas cayeron en la ciudad. Ahí debajo estaba todo destrozado. Estaba tremendamente furioso, ya te puedes imaginar lo que significa lanzar 32 bombas sobre una ciudad descubierta. En ese momento, no me habría costado nada. Con las 32 bombas, seguro que me habría cargado en la conciencia un centenar de vidas humanas.

MEYER: Y el movimiento ahí abajo, ¿era divertido?

POHL: ¡Claro! Había un anillo tan repleto, que iba perfecto para un lanzamiento de emergencia. No me habría costado nada. Quería lanzar a 20 metros de distancia. Quería cubrir 600 metros. Habría sido una alegría, de haberlo conseguido.[5]

«Así ve el piloto de combate una ciudad polaca desde la cabina de proa», fotografía de propaganda desde un He111, septiembre de 1939. (Foto: Roman Stempka; BA 183-S52911.)

A todas luces, Pohl tenía la intención de causar el mayor número de daños posible antes de que el avión se estrellara; por ello hace hincapié, una y otra vez, en que a él no le habría costado nada matar al mayor número posible de personas. Si quiere aproximarse al anillo es porque estaba «tan repleto que iba perfecto». Es obvio que le fastidia no haber logrado su objetivo. La siguiente pregunta de Meyer es de carácter objetivo:

MEYER: ¿Cómo reacciona la gente cuando los aviones les disparan así, desde lo alto?

POHL: Se vuelven locos. La mayoría se quedaban tumbados con las manos así, haciendo el signo alemán. Rata-ta-tatá: ¡bum, tumbados! En sí mismo, bestial. [Pasaje editado.] Directo a la cara, recibían todos los tiros en la parte baja de la espalda y corrían como locos, en zigzag, en cualquier dirección. Tres tiros de munición incendiaria y, cuando les daban en la espalda, ¡bum!, caían de cara. Y yo seguía disparando.

MEYER: ¿Qué pasa cuando uno se estira en seguida? ¿Qué pasa?

POHL: Que le dan igualmente. Atacábamos desde diez metros y, en cuanto se echaban a correr, los idiotas, solo conseguían que yo tuviera un buen blanco por más tiempo. Me basta con mantener la metralleta. A veces, seguro, no tenía ninguna duda, alguno había recibido hasta 22 tiros. Y entonces, de pronto, espanté a 50 soldados y dije: «¡Fuego, niños, fuego!». Y venga con la metralleta, aquí y allá, por todas partes. Aun así, yo tenía la necesidad, antes de que nos derribaran, de cargarme a alguien a tiros con mis propias manos.[6]

La conversación se caracteriza porque uno de los dos siente una marcada necesidad de comunicación, mientras que el otro, primero, intenta determinar con quién se halla y qué debe hacer en ese lugar. Meyer (de quien no sabemos con cuánta frecuencia ha hablado con Pohl ni hasta qué punto lo conoce o deja de conocer) parece haber quedado conmocionado, en cierta medida, por la afirmación de su compañero de celda, quien confesaba haber necesitado empuñar un arma de fuego para matar a alguien directamente. Meyer comenta:

MEYER: Es increíble, cómo se pudre uno con esas tareas.

POHL: Ya te lo decía, el primer día me sentó fatal. Pero entonces me dije: «¡Mierda, órdenes son órdenes!». El segundo y tercer día me dije: «A la mierda todo». Y el cuarto día, empecé a pasármelo bien. Pero, como te decía, los caballos, cuando gritaban... Gritaban tanto, que me parecía que ya ni siquiera oía el avión. Y ahí tirado había uno de los caballos, con las patas traseras arrancadas.[7]

A continuación hay un pasaje editado. La grabación continúa con Pohl, que describe las ventajas de un avión provisto de metralletas. Como estas son móviles, uno ya no tiene que esperar a que la víctima potencial entre en la zona de alcance, sino que puede perseguirla deliberadamente.

POHL: Así que un avión con metralletas es excelente, porque, cuando emplazan una ametralladora en alguna parte, entonces tienen que esperar a que la gente venga.

MEYER: ¿Y no se defendían desde tierra? ¿No disparaban con sus metralletas?

POHL: A uno lo derribaron. Con rifles. Una compañía entera disparó por orden. Era uno de los Do 17. Pudo aterrizar. Los alemanes mantuvieron a los soldados en jaque con las metralletas y prendieron fuego al aparato. Una vez yo tuve 128 bombas, con decenas. Las lanzamos en medio de la gente. Y los soldados. Y con bombas incendiarias.[8]

La preguntas y los comentarios de Meyer tienen un carácter principalmente técnico, pero en dos ocasiones se muestra directamente conmocionado: en el pasaje de los caballos y cuando Pohl cuenta que le

habría gustado matar «a alguien a tiros con mis propias manos». En cualquier caso, si debemos dar crédito a sus palabras, Pohl no requirió habituación ninguna a la violencia; según parece, puede recurrir a ella de forma espontánea, sin apenas tiempo de preparación. A este respecto es llamativo que no se limita a relatar un ejercicio violento al cual se ha acostumbrado, sino que hace hincapié una y otra vez en el hecho de que ha sembrado una destrucción *demasiado escasa* y que le habría gustado provocar *más víctimas*.

La conversación tuvo lugar en verano de 1940 y los acontecimientos a los que se hace alusión se desarrollaron en septiembre de 1939, inmediatamente después del inicio de la guerra. Incluso si supusiéramos que Pohl, en el momento en que sostiene la charla con el alférez Meyer, ha acumulado varios meses de experiencia bélica, que en cierta medida han embrutecido a posteriori su relato sobre los primeros días de guerra, todavía nos encontraríamos lejos de los arranques de violencia extrema que se vieron durante la campaña de «Barbarroja». Ciertamente, en la invasión de Polonia también se perpetraron crímenes masivos,[9] como asesinatos de civiles y fusilamientos de judíos. Pero Pohl es un piloto que caza y da muerte desde lo alto, y el lector de sus palabras no tiene la impresión de que, cuando narra cómo bombardea las ciudades y dispara contra las personas, lo haya hecho movido por un motivo ideológico. Sus víctimas no tienen rasgos particulares ni se han elegido a propósito. Le resulta indiferente a quién liquida; lo que le importa es *el hecho* de liquidar a alguien. Es algo que, simplemente, le causa alegría, no necesita más motivo. Su comportamiento no parece fundamentado sobre un sentido o un objetivo superior, sino más bien sobre la mejora de las vivencias en el marco de sus posibilidades. Esta acción letal, desprovista de sentido, puede entenderse en la medida en que recuerda la caza: un comportamiento deportivo que deriva su sentido del hecho de ser mejor; en este contexto, matar aún más. Por ello enfurece tanto a Pohl que lo derribaran a media caza. Le estropea la vivencia.

Violencia autotélica

En esta fase temprana de la guerra, Pohl pone en práctica una forma de violencia cuya brutalidad es prácticamente insuperable, sin que, por su parte, pueda decirse que haya acontecimientos anteriores que le hayan embrutecido. Sean cuales sean los motivos que uno pueda llegar a atribuir al comportamiento concreto de Pohl, la falta de precedentes de su caza del hombre representa, en cualquier caso, la clase de violencia que Jan Philipp Reemtsma ha denominado «autotélica»: una violencia que se practica por mor de sí misma y que no persigue ningún otro objetivo. Reemtsma diferencia entre tres clase de violencia en relación con el cuerpo, que denomina «de ubicación», «de rapto» y «autotélica».[10] Las dos primeras formas —eliminar a personas que, o bien suponen un obstáculo, o bien poseen algo que deseamos— no ofrecen ninguna dificultad especial a la comprensión. Los motivos instrumentales siempre son aclaratorios, por mucho que uno pueda no compartirlos desde el punto de vista moral. En cambio, no cabe duda de que la violencia autotélica, que mata por matar, contradice nuestro entendimiento de las cosas. Es el contrario radical a la imagen que se han formado de sí mismos las sociedades modernas y sus miembros: la confianza en la estabilidad de las instituciones y el conjunto de las reglas, y, sobre todo, el monopolio de la violencia. Según escribe Reemtsma, «la confianza en la modernidad no se puede concebir sin el monopolio estatal de la violencia». Esto resulta inmediatamente obvio en cuanto nos imaginamos un solo día en el cual se hayan cancelado las garantías que, al respecto de la propia inviolabilidad, ofrece a todo el mundo el moderno Estado de derecho.

Aquí es donde se origina la aparente distancia con la violencia de los seres humanos modernos: no se cuenta con la violencia y, cuando esta se produce, se buscan siempre nuevas explicaciones; se buscan incluso cuando, en el sentido instrumental, no existe ninguna. En cambio, quien de entrada no parte de que su inviolabilidad física esté garantizada, cuenta permanentemente con la violencia y no se siente consternado cuando esta ocurre. Por ello, el equilibrio entre confianza y violencia adolece de una precariedad crónica; y todo lo que aparenta ser violencia «sin sentido», «injustificada», o cruda, debe catalogarse de inmediato como «aberración», «fractura» o «barbarie», es decir, lo contrario de la modernidad. Es

evidente, sin más, que de aquí derivan las dificultades con que se topa la investigación sociológica e histórica de la violencia, así como su no infrecuente moralismo acientífico.[11]

Históricamente, la violencia no adquiere hasta la modernidad la forma de una anticivilización que se debe reprimir y, en caso de emergencia, combatir. La violencia en sí, por lo tanto, se debe condenar; como instrumento, sin duda, es inevitable que se utilice, pero en ese caso requiere de justificación o, cuando ocurre en otra circunstancia, de explicación. Es normal recurrir a la violencia para resolver los problemas, pero usar la violencia por mor de la violencia se considera patológico. A este respecto, la violencia se construye como una desviación de la senda de lo moderno; más aún, como su opuesto. Sin embargo, es evidente que, como muestran por ejemplo las nuevas guerras,[12] no ha desaparecido en ningún caso. Paradójicamente, sin embargo, la confianza en el nivel civilizador de la modernidad solo se puede mantener cuando la violencia se excluye de sus circunstancias normales, de sus rutinas de funcionamiento. Por ello nos concebimos a nosotros mismos como personas ajenas a la violencia y nos mostramos ostensivamente trastornados cuando se emplea la violencia. Y entonces le buscamos motivos.

Ahora bien, la violencia autotélica, según la ejerce el alférez Pohl, no requiere de ninguna justificación, es por sí sola un motivo suficiente. En un universo de racionalidad de fines y medios (*Zweckrationalität*), donde la obligación y la capacidad de justificar las acciones sociales son omnipresentes, aparece como algo extrañamente errático, algo que es ajeno y distinto a todo lo demás que existe en el ámbito de lo social. Ello no obstante: ¿es necesario justificar, por ejemplo, que los seres humanos tengan necesidades sexuales? ¿Es necesario buscar explicaciones al hecho de que quieran comer, beber, respirar? En todos estos ámbitos esenciales de la existencia antropológica, a menudo surge la pregunta de en qué manera los seres humanos buscan satisfacer las propias necesidades y, también, qué forma adoptan tales necesidades; pero nunca se pregunta por *el hecho* de que coman, beban, respiren y deseen tener relaciones sexuales. La búsqueda de explicaciones se orienta sobre todo hacia el modo, no hacia el motivo fundamental. Tal vez resulte útil proceder igualmente en el caso de la

violencia. La violencia, en palabras de Heinrich Popitz, es siempre una alternativa de la actuación social y, desde el punto de vista filogenético, tampoco cabe concebirlo de otro modo: a fin de cuentas, el género humano no sobrevivió gracias a su disposición pacífica, sino mediante la violencia que ejerció ora en la caza, ora contra toda clase de competencia por los alimentos.

Por mucho que, con el monopolio estatal de la violencia, las sociedades occidentales hayan introducido la que probablemente ha supuesto hasta la fecha la mayor innovación civilizadora de la historia de la humanidad, gracias a la cual la libertad y seguridad personal han alcanzado un nivel sin precedentes, esto no supone que la violencia autotélica haya desaparecido en cuanto posibilidad social: en la medida en que se ha transferido al Estado, ha modificado su forma, pero no ha desaparecido sino que, en cualquier momento, puede convertirse de nuevo en violencia directa. Además, aunque el monopolio de la violencia regula el espacio central de la sociedad —es decir, todas las cuestiones públicas—, esto no significa, en ningún caso, que con ello también haya desaparecido la violencia de los otros espacios sociales parciales.

En el ámbito doméstico, por ejemplo, continúa habiendo violencia contra el compañero o la compañera, contra los niños y los animales de la casa, e igualmente en espacios sociales aislados como las iglesias o los internados. En espacios públicos como los estadios, las discotecas, los bares, los metros o la calle se producen peleas, agresiones e incluso violaciones. Junto a todo esto, existen formas regulares del uso público de la violencia, como por ejemplo en los deportes de la lucha y el boxeo o las representaciones de los clubes sadomasoquistas. Cualquier viaje por una autopista alemana nos muestra cómo personas plenamente normales exhiben una disposición a la violencia, crónica y, en ocasiones, hasta letal. No cabe imaginar la televisión, el cine y los juegos de ordenador sin violencia; quizá incluso el alejamiento de la violencia con respecto a la realidad cotidiana crece en paralelo con la necesidad de una violencia ejercida de forma simbólica o representativa. Y, finalmente, entre Estados nos hallamos aún lejos de ningún monopolio de la violencia: ahora, como

siempre, los Estados emprenden guerras, y las sociedades que en la actualidad se abstienen de la violencia, como la alemana, tienen grandes dificultades para encajar esto con la imagen que tienen de sí mismas.

En otras palabras: la violencia no ha desaparecido ni siquiera de las sociedades que se consideran a sí mismas distantes de ella. Existe en todo momento como hecho y como posibilidad y, como tal, también interpreta un papel importante en muchas fantasías. También en este sentido está ahí, «presente», por mucho que, en lo material, parezca estar ausente. Si uno retrocede ahora siete décadas, hasta el momento de la conversación entre Pohl y Meyer, y contempla cómo entonces la violencia estaba mucho más próxima a las personas, resulta evidente que el ejercicio y el padecimiento de la violencia era, para muchas personas, una experiencia cotidiana. En las normas de educación de los tiempos del káiser Guillermo II, la violencia y la dureza adoptaron posiciones destacadas, y los castigos físicos no solo parecían estar admitidos, sino que se los tenía directamente por un requisito necesario para que la instrucción personal tuviera éxito.[13] El movimiento de reforma escolar de los primeros años del siglo XX no es sino un reflejo de ello; en las escuelas primarias, los institutos de secundaria, los internados y las escuelas de cadetes se pegaba tanto como en el trabajo agrícola o el aprendizaje de un oficio. También en el plano del conjunto de la sociedad, la violencia era más cotidiana que en la actualidad. No solo porque los años de la república de Weimar estuvieran marcados, en un grado muy superior a lo corriente hoy día, por una violencia de origen político, en forma de peleas entre formaciones políticas rivales, luchas callejeras y asesinatos políticos, sino porque también las formas de relación social habitual —entre policías y delincuentes, hombres y mujeres, alumnos y maestros, padres e hijos, etc.— estaban mucho más impregnadas de violencia física. Cuando el régimen nacionalsocialista tomó el poder, el monopolio estatal de la violencia quedó aún más socavado, de hecho, y se establecieron, junto al poder ejecutivo estatal, organizaciones paraestatales como las SA que, hasta el verano de 1934 —legitimada en parte como *Hilfspolizei*, policía auxiliar de Prusia—, ejerció una violencia extrema sin que los órganos estatales la juzgaran por ello. Unas páginas atrás ya hemos hablado de la violencia como medio de establecimiento de una comunidad y de diferenciación de

categorías en el seno de una sociedad (véase la p. 62), y no puede caber ninguna duda de que la violencia que se practicó en contra de los judíos y otros perseguidos ni siquiera contribuyó a elevar el nivel de violencia en la sociedad nacionalsocialista y en la conciencia cotidiana de sus miembros. Es algo similar a lo que explica el suboficial Hagen, piloto de la Luftwaffe:

HAGEN: En el 36, superé toda esa mierda de los judíos. ¡Pobres judíos! (*Risas*.) Rompí los cristales de las ventanas, eché a la gente fuera, que se pusieran la ropa pronto y fuera. Les hicimos un proceso corto. Con [?] porras, les pegaba en el cráneo, eso me divertía. Por entonces estaba yo con las SA. Recorríamos las calles de noche y les hacíamos salir. Iba rápido. ¡Zas!, los montábamos en el tren y listos. Pero del pueblo se marchaban rápido, ¡zas! Ahí tenían que trabajar en la cantera, pero, antes que trabajar, preferían que los fusilaran. ¡Macho, lo que llegamos a sacudir! Ya en 1932 nos poníamos delante de las ventanas y gritábamos: «¡Alemania, despierta!».[14]

El uso de la violencia, en 1940, era notoriamente más normal, esperable, legítimo y cotidiano que en la actualidad. Y cuando alguien forma parte de una organización cuyo objetivo es el ejercicio de la violencia, quizá queda más claro por qué muchos de los soldados (aunque en ningún caso todos) no necesitaron de *ninguna introducción* a la violencia. La violencia pertenecía a su marco de referencia, y el dar muerte, a su obligación. Así pues, ¿por qué deberían haber visto en ello algo que habría resultado extraño a su imagen de sí mismos, su ser y su imaginación? Más aún, cuando el uso de la violencia, como en el caso de la Luftwaffe, se podía realizar con medios tan fascinantes como los cazas o los bombarderos de picado, de última tecnología, y se podía integrar en la experiencia con una mezcla particularmente atractiva de saber, superioridad técnica y emoción.

El hallazgo que en un principio parece sorprendente —que no todos los soldados requirieron, para tornarse brutales, de una fase de «embrutecimiento»— queda de paso subrayado por una serie de datos que muestran que muchos soldados alemanes, nada más producirse la invasión de Polonia, perpetraron actos de violencia contra la población civil, violaron mujeres, torturaron judíos y saquearon negocios y residencias familiares; la dirección del ejército de Tierra lo recibió con verdadera inquietud y dispuso una diversidad de contramedidas que, sin embargo, solo

tuvieron un éxito limitado.[15] Así, el 25 de octubre de 1939 —cuando aún no habían pasado ni dos meses desde el inicio de la guerra—, el coronel general Walther von Brauchitsch amenazó

> con la expulsión a todos los oficiales que, en adelante, hicieran caso omiso de las leyes y se enriquecieran personalmente: «Los resultados y éxitos de la campaña polaca no pueden permitir que se haga la vista gorda sobre el hecho de que una parte de nuestros oficiales no exhibe la firme compostura interior que debería. Se ha dado un número inquietante de casos de acciones ilegítimas, confiscaciones ilícitas, enriquecimiento personal, apropiaciones indebidas y robos, malos tratos o amenazas a los subordinados (a veces por excitación, a veces por borracheras excesivas), desobediencia con las consecuencias más graves para la tropa subordinada, violaciones de mujeres casadas, etc.; todo lo cual ofrece una imagen de maneras mercenarias que nunca se reprobará en exceso. Estos oficiales —tanto si actúan por dejadez como si lo hacen deliberadamente— son parásitos que no tienen cabida entre nuestras filas». Aun así, hasta finales de 1939, Von Brauchitsch se vio obligado a promulgar nuevas órdenes para el mantenimiento de la «disciplina varonil».[16]

Ahora bien, también en las fuerzas armadas tiene validez lo que sin duda la tiene en la realidad social: las personas son distintas unas de otras y lo que una —como Pohl— emprende con gran alegría y ganas crecientes, a otra —como Meyer— le puede provocar distanciamiento, si no directamente repulsa. Sin embargo, como las dos proceden de la misma relación institucional —la Luftwaffe— y se hallan en la misma situación —son prisioneros—, los rasgos sociales en común se sobreponen sin más a las diferencias individuales. E incluso cuando Meyer ha tildado de cerdo a su camarada Pohl, lo que este último ha contado se tornará en material de eficacia probada para futuras conversaciones en circunstancias distintas: «Una vez, mientras estaba prisionero, compartí la celda con uno que explicaba, de veras, lo mucho que disfrutaba cuando se lanzaba a cazar personas...».

Relatos de aventuras

Los conceptos «muerte» y «matar» apenas aparecen en las conversaciones de los soldados. Puede resultar sorprendente, en un principio, si se considera que matar es la tarea central de un soldado en guerra y la producción de muertos, uno de sus frutos. Pero precisamente porque es en

efecto así, la muerte y el matar apenas constituyen tema de conversación. Igual que unos albañiles no suelen dedicar el tiempo de descanso a charlar de ladrillos y morteros, tampoco los soldados suelen hablar de matar.

Por un lado, matar en combate, para los que sostienen estas conversaciones, es un acto tan habitual que no despierta el impulso de contarlo. Por otro lado, el combate —cuando no se trata de acciones catalogables como aisladas, como en los aviones de caza—[17] es un acontecimiento heterónomo: no depende tanto de la actuación de cada soldado en solitario, sino que son más decisivos la fuerza del grupo, el equipamiento, la situación, el oponente, etc. El soldado por sí solo tiene poca influencia en el hecho de si causa una muerte y qué muerte provoca, o si él mismo muere. Contar historias al respecto carece del suficiente valor conversacional e implicaría suponer, ante todo, que los hombres tenían que hablar sobre sentimientos como el miedo o la desesperación; y también sobre cómo se orinaban y defecaban encima; cómo se rendían y toda otra serie de acciones que, desde el punto de vista comunicativo, representan un tabú, y más aún en esta comunidad masculina. Además, informar sobre lo que todos conocen y han experimentado (o se finge conocer y haber experimentado) no cumple los criterios de lo que supone una buena historia, una historia que vale la pena contar. En la vida civil cotidiana tampoco narramos las tareas rutinarias de un día de trabajo o del huevo que uno se ha tomado para desayunar. Un requisito central de una «buena historia» —un relato que vale la pena narrar y escuchar— es el carácter inusual de lo narrado, lo que se pone de relieve, ya sea particularmente desagradable o placentero, ingenioso, atroz o heroico.[18] Es muy raro que surjan historias sobre las cosas más normales y cotidianas de la vida. ¿Por qué iba a ser de otro modo, en realidad? Lo que pertenece a la normalidad del «mundo de la vida» de los soldados en guerra —el hecho de que en la guerra se muere, se mata y se hiere— pertenece asimismo a las condiciones previas y evidentes, sobre las que no se habla más.

Pero lo habitual es solo una parte de los temas sobre los que no se habla. La otra la conforman los sentimientos de los soldados, en especial cuando se trata de miedos y amenazas, de inseguridad, desesperación o, sencillamente, la preocupación por la propia vida. Tales cuestiones apenas

figuran en las actas de las conversaciones espiadas a los soldados y, de acuerdo con la bibliografía especializada, sabemos también que esos temas, en lo que atañe a la comunicación entre soldados, quedan a oscuras.[19] No les gusta hablar de la muerte. Les queda demasiado cerca. E igual que uno solo en casos muy excepcionales habla de la eventualidad de perder la vida o resultar herido, en estas conversaciones tampoco suele aparecer la muerte como proceso. Aquí a los otros se los «liquida», «fusila» o «deja tieso», «se ahogan» o «desaparecen». Es evidente: si uno se imaginara la propia muerte, imaginaría al mismo tiempo cómo se llega a la muerte; y morir —como algunos soldados veían ante sus propios ojos a menudo, y otros, solo en ocasiones— resultaba ciertamente próximo. En consecuencia, las conversaciones sobre matar y la muerte solo parecen girar, paradójicamente, entorno de todas las formas de la violencia, sin hablar nunca expresamente de la muerte y matar. Los soldados expresan los resultados de su actuación en números de muertos y de toneladas hundidas; pero sobre qué y quién pasa de la vida a la muerte de resultas de sus acciones, sobre ello, como sobre la muerte, apenas se habla.

En realidad, descripciones como las del alférez Pohl aparecen con frecuencia entre el material; en la mayoría de las ocasiones no son tan detalladas, pero muestran la misma franqueza y naturalidad. Es obvio que, cuando narran estas historias en las que derriban a otros a tiros, los soldados no esperan encontrarse con irritación, desagrado ni protesta alguna. Debemos tener presente que los hombres a los que se espiaba charlando entre sí en los campamentos de prisioneros proceden del mismo espacio de experiencias y se comunican en el mismo marco de referencia: todos pertenecen a las fuerzas armadas alemanas, todos combaten en la misma guerra por el mismo motivo; esto hace innecesario que se expliquen entre ellos cuestiones que, para quien lee las actas setenta años después, resultan enigmáticas. De hecho, las conversaciones tienen el mismo carácter que las que se producen en una fiesta o en el encuentro casual de personas que comparten experiencias similares: uno intenta intercambiar historias con el otro, hace algunas preguntas y algunas aportaciones, exagera y con ello demuestra que pertenece al mismo grupo, a la misma comunidad de experiencias. Aquí, en las conversaciones entre los soldados, solamente los

contenidos son distintos; la estructura de la conversación, por el contrario, es igual. Las historias de los soldados de la Luftwaffe son principalmente relatos de caza y persecución; y esto, a fin de cuentas, no tiene nada de extraño. Muchos son, en efecto, pilotos de caza o bombarderos y tienen la misión de provocar la destrucción concreta de unos objetivos: derribar aviones enemigos, destruir blancos en tierra y, desde 1942, también extender el terror a propósito. Lo que estos hombres cuentan son relatos de aventuras, en los cuales figura ante todo la representación de la propia pericia de vuelo y los éxitos destructivos. Una descripción típica podría ser como la siguiente:

FISCHER: Recientemente derribé un Boston, primero le liquidé la compuerta de popa, ahí tenía también tres metralletas. ¡Macho, es fantástico, cómo disparan! Te ves venir el chorro de fuego de sus ametralladoras.

Yo llevaba un 190, a ellos todavía les quedaban dos ametralladoras. Un toque muy breve de la metralleta.

El Boston se tiende; listo, fuera, ya no dispara ni un tiro más, las armas apuntan al aire. Entonces la emprendo brevemente contra el motor derecho, comienza a arder, y paso a atacar el motor izquierdo con mi cañón. Muy probablemente acierto con eso al caza guía —y es que yo no soltaba el botón de la ametralladora—, y está tocado, ardiendo. En esas se me echan encima 25 Spitfire que me habían perseguido. Sigo volando hasta entrar otra vez en Arras.

KOCHON: ¿Dónde aterrizaste?

FISCHER: De vuelta en mi sitio. Luego ellos tuvieron que darse la vuelta, no podían volar tan lejos por el combustible. Yo me volví luego otra vez a Saint-Omer. También liquidé de una forma parecida un Bristol Blenheim. Primero le disparé detrás, le di en el timón de dirección. La compuerta de popa fallaba los tiros todo el rato, por un lado y otro. Le pasé una vez, por la derecha, empecé a disparar, y él se puso a dispararme como un auténtico loco. Salí otra vez hacia la izquierda y, cuando le pasé por la izquierda, apreté el botón de la metralleta; la cúpula le reventó porque di en el botón del cañón. La cúpula se hizo pedazos y él estaba ahí dentro, ya estaba muerto. Le apunté detrás, al timón de dirección, y la cola le salió despedida por atrás, con trocitos del estabilizador, y el cacharro se fue a pique.[20]

Podríamos oír historias comparables en boca de pilotos de moto o deportistas extremos; en realidad, la mención de los muertos, en estas narraciones, no tiene otro carácter que el de elementos descriptivos. En estos relatos, las víctimas carecen siempre de atributos propios; aparecen en las descripciones de los pilotos de un modo idéntico al que se empezará a reproducir, medio siglo después, en la estética de los juegos de ordenador y sobre todo en los «firstperson shooter», los videojuegos de tiros cuya acción

se ve desde la perspectiva del tirador. Esta última comparación no es ningún anacronismo, puesto que, tanto en el disparo ficticio como en el real, importa menos un resultado concreto que el proceso mismo. Este depende totalmente de la habilidad y la capacidad de reacción del piloto o, en su caso, el jugador; los resultados son «totales», cifras de disparos y derribos de toda clase. Debemos tener en cuenta que este carácter deportivo y de competición, asociado a una típica fascinación masculina por la técnica, forma parte del marco de referencia; y que, a este respecto, carece de toda importancia la víctima como individuo o parte de un colectivo. A los narradores —según cabe colegir, en cualquier caso, de la ausencia total de valoraciones y características— les resulta totalmente indiferente a quién aciertan; lo principal es *el hecho* de acertar y, en consecuencia, de poder contar buenas historias al respecto.

BIEBER:* De día, ¿qué objetivos atacabais, más o menos? ¿Qué clase de blancos?

KÜSTER:* Eso depende. Hay dos clases distintas de vuelo. Por una parte están los vuelos de destrucción, donde se atacan fábricas de la economía militar, y eso.

BIEBER: Pero ¿siempre con un solo cacharro?

KÜSTER: Sí. Y luego están los vuelos de interferencia, donde importa una mierda si revientas un pueblo de pescadores o una ciudad pequeña o cualquier otra cosa por el estilo. En esos casos te indican el objetivo más o menos: «Atacar esta y aquella ciudad». Y si no consigues llegar, pues te lanzas contra cualquier otro sitio.

BIEBER: Y ¿tú que crees, esos vuelos de destrucción y de interferencia, tienen algún efecto esencial?

KÜSTER: Los vuelos de destrucción, sí. Por ejemplo, uno que hicimos contra Norwich, ese fue divertido.

BIEBER: O sea, ¿cargar directamente contra una ciudad?

KÜSTER: Sí. De hecho, deberíamos haber atacado una fábrica concreta, pero...

BIEBER: ¿Se indicaba con detalle qué clase de fábricas...?

KÜSTER: Sí, sí, eso se precisa con detalle.

BIEBER: ¿Y qué hay en Norwich?

KÜSTER: Norwich es una fábrica de componentes de aviación.

BIEBER: Ah, ¿y esa es la que debíais atacar?

KÜSTER: Sí, sí. Y llegamos a volar por encima, pero de pronto empezó a llover. Apenas se veía a 200 metros de distancia. De repente estábamos sobre Norwich, la estación central, y ya era demasiado tarde. Teníamos que haber salido hacia la izquierda algo antes. En cambio así habríamos tenido que dibujar una curva muy pronunciada, una curva de casi entre 80 y 95 grados. No tenía ningún sentido, ellos ya estaban al corriente. Así que salimos volando hacia delante y lo primero que vimos era un edificio muy extraño, la nave de una fábrica. Yo solté las bombas. La primera bomba entró silbando en la nave, y las otras, en la fábrica. Eran las ocho de la mañana, o las ocho y media.

BIEBER: ¿Por qué no lanzasteis contra la estación?

KÜSTER: La estación la vimos demasiado tarde. Veníamos del este y la estación está justo al principio de la ciudad. [...] Entonces disparamos contra la ciudad, tú, contra todo lo que corría, contra las vacas y los caballos, ¡mierda!, disparamos contra los tranvías, todo lo que nos divertía. Y no había antiaéreos, ahí no había nada.

BIEBER: Y ¿cómo es eso? Un objetivo como ese, ¿os lo comunican el día antes?

KÜSTER: De hecho, antes no se comunica nada de nada. Eso son cosas que cada uno se busca, los objetivos de interferencia y cosas de esas, cada uno se busca algo según cuáles sean sus intereses, según lo que le apetezca. Eso se deja para las fuerzas de ocupación. Y cuando nos dicen que en esta o aquella zona el tiempo es favorable, pues se pregunta a cada destacamento: «¿Sabéis de algún objetivo especial?».[21]

Nótese que el suboficial Bieber —el que está escuchando— es un alemán que trabaja como informador para el servicio de inteligencia británico y, en esta charla, se interesa exclusivamente por los detalles de los ataques vistos desde la perspectiva de un especialista, según se los refiere el cabo Küster, tripulante de un bombardero, en enero de 1943. Muchas de las cuestiones por las que un civil habría preguntado no reciben aquí ninguna atención. Las preguntas que mueven este diálogo de aviadores son de otro orden: ¿Por qué *no* se ataca la estación? ¿*Cuándo* se comunica un objetivo? De esta manera, de la conversación surgen historias entretenidas, narradas por un conocedor del tema; historias que giran sobre todo en torno de tres aspectos: una acción, la forma en que se lleva a término y la diversión que ha provocado. Cuestiones como el porqué se alzó el vuelo para emprender esos ataques o en qué justificación legal o moral se los amparaba no interpretan ningún papel en estas conversaciones. Los pilotos tampoco hablan del marco estratégico-operativo de la guerra aérea, que se estaba transformando radicalmente. Desde el punto de vista de los soldados de la Luftwaffe, no parece haber ninguna diferencia entre atacar un objetivo militar en sentido estricto, atacar a la población civil para sembrar el terror o atacar con bombas a los grupos de partisanos.

WINKLER: Ahí abajo tuvimos que vérnoslas con partisanos, es algo que ni te imaginas... el torpedero se pasó de pronto a las bombas, con el [Ju] «88» en picado. Maravilloso. Pero no lo valoraron como misión contra el enemigo.

WUNSCH: ¿Ni siquiera como misión del frente?

WINKLER: No, eso fue solo una broma. Bombas de fragmentación de diez kilos, que entrara lo que entrara. La operación, 15 minutos, y todo el día —desde primera hora hasta la noche— despegar sin pausa, picado —*ssssst*— y fuera con todo; de vuelta, la carga, el despegue, el picado y fuera con todo. Era divertido.

WUNSCH: ¿No había defensa?

WINKLER: No digas eso, los tíos tenían cañones antiaéreos. [...] El comandante tenía bombas de 50 kg. El comandante es el que despega el primero, se mira la situación muy rápidamente: «Ajá, allí hay una casa con unos cuantos coches». Él mismo es piloto, así que sssst, 80 grados en picado el viejo «88», un breve toquecito al botón, el giro pronunciado y a casa. Al día siguiente, las SS trajeron prisioneros y, por medio de una unidad de cosacos —porque allí teníamos una unidad de cosacos—, y también dejaron a paracaidistas allí arriba... todo repleto de partisanos... cada noche había tiros de las metralletas. Entonces hicieron prisioneros y ¿con qué te crees que se encontró el comandante? Pues con todo un estado mayor de oficiales de primer orden, incluido un general inglés que solo llevaba dos días en la zona.[22]

Aquí se percibe claramente que el suceso violento se concibe deportivamente. Winkler habla de «bromas»; lanzar bombas de fragmentación contra los «partisanos» de Vercors, en julio de 1944, le resulta divertido. Después de haber estado atacando barcos aliados en el Mediterráneo —acciones dificultosas que provocaban muchas pérdidas—, aquellos vuelos, evidentemente, le suponían un cambio bienvenido. Y, por fin, podía volver a hablar de éxitos; de una cacería y de lo que esta destruye. Entre todo lo aniquilado sobresale el estado mayor británico, que el comandante mata casi por azar. Las conversaciones de esta clase se desarrollan en una atmósfera sin desacuerdos. Otro ejemplo, en la siguiente conversación, de abril de 1941:

PETRI:* ¿Hicisteis algún ataque diurno sobre Inglaterra?

ANGERMÜLLER:* Sí, sobre Londres, a 30 metros de altura, un domingo. El tiempo era bastante tempestuoso y habían bajado los globos.[23] Yo era el único. Lancé mis bombas contra una estación; pasé por la estación tres veces. Entonces me alejé cruzando toda Inglaterra e incendié un aparato, en Felton. Y las barracas de Aldershot, esas con el fuego de las metralletas. Luego vino en el periódico: «Incursión alemana ataca nuestras calles». Mi equipo se alegró, por descontado, y disparó por todas partes.

PETRI: ¿Sobre la población civil?

ANGERMÜLLER: ¡¡¡Solo objetivos militares!!! (*Risas*.)[24]

Angermüller narra con evidente orgullo su ataque contra Londres, que adquiere especial valor por el hecho de que —a pesar de que acometía sin escuadrilla— no solo bombardea, sino que también dispara con su metralleta en vuelo a baja altura. Se trata de algo tan extraordinario, que luego apareció noticiado en un periódico británico; al menos, Angermüller lo refiere así, para subrayar lo impresionante de su relato. A la pregunta de

su camarada, de si en aquella acción también había disparado contra los civiles, responde Angermüller con ironía; en este punto, los dos rompen a reír.

Estética de la destrucción

En general, la visibilidad y demostrabilidad de los derribos es, entre los soldados, un tema recurrente y de la mayor importancia. Cuentan con absoluta precisión los derribos propios, los del escuadrón y los de los competidores. No es de extrañar, puesto que las condecoraciones y los ascensos se otorgan de acuerdo con la cifra de derribos. Pero el éxito no se encarna solo en ello: la Cruz de Hierro de primera clase solo se recibe más adelante, después de realizar muchos aterrizajes buenos en el propio aeródromo y de la adición comprobada de los derribos. Los aviadores —a diferencia, sobre todo, de los soldados de Tierra— disponen de vivencias de éxito inmediatas: cuando una aeronave enemiga cae en barrena, se incendia o explota, o cuando, en tierra, las casas, los trenes y los puentes arden o «saltan por los aires», el aviador percibe directamente si el lanzamiento ha acertado y qué ha destruido. Matar desde el aire tiene dos aspectos que contribuyen singularmente a que la acción se perciba y sienta como un acontecimiento estético: en primer lugar, la propia visibilidad; en segundo lugar, la percepción de lo causado desde una distancia de relativa seguridad.

SIEBERT:* Desde luego, es un sentimiento tremendo: como aviador, Alemania —la base— te queda lejísimos, y entonces atacas aquí.

MERTINS:* Un Stuka hizo algo colosal. Hundió un buque de guerra inglés. Voló así por encima y lanzó una bomba de 250 kg en la chimenea y alcanzó el pañol de municiones. El Stuka reventó aquel buque. En Polonia también se han visto cosas así. Uno lanza ahí sus bombas y siempre se sabe qué se ha tocado.[25]

En la estética de la destrucción, toda mejora de la precisión en el lanzamiento de las bombas desempeña un papel tan importante como la visibilidad inmediata de los aciertos. Así, un teniente explica, en septiembre de 1940:[26]

Eso es como cuando lanzas una bomba de 250 kg contra el costado del barco. En seguida tienes un agujero salvaje. En un barco de vapor, eso era en el crepúsculo, y lo podíamos ver nosotros mismos. Entró a mitad del barco y, con una gran columna de humo, se fue a pique. Como soplaba algo de viento fresco, se podía ver algo.

Un ejemplo más. Habla un comandante:[27]

Prendí fuego a los tanques de [la refinería de] Thames Haven, eran entre las tres y las cuatro de la tarde. Yo personalmente conté doce. [...] Al principio, cuando fui contra ese objetivo, estuve pensando si no debería cambiar de blanco; y es que en Port Victoria había visto dos buques cisterna, que estaban descargando en el muelle y ahí ya había un buen número de tanques de combustible. Por aquella acción recibí un reconocimiento especial, ese habría sido el mejor de los frutos. Durante todo el ataque de Inglaterra. Es divertido cuando uno ve los aciertos de inmediato; no se parece en nada a los vuelos de desfile sobre Londres.[28]

Esta visibilidad —una estética de la propia competencia destructora— es quizá, junto con las abundantes conversaciones sobre cuestiones técnicas (véase por ejemplo la p. 194), el tema que más importancia tenía para los soldados de la Luftwaffe. Los ataques y derribos se describen con suma viveza y el mayor número posible de detalles:

FISCHER: Estábamos con el [FW] «190» en la desembocadura del Támesis y, barca que nos pasaba por delante de la mirilla, barca a la que disparábamos. Una tenía un mástil bien grande, un tiro en medio del mástil, lo hacemos saltar, ¡zas!, y fuera. Era una barquichuela. Cuando volábamos con bombas, atacábamos las fábricas. Una vez me alejé volando más adelante, la segunda cuadrilla venía detrás. Estábamos como encima de Hastings, había una fábrica descomunal, como por la línea del ferrocarril, casi en la playa. El otro voló hasta la ciudad y lanzó las bombas dentro de la ciudad. Yo me digo: «La fábrica, hombre —pienso—, ¡la fábrica, que humea tan bonita!». Y clac, las bombas para allá, al aire que se fueron.

En Folkestone atacamos una vez la estación, justo estaba a punto de salir un gran tren de pasajeros, ¡zas!, la bomba en medio del tren. ¡Tío, tío! (*Risas*.) La estación de Deal, joder, ahí al lado había un tinglado gigantesco, le doy, ¡y unas llamas! Nunca he vuelto a ver nada como eso, una explosión como esa. Casi seguro que dentro había material inflamable. Algunos pedazos salieron volando por delante de nosotros, vamos, que más alto de lo que volábamos nosotros, por los aires.[29]

Es la guerra vista desde arriba, desde el punto de vista de los tripulantes de los bombarderos y, especialmente, de los cazas. Esta perspectiva sobre la guerra es distinta de la que se tiene desde abajo, donde se causa la destrucción y donde se corre, huye y muere. Aunque las pérdidas de aviadores también eran elevadas —tan solo entre el 1 de agosto de 1940

y el 31 de marzo de 1941 cayeron más de 1.700—,[30] precisamente esto contribuye al carácter deportivo de las acciones y a la vivencia estética de la destrucción: el riesgo es un componente esencial de ello, y si alguien tiene alguna oportunidad de sobrevivir, es gracias a su extrema pericia y dominio de la aeronave.

> Allá abajo en Hythe hay un aeródromo, en la misma costa, pero que no está ocupado por aviones. El domingo temprano, a las diez, me dijo el teniente: «Vente conmigo, que hoy vamos a hacer una operación especial». Cruzamos para allá, cada uno con dos de 250 [dos bombas de 250 kg], bajamos, las soltamos. Estaba algo cubierto por la niebla, ¡mierda!, así que seguimos volando, salimos, vemos el aeródromo y, de pronto, el sol brilla que da gusto y en las instalaciones del cuartel vemos a los soldados, todos fuera, en los balcones. Vamos para allá, ¡zuuum!, encima mismo, ¡zas!, los cuarteles que saltan por los aires, los soldados revoloteando por toda la zona. (*Risas*.) Y además había allí un barracón de los grandes, nada, que pienso: para allá; y aún otro edificio grande, todo disperso por aquella zona, las gallinas que aleteaban por aquí y por allá, el barracón en llamas. Macho, ¡no sabes lo que me llegué a reír![31]

En otra conversación, se nombra otro elemento más de la estética de la visibilidad y la destrucción: la filmación automática de las acciones de combate. La destrucción de los objetivos desde la óptica del soldado se documenta, como es bien sabido, desde la segunda guerra de Irak, en la cual el ataque a un búnker fue mostrado en cierta medida «en vivo» en los noticiarios desde la óptica de los cohetes atacantes. Pero ya en la segunda guerra mundial se anticipó la «unión de la cámara y el arma» (en denominación de Gerhard Paul). Primero se instalaron cámaras en las alas de los cazas, más adelante se acoplaron cámaras de película estrecha a las armas de a bordo, de modo que el piloto documentaba los disparos automáticamente y la prensa podía reproducir fotos espectaculares. En los noticiarios semanales de los cines, se mostraban imágenes de disparos desde la perspectiva de los pilotos y artilleros; el público apreciaba especialmente las imágenes de ataques desde la óptica de los bombarderos de picado.[32]

KOCHON: Ahora, en los cazas, por debajo de los cañones, hay un aparato de filmación automática que, cada vez que sale un tiro por el cañón, la cámara toma una instantánea después del disparo.
FISCHER: Yo le habría acoplado una cámara de filmación normal.
KOCHON: Cuando disparas, la máquina graba, y entonces sabes si has acertado o no.

FISCHER: Nosotros también las llevamos en las alas, ahora; donde habíamos llevado cañones, ahora tenemos tres cámaras incorporadas. Una vez yo estuve apretando el botón durante dos segundos, y un Spitfire saltó hecho trizas. Me quedó el ala derecha llena de aceite de aquel Spitfire. ¡Uf![33]

Diversión

Como te digo: me he cargado a un montón de gente en Inglaterra. En nuestra escuadrilla me llamaban «el sádico de profesión». Me lo cargaba todo: autobuses en las calles, trenes de civiles en Folkestone. Teníamos órdenes de machacar las ciudades. Yo disparaba contra todos y cada uno de los ciclistas.[34]

Suboficial Fischer, piloto de un Me 109, 20-5-1942

En las conversaciones de los soldados de la Luftwaffe, como hemos visto, desempeñaba un papel importante lo divertido que resultaba atacar con éxito. No se trata solo de jurar al otro que uno maneja el avión —el «cacharro»— con virtuosismo, o que uno es claramente superior a los enemigos o a los otros que uno derriba. La «diversión» también posee un gran peso comunicativo, porque pertenece al tipo de elementos que contribuyen a una buena narración: debe ser emocionante; poseer un desarrollo interno lógico; ser fácil de comprender; y resultar aguda, de forma que la risa compartida confirme una vez más que ambos interlocutores participan del mismo mundo: un mundo que incluye derribar y divertirse. En estos relatos divertidos no aparecen víctimas, en un sentido enfático del término; solo figuran como objetivos, de forma indiferente; carece de importancia si se trata de barcos, aviones, casas, bicicletas, participantes de un festejo, viajeros de un tren o un barco o mujeres con cochecitos. Las siguientes historias sobre la guerra aérea contra Inglaterra, entre los años de 1940 y 1944, no requieren de ningún comentario:

ESCHNER:* Nuestro comodoro nos procuraba muy a menudo un ataque diurno, para que nos moviéramos y nos mantuviéramos en forma. Barcos y esas cosas. Lo hacía con la intención de agradarnos. [...] Así que partimos; yo, el primero, y también encontré una chalupa; él se dirigía a un puerto pequeño, cerca de Lowestoft, por esa zona; ahí había dos chalupas, con solo un vigilante de poca monta. Yo que me acerco, teníamos las nubes a una altura de 500-600 metros. A diez kilómetros de distancia ya veo barcos. Yo quería hacer un vuelo de planeo, ya tenía el ángulo de planeo, y ataqué; la chalupa también recibió una; y entonces comienzan a disparar. Nada: gas a tope y fuera. Fue de muerte, de lo más divertido.[35]

BUDDE: Volé en dos misiones de interferencia, o sea, cargar contra casas. [...] Lo que se nos cruzaba en el camino, como por ejemplo mansiones en una montaña, eso eran los blancos más bonitos. Cuando uno se acercaba volando bajo, entonces ¡fiuuum, venga disparar!, las ventanas hacían

ruido y el tejado saltaba por los aires. Pero solo lo hice con el [FW] 190, por dos veces, meterme así en los pueblos. Una vez fue en Ashford. En el mercado, había una asamblea, montones de gente que iban charlando, ¡vaya chorro que les cayó encima! ¡Qué divertido![36]

BAEUMER: Y entonces hicimos algo muy bonito, en el vuelo de vuelta hicimos algo muy bonito con el [Heinkel] «111». Hicimos instalar delante un cañón de dos centímetros. Luego volamos sobre las calles, a baja altura, y cuando nos cruzábamos con coches, encendíamos las luces, y ellos se pensaban que tenían delante otro coche. Y entonces abríamos fuego con el cañón. Logramos un buen montón de aciertos. Fue muy bonito, de veras que nos divertimos mucho. Y también con trenes y cosas por el estilo.[37]

HARRER:* A mí me parecen excelentes nuestras minas: cuando estallan, lo barren todo, te barren y hacen desaparecer 80 casas. Yo he tenido camaradas que, en casos de emergencia, las minas que deberían haber lanzado al agua, las han tirado sobre una ciudad pequeña; y entonces han visto cómo las casas se levantan por los aires y, allí en lo alto, se hacen pedazos. Las minas tienen solo una carcasa muy fina, una carcasa de metal ligero. Y además tienen un explosivo significativamente mejor que todas nuestras bombas. [...] Cuando una cosa de estas cae sobre cualquier bloque, este se desvanece, simplemente, se hace trizas. Yo disfrutaba un montón.[38]

V. GREIM: Una vez atacamos Eastbourne a baja altura. Nos acercamos para allá y vemos un gran castillo, se veía que había un baile o algo así, lo que fuera, pero muchas señoras con sus vestidos de fiesta y una orquesta. Íbamos de dos en dos, hicimos un reconocimiento general. [...] Nos dimos la vuelta y nos encontramos allí mismo. La primera vez erramos el blanco, pero luego atacamos de nuevo y la acertamos de pleno. ¡Ay, amigo mío, lo divertido que fue![39]

Caza

La caza consiste en buscar, perseguir, matar y vaciar las entrañas de animales salvajes. Existen muchas formas de caza; la más frecuente es la caza en solitario, en la que el cazador persigue las presas junto con su perro, y la batida, en la que los ayudantes levantan la caza ante las mirillas de los cazadores. La caza tiene aspectos deportivos: uno tiene que ser hábil y permanecer alerta, ser más astuto que el animal, esconderse, atacar cuando nadie te observa y saber disparar con acierto. Pero también se rige por una clase muy particular de reglas. Así, solo se caza en determinadas épocas del año, solo se dispara contra animales aislados, etc. Todos estos elementos encajan con las exigencias que debe satisfacer el piloto de un avión de caza; de ahí que estos aviones se llamen justamente así, y de ahí que sus pilotos interpreten su trabajo en el contexto de la caza. Por ejemplo, se consideraba

inadmisible disparar contra pilotos enemigos que habían saltado con el paracaídas, por mucho que siguieran siendo enemigos.[40] Se dice que Adolf Galland, en su calidad de general de los pilotos de cazas, calificó en cierta ocasión de «impropio de cazadores» arrojar bombas sobre grupos de bombarderos estadounidenses. De la caza nace la «diversión» de la que hablan una y otra vez. Solo los tripulantes de los submarinos conciben las acciones de combate de una forma tan deportiva como los aviadores. Las metáforas que emplea aquí el alférez de fragata Wolf-Dietrich Danckworth, único superviviente del U-224, hablan por sí solas:

DANCKWORTH: Es algo que me divierte todavía hoy. Cada vez que íbamos contra un convoy se me ocurría la idea de que éramos como un lobo en un rebaño de ovejas, al que unos pocos perros vigilan estrechamente. Los perros son las corbetas y las ovejas son los barcos, y nosotros, como los lobos, siempre alrededor, hasta que encontrábamos un agujero por el que colarnos, atacábamos, disparábamos y fuera otra vez. Lo más bonito que hay es cazar en solitario.[41]

Para la caza, resulta del todo indiferente el hecho de si se puede disparar contra objetivos militares o civiles. Ernst Jünger describió con entusiasmo en su diario cómo por fin, después de dos años y medio de guerra, consiguió «abatir» a su primer inglés con un «tiro excelente».[42] Como ya se ha dicho, aquí cuenta menos a quién se liquida y por qué razón, que el hecho de conseguir resultados y, a poder ser, que estos resulten espectaculares. Aquí también se documenta la concepción deportiva de abatir una pieza. Precisamente por esto, el éxito es mayor cuanto más destacada o importante es la presa abatida. Y tanto más interesantes son asimismo las historias relacionadas:

DOCK: En la mayoría de los casos, tomaba siempre dos fotos del mismo objeto; en una conservaba siempre la dirección. La mejor foto la tomé de un Whitley, el primer derribo de la escuadrilla. ¡Macho, anda que no lo celebramos, el primer derribo! ¡Hasta las seis y media de la mañana siguiente, y mira que a las siete teníamos misión! ¡Todos borrachos, montando las armas en los aviones! Los Whitley fueron los primeros que abatimos, en nuestro escuadrón, luego llegaron sus buenos cuatrimotores, los Liberator, Halifax, Stirling, Sunderland. Y después los Lockheed Hudson y de este estilo. Abatimos cuatro aviones de pasajeros.

HEIL: ¿Iban armados?

DOCK: Nones.

HEIL: ¿Y por qué los derribasteis?

DOCK: Lo que nos pasaba por delante de la escopeta, lo derribábamos. Una vez abatimos... Dentro iba toda clase de piezas mayores; iban 17 hombres: cuatro tripulantes y 14 pasajeros [*sic*], venían de Lisboa. Entre ellos iba un famoso actor inglés, Leslie Howard. La radio inglesa lo anunció por la noche. Había que ser un piloto valiente, tú, para llevar un avión de pasajeros, colega. Este puso el avión cabeza abajo, con los 14 pasajeros. ¡Macho, me los veo a todos colgados del techo! (*Se ríe*.) Volaba como a 3.200 metros. ¡Hay que ser pazguato! En lugar de seguir volando, en cuanto nos ve, comienza a dar vueltas sobre sí mismo. Ya lo teníamos en el bote, macho. ¡Anda que no debieron moquear a gusto! ¡Dios, ay, Dios! Nos presionaba así para escapar de nosotros. Y entonces se puso a volar en curvas, macho. Primero tenía a uno detrás, luego tenía al otro detrás. Pero nosotros, con toda la calma y la tranquilidad del mundo, le dimos al botón. (*Se ríe*.)

HEIL: ¿Lo derribasteis?

DOCK: Pues claro, tío.

HEIL: ¿Y los otros pudieron salir?

DOCK: Qué va. Se murieron todos.[43]

Sobre todo en la historia del derribo del avión de pasajeros de clase Douglas DC 3, en el que encontró la muerte, entre otras personas, el actor Leslie Howard, el aspecto deportivo se expresa con claridad en el marco de referencia de la guerra. El cabo Heinz Dock, de 21 años, hablaba incluso de una «escopeta», como si en verdad hubiera ido de caza por los montes; y denomina a las víctimas «piezas mayores». Dock muestra todo su respeto hacia los pilotos del avión de pasajeros, que, mediante espectaculares maniobras de evasión, intentan evitar que los derriben. Sin embargo, contra sus cazas, no tenían nada que hacer. Dock y sus colegas, como se nos dice con suficiencia, apretaron el disparador «con toda la calma y la tranquilidad del mundo» y abatieron el aparato.[44]

Leslie Howard (1893-1943), en una fotografía de 1933. Actor de cine (fue Ashley Wilkes en *Lo que el viento se llevó*, 1939). El 1 de junio de 1943 viajaba de Lisboa a Bristol, en el vuelo 777 de KLM, cuando el aparato fue derribado en el golfo de Vizcaya por cazas pesados Ju88 del grupo V/escuadrón de combate 40. (Fotógrafo: desconocido; Ullstein Bilderdienst.)

Estas historias evidencian una vez más que, para un buen número de soldados, la distinción entre objetivos civiles y militares carecía por completo de importancia. De lo que se trataba era de hundir, derribar y destruir; a quién se le hacía, eso no era relevante. En algunos casos, poco frecuentes, se hace hincapié expreso en que no se trataba de blancos militares. El teniente Hans Hartigs, del escuadrón de cazas 26, decía en enero de 1945:

HARTING: Yo mismo volé hacia el sur de Inglaterra. En 1943 volábamos para allá cada hora, en formaciones de a seis, y habíamos recibido órdenes de disparar contra todo, contra todo lo que no fuera militar. Nos cargamos a mujeres y niños de cochecitos.[45]

Un ejemplo particularmente extremo, en lo que respecta al ataque y destrucción deliberada de objetivos no militares, nos lo ofrece la siguiente conversación entre el piloto de bombarderos Wille* y el soldado de primera Solm,* que servía en un submarino:

SOLM: Reventamos un transporte de niños.

WILLE: ¿Vosotros o [Günther] Prien?
SOLM: Nosotros lo hicimos.
WILLE: ¿La diñaron todos?
SOLM: Sí, todos murieron.
WILLE: ¿De qué tamaño era?
SOLM: 6.000 toneladas.
WILLE: ¿Cómo os enterasteis?
SOLM: Por radio. El BdU[46] nos lo anunció: «Aquí y allá va un convoy, y tantos barcos con provisiones, y cuantos barcos con esto y lo otro, un transporte de niños y esto y aquello; el transporte de niños es de este tamaño, y el otro de este tamaño». ¿A santo de qué lo atacamos? En ese momento, nos preguntaron: «¿Habéis atacado el convoy?», y nosotros respondemos que sí.
WILLE: ¿Y cómo sabías que ese barco de entre los 50 llevaba los niños a bordo?
SOLM: Porque tenemos un libro grande, un libro en el que constan todos los barcos de las líneas de transporte marítimo ingleses y canadienses. Lo consultamos ahí.
WILLE: Ahí no constan los nombres de los barcos.
SOLM: Nosotros sí los tenemos.
WILLE: ¿Ahí están los nombres de los barcos?
SOLM: Ahí lo dice todo, con sus nombres.
[*Corte*.]
SOLM: Un transporte infantil... para nosotros, fue todo un placer.[47]

Probablemente, Solm alude aquí al hundimiento del buque de pasajeros británico *City of Benares*, ocurrido el 18 de septiembre de 1940, en el que murieron 77 niños británicos. Que su narración solo se corresponda parcialmente con los acontecimientos históricos y que incluya adornos en su relato —por ejemplo, el BdU *no* estaba al corriente de que el *City of Benares* transportaba niños— carece de toda relevancia en nuestro contexto. Lo decisivo es que, a todas luces, Solm considera que, al narrar la historia de cómo «reventaron» un transporte infantil, puede causar sensación en su interlocutor.

Hundir

Por lo general, las historias que refieren los soldados de la Marina y el ejército de Tierra difieren mucho de las que cuentan los aviadores. Aquí, el impulso de la caza no es tan importante; por razones técnicas, los hombres apenas tienen ocasión de emprender acciones en solitario; a diferencia de los pilotos de cazas, no pueden jactarse de cómo dominan sus máquinas a la

perfección; y, en conjunto, se hallan más sujetos a las relaciones heterónomas en el seno de su grupo militar. Así, una búsqueda de, por ejemplo, el concepto «divertido» en las narraciones de los hombres de Tierra y la Marina apenas arroja resultados positivos.

Entre los soldados de las fuerzas terrestres, también es sorprendentemente escasa la relación de situaciones en las que se mata en combate. Franz Kneipp, *Untersturmführer* de las SS en la división «Juventudes Hitlerianas», es uno de los pocos que habla sobre las batallas lidiadas en Normandía poco antes de que lo apresaran, el 9 de julio de 1944.

KNEIPP: Un radiotelegrafista de mi división saltó conmigo a la trinchera y, de pronto, lo hirió un disparo. Entonces vino un mensajero motorizado, que también saltó dentro conmigo y también lo hirieron. Los vendé a los dos. Entonces salió de los arbustos un americano, que llevaba dos cajas de munición en la mano; yo apunté con precisión y listos, ¡bang!, despachado. Entonces disparé a las ventanas. No sabía cuál era la ventana exacta desde la que estaban disparando. Cogí los prismáticos y me veo uno allí; cogí la metralleta y apunté contra la ventana, ¡catacrac!, y listo.[48]

En la mayoría de las ocasiones en que se narraba el acto de matar, se trataba de partisanos o «terroristas», tema del que nos ocuparemos con detalle en la próxima sección, relativa a los crímenes de guerra (véase la p. 99). En lo que respecta a las conversaciones de los soldados de Marina, tampoco es nada habitual que se hable de matar. En cambio, informan con toda clase de detalles y precisiones sobre el tonelaje de los barcos hundidos, suma en la que no importa lo más mínimo a qué clase de embarcaciones pertenecían las que se hundieron: vapores de pasajeros, buques mercantes o barcas de pescadores. A los barcos se los «liquida», «despacha», «revienta» y «hunde». Son ciertamente muy excepcionales los casos en los que se menciona también a las víctimas. El piloto de una lancha torpedera, por ejemplo, narra así un encuentro en el mar Báltico:

Una vez hundimos una patrullera rusa, una lancha de antiaéreos, muy pequeña, con una tripulación de diez hombres; son unos trastos enanos, que van con gasolina. Una la incendiamos, y ellos saltaron de la lancha. Nuestro capitán dijo: «Atención, a esos pocos, los podemos subir a bordo». Nos dirigimos hacia allá, a los colegas, y nos encontramos con tías, tías rusas. Ellas empiezan las primeras a dispararnos desde el agua con sus pistolas. Y es que no querían, de

ningún modo, eran así de burras. Dice nuestro viejo: «Nosotros queríamos tratarlas con decencia. Si ellas no quieren saber nada, pues acabemos con las camaradas». Y así... nos las cargamos... las liquidamos.[49]

Si la acción de salvamento se hubiera desarrollado sin incidentes, sin duda, no habría sido objeto de una narración. Solo la peculiaridad de que las «tías» rusas demostraran que no querían dejarse salvar y que, en consecuencia, se las matara hace que valga la pena narrar la historia.

Sin duda, también causó una gran impresión la batalla desatada en torno de los convoyes HX 229 y SC 143, que, en marzo de 1943, en ruta de Canadá a Gran Bretaña, fueron atacados por 43 submarinos alemanes; en el plazo de unos pocos días se perdieron 21 barcos.

La gente que participó en aquel pandemónium dice que probablemente ya no seguirá navegando nadie que hubiera superado aquella batalla, que ya no navega ninguno de los ingleses. Aquello fue una especie de infierno de fuego, llamas, crujidos y estallidos, de muertos y de gritos, así que, de todas aquellas tripulaciones navales, ya no navega ni un solo hombre. Eso nos supone un punto a favor considerable, supone un punto moral, cuando el otro queda deprimido moralmente de tal manera que ya ni siquiera tiene ganas de seguir navegando.[50]

En las transcripciones de las conversaciones espiadas, solo muy raramente se hallan comentarios compasivos con los náufragos o noticias sobre acciones de salvamento exitosas. Aunque por ejemplo los submarinos, en casos excepcionales, acogían o aprovisionaban a los náufragos, al parecer era raro que se hablase de ello. Una excepción es la del contramaestre Hermann Fox, del U-110:

FOX: A 200 millas de la costa inglesa, de noche, torpedeamos un barco. Venía de Sudamérica, no pudimos salvar a la gente. Encontramos a tres en un bote y les dimos comida y cigarrillos, ¡pobres diablos![51]

En la gran mayoría de las historias, solo se trata de la cuestión del tonelaje hundido. Cuando aparecen las víctimas, lo hacen siempre en forma de cantidades elevadas y abstractas de muertos o moribundos. El capitán de navío Heinz Scheringer habla con dos camaradas sobre el último trayecto de combate con el U-26:

SCHERINGER: Habría valido la pena; llevábamos ya 20.000 [toneladas] y fácilmente habríamos llegado a las 40.000; sí, algo habríamos obtenido. Fue magnífico, el modo en que atacamos. El convoy entero; cada uno se eligió un barco: «Este para nosotros, no, mejor nos cogemos ese otro, que ese es más gordo». Y entonces nos unimos todos, primero, contra el petrolero. Luego, justo después, contra el de la izquierda. [...] oficiales a bordo, eran suboficiales de navegación, así que hicimos subir a Paul* otra vez y le dijimos: «Y tú, ¿cuál te cogerías?».[52]

Las historias sobre el hundimiento de barcos enemigos son omnipresentes entre los hombres de la Marina, no solo entre las tripulaciones de los submarinos. Como el Mando de la Guerra Marítima había anunciado una guerra de tonelaje contra Gran Bretaña, que dependía del hecho de que se hundiera una suma de barcos superior a la suma que podían producir los astilleros de los aliados, la destrucción de tonelaje se convirtió en la medida de todas las cosas.[53] Para las tripulaciones de los mercantes armados, el tonelaje también era la medida directa de los éxitos, como se ve en el siguiente diálogo entre tripulantes del «Pinguin» y el «Atlantis»:

KOPP:* A nosotros ya nadie nos puede ganar. ¡Se ha acabado! Allí liquidamos a 16.

HAHNER:* ¿Cómo?

KOPP: Digo que, por el tonelaje, nadie nos puede ganar. Aquel tiene 129.000 o algo así. Nosotros llevamos 136.000 y aún nos falta añadir unos pocos más.

HAHNER: El gran vapor de pasajeros egipcio y también dos vapores ingleses, que iban hacia África con aviones y munición y todo, eso fue lo que hicimos nosotros.[54]

Estas historias de rivalidad no son infrecuentes en las actas del espionaje de las conversaciones. Por un lado, se trata de un elemento típico de las conversaciones cotidianas, en el que los narradores se esfuerzan por mostrar la carta ganadora: la de la mejor narración y el fruto supuestamente más cuantioso. Al mismo tiempo, resulta evidente que, en lo que respecta a los hundimientos en sí mismos, es indiferente qué es lo que se ha enviado a pique. También los narradores que fueron apresados al poco tiempo de iniciarse la guerra piensan según este paradigma clásico de la guerra naval.

BARTZ:* ¿No hay que intentar primero liquidar y eliminar del convoy los destructores, y solo después los barcos?

HUTTEL:[55] No, primero siempre el tonelaje, porque eso es la perdición de Inglaterra. El comandante siempre tiene que presentarse primero ante el comandante supremo del arma submarina, cuando regresas. Nosotros los hundíamos todos sin advertencia previa, pero de eso no tienen que enterarse.[56]

Esta cita procede del 10 de febrero de 1940, es decir, al poco tiempo de iniciarse la guerra. Desde el 6 de enero, el Mando de la Guerra Marítima había autorizado a los submarinos a hundir también mercantes neutrales, sin advertencia previa, en el mar del Norte,[57] para estorbar el tráfico comercial entre Gran Bretaña y los Estados escandinavos. Además, los submarinos debían proceder sin atraer la atención sobre sí, en lo posible, para evitar una gran protesta internacional. De los seis barcos que el U-55 hundió en su primer viaje bélico, en enero de 1940, dos eran suecos y uno, noruego. A las tripulaciones de los submarinos no les importaba lo más mínimo a quién hundían. Como demuestran las actas de las conversaciones espiadas, se alegraban, sobre todo, de las nuevas oportunidades de seguir hundiendo más barcos. Esto incluía preocuparse poco por el destino de las tripulaciones de los barcos enemigos. La salvación solo era posible en los casos excepcionales y solo raramente se intentó llevarla a cabo. En la misma conversación anterior se añade:

BARTZ:* ¿Qué hacéis con la tripulación de los barcos hundidos?
HUTTEL: A las tripulaciones las dejamos que la palmen ahogados. ¿Y qué otra cosa podríamos hacer?[58]

Hundir un barco sin ninguna advertencia previa reducía considerablemente las posibilidades de sobrevivir. Entre los 5.150 barcos mercantes que los aliados perdieron durante la segunda guerra mundial —sobre todo, por la intervención de los submarinos alemanes—, perdieron la vida más de 30.000 marinos.[59]

Estructuralmente, esta clase de historias sobre hundimientos se asemejan a las de los derribos de aviones, según las narraban los hombres de la Luftwaffe. Sin embargo, los detalles que contar no son tan numerosos y, por descontado, las acciones y cualidades individuales carecen aquí de función propia, dado que las tripulaciones de los submarinos constaban siempre de un equipo de en torno a los 50 hombres.

En la Marina tampoco había necesidad de socializar para matar. Nadie ponía en duda el hecho de que las tripulaciones de los mercantes enemigos morían por efecto de la guerra marítima; en 1917, como muy tarde, esto ya se había impuesto como práctica generalizada y aceptada por las grandes potencias navales.

La posibilidad de salvarse a uno mismo, ya fuera por la habilidad, el coraje o la valentía individual, o por el dominio especialmente virtuoso de un recurso, solo existía, para los implicados en la guerra naval, en circunstancias muy especiales. Cuando te tocan, te vas a pique; cuando tocas a los otros, se van a pique. En vista de esto, no debe asombrarnos la ostentosa serenidad, la mayoritaria contención emocional con la que se narran los relatos de hundimientos y ahogos. Los hombres no deseaban permitirle a la muerte demasiada proximidad. En lo que respecta al lanzamiento de torpedos, se contemplaban con una distancia comparativamente aún mayor, pues los resultados —sobre todo entre los tripulantes de los submarinos, no así entre los aviadores— casi nunca llegaban a verlos. En un ataque emergido, solo había cuatro hombres en la torre; en un ataque sumergido, solo el comandante veía el blanco, a través del periscopio. El resto de la tripulación, a lo sumo, oía los ruidos del hundimiento del barco alcanzado. De ello tampoco cabe esperar que nazca empatía.

Crímenes de guerra: matar como fuerzas de ocupación

Desde la Antigüedad, la concepción de lo que supone un crimen de guerra se ha ido transformando considerablemente y sin cesar. En consecuencia, apenas cabe construir una medida de lo que, en relación con el ejercicio de la violencia, cabe considerar una guerra «normal». En vista de la incontable cantidad de personas que, en el transcurso de la historia, han caído víctimas de la violencia desenfrenada, la pregunta que cabría formular es la contraria: si respetar las convenciones de limitación de la violencia no es lo excepcional en la guerra, mientras que la falta de normas sería la condición normal. A ello se puede oponer que ningún comportamiento social —y, por ende, tampoco ninguna guerra históricamente constatable— se ha

desarrollado sin reglas; ni siquiera la segunda guerra mundial. El marco de referencia de los soldados les daba una idea ciertamente clara de qué formas de ejercicio de la violencia eran legítimas y cuáles no lo eran; lo que no significa que los límites de lo legítimo no se pudieran transgredir.

No obstante, no cabe duda de que, durante la segunda guerra mundial, la violencia se liberó de sus límites, cualitativa y cuantitativamente, hasta alcanzar un extremo sin precedentes. Es cuando más cerca se ha llegado de la «guerra total», una condición que, en cualquier caso, requiere de descripción teórica.[60] La experiencia de la primera guerra mundial había provocado que, en los análisis realizados en el seno de las fuerzas armadas en el período de entreguerras, muchos consideraran ora necesaria ora inevitable una radicalización de la guerra. En consecuencia, la guerra siguiente sería una guerra «total»; en ello coincidían muchos expertos.[61] La diferenciación entre combatientes y no combatientes ya no se antojaba propia de los tiempos, en una época en los que las naciones luchaban por la supervivencia, empleando ejércitos masivos y sociedades movilizadas casi por completo. Así, en el período de entreguerras, aunque se produjeron varios intentos, no pudo imponerse un freno regulador al embrutecimiento de la guerra.[62] La eficacia de las grandes ideologías, el distanciamiento general con respecto a las ideas liberales, el perfeccionamiento de nuevas armas como por ejemplo los bombarderos estratégicos y los planes de movilización cada vez más expansiva convirtieron en papel mojado todos los esfuerzos de contención de la violencia. A ello se añadieron las numerosas y diversas experiencias violentas vividas entre 1918 y 1939 (la guerra civil rusa, 1918-1920; represión de los levantamientos en Alemania, 1918-1923; guerra civil española, 1936-1939; guerra sino-japonesa, desde 1937), que corrían diametralmente en contra de los intentos de prescribir reglas que controlaran el uso de la violencia en la guerra. Por ello, ni siquiera la firma de la segunda Convención de Ginebra sobre el trato debido a los prisioneros de guerra (1929) pudo contrarrestar decisivamente esta evolución.

La espantosa cantidad de actos de violencia sin reglas durante la segunda guerra mundial se ha descrito en numerosas ocasiones y se ha explicado en referencia a la acción conjunta de factores de situación y de

intención. Sobre todo, la ideologización —al igual que en las guerras religiosas y coloniales— debió de contribuir a que el enemigo no tuviera el reconocimiento de igual a uno mismo y, por ende, se lo pudiera matar en cualquier circunstancia. Mientras que la perspectiva de la dirección política y militar se halla bien documentada en los archivos históricos, en cambio, sigue abierta la duda de cómo respondía cada soldado, aisladamente, a estas preguntas. ¿Qué entendía un soldado por «crímenes de guerra»? ¿Qué reglas de limitación de la guerra estaban ancladas en su marco de referencia?

En los relatos de los soldados, el concepto «crímenes de guerra» no interpreta papel alguno; lo mismo cabe afirmar de las Convenciones de La Haya (sobre la guerra terrestre) y Ginebra. El único punto de referencia decisivo, para los soldados, era el uso bélico; es decir, lo que se acostumbra a hacer en la guerra. Así, todas las partes en conflicto, al poco de estallar la contienda, desarrollaron una guerra submarina sin limitaciones, que provocó el hundimiento de decenas de miles de barcos mercantes. Desde luego, ellos no eran los enemigos a los que se trataba de combatir. No se les ayudaba bien porque socorrerlos podía ponerte en peligro a ti mismo, bien porque a uno le era indiferente su destino. Ahora bien, era regla aceptada que no se podía matar deliberadamente a los náufragos; y se conocen muy pocos casos de quebrantamiento de esta norma. En la guerra aérea, hasta abril de 1942, los alemanes tenía prohibido realizar «ataques terroristas» contra objetivos netamente civiles. Pero ya mucho antes de esta fecha, como hemos visto, las tripulaciones de los bombarderos habían descartado la distinción entre «blancos» militares y civiles. Todo se había convertido en un objetivo válido, aunque esto todavía no se correspondiera con las instrucciones proporcionadas oficialmente por el alto mando de la Luftwaffe. Aquí se puede constatar cómo el uso de la violencia basta para modificar las reglas e ir ampliando sucesivamente los límites de lo admisible. Pero la guerra no cae en la anomia: mientras decenas de miles de civiles británicos perdieron la vida bajo la lluvia de bombas alemanas, y cientos de pilotos británicos cayeron hechos trizas bajo la lluvia de las ametralladoras enemigas, como se ha indicado era tabú «liquidar» a un piloto que hubiera saltado en paracaídas. Por el contrario, a los tripulantes

que abandonaban un Panzer destruido sí se los solía matar, mayoritariamente. En el aire y en tierra regían normas distintas, que eran —a pesar de los quebrantamientos— asombrosamente consistentes. Dado que el derecho de guerra y las costumbres de guerra establecen entre sí una relación siempre cambiante, las reglas obligatorias del derecho internacional no carecían por completo de eficacia, desde luego; como mínimo, representaban un cierto punto de referencia.

Donde menos se respetaban, desde luego, era en la guerra terrestre. Cuando se hacen prisioneros, se toma el control de zonas ocupadas o se lucha contra partisanos, rigen racionalidades particulares; por ejemplo, las tropas quieren garantizarse la propia seguridad, los soldados quieren satisfacer sus necesidades materiales o sexuales. También el ejercicio personal de la violencia, en estas circunstancias, deviene posible y más probable, tanto como las violaciones o los asesinatos de motivación individual. En otras palabras: la guerra, en sí misma, abre un espacio social en el que la violencia es accesible de un modo muy distinto a como lo es en condiciones de paz; en condiciones de guerra, la violencia se torna más esperable, más aceptable, más normal. Y así como las condiciones para la aparición de la violencia instrumental —esto es, la conquista de espacios, el saqueo de las poblaciones ocupadas, la violación de mujeres, etc.— se van transformando solas de acuerdo con la dinámica de los acontecimientos bélicos, también lo hacen las condiciones para la aparición de la violencia autotélica, que se basta a sí misma, «carente de sentido». Las transiciones entre los tipos de violencia son, sin ninguna duda, fluidas; igualmente, en la acción bélica, la frontera que separa la violencia legítima de acuerdo con el derecho internacional de la que supone crímenes de guerra es extraordinariamente delgada. Sin duda, cuanto los hombres narraban en las conversaciones recogidas en estas actas no resulta, en muchos aspectos, típico de los crímenes de guerra cometidos por la Wehrmacht, sino típico de los crímenes de guerra en general.

Matar, herir o violar a personas que, por su condición de civiles, no tienen que ver ni lo más mínimo con las acciones bélicas pertenece a la práctica de la guerra tanto como asesinar a prisioneros de guerra, bombardear objetivos civiles (contrariamente al derecho internacional) y

aterrorizar deliberadamente a la población. Así, no solo la Wehrmacht fusiló a prisioneros de guerra; lo mismo hicieron, sobre todo, unidades soviéticas, pero también tropas estadounidenses, y no solo durante la segunda guerra mundial. El general Bruce Palmer, subcomandante de las tropas estadounidenses en Vietnam, lo reconoció así en un acto de franqueza involuntaria: «En efecto, los americanos han perpetrado crímenes en el transcurso de la guerra de Vietnam, pero en cantidades que no superan las de las guerras precedentes».[63] Con ello se pone voz a lo que caracteriza las prohibiciones de las acciones contrarias al derecho internacional: nadie parte de que *no* se quebranten. Pero ¿en qué medida se considera que la infracción resulta tolerable o aceptable? La respuesta varía tanto histórica como individualmente. Y, en el marco de las acciones bélicas de una guerra total, los soldados interpretan una y otra vez con suma laxitud qué límites es legítimo transgredir y cuáles no. Ahora bien, lo que, a diferencia de esta práctica generalizada en la segunda guerra mundial, aparece exclusivamente en la guerra de exterminio nacionalsocialista es, por un lado, la aniquilación genocida de grupos de personas que carecen por completo de toda relación con los acontecimientos bélicos; por otro, el trato asimismo genocida que se dio a los prisioneros de guerra rusos. En uno y otro aspecto, hallan su expresión mentalidades ideológicas, en concreto racistas, que traducen la «estructura de oportunidades» de la guerra en la práctica de destrucción y exterminio más radical que se haya visto hasta el momento en la era moderna.

En las actas de las conversaciones espiadas a los soldados, se puede hallar un buen número de narraciones al respecto, aunque tampoco son tantas como cabría colegir según la historiografía alemana del Tercer Reich centrada en los crímenes del nacionalsocialismo. Hay una razón simple para ello: lo que a posteriori —y solo después de varias décadas de conflicto sobre cómo afrontar políticamente el pasado— se ha considerado como *el* rasgo definitorio de la segunda guerra mundial no representaba en absoluto, a ojos de los soldados, nada de particular. La mayoría tenía constancia de los crímenes, y no pocos habían participado en ellos; no obstante, en su marco de referencia no ocupaban ningún lugar en especial. Para ellos, tenía más importancia la propia supervivencia, el siguiente viaje de permiso a la

patria, dónde podrían divertirse y qué habría modo de «procurarse»; y era menos relevante lo que les ocurriera a otros, más aún a aquellos que estaban categorizados como miembros de una «raza inferior». El propio destino se hallaba siempre en el punto central de la percepción, mientras que el destino de los soldados enemigos o la población de las zonas ocupadas solo en casos aislados se tenía por significativo o interesante. Y todo lo que amenazaba la propia vida, fastidiaba la propia diversión u ocasionaba problemas podía convertirse en blanco de la violencia incontenida. En consecuencia, era común que se «liquidara» a los partisanos, puesto que ellos, desde sus posiciones emboscadas, mataban a los soldados alemanes. La venganza, como justificación, poseía una fuerza enorme. Esta actitud, por lo demás, era completamente independiente de la posición política. Así, el caballero Wilhelm von Thoma, general de acorazados extraordinariamente crítico con el nacionalsocialismo, dijo, frente a lord Aberfeldy, oficial de un campo de prisioneros británico: «Cada vez que en los periódicos franceses se hace constar con orgullo el balance mensual: se han destruido tantos cientos de trenes, se han reducido a cenizas tantas fábricas, se ha fusilado a 480 oficiales y 1.020 soldados de la tropa... ¡Pues sí, maldita sea! ¿Acaso los otros no van a tener derecho, cuando pillan a la gente, a cargársela a tiros? Eso es algo normal y natural, pero siempre te lo cuentan como crímenes de guerra. No es más que pura hipocresía».[64]

Junto al asesinato de prisioneros, la lucha contra los partisanos fue el marco en el que los soldados alemanes perpetraron el mayor número de crímenes de guerra. La interpretación que los juristas militares alemanes daban al derecho internacional y la percepción de los soldados formaban, a este respecto, un contexto tan confuso como ominoso. El derecho internacional codificado no ofrecía a los actores de la guerra reglas de comportamiento que resultaran claras y adecuadas para enfrentarse a las guerrillas. El Convenio de La Haya sobre la guerra terrestre (CHGT), de 1907, mostraba varias contradicciones y preguntas sin resolver con respecto a los deberes y los derechos de una tropa de ocupación. En este contexto, la condición legal de los guerrilleros ofrecía, comparativamente, menos problemas. En la medida en que cumplieran una determinada serie de condiciones (uniformes rudimentarios, armas portadas en público,

estructuras de mando claras, respeto a las leyes de la guerra) se les debía permitir que asistieran al ejército regular de su patria en la batalla defensiva. Sin embargo, en ningún lugar del CHGT se indicaba que esta guerra pudiera prolongarse más allá del punto en el que cabía considerar como concluidas las acciones bélicas, debido a una capitulación formal o la ocupación completa del territorio de un Estado. Así, también faltaba la condición fundamental para poder cimentar en el derecho internacional la continuación de la resistencia de los guerrilleros, aunque fuesen uniformados.[65]

Mucho más problemática y contradictoria aún resultaba la regulación de las acciones de revancha mediante la CHGT. Así, el artículo 50 permitía la imposición de represalias masivas contra la población civil solo en el caso de vínculos demostrados entre los autores de un hecho y un entorno colaborador; se trataba de una regla que, en gran medida, requería de interpretación. En la discusión jurídica de entreguerras, no se llegó, al respecto de esta cuestión, a ningún consenso transnacional; sin embargo, con la salvedad de la escuela jurídica francesa, la toma de rehenes se reconoció como un acto ampliamente legítimo. En cuanto a la matanza de rehenes, no hubo coincidencia de opinión, ya que prácticamente solo los juristas militares alemanes defendieron de forma inequívoca esta medida e intentaron justificar esa conducta con la pervivencia de la «zona de combate». En los juicios por crímenes de guerra posteriores a 1945, esta disensión se manifestó de nuevo por última vez, pues los jueces de los procesos de Núremberg contra criminales de guerra consideraron que el asesinato de rehenes era ilegal por principio, mientras que sus colegas de los procesos posteriores entendieron que era una acción cubierta por la situación jurídica vigente en su momento. En los dos últimos casos, la sentencia contra los acusados se justificó meramente en los excesos alemanes en esa práctica (cuotas de ejecución de hasta 1:100).[66]

Ya en los tiempos de la Reichswehr se había impuesto la opinión de que, si aparecían partisanos, había que responderles con la máxima dureza posible, para así sofocar el origen de un «incendio de propagación rápida», como solía decirse. Aunque este método demostró ser poco eficaz, la contrainsurgencia desembocó en una espiral de dimensiones insospechadas,

de manifestaciones regionalmente diversas entre sí. Matar a rehenes y civiles sin implicación en el conflicto, como reducir pueblos a cenizas, pronto pasó a formar parte del uso bélico de práctica común, cuyas características, por lo demás, no se diferenciaban de la lucha contra las guerrillas puesta en práctica durante las guerras napoleónicas o la primera guerra mundial. Lo único nuevo era la magnitud. La implacable política de ocupación alemana también fue causa de que, durante la segunda guerra mundial, hubiera que lamentar un número exorbitante de víctimas civiles: más del 60 por 100. En buena parte, la distinción entre combatientes militares, que eran blanco legítimo de las acciones bélicas, y no combatientes, que estaban protegidos por el derecho, se había disuelto.

Las actas del espionaje exponen de manera casi paradigmática el modo en que los soldados de la Wehrmacht percibieron la guerra contra las guerrillas. Documentan que los mandos y la tropa pensaban igual, a este respecto. Así, la «adopción de medidas drásticas» se justificaba por ejemplo por su efecto psicológico:

GERICKE: En Rusia, el año pasado, habían enviado un pequeño destacamento alemán a un pueblo, con no sé qué encargo. El pueblo estaba en una zona ocupada por alemanes. Sufrieron una emboscada, en el propio pueblo, y los mataron a todos. Luego vino la expedición de castigo. En el pueblo había cincuenta hombres. Fusilaron a cuarenta y nueve y al que hacía cincuenta lo obligaron a recorrer toda la zona para informar de qué le ocurría a la población si se atacaba a un soldado alemán.[67]

Si las propias tropas eran objeto de un ataque, se respondía con violencia brutal, según indicaban también Franz Kneipp y Eberhard Kehrle. En ello no encontraban nada reprochable y eran de la opinión de que —especialmente los guerrilleros— se hacían acreedores de una muerte cruel.

KNEIPP: Ahí estaba pasando algo, estaba el coronel Hoppe...

KEHRLE: ¿Hoppe? ¿Ese es un hombre conocido, verdad? ¿No ha recibido la Cruz de Caballero?[68]

KNEIPP: Sí, él tomó Schlüsselburg. Todavía daba órdenes, dijo: «Lo que vosotros nos hagáis, nosotros os lo haremos», el que haya colgado (?) a alemanes, solo con dar una pista, pues todo bien. Ni uno de esos puercos dijo, ni una vez siquiera, que no supiera nada. Se ordenaba: «Todos los hombres, que salgan por la izquierda», los llevaban hasta el bosque y entonces oías: «Brrrrr... Brrrrr».

KEHRLE: En el Cáucaso, con la 1.ª División de Montaña, cuando se cargaban a uno de los nuestros, ahí no hacía falta que ningún teniente ordenara nada: pistolas fuera, y mujeres, niños, todo lo que veían, fuera...

KNEIPP: A nosotros, una vez, un grupo de guerrilleros asaltó un convoy de heridos y lo liquidó todo; los atraparon media hora más tarde, en Novgorod, se los llevaron a un boquete de los de sacar arena y, desde todas partes, los reventaron con las metralletas y las pistolas.

KEHRLE: Pero a esos hay que cargárselos despacio, no hay que liquidarlos a tiros. Para eso, los cosacos eran perfectos, para luchar contra los partisanos; yo lo pude ver en el sector sur.[69]

Es interesante tener en cuenta que, en su concepción de las fuerzas armadas, Kehrle y Kneipp sostenían opiniones claramente encontradas. Para Kehrle, la tediosa vida de la milicia era una «tontería» y una «mierda», mientras que para Kneipp era una forma de «educación».[70] A pesar de estas diferencias de actitud entre un telegrafista y un miembro de la infantería de las SS, en lo que atañía a los métodos para combatir a los partisanos, no podían estar más de acuerdo. La ley de la guerra establece a menudo, en la práctica, normas distintas a las de la ley que representa el derecho internacional. En este contexto, los hombres hablan sobre los crímenes de guerra con tranquilidad y solo raramente con enfado; siempre es el comportamiento de la población local lo que da ocasión al asombro. Sea como fuere, se considera que es imprescindible actuar contra toda forma de no cooperación en las zonas ocupadas; y esto ya era así en octubre de 1940, como demuestra la siguiente conversación:

URBICH:* Pero ahí se puede ver cómo la Gestapo capta hasta la cosa más pequeña. Sobre todo, cómo están trabajando ahora en Polonia.

HARRER:* En Noruega también. En Noruega llevan ya mucho trabajo hecho.

STEINHAUSER:* ¿Sí?

HARRER: Sí. He pedido que me den detalles...

URBICH:... liquidado una gran cantidad de oficiales noruegos...

HARRER: Yo estoy convencido de que, cuando hayamos completado de verdad la ocupación de aquí, de Inglaterra, que aquí no podremos ir de paseo como en Francia.

STEINHAUSER: Yo no lo creo; son solo los primeros intentos. Pero cuando de resultas de eso, se liquide a uno de cada diez hombres de una ciudad, entonces parará del todo. No supone ningún problema en absoluto; ahí Adolf recurrirá a medios que, de entrada, detendrán cualquier actividad de los francotiradores. ¿Sabéis cómo se está trabajando con esa mierda de polacos? A la que cae un solo tiro, ¡vaya follón se arma! Entonces se hace lo siguiente: en esa ciudad o ese distrito, donde han caído los tiros, se coge y se llevan a todos los hombres. Y por cada disparo que cae en la noche siguiente, de hecho en todo un período siguiente, cae un hombre.

HARRER: ¡Excelente![71]

Llama la atención el hecho de que, en estas conversaciones, nunca se toma en consideración la posibilidad de que estas formas de violencia extrema contra la población civil no resulten justas ni proporcionales. Es una cuestión que los soldados no se plantean; para ellos, no cabe ninguna duda de que es imprescindible «trabajar» esas zonas, «ser drástico» y «devolver» los golpes. A este respecto, las únicas dudas que se formulan atañen a cómo llevarlo en práctica, y nunca a los motivos. En consecuencia, las conversaciones sobre crímenes de guerra surgen en las comunicaciones cotidianas en las mismas circunstancias en que lo hacen las historias que ya hemos visto antes sobre derribos de aviones y hundimientos de barcos. En sí mismas, se considera que no ofrecen nada de particular; solo las acciones inusuales o los modos de comportamiento inhabituales de personas concretas dan pie a historias interesantes.

Un ejemplo de ello son las ejecuciones colectivas posteriores al atentado contra Reinhard Heydrich:

KAMMBERGER: En Polonia dieron permiso a los soldados, para que pudieran asistir a las ejecuciones, que eran públicas. Después del asunto Heydrich, ahorcaron a entre 25 y 50 personas diarias. Los subían a un taburete, les obligaban a meter la cabeza por la soga y el de al lado tenía que pegar un empujón al taburete, con las palabras: «Hermanito, no necesitas ningún taburete».[72]

El atractivo de esta historia no radica en la matanza en sí misma, sino en la forma en que esta se escenificó. Se da a los soldados libertad de contemplar las ejecuciones, que se desarrollan con rituales de humillación de creación propia. Sin embargo, no solo se considera interesante explicar los actos de violencia destacada, como estos, sino también la actuación de personas concretas que se distinguieran especialmente en los crímenes. A este respecto, el cabo Müller explica lo siguiente:

MÜLLER: En un pueblo de Rusia había guerrilleros. En ese caso es evidente que hay que arrasar completamente el pueblo, sin pensar en las bajas. Nosotros teníamos uno... un tal Brosicke, de Berlín; a cada uno que veía en el pueblo, se lo llevaba detrás de la casa y le pegaba un tiro en la nuca. Y el tipo tendría entonces veinte años, o diecinueve y medio. Se decía que teníamos que cargarnos a uno de cada diez hombres del pueblo. «Ah, ¿qué significa aquí "uno de cada diez hombres"? Está claro —dicen los colegas— que hay que erradicar el pueblo entero.» Así que llenamos de gasolina unas botellas de cerveza, las pusimos sobre la mesa y, a la hora de salir, les lanzamos encima unas granadas de mano, con toda la tranquilidad del mundo. Todo se puso a arder en un segundo; los techos eran de paja. Allí los liquidamos a todos, a las mujeres y los

> niños; de esos, solo una minoría eran guerrilleros. Yo, en esos casos, no he disparado nunca un tiro, menos cuando sabía con toda certeza que se trataba en verdad de guerrilleros. Pero había muchos colegas que con aquello se divertían una barbaridad.[73]

Al final, el cabo Müller se está distanciando claramente de esa clase de crímenes de guerra —afirma que él, «en esos casos, no [ha] disparado nunca un tiro»—, pero cuenta en primera persona del plural, y con detalle, cómo prendieron fuego a las casas. En este tipo de relatos se percibe qué concebían los soldados como crímenes de guerra y qué no; y cómo de fluidas eran las fronteras entre lo uno y lo otro. Para Müller, fusilar o ejecutar a las mujeres y los niños es un crimen, al menos mientras no se demuestre que se trataba en verdad de guerrilleros; ahora bien, reducir un pueblo a cenizas no le parece crimen ninguno («En ese caso es evidente que hay que arrasar completamente el pueblo, sin pensar en las bajas»).[74]

En la narración de Müller también es llamativo que, mediante el berlinés Brosicke, constituya una figura de referencia en su relato, frente a la cual se puede distanciar y calificarse a sí mismo positivamente: el comportamiento de Brosicke resulta, sin duda ninguna, criminal, e igualmente el de los «muchos colegas que... se divertían una barbaridad» con los asesinatos; *por contraste*, la conducta de Müller no lo es. Así, incluso cuando los soldados otorgan valor al hecho de actuar de acuerdo con los dictados del derecho, no debemos perder de vista una perspectiva importante: con ayuda de esta clase de diferenciaciones, todos los implicados pueden hallar su lugar propio en el contexto general de lo criminal, sin necesidad de reconocer moralmente que uno mismo ha participado en actuaciones ilegítimas. Sin embargo, como se puede mostrar también con referencia a los grupos diferenciados entre sí de agentes que participaban en las ejecuciones colectivas y las denominadas «acciones judías», es precisamente la interpretación individual de las exigencias lo que garantiza que, en su conjunto, la matanza funcione.[75] Así pues, las decisiones y actitudes individuales, en una situación de esta índole, no se nivelan, como sugieren las reflexiones sobre la «presión del grupo» y la influencia social; es precisamente la diferenciación que se da en el seno del

grupo lo que hace que este sea capaz de actuar como un todo. Por decirlo al estilo de Herbert Jäger, lo que sucede podría describirse como una actuación individual en un estado de emergencia colectiva.[76]

El cabo Diekmann cuenta con detalle cómo ha combatido en Francia contra los «terroristas»:

DIEKMANN: Terroristas tengo a muchos sobre mi conciencia; *tommies*, no tantos, solo un comandante de blindados, era un alférez o algo así, lo hice salir del carro a tiros cuando él pretendía abrir la tapa con ánimo de contemplar la porquería. Aparte de eso, no recuerdo nada más; naturalmente, en las cosas del combate, pues eso ya no lo sé, lo que yo no haya visto. Pero con los terroristas, ahí yo actuaba como un loco. A la que veía a uno que, por lo que fuera, me resultaba sospechoso..., arremetía de inmediato contra él. Cuando vi cómo se desangraba a mi lado un camarada al que ellos habían disparado, los muy traicioneros, me juré a mí mismo: «¡Esperad y veréis!». En Thilay, durante la retirada, yo marcho feliz con ellos por las calles, ni nos imaginamos que de pronto viene un civil, saca la mano del bolsillo, pistola, estallido, a la mierda, mi colega cae a tierra.

HAASE: ¿Lo atrapasteis?

DIEKMANN: ¡Qué va! Hasta que no nos dimos cuenta que nos habíamos metido en Bélgica y que el *tommy* ni siquiera estaba ahí, él ya estaba medio desangrado; ya solo le pude cerrar los ojos. Lo único que pudo decir fue: «Franz, ¡véngame!». La compañía se vino por detrás de nosotros, habían solicitado camiones. Mi metralleta en lo alto —yo tenía una MG42—, en lo alto, por delante, y en la ventana. Y entonces anuncié: «¡Todas las ventanas cerradas, haremos desaparecer todo lo de la calle!». Venga ya, no les dejamos tiempo para casi nada. El sargento primero dijo: «¡Esperad, no disparéis aún, aún no están suficientemente lejos!». Pero el sargento primero aún no había acabado de hablar y yo ya había apretado el gatillo. Se oyó el tableteo, todas las ventanas saltaron por los aires, y todo lo que había aparecido por la calle. Siempre por las calles, siempre ¡zas!, ¿sabes?, siempre metiéndome por todos los callejones laterales, ahí disparaba yo, contra todo lo que veía. Amigo mío, más de una vez la palmó un inocente, pero no me importaba una mierda. Ay, hermano, ¡esos malditos perros! Un tipo ya con sus años, casado, yo qué sé, con cuatro o cinco niños en casa, y se lo cargan así de traicioneramente; y es que así no puedes tener ninguna consideración, ya es imposible. Habríamos incendiado todas y cada una de las casas, a la que hubiera salido algún disparo de ellas. Con la ametralladora, abrimos fuego contra treinta mujeres belgas. Pretendían asaltar el almacén del abastecimiento alemán. Pero con la metralleta las echaron de allí en dos minutos.

HAASE: Se largaron todas, ¿no?

DIEKMANN: No, la palmaron todas.[77]

Tras leer estas palabras de Diekmann, casi podríamos considerarlo como uno de los «muchos colegas» que «se divertían una barbaridad» matando, pero se trata de personas que actúan y narran con completa independencia mutua. En el relato de Diekmann vale la pena llamar la atención sobre el hecho de que aduce un motivo personal para justificar sus

acciones letales: la muerte de un «colega» al que ha jurado venganza por tal suceso. Pero no se produce ninguna transferencia: Diekmann menciona con empatía los «cuatro o cinco niños» que tenía su compañero muerto, pero no se detiene a pensar ni por un momento en sus víctimas, que fueron asesinadas de manera indiscriminada. No sabemos con certeza de qué operación antiguerrillera habla aquí Diekmann. Pero no cabe duda de que se trata del procedimiento habitual; de que, tras un incidente aislado, los soldados perdían los nervios, se ponían «como locos» y mataban indiscriminadamente. Como fuere, es frecuente que, al hablar de matar, los soldados no necesitaran tales razones ni motivos; el campo de la experiencia común hacía innecesarias las justificaciones. Por ello, el compañero que ha muerto por el fuego enemigo puede ser un simple elemento narrativo que convierta el letal relato de Diekmann en algo más concluyente e interesante (véanse las pp. 337-338).

En el verano de 1944, la violencia también se agravó en Francia y Bélgica. En el transcurso de tan solo tres meses, entre junio y septiembre de 1944, la medida de los crímenes de guerra alcanzó aquí una nueva dimensión. Así, no es de extrañar que, durante este tiempo, se transmitan varios relatos de violencia incontenida.

BÜSING: Una vez teníamos un teniente Landig (?), y los franceses se nos cargaron a un sargento primero. ¡Joder, cómo maldecía, el viejo!

JANSEN:* ¿Eso era un despliegue reciente, de por aquí?

BÜSING: Sí, no hará mucho de eso. Llegamos hasta... al sargento primero lo mataron a tiros unos guerrilleros. El viejo no dijo nada, solo movía los pómulos a un lado y a otro. Y de pronto ordenó: «¡Lo quiero todo preparado!». Y la cosa se puso en marcha en un momento, por todo el pueblo. El viejo dijo: «Chavales, como dejéis a uno solo con vida, [os] dejo yo tiesos a vosotros». Entramos en el pueblo. Todos dormían, era al amanecer. Llamamos a las puertas, y nada. Reventamos las puertas a culatazos, ¡bam! Y nos vemos a las mujeres, con camisitas cortas, vestidas con los camisones o los pijamas. «¡Fuera, fuera!», las sacamos en medio de las calles.

JANSEN: ¿Por dónde era eso?

BÜSING: Por Lisieux-Bayeux, ahí arriba.

JANSEN: Entonces ¿era justo después de que comenzara la invasión [aliada]?

BÜSING: Sí, seguro. Los dejamos a todos tiesos, secos. Hombres, mujeres y niños, los sacamos a todos de la cama. Aquel no perdonó a nadie.[78]

El interlocutor de Büsing era, muy probablemente, un prisionero alemán que actuaba como informador para el servicio de inteligencia británico. El cabo Büsing, de los paracaidistas, no sospecha nada y responde todas las preguntas. Lo que vivió le parece tan natural y comprensible que ni le pasa por la cabeza ocultar nada. Para él, su historia se mueve, por brutal que resulte, en un espacio de lo esperable; y en esa clase de circunstancias, tampoco los interlocutores suelen sorprenderse ni conmoverse. Al parecer, estos relatos solo resultan asombrosos y crueles desde la distancia que hoy, como lectores actuales, nos separa de tales narraciones. Que estos relatos de violencia no hagan perder los nervios a los soldados supone un reconocimiento claro de que vivían en el marco de una cotidianeidad de la violencia. Ni siquiera cuando se habla de matar a mujeres y niños se provoca ninguna conmoción. En el siguiente pasaje, habla de nuevo un paracaidista:

ENZIEL: El sargento primero Müller, de Berlín, era un tirador de precisión, capaz de cargarse de un tiro a las mujeres que se acercaban con ramos de flores a los *tommies*. Allí donde habían tocado a alguien... él apuntaba con toda exactitud y, con perfecta sangre fría, mataba a los civiles.

HEUER:* ¿También matabais a mujeres?

ENZIEL: Solo desde la distancia. No sabían de dónde procedían los disparos.[79]

No se sabe dónde radica la diferencia entre la actuación «con perfecta sangre fría» del tirador de precisión Müller y el hecho propio de matar a mujeres desde la distancia, diferencia que, al parecer, Enziel juzga importante. Heuer, que aquí vuelve a ser un informador de los británicos, está intentando aquí averiguar todo lo posible sobre eventuales crímenes de guerra y por ello continúa con una pregunta de experto: «¿También matabais a mujeres?». También el cabo Sommer, como Enziel y Müller, habla de una persona de referencia; en este caso, su teniente:

SOMMER: También en Italia, a cada lugar al que llegábamos, nos decía siempre: «Lo primero, ¡liquidad a unos cuantos!». Como yo también hablo italiano, me correspondían siempre las tareas especiales. Él nos decía: «Venga, cargaos a veinte hombres, que podamos tener paz por aquí de una vez, no se les vayan a ocurrir ideas estúpidas!». (*Risas*.) Así que soltábamos un primer golpecito, nos decían: «A la mínima cabezonería... ¡añadimos cincuenta más!».

BENDER: ¿Y con qué criterio los elegía? ¿Los que cogía al azar, sin más?

SOMMER: Sí, sí, así de sencillo, veinte hombres: «Venid aquí». Todos para el mercado, se acercaba uno con tres ametralladoras —*rrr*... ¡*rum*!—, y todos tiesos. Así es como se hacía. Y él entonces nos decía: «¡Perfecto! ¡So cerdos!». Sentía una furia contra los italianos que no te la puedes llegar a creer. En el barrio donde vivía el estado mayor del batallón, allí había siempre unas cuantas chicas guapas. Allí no les hacía nada, a los civiles. Donde él vivía, ahí, por lo general, no hacía nada.[80]

La risa conjunta sobre estas acciones permite reconocer que los dos soldados no veían nada particularmente reprochable en la información de Sommer. La reacción de Bender, por cierto, no debería sorprendernos. Pertenecía a un comando de intervención de la Marina, el número 40, una unidad especial de nadadores de combate, donde se daba un particular culto a la dureza.

El hecho de que el teniente no ordenara cometer crímenes en la zona en la que se acuartelaba es un dato interesante. Obviamente, no quería correr el riesgo de tener que desaprovechar ocasiones de tener relaciones sexuales. Sommer sigue explicando, ahora sobre Francia:

SOMMER: Va el teniente y dice: «Venga, tú, reúneme a todos los civiles». Solo se había hecho un reconocimiento de blindados. «Dentro de poco es seguro que aparecerán por aquí los americanos —dijo—, así que vamos a tener jaleo, fijo. Voy a organizar las cosas. Aquí dispones de dos grupos; con esos dos grupos, hay que traerse para aquí a todos los civiles de allá.» Imagínate, ¡reunir a toda una ciudad de por lo menos 5.000 o 10.000 habitantes! Era en el tramo de la carretera principal hacia Verdún. Y ya lo tienes, nos viene todo el pueblo; los habían hecho salir de los sótanos. Pero guerrilleros, terroristas, no tenían a ninguno. Y el viejo me dice: «Venga, ¡matad a los hombres! Así de claro, ¡a todos los hombres, sean como sean!». Solo había algo más de 300 hombres. A cuatro de esos piezas los registré y entonces les dije: «Todos, las manos arriba, y a la que uno baje las manos, lo fusilamos». En dos de ellos —dos chavales, como de diecisiete o dieciocho años— encontré municiones, vamos, paquetes de balas y así. Les digo: «¿De dónde lo habéis sacado?». «Son un recuerdo.» «¿Justo tres paquetes cada uno?», les digo. Pues nada, que los hago salir y *teng, teng, teng*, tres tiros: los tres tiesos. Los otros se quedaron todos parados. Les digo: «Ya lo habéis visto, no hemos actuado injustamente. Llevan municiones. Si son civiles, ¿para qué quieren tres paquetes de municiones?». Siempre así, que estaba cubierto. Lo han confesado. Quizá también... han exclamado: «¡Eres un cerdo!» y así, pero yo les decía: «A ver, por favor, ese es el motivo por el que se está fusilando a gente aquí. Nosotros nos tenemos que proteger. Así que si ahora dejo que la gente corra con la munición, y es gente que sabe dónde hay más munición, tal vez sea esa gente la que me dispare y me liquide. Y antes de que nadie me liquide, me lo cargo yo y se registra a todos los demás. Ahora os podéis ir, con vuestras mujeres, hacia allá abajo, en esa dirección, tres kilómetros». Les pareció bien y se marcharon de allí. Yo nunca me he peleado por nada. He hecho toda la mierda que me tocaba, pero nunca he ido con un: «¡Yo quiero!». Eso no lo he hecho nunca.

La unidad de Sommer, el regimiento blindado de granaderos número 29, ya se había hecho culpable de numerosos crímenes de guerra en Italia.[81] La historia de Francia se enmarca en los crímenes cometidos en la zona de Robert-Espagne, en la región de la Lorena, donde aquella unidad, el 29 de agosto de 1944, asesinó a un total de 86 franceses.[82]

Sommer se distancia en dos puntos de la historia que está relatando. Por una parte, a diferencia de lo que hace su teniente, busca una legitimación que justifique el fusilar a civiles, y la encuentra en la munición que las víctimas portaban consigo. Esta legitimación se dirige hacia el exterior, hacia los que lo rodean, tanto como hacia el interior de sí mismo; es evidente que Sommer necesita una razón para lo que hace, algo que le garantice que no está cometiendo un puro y simple asesinato. Y, por otro lado, Sommer hace hincapié en que no actúa de esa forma por propia iniciativa; refiere que ha llevado a cabo «toda la mierda» que le tocaba, pero sin tener particular interés en ello. Aquí también hallamos, implícita, la misma diferenciación entre personas que nos evidenciaban anteriormente las palabras de Müller: entre todos los que perpetran los crímenes, hay agentes que lo hacen voluntariamente y otros, no tanto; y la mayoría no desean contarse entre los más entusiastas.

En las siguientes palabras del sargento primero Gromoll también encontramos una justificación legalista sobre la forma de ejecutar los crímenes:

> GROMOLL: Una vez, en Francia, apresamos a cuatro terroristas. Primero se los pasa a la sala de interrogatorios y se les pregunta dónde han obtenido las armas, y esas cosas, y luego se les pega un tiro, del todo legalmente. Entonces se acercó una mujer que nos dijo que hacía diez días que, probablemente, varios terroristas se ocultaban en una casa. Aprestamos una tropa de inmediato, corren para allá y, en efecto: se encuentran dentro a cuatro hombres. Estaban ahí dentro jugando a cartas y así. Los detuvimos, porque suponíamos que eran terroristas. No puedes liquidar a alguien sin más, mientras está jugando a cartas. Después se pusieron a buscar las armas y, según creo, las armas estaban por alguna parte del canal. Y entonces sí que se los cargaron.[83]

Aunque la historia de Gromoll no se puede reconstruir con exactitud, cuando menos nos indica que, incluso cuando *no* se encuentran armas, existe la posibilidad de considerar que esos jugadores son en realidad terroristas. Y, como tales, ¿acaso no puede ser que hayan arrojado las armas

a alguna parte del canal? Esta clase de estrategias legalistas demuestra que había soldados para los que, claramente, era importante poder adscribir las muertes que ejecutaban a una estructura formal, a un marco que diera legitimidad a sus actos, aun cuando, de hecho, resultan plenamente arbitrarios. En Vietnam imperó una regla análoga, que decía: «Si está muerto y es un vietnamita, entonces es del Vietcong». Algo muy similar explica el cabo Diekmann, al que ya conocemos, sobre una matanza ocurrida en Francia poco después de la invasión de los aliados:

BRUNDE: ¿Y por qué los terroristas atacaron vuestra posición?

DIEKMANN: Querían estropear nuestros aparatos [de radar]. Esa era su misión. A varios de los terroristas los cogimos con vida, y los dejamos tiesos allí mismo. Teníamos esas órdenes. Una vez maté, con mi propia arma, a un comandante francés.

BRUNDE: ¿Cómo sabías que era un comandante?

DIEKMANN: Llevaba documentos. De noche se cruzaron disparos. Él venía montado en una bicicleta. Más abajo del pueblo, siempre nos disparaban con ametralladoras contra las casas. Todo el pueblo estaba contaminado.

BRUNDE: ¿Y tú le diste el alto?

DIEKMANN: Estábamos con dos hombres, había también un suboficial. A él... Baja de la bicicleta, registramos la bolsa de inmediato, munición, aquello ya decía bastante. Si no, yo no habría tenido autorización para hacerle nada, no puedes coger a un tipo y cargártelo sin más. El suboficial todavía le preguntó si era un terrorista, y él no dijo nada; que si deseaba algo, y nada. Un tiro en la cabeza, por detrás. Ni se enteró que se moría.

Una vez también ejecutamos a una espía allí mismo, donde la pillamos. Tendría unos veintisiete años. Antes había trabajado para nosotros en la cocina.

BRUNDE: ¿Era del pueblo mismo?

DIEKMANN: No era exactamente del pueblo, pero sí había vivido en el pueblo, por lo menos. La infantería la trajo por la mañana y por la tarde ya la pusieron en el búnker y la fusilaron. Había admitido que trabajaba para el servicio secreto inglés.

BRUNDE: ¿Quién había dado la orden, (?)?

DIEKMANN: Sí. Podía hacerlo, como comandante. Yo personalmente no disparé con los otros, solo asistí a la ejecución. Una vez atrapamos a treinta terroristas, entre ellos había mujeres y niños, los metimos en un sótano... los pusimos frente a la pared y los dejamos tiesos.[84]

También aquí, la muerte del comandante francés requiere de una justificación legalista: se ha vuelto a encontrar munición, con lo que parece evidente que el jefe militar francés es un terrorista. En la posterior narración de Diekmann también debe hacerse hincapié en que el soldado incluye sin más reparo a los niños en el grupo de terroristas a los que «pusimos frente a la pared y los dejamos tiesos». Como fuere, el peculiar engaño de los

sentidos por el que a los enemigos se les atribuye todo tampoco resulta específico de los crímenes de guerra alemanes. En Vietnam, por ejemplo, se han documentado declaraciones parecidas de soldados que llegaron a considerar a bebés como miembros del Vietcong dispuestos a atacar en cualquier momento. No se trata de un acto de locura, sino del desplazamiento de un marco de referencia en el que, para la definición de quién es un enemigo, la pertenencia a un grupo adquiere mucha más importancia que cualquier otra característica, como por ejemplo la edad.[85] Según Joanna Bourke, que ha estudiado la percepción del matar entre los soldados, en casos de guerras distintas, no debemos colegir de tales marcos de referencia desplazados que los hombres sintieran una alegría personal al causar la muerte, sino que matar a sangre fría a personas adscritas a la categoría de los «enemigos» forma parte del conjunto de normas prácticas de la guerra. Paradójicamente, cuando se persigue jurídicamente esta clase de casos, se los trata como excepciones; ello parece apuntar hacia la errónea conclusión de que, en general, en la guerra se actuaba de acuerdo con el derecho internacional, y solo se desmandaron algunos actores aislados y de forma ocasional. La violencia autotélica —decía la idea relacionada con ella — no era en absoluto un aspecto sistemático de la guerra, sino tan solo una excepción indeseada. Sin embargo, una vez que se han abierto los espacios de la violencia —como en efecto demuestran nuestras conversaciones—, *todos y cada uno* de los comportamientos del otro pueden dar motivo suficiente para que se lo mate.

Crímenes contra prisioneros de guerra

¿Y qué vamos a hacer con todos esos hombres? Los tenemos que liquidar, no van a durar mucho.[86]

Maltratar y asesinar a los prisioneros es un campo ciertamente clásico de la violencia extrema en los conflictos militares, ya desde la Antigüedad. Con los ejércitos colosales de la Edad Moderna, el fenómeno de los prisioneros de guerra alcanzó una dimensión completamente nueva. En la primera

guerra mundial, hubo entre seis y ocho millones de prisioneros.[87] En la segunda guerra mundial fueron ya treinta millones de hombres los que cayeron en esa condición. La alimentación y el alojamiento de millones de prisioneros padecían una deficiencia crónica. Ya en la primera guerra mundial, 472.000 soldados de las Potencias Centrales murieron como prisioneros rusos.[88] La segunda guerra mundial volvió a incrementar estas cifras de un modo considerable. Así, el mayor de los crímenes de guerra de la Wehrmacht fue la masacre de prisioneros de guerra soviéticos. De los entre 5,3 y 5,7 millones de soldados del Ejército Rojo que cayeron bajo custodia de los alemanes, entre 2,5 y 3,3 millones (del 45 al 57 por 100) hallaron la muerte; las estimaciones son variables a este respecto. Murieron en campos cuya responsabilidad correspondía a la Wehrmacht: 845.000, todavía en la zona de administración militar, en la proximidad del frente; 1,2 millones, en campos situados por detrás, en las zonas de administración civil; medio millón, en el que se dio en llamar «gobierno general de Polonia»; y entre 360.000 y 400.000, en los campos del Reich alemán.[89] Estas exorbitantes cifras de víctimas obedecen, por un lado, al hecho de que la jefatura del ejército de Tierra calculó abandonar a los prisioneros a su destino y no proporcionarles medios de alimentación. Por otro lado, a los propios soldados se les incitaba a aprovechar las ocasiones de combatir «contra una raza enemiga que porta una cultura de clase inferior»; hubo un empeño por despertar en los soldados alemanes un «sano sentimiento de odio», de modo que no mostrasen en la guerra «ninguna compasión ni sentimentalismo».[90]

El frente

Al poco tiempo de que, el 22 de junio de 1941, se iniciaran los combates en la Unión Soviética, se evidenció que tal conminación a la dureza no había caído en saco roto. Desde el primer día, la Wehrmacht desarrolló la batalla con gran brutalidad. En varias zonas, «la imagen de incontables cadáveres de soldados [soviéticos], tirados a lo largo de la ruta de avance [...], que, desarmados y con las manos en alto, claramente habían sido eliminados con tiros en la cabeza desde muy corta distancia» se convirtió en un fenómeno

masivo.[91] Un factor decisivo para esta violencia extrema fue que la imagen de la cruenta forma de combatir del Ejército Rojo, según se reproducía en las hojas de información para los soldados, pareció confirmarse muy pronto: desde el primer día de conflicto, las fuerzas armadas soviéticas combatieron fuera de los márgenes del derecho internacional y los usos bélicos de la Europa occidental. En los relatos que se contaban al respecto, la realidad de hecho se transformaba hasta adquirir proporciones fantásticas. «Allí en Rusia yo he visto, con mis propios ojos —dice el alférez Leichtfuss—, a seis soldados alemanes con la lengua clavada a una mesa. A diez soldados alemanes en el matadero de Vinnitsa, colgados en los ganchos de la carne. A doce o quince soldados alemanes arrojados a un espacio minúsculo, en [Tetiev], en un pozo, a los que luego habían lanzado una barbaridad de ladrillos desde lo alto hasta que se...» Aquí lo interrumpe el interlocutor: «Esos soldados colgados en los ganchos de la carne, ¿estaban muertos?». Responde Schmidt: «Sí. Y los que tenían la lengua clavada, esos también estaban muertos. Por descontado, cuando ocurrían esas cosas, nosotros aprovechábamos para devolverlas multiplicadas por diez y por veinte y por cien; no para devolverles la moneda a su misma manera cruda y animal, sino que se hacía como ahora te diré: cuando se atrapaba a una de esas tropas poco numerosas, como de entre diez a quince hombres, a un soldado de a pie o igualmente a un suboficial le resultaba demasiado costoso ponerse a transportar como fuera a aquella gente hacia atrás, y hacer 100 o 120 kilómetros. Así que, de algún modo, se los encerraba en una sala y luego volaban por la ventana tres o cuatro granadas de mano».[92]

El flujo de noticias sobre el maltrato dispensado a los prisioneros alemanes, y también sobre la mutilación de heridos y la ejecución de soldados alemanes que de ello resultaba, no se interrumpió a lo largo de toda la guerra rusa. Las informaciones al respecto son tan numerosas y están tan bien documentadas que no pueden basarse solo en la fantasía. Hoy se calcula que entre el 90 y el 95 por 100 de los prisioneros de guerra alemanes que cayeron en manos del Ejército Rojo en 1941 no sobrevivieron a su período de internamiento y, en su mayoría, fueron eliminados en el mismo frente.[93] Las noticias sobre los crímenes cometidos por los

soviéticos contra los prisioneros y heridos alemanes reforzaron, en las formaciones del ejército de Tierra del frente oriental, la predisposición ya existente a actuar sin contemplaciones. En los primeros días de julio de 1941, el general Gotthart Heinrici escribió a su familia: «En parte, ya no se concedió ningún otro perdón más. Los rusos se estaban comportando de una forma bestial contra nuestros heridos. Golpeaban y disparaban contra nuestra gente hasta matar todo lo que se movía bajo un uniforme marrón. Así, los dos bandos han ido intensificando sus acciones, con el resultado de que se han causado hecatombes de víctimas humanas».[94] En las actas de servicio de las unidades de la Wehrmacht se encuentran numerosos ejemplos similares. Así, en el diario de guerra de la 61.ª división de infantería, se documenta que el 7 de octubre de 1941 se descubrieron los cadáveres de tres soldados de la Wehrmacht, muertos violentamente; ante ello, el comandante de la división ordenó, al día siguiente, fusilar a 93 prisioneros rusos. En muchos casos, tales procedimientos no se llegarían a documentar siquiera, porque los soldados, como el alférez Schmidt, preferían «resolver» las cosas en el nivel más bajo e inmediato posible. El asesinato de incontables miembros del Ejército Rojo en la primera línea tuvo mucho que ver con la venganza y el «ajuste de cuentas». A ello se añadía que el combate real adquirió un carácter completamente distinto al que tuvo en Polonia, Francia o Yugoslavia. El Ejército Rojo ofrecía una resistencia inesperadamente tenaz y muchos soviéticos preferían morir en la defensa antes que entregarse como prisioneros. Se desarrollaban muchos combates cuerpo a cuerpo, encarnizados, que siempre provocaban bajas muy elevadas y contribuían a la escalada de la violencia. El suboficial Faller responde a la pregunta:

SCHMIDT:* ¿Qué hacíais con aquellos chavales?

FALLER: Nos los cargábamos. La mayoría quedaban aniquilados en el combate. No se rendían por nada. A menudo hemos tenido tipos a los que pensábamos tomar como prisioneros, y que, cuando comprendían que se habían quedado sin ninguna posibilidad, sacaban una granada de mano y se la aguantaban así, delante del estómago. Nosotros no hemos disparado contra ellos intencionadamente, porque los queríamos vivos. Y las mujeres luchaban como cosacas.

SCHMIDT: ¿Y con las mujeres, qué hacíais?

FALLER: También las liquidábamos.[95]

Lo referido por Faller atestigua una vez más que las mujeres que combatían con el Ejército Rojo corrían un peligro especial, porque en el marco de referencia de los soldados alemanes no aparecían mujeres combatientes. Se las denominaba de forma despectiva como «mujeres con escopeta» y a menudo se les negaba la condición de combatientes, es decir, se las equiparaba con las «partisanas». En consecuencia, las mujeres del Ejército Rojo fueron víctimas de excesos todavía con más frecuencia que los hombres.[96]

Junto a la determinación de muchos miembros del Ejército Rojo, de combatir hasta la muerte, a muchos soldados alemanes les enfurecía la forma de luchar de las tropas soviéticas. Por ejemplo, simulaban heridas o se fingían muertos, para retomar la batalla mediante emboscadas. Para los soldados alemanes, esto suponía un brutal quebrantamiento de los usos de la guerra. Aunque el Convenio de La Haya no había prohibido expresamente esta estratagema, representaba una violación de las reglas no escritas de un combate directo. Tales tretas ya se predecían en las hojas informativas que la jefatura del ejército de Tierra había repartido antes de que comenzara la campaña rusa, y ahora las tropas alemanas las castigaban con suma brutalidad. Así, un regimiento de la 299.ª división de infantería informó de lo siguiente, ya a finales de junio de 1941: «Las tropas, furiosas con las pérfidas tácticas de combate del enemigo, ya no harán más prisioneros». Muchas acciones —los ataques armados en emboscada, que el enemigo permitiera acercarse para luego abrir fuego de pronto desde distancias cortas, o que dejara pasar a las puntas de lanza enemigas para después atacar a las unidades por la espalda— se interpretaron de este modo y se sumaron a la cuenta negativa del Ejército Rojo, aun cuando en este caso se trataba de recursos de combate normales, que los alemanes también practicaban en ocasiones. El soldado Hölscher oyó hablar a un amigo sobre tales cuestiones: «“Era siniestro, el modo de combatir de los rusos —dice este—. Nos dejan acercarnos hasta tenernos a solo tres metros y entonces nos barren. Ya te lo puedes imaginar —me dice—, nos dejan aproximarnos lo más cerca posible. Y cuando pillamos a esos criminales —dice—, los dejamos tiesos en el momento mismo, les partimos la cabeza con la culata del arma”. Se enterraban en los campos. Había que ganar el terreno metro a

metro. [...] Se sentaban en lo alto de los árboles y nos disparaban desde allí arriba; dice que los muy perros eran de lo más fanático, que no te lo llegas a creer. Ahí en Rusia se pasa mucha angustia».[97]

Desde el punto de vista de los soldados alemanes, su conducta con respecto a los miembros del Ejército Rojo no era ningún crimen, aun a pesar de que la referencia del derecho internacional era inequívoca. La conducta de los soviéticos les parecía razón suficiente para fusilar a los prisioneros y parece que ni siquiera se les pasó por la cabeza la posibilidad de actuar de otro modo.

En las primeras semanas de la guerra rusa, se estableció un nuevo uso bélico, que transgredía todas las reglas del derecho internacional. El ejercicio de la violencia no era algo estático, sino que —según los parámetros generales de carácter estructural, personal y situacional— fluía constantemente. Así, la violencia extrema perdió fuerza a finales del verano y en el otoño de 1941. Pero cuando, en el invierno de 1941, el ejército del este se vio obligado a retirarse en circunstancias parcialmente caóticas, volvió a ser de nuevo frecuente que se fusilara a filas enteras de prisioneros de guerra cuyo transporte no podían asumir.[98] Hasta el final de la guerra, hubo siempre fases alternas de intensificación y reducción de la violencia.

Así, en las actas del espionaje de conversaciones, se encuentran asimismo algunos pasajes en los que los hombres cuentan cómo se habían negado a tratar de modo criminal a los prisioneros de guerra. Por ejemplo, el *Untersturmführer* de las SS Walter Schreiber refiere una negativa de esta clase y cuenta la conmoción que le produjo el asesinato de un prisionero:

SCHREIBER: Una vez hicimos un prisionero y salió la cuestión de si debíamos cargárnoslo o dejarle que se marchara. Le dijimos que se fuera, queríamos dispararle por detrás. Tenía cuarenta y cinco años. Él hizo una cruz, luego hizo como un *ra ra ra* (*imita el murmullo de una oración*), como si ya lo supiera. Yo no fui capaz de disparar. Me imaginé al hombre, su familia, posiblemente unos hijos. Así que fui a la oficina del cuartel y les dije: «Yo no lo hago». Me marché, no pude seguir mirando.

BUNGE: ¿Entonces, al final, te lo cargaste?

SCHREIBER: Sí, se lo cargaron, pero no yo. Yo me quedé conmocionado a más no poder, después de aquello me pasé tres noches sin dormir.[99]

Nótese que el alférez de fragata Bunge espera una continuación distinta para la historia y, con toda naturalidad, parte del hecho de que al final, Schreiber sí «se cargó» al prisionero. Lo infrecuente, en esta clase de conversaciones, no es que se mate a los prisioneros, sino, a la inversa, cuando eso *no* ocurre. El cabo Grüchtel cuenta una historia similar:

GRÜCHTEL: Una vez que estaba yo en Riga, utilicé a unos pocos prisioneros rusos para la limpieza, me fui y me cogí unos pocos; cinco. Luego le pregunté al soldado qué debía hacer con ellos cuando ya no los necesitara, y él me dijo: «Les pegas un tiro y los dejas tiesos». Bueno, pero yo eso no lo hice, yo los devolví otra vez al sitio de donde los había tomado. Eso no se puede hacer.[100]

Historias de esta índole, sobre cuya veracidad no disponemos de ninguna información, solo aparecen raramente en nuestro material. Ello no demuestra que los prisioneros de guerra o la población de las zonas ocupadas no pudieran haber recibido un trato humano con mayor frecuencia. Lo único que atestigua es que, lo que desde el punto de vista actual se consideraría como una conducta «humana», carece casi por completo de función comunicativa. Las historias que describen comportamientos que, de acuerdo con nuestros criterios actuales, resultan inhumanos —y lo hacen, a menudo, desde la perspectiva de la primera persona— resultan mucho menos habituales que aquellas que, según las normas actuales, supondrían una «buena» conducta. Esto podría ser un indicio de que, con ello, el hablante no ganaba el aprecio de su otro interlocutor: allí donde matar al otro es una práctica común y un precepto social, la conducta prosocial para con los judíos, los prisioneros de guerra rusos y otros grupos etiquetados como inferiores representa una violación de la norma. Incluso en la posguerra, tuvieron que pasar muchos años para que tales historias adquirieran un valor normativo superior al de los relatos más habituales del presente material. Solo entonces se inscribieron nuevos matices en las historias. En este sentido, es probable que los relatos ausentes de compasión y empatía, o simplemente de trato correcto con los prisioneros, fueran recibidos despectivamente por los contemporáneos y, en consecuencia, no llegaran a narrarse. Pero quizá, además, esos relatos tampoco aparecen con frecuencia porque el marco de referencia en el que se cataloga a «los otros» y sus formas de conducirse no prevé en absoluto la

empatía. La circunstancia de que los relatos de inhumanidad no castigada casi nunca reciban comentarios críticos sugiere, como conclusión, que eran estos —y no los contrarios— los que describían la normalidad de la guerra.

Los campos

La mayoría de los miembros del Ejército Rojo sobrevivieron a los primeros días de internamiento. Pero su martirio empezaba ya en el mismo camino a los campos de prisioneros.

GRAF: La infantería contaba que, cuando trasladaban a los rusos hacia las zonas de retaguardia, a los prisioneros no se les daba nada de comida, entre tres y cuatro días, hasta que la diñaban. El de guardia estaba siempre cascado, vino uno y le pegó en el cráneo, lo dejó muerto. Los otros se le echaron encima y lo despiezaron y lo devoraron, allí mismo, tal cual estaba.[101]

Sobre el fenómeno del canibalismo, siempre se hizo especial hincapié: «Los rusos, a menudo, cuando alguien reventaba, se lo comían antes de que se enfriara. En serio te lo digo»,[102] refería también el teniente Klein. En 1941, el coronel Georg Neuffer y el teniente coronel Hans Reimann fueron testigos del transporte de prisioneros:

NEUFFER: ¡El traslado de los rusos de Viazma y demás fue espeluznante!

REIMANN: Espeluznante, pero de verdad... Yo viví el transporte desde Korosten hasta poco antes de Lemberg [Lwow, Lviv]. Los hacían salir de los vagones como si fueran animales y, a bastonazos, para que no se movieran de las filas, los llevaban a un abrevadero. En las estaciones había también una especie de comederos, y se arrojaban encima como animales, para abrevarse, y por comida se les daba una ración minúscula. Entonces los volvían a arrastrar a los vagones, ¡y metían a entre sesenta y setenta hombres en un vagón de ganado! En cada parada, bajaban a una decena de muertos, porque la gente se ahogaba por falta de oxígeno. Yo, cuando tuve noticia de eso, me acerqué al vagón de tren de los centinelas del campo y le pregunté al sargento primero, era un estudiante, un tipo con gafas, un intelectual: «¿Cuánto tiempo llevas haciendo esto?». «Bueno, hace cuatro semanas que lo hago, pero ya no lo soporto, tengo que largarme de aquí ahora, ¡ya no lo puedo soportar!». En las estaciones, los rusos miraban por aquellas ventanillas enanas y, como animales, bramaban en ruso hacia todos los habitantes rusos que había por allí: «¡Pan! ¡Que Dios os bendiga!», etc., y se quitaban las camisas viejas y sus últimos calcetines y zapatos y los tiraban fuera, y se acercaban los niños y les traían calabazas para comer. Tiraban dentro las calabazas y entonces, en el vagón, se oía solo un alboroto y unos bramidos de animal, probablemente se estaban destrozando a golpes entre ellos. Yo no podía

más, me puse en un rincón y me cubrí la cabeza con el abrigo. Le pregunté al sargento primero de la guardia: «¿Es que no hay nada que darles de comer?». Me respondió: «Señor teniente coronel, ¿y de dónde lo íbamos a sacar? ¡Nadie ha preparado nada!».

NEUFFER: No, desde luego que no, eso es un horror inimaginable. Solo el tren de prisioneros posterior a la doble batalla de Viazma-Briansk, ahí los prisioneros tuvieron que ir también a pie, hasta llegar más allá de Smolensko. Yo he recorrido en coche esos tramos, a menudo; las cunetas de las carreteras estaban llenas de rusos muertos a tiros. Entrar por allí con los coches, ¡resultaba horripilante![103]

Prisioneros de guerra soviéticos, de camino a un campo de prisioneros, en julio de 1942, en el sector meridional del frente oriental. (Foto: Friedrich Gehrmann, BA 183-B 27 116.)

La muerte de grandes colectivos de prisioneros rusos empezó ya a finales del verano de 1941, debido a que la alimentación era completamente insuficiente, alcanzó su punto culminante en el invierno y hasta la primavera de 1942 no se redujo de forma temporal. Hasta ese momento, habían muerto cerca de dos millones de prisioneros capturados al Ejército Rojo. En otoño de 1941 se introdujo un cierto giro en la política de manejo de los prisioneros de guerra, después de que la economía de guerra alemana empezara a padecer una carestía de mano de obra. Ahora se reconocía el

valor instrumental de los hombres a los que, en realidad, se había querido dejar morir de hambre. Pero el alto mando de la Wehrmacht no supo optar por una transformación radical de sus procedimientos, aunque hubo casos aislados de personas que lidiaron a favor de la vida de los prisioneros y protestaron —en vano— contra el catastrófico trato que recibían.[104]

Las espantosas condiciones de los campos de prisioneros aparecen en las actas de las conversaciones con mayor frecuencia que las ejecuciones del frente. Al parecer, la muerte de un colectivo de decenas de miles de personas sí resultaba un acontecimiento incluso para los combatientes del este:

FREITAG: En la ciudadela de Dęblin (?) entraron 50.000 prisioneros rusos. Aquello estaba lleno a reventar; solo podían estar de pie, apenas había ni sitio para sentarse, de lo lleno que estaba. Cuando llegamos a Templin, en noviembre, tenían a otros 8.000, a todos los demás ya los habían paleado. Y justo entonces estalló el tabardillo pintado. El centinela dijo: «Ahora tenemos un tifus, durará como unos catorce días más, y estarán todos los prisioneros rusos, y también los polacos. Los polacos: los judíos». En cuanto se daban cuenta de que alguien tenía las pintas del tabardillo, limpiaban por completo todo su rincón.[105]

Así, hubo algunos soldados alemanes que tenían conciencia clara y precisa de la dimensión de aquellas muertes, que se contaban por millones. Freitag, que era sargento primero de la Luftwaffe, dijo en junio de 1942: «Hasta Navidad, habíamos hecho 3,5 millones de prisioneros. Y de esos prisioneros, si un millón llegó a superar el invierno, ya fue mucho».[106] El teniente Verbeck, del 272.º regimiento de artillería, se enfureció con algunos camaradas:

VERBECK: ¿Sabes cuántos prisioneros rusos estiraron la pata en Alemania durante el invierno del 41-42? Dos millones al carajo, de verdad, nada que echarse a la boca, entrañas de animales es lo que les traían del matadero al campo para que comieran.[107]

Aniquilar a los prisioneros rusos, «masacrar» a los soldados en combate y ejecutar a colectivos enteros por venganza eran acciones fomentadas por las ideas de superioridad racial que imperaban entre el ejército del este. Sin duda ninguna, la concepción de que los rusos eran un «pueblo inferior»,[108] formado por auténticos «animales»,[109] y de que «un ruso es un hombre de otra clase totalmente distinta, es un asiático»,[110]

favorecían la disposición violenta. En particular, las historias sobre las masacres de los campos de prisioneros no son del todo ajenas a la empatía; en ocasiones resuena un matiz según el cual el trato que se les daba era cruento e injusto. En ello intervenían también los hechos de que la imagen, difundida por la propaganda, de un Ejército Rojo ardientemente judío y bolchevique se contemplaba por entonces de un modo más polifacético y que no era infrecuente que el rendimiento militar de los soldados rusos despertara admiración. La vida en el país también transformó el punto de vista sobre la cultura rusa y la forma en que la población civil vivía en un clima adverso; progresivamente, esto se fue concibiendo de otro modo, ya en parte positivo. A ello se añadía que, al cabo de poco tiempo, muchos rusos —cerca de un millón— se integraron como voluntarios en las filas de la Wehrmacht; esta circunstancia obligó a ir cambiando persistentemente la vieja imagen de «el ruso».[111]

Sin embargo, la empatía también surge de la propia situación del hablante, que ahora se encuentra en el estado de prisionero de guerra, con la diferencia de que se le ofrece un trato significativamente mejor. En este contexto, el contraste entre el trato que dieron los alemanes a los prisioneros de guerra rusos y el que daban los aliados a los prisioneros de guerra alemanes se intensificaba sumamente.

Ahora bien, en los campos de internamiento británicos, también se espió a soldados que afirmaban que el trato concedido a los prisioneros de guerra rusos había sido excesivamente humano. Así, el teniente general Maximilian Siry constataba, el 6 de mayo de 1945:

SIRY: No es algo que uno pueda decir en voz alta, pero fuimos, con mucho, demasiado blandos. Somos muy cobardes con todo eso de las atrocidades. Pero si hubiéramos cometido esas atrocidades al cien por cien, si hubiéramos hecho desaparecer del todo a la gente, entonces nadie diría nada. Solo esas medidas a medias, eso es siempre un error.

En el este, yo le propuse una vez al Cuerpo... La cosa era que los prisioneros estaban volviendo a miles, y nadie los vigilaba, porque allí no había nadie. En Francia, el sistema iba perfectamente bien, porque un francés es un tipo tan degenerado que, cuando uno le dice: «Ve allí detrás y preséntate en el punto de reunión de los prisioneros», pues coge el imbécil y allá que se va. Pero en Rusia, entre la vanguardia acorazada y la siguiente unidad cerrada había un campo abierto de entre 50 y 80 kilómetros, es decir, entre dos y tres días de marcha. No queda ningún ruso ahí detrás, todos los rusos se van retrasando y demorando el paso y, de pronto, se escapan a izquierda y a derecha, a los bosques, donde pueden vivir sin más. Así que les dije: «Esto no puede seguir así, tenemos que coger a la gente y cortarles una pierna, partirles una

pierna o partirles el brazo derecho, para que durante las próximas cuatro semanas no estén en condiciones de combatir y, de esa manera, los podamos reunir a todos». Pues eso me valió un griterío, a la que yo dije que a la gente había que agarrar una tranca y reventarles la pierna. Entonces tampoco lo reconocí del todo, claro está, pero hoy sí que lo reivindico. Es algo que ya hemos visto: no podemos hacer la guerra, ninguna guerra, porque no somos lo suficientemente duros, no somos lo suficientemente bárbaros. Y los rusos sí que lo son, sin más.[112]

Teniente general Maximilian Siry. (BA 146-1980-079-67.)

Exterminio

El Führer ha arruinado muchas cosas, en el extranjero, con su manejo de la cuestión judía. Eso también *es* una falta de tacto. Ya lo verás: cuando se escriba la historia, al Führer también se le harán reproches, pese a lo mucho que ha aportado.[113]

Sí, pero es inevitable. El hombre, si está solo, comete errores.[114]

Uno de los grandes debates histórico-políticos de la República Federal Alemana fue el desatado por la exposición «Crímenes de la Wehrmacht», del Instituto de Investigación Social de Hamburgo. Entre 1995 y 1999, esta exposición de documentos sobre los crímenes de guerra y la implicación de la Wehrmacht en el exterminio de los judíos se exhibió en numerosas ciudades; ello despertó, a menudo, la irritación de los visitantes, sobre todo de los de más edad, que habían sido soldados. Desde esas fechas, se dice, se

terminó definitivamente con el mito de una Wehrmacht «limpia». Sin embargo, en las discusiones generadas por la exposición, resulta llamativo que muchos de los excombatientes negaran con vehemencia toda implicación de la Wehrmacht en el Holocausto. Como muestran nuestras actas del espionaje de conversaciones, ello no tenía que ver ni con los mecanismos psicológicos de la «represión» ni la negación: muchos crímenes que hoy se consideran integrados en el Holocausto y la guerra de exterminio, en el momento en que ocurrieron se clasificaron de un modo muy distinto; por ejemplo, como lucha contra las guerrillas. A este respecto, la cuestión tiene que ver con la diferenciación de dos marcos de referencia: el coetáneo y el presente.

Pero en el presente material, todavía se observa algo sumamente llamativo: nos demuestra que muchos soldados tenían un conocimiento detallado sobre el proceso de exterminio de los judíos; en ocasiones incluso explican aspectos que la investigación no había podido descubrir hasta hoy. Ello no supone, sin embargo, ninguna conexión entre tal conocimiento y la propia actuación de los soldados, aunque la mayoría de los hombres ya sabían, en el transcurso mismo de la segunda guerra mundial, que había unidades de la Wehrmacht que habían perpetrado un gran número de crímenes de guerra y que, en muchos casos, estaban implicadas con el asesinato sistemático de los judíos en las zonas ocupadas: como ejecutores, espectadores, colaboradores, fuerzas de apoyo o comentadores. Solo raramente actuaron como factores de distorsión, por ejemplo en la forma de oficiales aislados que planteaban quejas, salvaban a víctimas o, como en cierta acción singularmente espectacular, empleaban las armas para impedir que las SS asesinaran a un grupo de judíos.[115] Esto, desde luego, son acciones solitarias y excepcionales; Wolfram Wette ha estimado que el número total de casos de «resistencia salvadora», entre los 17 millones de miembros de la Wehrmacht, se reduce a un centenar.[116]

Ninguna de las grandes masacres —como la de Babi Yar, en la que, durante dos días, se fusiló a más de 30.000 personas— se llevó a cabo sin la participación de la Wehrmacht. Y el conocimiento de lo que desde mediados de 1941 estaba ocurriendo en Rusia, y había tenido precedentes en Polonia, estaba aún más extendido, más allá del círculo inmediato de los

agentes y observadores. La comunicación de rumores resulta un medio particularmente rápido e interesante, cuando lo noticiado es monstruoso, se requiere que se mantenga en secreto y el espacio informativo es limitado. En el material espiado, es raro que aparezcan conversaciones sobre los crímenes de guerra cometidos contra las comunidades judías: solo las hallamos en un 0,2 por 100 del total de casos. Pero el número absoluto pierde relevancia en este contexto, porque en el marco de referencia de los soldados, los crímenes ocupaban en general un lugar secundario. No obstante, las conversaciones atestiguan con claridad que prácticamente todos sabían o, como mínimo, intuían que se estaba eliminando a los judíos. Para los lectores de nuestros días, lo más sorprendente es el modo en que se habla de esos crímenes.

FELBERT: ¿Y ha estado usted también en sitios en los que se expulsara a los judíos?
KITTEL: Sí.
FELBERT: ¿Lo hacían de forma muy sistemática?
KITTEL: Sí.
FELBERT: ¿Mujeres, niños..., todo?
KITTEL: Todo. Espantoso.
FELBERT: ¿Y entonces los cargaban en los trenes?
KITTEL: Sí, si solo los cargaran en los trenes... ¡He vivido cada cosa! Envié a un hombre para allá y dije: «Ordeno que se acabe con esto ahora. No quiero oír ni una palabra más al respecto». Y además, por ejemplo en Letonia, en Dünaburg (Daugavpils), ahí también se produjeron fusilamientos masivos de judíos.[117] Fueron las SS o el SD.[*] El SD tendría unos quince hombres allí, y allí habría, pongamos, unos sesenta letones, bien conocidos por ser la gente más brutal de este mundo. Resulta que el domingo temprano estoy yo en la cama, y oigo dos descargas y después oigo también fuego de armas menores. Me pongo en pie y salgo y digo: «¿Pero qué es todo este tiroteo?». El ordenanza me dice: «Señor coronel, tiene que ir para allá, ya verá que es gordo». Así que me acerco para allá, y con eso me basta. De Dünaburg hicieron salir a trescientos hombres, que cavaron una fosa, hombres y mujeres cavaron una fosa enorme y se marcharon luego para casa. Al día siguiente, vinieron de nuevo, hombres, mujeres y niños, los contaron, los desvistieron y dejaron en cueros, y los verdugos dejaron primero todas aquellas ropas en un montón. Entonces veinte mujeres tuvieron que colocarse en el margen de la fosa, desnudas, les dispararon y cayeron abajo.
FELBERT: ¿Cómo lo hicieron?
KITTEL: Con la cara hacia la fosa, y vinieron veinte letones y se pusieron por detrás y dispararon una vez con el rifle, simplemente un tiro en la nuca. Y en las fosas tenían como un escalón, de forma que ahora quedaban más abajo. Arriba se pusieron en el margen y les descerrajaron la cabeza, simplemente, y aquellos se cayeron hacia delante, al interior de la fosa. Luego veinte hombres,

> los liquidaron de la misma manera, con una descarga. Uno daba la orden y las veinte personas caían a la fosa como rebanadas de pan. Entonces vino lo más horrible, que yo me fui para allá y dije: «Voy a intervenir».[118]

El teniente general Heinrich Kittel, antiguo comandante de Metz, narra esto el 28 de diciembre de 1944. En 1941, en su calidad de coronel de la reserva de oficiales del Grupo de Ejércitos Norte, había estado en Dünaburg, donde, entre julio y noviembre, se dio muerte a cerca de 14.000 judíos. La forma en la que él actuó en esta masacre no se puede determinar históricamente; él mismo describe la situación desde la perspectiva de un observador escandalizado. En su calidad de alfo oficial, Kittel podría haber influido considerablemente en la situación descrita; a diferencia de los meros soldados, y según se demuestra al final del pasaje narrativo, no se veía obligado a limitarse al papel de observador pasivo, sino que podía hacer algo. Aunque en las actas del espionaje es muy frecuente que se narre desde el punto de vista del observador, toda participación activa en los sucesos suele quedar, por regla general, en la oscuridad. De esta manera, los narradores se posicionan, en cierta medida, en el inofensivo rol de un periodista; una forma de contar con la que todavía nos encontramos hoy en las entrevistas con testigos contemporáneos. El detallismo con el que informa aquí Kittel tampoco es desacostumbrado; tales ejecuciones proporcionan mucho material para el diálogo y muchas oportunidades de plantear reflexiones y cuestiones sobre la culpa y la responsabilidad.

Dos cosas resultan particularmente asombrosas para los lectores actuales: en primer lugar, es muy raro que el interlocutor pregunte con tanta intensidad como muestra aquí Felbert. A menudo se tiene más bien la impresión de que, aunque los detalles de lo comunicado pueden arrojar sorpresas para los oyentes e interlocutores, el proceso de exterminio en su conjunto no suponía nada inesperado para nadie. El propio Felbert preguntará en efecto por «los vagones», un detalle con el que, obviamente, ya estaba familiarizado. De hecho, apenas se encuentran pasajes en los que el interlocutor quede completamente sorprendido; menos aún, fragmentos en los que lo narrado se tome por increíble y se rechace como tal. El exterminio de los judíos —cabe resumirlo así de sucintamente— es parte integrante del saber de los soldados, y ello en una medida muy superior a lo

que cabría colegir de las investigaciones más recientes sobre el tema.[119] Sin duda, no *todos* lo sabían *todo*, pero en las actas del espionaje aparecen todos los detalles del exterminio, incluidos los asesinatos con monóxido de carbono en camiones y las posteriores exhumaciones e incineraciones de los cadáveres en el marco de la «Acción 1005» (véase la p. 173). Igualmente, se cuenta una gran cantidad de rumores sobre el exterminio, lo cual, en este contexto, permite suponer también que casi todo el mundo estaba al cabo de la aniquilación de los judíos.

En segundo lugar, las historias narradas desarrollan a menudo —desde la óptica actual— giros sorprendentes. Si, como oyentes del siglo XXI, lo que aguardamos a oír con gran tensión es cómo Kittel se esforzó por detener los asesinatos, el objetivo de su historia es muy distinto:

KITTEL: Me subí al coche y me fui adonde estaban los del SD y dije: «Prohíbo, ahora y para siempre, realizar esas ejecuciones ahí fuera, donde se pueden observar. Si fusiláis a la gente en el bosque o en cualquier otro sitio donde nadie os vea, eso es cosa vuestra. Pero ahora, simplemente os prohíbo que se dispare ahí ni un solo día más. Nuestra agua de beber procede de pozos profundos, vamos a acabar contaminando el agua con los cadáveres». Yo estaba en el balneario de Mesehems,[120] que está al norte de Dünaburg.[121]

Así, los reparos de Kittel frente a lo que está viendo —por mucho que vaya repartiendo calificativos como «espantoso» o «lo más horrible»— son ante todo de carácter técnico: las ejecuciones pueden proseguir tranquilamente, pero no en el lugar en que se estaban llevando a cabo. A Kittel le molesta la visibilidad, tanto como el posible riesgo de epidemias, dado que, a todas luces, los ejecutores no se habían parado a pensar sobre el efecto en el abastecimiento de agua. Sin embargo, a Felbert no le interesa esta cuestión, sino la continuación de la historia:

FELBERT: ¿Qué se hizo con los niños?

KITTEL: (*Muy irritado*.) Niños, niños de tres años, los cogían en alto de los pelos, los cogían así, en alto, les pegaban un tiro con la pistola y los tiraban dentro. Lo he visto con mis propios ojos. Se podía mirar, había gente a 300 metros de distancia, el SD había acordonado la zona. Ahí estaban los letones y los soldados alemanes, mirando.

FELBERT: ¿Cómo es en realidad esa gente del SD?

KITTEL: ¡Repulsiva! Yo soy de la opinión de que habría que fusilarlos a todos.

FELBERT: ¿Y de dónde era, de qué formaciones?

KITTEL: Pues eran alemanes, llevaban el uniforme del SD, y las bandas negras, donde constaba «Sonder-Dienst» [Servicios Especiales].

FELBERT: ¿Los verdugos eran todos letones?
KITTEL: Todos eran letones.
FELBERT: ¿Pero la orden la da un alemán?
KITTEL: Sí. Los alemanes hacían la ceremonia gorda, la ceremonia pequeña quedaba para los letones. Los letones registraban todas las ropas. El hombre del SD mostraba comprensión, dijo: «Ciertamente, lo trasladaremos». Eran todo judíos, se los traían también de las distintas aldeas de los alrededores. Letones con el brazalete; traían a los judíos, los saqueaban de lo que llevaran, en Dünaburg había un rencor desmedido contra los judíos, así que ahí, simplemente, se descargó la ira popular.[122]

Ahora Kittel sigue contando su historia, siempre a la estela de las preguntas de Felbert e incluyendo nuevos giros sorprendentes. La circunstancia de que, al parecer, los asesinatos sean realizados por letones, mientras los alemanes ocupan la comandancia, nos conduce hasta la «ira popular» que, según se nos dice, se descargó en Dünaburg. Es uno de los incontables ejemplos que demuestran que, en lo que atañe al desarrollo de la conversación, la contradicción evidente, e incluso las absurdidades, carecen de la importancia que se les suele atribuir.[123] Kittel habla de una matanza organizada, dispuesta por el SD, lo cual es incompatible con que al mismo tiempo se hubiera desatado esa supuesta «ira popular». Pero las contradicciones ocurren también una y otra vez en la conversación cotidiana y es asombroso como casi nunca estorban el desarrollo del diálogo. Esto se fundamenta en que las conversaciones no se producen con la sola meta de transmitir informaciones: la comunicación tiene siempre dos funciones y, junto al contenido noticiado, supone también un acto de mutua relación social. Según la teoría clásica de la comunicación, diríamos: las narraciones, además del aspecto relativo a su contenido, siempre tienen uno de relación. En la situación en la que se narra, a menudo este último resulta mucho más importante que la coherencia histórica o lógica de lo narrado. Con frecuencia, los oyentes renuncian a preguntas y petición de aclaraciones porque no desean interrumpir el flujo de la conversación o irritar al narrador; pero a menudo les pasa simplemente inadvertido que exista tal o cual incoherencia debido a los elementos de fascinación de la historia presente. Felbert, en cualquier caso, es un oyente muy atento, que pregunta: «FELBERT: ¿Contra los judíos?».[124] Llamativamente, ahora

responde otro interlocutor; tal vez a este sí le ha llamado la atención la contradicción del relato de Kittel. Aclara la situación en apoyo del punto de vista de Kittel y le pide a este que siga contando:

SCHAEFER: Sí, porque ellos, en otro tiempo, habían deportado a 60.000 estonios y demás, los rusos. Pero claro, ese fuego se atizó artificialmente. Dígame usted, ¿qué impresión causaba esa gente? ¿Llegó a ver a alguno, a verlo cuando se encontraba delante de las armas? ¿Lloraban por eso?

KITTEL: Buf, era horrible. Había visto transportes, eso sí, pero sin imaginarme que ahí iba gente a la que conducían a la ejecución.

SCHAEFER: ¿La gente imagina lo que les espera?

KITTEL: Lo saben exactamente, se quedan apáticos. Yo no tengo los nervios delicados, pero esa clase de cosas, eso desde luego me revuelve el estómago. Yo siempre decía: «Ya tienes que parar de ser persona, eso es incompatible con la dirección de la guerra». Una vez tuve al químico jefe de IG Farben, jefe de química orgánica, como ayudante de campo, y a él también, porque no tenían nada mejor que ofrecerle, lo pillaron y lo hicieron salir. Ahora está otra vez en casa, adonde llegó también por azar. El hombre quedó inútil durante un buen número de semanas. Se quedaba sentado siempre en el rincón y lloraba. Decía: «¡Cuando uno se imagina que es por todas partes igual!». Era un químico y músico de primer orden, con un sistema nervioso muy delicado.[125]

Ahora es Felbert, el que da un nuevo giro a la conversación:

FELBERT: Aquí está la razón de que Finlandia nos haya abandonado, Rumanía nos haya abandonado, de que por todas partes nos odie todo el mundo; no por este caso en concreto, sino por la enorme suma de los casos.

KITTEL: Si uno liquidara de golpe a todos los judíos del mundo, entonces ya no saldría ni un solo fiscal más.[126]

Kittel, que ya en el transcurso de su narración ha exhibido su pragmatismo, pues no le inquieta el exterminio de los judíos por sí mismo, sino porque se está llevando a cabo de modo inadecuado, no ha terminado de comprender que Felbert quiere abundar en la dimensión moral del asunto, y por tanto no en el «caso en concreto», sino en «la enorme suma de los casos»:

FELBERT: (*Muy excitado, gritando*.) Eso es evidente, desde luego que es una cabronada; el fiscal tiene que perseguirlo, hay que perseguir a la gente que ha hecho eso.

KITTEL: Entonces habría que decir también que el aparato del Estado está mal construido. felbert: (*Gritando*.) Y lo está, pero claro que lo está, no hay ninguna duda de eso. ¡Es que es algo increíble!

BRÄHN: Nosotros somos los instrumentos de...[127]

Felbert está adoptando aquí una posición expresamente contraria a la de Kittel. Habla con furia de la «cabronada» y de la necesidad de ajustar las cuentas con los responsables. En este círculo, es obvio que no está incluyendo a los presentes. Sin embargo, su rabia, como se demuestra en la frase siguiente, no responde solo a una motivación ética, sino que es también de raíz notoriamente práctica: FELBERT: Es que nos van a cargar las culpas, después, como si hubiéramos sido nosotros».[128] Brähn lo secunda:

BRÄHN: Si usted se presenta hoy como general alemán, entonces la gente se cree: este lo sabe todo, este también está al tanto de aquello; y cuando nosotros les decimos: «No tuvimos nada que ver con aquello», entonces la gente no nos cree. Todo el odio y toda la aversión se debe solo y exclusivamente a estos asesinatos, y ahí yo tengo que decir... Cuando uno cree en alguna forma de justicia divina, entonces uno se lo ha merecido de verdad que incluso cuando uno, como yo, tiene cinco hijos, pues que a uno o al otro se los carguen de esa manera, para que eso se pueda vengar. Cuando se derrama la sangre así, entonces uno no se merece alcanzar la victoria, sino que uno se merece lo que está pasando ahora.

FELBERT: Yo no sé de quién ha sido esta iniciativa. Si parte de Himmler, entonces él es el mayor criminal. Porque usted es el primer general de cuya boca he podido oír esto. Hasta ahora, siempre he creído que lo de estos textos era todo mentira.

KITTEL: Callo sobre demasiadas cosas que son demasiado espeluznantes.[129]

El «aparato estatal», por desgracia, permitió que también ellos, los generales de la Wehrmacht, pudieran convertirse en «instrumentos» de los crímenes, cuya culpa, no obstante, recae claramente sobre otros grupos de personas, en particular el SD. Brähn y Felbert temen asimismo que se los pueda juzgar corresponsables de cosas con las que no habían tenido nada que ver.[130] La grotesca afirmación del general de división Johannes Bruhn —según la cual había que poner uno o dos hijos a disposición de la venganza de las víctimas— muestra hasta qué punto el marco de referencia normativo en el que argumentan los hablantes se halla distante de los usos actuales. Felbert se adhiere a la búsqueda de los culpables identificables; Kittel concluye esta discusión con algo que suena mucho a un lapsus freudiano: «Callo sobre demasiadas cosas».[131]

A continuación sigue un pasaje extenso, relativo a las medidas antisemitas que precedieron al exterminio. Luego Felbert comienza a interesarse de nuevo por detalles de las ejecuciones, y en concreto lo hace con una pregunta no poco estrafalaria:

FELBERT: ¿Qué se hacía con las chicas más jóvenes y guapas? ¿Las reunían en algún harén?

KITTEL: Yo no me ocupé de eso. Lo único que encontré es que pasaron a actuar de un modo más racional. En Cracovia, al menos tenían campos de concentración para los judíos. En cualquier caso, desde el momento en que yo elegía unas fortificaciones y hacía construir el campo de concentración, todo se desarrollaba razonablemente. Tenían que trabajar muy duro. La cuestión de las mujeres... ese es un capítulo de lo más sombrío.

FELBERT: Si allí a la gente se la mataba porque uno necesitaba sus alfombras y sus muebles, bien me puedo imaginar que, cuando hay una moza guapa, de aspecto ario, se la hace desaparecer sin más como chica de servicio.[132]

Heinrich Kittel, que en 1944 era comandante de la defensa de Cracovia, hace referencia al campo de concentración de Płaszów, que adquirió cierta reputación en los medios de comunicación porque estaba dirigido por Amon Göth: el comandante que, de vez en cuando, disparaba desde la terraza de su residencia oficial contra internos del campo, al mismo tiempo que estaba dispuesto a suscribir con Oskar Schindler los pactos que permitieron a este salvar la vida de un número considerable de judíos.[133] Aquí, en Cracovia, Kittel se muestra satisfecho con el procedimiento antisemita, puesto que el lado técnico de la persecución se había resuelto con más eficacia que en Dünaburg: «al menos tenían campos de concentración». Felbert, por el contrario, insiste en la «cuestión de las mujeres»; sin embargo, el grupo hace caso omiso de su observación posterior, tan grotesca como lasciva. A continuación se habla sobre los responsables; a juicio de Kittel, el SD, Sicherheitsdienst, que estaba organizado como sigue:

KITTEL: El SD, en su tiempo, cuando Himmler se construyó un Estado propio dentro del Estado, surgió así: cogieron al 50 por 100 de los criminales que no respondían de acusaciones políticas y lo añadió al 50 por 100 de los otros delincuentes. Así es como surgió el SD. (*Risas*.) Había uno en la oficina de investigación criminal de Berlín [... que] me dijo, después del 33: «Ahora ya nos han cribado. A los oficiales de la policía estatal que arrastraban cuestiones políticas, los han apartado, o los han retirado o se los han llevado a sitios donde ya no pueden causar más daño. La buena clase de criminales que todo Estado necesita está ahora entremezclada con gentes que vienen del submundo de Berlín, pero que han acertado a hacer visibles para el movimiento a tiempo. Ahora esos están ahí, colocados con nosotros». Y dijo lisa y llanamente: «Somos un 50 por 100 de gente decente y un 50 por 100 de criminales».

SCHAEFER: Quiero decir que, cuando en un Estado moderno se permiten esas circunstancias, lo único que se puede decir es: por la vía más rápida, que desaparezca esa panda de miserables.

KITTEL: Nosotros, como idiotas, nos lo hemos estado mirando.[134]

Con estas palabras, el grupo identificaba a los culpables y los clasificaba de acuerdo con su origen: el medio semicriminal en el que el SD había reclutado a sus hombres, decían, era la causa de los problemas que se estaban viviendo en aquel momento. No queda claro si estos se refieren a la persecución de los judíos o solo a su realización demasiado ineficaz. Por otro lado, hay que llamar la atención sobre la rapidez con la que el grupo pasa de ostentar horror ante el relato de Kittel a ocuparse de otros temas, y pronto vuelve a dar una impresión de plena alegría. Con la alusión a la «panda de miserables», Schaefer se refiere solamente al SD; la culpa de la Wehrmacht, según lo expone Kittel, se limita a no haber acertado a prever aquella actividad y haber intervenido para frenarla. Este ejemplo de diálogo es interesante, porque representa de forma ciertamente modélica la estructura de numerosas conversaciones sobre el exterminio: uno de los interlocutores es siempre, en esos actos de comunicación, el que sabe del tema, y el otro o los otros aportan preguntas atentas; sin embargo, todos ellos tienen un conocimiento previo de la cuestión. A menudo, pero en ningún caso siempre, la historia recibe comentarios negativos, aunque los motivos en los que se apoya esa valoración negativa, como en el caso de este grupo, pueden resultar sumamente sorprendentes. Al final, el grupo se centra sobre todo en la faceta de los observadores pasivos, que no han prestado la debida atención al hecho de que estuviera ocurriendo esa clase de cosas. Un aspecto interesante de esta conversación, por cierto, es que reaparece más adelante en el marco de otro acto comunicativo. El general de división Bruhn cuenta, al cabo de unas pocas semanas y en otro contexto, lo que había referido Kittel:

BRUHN: Entonces cavaron sus tumbas y luego levantaron a los niños por los pelos y, sin más, les pegaron un tiro y los dejaron tiesos. Las SS lo hicieron. Los soldados estaban allí presentes y, además, la población civil se mantuvo a 200 metros de distancia y se lo estuvo mirando todo, mirando cómo los liquidaban. Todo fue verdaderamente horrible, él lo ejemplifica con el hecho de que un fanático de las SS, que estaba integrado en su mismo estado mayor, tuvo después una crisis de nervios y desde aquel día ya solo dijo que él no podía seguir participando en aquello, que era imposible, que era médico. Que no conseguía salir. Él lo vivió entonces por primera vez, que aquello se estaba haciendo de verdad. Cuando Schaefer y yo lo oímos, sentimos un escalofrío y le dijimos a Kittel: «¿Y qué hizo usted al respecto? Estaba tumbado en la cama y entonces lo oyó, y estaba pasando a solo unos pocos cientos de metros de su casa. Ahora usted debía informar de ello al general al mando. ¿Tenía que ocurrir algo, no es cierto?». Él dijo que

> aquello lo sabían todos, que había sido de lo más habitual. E incluso fue soltando comentarios como: «De haber seguido, no habría estado mal», «A aquella gente había que darle las gracias por todo», de forma que casi terminó suponiendo que a él, personalmente, aquello no le había importado tanto.[135]

Esta clase de conversaciones adquiere a menudo el carácter del popular juego infantil del «teléfono escacharrado», del que se han ocupado numerosos estudios, tanto clásicos como más recientes, sobre la memoria y la narración.[136] Las historias se transforman a medida que se van contando: se inventan y añaden detalles, se cambia a las personas implicadas, los lugares se desplazan; todo ello, según corresponde a las necesidades del nuevo narrador. Estas modificaciones e invenciones transformadoras de los relatos oídos solo raramente se producen de forma consciente; que lo narrado se altere de acuerdo con el punto de vista y la actualidad de quien lo narra de nuevo es algo propio y natural del acto de escuchar y referir lo escuchado. En consecuencia, los relatos, en principio, nunca reproducen un hecho mediante la copia, sino mediante la creación. Pero en ellos cabe leer qué aspectos son importantes para los narradores y los oyentes, qué conocimientos y qué absurdos o hechos históricos contienen las historias y, finalmente, a partir de las similitudes estructurales de los relatos, podemos medir cuánto y en qué manera acontecimientos como la persecución y el exterminio de los judíos formaron parte del arsenal comunicativo de los soldados. Esta última historia nos indica que Bruhn acogió muy mal la insensibilidad de Kittel, que, a todas luces, dio su aprobación a la acción asesina.

En qué medida el exterminio de los judíos captó la atención de los soldados en general, es muy difícil de precisar. Como cabe dar por supuesto que los oficiales aliados responsables de las escuchas estaban interesados en saber todo lo posible sobre las acciones de exterminio, seguro que las conversaciones al respecto fueron transcritas con una frecuencia superior a la del resto de charlas. Teniendo en cuenta esto, que solo cerca del 0,2 por 100 de los relatos incluidos en el material conjunto se ocupen de las acciones de exterminio supone un porcentaje asombrosamente escaso; y ello, aunque el espectro de narraciones cubre en toda su extensión la persecución de los judíos, el encierro en guetos, los fusilamientos y

ejecuciones y las matanzas masivas mediante gas. No debemos confundir la oleada de conmoción que provocaron las imágenes de Bergen-Belsen o Buchenwald inmediatamente después de que terminara la guerra —conmoción que aún no se ha apagado— con el hecho de que los miembros de la Wehrmacht estuvieran al tanto del exterminio y participaran en él. La imagen que tenían los soldados se formó a partir de una mezcla de propia observación, información recibida pasivamente y rumores. El proyecto de exterminio no figuraba entre *sus* deberes, aunque en ocasiones tuvieron relación con él, ya fuera en el aspecto logístico, de relación como colegas, asistencia oficial o iniciativa propia. Las «acciones judías», organizadas principalmente por los comandos especiales de las SS, batallones de la policía de reserva y tropas auxiliares locales, se desarrollaron en las zonas ocupadas, por detrás del frente en proceso de avance. Las tropas de combate, en consecuencia, tuvieron menos que ver con estas acciones de exterminio colectivo.

Independientemente de si los soldados consideraban que aquellas matanzas en grupo eran correctas, extrañas o negativas, lo cierto es que no suponían ningún elemento central de su mundo. En cualquier caso, el exterminio, para los soldados, no ocupó nunca la centralidad de percepción y conciencia que, desde aproximadamente unos treinta años más tarde, adquirió para los alemanes, y que se le ha adscrito también en la cultura europea de la memoria. El conocimiento de que estaban produciéndose aquellos asesinatos estaba generalizado, más aún, era casi imposible de evitar; pero ¿qué tenía aquello que ver con el trabajo de guerra que el soldado debía desempeñar por sí mismo? Incluso en circunstancias más inocuas, en el «mundo de la vida» de una persona transcurren muchos acontecimientos en paralelo, sin que uno cobre conciencia y preste atención a todos ellos; es una característica de las realidades complejas, en las que existe toda clase de «sociedades paralelas». Que el exterminio de los judíos no ocupara el centro mental de los soldados de la Wehrmacht, y quizá ni siquiera tampoco de las SS, se deduce también de un hecho en apariencia tan nimio como el de que el tiempo que Heinrich Himmler dedicó al exterminio antisemita en su famoso «Discurso de Posen» no excedió de unos pocos minutos. El discurso en su conjunto, sin embargo, duró ni más

ni menos que unas tres horas. Son aspectos que nos pasan por alto cuando nos fijamos exclusivamente en las citas espectaculares, como la famosa de «Muchos de vosotros sabréis cómo sienta ver reunidos 50 cadáveres...».

Tras el examen de nuestro material, concluimos que los soldados sabían del exterminio de los judíos, tanto del hecho en sí como de la forma en que se produjo, pero que este conocimiento no les interesaba particularmente. En comparación, por ejemplo, con las interminables conversaciones sobre la técnica armamentística y de bombardeo, las condecoraciones, los buques hundidos y los aviones derribados, las ideas pertenecientes al contexto del proceso de exterminio son, en conjunto, exiguas. Que está sucediendo —podríamos resumirlo así— es algo obvio, para los hombres, y está integrado en su marco de referencia; pero en su economía de la atención, ocupa un lugar notoriamente marginal.

A cambio, las pocas noticias son, en su mayoría, muy detalladas, y en parte significativamente más precisas que lo que, más adelante y bajo una presión mayor de la fiscalía, se intentó reconstruir mediante aburridos interrogatorios. Estas actas de las escuchas se caracterizan, además de por la franqueza de lo noticiado, sobre todo por la proximidad temporal; mucho de lo que se cuenta ha ocurrido hace relativamente poco y, lo que es más importante, no ha pasado por el múltiple filtro de las lecturas e interpretaciones de posguerra. De esta manera, el material habla en una lengua mucho más clara que las actas de los interrogatorios, impregnadas de defensa y necesidad de exculparse; y todavía más clara aún que la literatura memorialística. De hecho, nos confirma todo lo relativo al exterminio masivo que anteriormente se había reconstruido mediante minuciosos estudios históricos, investigaciones penales y declaraciones de los supervivientes. La diferencia es que aquí hablan los perpetradores de los actos o, por lo menos, los que habían observado los hechos y pertenecían a la sociedad perpetradora.

BRUNS: Pues junto a cada fosa se ponían seis guardias con metralletas; las fosas eran de 24 metros de largo y unos 3 metros de ancho, se tenían que estirar como las sardinas de una lata, con la cabeza hacia el medio. Por encima, seis guardias con las metralletas, que les daban el tiro en la nuca. Cuando yo llegué, ya estaba llena; así que los vivos tenían que estirarse encima y entonces les pegaban el tiro; para que no se perdiera tanto espacio, tenían que colocarse bien apilados. Antes, sin embargo, les habían limpiado todo lo de valor en la primera parada: aquí estaba la

> linde del bosque, aquí dentro estaban las tres fosas del domingo, y aquí había aún una cola de otro kilómetro y medio de extensión, que solo avanzaba a pasitos: era hacer cola para la muerte. Aquí, entonces, cuando se acercaban más, veían lo que estaba pasando. Más o menos aquí tenían que entregar todas sus joyas y sus maletas. Lo bueno iba a la maleta y el resto, a un montón. Se usaba para vestir a los necesitados de nuestro pueblo. Y luego, un poco más adelante, tenían que desvestirse y, 500 metros antes del bosque, desnudarse del todo: solo se les autorizaba a conservar camisa y calzón. Todo aquello eran solo mujeres y niños pequeños, como de dos años. Y luego, ¡qué observaciones más cínicas! Si aún hubiera visto que aquellos guardias de las metralletas —que, debido al sobreesfuerzo, eran relevados cada hora— lo hacían a disgusto... Pero no, los comentarios eran sucios: «Mira, ahí nos viene otra belleza judía». Lo puedo ver como si aún estuviera allí. Una moza de lo más guapa, con una camisa rojo fuego. Pero por la limpieza racial: en Riga, primero se las follaban y luego se las cargaban de un tiro, para que ya no pudieran decir nada.[137]

En esta descripción del general de división Walter Bruns aparecen algunos detalles impresionantes: la longitud de la cola de los que esperaban a morir alcanzaba, según sus cálculos, un kilómetro y medio, lo que supone obligar a formar a un número increíble de personas a punto de ser asesinadas. También merece atención que Bruns mencione que los guardas, «debido al sobreesfuerzo, eran relevados cada hora», pues se trata de un indicio claro de que la matanza tenía rasgos seriales, ciertamente de trabajo a destajo, lo que se refleja también en el proceso de amontonamiento de las víctimas.[138] Y, finalmente, la alusión a las oportunidades sexuales vinculadas con las «acciones judías» (véase la p. 182).

Bruns habla aquí de una masacre colectiva que se desarrolla de un modo muy organizado y con reparto del trabajo; los perpetradores han encontrado incluso una disposición funcional —desde desnudar a las víctimas a los horarios de trabajo de los pelotones— que hace que los fusilamientos se desarrollen reguladamente, no de forma incontrolada. En una primera fase de las matanzas, la situación era distinta; los modos que describe Bruns fueron resultado de una profesionalización muy rápida del dar muerte. Las propias acciones ya siguen aquí un esquema estandarizado, que el historiador Jürgen Matthäus resume así:

> Primero se hacían batidas para arrestar a los judíos y, en grupos de diverso tamaño, se los llevaba a un lugar de ejecución más o menos distante, donde los primeros en llegar debían abrir una fosa colectiva. Luego debían desvestirse y, en fila, alinearse delante de la gran fosa, de forma que por la misma fuerza de los disparos cayeran a su tumba. A los siguientes se los obligaba a situarse encima de los ya asesinados, antes de que se los ejecutara a ellos. Lo que los

autores describían como un procedimiento de ejecución ordenado era, en realidad, un baño de sangre. En la cercanía de las ciudades surgió, aun a pesar de que se promulgaron órdenes contrarias, un fenómeno que podría calificarse como «turismo de ejecución». Alemanes de todo cuño visitaban los lugares de los fusilamientos, en tiempo de servicio o fuera de él, para mirar o fotografiar.[139]

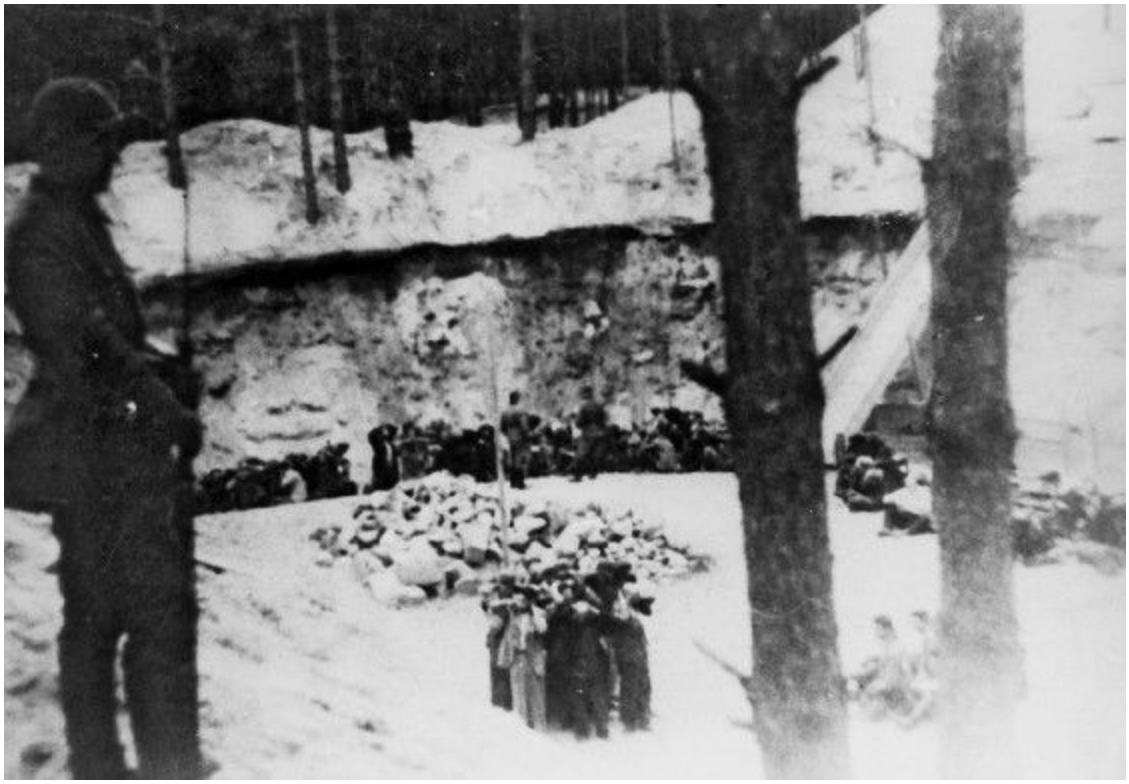
En esta breve descripción se nombran los elementos esenciales de los que nos ocuparemos en las páginas siguientes: el proceso en sí mismo, que en el transcurso de las «acciones judías» fue experimentando modificaciones constantes; los problemas y las dificultades que surgían en su realización, requerían soluciones y demandaban constantes correcciones y optimizaciones; y el comportamiento de los implicados, léase los oficiales, los tiradores, las víctimas, los observadores, teniendo en cuenta que estos últimos, según es obvio, consideraban el conjunto como un espectáculo de lo más entretenido.[140] Como ya se ha dicho: esta forma de masacre colectiva es el producto de una serie de intentos —en un principio, comparativamente poco profesionales— de ejecutar al mayor número posible de personas en el menor tiempo posible. Los informes de los distintos comandos se enviaban a las instancias superiores de la policía y las SS, que luego, en sus encuentros regulares, debatían entre sí para mejorar la eficacia de los procedimientos.[141] De esta manera, las innovaciones de esta labor letal —tales como desnudar a las víctimas, lo que en ningún caso se practicó desde el principio; o la elección de armas especialmente idóneas— se extendieron con rapidez y estandarizaron el desarrollo de las matanzas colectivas.

Las narraciones de los soldados —no solo del ejército de Tierra, por cierto, sino también de la Luftwaffe y la Marina— giran en torno de las conocidas como «acciones judías», que según estos se llevaron a cabo desde mediados del año 1941 en las zonas ocupadas de la retaguardia los fusilamientos sistemáticos de hombres, mujeres y niños judíos, que supusieron la muerte de aproximadamente 900.000 personas.[142]

GRAF: En el aeródromo de Poropoditz (?), según cuenta la infantería, se cargaron a tiros a 15.000 judíos. Los reunieron a todos en un montón y dispararon por entre medio con las metralletas, los ametrallaron a todos. Dejaron vivir como un centenar. Es decir, primero tuvieron que cavar un

agujero entre todos, digamos una fosa, y luego dejaron vivir a los cien y ametrallaron a los otros. Entonces hicieron entrar al centenar entero en el agujero y seguir cavando, hasta llegar a una grieta; fusilaron a estos cien, los echaron con los otros y cerraron.[143]

KRATZ: Una vez, en Nikolayev, me quedé mirando: una gran caravana de camiones, de lo menos treinta camiones. ¿Y qué llevaban? Todo eran personas desnudas: mujeres y niños, mujeres y hombres, todos juntos en el camión. Vamos corriendo hacia donde se dirigían. Eran soldados: «Venid aquí». Y yo eché un vistazo. Un gran agujero. Primero simplemente los habían puesto en el margen de ese agujero. Caían adentro por sí solos. Con eso tuvieron que trabajar mucho, tuvieron que sacarlos, porque no entraban los suficientes, cuando se caían así de cualquier manera. Así que la gente tuvo que bajarse. Uno se tenía que quedar arriba, el otro entraba. Hacia abajo, el próximo encima, después aquello no era más que una masa esponjosa. Apilados el uno encima del otro, como arenques. No se puede olvidar. No me gustaría ser un hombre de las SS. No solo los comisarios rusos han dado tiros en la nuca. Otros también. Eso se paga.[144]



Fusilamiento colectivo de judíos letones en 1942. (Fotógrafo desconocido; Archivo fotográfico Preussischer Kulturbesitz.)

El suboficial Kratz, mecánico de a bordo en un bombardero Do-217, que en 1942 estuvo desplegado con su unidad (el escuadrón de combate n.º 100) en el sur de Rusia, describe aquí las optimizaciones técnicas que habían experimentado las acciones de matanza colectiva. Con tono

distanciado, explica que la forma de fusilamiento masivo practicada en un principio demostró poca eficacia, porque no se podía meter en las fosas al número suficiente de víctimas. Kratz se ocupa de ello con la objetividad con la que se trata de cualquier otra complicación técnica, pero en la conclusión comenta que se trata sin duda de algo singular, algo que, en sus palabras, «se paga». Es frecuente que esta clase de reflexiones sigan a las descripciones del exterminio. Sin duda, muchos de los narradores ven como un peligro considerable el tener que «pagar» por haberse excedido con respecto a los acontecimientos bélicos convencionales y a lo que se consideran crímenes de guerra repetidos y «normales». Las masacres suponen desviarse y sobrepasar los límites de lo esperable incluso en la guerra, en una medida tal que los soldados no pueden imaginarse que, en el caso de perder la guerra, puedan quedar sin consecuencias.

El diálogo siguiente gira en torno de una «acción judía» desarrollada en Vilna (Lituania). La documentaremos por extenso porque en la conversación se reúnen varios aspectos que evidencian el modo contradictorio —pero también desapasionado— en que los soldados contemplaban tales acontecimientos; e, igualmente, lo que en sus charlas al respecto les parece especialmente interesante. Esta conversación entre dos tripulantes de submarino —el mecánico de veintitrés años Helmut Hartelt y el marino de veintiún años Horst Minnieur, que, mientras estuvo con el Reichsarbeitsdienst (Servicio Laboral del Reich) en Lituania, fue testigo de los crímenes— atestigua con claridad en qué marco de referencia se clasificaba el exterminio masivo.

MINNIEUR: Tenían que quitarse toda la ropa, menos la camisa interior, y las mujeres, menos la camisa y las bragas, y entonces la Gestapo se los cargaba a tiros. Ahí liquidaron a todos los judíos.

HARTELT: ¿Con la sola camisa?

MINNIEUR: Sí.

HARTELT: ¿Y eso por qué?

MINNIEUR: Bueno, pues para que no se lleven nada consigo para abajo. Son cosas que recogen, lavan y almacenan.

HARTELT: ¿Usadas?

MINNIEUR: Sí, claro.

HARTELT: (*Ríe*.)

MINNIEUR: Ya se lo puede creer usted: si lo hubiera visto, ¡le habría entrado un horror! Una vez asistimos a uno de aquellos fusilamientos.

HARTELT: ¿Con ametralladoras?

MINNIEUR: No, con las metralletas más pequeñas. [...] Y estuvimos también cuando se cargaron a una mujer muy guapa.

HARTELT: ¡Qué lástima!

MINNIEUR: ¡Absoluta y totalmente! Ella ya lo sabía, que la iban a matar. Nosotros pasábamos por el lugar con la moto y de pronto vemos ahí una hilera de gente, y ella que nos llama; nos paramos y les preguntamos adónde iban. Nos contó que marchaban a que se los cargaran. Primero nos pensamos que era alguna clase de broma. Más o menos nos explicó por qué camino ir. Nos vamos para allá con la moto... y fue de verdad que los mataron a tiros.

HARTELT: ¿Ella fue todavía vestida para allá?

MINNIEUR: Sí, iba vestida muy guapa. Una moza de lo más elegante.

HARTELT: El que le pegó el tiro, seguro que apuntaba hacia otro sitio.

MINNIEUR: Nadie puede hacer nada en contra de eso. En el... nadie apunta hacia otro sitio. Llegaban hasta el sitio, tenían que colocarse los primeros, los mataban. Ahí estaban ya los de las metralletas, lanzaban siempre una ráfaga breve arriba y abajo, o sea, una vez a la izquierda y una a la derecha con la metralleta, había seis hombres, y con eso, la fila de...

HARTELT: ¿Y entonces nadie sabía quién había matado a la chica?

MINNIEUR: Nanay, no lo sabían. El cargador preparado; derecha, izquierda, ¡listos! Si siguen con vida o no, da igual, en cuanto los alcanzan, el impacto los tira hacia atrás, caen dentro de la fosa. Entonces venía el pelotón siguiente con cenizas y cloruro de cal, lo esparcen, los que están abajo se apiñaban; y así seguían.

HARTELT: ¿Lo esparcen? ¿Y para qué?

Ropa de los asesinados, Babi Yar, septiembre de 1941. (Hessisches Hauptstaatsarchiv, Wiesbaden.)

MINNIEUR: Porque luego se descomponen y, para que no apeste y todo eso, vertían cloruro de cal por encima.
HARTELT: ¿Y los que caían a la fosa pero aún no habían muerto del todo?
MINNIEUR: Esos, ¡mala suerte! ¡La palman ahí abajo!
HARTELT: (*Se ríe*.)
MINNIEUR: ¡Pero se oía un volumen de quejas y de gritos!
HARTELT: Y a las mujeres, ¿también las fusilaban ahí, con los demás?
MINNIEUR: Sí.
HARTELT: ¿Usted lo vio, si la judía guapa todavía estaba ahí?
MINNIEUR: No, nosotros ya no estábamos allí. Solo supimos que la habían matado.
HARTELT: ¿Y antes le había dicho algo, de alguna manera? ¿Llegó a estar con ella?
MINNIEUR: Sí, el día antes habíamos estado juntos, y al día siguiente, nos extrañamos de que no volviera a venir. Y entonces nos fuimos montados en la máquina.
HARTELT: Sí, ¿es que ella trabajaba ahí?
MINNIEUR: Ahí trabajaba, sí.
HARTELT: ¿Construyendo carreteras?
MINNIEUR: No, se ocupaba de la limpieza de nuestros cuarteles. Cuando estuvimos allí, entramos los ocho días en el cuartel, a dormir, para que fuera no...
HARTELT: ¿Y ella, ahí, por descontado que se la dejaba clavar, no?
MINNIEUR: Pues sí que se dejaba, pero había que llevar cuidado que no te pillaran en esas. Pero no es nada nuevo, a las mujeres judías las liquidaban que perdían toda la gracia.
HARTELT: ¿Y qué es lo que te decía para que...?
MINNIEUR: No, nada. Ah, charlábamos mucho, [...] ella había ido a la Universidad de Gotinga.
HARTELT: ¡Ahí es donde se dejó convertir en puta!
MINNIEUR: Sí. No se habían dado cuenta de que era judía, es que ella era muy decente y eso. También es mala suerte, ¡le tocó compartir aquella fe! Ahí se cargaron a 75.000 judíos.[145]

En este diálogo aparecen reunidas muchas cosas que preocupan a menudo a los soldados, cuando se trata de las «acciones judías» (que, por cierto, ellos no denominan así en ninguna ocasión). Primero, el proceso de realización práctica, que aquí también se vuelve a describir detalladamente. En segundo lugar, el fusilamiento de mujeres, en el cual se considera especialmente destacable que también se mate a tiros a las mozas «guapas». En este caso, es obvio que había un trato previo entre el narrador y una de las víctimas femeninas, que anteriormente había tenido que llevar a cabo trabajos forzosos en el cuartel. Con toda naturalidad, el mecánico Hartelt da por sentado que las trabajadoras forzosas, más aún las bonitas, también tenían que ponerse a disposición de las necesidades sexuales de los equipos: «¿Y ella ahí por descontado que se la dejaba clavar, no?». Minnieur lo confirma con la misma naturalidad y apunta a la problemática ya mencionada de la «vergüenza racial»: los alemanes no podían dejarse

atrapar practicando relaciones sexuales con mujeres judías. El siguiente comentario de Minnieur («Eso no es nada nuevo, a las mujeres judías las liquidaban que perdían toda la gracia») hace referencia a la práctica de pegar un tiro a las mujeres judías una vez terminada la relación sexual, de modo que no pudieran incriminar a los soldados (véanse las pp. 183-184). Aquí queda claro que el hecho del exterminio masivo abre un espacio de violencia en el que también se hacen efectivas oportunidades totalmente distintas: cuando a los seres humanos se los aniquila de todos modos, entonces uno, antes de que los eliminen, puede hacerles o exigirles cosas que, en otras circunstancias, no serían realizables ni alcanzables.

Llama la atención que se hable con toda franqueza de los abusos sexuales, aunque es probable que los dos soldados no se conozcan mucho (a ello apunta el que se traten de «usted»). Las historias de «clavársela», en cualquier caso, pertenecen también al inventario normal de las conversaciones soldadescas y no generan ninguna clase de irritación. El diálogo prosigue con toda informalidad. Minnieur cuenta que la víctima había estudiado en Gotinga, lo que provoca la observación de Hartelt según la cual ahí era donde se había dejado «convertir en puta». Esta clase de formulaciones evidencian la relación específica que sostienen los hombres con respecto a la violencia sexual contra las víctimas femeninas: en primer lugar, las violaciones no les parecen reprobables; y en segundo lugar, también se interesan muy «humanamente», como dirían ellos, por alguna de las víctimas, especialmente si son atractivas. En tercer lugar, a menudo ellos mismos les achacan una participación activa en lo que les ocurre, como expresa una formulación tan ambivalente como la de «se dejó convertir en puta». En cuarto lugar, todo el suceso se ordena en el transcurso autónomo de las cosas: aquello fue «pura mala suerte»; y en cuanto a la exorbitante cifra de víctimas —en este punto, Minnieur habla de 75.000—, el destino aislado de una persona como era aquella «judía guapa» no desempeñaba ningún papel especial.

Precisamente en el hecho de que estos asesinatos se ordenen en la categoría «destino» —en todo como si aquí imperara una ley superior, por la cual una serie determinada de personas, ya sean universitarias, guapas y elegantes o no, *tienen que* ser sacrificadas— se nos muestra el marco de

referencia en el que se interpreta el exterminio a gran escala. Hartelt y Minnieur hablan aquí no solamente de las masacres, sino, indirectamente, también del hecho de que estas no se consideran ni injustas, ni inmorales, ni negativas en ningún otro sentido. Aunque cuando se observa la matanza, uno puede sentir el «horror», como le ocurre a Minnieur, el asesinato en sí pertenece al universo de las cosas que simplemente ocurren.

Marco de referencia del exterminio

«"Cerdos alemanes", nos llaman. Tenemos a gente tan grande como Wagner, Liszt, Goethe, Schiller y aun así nos llaman "cerdos alemanes". Te juro que no lo entiendo.»
—«¿Sabes por qué pasa eso? Porque el alemán es demasiado humanitario y ellos se aprovechan de esa humanidad y nos insultan.»[146]

27-1-1942

El indicio más claro de la vigencia de un marco de referencia es la extrañeza que surge cuando otras personas ven las cosas de un modo distinto al propio. Por ello, la honda irritación que produce el que una persona de otra nacionalidad los califique de «cerdos alemanes» también indica qué valor tiene el descomunal crimen de guerra del exterminio judío en el «mundo de la vida» de los soldados: ninguno en absoluto que pudiera suponer el poner claramente en duda la propia imagen como depositarios de la cultura. Sin embargo, en la mayoría de las conversaciones se percibe el matiz de que aquí se han traspasado límites. Pero la moral nacionalsocialista (véanse las pp. 42 y 48-49) ha inculcado en muchos soldados la convicción plenamente establecida de que los judíos representan un problema objetivo para el cual es preciso hallar una solución. Exactamente esto es la parte del marco de referencia en el que se ordenan los acontecimientos que los soldados se cuentan entre sí. En consecuencia, los soldados, en su mayoría, no critican el hecho mismo de que el asesinato masivo se hiciera realidad, sino las circunstancias en las que se llevó a cabo. Aquí habla un radiotelegrafista de un bombardero Ju 88, derribado en noviembre de 1942, en el norte de África:

AMBERGER: Una vez estuve hablando con un sargento primero que me dijo: «Estoy hasta las mismas narices, de tanto y tanto fusilar judíos. ¡Matar así no es oficio! ¡Para eso te bastan unos camorristas!».[147]

En la cita siguiente también queda claro que la persecución y exterminio de los judíos se considera razonable, a diferencia de su ejecución, que se antoja criticable. Por cierto: esta figura de argumentación, que bien merece un análisis más detallado, no se encuentra solamente entre los soldados, sino también, por ejemplo, en Rudolf Hoess, comandante del campo de Auschwitz,[148] o en Adolf Eichmann.[149] El Holocausto se desarrolla con la implicación y observación de personas que desempeñan funciones de lo más distintas y se hallan en niveles jerárquicos igualmente muy diversos. Así como los tiradores tuvieron dificultades con las fosas de los fusilados[150] y los médicos de Auschwitz[151] hallaron problemas con la realización técnica de los asesinatos o de las selecciones, también todos los demás implicados directa o indirectamente discutieron sobre los mecanismos empleados para dar muerte, no sobre las justificaciones de su necesidad; esto se considera tan indudable que en las actas de las escuchas apenas se halla mención alguna al respecto. En otras palabras: el exterminio de los judíos no forma parte del mundo sentido solamente para aquellos soldados que hablaban de la cuestión, aunque en la confrontación directa les pudiera parecer a veces escalofriante y, en algunas ocasiones, incluso deplorable.

PRIEBE: En Chełm —también mi padre me lo contó—, está en la Galitzia oriental, con obras de ingeniería civil, allí también trabajaron primero con judíos. Mira que mi padre siente odio por los judíos, es enemigo de los judíos, tanto como lo pueda ser uno, creo yo; pero él también dijo: «Son vomitivos, los métodos que están empleando ahí». Sobre todo en todas las obras que se hacían en la Galitzia oriental, allí solo tenían mano de obra judía, ingenieros judíos y todo lo imaginable. Los de etnia alemana, según dice él, tienen las manos atadas en Ucrania. Pero a los ingenieros judíos, les han dado su merecido, y tanto que sí. Aunque también los había de varias clases. Resulta que en la ciudad había un Consejo judío, que tenía la supervisión sobre los judíos. Mi padre habló una vez con uno de sus ingenieros, dijo: «Sí, cuando veo a los judíos, tal como son, en su gran mayoría, entonces puedo entender que haya quien no quiera ver a los judíos». Entonces llegó el período de las detenciones, el comandante de las SS, simplemente, envió una nota a mi viejo señor: «Para hoy al mediodía, a las doce en punto, hay que nombrar y localizar a equis judíos». A esas, mi padre dijo que le resultaba espantoso. Los fusilaban, sin más. Llegó la orden: «Antes de tal hora debe comunicarse el fusilamiento de más de tal número de judíos». El *Sturmbannführer* que dirigía la unidad de las SS hizo venir a los judíos, cuando ya

no quedaba ni uno solo, envió al Consejo judío un (*ilegible*): «Antes de las 14.30 de hoy, hay que entregar aquí tantas libras de carne, grasa, especias, etc.». Si no se cumplía el horario, se cargarían a uno. Pero muchos judíos optaron por envenenarse solos. Ay, ¡como el pueblo consiga echársenos encima otra vez![152]

También el alférez Priebe teme la venganza de los judíos, pero no es esta la base de su argumentación: para él, el trato que se otorga a los judíos es erróneo de entrada por la razón de que incluso a los que confiesan ser «enemigos de los judíos», como su padre, les desagrada el contacto que se exige tener con las víctimas y sufren por lo que, al parecer, se ven obligados a hacerles. Esta también es una perspectiva difundida; ya Hannah Arendt llamó la atención sobre el hecho de que la lengua nacionalsocialista había convertido a los «receptores de órdenes» en «portadores de órdenes», es decir, en portadores de objetivos que pueden sufrir en su carne el peso de estos.[153] Precisamente por ello, criticar las matanzas podía valer como prueba de moralidad intacta: justamente *porque* uno aprobaba la persecución de los judíos por sí misma. Este y no otro es el sentido en el que, en el Discurso de Posen, Heinrich Himmler menciona el «pesado deber» del exterminio y el trabajo de haber preservado la «decencia» del matar. Esta clase de punto de vista supone que la definición de lo que es correcto e incorrecto se había desplazado *en su conjunto*, de forma que matar a otros seres humanos, en este marco de referencia, podía considerarse como un «bien» moral, puesto que contribuía al bienestar superior de la comunidad nacional. La moral del matar, en el nacionalsocialismo, había integrado normativamente tanto los escrúpulos personales como el sufrimiento en el pesado deber del matar. Aquí cabe situar también los relatos que reconocen sin ambages el padecimiento de las diversas víctimas, como se verá en el desarrollo posterior de la narración de Priebe:

PRIEBE: En este avance de los rusos, cuando los rusos estuvieron en Polonia, ahora, a los judíos les tocó sufrir mucho, también fueron muchos los que los rusos se cargaron. Un viejo abogado le dijo a mi padre: «Nunca me lo habría imaginado, que Alemania llegaría a estar como está». Todo eso son cosas que sé por mi padre, cómo las SS habían hecho registros en las casas; a los médicos que había allí se lo quitaban todo, todas las joyas y las cosas especiales, ni siquiera ante los anillos de boda se cortaban. «¿Qué tienes ahí?» «La alianza.» «Fuera, dámela, no la necesitas.» Y luego está también la mierda de que las SS, con su desmedido impulso sexual,

> tampoco se detenían ante los judíos. Ahora la Galitzia oriental está completamente libre de judíos, no queda ni un solo judío en la Galitzia oriental. Muchos judíos se buscaron papeles y siguen haciendo el vago en Polonia, de pronto son arios. Cuando cogían el coche para ir al trabajo, por la mañana —siempre teníamos que pasar por la zona, cuando íbamos a la pista de los bombarderos—, salían por la mañana, mujeres y hombres viejos, todos separados. Las mujeres se acercaban, todas cogidas del brazo, tenían que ir cantando por ahí sus canciones judías; ahí destacaban especialmente algunas mujeres vestidas sin tacha, iban entre ellas mujeres de muy buena apariencia. La clase de mujeres a las que en verdad tienes que calificar de «señoras». A nosotros nos contaron que simplemente las echaban en una especie de depósito, lo llenaban de agua y el agua se escurre de nuevo por detrás, lo hacen de forma que no queda ni un resto de ellas. ¡Cuántos de los jóvenes de las SS han tenido crisis nerviosas porque ya no podían soportar seguir con aquello! Y que entre ellos había también auténticos hermanos, a mi padre le dijo uno una vez que él no sabía qué podría hacer cuando todos los judíos estuvieran muertos; que él se había acostumbrado hasta tal punto que ya no lo podía cambiar. Y por mi parte yo tampoco lo podía cambiar. No podía. A tipos que ya han hecho de las suyas, a esos sí los puedo dejar tiesos, ¡pero mujeres y niños y niños pequeños! Los niños gritan por ahí y de todo. Es una suerte que se hayan encargado de eso las SS, y no la Wehrmacht.[154]

Como se puede ver, el narrador no tiene ninguna dificultad para reunir todos los aspectos contradictorios en una única historia. No solo que el exterminio colectivo, en la forma de rumor sobre una extinción sin huellas, adquiera un aura estremecedora (sobre los rumores, véanse las pp. 171 y ss.); Priebe también critica la conducta de las SS, por ejemplo con respecto al saqueo de las propiedades judías o el «desmedido impulso sexual» de sus hombres; y asegura que en lo que a él atañe, sería incapaz de matar a los judíos, al menos no a las mujeres y los niños pequeños. Por eso «es una suerte» que la ejecución del exterminio masivo hubiera correspondido a las SS, y no a la Wehrmacht. Aquí encontramos el mismo punto de vista que hemos visto en boca del teniente general Kittel, a quien no disgustaba el hecho de los fusilamientos colectivos, sino el lugar en que se llevaban a cabo.

Lo que se considera problemático no es la tarea, sino su realización; y en este contexto, incluso a la queja de Himmler, en su tristemente notorio Discurso de Posen, del 4 de octubre de 1943, se le debe reconocer un cierto fundamento empírico: «Es de las cosas que la gente dice con facilidad. “Se exterminará al pueblo judío —dicen todos los miembros del partido—, está claro, figura en nuestro programa, eliminar a los judíos, erradicarlos, lo vamos hacer.” Y luego llegan todos, los buenos 80 millones de alemanes, y

todos tienen a su judío decente. Es evidente, los otros son despreciables, pero este de aquí es un judío excelente. De todos los que hablan así, nadie ha mirado, nadie lo ha aguantado».[155] Este discurso, que habitualmente se contempla como un documento de sumo cinismo y encarnación de la «corrupción moral» de los implicados, adquiere un significado mucho más relevante si se lo lee como indicio de qué estándares morales podía presuponer Himmler en los máximos dirigentes de las SS de su tiempo; es decir, de cómo se había conformado el marco de referencia de una moral nacionalsocialista. De hecho, estos aspectos del marco de referencia destacan en las presentes actas de las escuchas: desde la figura ya mencionada, del sufrimiento por la «mala» realización de la persecución y el exterminio de los judíos, «correctos» en sí mismos, pasando por el padecimiento resultante de los perpetradores en sus actos, hasta la pregunta de cómo se podría haber llevado a término de un modo mejor y más sensato el proyecto de la aniquilación de los judíos.

El marco de referencia de los fusilamientos colectivos y el exterminio judío representa, en consecuencia, una amalgama particular de antisemitismo, aprobación del exterminio, violencia delegada y escalofríos ante la ejecución práctica. Al mismo tiempo, las citas muestran que el proyecto de exterminio se percibe como algo que no tenía precedentes y, por ello, se vive como inédito y terrible. Las quejas podrían resumirse como sigue: «Sin duda debe ser, pero no de esta manera». Tal es el papel exacto que cumple, en el relato de Priebe, la figura de referencia de su padre, quien, aun siendo notorio que «odia» a los judíos, al mismo tiempo siente enorme disgusto por el trato que se les da.

En los relatos tanto de las presentes actas del espionaje como también de los interrogatorios de la fiscalía, las brutalidades más extremas se atribuyen a los equipos auxiliares de cada lugar; de este modo, el narrador se distancia de aquellas formas de evidente «inhumanidad». Pero también esto indica solamente que, dentro del marco de referencia dado, el carácter criminal del conjunto no interpretaba papel alguno.

En realidad, lo que se recoge bajo categorías de descripción histórica o sociológica como «exterminio», «persecución», «genocidio» u «holocausto» se divide, en el hecho empírico de la guerra, en un número

incontable de situaciones parciales y actuaciones individuales; y como tales las perciben los hombres, las interpretan y encuentran soluciones y respuestas para ellas. El ser humano actúa en el marco de estas particularidades y la idea de que las conexiones universales le resultarán claras es esencialmente errónea. Precisamente por ello, los procesos sociales producen siempre frutos no pretendidos, resultados a los que nadie aspiraba, pero que han generado entre todos.

Alguien que también establece una diferencia neta entre el deber histórico de erradicar a los judíos y la inadecuada realización de esta tarea es el coronel Erwin Jösting, comandante de la base aérea de Mainz-Finthen (Maguncia), quien en abril de 1945 expresó las siguientes consideraciones:

JÖSTING: Un buen amigo mío, en el que puedo confiar al 100 por 100 —era austríaco y ahora aún está en Viena, por lo que yo sé—, estaba en la flota aérea número 4, ahí abajo, en Odessa.[156] Pues este se fue para allá abajo y allí le dice un teniente, o un capitán: «¿Quiere venirse a mirar lo que hacemos allá abajo? Es un espectáculo bonito, van a liquidar a un buen montón de judíos». Dice él: «No, dejémoslo». Pero le tocó pasar por allí, fue testigo de aquello, me lo contó él mismo. El granero estaba repleto a reventar de mujeres y niños. Los rociaron de combustible y los quemaron estando aún vivos. Él lo vio con sus propios ojos. Me dice: «Gritan como no te puedes ni imaginar. ¿Una cosa así está bien?». Le digo: «No, no está bien». Con la gente se puede hacer lo que uno quiera, pero no se los puede quemar vivos, o gasear, o Dios sabe qué. A fin de cuentas, ellos tampoco pueden hacer nada. Pero lo que se debe hacer es encerrarlos y, cuando se haya ganado la guerra, decir: «Bien, este pueblo, ¡que desaparezca! ¡A un barco! Id adonde queráis, nos da igual dónde desembarquéis, pero en Alemania, desde hoy, ya no tenéis nada que hacer». Nos hemos creado enemigos, uno detrás de otro. En el este los hemos liquidado por todas partes, de forma que la gente ya casi no puede dar crédito a lo de Katyn y dicen que eso lo habíamos hecho nosotros mismos.

No, no, si yo no tuviera unas cuantas pruebas de eso, entonces no me quejaría como lo hago, pero esto, a mi modo de ver, ¡ha sido un error enorme! Fue una locura, asaltar de aquella manera las casas judías; precisamente, yo entonces estaba aún en Viena, en Bad Vöslau.[157] No teníamos vasos, no teníamos nada, entonces teníamos muy poco o ya no teníamos nada... ¡y les reventamos todos los cristales de las ventanas! Se podría haber sacado a la gente tranquilamente y decirles: «A ver, el negocio va a pasar ahora al cristiano Franz Meyer. Le van a compensar por eso; a compensar bien o mal, eso no importa». Pero nosotros no teníamos nada y van y lo hacen pedazos, todo, y le prenden fuego a las casas. Que los judíos se tenían que ir, está muy claro, yo estoy totalmente de acuerdo con eso; pero la forma en la que lo hemos hecho es un auténtico error ¡y es lo que explica el odio de ahora! Mi suegro, que Dios sabe que no podía soportar a los judíos, me decía siempre: «Erwin, Erwin, esto no va a quedar sin castigo, ya puedes decir tú lo que quieras». Que quieren expulsar a los judíos, pues yo soy el primero, yo me uno a ellos, yo me pongo en cabeza: ¡fuera de Alemania! Pero ¿por qué cargárselos a todos? Eso lo podemos hacer cuando la guerra se haya terminado, entonces podemos decir: «Tenemos la fuerza,

tenemos el poder, hemos ganado la guerra, podemos hacerlo». Pero ¿ahora? Vamos a ver, en Inglaterra, ¿quién gobierna? Los judíos. ¿Quién gobierna en Estados Unidos? Los judíos. Y el bolchevismo, el bolchevismo es el judío elevado a la máxima potencia.[158]

Para Jösting, la persecución de los judíos, en la manera en que se llevó a cabo, resulta irracional; primero, en el marco de esta, se despilfarran bienes escasos; en segundo lugar, de esta manera no se acierta a cumplir el verdadero objetivo, como es neutralizar y eliminar para siempre a los judíos. No solamente porque «el judío» esté devolviendo ahora el golpe so guisa de potencias vencedoras; Jösting también teme que se pueda acusar a los alemanes de crímenes que en ningún caso habían cometido. En su conjunto, Jösting considera que se eligió mal el momento de empezar las acciones de exterminio; a su modo de ver, todo habría resultado mejor después de la guerra. Los siguientes soldados son de la misma opinión:

AUE: Quizá no siempre hemos acertado el momento en el que nos hemos cargado a los judíos en masa en el este.

SCHNEIDER: Sin duda, fue un fallo. Bien, digamos que no fue un fallo, sino que no fue diplomático. Lo podríamos haber hecho más tarde.

AUE: Cuando estuviéramos perfectamente bien asentados.

SCHNEIDER: Podríamos haberlo reservado para más adelante, porque los judíos son y aún siguen siendo influyentes, sobre todo en América.[159]

En nuestros materiales, también se encuentran descripciones resueltas de cómo se da muerte con las propias manos. Un criminal demostrado como el *Oberscharführer* de las SS Fritz Swoboda conversa con el teniente Werner Kahrad sobre los detalles y las dificultades de los asesinatos cometidos en Checoslovaquia:

SWOBODA: Ahí hubo fusilamientos y muertes en cadena, había un suplemento de doce marcos, 120 coronas para los comandos de ejecución. No hacíamos ninguna otra cosa más que eso, los grupos de doce hombres se llevaban a seis hombres cada uno y se los cargaban. En catorce días, quizá, no hice ninguna otra cosa. Y recibíamos el doble de comida, porque eso exige una brutalidad a los nervios. [...] También liquidábamos mujeres, las mujeres eran mejores que los hombres. De hombres vimos muchos, también judíos, que en el último momento se echaban a gimotear. Y cuando nos tocaban esa clase de blandengues, dos del nacional checo iban para allá y los cogían por la mitad y los tenían en alto. [...] Pero la doble ración de comida y los doce marcos te lo ganabas sudándolo, pues como cargándote a cincuenta mujeres en medio día. En Rosin (?) también hicimos fusilamientos.

KAHRAD: Ahí había un aeródromo grande.

SWOBODA: En el cuartel, aquello iba en cadena, venían por un lado y te llegaba una columna de ponle 500 o 600 hombres, llegaban hasta un portal y ahí estaba el punto de disparo, ahí era cargárselos, agarrarlos y llevárselos lejos, y entonces entraban los seis siguientes. Primero uno decía: genial, mejor que el servicio, pero al cabo de unos pocos días ya habrías preferido volver al servicio. Esto crispaba, entonces te ponías terco y ya te daba igual. Entre nosotros hubo algunos que, a la hora de cargarse a las mujeres, flaqueaban, y eso que para ello habíamos buscado a auténticos antiguos soldados del frente. Pero esas eran las órdenes.[160]

En este pasaje de las conversaciones no solo toma la palabra —y en su voz original— uno de los autores del exterminio, sino que también se nos ofrecen pistas de qué dificultades surgían durante los fusilamientos masivos y qué gratificaciones y estrategias había para encararse con tales dificultades. La suposición de que los viejos soldados del frente —presumiblemente, por su experiencia de la violencia— serían los más adecuados para empuñar las armas demostró ser errónea: también aquellos hombres, según cuenta Swoboda, «a la hora de cargarse a las mujeres, flaqueaban». Al principio, a él mismo también le «crispaban» los asesinatos, aunque pasado un tiempo los nervios se calmaban. Además, había un suplemento por aquel servicio agotador. Se trata de un documento decididamente raro, que nos muestra el mundo interior del exterminio.

La que se dio en llamar «acción de desentierro» —la exhumación e incineración de los judíos asesinados— también se menciona en nuestro material. La operación fue dirigida por el *Standartenführer* de las SS Paul Blobel y se inició en el verano de 1942. Se designaba con el nombre en clave «Acción 1005» y consistía en que unos prisioneros (principalmente, judíos) exhumaran los cadáveres de los asesinados y los incinerasen. A este respecto, Blobel desarrolla hogueras especiales para la incineración, así como utensilios para triturar los restos óseos, de forma que luego no quede huella alguna de las masacres. La empresa, como es bien sabido, no tuvo éxito.

V. MÜLLER-RIENZBURG: En Lublin, los camaradas también me contaron que sentían verdadero terror de que las potencias extranjeras pudieran dar con nuestras fosas comunes. Así que trajeron excavadoras y sacaron todos esos cuerpos. Las cercanías de Lublin están sembradas de cadáveres.

V. BASSUS: ¿Dónde los echaron, los cadáveres? ¿Los quemaron?

V. MÜLLER-RIENZBURG: Sí. Aquello estuvo oliendo a carne humana durante varias semanas. Unos tuvieron que pasar en avión por encima y lo olieron directamente, en el aire, el olor a quemado.

V. BASSUS: ¿Y eso era por Lublin?

V. MÜLLER-RIENZBURG: Por no sé qué campo de concentración en Polonia.

DETTE: El [oficial responsable de los interrogatorios] dijo: «¿Sabe usted cuántos polacos han muerto tiroteados? Dos millones». Y bien puede cuadrar.[161]

En otras conversaciones también se charla con todo lujo de detalles sobre las unidades del exterminio:

ROTHKIRCH: Las instalaciones de gaseo están todas, en Polonia, junto a Lemberg.[162] Esas instalaciones de gaseo son grandes, eso sí que lo sé, pero no sé más. Y es que hay que pensar que gasear no ha sido lo peor.

RAMCKE: Yo no había sabido nada de todas esas cosas hasta llegar aquí, al campo de prisioneros.[163]

ROTHKIRCH: Yo era general en la administración, y aquí la gente ya me ha interrogado por eso. Era al lado de Lemberg. Por lo demás, eso lo hemos rechazado todo, porque aquellas brutalidades se produjeron en terrenos militares. Precisamente en Lemberg me llegaron a menudo noticias sobre esos fusilamientos, y eran tan animales, que a ellos no se lo quiero contar por nada.

RAMCKE: ¿Qué noticias eran?

ROTHKIRCH: Primero la gente cavaba su propia fosa, entonces se colocaban ahí diez judíos, entonces venía la gente con la metralleta y los ametrallaban, y volvían a caer dentro de la fosa, y los demás esperaban un rato hasta que los ametrallaban también. De esa manera fusilaron a miles de personas. Eso después ya se abandonó y se los gaseaba. Aunque algunos no habían muerto, se echaba tierra por encima, por aquí y allá, una capa de tierra. Y entonces había empaquetadores, armaban paquetes con la gente, porque si no se caían. Eso lo hacían las SS, había gente que empaquetaba los cuerpos. [...] Entonces nos llegó un informe que lo describía. Hoy en día aún no sé por qué lo recibí. Va y me escribe un jefe de las SS, que había fusilado a niños él mismo —en esas fusilaban igualmente a mujeres—, porque aquello resultaba repulsivo, nunca llegaban a estar muertos del todo; eso me escribió, lo tengo en mi casa, el papel. Y me describe que él cogía a los niños por la nunca y les pegaba un tiro así, de esa manera, porque entonces tenía la plena certeza de que morían de inmediato. El papel ese, que yo no había pedido para nada, lo envié a mi casa.[164]

En efecto, en los fusilamientos masivos, los niños tenían fama de problemáticos entre los responsables; por un lado, porque a menudo no seguían las indicaciones; por otro lado, porque en ocasiones no se morían con la suficiente rapidez.[165] Las noticias al respecto pertenecen a los contenidos más escalofriantes de la bibliografía y las actas de los interrogatorios. Por ello, no es de extrañar que Rothkirch sintiera repugnancia ante el informe que se le dirigió. Algo más tarde, retoma la narración de un episodio posterior.

ROTHKIRCH: [...] Sí, yo he estado en Kutno,[166] quiero filmar, eso es lo único que hago. Allí llegué a conocer muy bien a un jefe de las SS, y hablamos de esto y de aquello, y él me dice: «Dios, si le apetece a usted filmar uno de los fusilamientos...». Le digo: «No, bueno, eso me repugna demasiado». «Sí, quiero decir, no importa nada, a la gente se le pegan los tiros siempre de mañana; pero si quiere, aún nos quedan algunos, por una vez también podemos fusilarlos por la tarde.» No se hace usted una idea de esos hombres, de hasta qué punto se vuelven auténticos animales.[167]

Este episodio muestra con claridad que, para sus autores, los fusilamientos eran algo de lo más normal y cotidiano. Que el hombre de las SS ofrezca a Rothkirch el favor de posponer hasta la tarde la acción asesina diaria, si este así lo desea, nos habla por un lado de costumbres rutinarias; por el otro, del carácter público de las masacres; es obvio que aquí no se pretendía mantener nada en secreto. Rothkirch, que habla en tono dramático y con numerosos detalles sobre los distintos estadios del exterminio de los judíos, ve en ello un signo de embrutecimiento; en sus palabras, los hombres «se vuelven auténticos animales». Pero también en este caso, yerra quien considere que Rothkirch se opone a las acciones de exterminio *en sí mismas*.

ROTHKIRCH: Imagínese, esos judíos, se han escapado algunos que siempre lo cuentan. [...] Es algo que en este mundo habrá que pagar. Si esa gente, los judíos, suben al poder y se quieren vengar, lógicamente, va a ser algo terrible. Pero yo digo que aquí la cuestión es si los otros les dejarán hacerlo, porque el grueso de los extranjeros, de los ingleses, de los franceses y americanos, lo tienen claro, el tema de los judíos. No volverá a pasar lo mismo. Han firmado un pacto con el diablo, para derrotarnos a nosotros, igual que hicimos nosotros entonces, cuando firmamos el pacto con los bolcheviques, por un tiempo, así lo hacen también ellos. Pero ahí está la cuestión importante: ¿qué dirección deberían tomar ahora los que mandan en el mundo?, y ¿la gente tiene que confiar en nosotros? Ahora hay que trabajar en eso, en que la gente nos tenga confianza, y evitar todo lo que pueda irritar a la gente otra vez, porque primero les tenemos que mostrar: «Niños, queremos colaborar para un mundo razonable».[168]

De nuevo, asombra la conjunción de aspectos en apariencia contradictorios: la indignación frente a las acciones de exterminio; el laconismo de los perpetradores, como el que demuestra el jefe de las SS que, por hacer un favor a Rothkirch, ofrece posponer la ejecución diaria hasta la tarde; la elección de víctimas a discreción, como en Lemberg. Y sorprende la actitud antisemita de Rothkirch —es uno de los pocos que menciona con decisión el «bolchevismo judío»—, quien no obstante, ahora

teme la venganza de los judíos. Sin embargo, el marco de referencia de su argumentación también permite la idea de que la confianza internacional, obviamente perdida a consecuencia de los horrores, se puede restaurar; y de que, entonces, se admitirá que los alemanes vuelvan a «colaborar para un mundo razonable».

No deberíamos caer en la tentación de sacudir la cabeza ante tales disparidades de percepción, interpretación y argumentación de los espiados. Todo esto, que desde la perspectiva actual nos parece contradictorio, posiblemente no lo era en absoluto desde una perspectiva coetánea. Naturalmente, aunque uno esté convencido del sentido de una política antisemita, puede ser crítico con su implantación; igual que uno puede considerar naturalmente esa implantación como un error que va a comportar no pocos problemas. No obstante, esto no implica que uno desee quedar automáticamente excluido del círculo de naciones relevantes para el establecimiento de la futura forma del mundo. En otras palabras: la imagen del mundo racista, que constituye el marco de referencia de la argumentación de Rothkirch, no se pone en duda por el hecho de que la implantación de la política antisemita haya sido insuficiente; y tampoco se pone en duda la imagen de sí, según la cual la política mundial, en ese momento como antaño, debe contarte entre los actores dignos de confianza y de iguales derechos. Así, lo que desde el punto de vista posterior aparece como *hybris*, ingenuidad o incluso simple tontería, constituye el marco de referencia contemporáneo, dentro del cual ordenan su actuación los actores más destacados y expuestos, como Rothkirch. La incomprensión absoluta de que lo que uno ha hecho o tolerado era erróneo —que marca la posguerra alemana hasta los años setenta— ya se muestra aquí. También cabría describirlo como incompatibilidad del marco de referencia del Tercer Reich con los estándares políticos y normativos que rigen en las sociedades de posguerra democráticas. Y esta incompatibilidad produjo no pocas fricciones notables, en forma de escándalos de la República Federal con respecto a la política sobre el pasado, de Globke a Filbinger.[169]

La admiración citada al principio de esta sección, provocada por el hecho de que a pesar de Liszt y Wagner hubiera quien tuviera a los alemanes por unos «cerdos», expresa con claridad la imposibilidad de

reconciliar ambos marcos de referencia. Sin embargo, es algo que no carece de justificación, según vemos en el siguiente diálogo entre un suboficial de artillería y un soldado de infantería:

HÖLSCHER: ¡Macho, qué extraño es, que todos estén en contra de nosotros!
VON BASTIAN: Muy, pero que muy extraño.
HÖLSCHER: Bien puede ser, como dice Adolf, que sea todo por obra de los judíos.
VON BASTIAN: Inglaterra está bajo la influencia de los judíos, y América también.
HÖLSCHER: En estos momentos, él suele maldecir más de América que de Inglaterra. Dice que América es el enemigo principal.
VON BASTIAN: Sí.
HÖLSCHER: Altas finanzas americanas, finanzas judías. Y de Inglaterra habla en segundo lugar.[170]

En el marco de referencia del exterminio, las supuestas cualidades e influencia de los judíos se hallan ancladas con tanta estabilidad que sus acciones pueden bastar para explicarlo prácticamente todo. De ello resulta una invocación casi automática al estereotipo antisemita, incluso en el marco de descripciones donde podemos reconocer tintes de empatía:

QUEISSER: Bueno, y ese barrio judío, tío, por ahí solo se autorizaba a cruzar con el tranvía, siempre se ponía fuera un policía para que nadie bajara. El tranvía se paró y echamos un vistazo a ver qué pasaba, había uno tumbado de través sobre los raíles.
WOLF: ¿Muerto?
QUEISSER: Sí, sí. Habían tirado a uno de los tíos sobre la calle. ¡Oh, oh, oh, yo nunca quería ni entrar siquiera en ese barrio judío! No, ¡eso no era nada! La primera vez vi correr por allí a niños de lo más guapo, con la estrella judía encima; había chicas bien guapas. Ahí tenían un trato bien vivo con los judíos, los soldados. Los judíos trabajan también en el camino del aeropuerto, llevaban consigo artículos de oro, y nosotros a cambio les dábamos pan, aunque solo fuera para que tuvieran algo que llevarse a la boca.[171]

En este pasaje resulta particularmente llamativa la referencia al «trato vivo» de los soldados con los judíos, que reciben pan a cambio de oro. Aunque al narrador se sentía extraordinariamente incómodo en ese «barrio judío», no por eso desaprovecha la ocasión de cerrar un acuerdo tan ventajoso: «llevaban consigo artículos de oro y nosotros a cambio les dábamos pan». En este contexto, la cita también apunta a las numerosas y diversas estructuras de oportunidades que se abrieron para los soldados de la Wehrmacht también en el círculo de la persecución y el exterminio de los judíos.

Tranvía en el gueto de Varsovia, 1941. (Fotografía: Joe J. Heydecker; Deutsches Historisches Museum, Berlín.)

La siguiente historia gira en torno del papel de un prisionero supervisor en la descripción de un campo de trabajo. Es uno de los pocos soldados en los que cabe reconocer dudas sobre los acontecimientos narrados en relación con la política de exterminio.[172]

TAUMBERGER: Yo mismo vi una vez una columna de gente en un campo de concentración. Me había bajado ahí en Múnich... Ahí están construyendo ahora una montaña para las armas secretas, donde también están fabricando las nuevas armas. Y los usaron para eso. Esa vez los vi marchar a mi lado, simples sombras. Las sombras del hambre, en la Unión Soviética, se pegan la vida padre, en comparación. Trabajaban en la tanda de centinelas, pero a todo ritmo, sin interrupción, sin parar, doce horas; y doce horas de descanso. Vamos, que de descanso, nada de nada. De cada veinticuatro horas dormirían como cinco, más o menos. El resto del tiempo estaban siempre en pie. Los supervisores también eran presos, llevaban gorras negras. Con una especie de bastones saltaban por entre ellos y les pegaban en el cráneo y la espalda. Se desplomaban.

KRUSE: ¡Para, para, hombre!

TAUMBERGER: ¿No te lo crees? Te puedo dar mi palabra de honor de que yo mismo lo he visto, eran... presos, que se vapuleaban unos a otros así. Eran los supervisores, con las gorras negras, les daban cigarrillos por ello. Les daban la alimentación completa. Les daban hasta dinero, quiero

decir billetes. Dinero en metálico no les daban. Con eso se podían comprar algunas cosas más. Así los retenían, de esa manera, mediante estas cosas, les daban primas. Así cada capataz tenía unos 40, 50 presos. Estos estaban repartidos en empresas, quiero decir que trabajaban para una empresa determinada. Cuantos más trabajadores, cuanto más destajo, más premios le daban a ese Judas. Este los partía a bastonazos para que trabajaran. Se dedicaban a dar forma a los conductos para las plantas de turbinas, para los embalses, para las fábricas. Él había hecho un acuerdo con el de la contabilidad, tenía que entrar tres conductos cada día. Y con eso le daban esta y aquella otra prima. Si en un plazo de dos días él conseguía dar forma a otro conducto más, entonces le daban tantas primas adicionales. Yo estuve allí durante cuarenta y ocho horas, antes de marcharme otra vez. Entonces lo vi.[173]

La descripción del sistema de presos en los campamentos de esa índole, según nos la ofrece Taumberger, que era piloto de caza, cuenta con un gran apoyo histórico; la duda que expresa Kruse al hilo de su narración se refiere, obviamente, al empleo de prisioneros como personal de supervisión. Como es lógico, aquí solo cabe especular con respecto a qué se refiere exactamente Kruse cuando expresa el deseo de que el suboficial Taumberger interrumpa la narración: ¿acaso no da crédito a toda la historia, o bien alberga dudas sobre el papel del preso supervisor, o es sencillamente que no desea escuchar esa clase de cosas? Sin embargo, la reacción de Taumberger («¿No te lo crees?») sugiere que Kruse duda del papel que interpretaban los presos responsables de la represión, y por eso Taumberger sigue contando con aún más lujo de detalles. Es llamativo a este respecto que Taumberger deje claro que encuentra despreciable el comportamiento de los supervisores («ese Judas»); es como si las personas implicadas se hallaran en situación de elegir por sí mismas qué hacían y qué no.[174]

Como fuere, también se encuentran historias que expresan un rechazo claro del exterminio de los judíos.

DOETSCH: En Lemberg vi uno de aquellos transportes de judíos... en Kiev. De pronto, hubo movimientos en la fila. Las SS estaban por allí delante, apaleando. Estaban... , las SS, habían agarrado una curda. Los pusieron al lado de las zanjas anticarro. Los primeros tenían que ponerse allí, metralletas, ¡adentro! Cuando habían caído dentro, los siguientes tenían que palear para cubrirlos de tierra. Aún no estaban muertos del todo. Palearles tierra por encima. Y los siguientes..., ¿te lo puedes imaginar? Los niños y las mujeres y los ancianos. Lo sé bien... Uno me dijo: «Nos lo habían ordenado —dice—, pero yo no podía asistir a aquello». Los alemanes han clavado a niños a las paredes, ¡eso han hecho!

En la copia de las conversaciones espiadas, no solo aparecen los fusilamientos colectivos, sino también las masacres de los camiones de gas. Rudolf Müller explica la siguiente historia en la base estadounidense de Fort Hunt:

MÜLLER: Tuve que pasar por un consejo de guerra por negarme a cumplir órdenes en Rusia. Pues yo ahí era el encargado de los vehículos, porque nuestro suboficial de esa sección había caído y entonces yo era el segundo en el taller. Y entonces me tocaba modificar un camión LKW-8 y montarle unas planchas de caucho. Bueno, yo no sabía de qué iba la cosa, y lo hice. El vehículo lo mandan fuera y lo asignan a la comandancia local. Con eso, la historia estaba lista, para nosotros. Cuando el conductor vuelve, tiene la cara blanca como la cera. Le pregunto qué ocurre y me dice que lo que le ha pasado hoy, eso no lo va a olvidar en toda su vida. Dice: «Me ha cargado a civiles en la parte de atrás del camión. Unos tenían una prolongación de tubo de escape, la conectaron, cerraron la trasera del camión, hicieron entrar el tubo de escape. Delante, a mi lado, se sienta un alférez de las SS, la pistola en la falda, y me ordena conducir». Bueno, el chaval tenía dieciocho años, qué le iba a hacer, tenía que ponerse en marcha. Estuvo conduciendo media hora, hasta que llegaron a una fosa. Echaron los cadáveres dentro, algo de cloro entre medio. Tuvo que acercarse en marcha atrás, abre la tapa de la trasera y todos caen para fuera. Los gases del tubo de escape los habían matado. Al día siguiente, me ordenan de nuevo asignar el camión a la comandancia local. Y yo que les digo que no les asigno el camión. Así que me las vi en un consejo de guerra, por desobedecer las órdenes. Con toda la intención, cargaban a la gente en el camión y la mataban con los gases de escape.

REIMBOLD: ¡Santo Cielo! ¡Por el amor de Dios!

MÜLLER: Al conductor lo obligaban, uno se sentaba a su lado con una pistola. Y a mí me formaron consejo de guerra.

REIMBOLD: Y eso se hace bajo el nombre de alemanes. ¡Ahora no nos extrañemos de lo que nos pasará a nosotros![175]

Este diálogo es una muestra de los documentos de un testigo directo del gaseo mediante monóxido de carbono. Resulta inusual por el rechazo resuelto con el que el narrador lo cuenta, rechazo que, incluso —al menos, según sus palabras— lo llevó ante un consejo de guerra. También su interlocutor se muestra conmocionado; obviamente, es la primera noticia que tiene de tal clase de acciones asesinas. En resumen, cabe afirmar que las descripciones del Holocausto en todas sus facetas, desde el gueto a los campos de exterminio, pasando por los fusilamientos masivos, están marcadas por una perspectiva en la que el comportamiento de los actores en un marco dado no se describe, sino que también se valora; en consecuencia, la valoración de la conducta, sobre todo de los judíos, hace por lo general caso omiso de las restricciones que (como en el gueto) determinan sus

ámbitos de actuación o bien los limitan radicalmente. En la psicología de los prejuicios, esta figura de *blaming the victim*[176] es un modelo bien descrito de percepción y valoración del otro; el «culpar a la víctima» funciona desde el momento en que no se toman en consideración las circunstancias en las que actúan las víctimas y se buscan en su personalidad las causas de su forma de comportarse. Es un mecanismo que se relaciona con todos los prejuicios posibles contra personas que, de un modo u otro, sufren exclusión o discriminación social, por lo que no es de extrañar que aquí, en unas condiciones de violencia completamente unilateral y de extrema estereotipación social, aparezca también de forma regular. También se lo encuentra allí donde se narra sobre mujeres violadas o sobre la conducta de las víctimas antes de su fusilamiento. De todo esto se informa como si uno describiera el comportamiento de unos animales de laboratorio en un experimento cuyas condiciones de realización no se mencionan. Esta concepción, por la cual las circunstancias que uno mismo ha impuesto no se «difuminan» en la descripción del comportamiento de la víctima, sino que simplemente no se las toma para nada en cuenta, debe atribuirse de nuevo al marco de referencia que sirve de base, en el que precisamente «los judíos» pertenecen a un universo social distinto al de los narradores. También Rudolf Hoess —quien debía ser más consciente que nadie de las condiciones de ensayo en las que morían sus víctimas, dado que las había instalado él mismo— adopta esta perspectiva en su autobiografía, por ejemplo cuando habla de los miembros del denominado «comando especial»: los presos que llevaban a las víctimas a las cámaras de gas y las sacaban de allí una vez habían muerto:

HOESS: Igual de peculiar fue en efecto el comportamiento general del comando especial. Todos ellos sabían perfectamente que, cuando terminaran las acciones, les aguardaba el mismo destino que a los miles de sus compañeros de raza en cuyo exterminio prestaban una ayuda considerable. Y sin embargo, participaban en ello con un entusiasmo tal que no dejó nunca de asombrarme. No solo porque nunca contaran a las víctimas lo que les era inminente; también por la cuidadosa ayuda que les prestaban al desvestirse, pero también por la violencia con los que se resistían. Y además, apartar a los bulliciosos y retener en los fusilamientos. Dirigían a las víctimas de modo que no pudieran ver al subcomandante con el arma ya preparada, con lo que este podía situarles el arma en la nunca sin que aquellas lo percibieran. También procedían así con los enfermos y los débiles, a los que no se podía llevar a las instalaciones de gas. Todo con una naturalidad tal que parecía que ellos mismos formaban parte de los exterminadores.[177]

Unirse a los pelotones

Pasemos ahora a otros dos aspectos que, hasta ahora, apenas han merecido atención en la bibliografía del Holocausto y la guerra de exterminio. Hubo ocasiones en las que soldados de unidades y rangos muy diversos participaron en fusilamientos en los que ni estaban cumpliendo ninguna orden al respecto ni guardaban la más mínima relación oficial con las «acciones judías». Daniel Goldhagen, que menciona uno de los pocos casos conocidos hasta el momento, extrae de ello la conclusión de que los alemanes estaban intensamente animados por el antisemitismo exterminador. El caso se refiere a un grupo de entretenimiento de la policía de Berlín, integrado por músicos y artistas, que a mediados de noviembre de 1942 se hallaba en Lukow, ofreciendo asistencia para el frente, y que solicitó al comandante del batallón 101 de la policía de reserva unirse a los pelotones: que se les autorizara a disparar en la «acción judía» prevista para el día siguiente. Esta petición extrema fue satisfecha: al día siguiente, el pelotón de ocio se entretuvo a sí mismo y lo hizo fusilando a judíos. Christopher Browning menciona el mismo caso.[178] La única cuestión al respecto es si se requerían motivos antisemitas para disfrutar disparando contra judíos como diversión.

La verdad es, probablemente, más trivial. A aquellos hombres les divirtió hacer algo que, en las circunstancias habituales, nunca se les habría autorizado a hacer: experimentar la sensación de matar a alguien sin ser castigado por ello, de ejercer un poder total, de hacer algo completamente inusual liberados del temor a sufrir ninguna sanción. Es un escapismo de lo posible, que aquí actúa como motivo del todo suficiente; es lo que en cierto lugar Günter Anders ha denominado «la oportunidad de ser inhumano impunemente». Obviamente, matar sin motivo suponía un atractivo casi irresistible para no pocos hombres. Esta clase de violencia no requiere de causa ni de motivo. Hay bastante con la autoridad para ejercerla.

Un *Unterscharführer* (?) de los comandos especiales de las SS mata a un civil delante de espectadores (Wehrmacht, SS, Reichsarbeitsdienst, HJ). Vinnitsa/Ucrania, 1942, fotógrafo desconocido. (Archivo fotográfico Preussischer Kulturbesitz, Berlín.)

En las actas de las escuchas también se encuentran descripciones tanto de la participación voluntaria en fusilamientos colectivos como de ofrecer a alguien que se una a los pelotones cuando le apetezca hacerlo.[179] Estos episodios —que, vistos desde el presente, resultan increíbles— sugieren que las acciones de exterminio no se llevaban a cabo en secreto, de ningún modo, ni tampoco eran recibidas siempre con horror y repulsión. Por el

contrario, en torno de las fosas de fusilamiento, como si de una arena se tratara, se juntaban regularmente espectadores —habitantes locales, soldados de la Wehrmacht, miembros de la administración civil— y convertían el exterminio masivo en espectáculos semipúblicos con valor de entretenimiento, cualidad esta que no se había planeado expresamente. Así, una orden dictada en julio de 1941 por Erich von dem Bach-Zelewski, jefe supremo de la policía y las SS, prohíbe especialmente la presencia de espectadores en los fusilamientos colectivos: «...a todos los varones judíos convictos de saqueo, con edades comprendidas entre los diecisiete y los cuarenta y cinco años, se los pasará por las armas de inmediato. Los fusilamientos se deben desarrollar lejos de toda población, aldea o ruta de comunicación. Las tumbas deben allanarse de modo que no puedan dar origen a lugares de peregrinaje. Prohíbo las fotografías y la admisión de espectadores en las ejecuciones. Ni ejecuciones ni tumbas deben darse a conocer».[180] Sin embargo, «a pesar de las órdenes contrarias», no cesó el tráfico de peregrinos que asistían a las ejecuciones, las fotografiaban y quizá incluso se deleitaban con el obsceno escenario de personas desnudas, totalmente indefensas, y particularmente mujeres, al tiempo que daban consejos y espoleaban a los tiradores.[181]

El atractivo de la ocasión parece, en su conjunto, superar al temor de incumplir órdenes o disposiciones. El comandante Rösler describe que, en cierto fusilamiento, hubo una gran afluencia «desde todas las direcciones [...] de soldados y civiles hasta un terraplén de la vía férrea» detrás de la cual se desarrollaba la acción: «Por todas partes corrían policías con uniformes cochambrosos. Se habían formado grupos de soldados (en parte, vestidos tan solo con un bañador). Había civiles mirando, y entre ellos, mujeres y niños». En el cierre de su noticia, Rösler indica que, a lo largo de su vida, ha experimentado ya varias cosas desagradables; pero que una carnicería descomunal como aquella, y más aún de forma plenamente pública, como si se tratara de un teatro al aire libre, superaba a todo lo visto hasta entonces; e iba en contra de las costumbres, ideales, etc., de Alemania.[182] A pesar de las órdenes específicas y de medidas de corte pedagógico, el problema del turismo de ejecución, claramente, no se pudo controlar. Un intento de solución a tal problema fue, por ejemplo, el de

«sugerir a las unidades de la muerte, "por la vía del buen acuerdo", que "siempre que sea posible" realicen las ejecuciones no de día, sino de noche», como se decidió en una conferencia de militares de la administración militar, el 8 de mayo de 1942; por cierto, más bien en vano.[183]

En este punto, resulta inútil especular al respecto de qué puede haber motivado a tal o cual espectador en concreto a asistir a una ejecución, estando ello prohibido. Los motivos habrán sido de varia índole: «sensaciones fuertes», como la monstruosidad, y quizá también de una irrealidad espectacular, pues allí ocurren cosas que en la vida cotidiana no se dan nunca; quizá también sensaciones de disgusto y repugnancia; tal vez también de liberación, en tanto en cuanto aquí le sucede a otros lo que uno espera que a sí mismo no le ocurra nunca. En nuestro contexto, es importante que *existiera* el fenómeno difundido de la expectación; saber que el hecho de que allí se exterminara a seres humanos de la forma descrita no despertaba en ningún caso tal repugnancia que la gente prefiriera, en su mayoría, mantenerse alejada de tales acciones. El voyerismo, como la alegría de contemplar la desdicha ajena, son fenómenos psicológicos extendidos, que aparecen en relación con el exterminio de los judíos, pero no solo con este. En este contexto se explica también el atractivo que tienen las descripciones de las acciones de exterminio en las conversaciones espiadas y transcritas en las actas: ya que uno no pudo estar allí, por lo menos, que se lo cuenten en detalle. Durante el despliegue de su unidad en el mar Báltico, en el verano de 1941, el suboficial de máquinas Kammeier, de la torpedera S-56, fue espectador voluntario de una acción mortífera en la ciudad hoy letona de Libau [Liepaya].

KAMMEIER: Allí casi todos los hombres estaban internados en grandes campos, y entonces una tarde me encontré con uno que me dijo: «¿Te apetece mirar? Mañana van a cargarse a varios». Día sí, día también, venía siempre un camión, y él me dijo: «Te puedes venir con nosotros». Era uno de la artillería de Marina, comandante de ... aquella ejecución. Llegó el camión y se paró. Allí había como una fosa de arena, y ahí había como una tumba, que tendría unos veinte metros de largo. [...] Yo no tenía ni idea de qué estaba pasando, hasta que vi las tumbas, los hombres tenían que entrar allí dentro y todos aquí y con la culata, venga, venga, venga y tumbados, con la cara vuelta al revés. El sargento primero tenía una metralleta corta ... y ahí estaban de pie cinco tíos, iban siempre uno detrás del otro ... En su mayoría la palmaron así, con los ojos torcidos, entre ellos había también una mujer. Yo lo he visto. Eso fue en Libau.[184]

Unirse a los pelotones de fusilamiento supone intensificar la propia presencia. Según cuenta el teniente coronel de la Luftwaffe Von Müller-Rienzburg:

V. MÜLLER-RIENZBURG: Las SS invitaron a participar en la ejecución de judíos. Toda la tropa fue para allá con sus fusiles y [...] disparó. Todos pudieron elegirse a quién querían. Así fueron [...] por las SS, que lógicamente terminará pagándolo caro.

V. BASSUS: Vamos, que lo hicieron como en una batida de caza, por así decir, ¿no?

V. MÜLLER-RIENZBURG: Sí, sí.[185]

En este diálogo aún no queda claro si Von Müller-Rienzburg aceptó la invitación «a participar en la ejecución de judíos» o no; sí es evidente que otros soldados de la Wehrmacht sí la aceptaron («toda la tropa fue para allá con sus fusiles»). Al interlocutor se le ocurre comparar la acción con una batida de caza, sin que por ello parezca demostrar ninguna extrañeza ni asombro particular. También habla de un fusilamiento que hace pensar en la caza, pero de segunda mano, el teniente coronel y caballero August von der Heydte:

HEYDTE: Esta es una historia real, que me contó Boeselager, que llegó al menos a las Espadas, antes de caer. El teniente coronel, [Georg] von Boeselager, que tenía el título de caballero, era camarada en mi mismo regimiento. Él vivió lo que sigue, junto con un jefe de las SS —eso fue ya en el 42, o en el 41, o cuando fuera, al principio de todo el asunto—, en Polonia fue, creo yo, él había ido para allá en funciones de comisario civil.

GALLER:* ¿Quién?

HEYDTE: El jefe de las SS. A Boeselager ya le habían concedido entonces, creo yo, las Hojas de roble. Pues estaba comiendo, y después de comer dice: «Ahora podríamos mirarnos un pequeño...». Se marcharon de allí en coche y —sé que suena a cuento de hadas, pero así fue—, y allí había escopetas de perdigones, escopetas de las normales, y había 30 judíos polacos. A los invitados se les dio entonces una escopeta a cada uno, y se hizo dar un paso adelante a los judíos, y entonces cada uno pudo matar a un judío a perdigonazos. Al final les dieron un tiro de gracia.[186]

En la siguiente conversación, otro narrador cuenta cómo le invitaron a unirse a un pelotón de ejecución y aceptó la propuesta. Resulta obvio que los comentarios de Fried, que era teniente de la Luftwaffe, irritan a su interlocutor, el teniente de infantería Bentz:

BENTZ: Cuando los alemanes nos preguntaban si lo del terror en Polonia era cierto, teníamos que decir que era solo un rumor. Yo estoy convencido, en cambio, de que es muy cierto. Es una mancha en nuestra historia.

FRIED: Bueno, sí, la persecución de los judíos.

BENTZ: En lo fundamental, toda esa historia que tenemos con las razas a mí me parece errónea. Eso de que los judíos por ser judíos solo poseen características negativas es desde luego una locura.

FRIED: Yo participé alguna vez, aquello me impresionó luego un poco, como oficial, era cuando entré en contacto directo con la guerra, eso fue en la guerra de Polonia, y yo hacía allí vuelos de transporte. Pues una vez estaba yo en Radom y a mediodía comí con el batallón de la Waffen-SS, que estaba destacado allí. Y dice un capitán de las SS, capitán o lo que fuera: «¿Le apetece unirse a nosotros por media hora? Le damos una metralleta corta y nos vamos para allá con los coches». Pues me uno a ellos. Aún tenía una hora de tiempo, pero fuimos hasta un cuartel y liquidamos a 1.500 judíos. Eso era durante la guerra. Allí había como unos veinte tiradores con sus metralletas. Duró solo un momento; ahí no se paraba uno a pensar. Los habían asaltado de noche, guerrilleros judíos, y se lo hicieron pagar a aquella mierda de polacos. Luego he pensado sobre ello. Fue en efecto una cosa fea.

BENTZ: ¿Eran solo judíos?

FRIED: Eran solo judíos y unos pocos guerrilleros.

BENTZ: ¿Así de rápido era todo?

FRIED: Sí. Cuando ahora lo pienso... feo.

BENTZ: ¿Pero... usted también disparó?

FRIED: Yo también disparé, sí. Y entre ellos, entre medio de ellos, había algunos que decían: «Bueno, aquí llegan los cabrones», les insultaban, iban detrás tirando unas cuantas piedras y eso. ¡Y había también mujeres y niños!

BENTZ: ¿Entre ellos, también?

FRIED: Sí, los había; había familias enteras, gritaban terriblemente, unos pocos estaban ahí inmóviles, apáticos.[187]

Los dos interlocutores siguen charlando juntos un tiempo, presumiblemente porque tienen concepciones netamente distintas entre sí y, en un principio, esto les había pasado por alto. Mientras Bentz afirma rechazar en su conjunto el exterminio de los judíos y califica de idea errónea «esa historia que tenemos con las razas», Fried cuenta que lo habían invitado a «matar judíos» y él había aceptado, ya en tiempos de la «guerra de Polonia». En un principio, Bentz no entiende que Fried aceptara la propuesta de unirse al pelotón y que participara voluntariamente en la matanza vertiginosa de 1.500 polacos en tan solo una hora. Solo cuando Fried comenta que fue algo «feo», visto a posteriori, cae Bentz en la cuenta: «¿Pero... usted también disparó?». Sea como fuere, el asombro de Bentz no parece preocupar a Fried, que sigue contando que no solo mató de aquella manera a «judíos» y «guerrilleros», sino también a mujeres y niños. La tímida valoración según la cual aquello había sido «en efecto una cosa fea»

puede significar que la matanza por diversión no le reportó el placer que esperaba obtener, pero también indicar sencillamente que en Bentz tiene a un interlocutor que se enfrenta a todo aquel conjunto con escepticismo.

En cualquier caso, el fenómeno de la incorporación a los pelotones, tanto si era individual como si se daba en el marco de una «batida de caza», al igual que la oferta de acudir a observar o a grabar las acciones, demuestra que tampoco las personas no implicadas necesitaron siempre un tiempo de habituación antes de cometer los actos más brutales. Fried, al menos, se incorpora a las ejecuciones tan abruptamente como el grupo de músicos de animación del frente; matan a seres humanos por mor de la diversión y el entretenimiento, sin habituación, sin embrutecimiento, haciéndolo sin más.

A la inversa, la franqueza con la que los huéspedes ofrecen a los invitados unirse a «disparar con nosotros» sugiere que esta acción se consideraba natural y que al formular el ofrecimiento no esperaban topar con respuestas irritadas, o ni siquiera negativas. Cabe colegir de ello, plausiblemente, que unirse a los pelotones por ruego o invitación era una práctica tan extendida como la de observar, cuyo valor como acto de entretenimiento tampoco parece lógico a nuestros ojos. Esto quiere decir que los fusilamientos colectivos no quedaban fuera del marco de referencia de los soldados, no contradecían fundamentalmente su concepción del mundo.

Este hallazgo lo confirma igualmente el hecho de que exista una serie de comentarios que dan su aprobación expresa al exterminio de los judíos. En el siguiente pasaje, los formulan dos jóvenes oficiales de la rama submarina, el teniente Günther Gess, ingeniero jefe del U-433, de veintitrés años, y el teniente Egon Rudolph, primer oficial de guardia del U-95, de veintiséis años:

RUDOLPH: Cuando uno piensa en los pobres colegas que están en Rusia, ¡a 42 grados bajo cero!
GESS: Sí, pero ellos saben por qué están luchando.
RUDOLPH: Exactamente; hay que reventar las cadenas de una vez por todas.
GESS y RUDOLPH: (*Cantan a voz en cuello*.) Cuando salta del cuchillo la sangre judía / ¡eh!, entonces vuelve a ir todo bien.
GESS: ¡Esos cerdos! ¡Esos cabrones!

RUDOLPH: Confío en que el Führer nos conceda el deseo, a nosotros, los presos, de llevar al matadero a un judío y un inglés; de descuartizarlos; porque un cuchillo, eso no basta, hombre. El harakiri les haría yo a esos. ¡Bien clavada en el estómago y girar y reventarles las entrañas![188]

Indignación

Ningún soldado respetable querría tener nada que ver con eso.[189]

Las noticias sobre crímenes no suponían nada especial para muchos soldados. Aparecían diseminadas en narraciones referidas a temas muy distintos, como podían ser combatir en el frente o volverse a ver con un amigo en la patria; y, en conjunto, son más bien infrecuentes. Desde la perspectiva actual, es sorprendente la poca irritación que provocan. Como ya hemos visto, el rechazo *esencial* a tales crímenes era antes la excepción que la regla. Más inusuales eran aún los soldados que aprovechaban lo que habían sabido —tanto por propia experiencia como por comunicación ajena — para reflexionar en general sobre la naturaleza de la guerra. Lo más habitual eran las preguntas movidas por la curiosidad de enterarse de los detalles; una reacción que, a menudo, cabe calificar de voyerista.

También es llamativo que no se discutiera nunca sobre la dimensión legal de los soldados. Nadie se interesaba por la interpretación de las Convenciones de La Haya o de Ginebra. Estos conceptos prácticamente no aparecen mencionados en el material de las actas. «Toda la cuestión de lo que está permitido y lo que no se reduce, en última instancia, a una cuestión de poder. Cuando uno tiene el poder, todo está permitido», dice por ejemplo el teniente Ulmann.* Y, sin embargo, los soldados diferenciaban entre lo que podían llevar a cabo y lo que les parecía moralmente justificado. Así, por ejemplo, el piloto de caza Ulmann es de la opinión de que «no debería ocurrir [...] que nuestros soldados hagan una carnicería, sin más, de soldados que no disparan».[190] Dirijamos ahora la mirada, en consecuencia, a lo que aquellos hombres consideraron como actos de maldad, horripilantes o repulsivos.

Ejecutar a los guerrilleros apresados les parecía simplemente un acto de sano sentido común, en ningún caso condenable, dado que no se reconocía a los partisanos como combatientes. También las noticias de presos regulares, a los que se «liquidaba» en el frente principal, suelen recibirse en su mayoría sin comentarios, porque era algo que, sobre todo en el frente oriental, formaba parte del día a día de la guerra. Para despertar una reacción más intensa se requería una historia particular, un relato que, por cantidad o cualidad, topara de forma llamativa con el uso bélico de aquel frente en concreto.

El alférez Kurt Schröder, del escuadrón de combate n.º 2 y el alférez Hurb,* del escuadrón de combate 100, discutieron sobre la cuestión de cómo debía valorarse la ejecución de aviadores derribados. La discrepancia se había originado por la referencia al primer ataque aéreo estadounidense contra Tokio, el 18 de abril de 1942, tras el cual los japoneses ejecutaron a la tripulación norteamericana apresada.

SCHRÖDER: Sí, y también es toda una indecencia lo que los japoneses hacen con sus prisioneros. A aquella tripulación que derribaron en el primer ataque contra Tokio, al cabo de una o dos semanas, le hicieron un consejo de guerra y los ejecutaron. Eso es una auténtica indecencia.

HURB: Pues yo, si me lo pienso bien, creo que ese era el único camino adecuado y que nosotros también lo tendríamos que haber hecho así.

SCHRÖDER: ¿Y qué pasa con usted, si ahora lo ejecutan aquí?

HURB: ¡Sí, eso es!

SCHRÖDER: Pero no es la opinión propia de un soldado.

HURB: ¡Pues claro! Es lo mejor que podían hacer. Si nosotros lo hubiéramos hecho con los americanos y los ingleses, en el primer ataque aéreo y el segundo, con eso seguro que habríamos salvado la vida de miles de mujeres y niños, porque ya ninguna tripulación habría emprendido ningún otro ataque.

SCHRÖDER: Por descontado que habrían seguido volando.

HURB: Pero no contra las ciudades. Si la Luftwaffe solo se empleara en la guerra táctica, o sea solo en el frente, y si ya en el primer momento mismo se hubiera instituido un ejemplo a ese respecto; a ver, desde entonces no se ha vuelto a producir ningún ataque contra Tokio. Eso ha salvado la vida de miles de mujeres y niños, y solo porque se ejecutó a esos veinte.

SCHRÖDER: Es una simple y pura indecencia.

HURB: No solo lo han hecho así, los japoneses, después de que pasara, sino que lo habían anunciado, que ellos en ningún caso emprenderían la guerra contra las ciudades mismas, y que se negaban a tolerarlo. Han atacado Tokio, los han ejecutado a todos y desde entonces no se ha vuelto a atacar más. Si uno se lo mira desde ese punto de vista, si entonces nosotros no hubiéramos emprendido ningún ataque contra las ciudades, y los ingleses y americanos tampoco, pues entonces me gustaría ver a la tripulación que las sobrevolara, cuando supieran con toda certeza: «Si me derriban, estoy muerto». Es que ya ni necesitarían llevar paracaídas.

SCHRÖDER: Pero volarían igualmente.

HURB: No me lo creo.

SCHRÖDER: Por descontado, porque ¿qué otra cosa iban a hacer, si se les ordena atacar aquí, contra Londres?

HURB: Es que la orden no se llegaría a dar. Los americanos no la volverán a dar.

SCHRÖDER: Los japoneses lo pueden hacer mejor porque los suyos nunca llegan a la prisión. Pero no se lo permitirían si tuvieran que contar con tantos y tantos presos en manos de los americanos.[191]

La propuesta de Hurb de evitar el ataque contra objetivos civiles mediante el asesinato de los pilotos enemigos no solo da fe de la ingenuidad de su autor, sino también de una idea muy extendida entre la Wehrmacht, según la cual podía obligarse al enemigo a seguir determinada forma de actuación si se empleaba la brutalidad más allá de toda limitación legal. Schröder descalifica la argumentación no solo porque la considere poco eficaz. Para él, ejecutar a los aviadores derribados supone «una simple y pura indecencia», que choca con los códigos del honor de las fuerzas armadas. Resulta interesante constatar que su argumentación no se basa en las decisiones de la Convención de Ginebra, sino en sus ideas de lo que debe caracterizar la moral de un soldado.

Hallaremos modelos argumentativos muy similares, que coincidirán incluso en la elección de las palabras, entre los soldados del ejército de Tierra. El coronel Hans Reimann consideraba una «auténtica indecencia» que el destacamento de exploradores de la división de las SS «Juventudes Hitlerianas» hubiera ejecutado en Normandía a 18 canadienses, y no quería aceptar ninguna disculpa por esa acción. Tales incidentes, sin embargo, solo raramente provocaban polémicas y discusiones. Por lo general, el mero hecho de referirse a unas SS particularmente «brutales» o a la «inhumana» guerra del frente oriental bastaba para generar la unidad y pasar a otro tema. La polémica entre Schröder y Hurb, en cambio, giraba en torno de conceptos morales que, obviamente, no compartían el uno con el otro. Tales discusiones representan una excepción inhabitual, pues en la mayoría de los casos el esfuerzo se dirige a lograr el consenso y, sobre todo, a no llegar a conclusiones de gran alcance que pudieran poner en cuestión la propia creación de sentido.

La cuestión de la dimensión cualitativa y cuantitativa de un crimen de guerra poseía una importancia central para la percepción de los soldados alemanes. En consecuencia, las noticias sobre la mortandad de los prisioneros de guerra soviéticos en los campos de presos despertaban claramente más irritación que las referidas a las ejecuciones en el frente de combate. En los campos habían ocurrido «cosas terribles», según un sargento primero de la Luftwaffe.[192] El trato dispensado a los miembros del Ejército Rojo era, según coincidieron en señalar Ernst Quick y Paul Korte, «de lo más indecente». Algo así «no [era] humano».[193] Georg Neuffer habló de «atrocidades inimaginables»,[194] y el tirador Herbert Schulz, de una «vergüenza de nuestra cultura, el mayor de los crímenes que jamás se haya cometido».[195] También el asesinato de civiles —mencionado, en la mayoría de las ocasiones, en el contexto de la lucha contra las guerrillas— provocaba un horror creciente. Así, ya en septiembre de 1940 se contaba esa clase de «sucesos espantosos», como por ejemplo fusilar a todos los hombres de un pueblo solo porque de una casa habían salido disparos.[196] El brigada Doebele se preguntaba: «¿Por qué hacemos todo esto? ¡Eso es insostenible!».[197] También un intérprete, destacado con las tropas alemanas en Italia, se irritaba por la conducta de los soldados de la Wehrmacht para con la población civil:

BARTH: Y en Barletta[198] hicieron reunirse a la población, dijeron que iban a repartir alimentos, y se pusieron a disparar contra ellos con ametralladoras, esa clase de cosas han hecho. Entonces, en las calles mismas, les quitaron los relojes y anillos, como si fueran bandidos. Eso nos lo explicaron los soldados mismos, las barbaridades que habían hecho. Simplemente, era entrar en un pueblo y, si no les gustaba, ¡ratatatá!, se cargaban a unos cuantos. Y además lo contaban como si todo aquello estuviera bien y fuera de lo más normal. Uno incluso contaba, con cara de triunfo, que habían entrado a robar en una iglesia y que se habían vestido con la ropa del cura y que habían enredado toda la iglesia. Vamos, es que eran tan vándalos como los bolcheviques.[199]

Es llamativo que Barth, *Hauptscharführer* de las SS, equipare a los propios soldados no ya solo con unos «bandidos», sino incluso con los «bolcheviques», el enemigo por antonomasia del nacionalsocialismo. El hablar de aquellos crímenes, cometidos hacía tan solo unos pocos días, también trajo a la memoria recuerdos del frente oriental. Barth: «Sí, ¡y

además está lo que han hecho en Rusia! [...] Ahí han masacrado a la gente por miles, a mujeres y niños, ¡horrible!».[200] Las experiencias de la violencia en Italia y Rusia se mezclan aquí para crear una peculiar orgía de la violencia que, evidentemente, conmocionaba en lo más hondo a Barth. También es de notar que aquí no se recurre a la por otro lado típica atribución —exculpatoria— de los crímenes a las SS.

El asesinato de mujeres y niños era el crimen que despertaba la mayoría de las reacciones de irritación.

MEYER: En Rusia yo he visto cómo las SS aniquilaban un pueblo, con sus mujeres y niños, solo porque los guerrilleros habían matado a tiros a un soldado alemán. El pueblo no tenía ninguna culpa. Destruyeron y redujeron a cenizas todo el pueblo y mataron a tiros a las mujeres y los niños.[201]

La afirmación del alférez de infantería Meyer resulta extraordinaria en la medida en que, para él, la muerte de un soldado alemán no justifica en ningún caso la muerte de mujeres y niños. Esta clase de acciones, en las actas de las escuchas, se califican como «horripilantes»,[202] «malignas» y «espeluznantes».[203] Eran cosas «que te hacían hervir la sangre», en palabras del alférez Haussmann.[204] Sin embargo, en la mayoría de los casos la cuestión se reduce a un breve distanciamiento y un cambio de tema.

En casos aislados, las referencias al fusilamiento de rehenes y el asesinato de judíos también dieron pie a nuevos pensamientos. «La juventud alemana ha perdido el respeto al ser humano»,[205] se nos dice, teniendo en cuenta que el responsable del acto era particularmente joven. «Esos cerdos... ¡Le han dado a Alemania un nombre que pasarán las décadas y aún no se podrá limpiar!», exclamó Alfred Drosdowski.[206] El suboficial Czerwenka dijo incluso: «A menudo me he avergonzado de vestir el uniforme alemán».[207] Cuando Franz Reimbold escucha los detalles de un fusilamiento colectivo ocurrido en las inmediaciones de Luga, en el sector septentrional del frente oriental, según se los refiere su compañero de celda Rudolf Müller, Reimbold replica: «Bueno, pues yo le puedo decir que, si las cosas están así, yo dejo de ser alemán. Así yo ya no quiero seguir siendo alemán».[208]

Al coronel Ernst Jösting, su mujer le cuenta las circunstancias de un transporte que se llevó a los judíos de Wiener Neustadt. Comparten la opinión: «Es brutal, es simplemente indigno de un alemán». Helmut Hanelt llega a conclusiones del todo semejantes. «Hay para avergonzarse de ser alemán», dice, cuando Franz Breitlich le cuenta los detalles del fusilamiento de 30.000 judíos y niega a Alemania la condición de nación de cultura.[209] Llama la atención que los grados más altos de las fuerzas armadas reflexionan significativamente más al respecto de las consecuencias que cabe extraer de la multiplicidad de crímenes. El coronel Eberhard Wildermuth opina, por ejemplo:

WILDERMUTH: Ojalá nuestro pueblo fuera solo joven e inmaduro, pero moralmente, ha enfermado hasta lo más hondo; quiero decirles que he reflexionado con toda seriedad sobre la cuestión de si una nación en la que se ha aceptado sin resistencia este dominio de la mentira, la violencia y el crimen no termina por dejar de constituir un pueblo; un pueblo en el que era posible asesinar a los enfermos mentales y en el que las personas inteligentes aún te dicen: «Ay, pero eso no es lo más tonto que ha hecho la gente», es un pueblo que merece la extinción misma. Tal grado de bestialidad no se había conocido nunca hasta hoy en todo el mundo. Por esa vía también se podría eliminar igualmente a los enfermos de cáncer o de tuberculosis pulmonar.[210]

El teniente general Von Broich, con título de caballero, también llama a las cosas por su nombre:

V. BROICH: Eso también lo hemos conseguido, que la fama de los soldados y de los alemanes se haya jorobado del todo. La gente bien que dice: «Vosotros obedecéis las órdenes, todo, que si cargarse a tiros a la gente, sea eso justo o injusto», etc. Cargarse de un tiro a unos espías, nadie tiene nada que decir en contra de eso; pero cuando se aniquila a pueblos enteros, a toda la población, a los niños; cuando se expulsa a la gente, como en Polonia y en Rusia, eso, ¡por Dios!, eso bien se puede decir que es un simple y puro asesinato, que es exactamente lo mismo que hicieron los hunos hace mucho. Es exactamente lo mismo. Pero en cambio, nosotros somos la gran nación de cultura de la Tierra, ¿no?[211]

Broich, por cierto, fue también uno de los pocos soldados que se indignaron, por razones morales, ante la «orden de los comisarios»:*

Lo de ejecutar sin más a los comisarios... Que las instancias superiores den esa clase de órdenes, eso es algo que yo no he podido constatar en ninguna guerra, solo en la más grosera antigüedad. Son órdenes que he visto con mis propios ojos (?). Es también un indicio de que el

hombre ha optado por pasar por encima de todo el mundo, de todo el mundo, te digo, como un dios, de toda formación y cultura que existe y que se da en uno y otro bando. Son sin duda delirios de grandeza.[212]

Resulta llamativo, a este respecto, porque en un principio la mayoría del cuerpo de oficiales dio su aprobación a la orden.[213] Las reflexiones de Broich proceden del campo de internamiento de generales de Trent Park, donde la distancia y la tranquilidad dieron pie a algunas conversaciones sorprendentes. Así, el general de división Johannes Bruhn opina:

BRUHN: Si a mí me preguntaran si hemos merecido la victoria o no, yo diría: con lo que hemos sembrado, no. Con la de sangre humana que hemos derramado —a conciencia y a ciegas y en parte también con demencia asesina y otras cualidades similares—, según lo veo yo ahora, nos hemos merecido la derrota, o sea este destino, aun cuando yo me deba acusar a mí mismo de ello.[214]

De los motivos personales que pudieran provocar la crítica a los crímenes no sabemos prácticamente nada. Para algunos quizá fuera solo una realización demasiado cruel, mientras que sin duda también hubo otros para los que aquello provocaba una repulsión moral. Pero como fuere, siempre se habla desde la perspectiva de un observador a la postre no implicado, incapaz de cambiar nada de lo sucedido. Solo en contadas ocasiones se trata el tema de la propia culpa. En cuanto a noticias de propia resistencia, en nuestro material apenas se las encuentra. Una excepción es la de Hans Reimann, quien informa de que, cuando era comandante en la campaña de Polonia, se dirigió a su superior con intención de detener el asesinato de la «inteligencia polaca» por parte de las SS. Al respecto, aquel le hizo saber: «No piensa en ello en absoluto, tiene en mucha más estima su puesto y su sueldo».[215]

Así pues, por espeluznantes que fuesen los crímenes que observaban los soldados, a casi todos ellos les parecía inconcebible escapar del marco de la conformidad. A este respecto, resulta característico el relato del comandante Arp, de la comandancia de campo n.º 748. Explica las vivencias experimentadas como teniente en Rusia. Una madre alojada con él le imploró que protegiera a sus dos hijos de la policía militar. Al día siguiente, los vio «en tierra, tiroteados». Del intento de salvación no cuenta

nada, en lugar de eso pasa a narrar episodios de fusilamientos masivos en la Kaunas lituana. Cuando el interlocutor le pregunta qué medidas había tomado para impedir aquello, no acertó a dar ninguna respuesta lógica.[216]

Por ello ya no debería extrañarnos que nuestro material solo contenga un relato referido a un acto de salvamento, del cual, por otro lado, desconocemos del todo su grado de veracidad:

BOCK: En Berlín todavía salvé a unas chicas judías, que debían haber ido al campo de concentración. Y luego también me llevé lejos de allí a un judío, todo con el tren.

LAUTERJUNG: ¿Todo con el tren especial?

BOCK: No. Yo estaba, es verdad, en la Mitropa.* Y en la Mitropa teníamos unas cámaras frigoríficas donde guardábamos las provisiones, ¡y allí dentro tuve al judío y también a la judía! Después metí al judío por debajo del vagón, en una caja; luego, claro está, salió que parecía negro, al llegar a Basilea; y aún vive en Suiza. La chica también está ahí abajo, en Suiza. La llevé hasta Zúrich y de ahí se bajó a Chur [Coira].[217]

Decencia

A pesar de la violencia, ampliamente descrita, y a pesar de que se tenía conocimiento de los fusilamientos masivos y también del trato criminal que se daba a los prisioneros de guerra, los soldados viven en un universo moral en el que tienen la sensación de ser «buena gente» o, en palabras de Heinrich Himmler, «de no haber perdido la decencia». La ética nacionalsocialista de la decencia se alimenta sobre todo del motivo de no haberse enriquecido personalmente ni haber obtenido beneficio personal de los crímenes, asesinatos, violaciones, saqueos, etc.; todo esto, se dice, se hacía siempre por mor de un objetivo superior. La ética de la decencia permite integrar en la propia imagen moral cosas que bajo los puntos de vista de la moral cristiano-occidental son absolutamente perversas, pero aquí se consideran no ya justificadas, sino incluso necesarias. De hecho, esta forma de moral nacionalsocialista —que también prevé que uno puede llegar a sufrir debido al «trabajo sucio» que se debe realizar asesinando— autoriza a matar sin sentirse mal por ello, en el sentido moral del término.[218] Los ideólogos del exterminio, como Himmler, sus agentes, como Rudolf Hoess, e incontables personas más hicieron siempre hincapié en que exterminar a seres humanos suponía un deber desagradable, que

repugnaba a la propia «naturaleza humana»; pero que quien empleaba la fuerza de voluntad necesaria para matar exhibía un carácter de especial cualidad. Se trata de acoplar el asesinato y la moral y es precisamente el hecho de acoplar la comprensión de la necesidad de acciones desagradables y la sensación de desarrollar estas acciones vistas como necesarias *contra* el propio sentimiento interpersonal lo que permitió a los agentes del exterminio considerarse «decentes» incluso en el asesinato; tenerse por personas que —por citar a Rudolf Hœss— «tenían un corazón» que «no era malo».[219]

Cuando los autores demostrados han dejado tras de sí material autobiográfico —diarios, notas, entrevistas—, estas muestran, por lo general, un rasgo llamativo. Así, incluso cuando las personas implicadas no parecen mostrar ni un mínimo criterio de responsabilidad humana por el daño causado, sin embargo siempre se los ve cuidadosa y temerosamente atentos a que no se los considere «malas personas», sino personas cuya capacidad moral ha pervivido intacta incluso en el marco de las situaciones extremas de su acción. Ahora bien, puede ser que esta conclusión, en buena medida, dependa de las fuentes de las que normalmente se parte: los textos autobiográficos son siempre también confesiones, cuentas debidas, en las que alguien cubre las cosas que cuenta —no solo frente a los demás, sino también frente a sí mismo— con la imagen que tiene de sí mismo y quisiera que los otros tuvieran de él. Cuando las descripciones de los actos se derivan de procesos de investigación, la cuestión del contenido se complica aún más, debido al componente jurídico: los autores no solo desean quedar bien desde el punto de vista moral, sino *también* no incriminarse de nada.

En las conversaciones espiadas, la cuestión adquiere otro aspecto, puesto que aquí no existe ningún marco moral externo al que se vinculen las declaraciones. El resultado de la guerra es incierto; todavía no se puede hablar de una valoración moral de la actuación, de las «acciones judías», tampoco de «crímenes contra la humanidad». Los hombres hablan entre sí, comparten el mismo mundo de soldados y el marco de referencia en el que se ordenan sus actos. En otras palabras: no se requería ni una definición ni asegurarse mutuamente que uno pertenece a las personas «decentes». Los hombres hablan expresamente de la «decencia», a lo sumo, cuando se

tematiza la concepción que de los alemanes tienen en «el extranjero» u otros. Cuando se da este caso, hallamos regularmente la opinión de que los alemanes han sido más decentes de lo que cabía exigirles incluso:

ELIAS: El soldado alemán de a pie, el que no está en las SS, ese ha sido demasiado decente.
FRICK: Sin duda, hay que decir que a veces nos pasamos de decentes.
ELIAS: Yo estuve, en mi primer permiso, esto era en las vacaciones del 39, estuve por allí abajo y un día salgo de un local y viene también un polaco y parlotea no sé qué en polaco y me molesta un poco. Y yo me giro —ya sabía de qué iba el asunto—, me giro, le suelto un puñetazo entre los ojos, le digo: «Eh, tú, cerdo polaco». El tipo había agarrado una buena curda, *¡patapaf!*, queda tumbado en el suelo. Me limpio la mano otra vez —llevaba guantes de gamuza, sabes—, y de pronto aparece un *poli* sin el chacó. «Pero —me dice—, ¿qué pasa aquí, camarada?» Le digo: «Ese cerdo polaco, que me mojaba la oreja». Dice: «¿Cómo? ¿Y qué hace aún vivo? Bueno —dice—, ahí hay demasiada gente». Se lo mira: «Hermano, se nos ha acabado la paciencia —dice —. Voy a contar hasta tres, y si aún estás aquí, entonces va a pasar algo». Y cuenta, «uno», y ya se había puesto en pie y ¡largo! Y entonces se me planta delante: «Si le hubieras golpeado a la primera, si hubieras cogido la bayoneta y lo hubieras dejado bien cosido, habría sido mejor». Bien, me voy a pasear un poco, paseo por la ciudad, era en invierno, como a las cuatro de la tarde, y de pronto suena: «ratatatá, ratatatá», y yo pienso: «Bueno, ¿qué está pasando ahí?». Esa misma noche me entero: ha habido como una pequeña rebelión ... y aquel se ha peleado con la *poli* de orden público; este lo quería arrestar, aquel quiso huir... cae abatido mientras huía. Y lo que había pasado es que era el *poli*, que había dicho: «Joder, ahí hay demasiada gente». También dijo: «¡Largo!» y entonces se fue detrás de aquel y lo liquidó. «Abatido mientras huía.»[220]

No siempre es imprescindible que los miembros del grupo enemigo hagan nada especial, nada que provoque la acción de respuesta de los soldados; da igual que sean partisanos, terroristas o simplemente hayan «agarrado una buena curda». La «decencia» en cuyo contexto sitúa el narrador su relato parece reducirse aquí al hecho de no haber matado él mismo y de inmediato al «cerdo polaco». Nótese: con la salvedad de que el polaco había «molesta[do] un poco» al narrador, no había hecho nada que justificara ninguna clase de «castigo». Aun así, aquí se incluye en la categoría «decencia» el hecho de que el polaco empezara saliendo con vida del incidente, aunque fuera por poco tiempo; poco después «cae abatido mientras huía».

Esta clase de historias no se limitan, en ningún caso, al frente oriental. La siguiente historia narra un incidente muy similar en Dinamarca:

DETTE: ¿Cuándo estuvo usted en Dinamarca? ¿Hace dos años?
SCHÜRMANN: Fue el año pasado, en enero, febrero [de 1943].

DETTE: ¿Y qué tal los daneses, eran amables?

SCHÜRMANN: No, allí apalearon a más de uno. Son unos desvergonzados, los daneses, no entienden nada, no son más cobardes porque no pueden, es un pueblo que da auténtica pena. Aún me acuerdo perfectamente: un teniente mató a tiros a un danés en el tranvía y al final le formaron un consejo de guerra. Yo no lo entiendo, los alemanes se pasan de bonachones, no me cabe duda. Era que el tranvía seguía su camino y un danés lo echó de allí de un empellón, se dio un buen castañazo ahí fuera. Se puso hecho una furia, desde luego era un hombre colérico, bien que lo era, el teniente Schmitt, y aún lo es, gracias a Dios; salta por detrás, consigue agarrarse, al final en la próxima estación entra al vagón y liquida al tipo allí mismo, sin pensárselo dos veces.[221]

Los motivos para matar son abundantes, como ya se ha visto en numerosos pasajes del presente libro:

ZOTLÖTERER: A un francés le pegué un tiro por detrás. Iba en bicicleta.

WEBER: ¿Desde muy cerca?

ZOTLÖTERER: Sí.

HEUSER: ¿Te quería capturar?

ZOTLÖTERER: Ni por asomo. Era yo, que quería la bicicleta.[222]

Rumores

El mundo sentido en el que uno existe incluye también sus fantasías e ideas; elementos que, en lo que respecta a la ciencia, son extraordinariamente difíciles de captar. Sea como fuere, es plausible argumentar que las fantasías e ideas imaginarias sobre «los judíos», tanto si partían de fuentes científicas como si se alimentaban de estereotipos y prejuicios heredados, podían desarrollar un enorme poder destructivo. Las fantasías e ideas imaginarias no necesitan estar atadas a la realidad empírica, pero pueden provocar acciones que marquen esa realidad de forma perdurable; lo demuestran sin ningún género de dudas la ilusoria concepción del mundo sobre la superioridad natural de la «raza aria» y su correspondiente pretensión de dominar el mundo. Entre los pocos trabajos que existen sobre el opaco ámbito de las fantasías en relación con el Tercer Reich, se cuenta la colección de sueños editada por Charlotte Beradt,[223] que esboza qué rol desempeñaban el Führer y las demás figuras del Estado nacionalsocialista en el inconsciente de los «camaradas nacionales». Otro material que nos da pistas sobre este aspecto, poco tematizado, del marco de referencia del

Tercer Reich son las cartas de amor que se escribieron al Führer; en total, 8.000 cartas, llenas de las poco realistas fantasías de mujeres que nada ansiaban más ardorosamente que alguna forma de contacto íntimo con Adolf Hitler.[224] En nuestro material hay poco de fantástico, algo que tampoco debe de extrañarnos, puesto que los oficiales británicos y estadounidenses responsables de las escuchas no consideraban que mereciera la pena transcribir esa clase de relatos. Sin embargo, sí hallamos algo distinto, estrechamente relacionado con el mundo de las fantasías e ideas imaginarias, como es el rumor. En los relatos de los soldados hallamos rumores precisamente en conexión con el exterminio de masas, que se vivía como un ir más allá de los límites, al tiempo misterioso y espeluznante. Son fantasías sobre los modos de asesinato o sucesos particularmente grotescos. A menudo, lo que los hombres vivieron en realidad tiene un efecto de por sí fantástico. Véase lo que cuenta Rothkirch al respecto de la ya mencionada «Acción 1005», denominada «acción de desentierro»:

ROTHKIRCH: Hace ahora cosa de un año, tenía la escuela de bandas, a las que se formaba para luchar contra los partisanos, e hice un ejercicio con la escuela de bandas, les dije: «Dirección de marcha, aquella montaña de allá arriba». El director de la escuela me responde: «Mi señor general, eso no es bueno, ahí están quemando ahora a los judíos». Le digo: «¿Qué significa eso? ¿Quemar a los judíos? ¡Pero si ya no quedan judíos!». «Sí, ese era el sitio donde siempre los ejecutaban y ahora los están desenterrando a todos otra vez, les vierten gasolina por encima y los queman, para que no los encuentren.» «Esa es una labor terrible. Luego seguro que habrá chismorreos sobre eso.» «Sí, a la gente que lo está haciendo, les pegan un tiro al acabar y los queman con los otros.» Bueno, todo eso suena a cuento fantástico.[225]

RAMCKE: Parece salido del infierno.[226]

Sin duda, sucesos como la «acción de desentierro» prenden en la imaginación incluso de hombres que, como Rothkirch, ya estaban al cabo del exterminio colectivo. Pero también un proceso como el Holocausto tiene sus «dependencias del camino» propias y exclusivas; a ellas pertenecen las acciones extraordinarias tales como el «desentierro». En 1941, ninguno de los ejecutores había previsto que más adelante sería preciso hacer desaparecer los cadáveres y el horror que se relaciona con ello supera un nuevo límite de lo imaginable. En este contexto, no debe extrañarnos que Rothkirch y Ramcke aporten a la comparación lugares

irreales: en la realidad conocida (según parece constatarse que desean expresar los dos, en mutua coincidencia) no ocurre esa clase de cosas; pertenecen a un ámbito ontológico distinto del terrenal, al de los cuentos fantásticos o del infierno. En este punto se ve que el exterminio masivo, para los soldados, forma una frontera delgada y permeable entre lo real y lo irreal, entre lo imaginable y lo inimaginable; y en esta forma cambiante, se abre espacio para rumores cargados de fantasías e ideas imaginarias, como los siguientes:

MEYER: En una ciudad, creo que en Tschenstochau [Częstochowa], hicieron lo que ahora te contaré: el jefe de aquella zona administrativa ordenó evacuar a los judíos. Entonces les inyectaron cianuro de hidrógeno. Todo muy rápido, cianuro de hidrógeno y *finito*. Daban unos pocos pasos y, delante mismo del hospital, caían todos muertos. Y es que estos son los trucos más inocuos.[227]

Los rumores de esta clase flotan libremente y pueden aplicarse a diferentes relaciones de sucesos; el carácter inquietante se preserva igualmente cuando cambian los papeles de las personas que intervienen (aquí se trata de los polacos). El suboficial de la Luftwaffe Heimer habla sobre asesinatos realizados en los ferrocarriles mediante cañerías de gas.

HEIMER: Ahí había un punto de reunión gordo, a los judíos los sacaban sin parar de las casas y se los llevaban a la estación. Allí podían cogerse comida para dos o tres días y luego los metían en el tren rápido, las ventanas las habían hecho opacas del todo, las puertas tenían las juntas bien selladas. Entonces se los llevaban, un buen rato con el tren, hasta Polonia, y poco antes de llegar bombeaban ahí dentro una, sabes, un gas especial, carbónico o mofeta; vamos, un gas sin olor. Luego los sacaban de allí y los enterraban. ¡Lo hicieron así con miles de judíos! (*Ríe*.)[228]

Esta historia, que se está a contando a finales de 1942 —es decir, antes de que se introdujera en Auschwitz el uso de gas letal—, reúne dos informaciones: por un lado, la deportación de judíos en trenes que iban «hasta Polonia»; por otro, el exterminio por medio de vagones de gas, que desde finales de 1941 se emplearon en Chelmno, Riga y Wartheland para matar a judíos con monóxido de carbono (véase la p. 154). La unión de informaciones parciales y distintas entre sí, presentada aquí en boca de un radiotelegrafista de un Ju 88, es típica de la comunicación mediante

rumores; la risa del final de la narración nos indica que aquí, en realidad, se está hablando de algo increíble. De hecho, el interlocutor expresa sus dudas sobre la veracidad de la historia.

KASSEL: ¡Pero, hombre, algo así no se puede hacer!
HEIMER: Es muy fácil. ¿Acaso no se puede preparar algo así?
KASSEL: ¡Primero que no se puede y segundo que algo así no lo puede hacer nadie, por el amor de Dios!
HEIMER: Pues aun así lo hicieron.[229]

Este parece ser uno de los escasísimos pasajes de nuestro material en el que un interlocutor expresa su desconcierto e irritación. Pero este interlocutor en concreto es un informador del servicio de inteligencia británico, que intenta averiguar más sobre el radiotelegrafista y por eso adopta el papel del que no sabe. Así, esta excepción, aunque sea de un modo muy particular, confirma la regla según la cual los interlocutores por lo general no ponen en cuestión la verosimilitud de las historias, ni siquiera de las más espeluznantes. Hay un rumor que se menciona en varias ocasiones: la disolución de los cadáveres de los judíos asesinados por medio de ácidos:

TINKES: En la estación del Norte habían preparado unos cinco trenes de mercancías y entonces sacaban a los judíos de la cama. Es decir, a todo el que no tenía la ciudadanía francesa desde hacía más de diez o doce años —a estos aún les dejaban quedarse—; pero a todos los demás, a los que habían emigrado para allá, a los inmigrantes y los judíos extranjeros, todos esos iban fuera. La policía francesa entraba de improviso, los sacaba de las camas, los metía en los coches, en los trenes de mercancías, y fuera: en dirección a Rusia. Se los llevaban hacia el este, a toda esa gente. Claro, en esas se vieron allí escenas estupendas: mujeres que saltaban de un tercer piso a la calle, y así. Por nuestra parte, no hicimos nada; era todo cosa de la policía francesa, todo aquel jaleo, nosotros nunca participamos con nadie en aquello. Pedí que me lo explicaran —si es cierto o no, yo no lo sé, en cualquier caso era un hombre «apto para labores de destacamento», que había pasado mucho tiempo en el Gobierno General, en un campos de prisioneros ruso—, una vez salí fuera a hablar con él. «Sí —me dijo—, los transportes llegaron donde estábamos nosotros. Detrás, en Dęblin, detrás de Varsovia, yo estuve allí, allí llegaron los trenes, allí los despiojaron y con eso liquidaron el caso.» Yo digo: «¿Despiojados? ¿Y eso? Cuando uno viene de Francia, no necesita que lo despiojen». «Sí —dice él—, porque son unos campos de tránsito para los soldados que vienen del este, ahí los despiojan y luego se van de permiso, y para los judíos que vienen del oeste y que van a los mismos campos de despioje. Allí hay unas piscinas enormes, solo que en esas piscinas se les echaba una mezcla distinta a la de despiojar. Eso dura quizá, cuando hay dentro como unos doscientos hombres, pues dura una media hora, una hora; luego ya solo se encuentran un par de empastes de oro, o anillos, o cosas

así; todo lo demás se ha disuelto. Así se ... lava a fondo el campamento.» ¡En eso consistía el despiojar a los judíos! Los echaban allí, dentro de aquellas bañeras, me dice, y cuando ya por fin están todos dentro, entonces se crea allí una especie de tensión con no sé qué mecanismo eléctrico o algo así; aquellos la palman y entonces se añaden los ácidos y los ácidos deshacen toda la porquería, sin dejar restos. ¡Lógicamente, a mí se me pusieron los pelos de punta![230]

En este relato también se añaden tópicos históricamente correctos y elementos fantásticos a un rumor en cuyo centro figura el exterminio de las víctimas sin dejar restos ni huellas: lo referido a la deportación de Francia y que se engañara a las víctimas con respecto al verdadero objetivo del «despioje» son datos correctos; ante las cámaras de gas, se decía a las víctimas que se procedería a «desinfectarlas». Los relatos sobre las bañeras a las que se conectaba corriente y que finalmente se rellenaban de ácidos son, por el contrario, un fruto de la imaginación y la comunicación mediante rumores.

La comunicación de rumores es siempre también una comunicación de emociones. Tales historias transmiten instantes inquietantes y monstruosos. De paso, ponen sobre la mesa un plano que, de otro modo, apenas aparece en las conversaciones entre soldados: hablar de sentimientos.

Sentimientos

Es extremadamente raro que los soldados hablen de sentimientos negativos; al menos es raro si atañen a su propio estado anímico. Esto no es algo exclusivo de la segunda guerra mundial, sino que vale para todas las guerras modernas. Al parecer, la confrontación con violencia extrema —ya sea esta ejercida, observada o padecida— es algo que provoca en uno más de lo que puede comunicar sin más. Ciertamente hay formatos de habla para la violencia ejercida; algunos ya los hemos visto, por ejemplo en relación con la diversión que supone «derribar» a los aviones enemigos o los relatos sobre «liquidar» al otro, «hacer pedazos» o «cepillarse» a las mujeres. Sin embargo, es obvio que no existen formatos similares para hablar sobre los propios miedos y menos aún sobre los miedos a morir y a la muerte. Esto también es válido para otras guerras. Desde el punto de vista psicológico, la causa de ello podría ser la siguiente: los miembros de las tropas de combate se hallan tan próximos a la violencia y a la muerte que esta última está siempre presente como posibilidad que puede afectarle a uno. Esta idea, para los soldados, es tan temible e irreal como para cualquier civil. También en las circunstancias de la sociedad normal, la muerte —y ante todo, la propia— es algo sobre lo que solo raramente se habla, y aun entonces con sumo disgusto. Lo dicho resulta mucho más válido cuando la probabilidad de morir es significativamente mayor y esta muerte va a ser, con seguridad, una muerte violenta; es decir, brutal, dolorosa, tal vez solitaria, sucia, sin ningún apoyo.

El suboficial Rott, de la Luftwaffe, es uno de los pocos que expone con detalles el mayor de sus miedos: arder en el avión.

ROTT: Entonces ingresé en nuestra unidad, por entonces estaba allí el capitán Hachfeld. Este ardió en Bizerta, era nuestro primer comandante de grupo; un Cruz de Caballero. El 28 de noviembre aterriza, se sale de la pista de hormigón contra la mierda de cráteres que habían abierto las bombas, el aparato se vuelca —un «190»—, se le prende fuego y entonces el aullido, como de un animal... Fue escalofriante. Yo siempre he estado cagado con el tema del fuego, sobre todo con el «109», porque los he visto volcar muchas veces, con mis propios ojos. Siempre ardían en llamas, eran aparatos que se calentaban mucho; y aun así, se oía el aullido. Los guardias ya no lo podían soportar más, daban a sus motores todo el gas para que ya no se oyeran los aullidos. Y los bomberos no podían hacer nada. En seguida estallaba la munición. [231]

Detrás del intento de descubrir qué reglas explican quién caerá y quién no, también se oculta el miedo a morir:

BOTT:* Entre nosotros, en nuestro grupo, tenemos la superstición de que a los brigadas siempre los derriban.

HÜTZEN:* Es curioso: entre nosotros hay esa misma superstición.[232]

También se habla de cómo determinados aspectos del trabajo bélico resultan particularmente peligrosos y, en consecuencia, se realizan con sumo disgusto. En el caso de la Luftwaffe, se trata de los vuelos nocturnos, como refieren dos expertos pilotos de bombardero en noviembre de 1943:

HÄRTLING:* A mí no me gusta el bombardeo de noche. Cuando uno vuela para allá de noche, no sabe exactamente dónde está; y si lo derriban, no sabe dónde cae. Todos los que están aquí, en este campo, son unos afortunados, porque aún han escapado salvando la piel.[233]

LOREK: Después de una misión, yo nunca podía dormir, cuando no llegaba a casa hasta las tres. Yo solo me fío de los vuelos diurnos, los vuelos nocturnos me tocan las pelotas, prefiero el día a la noche. Está esa cosa incierta de que sabes que en cualquier momento te pueden dar. No puedes ver al cerdo [el caza enemigo].[234]

Como las zonas de despliegue van cambiando, los soldados de la Luftwaffe se enfrentan a riesgos diferentes. También en una conversación entre un cabo y un soldado de primera de la Luftwaffe, de octubre de 1942, se trata el tema de la presión nerviosa que se deriva de la inferioridad militar:

BÜCHER: Solo en [el estuario del] Wash hay 180 cazas nocturnos. Aquí en la zona de Londres hay por lo menos 260 aparatos. ¡Vente para aquí con veinte cacharros, anda! ¡Con eso seguro que se te van a echar encima dos, tres cazas nocturnos! Te lo digo yo, la manivela no para quieta. Ni hablar, no tiene ninguna gracia, el volar aquí. Teníamos algunos con «88», que habían vuelto de Stalingrado. Nosotros también habíamos vuelto de Stalingrado, queríamos ayudar un poco por aquí, sobre Inglaterra. ... misión nocturna a Cambridge. No dijeron nada más, cuando volvieron allí. A dos los habían derribado. Estos ya no dijeron nada más, nada de nada. Estaban contentos de alejarse de allí otra vez.

WEBER: En Rusia, volar es...

BÜCHER: ¡...más sencillo, macho! ¡En Rusia hemos volado nosotros! Fue guapo. Pero aquí, tío, nones, aquí es un suicidio.[235]

Otro aviador explicaba ya en octubre de 1940:

HANSEL:* Durante las seis últimas semanas, tuvimos que estar siempre preparados. Tengo los nervios destrozados. Cuando me derribaron, estaba tan mal de los nervios que habría roto a llorar.[236]

Un tema sobre el que se habla de forma recurrente es el de los camaradas derribados. Es cierto que los soldados, por lo general, evitan toda mención directa de la muerte y el hecho de morir; el aviador ya citado, que informó de la muerte de su superior en el incendio de su aparato, representa al respecto una gran excepción. En lugar de eso, se habla en abstracto sobre las tripulaciones perdidas, prescindiendo de nombres y de las causas de la muerte. ¿Por qué? Porque hablar sobre la posibilidad de la muerte se considera un mal presagio. Esta represión psicológica la confirma el piloto de bombarderos Schumann, que reflexiona sobre las graves pérdidas sufridas por su unidad: «Nuestro ánimo era el que cabía esperar en ese caso. Nada más subir al aparato, el radiotelegrafista soltaba: "¡Preparaos para morir!". Yo siempre he mantenido que esa clase de cosas no se deben decir en voz alta».[237]

Para ejemplificar la presión nerviosa —las consecuencias del estrés extremo y el miedo agudo que provocan las misiones—, se habla sobre los camaradas; en cierta medida, los otros actúan de comodines o *dummies* de los propios sentimientos:

FICHTE:* En un período de tres meses, desaparecieron seis tripulaciones. Ya te puedes imaginar qué efecto tiene eso sobre la tripulación que se queda en tierra. Todo el mundo piensa, al subir: «¿Volveremos acaso?».[238]

En otra conversación, del mismo mes de marzo de 1943, el observador Johann Maschel habla del caso de un camarada particularmente agotado que, después de 75 misiones, quedó completamente exhausto:

MASCHEL: Yo estuve mes y medio en esa escuadrilla. Tuvimos ocho tripulaciones. Entre el 15 de febrero y el 24 de marzo: cuatro tripulaciones perdidas.

HÖHN: Y entre enero y el 15 de febrero, ¿solo perdisteis dos tripulaciones?

MASCHEL: Así que la escuadrilla cuenta seis pérdidas.

HÖHN: La relación de enero al 15 de febrero es mejor.

MASCHEL: Pero quizá ellos no volaron tan a menudo, uno de cada tres días. El tiempo no fue bueno hasta el último período: sin niebla ni nada. En total, tenemos dos tripulaciones viejas y luego seis nuevas, y de las seis nuevas ya han derribado a tres ... y sobre las otras nuevas, bueno, la cosa no tardará mucho.

HÖHN: Sí, pero ¿vienen luego nuevas tripulaciones?

MASCHEL: Sí, claro que vienen, pero son auténticas novatas, que no han cumplido más de tres o cuatro misiones. Por eso mismo, yo siempre volaba unas pocas veces con las antiguas tripulaciones, porque de otra manera tampoco contaría con más de cuatro misiones. Y los nuevos, macho ... Ahí tenemos a la tripulación de un suboficial que no había volado ni una sola vez sobre territorio enemigo ... No les había tocado el turno porque nosotros no habíamos recibido aparatos y ahora ... ya han desaparecido, tres tripulaciones. Ahora nos tocará a nosotros ... En la escuadrilla también tenemos a un observador viejo, que aún vuela, ha cumplido 75 misiones sobre Inglaterra, ese también está completamente exhausto.

HÖHN: ¿Qué edad tiene?

MASCHEL: Creo que veintitrés o veinticuatro; y el pelo, se le ha caído todo. No tiene ya ni un pelo en la cabeza, es como un viejo. Así se le ha caído. Tiene un aspecto de pena. Una vez nos mostró unas fotos de cuando había entrado al servicio como recluta; ahí se le ve una cara resuelta y un aspecto muy vivaz. Cuando hablas con él, por el contrario, está siempre nervioso, tartamudea de forma que no le sacas ni una palabra.

HÖHN: ¿Por qué sigue volando en misiones?

MASCHEL: Tiene que hacerlo.

HÖHN: Pues la gente tendría que darse cuenta de que ya no puede más.

MASCHEL: Entonces probablemente le digan ... dominar los nervios. Su anterior tripulación, la que tuvo antes, ya no vuela. El piloto está en un sanatorio; y entonces a él lo enchufaron en la otra tripulación.[239]

Maschel, que en la noche del 25 de marzo de 1943 había saltado sobre Escocia en paracaídas, desde su Dornier Do-217 en llamas, pertenecía al escuadrón de combate número 2. Esta era una de las pocas unidades que con posterioridad al verano de 1942 prosiguió bombardeando Gran Bretaña. En el intento de que también Inglaterra probara la guerra de los bombarderos sufrió graves pérdidas. Solo en el año de 1943, el escuadrón de combate perdió a 2.631 hombres de personal de vuelo, de los cuales 507 hallaron la muerte.[240] Esto significa que la unidad, en esta época, y desde un punto de vista estadístico, sufrió como si la exterminaran varias veces. Las consecuencias psicológicas de tales pérdidas inmensas fueron notables —como se ve en la conversación citada—, porque todos los hombres tenían claro que el hecho de que los derribaran bien podía ser solo una simple cuestión de tiempo. La Luftwaffe carecía de un sistema rotatorio como el empleado por las fuerzas aéreas británica y estadounidense, por el cual se retiraba del frente a las tripulaciones de bombardero que habían cumplido 25 misiones.

Para calmar el miedo, los aviadores recurrieron cada vez más, en el transcurso de la guerra, al alcohol, y en consecuencia «empinaban el codo como idiotas».[241] El brigada Nitsch, observador del escuadrón de combate 100, admitió en septiembre de 1943 que había tomado estimulantes como la metanfetamina «Pervitin»: «Antes de cada misión, bebíamos a conciencia. Bien teníamos que darnos coraje [...] Y es que yo, por borracho que esté, siempre puedo volar. Como mucho, me pasaba que me cansaba. Pero en esos casos sencillamente me tragaba una tableta y me quedaba tan fresco y tan contento como si hubiera bebido champán. En realidad aquellas cosas nos las tenía que prescribir el médico, pero siempre teníamos algunas a mano».[242]

Sorprendentemente, el hundimiento de la moral de combate que han postulado los estudios históricos[243] no se constata empíricamente en estas actas de las escuchas. Ni siquiera las tripulaciones que fueron derribadas en 1945 mencionan el miedo a la muerte con más frecuencia que al principio de la guerra. En su mayoría, siguen describiendo sus victorias con orgullo y charlando entretenidamente sobre los detalles técnicos de sus aviones.

Conversaciones como la que sigue, en la que se valoran las consecuencias que sobre uno mismo han tenido las misiones bélicas, son muy escasas. También debe prestarse atención al hecho de que estas palabras proceden de junio de 1942, es decir, ya de la época de las grandes derrotas de la Luftwaffe:

LESSER:* Yo era un chaval decente, cuando entré en la Luftwaffe, y me han convertido en un cerdo. Después de haber estado ahí fuera en el este, quedé roto en cuerpo y alma, los de mi casa me tuvieron que consolar.[244]

Los comentarios sobre la carga extrema de la actuación bélica son la otra cara de la moneda de los relatos sobre la diversión (véanse las pp. 89-90), que hacen hincapié en la faceta deportiva de la guerra aérea y llaman la atención, sobre todo, por su brutalidad. Aquí se evidencia ahora que la guerra también supone estrés, temor, miedo a morir y, sin duda, muchos sentimientos de los que los soldados no hablarían nunca; no, desde luego, en reunión con otros soldados. Igual que, en las conversaciones espiadas no hay manera de brillar por relatos de resistencia, o con la expresión de

empatía y compasión por las víctimas de los fusilamientos o por los prisioneros de guerra, tampoco hay posibilidad de brillar exponiendo los propios sentimientos. De hecho, incluso cuando se habla de que alguien está «fatal de los nervios», se hace casi siempre atribuyendo tal estado a un tercero, para que resulte narrable; parece ser que, desde el punto de vista comunicativo, se consideraba sumamente peligroso transmitir una impresión de debilidad. Este bloqueo comunicativo de todo sentimiento no tiene solo causas psicológicas: en la actualidad, el marco de referencia militar —como indican igualmente las afirmaciones de soldados que han participado en las guerras de Iraq o Afganistán— tampoco permite conversaciones sobre la muerte, morir o el miedo. El «trastorno de estrés postraumático», hoy casi ubicuo, no existía como diagnóstico clínico durante la segunda guerra mundial; en el marco de referencia militar no había espacio para las debilidades, y menos aún para las psíquicas. A este respecto, los soldados, por mucho que formaran parte del grupo total de su comando o unidad, se hallaban solos, en un sentido psicológico. Este es el contexto en el que debemos comprender la siguiente afirmación, hecha ya en abril de 1941, nótese que como prisionero:

BARTELS:* Los que están muertos, a ellos desde luego les va mejor que a nosotros. Nosotros Dios sabe cuánto tiempo tendremos que arrastrar nuestras penas.[245]

Entre los raros mensajes que se ocupan de los propios miedos, se encuentran también los que forman la cara inversa de las historias de derribos y hundimientos (véanse las pp. 71, 94-95): las historias del propio irse a pique. Mientras que, como se ha dicho páginas atrás, las historias de caza se caracterizaban por la absoluta falta de contornos de la víctima y su sufrimiento, las vivencias del propio hundimiento se narran con más detalles.

Un marino explica el hundimiento del mercante armado *Pinguin* en mayo de 1941, en aguas del océano Índico.

LEHN:* Una [bomba] reventó la cubierta lateral. En ese mismo momento, una cayó sobre el puente. Con un solo impacto bastó: placas de hierro salieron volando, enteras, sobre el barco. Una multitud de hombres cayeron al agua. Las tapas de las escotillas salieron despedidas por la

explosión, se hundieron en el agua y luego saltaron por los aires otra vez. Por delante de mí, un suboficial saltó al agua; yo también caí al agua, me hundí, y él ya no estaba: desaparecido. Y como él, desaparecieron muchos.

BLASCHKE:* ¿Llevaban todos los chalecos salvavidas?

LEHN: Todos, sí. Muchos de los que estaban en la cubierta lateral saltaron juntos; y muchos sufrieron el impacto de trozos de hierro en la cabeza. Y luego que, durante el hundimiento, del primer cañón todavía salió un disparo; o todavía cargaron uno. Y el «Cornwall» disparaba espantosamente mal. Se pasaban de 100 metros o se quedaban a 100 metros, pero nunca la acertaban.[246]

Así se ve la guerra desde abajo. Tales historias se cuentan, sin embargo, desde la distancia de los salvados, y en consecuencia transmiten solo un reflejo del horror sentido. Los muertos no cuentan historias. Pero a los heridos, los soldados también les dedican poco tiempo en sus pensamientos. De nuevo, la siguiente historia representa una excepción:

ABLER: ¿Qué hicieron, cuando llegaron los primeros heridos de Rusia? ¿Qué hicieron con los que estaban medio inválidos, por ejemplo con los que habían recibido un tiro en la cabeza? ¿Qué hicieron con ellos? ¿Sabes tú lo que hicieron con ellos, allí en los hospitales? Pues darles algo para que al día siguiente pasaran a mejor vida, eso es lo que hicieron, en un montón de casos, justo después de que volvieran de Francia o de Rusia.

KUCH: Se marcharon como hombres sanos, para defender la patria, tuvieron mala suerte, un tiro en la cabeza o vete a saber, inválidos de guerra al 100 por 100, y quizá se nos comen nuestro pan, ya no pueden aportar nada, van a estar siempre sufriendo; una persona en ese estado no hace falta que viva, ¡zas!, y lista. Se morían con toda la discreción, ¡en pago a sus heridas! Esto es algo que clama venganza; no hará falta que lo venguen los ingleses, una cosa así la vengará ya el poder divino.[247]

Este diálogo no solo muestra las posibilidades que contemplan algunos soldados, sino también un atisbo de los miedos que sentían los hombres y que se encarnan en el destino narrado de terceros. A todas luces, era una posibilidad de hablar de los propios sentimientos sin tener que referirse a ellos directamente.

La guerra no consta solo de violencia ejercida y observada, de ejecuciones, derribos de aviones, violaciones, saqueos y masacres. También consta de la violencia experimentada y padecida. Desde el punto de vista comunicativo, tiene un peso netamente menor; entre los soldados, lo que uno ha hecho cuenta mucho más que lo que uno ha sufrido. Y, ciertamente, no hay unas experiencias únicas que se repitan por igual en todas las

personas. También la vida en la guerra es diversa, con multitud de facetas; y la experiencia de la guerra depende de los lugares, grados, tiempos, armas, camaradas, etc. Empíricamente, la experiencia total de la guerra se disuelve en un calidoscopio de vivencias y actuaciones sumamente divergentes y diversas entre sí, felices, infelices y espantosas. Una vivencia total solo existe en la medida en que el marco social de lo vivido está formado siempre por el grupo de camaradas, el destacamento, la unidad. Ello también es así en prisión; el mundo habitual existe solo como espacio de nostalgia y melancolía, o, en la expresión resumida de un soldado:

SCHRADER:* La vida es una pura mierda. Cuando pienso en mi mujer...[248]

Sexo

Yo estaba en el alojamiento de las SS. [... En una] habitación había un hombre de las SS sin la chaqueta del uniforme, pero sí con los pantalones, tumbado en la cama. A su lado, o sea en el borde de la cama, se sentaba una chica joven, muy guapa, y vi cómo ella acariciaba al hombre de las SS en la barbilla. También oí cómo la chica decía: «Franz, ahora no me vas a pegar un tiro, ¿verdad que no?». La chica era todavía muy joven y hablaba el alemán sin el más mínimo acento. [...] Yo le pregunté al hombre de las SS si de verdad pensaba cargarse a aquella chica. [...] El hombre de las SS me dijo que a los judíos se los eliminaba a todos, en eso no había excepciones [...]. El hombre de las SS vino a decir que aquello era duro. Que a veces sí tenían la ocasión de pasar la chica a otro pelotón de ejecución, pero que en la mayoría de los casos ya no había tiempo para eso y lo tenían que hacer ellos mismos.[249]

Esta cita, que procede de un interrogatorio de posguerra, muestra una forma de violencia sexual que los hombres de las SS ejercieron en el marco de la guerra de exterminio. Pero también los soldados de la Wehrmacht, en todas las ramas, estaban interesados en aprovechar las ocasiones sexuales de diversa índole. La violencia sexual se atribuye con gusto a los otros, por descontado. Así, aunque las violaciones masivas perpetradas por los soldados del Ejército Rojo pertenecen al inventario tradicional de los relatos de guerra alemanes, lo contrario —la violencia sexual ejercida por los soldados de la Wehrmacht y las SS— no rige en ningún caso del mismo modo; en este campo, el mito del soldado alemán que combatía con honor

permanece en gran medida intacto. En fechas recientes, Regina Mühlhäuser ha investigado todas las facetas de la sexualidad en el período posterior al ataque alemán contra la Unión Soviética:[250] es decir, no solo los casos de violencia sexual directa, como ocurrieron en el marco de la conquista de pueblos y ciudades, e igualmente de manera previa a las ejecuciones masivas; sino también en trueques sexuales y relaciones por mutuo acuerdo, incluyendo las relaciones de amor entre soldados y mujeres ucranianas, más los embarazos y bodas resultantes.

Apenas debería extrañarnos que todo esto también ocurriera en la guerra, puesto que la sexualidad se cuenta entre los aspectos más importantes de la vida humana, y más aún de la masculina. Por ello resulta ciertamente grotesco que la conducta sexual —ya sea violenta, «voluntaria» dentro de unas relaciones de poder determinadas, en el marco de la prostitución o bien homosexual— haya ocupado un espacio prácticamente nulo en los estudios previos sobre la violencia masiva y bélica. Ello no obedece solo a las deficiencias de las fuentes, sino sobre todo a la distancia que guardan las ciencias sociológicas e históricas con respecto a la vida cotidiana. En el caso de los soldados en guerra, lidiamos en su mayoría con hombres jóvenes y relativamente jóvenes, que, por un lado, están separados de sus compañeras de pareja (reales o figuradas) y de las circunstancias de la vida bajo el control social; y, por otro lado, en las zonas ocupadas se encuentran provistos de una autoridad personal de la que la vida civil nunca les permite disponer. Además, esta estructura de oportunidades se les ofrece en un marco de referencia de camaradería y sociedad masculina en el que alardear de los logros sexuales pertenece a la comunicación cotidiana.

Ahora bien, no debemos cometer el error de considerar exótica toda forma de violencia sexual ejercida por los soldados y creer que son casos excepcionales, que se explican por la misma guerra. La vida cotidiana también ofrece estructuras de oportunidades para casi todas las formas de escapismo, sobre la base de que uno se las pueda permitir desde el punto de vista social y el económico. Esto empieza con breves huidas en forma de bacanales premeditadas, comprende «escapadas» o visitas al burdel, y tampoco concluye con la violencia franca en forma de graves peleas. Dicho con otras palabras: los escapismos sexuales, tanto como la violencia

corporal y más en general los excesos, se hallan firmemente anclados en la vida cotidiana; solo que en su mayoría se relajan en determinados formatos, como por ejemplo el carnaval renano o en la gran sociedad de nichos de la industria sexual, por ejemplo en estudios y clubes de intercambio y sexo en grupo. Es la ceguera histórica y sociológica hacia estas caras de la vida cotidiana —ocultas, aunque pobladas por millones— lo que hace que la explosión de la violencia física y sexual en situación de guerra se convierta en algo exótico, que se presenta como excepcional o eruptivo. En realidad, si lo miramos bien, aquí solo se está produciendo un desplazamiento del marco, tal que otorga a los miembros del grupo más poderoso las ocasiones de hacer lo que en cualquier caso ya hacían a gusto o habrían querido poder hacer.

No solo Regina Mühlhäuser ha informado de casos en los que se obligaba a las mujeres al contacto sexual con la garantía de que ello las protegería de la muerte, para acto seguido matarlas; en el campo británico de Latimer House se transcribió una conversación de la que ya hemos transcrito un pasaje en el que Horst Minnieur, marino de un sumergible, habla sobre una «judía guapa» que fue víctima de una ejecución masiva y que él había conocido en su trabajo forzoso como limpiadora de los cuarteles (véase la p. 137). La pregunta que al parecer resulta más pertinente para el interlocutor de esta historia es:

HARTELT: ¿Y ella, ahí, por descontado que se la dejaba clavar, no?
MINNIEUR: Pues sí que se dejaba, pero había que llevar cuidado que no te pillaran en esas. Pero no es nada nuevo, a las mujeres judías las liquidaban que perdían toda la gracia.[251]

La práctica de ejecutar a las mujeres judías después del acto sexual, para que los soldados no corrieran el riesgo de ser acusados de «vergüenza racial», se muestra aquí como lo más natural del mundo; también se considera del todo natural que Minnieur haya abusado, como parece, de la víctima judía. En su estudio sobre la política de ocupación alemana de la Unión Soviética, Andrej Angrick documenta que oficiales del comando Sk 10a violaron en grupo a presas judías hasta que perdieron la conciencia.[252] Bernd Greiner, por cierto, ha descrito este mismo comportamiento en la guerra de Vietnam.[253]

Pero no solo las acciones de fusilamiento forman estructuras de oportunidades sexuales antes de la ejecución de las víctimas; también la vida cotidiana de los soldados ofrece numerosas posibilidades a este respecto: por ejemplo, cuando una mujer se sienta completamente desnuda en la sala de interrogatorios y las preguntas se formulan bajo la mirada de varios miembros de un destacamento.[254] De acuerdo con ello, también había otras formas semioficiales de explotación sexual: por ejemplo, cuando se creaban «grupos teatrales» que estaban «integrados sobre todo por hermosas chicas y mujeres rusas, que de esa manera mejoraban las raciones de comida que recibían. [...] Después de la representación, se "bailaba, bebía y las chicas llegaban a unirse de algún modo [a los miembros de las SS]". En casas confiscadas fuera de la ciudad, la jefatura del comando establecía puntos de encuentro secretos para ese fin, y nombraba a unos "conserjes" que debían "preservar" los edificios. Para otros comandos también cabe imaginar "diversiones" similares: se han constatado amoríos con las hijas de los alcaldes locales, "vísperas líricas" con supuestas cantantes rusas, la participación en las fiestas rurales y bacanales desaforadas».[255]

Willy Peter Reese, el intelectual que anteriormente había sido soldado (véase la p. 36), escribe:

> ... nos poníamos melancólicos, compartíamos las penas de amor y la nostalgia del hogar, reíamos de nuevo y seguíamos bebiendo, dábamos gritos de alegría, nos volvíamos locos sobre el hielo, bailábamos en los camiones y disparábamos a la noche, hacíamos que una prisionera rusa bailara desnuda y le pintábamos los pechos con la grasa de las botas y la emborrachábamos tanto como borrachos estábamos nosotros.[256]

La intensiva actividad sexual de los soldados también se puede documentar a partir de las estadísticas médicas. En el hospital militar de Kiev, hubo períodos en los que se trató principalmente a pacientes con enfermedades de la piel y sexuales; por ello, como observó críticamente el profesor Karl Gebhardt, jefe supremo de las clínicas de las SS, al culminar un viaje de inspección: «ya no se hacía "hincapié en lo clínico y quirúrgico"».[257]

En las actas de las escuchas también se encuentran muchas conversaciones sobre enfermedades sexuales. Aquí habla un alférez de fragata integrado en la aviación de la Marina:

GEHLEN:* Aquellos hicieron una incursión en nuestra zona, una vez, y comprobaron que el 70 por 100 de todos los soldados alemanes en la zona a los que habían encontrado con chicas en un catre tenían alguna enfermedad sexual.[258]

En efecto, las enfermedades sexuales estaban extraordinariamente difundidas entre los soldados alemanes: en ciudades como Minsk y Riga, se equiparon incluso las conocidas como «salas de curación», a las que debían dirigirse los soldados después de completar el acto sexual, para tratarse de las potenciales infecciones. La «curación» comprendía un lavado con agua y jabón, otro lavado con una solución de sublimato y la introducción de una barrita desinfectante en la parte delantera de la uretra. Para evitar el contagio de la sífilis, se añadía el uso de una pomada. Al final, el sanitario incluía el tratamiento en el «libro de curación de la tropa» y entregaba al soldado un «certificado de salud» que testimoniaba que este había cumplido con su deber.[259]

La sola circunstancia de que tales instituciones existieran y establecieran un sistema propio y específico para las enfermedades sexuales ya indica algo sobre la amplitud de las actividades sexuales, así como sobre su comunicación; en todo ello —con la salvedad de la «vergüenza racial», esto es, las relaciones sexuales con mujeres judías, que se consideraba punible— había pocos secretos. En coherencia con ello, había soldados que se jactaban incluso de la frecuencia de sus infecciones.[260] En cualquier caso, los servicios de sanidad debían emplearse a fondo para contener las cifras de las infecciones y, de ese modo, mantener la capacidad de combate de los soldados.

Wilhelm Dette, a la derecha de la imagen, como teniente y ordenanza del jefe de la flota aérea del Atlántico, el teniente general Ulrich Kessler (segundo de la izq.) en junio de 1943. Al fondo, un FW-200. Con un avión de este tipo, Dette se vio obligado, el 28 de diciembre de 1943, a amerizar en el golfo de Vizcaya por daños en los motores, tras lo cual terminó como prisionero de guerra de los británicos. (Fuente: Archivo KG 40, Günther Ott.)

Sin embargo, como ni las medidas disciplinarias ni los llamamientos a los soldados no servían de nada, al final la Wehrmacht optó por establecer burdeles controlados. «Con el objetivo de detener el crecimiento de las enfermedades sexuales así como las posibilidades correspondientes de actividad de agentes enemigos en la convivencia diaria de personas alemanas con personas rusas y la destrucción que ello supone de la distancia exigible para con las personas del espacio ruso, en diversas ciudades se ha tomado en consideración la construcción de burdeles para la Wehrmacht.»[261] Aunque la historia de la instalación de estos burdeles y las discusiones sobre la elección y el reclutamiento forzoso de las prostitutas «racialmente apropiadas» requeriría de todo un capítulo, estas son

cuestiones sobre las que los soldados no dicen una palabra en las transcripciones de las conversaciones escuchadas. Sobre lo que sí cuentan es sobre las vivencias experimentadas en y con los burdeles:

WALLUS:* En Varsovia, nuestras tropas hacían cola frente a la puerta de casa. En la zona de Radom, la primera sala estaba llena, mientras que la gente de los camiones esperaba fuera. Cada mujer recibía a entre 14 y 15 hombres por hora. Allí, cada dos días, cambiaban a la mujer.[262]

La estructura administrativa no siempre resultaba clara para los soldados, como muestra la discusión que sostuvieron el capitán Wilhelm Dette, de veinticuatro años, y el teniente coronel Wilfried von Müller-Rienzburg, sobre las consecuencias legales de una infección de gonorrea:

DETTE: Ahí están las casas de putas de los hombres. La gonorrea se castiga, ahora sí, pero durante un tiempo no se castigó. Cuando tuve el primer caso de gonorrea en mi escuadrilla [grupo 9/escuadrón de combate 40], quise que al tipo le cayera una gorda. Me dijeron: «No, no, eso no va, eso no existe». Catorce días antes de que yo partiera en mi último vuelo, vino el jefe de los capitanes médicos, hizo reunir a toda la escuadrilla y pronunció un pequeño discurso y dijo que en Francia había 45.000 hombres con enfermedades sexuales permanentes.

V. MÜLLER-RIENZBURG: Por lo que yo sé, la gonorrea siempre se ha castigado.

DETTE: Sí, desde entonces sí, ahora se castiga otra vez con prisión. Aquello no fue ni siquiera un proceso disciplinario. Le tocó porque no se había curado.[263]

Si dejamos a un lado las complicaciones disciplinarias, la visita a los burdeles se incluye siempre, sin duda, en la cara agradable de la guerra:

CLAUSNITZER: En Banak [Noruega] —ese es el aeropuerto que tenemos más al norte—, ahí quedan aún entre trescientos y cuatrocientos soldados. Pero ese es también, quiero decir en lo que respecta al entretenimiento militar, es desde luego lo mejor que hay.

ULRICH: ¿Variedades y eso?

CLAUSNITZER: Uf, allí siempre hay algo, cada día. Y hay chicas, hasta han instalado una casa de putas.

ULRICH: ¿Chicas alemanas?

CLAUSNITZER: Bueno, noruegas, de Oslo y Trondheim.

ULRICH: En todas las ciudades hay un camión de putas, ¿no? Para los oficiales y luego para los demás. Ya lo sé, ya. (*Risas*.) ¡Ah, las cosas buenas![264]

Esta es una faceta de la cotidianidad bélica que, en la bibliografía especializada, recibe sistemáticamente menos atención de la que merecería. Tampoco es de extrañar: los soldados, en las cartas enviadas a los amores

patrios mediante el correo militar, omiten deliberadamente estas cuestiones; en las memorias, que son confesiones de afán legitimador, también es ciertamente raro hallar descripciones de las visitas a los burdeles. En el contexto de las investigaciones fiscales de asesinatos, en relación con la guerra de exterminio, esta faceta de la página aparece siempre cuando se trata de violaciones en un contexto de asesinatos colectivos, como en el ejemplo citado al inicio de esta sección; por lo demás, este es un tema que jurídicamente no es relevante y, por ello, no aparece en las actas de los interrogatorios. Ahora bien, no cabe duda de que el sexo pertenece a la vida cotidiana de los soldados, con todas las consecuencias que ello tenía para las mujeres implicadas:

SAUERMANN: La jefatura de la cancillería del Reich, yo no sé cómo fue la cosa, pero en cualquier caso la Gestapo tuvo algo que ver con eso, cogimos parte de nuestros créditos, los que el Reich nos había dado para construir ... instalaciones, la obra aún dio una subvención para construir un burdel, una casa de putas. Lo llamábamos un «barracón B». Cuando yo me fui de allí, estaba terminado, solo le faltaban las mujeres. La gente corría por todo el lugar e iban preñando a todas las chicas alemanas, y eso lo querían evitar, así que ahí recibieron a sus francesas, sus checas, todo el pueblo entraba allí, todas las mujeres.[265]

Las citas de esta índole ocultan más contenido del que se observa a primera vista, puesto que cuando Sauermann se hace eco de que los soldados «ahí recibieron a sus francesas, sus checas», sus palabras implican que estas mujeres no se prostituyeron de forma voluntaria para las fuerzas armadas alemanas.[266] Las conversaciones sobre «casas de putas», como sobre las «chicas», «chavalas» y «señoras», versan por lo tanto también sobre la prostitución forzosa y la violencia sexual. Sin embargo, este requisito previo a los encuentros sexuales no se recoge en las conversaciones; simplemente, las mujeres están a la disposición de los soldados (entre otras razones, para que estos no vayan «preñando a todas las chicas alemanas»). En la guerra, como se puede ver, la violencia sexual no es de ningún modo espontánea e irregular, sino que incluso puede —como se comprobó en el tema de las curaciones— estar regulada administrativamente con toda clase de lujos. Sea como fuere, para los soldados representa un aspecto central de su experiencia de la guerra, por lo que cabe suponer que el personal responsable de las escuchas tuvo muy

poco interés en anotar las conversaciones sobre el tema «mujeres», que ciertamente no debía de emerger en pocas ocasiones; en efecto, a ojos de británicos y estadounidenses, estos temas carecían de importancia para la guerra. Ello mismo es igualmente visible en el hecho de que las charlas sobre cuestiones técnicas de cualquier índole, ya se tratara de aviones, bombas, ametralladoras o superarmas, ocupan un amplísimo lugar en las transcripciones, dado que estas sí prometían ofrecer informaciones relevantes para la guerra. Ahora bien, como los hombres —y ante todo los jóvenes— se interesan de manera firme pero no exclusiva por la técnica, pues dedican el mismo fervor a las mujeres, la experiencia demuestra que debemos suponer que los hombres hablaban de mujeres al menos con esa misma frecuencia. Una de las actas de las escuchas lo apunta con toda claridad, sin necesidad de transcribir ni una sola línea de las conversaciones:

18:45 [h] *Women* [«mujeres»]
19:15 *Women*
19:45 *Women*
20:00 *Women*.[267]

En este contexto, cabe conjeturar con cuánta frecuencia se ocultarían en las transcripciones, tras la nota lapidaria *idle talk* («cháchara»), conversaciones sobre mujeres y sexo; pero más allá de esas conjeturas, ya no se puede verificar. Aun así, lo que en efecto pasó a las notas basta para hacerse una idea de qué función desempeña el sexo para los soldados.

Las conversaciones sobre sexo, a menudo, tratan de lo que ocurría en cada lugar y de cómo y dónde se daban las mejores chicas y las oportunidades sexuales más atractivas; recuerda al modo en que unos viajeros hablan de los atractivos turísticos:

GÖLLER: Yo he vivido Burdeos. Todo Burdeos es una gran casa de putas. Burdeos no tiene igual. Yo siempre había pensado [... que] en París sería aún peor. Ay, pensaba siempre, en ningún sitio puede ser peor. En Burdeos pasa, en realidad, lo contrario; ahí la fama de las francesas es la peor.

HERMS: En París basta con que te sientes en un local, y cuando una chica se sienta a la mesa, ya sabes seguro que con ella te puedes ir a casa. Es de lo más libertino, vamos, que encuentras chicas en cantidades ingentes. No hace falta que te esfuerces lo más mínimo. Es toda una forma de vida, para muchas.[268]

A este respecto, los soldados también lamentaban que las «chicas del *Blitz*» (mujeres alemanas que actuaban como auxiliares de la Wehrmacht) demostraran ser demasiado serviciales. En este campo, se mantienen también en la guerra normas que rigen el comportamiento sexual: lo que para los soldados es un uso legítimo de unas estructuras de oportunidades, es «repugnante» cuando lo practican las mujeres alemanas; a este respecto, seguro que no hubo poca proyección en juego.

SCHÜRMANN: La mayoría de las mujeres del *Blitz* se lían con alguien sin más. A las mujeres del *Blitz* en París, bastaba con mirárselas. Corren por ahí todas vestidas de civil, y de pronto te encuentras que una de esas chicas se pone a hablar contigo, en alemán. No te creas que es nada raro verlas salir con los franceses y demás. Y es que en parte esas son, está claro, las peores. No tienen nada que envidiar a las putas francesas. El médico del estado mayor, el que nos asistía a nuestro grupo —yo me entendía muy bien con él—, era de Colonia, venía de Villacoublay; lo habían destinado a un hospital militar de la reserva, que había en París. Él me contó que no había sido nada raro tener como pacientes con enfermedades sexuales a más mujeres que soldados. Era un hecho —me dijo— que no eran los soldados los que infectaban a las chicas, sino al revés, y que las chicas del *Blitz*, en parte, lo habían cogido de los franceses. Un tiempo, él había tenido en un instituto, también en París, a mujeres con enfermedades sexuales; allí había habido veinte que habían tenido la gonorrea y más de diez que ya habían tenido la sífilis (y de esas, a cinco no se las había podido curar). Entonces inspeccionaron a todas las chicas de París y primero enviaron a casa a tal número de mujeres; tal otro número estaban enfermas sin estar enfermas ellas mismas, sino que eran simples portadoras, ¡y habían infectado a los soldados! Tiene que ser genial, en París. Yo en parte soy del punto de vista de que las chicas que se presentan para el *Blitz*, si se marchan a la primera línea es buscando solo eso.[269]

Un ejemplo particularmente espectacular sobre la depravación de las «chicas» alemanas fue el que alcanzó a narrar el alférez de navío Günther Schramm, de la lancha torpedera T-25:

SCHRAMM: ¡Lo que no haya visto yo en Burdeos, con mis propios ojos! ¡Terrible! Una vez tuve que ir al centro médico y me llevaron por distintos departamentos y demás y, en los pasillos, me encontré a un montón de chicas alemanas, ¡algo brutal! Era una auténtica locura, allí había tres, con los típicos signos de la sífilis en la cara y gritaban... Habían perdido el sentido, del todo. Delante de la gente iban diciendo cosas como: «¡Solo por un negro!», y así. Y es que lo habían hecho con negros. Esas se portan peor aún que las francesas.[270]

A menudo las conversaciones adquieren un carácter técnico —en el sentido más literal de la palabra—, en el que se intercambian y contrastan distintos conocimientos:

DANIELS: En Brest, en la casa de putas, pagué sesenta francos.
WEDEKIND: ¡Vaya cosa! En Brest, en el Grünstein, ahí en la esquina, ahí no se pagan más de veinticinco francos, esto es así, por lo general.[271]

Pero en algunas ocasiones también se critica el comportamiento de los propios soldados, aunque solo levemente:

NIWIEM:* Yo tengo que decir que, a veces, en Francia, no fuimos demasiado decentes. En París he visto cómo nuestros fusileros agarraban a las chicas en medio de un local, las tumbaban sobre la mesa y ¡listos! ¡Incluso mujeres casadas![272]

Son los jefes, particularmente, los que más se irritan cuando sus hombres se pasan de la raya:

MÖLLER:* Yo, como comandante de grupos, a veces también tengo que decir lo que pienso sobre la cuestión de las enfermedades sexuales. El día en que me derribaron, uno de mis mejores pilotos había comunicado que tenía una enfermedad sexual. Es un hombre que había regresado al grupo justo después de cuatro semanas de permiso por boda. Lo único que le dije fue: «Es usted un perfecto cerdo». Suerte ha tenido de que no regresé del vuelo, porque desde luego que le habría pedido cuentas.[273]

Esta clase de quejas no era excepcional. El capitán de navío Erdmenger, jefe de la 8.ª flotilla de destructores, comentó con enfado en 1943, en un informe disciplinario sobre su unidad, que «la utilización de los burdeles franceses [... ha] adquirido tal intensidad que ya no resulta tolerable para el sano desarrollo personal de un soldado. Los burdeles reciben la visita no solo de los soldados de las promociones más jóvenes, los que cuentan entre dieciocho y veinte años, sino ante todo y con especial frecuencia también de los suboficiales y brigadas. Ello por fuerza va a perjudicar el sentido de la limpieza, el comportamiento debido ante la mujer y la comprensión de la importancia de una vida familiar sana para el futuro de nuestro pueblo alemán». Erdmenger, nacionalsocialista convencido, casi

se quedó sin habla al constatar que lo primero que hicieron dos de sus soldados, nada más regresar del permiso de boda, fue visitar un burdel francés.[274]

Para algunos soldados, más grave que la frecuentación de los burdeles era la violencia sexual en gran escala. El capitán Reimbold dice al respecto:

REIMBOLD: Bueno, yo les puedo contar un caso de primera mano, que no responde a ningún rumor. En el primer campamento de oficiales en el que estuve preso, ahí había uno de Fráncfort que era tonto de capirote, un alférez joven, un petimetre. Estábamos sentados a una mesa, en grupos de a ocho, y hablábamos de Rusia. Y él contó: «Ah, pues nosotros atrapamos a una espía que corría por la zona. Y primero le pegamos en los senos con un bastón, luego la apaleamos en el trasero con la bayoneta desnuda. Luego nos la follamos, luego la echamos de allí, luego le disparamos por detrás, quedó ahí tumbada boca arriba, y entonces hicimos puntería [co]n granadas. Y cada vez que una le explota cerca, suelta un grito. Al final, reventó de miedo y tiramos el cuerpo por ahí». E imagínense, en aquella mesa yo estaba sentado con ocho oficiales alemanes y las risas retumbaban. Yo por mi parte no lo pude soportar: me puse en pie y les dije: «Señores míos, esto es demasiado».[275]

Reimbold está horrorizado por la historia que la persona de referencia, el «joven [...] petimetre», cuenta con ánimo jocoso. Sin embargo, esta clase de sucesos se refieren, en la mayoría de los casos, de segunda mano, como ocurre con la siguiente historia:

SCHULTKA: Lo que están haciendo hoy en día, eso es una auténtica barbaridad. Ahí tienes por ejemplo a paracaidistas que han irrumpido en una casa italiana y han liquidado a los dos hombres de la casa. Eran dos hombres, dos padres; uno de ellos tenía dos hijas. Entonces se follaron a las dos hijas, se las cepillaron a conciencia, y luego las liquidaron a tiros, a las dos hijas. Tenían camas de esas italianas, tan anchas, pues las tiraron a la cama y les clavaron el rabo. Y luego aún se jactaban de aquello.

CZOSNOWSKI: Desde luego, es inhumano. Pero también pasa que algunos explican una serie de cosas que no han hecho, para nada, sino que es todo fanfarronería en plan bestia. [...]

SCHULTKA: O los obstáculos para los blindados, en Kiev. Un señor de la Gestapo, un jefe importante de las SS, tenía a una rusa que era preciosa. Se la quería cepillar, pero ella no le dejó meterla. Una día después, apareció delante de los obstáculos. Él mismo se la cargó con una metralleta y luego se la cepilló, estando ya muerta.[276]

Aunque tales historias también se cuentan en parte por fanfarronería, como queda claro en el caso citado, también sucedían de hecho.[277] En consecuencia, llama la atención que las noticias de las violaciones cometidas por los hombres no despierten apenas ni asombro ni irritación

ninguna entre los hombres; ni siquiera cuando se trata de mujeres alemanas violadas por los guerrilleros, según cuenta el responsable de un anticarro Walter Langfeld:

LANGFELD: Ahí cerca de Bokruisk[278] también pasó lo mismo, cuando los partisanos asaltaron un autobús con 30 mujeres, 30 auxiliares de las fuerzas armadas. El autobús había cruzado por el bosque y los partisanos lo habían abatido a tiros. Más adelante enviaron a los *panzer* a esa zona, pero ya era tarde. Estos recuperaron el autobús y a las mujeres, y también a unos pocos guerrilleros. Pero entre tanto se habían tirado a todas las chicas, se las habían cepillado a todas. Y algunas habían muerto. Antes de que les peguen un tiro, prefieren abrirse de piernas, es natural, claro. Tardaron tres días en encontrarlas.

HELD: Pues con eso tuvieron para joder bien a gusto.[279]

Llegados a este punto, podemos dejar las noticias sobre la violencia sexual. Lo que se transcribió en las actas de las escuchas revela bastante sobre la omnipresencia de las necesidades sexuales y la violencia sexual en la guerra. Las últimas citas, más especialmente, ponen de relieve la naturalidad con la que se disponía de las mujeres. Pero, desde el punto de vista de los soldados, no solo resulta natural aprovechar las oportunidades sexuales —ya sean ofrecidas o tomadas—, sino que tampoco hay ningún inconveniente en hablar de ello: no es inusual ni queda fuera del marco.

KOKOSCHKA: Es una vergüenza de soldado, que con la pistola obligaba a joder a las chicas italianas.

SAEMMER: ¡Sí, los soldados son así![280]

Técnica

La técnica de los aparatos bélicos apenas tiene relevancia en el discurso científico. En este libro, nosotros también nos interesamos sobre todo por percepciones que van más allá de la técnica armamentística. A primera vista, esto tiene una justificación muy clara: en las conversaciones de los prisioneros de guerra que servían, por ejemplo, como soldados del ejército de Tierra, los aspectos técnicos apenas tienen importancia. No es algo que deba extrañarnos, en realidad: el equipo de los simples soldados, en los seis años de guerra, se transformó comparativamente poco. Al finalizar la guerra aún se empleaban las mismas carabinas estándar K-98 con las que los

hombres habían marchado hacia Polonia en septiembre de 1939. En cuanto a las ametralladoras, en la guerra solo hubo dos tipos estandarizados. Con las otras armas de la infantería o incluso de la artillería se funcionó de forma similar. Donde primero hubo una cierta evolución fue en las armas blindadas. Sin embargo, cuando a uno le enseñaban las particularidades de una nueva clase de Panzer, se acostumbraba rápidamente a ellas. Un carro Tiger seguía siendo un carro Tiger. Así, en el caso del ejército de Tierra, el marco técnico solo sufrió transformaciones menores. En su conjunto, el equipamiento técnico se mantuvo relativamente constante y las armas de la infantería, sobre todo, eran un producto masivo tan cotidiano que apenas daba pie a ninguna conversación. Otra razón por la que no era un tema tan relevante: en los campos de batalla europeos, la cualidad de los rifles, las automáticas y las ametralladoras estaba comparativamente equilibrada, por lo que ninguno de los bandos podía presumir de ventajas tecnológicas decisivas.

Sin embargo, en la Luftwaffe la situación se desarrolló de un modo totalmente distinto. La calidad de la técnica interpretaba aquí un papel muy superior al que tenía en el ejército de Tierra. La guerra aérea era un campo de batalla de la tecnología más avanzada; en el transcurso de los seis años de guerra, se produjo una evolución técnica insospechadamente rápida. Podían enumerarse innovaciones en todos los ámbitos: en la capacidad de rendimiento de los aviones, en las técnicas de navegación, en las armas de a bordo. Un Messerschmitt 109 del año 1939 tenía poco que ver con un aparato del año 1945.

Con la guerra aérea nocturna, además, se fundó una nueva dimensión bélica. Si el Bomber Command[281] británico perfeccionó la técnica de los ataques nocturnos, la Luftwaffe aportó siempre nuevas ideas para la defensa frente a esos ataques. Así surgió una técnica de navegación y radares sumamente desarrollada.

En 1939 comenzó una carrera muy reñida por obtener el caza más veloz, el aparato de radar más preciso y el sistema de navegación más exacto. Un desarrollo erróneo, en esta ocasión —a diferencia de lo que pasaba aún en la primera guerra mundial—, no podía equilibrarse en un período de tiempo breve, porque la inversión precisa para el desarrollo y la

producción se había multiplicado. En consecuencia, en la industria del armamento aéreo fue preciso invertir medios extraordinarios: en 1944 ya se empleaba para ello el 41 por 100 de todos los recursos. Para la producción de carros blindados, en cambio, se requería el 6 por 100.[282] Aun así, británicos y estadounidenses superaron a la Luftwaffe en la cuestión técnica en el transcurso del año 1942, y la guerra acabó sin que se lograra revertir esa inferioridad. La conexión cuantitativa y cualitativa se perdió, de modo que la Luftwaffe, desde 1944, sufrió derrotas abultadas. Ello tuvo consecuencias que en conjunto fueron devastadoras para la Wehrmacht y se pudieron sentir en todos los escenarios bélicos.

En el «mundo de la vida» de los tripulantes —pilotos, observadores y artilleros—, la técnica era algo omnipresente.[283] En la guerra aérea sobrevivía el que volaba más rápido, sabía maniobrar con más agilidad o llevaba armas mejores. Quien no podía mantener el nivel técnico, moría, incluso cuando era un buen aviador. En el «mundo de la vida» de los soldados de la Luftwaffe, la técnica era decisiva, y en consecuencia dominaba su percepción de la guerra y la forma que daban a su marco de referencia.

Las actas de las escuchas son un reflejo de la importancia de la técnica en las distintas ramas del servicio armado. En lo que respecta a la Luftwaffe, hallaremos ciertamente mucho material al respecto; en la Marina, algo menos; en Tierra, una décima parte de lo que nos proporcionaba la Luftwaffe. Por ello, en la sección siguiente se hablará sobre todo de la Luftwaffe. A este respecto, es particularmente interesante ver de qué hablaban los soldados cuando conversaban sobre los aspectos técnicos, en la medida en que la técnica dominaba su percepción de guerra y también podía influir, llegado el caso, en su desarrollo.

Más rápido, más lejos, más cargado

Uno de los temas de conversación más repetidos entre los «oficios mecánicos» de la guerra era el rendimiento de sus aviones. Y así como dos aficionados a los coches charlarán sobre los méritos de sus vehículos, las

tripulaciones vuelven una y otra vez sobre los mismos factores: velocidad, alcance, carga de bombas. Así, por ejemplo, es como un alférez presenta a sus compañeros de habitación, en junio de 1940, el avión «Ar 196»:

> El «Arado» es un aparato monomotor de alas muy cortas. Tiene grandes cualidades, dos cañones y un fusil, creo. Hace de viaje 270, de máxima 320 [kilómetros/hora] y puede llevar una bomba de 250 [kg]. Es un aparato fabuloso. Los usan para custodiar los submarinos.[284]

También los motores despiertan particular interés:

SCHÖNAUER: El primer grupo de nuestro escuadrón recibe ahora los [Junkers Ju] «188». Ya tienen motores. Ahora el «188» lleva dentro el «801» y es muy bueno y tira muy bien.
DIEVENKORN: ¿Bombardero?
SCHÖNAUER: Sí. Es más rápido y, sobre todo, sube mejor.[285]

Los aviones se valoraban, en su mayoría, según sus motores. Por eso, en la conversación de Schönauer y Dievenkorn, era importante constatar que el bombardero Ju 188 iba provisto de un motor BMW 801, que daba mayor rapidez al aparato y le permitía ascender mejor que el modelo de Ju 88 precedente. La introducción del motor radial BMW 801, de la serie de motores Daimler-Benz DB 603 y 605 y del motor Junkers Jumo 213 se analizó con gran detalle entre las tripulaciones, que evalúan a fondo y comparan entre sí las ventajas y los inconvenientes de cada motor. La valoración de los aviones dependía por completo del rendimiento de los motores. Desde 1942, se reconocía con claridad que el desarrollo propio de los motores ya no llegaba a cumplir con las exigencias. La gran esperanza de lograr un avance decisivo en el desarrollo de los motores de émbolo estaba puesta en el Jumo 222, que, según el modelo, debía producir entre 2.000 y 3.000 caballos de vapor: «Estoy completamente convencido —dice el teniente Fried, en febrero de 1943— de que el Jumo 222 [...] lo he visto con mis propios ojos, es fantástico [...] 24 cilindros».[286] Cuatro meses más tarde, el teniente Schönauer comenta: «el nuevo motor Jumo, cuando arranca, con su potencia de despegue de 2.700 CV, ¡qué motor!».[287] Sin embargo, este supermotor, que debía resolver todos los problemas, no alcanzó nunca la madurez necesaria para su producción en serie.[288]

A pesar de todo este orgullo por el rendimiento del propio armamento, desde buen principio se podía percibir un gran respeto ante los británicos, primero, y luego también ante los estadounidenses. Al respecto resultan sintomáticos los pensamientos de un teniente que fue derribado sobre Inglaterra en septiembre de 1940, mientras capitaneaba una escuadrilla de un escuadrón de cazas. Reflexiona sobre los combates aéreos pasados:

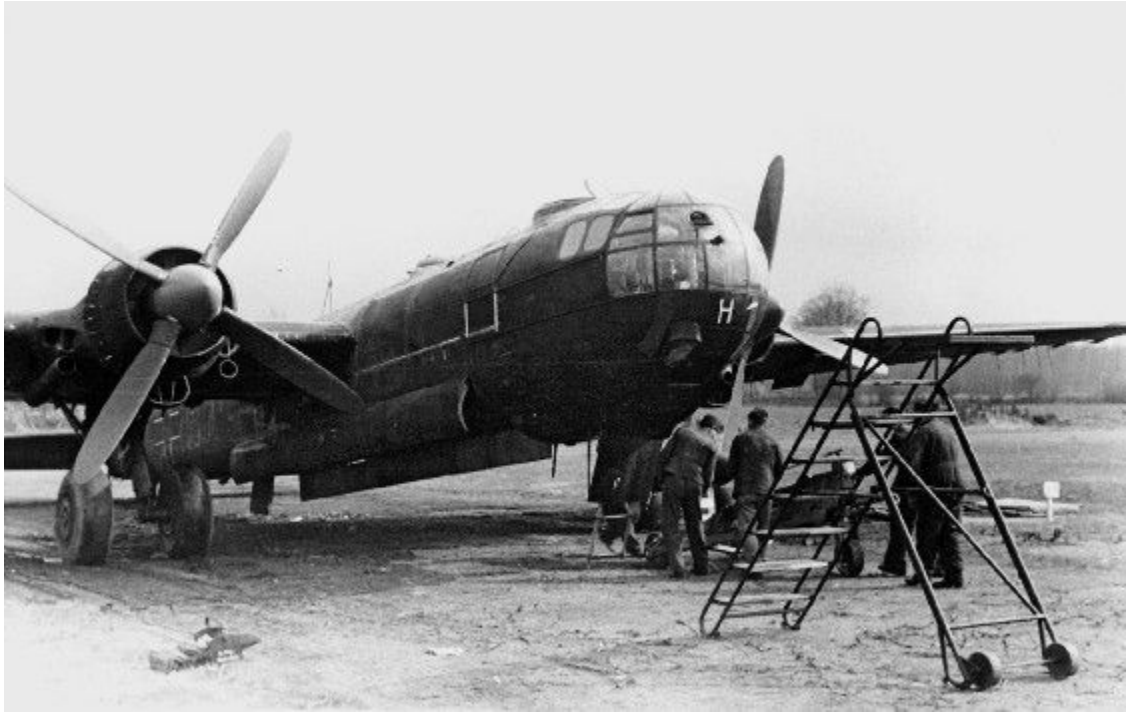
> A 7.000 metros de altura, el «Spitfire» es un poquito superior al «109», a partir de los 7.000, son equivalentes. En cuanto uno entiende eso, se acaba el miedo al «Spitfire». El «109» es incluso superior al «Spitfire» cuando tiene un piloto que lo sabe manejar. Yo siempre preferiría un «109» a un «Spitfire». Hace falta volar siempre con virajes largos y amplios, y entonces el «Spitfire» no puede competir.[289]

Cuando el teniente habla de que «se acaba el miedo al "Spitfire"» y que un Messerschmitt 109 puede ser «incluso superior», pone de manifiesto el enorme respeto que los pilotos alemanes tenían ante el caza británico en el punto culminante de la batalla aérea por Inglaterra. En septiembre de 1940, otro piloto llega a decir:

> Los viejos pilotos de caza han caído en un 50 por 100 [...]. Estos ataques en masa no tienen sentido; así no vamos a exterminar a los cazas ingleses. Ahora tiene que salir el nuevo modelo de caza, porque sino, nos tienen cogidos por las pelotas. Tiene que salir el nuevo «Focke-Wulf» con el motor radial y la refrigeración por aire. ¿Adónde nos lleva el que nos vayan derribando a un piloto experto tras otro?[290]

A la guerra aérea solo podía dársele un nuevo giro con aviones nuevos, de técnica más avanzada; por ello, en toda la guerra no se interrumpió la queja de que los aviones enemigos eran más potentes y capaces. «Yo creo que, al hablar de la Luftwaffe, nos hemos llenado la boca un tanto de más —dice el teniente coronel Henz en junio de 1943—. Para ser sinceros, ahora mismo no tenemos nada que oponer al cuatrimotor. Tengo la impresión de que nos hemos dormido demasiado.»[291] «Desde luego, los *tommies* tienen aparatos mucho más rápidos —comenta en julio de 1944 el suboficial Mäckle—; por ejemplo, ninguno de nuestros aviones puede acercarse a un Mosquito, es imposible. El Mosquito es el pájaro más temido.»[292]

Ambos dan en el clavo con sus observaciones; pero no revelan nada sobre los motivos de la evolución que describen. Los pilotos se vieron obligados a constatar con resignación que, en cuanto a la superioridad técnica de los aliados occidentales, nada cambiaba. El teniente Hans Hartigs, experto piloto del escuadrón de cazas 26, había recibido en noviembre de 1944 —junto con su unidad— el que por entonces era el caza convencional más moderno de la Luftwaffe, el FW190 D-9. El 26 de diciembre de 1944, encabezó una formación de 15 cazas propios en apoyo de las tropas de tierra alemanas que participaban en la ofensiva de las Ardenas. Los Mustang estadounidenses emprendieron combates cerrados contra ellos y derribaron a Hartigs. Ya en prisión, comenta decepcionado que «ni siquiera un piloto excelente [... puede] superar en los virajes a ningún Mustang con un 190, eso ni pensarlo. Yo lo he intentado. Y ni pensarlo».[293]



Carga de bombas en un He 177 del grupo 2, escuadrón de combate 100, primavera de 1944. (Fotografía: Linden; BA 1011-668-7164-35A.)

La sensación de inferioridad técnica no se limitó, sin duda, a la segunda mitad de la guerra. Aunque desde 1943 fue claramente más frecuente, emergió una y otra vez ya desde el principio de la guerra. Los pilotos esperaron con la lógica tensión creciente los nuevos aviones que debían proporcionarles al fin la ansiada superioridad. Nuevos avances supuestamente fantásticos, que pronto harían su aparición en el frente, fueron objeto de discusiones detalladas una y otra vez. En enero de 1940, un piloto y un radiotelegrafista de avión conversan sobre el estadio de desarrollo de la Luftwaffe. Los dos se muestran de acuerdo en que cuentan con «algunos aviones briosos», sobre todo el «famoso» bombardero Ju 88.[294] Según información del suboficial, su propia unidad dispondrá pronto de este avión «excelente». Ante todo, están seguros de que «nuestros 110 mejorados, cuando estén terminados por fin y acudan como las abejas, zumbando, ¡entonces sí que [los británicos] quedarán asombrados!».[295] Medio año más tarde, dos oficiales jóvenes, que habían sido derribados sobre Francia, charlan sobre el nuevo caza FW190, por entonces en fase de pruebas:

TENIENTE: Dicen que el Focke-Wulf será verdaderamente bueno.
ALFÉREZ: Sí, será fantástico.
TENIENTE: Dicen que despegará mejor, aunque es más pesado, y también que será significativamente más rápido.
ALFÉREZ: ¡Pero mucho más rápido!
TENIENTE: Lleva un motor radial.
ALFÉREZ: ¡Será verdaderamente fabuloso![296]

Cuando estos dos oficiales hablaban, en junio de 1940, sobre el «fantástico» FW190, solo se habían puesto en marcha las pruebas del prototipo. Sin embargo, ya había llegado a sus oídos que el avión superaba en el despegue al Messerschmitt 109, era más rápido y disponía de un motor radial. El conocimiento de los modelos de avión que se hallaban en fase de pruebas se difundió, en la Luftwaffe, increíblemente rápido. A los británicos, esta necesidad manifiesta de intercambiar informaciones sobre los modelos de avión más reciente les venía como anillo al dedo, naturalmente, y supieron sacar un partido magistral a estas fuentes

generosas. De este modo, la Royal Air Force tuvo información muy detallada, y muy anticipada, sobre todos los aviones que la Luftwaffe iba introduciendo.

Como el frente no cesaba de incorporar aviones mejorados, las tripulaciones también tuvieron siempre nueva ocasión de charlar sobre las novedades; era similar a dos diseñadores de moda que conversaran sobre las nuevas colecciones de otoño. Así, el suboficial Breitscheid comunica a su compañero de habitación, en octubre de 1942: «Espero con ansiedad lo que este otoño nos va a traer aún, en los aviones». «Sin duda habrá muchas novedades», replica este, ante lo que el mecánico de a bordo comenta, con convencimiento: «¡Ah! El "190" no es el último caza que tenemos».[297]

Los nuevos aviones prometían un gran rendimiento y este aspecto, sobre todo, daba ocasión constante a conversaciones minuciosas. Dos pilotos de bombardero charlan en agosto de 1942 sobre la velocidad de crucero del nuevo bombardero pesado Heinkel He 177:

KAMMEYER: Sí, pero el «177» no llega a los 500.
KNOBEL: ¿Qué? Como avión de reconocimiento alcanza perfectamente los 500 de crucero.
KAMMEYER: Aquí hay opiniones muy distintas. El año pasado, en julio, uno dice que hace 450; el otro dice que hace 400, 420; y el de más allá, que 380.
KNOBEL: Pero todo eso no es cierto, no es correcto. ¿Usted lo ha visto volar alguna vez?
KAMMEYER: Sí, yo lo he visto volar.
KNOBEL: Bien, a mí no me cabe ninguna duda de que alcanza al menos los 500, quiero decir el avión de reconocimiento; y estoy convencido de que el avión de combate llega a los 500.[298]

Las palabras del alférez Kammeyer indican que el He 177 se había convertido en tema de conversación entre los grupos de bombarderos de la Luftwaffe ya en 1942, es decir, medio año antes de su primera misión; y vemos que estaba en marcha una viva discusión sobre su velocidad máxima. El ingenuo entusiasmo por la técnica causaba que las expectativas despertadas por las nuevas máquinas crecieran en espiral hasta lo inconmensurable. Ahí aparece el «pájaro más fantástico que haya habido nunca», que cuenta con un «estupendo armamento pesado» y hará que los ingleses lo teman «como a la peste».[299] El He 177 recibe, en estas conversaciones, un trato de superbombardero, sobre cuyo rendimiento corrían toda clase de rumores. Se llegó a decir incluso que el avión ya había

cruzado el Atlántico. Al oficial cadete Knobel le habían contado, a mediados de 1942, que el He 177 había realizado una prueba de largo recorrido y que, tras partir de la zona de pruebas de la Luftwaffe en Rechlin (Mecklemburgo), había sobrevolado Trípoli y Smolensko para regresar finalmente de nuevo a Rechlin. Cuando su compañero de habitación preguntó intrigado si el He 177 ya había volado sobre los Estados Unidos, Knobel replicó: «Sobre Canadá, creo; sobre Estados Unidos, no».[300] En octubre de 1942, un suboficial ya se muestra mucho más seguro al respecto. Ante la pregunta de un camarada perplejo, que duda de que el He 177 vaya a volar en efecto hacia Canadá, replica: «Naturalmente, claro que sí. Hace medio año ya me dijeron algunos que conocen el aparato a la perfección que el "177" ya ha lanzado octavillas sobre Nueva York».[301] También un artillero de un Stuka, el bombardero de picado Ju 87, cuenta esta misma historia en abril de 1943.[302] La idea de volar hasta Estados Unidos para lanzar octavillas sobre el país —o, mejor aún, bombas— era a todas luces un pensamiento demasiado atractivo como para echarlo a perder debido a reflexiones excesivamente realistas. En realidad, nunca llegó a producirse un vuelo tal, a pesar de todos los rumores y de que estos aparecen una y otra vez en la literatura de posguerra.[303] Lo mismo cabe decir, por cierto, de un vuelo a Japón, que pese a que habría resultado técnicamente posible y se planeó una y otra vez, para construir una conexión más rápida con Tokio, aun así a la postre no llegó a hacerse realidad.[304] Ello no obstante, hubo algunos soldados que informaron de la existencia de tales vuelos: el Me 264 solventaría «el tráfico postal y diplomático entre Japón y Alemania», según el sargento primero Gromoll. «Vuelan hasta Tokio cruzando por América del Norte. Tiene una reserva de 27.000 litros de combustible.» Y un teniente, que en noviembre de 1942 fue derribado en la costa de Argelia, informa con detalles: «El BV 222 vuela hasta Japón. 350 de crucero. Llena el tanque en Pillau, por última vez, y vuela de noche sobre Rusia hacia Japón. En Rusia no hay cazas nocturnos, como mucho, unos pocos».[305] Cómo llegó a esta historia el teniente, es algo que ya nunca podremos saber. Es posible que, en el período de instrucción en el mar Báltico, viera un BV 222 e intentara darse una explicación sobre el uso futuro de aquel gran hidroavión.

En cualquier caso, los aviones de gran capacidad ejercían una fascinación muy particular sobre los hombres de la Luftwaffe. De ellos solo había unos pocos, por lo que cualquier encuentro con ellos era una ocasión singular. El que podía afirmar que había visto, por ejemplo, uno de los raros hidroaviones hexamotores, podía estar seguro de obtener una gran atención. Lo que parece haber sido más importante, a este respecto, era la capacidad de describir con todo lujo de detalles el rendimiento y tamaño de los aparatos. El cabo Schibors era un experto:

SCHIBORS: Al Blohm-und-Voss 222, el avión más grande del mundo, le pasaron el abastecimiento a Libia: despegaba de Hamburgo, aterrizaba en África. Podía llevar a 120 hombres con sus pertrechos. Uno de los aparatos lo derribaron, en el Mediterráneo. Pero aparte de este, los cazas nunca se han atrevido a acercarse. Lleva ocho cañones y 17 ametralladoras. Es impresionante lo armado que va; y todo el que vuela en él puede manejar desde la ventanilla su ametralladora de 15. Es un hexamotor, siempre tres motores por ala. Tiene un tamaño de entre tres y cuatro «52». Ha llevado varios vehículos acorazados y Dios sabe cuántas cosas, de todo: cañones... ¡Ah! Transportaba las bombas para las máquinas de combate. Llega a 360 de crucero. Cuando va vacío, no veas lo rápido que se mueve.[306]

Que Schibors exagere tan desmedidamente el armamento y la capacidad de carga del BV 222 pone de manifiesto la honda impresión que, sin duda, el avión le había causado. Por otro lado, cambia la velocidad de crucero por la máxima, como pequeña treta para que el rendimiento del aparato parezca aún más impresionante.

El avión en el que se habían depositado las mayores esperanzas era, sin duda, el cazarreactor Me 262, que aparece en las conversaciones desde diciembre de 1942. Pero las informaciones, en un principio, son solamente referencias vagas, obtenidas de tercera mano.[307] Así, el suboficial Rott, del escuadrón de combate rápido número 10, se muestra convencido en abril de 1943 de que la Luftwaffe está «moviéndose», porque el comandante de un escuadrón vecino ya le había dado pistas sobre el cazarreactor, tras hacer una visita a la base de pruebas de la Luftwaffe.[308] A finales de 1943 surgen los primeros informes de testigos que han visto con sus propios ojos aquel avión tan «fenomenal».[309] El alférez Schürmann cuenta con entusiasmo: «Son aparatos de lo más increíble. Yo los he visto volar [...], he calculado un mínimo de entre 700 y 800, eso como mínimo».[310] Desde la primavera de 1944, se estima que el Me 262 no tardará en entrar en acción. El alférez

Fritz informa de que el general de los bombarderos había destacado, en el transcurso de una visita realizada en marzo de 1944, que «toda la producción de los» Ju 88 se limitaría, porque «ya se han cumplido los preparativos para la producción de reactores; y que se desplegarán de una forma enormemente repentina y con ello recuperaremos el dominio del aire».[311] Entre la baqueteada población, también corrían informaciones similares. El cabo Maletzki, por ejemplo, había oído decir a la gente, en Alemania: «Cuando salga el "caza de turbinas", todo irá de primera».[312]

No parecían existir dudas de ninguna clase sobre el rendimiento legendario del Me 262. Nueve días después de que lo derribaran, un radiotelegrafista de a bordo de un bombardero Ju 88 estaba seguro, en julio de 1944: «Ahora ya salen los cazas de turbinas y, si consiguen echarlos al ataque en gran número, los *tommies* van a estar vendidos con sus cuatrimotores. A la Luftwaffe le cuesta despegar, ahora aún tardará un poquito, quizá como medio año».[313] Algo ciertamente similar piensa el alférez Zink, del escuadrón de cazas 3: «Dentro de catorce días llega el [Me 262], el primer grupo. 1.200 aparatos. Va a ser un asalto totalmente repentino. [...] En dos minutos sube a los 12.000. Sube en un ángulo de 44 grados a 800 km/h. No se puede hacer absolutamente nada. Lleva incorporados ocho cañones, lo revienta todo. Con uno de esos puedes irte de paseo tan tranquilamente, ni que haya cien cazas en el aire».[314]

Zink mezcla los datos de rendimiento del avión cohete Me 163 con los del cazarreactor Me 262, pero esto mismo ya demuestra qué papel interpretaban los nuevos desarrollos en los mundos de la fantasía y el deseo de los soldados de la Luftwaffe. El despliegue masivo de los Me 262, sobre el que se conjetura en los campos aliados de prisioneros sometidos al espionaje, no llegó a producirse nunca. Los primeros aviones se desplegaron como parte de una unidad experimental, desde agosto de 1944. Aunque los pilotos de este aparato «fantástico»[315] estaban entusiasmados, su intervención no tuvo efectos destacables, debido a las considerables dificultades técnicas que vivió en esos comienzos, a la gran superioridad aliada y, por último, a que en ningún caso era invulnerable. Así, los cerca de

200 Me 262 que se desplegaron antes de que terminara la guerra derribaron a unos 150 aviones enemigos, con una pérdidas propias de en torno al centenar.[316]

Las conversaciones sobre técnica podían absorber del todo a los soldados. Les interesaba la presión de admisión de los motores, la velocidad, el armamento, y estaban atentos con curiosidad a los tipos más nuevos de aviones. No situaban las innovaciones técnicas en un contexto más amplio, sino que solían pensar en ellas, por lo general, solo hasta la aparición del próximo modelo y la siguiente fantasía de batalla aérea. No se planteaban cuestiones como, por ejemplo, por qué Alemania no era capaz de construir motores de avión de la clase de 2.500 CV y superior; o por qué los aliados habían introducido el radar de onda centimétrica antes que los alemanes. Pero tampoco era de esperar que ocurriera así. Si los ingenieros de los motores de automóvil no meditan sobre el cambio climático cuando construyen las piezas de un chasis; ni los técnicos de las centrales eléctricas reflexionan sobre la posición de monopolio del consorcio de la energía, en el que se empleará la parte por ellos desarrollada, tampoco los expertos de la guerra aérea integraban los aparatos técnicos y su manejo virtuoso en los contextos políticos, estratégicos ni, menos aún, morales. A la razón instrumental y la fascinación técnica, tales contextos les resultan del todo indiferentes. De ellas deriva la fe en la técnica y el progreso por sí mismos, la fe todavía no empañada que caracteriza la primera mitad del siglo XX. Las utopías de la factibilidad dominaron hasta tal punto el pensamiento que en ningún momento pareció verosímil que una «superarma», un «arma maravillosa», no bastara para alterar decisivamente el curso de la guerra.

Superarmas

Tras la derrota de Stalingrado, la propaganda nacionalsocialista se esfuerza por estimular las esperanzas de victoria de los «camaradas nacionales» con insinuaciones sobre la venganza.[317] En la primavera de 1943, aparecen también en las conversaciones de los presos alemanes las primeras historias sobre una categoría de arma radicalmente novedosa. Un radiotelegrafista del submarino U-432 predice, en marzo de 1943:

> Luego hay una cosa de la que solo están al corriente los oficiales. Es una cosa, tiene que ser absolutamente terrible. El Führer la ha prohibido, la habían inventado y debía emplearse en los submarinos, [pero] el Führer la ha prohibido porque sería algo demasiado espantoso. De qué se trata, eso yo no lo sé. [...] Solo lo harán, ha dicho el Führer, si en alguna ocasión se llega a la batalla última del pueblo alemán, si depende de todas y cada una de las naves, entonces sí lo harán. De otra manera, en una batalla limpia ... no lo usarán.[318]

Aquí Hitler emerge, una vez más, como el salvador de Alemania, que solo en el último de los momentos desplegaría esa arma decisiva, tan espantosa como meramente supuesta. Y, para el narrador, resulta sin duda tranquilizador saber que aún se cuenta con el as en la manga de un arma secreta. El segundo oficial del forzador de bloqueos *Regensburg* informa, el 11 de abril de 1943, de que el locutor de radio del Alto Mando de la Wehrmacht (OKW), Otto Dietmar,[319] había hablado de un arma «contra la cual ni la mayor concentración de tropas del enemigo tendría ningún sentido».[320] Este oficial desconoce de qué se trata con exactitud, pero supone que debe de tratarse de una granada o una bomba de una extraordinaria capacidad explosiva, tal que, cuando se la hiciera estallar, todo quedaría «aplastado». El alférez de navío Wolf Jeschonnek también está seguro de que, cuando se introduzca el «nuevo artilugio [...], en ese punto, la guerra no tardará en terminar». Son cohetes de especial alcance que «lo hacen todo pedazos».[321]

El comandante Walter Burkhardt, al mando de un batallón de paracaidistas, coincide plenamente con esta opinión: Si en verdad se pudieran lanzar «esas anguilas [cohetes] gigantescas» a una distancia de 60 o 100 kilómetros, entonces «uno podría situarse en Calais y decirle a los ingleses: "O firmáis la paz, mañana, u os destruimos Inglaterra entera". ¡Tienen mucho futuro esas cosas!».[322] También el soldado de primera Honnet, de la 26.ª división acorazada, se expresa al respecto con confianza: «Si el desquite se produce así, entonces será temible: en unos pocos días, pueden dejar toda Inglaterra hecha cisco, que ya no se aguante piedra sobre piedra».[323]

Muy pronto —en los primeros meses del año 1943— se intensifica la convicción de que las nuevas armas, de carácter secreto, tienen que ser cohetes de largo alcance. Se menciona un peso total de hasta 120 toneladas con una cabeza explosiva de 15 toneladas; estos cálculos multiplican por

más de diez las características técnicas reales del V-2. Cuando caigan sobre Londres, lo destruirán todo en un radio de 10 kilómetros, dice el capitán Herbert Cleff, que permitió a los británicos conocer varios detalles técnicos de los V-1 y V-2, más de un año antes de su despliegue.[324] Cuatro de aquellos cohetes bastarían para asolar completamente Londres, cree en marzo de 1944 Hans Ewald, cabo de transmisiones del submarino U-264.[325]

Otros soldados tienen expectativas más contenidas y hablan de un potencial destructivo de entre 1 y 10 kilómetros cuadrados en torno del punto de impacto.[326] Sea como fuere, tanto se valoraba la eficacia de los cohetes y tan poco se dudaba de que era realista pensar en su utilización, que varios prisioneros se sintieron amenazados por los cohetes alemanes, al hallarse internados en campos próximos a Londres, y expresaron su confianza en un pronto traslado, de preferencia a la segura Canadá.[327] Por otro lado, los soldados son conscientes de que la población alemana comparte sus expectativas positivas. «Este mes de marzo [de 1944] aún estuve en la patria —dice el comandante Heinz Quittnat—. Y les puedo decir lo siguiente: el pueblo alemán, en su totalidad, confía en las armas de represalia [cohetes V]. Nos hemos imaginado el arma de represalia de un modo que, cuando se emplee, la moral de los ingleses se quebrantará en corto plazo e Inglaterra se aprestará a negociar.»[328]

¿Cómo debería funcionar el proceso en la práctica, teniendo en consideración que Gran Bretaña, a pesar de los diez meses de ataques aéreos de 1940-1941, no había hecho concesiones? Los soldados no hablaban de la cuestión. Aparte de las referencias técnicas al posible modo de funcionamiento de los cohetes, y de hablar de sus dimensiones, carga explosiva y alcance, no había ningún análisis de los resultados; se trataba de la pura *fe* en que estas armas provocarían el ansiado cambio radical. Dice el cabo Clermont: «Por mi parte, creo en la represalia, de todas todas. La patria inglesa quedará aniquilada».[329] «¡¡La nueva arma ganará la guerra!! En eso creo»,[330] dice asimismo el alférez Arnim Weighardt, del U-593, en enero de 1944. Y el alférez Hubert Schymczyk, del escuadrón de combate 2, le dice en abril de 1944 a un camarada: «Yo creo, pero al 100 por 100, en la represalia. Cuando la desaten aquí, la pobre Inglaterra quedará destruida».[331]

En las tres ramas de la Wehrmacht también había confianza plena en que las superarmas supondrían la salvación, hecho que resulta particularmente llamativo en el caso de los oficiales de la Marina y la Luftwaffe: aunque eran expertos en la técnica y, en el frente, vivían constantemente la extraordinaria superioridad militar y económica de Gran Bretaña, no se formulaban la pregunta de cómo se podría conseguir, en concreto, el arrasador resultado que ansiaban. Perder la guerra les parecía impensable y, en consecuencia, *creían* en la utopía técnica que, a la postre, provocaría al fin el cambio a mejor. Aquí se demuestra —igual que ocurre en la sección sobre la creencia en el Führer (véase la p. 224)— que los deseos y sentimientos que los soldados habían invertido en la guerra y en el proyecto nacionalsocialista eran tan fuertes que ni siquiera el hecho de vivir experiencias plenamente contrarias en la realidad bastaba para que los dejaran de lado; antes al contrario, la fe en las superarmas se tornaba tanto más vigorosa cuanto más ilusorio resultaban el triunfo y los sueños de futuro que de tal victoria dependían.

En junio de 1944, poco después del desembarco aliado en Normandía, las superarmas habían alcanzado al fin el estadio de aplicación. En la noche del 12 al 13 de junio, en una acción apresurada, se dispararon contra Londres los primeros V-1. El primer lanzamiento masivo se produjo cuatro días después, el mismo día en el que también la propaganda informó del principio de la represalia. En el transcurso de esta acción se dispararon 244 V-1, de los que 45 cayeron a tierra nada más despegar y 112 llegaron a Londres.[332]

«Durante la noche y la mañana, el sur de Inglaterra y la zona urbana de Londres han sido atacados con cuerpos explosivos del calibre más pesado, de nuevo desarrollo. Desde la medianoche, estas zonas, con tan solo mínimas interrupciones, se hallan bajo este fuego. Sin duda la destrucción será muy importante.»[333] Este informe de la Wehrmacht, del 16 de junio de 1944, notificó con laconismo el hecho tanto tiempo esperado por decenas de miles de alemanes: por fin había entrado en acción el cohete V-1, la primera «superarma» del Tercer Reich. «El día que ansiosamente aguardaban 80 millones de alemanes ha llegado», se lee en el periódico *Das Reich*. El ánimo de la población mejora de una forma perceptible: en un

informe del servicio de seguridad de la sección Fráncfort del Meno se dice, en estos días: «Era conmovedor escuchar a los simples trabajadores expresar su alegría y afirmar que su imperturbable confianza en el Führer ha encontrado ahora de nuevo su confirmación. Un trabajador de edad comentaba que las armas de represalia nos traerán ahora la victoria».[334] Sobre estas palabras, interesa notar la conexión directa entre la confianza en el Führer y la fe en las superarmas; ambas están muy relacionadas entre sí y documentan la esperanza de salvación que emerge una y otra vez del Führer y que, a la inversa, comporta un aumento de la percepción con respecto a la realidad (véanse las pp. 224-225). Pero esta fe —a diferencia de lo que afirma el refrán— no bastó para mover las montañas.

Ciertamente, el 29 de junio los alemanes ya habían lanzado su milésimo V-1, y los daños causados no eran insignificantes: la bomba voladora generaba, en su impacto, una poderosa onda de choque capaz de destruir calles enteras. Hasta finales de junio, los V-1 causaron la muerte de 1.700 ingleses y heridas a otros 10.700. Además, la constante amenaza de las «armas de represalia» obligó a la Royal Air Force a erigir, al sur de Londres, un poderoso anillo de defensa con miles de cañones antiaéreos, globos de bloqueo y aviones de caza. Sin embargo, todo esto sirvió de bien poco, a la vista de los bombardeos aliados de las ciudades alemanas, que no tenían fin; cada uno de los bombardeos provocaba una gran diversidad de daños y la muerte de gran número de personas. El efecto militar de las superarmas, por lo tanto, fue sumamente escaso.

El valor más característico de las armas V radicaba en su efecto psicológico; y no tanto el que tuviera en los londinenses aterrorizados, sino ante todo el que ejerció sobre la población alemana y los soldados de su país. Mientras de todos los frentes llegaban malas noticias, la propaganda nacionalsocialista mantuvo en alto el ánimo de los «camaradas nacionales» con noticias eufóricas sobre el despliegue de las armas de represalia. La bomba volante se había bautizado como V-1 de forma completamente deliberada, para con ello despertar esperanzas y expectativas al respecto de una V-2. La élite del Tercer Reich también acogió dudas crecientes al respecto de si era correcto concentrar la esperanza en armas siempre nuevas, que luego quizá no se podrían desarrollar. «Desde que la población

espera diariamente la maravilla de las nuevas armas, y alberga dudas de si sabemos que solo faltan unos minutos para las doce y que no se puede responder de una nueva retención de estas nuevas armas —acumuladas—, surge la duda de si esta propaganda es adecuada a nuestros objetivos», escribió Albert Speer en una carta dirigida a Hitler.[335] Entre la población no tardó en generalizarse igualmente una honda decepción sobre el efecto perdurable de los V-1. En las actas de las escuchas también puede constatarse por igual la esperanza y la decepción al respecto del despliegue de las armas V. El teniente Kostelezky, que luchaba en la última cima de la península de Cotentin, opina:

KOSTELEZKY: Cuando supimos de las armas de represalia, en Cherburgo, y llegaron las primeras noticias de Londres, un mar de llamas, nos dijimos: la historia ha empezado bien, desde luego, ahora nos toca a nosotros resistir en nuestra península. Ahora veo que toda la represalia es cosa, más o menos, de una revista de humor.[336]

Como la propaganda nacionalsocialista no disponía de imágenes de los daños causados en Londres, en Alemania nadie podía formarse una impresión clara del efecto de las armas V. En su camino a los campos especiales, situados todos en la cercanía de Londres, los prisioneros intentaban formarse una imagen propia de la represalia. A todas luces, Kostelezky está desanimado porque ha visto muy poca destrucción; nada que pasara de lo esperable en una «revista de humor», según comenta decepcionado. También a los generales que llegaron a Trent Park en julio y agosto de 1944 les sucedió lo mismo.[337]

La fe en que las armas de represalia podrían invertir el curso de la guerra solo fue declinando lentamente, en un principio. Hasta mediados de julio aún se constata en nuestro material la presencia de voces muy optimistas,[338] a las que pronto relevó la esperanza en el efecto de los V-2. Las expectativas puestas en los V-1 se repiten aquí, en parte, literalmente. El V-2, según dice el teniente coronel Ocker Ende en agosto de 1944, «ese vendrá a tener, pongamos, 50 veces el efecto que tenía el V-1».[339] Por ello, al oficial cadete Mischke, del submarino U-270, le parece lo mejor «ir a

Canadá. Aprecio demasiado mi vida. Si lanzan los V-2 y nosotros todavía estamos aquí, en ese caso, moriremos todos».[340] El sargento primero Kunz, del regimiento de infantería 404.º, está firmemente convencido:

KUNZ: Cuando entre en acción el V-2, la guerra terminará y lo hará a nuestro favor. De esto no hay duda. Porque yo sé qué efecto tendrán cuando se los emplee. [...] Y es que cuando entre en acción el V-2, la guerra habrá acabado. Porque donde caiga un V-2, acabará con cualquier forma de vida que haya allí. Lo destruirá todo, tanto si es un árbol como si es una mata o una casa. Lo arrasará todo.[341]

Kunz cuenta que ha podido observar el efecto de un V-2 en un campo de pruebas. «Donde impactaba el artefacto, los hombres eran como polvo. Todo queda como si se hubiera congelado, eso es lo que parece; y si le das un toque, se deshace.» Como fruto de sus «observaciones» concluye que la cabeza explosiva del V-2 actúa como una bomba de frío, capaz de congelar a las personas. También le parece que puede sacar esa conclusión porque, en cierto discurso, Hitler había dicho: «Si llegamos a necesitar un último recurso, utilizaremos el arma más temible que ha podido inventar jamás la humanidad. En tal caso, si empleo esa arma, que Dios me perdone».[342]

Kunz luchaba en Aquisgrán, sitiada por los aliados, y había llegado al campo de prisioneros el 22 de octubre de 1944. Pese a que obviamente Kunz no lo sabía, el V-2 se estaba empleando ya desde el 8 de septiembre. Pero las expectativas de su utilización no se cumplieron, el efecto de la propaganda se mantuvo en niveles bajos y en las actas de las escuchas hallamos pocos comentarios sobre el uso de los V-2. La mayoría de los soldados que hicieron referencia a las armas de represalia no solo estaban cautivados por la fe en el Führer, sino, en la misma medida, por la fe en la técnica. No dudaron ni por un momento de que Alemania sería capaz de fabricar una «superarma» capaz de darle un giro decisivo a la guerra. La esperanza, pues, de estar a tiempo de conseguir la victoria se aunaba con la convicción de que los ingenieros alemanes serían capaces de dar un salto determinante en la técnica armamentística. Solo en contadas ocasiones había dudas fundamentales sobre tales ideas. El general y caballero Wilhelm von Thoma, como uno de los espíritus más críticos y reflexivos del centro de Trent Park, se cuenta entre los pocos que se muestran escépticos: «[...] y ahora dicen que vendrá un arma secreta; quizá destruya unas pocas

casas, eso será todo».[343] Poco tiempo después, cuando Göring anunció la represalia, Von Thoma comentó despectivamente que aquello se quedaría en enviar «unos cuantos petardos sobre Londres».[344]

Igual que la técnica apenas se consideraba en relación con el transcurso de la guerra, sobre su dimensión letal también es raro que se hable. Prácticamente nunca se habla del efecto concreto de las armas. Los barcos y aviones se «hunden», «derriban», «echan a tierra». El objetivo, en el contexto del discurso técnico, es siempre el material del enemigo, independientemente de si hablan a este respecto los pilotos de los cazas o las tripulaciones de los bombarderos.[345] «Yo he visto con mis propios ojos —cuenta el sargento primero Gromoll— cómo el capitán de mi escuadrilla, el capitán Suhr, volando sobre Linz, derribó con un tiro de un "30 milímetros" a un cuatrimotor, y lo hizo por delante, atacando por delante. Eso es lo más grande que yo he visto hacer nunca.»[346] El teniente Schlösser cuenta una información similar: «Los cañones de 30 milímetros, esos tienen una "granada mina". Cuando tocan un cuatrimotor, lo revientan del todo. No queda ni una pieza».[347] El entusiasmo sobre el efecto destructivo de los nuevos cañones de a bordo hace olvidar por completo la circunstancia de que, en ese mismo momento, se causa la muerte de diez aviadores estadounidenses; el desinterés por los efectos letales de las propias acciones ya ha quedado claro en todas las acciones relacionadas con la sección «Cargarse a tiros» (véase la p. 71).

De manera similar, un artillero de bombas de un «Ju 88» describe con orgullo cómo consiguió distinguir su objetivo, en la ciudad inglesa de Bristol, entre un agujero de las nubes: «Una de 500. ¡Patapam! Pegó allí en medio, ¡buf! No veas cómo se puso a arder, ¡ah...! Y lo rápido que se expandía. Todavía bajamos una vez más para comprobar si el incendio que habían provocado era real o no... ¡y era increíble! Podías ver directamente cómo los edificios se hundían y chocaban unos contra otros, por la manera en que ardía aquello allí abajo. Yo, o le di a un almacén de cereales, o era a un depósito de munición. Ya hacía rato que estábamos fuera, encima del mar, cuando aún vimos fragmentos que salían despedidos ruidosamente hacia arriba».[348]

Cuanto más eficaces resultaban las propias armas, con tanto más entusiasmo se hablaba de ellas. El sargento primero Willi Zastrau, radiotelegrafista de abordo de un bombardero Do-217, hace hincapié en las ventajas de un nuevo explosivo que se estaba usando en las bombas de 1.200 kg: «El triolino [trialeno] es el mejor explosivo que existe sobre la capa de la Tierra».[349] Siempre que se habla del trialeno, las tripulaciones saben contar historias sobre su enorme efecto. «Son de primera, macho, con esas dejamos Bari destrozada»,[350] dice el artillero de bombas Clausz, del escuadrón de combate 76. «Las bombas de barcos. Macho, cuando una de esas cae en el agua, al lado de uno de esos vapores, ¡lo levantan por los aires, se forma una columna, unos fuegos artificiales! Allí [alcanzamos] diecisiete barcos ... Los barcos de municiones, ¡cómo saltaban por los aires! Nosotros estábamos a 2.000 metros de altura, pero aún pude mirarlo desde mi posición como cañón central, tan alta era la llama, acabábamos de pasar por encima y retirarnos a más altura.»[351]

Pero no solo la alta tecnología prometía grandes resultados, sino también la más simple, las armas sucias. Así alaba un piloto de bombardero las nuevas formas de la fabricación de bombas:

KURT:* Una bomba que va contra las agrupaciones de tropas —y es una bomba con una carcasa muy, pero que muy fina, y rellena de hojas de afeitar oxidadas, de clavos viejos y demás— y tiene una carga explosiva pequeña y se emplea para alcanzar a la gente.

SCHIRMER:* Eso, probablemente, no se lo ha contado usted a él [el oficial de interrogatorios].

KURT: No, no. Está llena, como te digo, de hojas de afeitar viejas y demás porquería vieja; con eso se ahorra mucho material. Antes, para las bombas de fragmentación, se necesitaba una carga muy potente; eran de paredes gruesas, para que estallaran de verdad, para que hubiera muchos pedazos. Con estas se ahorra material viejo, pólvora, porque se utiliza una carcasa de lo más fina y se puede rellenar hasta de escombros. De estas han lanzado muchas.[352]

La técnica con la que los soldados de la Marina y la Luftwaffe llevaban a cabo la guerra decidía si —y cómo— podían cumplir con la tarea que se les encomendaba. Por eso figuraba en el centro de su concepción de sí mismos; por eso ejercía la enorme fascinación que cabe colegir de sus conversaciones. Si la técnica era eficiente, su uso provocaba gozo; pero si no estaba disponible o no era óptima y ello arruinaba el éxito de la misión, entonces no solo no resultaba «divertida», sino que además ponía en peligro

la supervivencia o al menos la integridad. Como la técnica y la fascinación por la técnica dominaban la vida cotidiana de la guerra, también continuaron figurando entre los temas dominantes de las conversaciones sostenidas en prisión. En la misma medida en que los hombres podían charlar y discutir sobre rendimientos y cilindradas de motores, o sobre radiofrecuencias, no se planteaban al respecto la duda sobre los contextos superiores; hacían como todos los trabajadores profesionales que centran toda su razón instrumental en el lugar y la tarea que se les encomienda. Justo en el contexto de la técnica bélica se muestra la relación entre la moderna industria del trabajo y sus condicionantes tecnológicos y el trabajo bélico, una vez más: la segunda guerra mundial es asimismo una guerra de técnicos e ingenieros, de pilotos, radiotelegrafistas y mecánicos. El trabajador de la guerra emplea instrumentos que en parte supone magníficos y que obviamente le fascinan. Precisamente por ello, la técnica forma un ámbito especial en el que los hombres se reúnen y sobre el que pueden intercambiar opiniones durante horas.

Fe en la victoria

Nunca he pensado que íbamos a perder la guerra, pero ahora estoy convencido de que sí.

Comandante Arnold Kuhle, 16-6-1944[353]

La formación del marco de referencia de la guerra, según hemos visto, dependió sobre todo del sistema de valores militar, la fe en la técnica y el «mundo próximo» social de los soldados. Esto no significa que el desarrollo general de los acontecimientos bélicos no tuviera ninguna importancia para ellos. A través de los periódicos, la radio y los relatos de los camaradas —o la mera circunstancia de ser destinados a una punta remota de Europa—, las derrotas y victorias de la Wehrmacht siempre estaban presentes, incluso cuando los soldados en sí mismos no tenían que ver con ellas. La interpretación de esta sucesión de acontecimientos la determinaban, con

especial intensidad, las propias vivencias de la guerra. En las páginas siguientes analizaremos cómo interpretaban los hombres el contexto general de sus acciones ante el telón de fondo de su marco de referencia.

Guerra relámpago (1939-1942)

Aprestar a la defensa al pueblo alemán y sus soldados fue, desde 1933 (véase la p. 57), uno de los objetivos principales de la dirección nacionalsocialista y la suma jefatura de la Reichswehr, en estrecha conexión con el proceso de rearme. Aunque mediante la «adquisición de armas mentales y espirituales»[354] se consiguieron éxitos claros, en septiembre de 1939 la guerra no se recibió con entusiasmo. La rápida conquista de Polonia, la ocupación de Noruega y, sobre todo, la aplastante victoria sobre Francia —que nadie esperaba fuera tan apabullante— dieron origen a una mayor euforia victoriosa, que consolidaron los éxitos en África y los Balcanes.

En esta época, el ánimo era especialmente positivo entre los soldados de la Luftwaffe. En el verano de 1940, las conversaciones espiadas a los presos están dominadas por la expectativa de que las tropas alemanas no tardarían en desembarcar en Inglaterra y devolverles la libertad. Los prisioneros están plenamente convencidos de la victoria alemana: «Dentro de un mes, o de seis semanas, la guerra habrá acabado, [...] el ataque [se producirá] ya esta misma semana o el próximo lunes»;[355] «la guerra ya está ganada, por ahora»,[356] existen «expectativas muy positivas» de que ya no durará mucho.[357] Un teniente derribado reflexiona incluso sobre la idea de que, cuando se haya conquistado Gran Bretaña, desea encargar nuevos trajes a los mejores sastres ingleses.[358] Cuando las pérdidas aumentaron considerablemente, se perdió la batalla de Inglaterra y hubo que posponer la invasión de este país, los pilotos aún siguieron, en su mayoría, poseídos por la fascinación ante la propia fortaleza. En la primavera de 1941, las perspectivas de futuro políticas y militares todavía eran muy positivas. El principio de la invasión de la Unión Soviética no alteró nada esta situación. Al contrario, con la esperanza alegre de una pronta victoria en el este, se creía que se podría retomar con fuerzas renovadas la triunfante ofensiva del

oeste. Como en 1941-1942 fueron pocas las unidades volantes que se desplazaron del este al oeste o viceversa, entre los soldados a los que el servicio de inteligencia británico pudo espiar en esos años solo una minoría había combatido personalmente en la Unión Soviética. En consecuencia, el punto de vista que nos dan las actas de las escuchas es un punto de vista externo. Las graves pérdidas de la Wehrmacht en la Unión Soviética, el extremo agotamiento de las tropas en otoño, el invierno napoleónico ante Moscú:[359] todo esto apenas tiene reflejo en nuestras actas. En 1942, la expectativa estratégica de futuro siguió siendo la misma, tal como recoge por ejemplo el sargento primero Willi Zastrau, radiotelegrafista del escuadrón de combate 2, en junio de ese año:

ZASTRAU: Rusia está hecha una mierda. Ya no tienen qué echarse a la boca, después de que hayamos conquistado Ucrania. No tardaremos en firmar la paz con Rusia y luego atacaremos Inglaterra y América.[360]

Sobre las expectativas de futuro de los soldados de Tierra, las actas de las escuchas no nos ofrecen información válida hasta 1944, cuando se hizo un gran número de prisioneros de guerra en Italia y Francia. Aunque desde 1940 van apareciendo en nuestro material algunos miembros aislados del ejército de Tierra, su número es demasiado escaso como para derivar de ello una interpretación específica de la guerra. Las interpretaciones transmitidas encajan en lo esencial con las que el estudio histórico ha podido obtener ya de otras fuentes. A diferencia de lo vivido en la Luftwaffe, la euforia sobre los propios éxitos sufre ya por primera vez un intenso sobresalto en el crítico invierno de 1941-1942. Por otro lado, en febrero de 1942 la jefatura de la Wehrmacht ya partía de la convicción de que las tropas habían salido del «pozo anímico» y los soldados creían «haberlo conseguido», según apuntaban los resultados del análisis del correo de campaña.[361] Obviamente, superar la crisis había dado una nueva confianza en sí mismos a los «combatientes del este»,[362] que, en ese momento, como anteriormente, se imaginaban superiores a los soldados soviéticos.

En la fase de las guerras relámpago, los soldados comprimían los acaecimientos generales de la guerra con las vivencias propias, de modo que concebían una expectativa de futuro muy positiva. En la Luftwaffe y el

ejército de Tierra, la superioridad propia frente al enemigo en todos los frentes interpreta un papel decisivo. Esto explica también que los contratiempos, o incluso el hecho de ser apresado, no bastaran para que la confianza sufriera ninguna sacudida de calado. Para los soldados de la Marina, en cambio, la situación era distinta. Su marco de referencia de la guerra, en un punto de no poca importancia, estaba formado de otro modo: ellos tenían clara constancia de que la Marina Real británica era enormemente superior. Aun a pesar de unos pocos triunfos, ningún camino podía obviar el reconocimiento de que la victoria iba a caer del lado de otros. La perspectiva de los hombres de los submarinos que cayeron presos de los británicos, en consecuencia, ya era menos optimista incluso en la fase de las victorias relámpago. El ingeniero jefe del U-32, el teniente Anton Thimm, opina en noviembre de 1940: «Los ingleses tienen esa condición desde hace años; en esto basta con mirarse los negocios de por aquí y más aún los de una gran ciudad. La rama de los submarinos no lo va a conseguir, y los aviadores, tampoco. Este tiempo es para los ingleses».[363] El teniente Hans Jenisch, el comandante del mismo submarino que fue condecorado con la Cruz de Caballero, se muestra incluso seguro en noviembre de 1940: «En mi opinión, el submarino está superado. Toda la rama submarina». Tal grado de crítica resulta excesivo para su interlocutor: «¡Y que eso lo digas tú, que eres comandante de un submarino! Un marino famoso. ¡Esto es algo inaudito!», responde el capitán de navío Wilfried Prellberg, indignado. Los comentarios pesimistas de Jenisch son tanto más llamativos cuando, además de ser un comandante extraordinariamente exitoso, también había conseguido salvar la vida de casi toda la tripulación de su nave hundida. Tales voces no fueron, en ningún momento, casos aislados. «El arma submarina está acabada. Completamente acabada»,[364] decía un contramaestre en junio de 1944. Otros hombres dudan de si la estrategia empleada en la batalla contra Gran Bretaña es razonable («un bloqueo no servirá nunca para achantar a los ingleses»)[365] o creen que la guerra será larga y «muy mala para nosotros».[366] Y el suboficial de radio Willi Dietrich, del U-32, llega a preguntarse incluso en noviembre de 1940: «Ah, ¿cuándo acabaremos de perder la guerra?».[367] Hasta el fin de año de 1942, hubo pocos cambios en esta actitud. Naturalmente, entre los soldados de Marina

también había algunos optimistas que confiaban en una pronta victoria en Rusia, tras la cual se desarrollaría una ofensiva exitosa contra Gran Bretaña. El primer oficial de guardia del U-95, el alférez de navío Egon Rudolph, imagina un futuro pintado con colores vivos:

RUDOLPH: Hay por todas partes soldados alemanes. Gibraltar salta por los aires. Bombas y minas estallan por todas partes. Nuestros submarinos están delante de Londres. A aquellos les revienta el culo del puro estruendo que hay. ¡Y hay ataques aéreos de día y de noche! Esos ya no van a tener calma nunca más. Ya pueden ir a esconderse en sus madrigueras de Escocia, a comer hierba. ¡Que Dios castigue a Inglaterra y los Estados de alrededor![368]

Rudolph era un fanático nacionalsocialista y antisemita que odiaba asimismo a los ingleses. Sus perspectivas de futuro, sin embargo, no solo eran extraordinarias por la elección de las palabras. En aquel momento, pertenecían a lo que ya solo era una minoría de optimistas. Aunque la mayoría, en el interrogatorio directo, siempre afirma contar con la victoria de Alemania,[369] en las conversaciones se muestran más escépticos y retraídos. Un contramaestre del U-111 dice estar seguro de que «si la guerra no llega a su fin, este mismo año, en el frente del este, entonces es posible que la perdamos».[370] Josef Przyklenk siente escalofríos al pensar en el futuro, en marzo de 1942:

PRZYKLENK: Está claro que en Rusia hemos dado un paso atrás. Incluso si volvemos a conquistar esa zona, pongamos 100 kilómetros, Rusia seguirá estando ahí. Es diez veces más grande que Alemania. Y si los rusos han perdido ya a las unidades de élite de entre sus tropas, entonces tenemos que contar que nosotros también habremos perdido a nuestras tropas de élite. Es algo en lo que no puedo pensar. Si alguien me pregunta si vamos a ocupar Rusia, a ese le respondo: «Sí». Pero cuando lo pienso... Buf, entonces la cosa tiene otro aspecto. En octubre del año pasado, Adolf ya lo dijo: «Empieza la última batalla contra los rusos». Mierda, y eso es lo que era, macho.[371]

Aquí resulta interesante, sobre todo, cómo Przyklenk diferencia entre la actitud oficial contra los oficiales británicos responsables de los interrogatorios («a ese le respondo: “Sí”») y la opinión más personal. Y, de nuevo, hallamos una disonancia entre lo que uno debe creer y esperar y lo que la realidad le ofrece. Przyklenk resuelve el conflicto negándose a pensar en ello («es algo en lo que no puedo pensar»).

Aun cuando los soldados de Marina no reflexionaban sobre las cuestiones estratégicas, sino que se ocupaban de aspectos muy concretos de sus experiencias en la guerra naval, algunos llegaron a expresar valoraciones claramente negativas. Tras haber vivido en diciembre de 1941 una dura batalla contra un convoy, en la que su submarino resultó hundido y la tripulación sufrió muchas bajas, Karl Wedekind lo tiene claro: «La guerra submarina está muy jodida. Los submarinos no pueden hacer nada».[372] Incluso en agosto de 1942 —un mes comparativamente exitoso—, el cabo de Marina Heinz Weszling se muestra netamente frustrado: «La guerra submarina es una mierda. [...] Por mí, ya se pueden pudrir, todos los submarinos. [...] ¡Yo, al menos, ya estoy harto de esta mierda de guerra!».[373]

De Stalingrado al Desembarco (1943-44)

Solo después de las primeras derrotas graves del invierno de 1942-1943, los soldados de la Wehrmacht perdieron, en su mayoría, la confianza en la victoria. A este respecto, Stalingrado marcó el punto de inflexión psicológica de la guerra.[374] La mayoría opinaba que, ahora, la guerra sería muy larga y desembocaría en unas tablas. «¡Qué golpe más vergonzoso! No se puede ni calcular siquiera la importancia de este fiasco»,[375] dice el soldado de primera Faust. Y el brigada Schreiber está convencido de que: «si el año que viene no liquidamos a los rusos, nos vamos a la mierda. Estoy segurísimo. Basta con pensar en todo lo que están produciendo los americanos».[376]

Las noticias de nuevas derrotas o nuevos éxitos hicieron oscilar el barómetro anímico, en adelante, pero no transformaron la tendencia fundamental. Es más frecuente que aparezca la idea de la derrota, lo que provoca discusiones vehementes entre los soldados. El 22 de marzo de 1943, hablan dos pilotos de bombardero, ambos con el rango de teniente, sobre las perspectivas de la guerra:

FRIED: Creer en una victoria final resulta ridículo.
HOLZAPFEL: ¿Qué ánimo es ese? ¡De puro motín!

FRIED: Nada que ver con un motín. Mírese los submarinos, ya no están llegando, pero en todo el mundo están construyendo barcos para los aliados.

HOLZAPFEL: Yo no me puedo imaginar que la jefatura sea tan estúpida.[377]

Holzapfel y Fried compartieron dos semanas en el campo de Latimer House, donde se los escuchó en secreto, y al parecer se entendieron bien el uno con el otro. Los dos eran pilotos de combate experimentados, que hablaron con amplitud de detalles sobre los ataques que habían emprendido contra Inglaterra. Holzapfel toleró algunas afirmaciones escépticas de Fried. Pero este cruzó el límite de Holzapfel cuando, de forma «inaudita», puso en cuestión la victoria final. Eso era algo que, a su modo de ver, no podía admitirse. Las consecuencias de una idea tal estaban al alcance de la mano y a Hartmut Holzapfel le resultaban insoportables.

Aparte de los optimistas incorregibles, que en el verano de 1943 todavía hablan de una invasión alemana de Inglaterra,[378] la mayoría cree aún que una derrota resulta sencillamente imposible. Aquí se nota hasta qué punto la euforia vivida por los éxitos de la guerra relámpago y la convicción de poseer una superioridad ilimitada choca con la realidad del desarrollo de la guerra: las expectativas y la realidad no encajan y surge una disonancia cognitiva (véase la p. 232). En consecuencia, ahora el deseo determina la valoración de las circunstancias, por ejemplo la esperanza de que la «jefatura» lo resolverá.

Mientras el suboficial Kratz, mecánico de a bordo de un Do-217, ojea en su celda un periódico inglés, le llama vivamente la atención un mapa sobre la evolución del frente ruso. «Hasta ahora siempre había pensado que la retirada era táctica», medita, a lo que el suboficial Lewelel le replica prontamente: «En esto lo mejor es no preocuparse. No sirve de nada».[379] Lelewel expone con sus palabras un punto decisivo: ¿Cuál debería ser la consecuencia de reconocer que la guerra está perdida? Estos hombres eran en efecto parte de la guerra, habían invertido en ella energía, ideas y esperanzas, habían arriesgado su vida, probablemente habían perdido a camaradas... ¿Qué alternativa podría ser más natural que concluir el camino ya emprendido? A este respecto, no debemos perder de vista que precisamente las decisiones y experiencias que se acompañan de dificultades y cargas considerables solo a disgusto se ponen en duda a

posteriori, porque esto podría suponer quitar valor a las penalidades asociadas. Además, el ser humano tiende a legitimar ante sí aquello que ha llevado a cabo con un sentimiento ambiguo, para así poder armonizarlo con la imagen de sí mismo. Por ello, subjetivamente es frecuente que parezca más razonable repetir una acción antes que realizar correcciones que la pongan en duda. Así, cuando se ha descartado una duda pese a que esta parecía juiciosa, en las inercias de «dependencia del camino» crece la probabilidad de que en una situación análoga se actúe del mismo modo por segunda, tercera, cuarta vez. Y, a la inversa, cada vez es más improbable que uno se aleje del camino ya emprendido. Esto explica que a los soldados no les resulte nada provechoso pensar sobre la falta de expectativas de la propia actuación.

Para comprobar el grado de entusiasmo de estos hombres, que hacía años que se empeñaban en una lucha sin esperanzas de éxito contra la defensa aérea británica, nos vale una conversación entre tres pilotos que habían sido derribados en el marco de una última ofensiva de bombardeo alemán contra Londres, la que se bautizó como «Baby-Blitz». El alférez Hubertus Schymczyk recuerda cómo se le dio a conocer el inicio de la ofensiva. De pronto, todo parece volver a ser como en los viejos tiempos:

SCHYMCZYK: Todavía lo recuerdo, el 21 de enero [de 1944], charla previa a los vuelos, entra el comandante Engel:[380] «Salud, camaradas —es lo que dice siempre—, hoy es para nosotros, para el escuadrón de combate 2, un acontecimiento especial. Por primera vez desde hace dos años y medio, en esta ocasión no estaremos solos, sino que ¡volarán a Londres con nosotros entre 400 y 500 camaradas de la fuerza aérea alemana!». Ante estas palabras, tronó por toda la sala un grito de «¡Hurra!». El entusiasmo era tan increíblemente poderoso que no se lo puede uno ni imaginar.[381]

En su mayoría, los pilotos de la Luftwaffe no se hallaban en la situación mental precisa para hacerse una imagen objetiva (al menos en parte) de la guerra. Sobre todo, es sorprendente que su sangrienta batalla contra Gran Bretaña —ya fuera en Francia o en el espacio del Mediterráneo — no se hiciera notar negativamente con mayor claridad. También es cierto que aquellos que reflexionaban y estaban preparados para extraer conclusiones a partir de las informaciones a su alcance, sabían ver las cosas, a veces, con una claridad irresistible. Así, por ejemplo, el teniente coronel

Wilfried von Müller Rienzburg, un oficial vienés de la Luftwaffe, de treinta y ocho años: «Sin un milagro, ya va a ser imposible ganar esta guerra. Los pocos que aún se lo creen son unos perfectos idiotas. Es solo cuestión de unos meses que nos vayamos a la porra. En primavera lucharemos en cuatro frentes y esto, naturalmente, nos priva de cualquier esperanza. Para nosotros, la guerra está perdida».[382]

En el tiempo que transcurrió entre Stalingrado y el desembarco de los aliados en Normandía, los soldados de Marina expresaron opiniones sobre la guerra aún más escépticas y pesimistas que los hombres de Tierra y la Luftwaffe. En su «mundo próximo» social, ya prácticamente no hubo nuevos éxitos desde la primavera de 1943. El giro que dio la batalla del Atlántico en mayo de 1943 fue definitivo y, más aún: total. La Marina quedó casi desprovista de toda significación militar y su mirada hacia el futuro estaba marcada por el pesimismo correspondiente. «Todo lo que sea manejar submarinos ya no es más que suicidio. Ya no es manejar nada. Lo mejor es hundir el submarino mientras aún está en el puerto», opina el marino de veintiún años Horst Minnieur, del U-732, el 27 de noviembre de 1943.[383] No estaba solo en este juicio: «El viejo espíritu de los submarinos está liquidado; lo único que ha quedado es el horror y el miedo».[384] Fritz Schwenninger, camarada del mismo submarino, de diecinueve años, añade: «Lo que tiene que vivir hoy el arma submarina solo se puede comparar con Stalingrado».[385] Dos marinos que, con mucha suerte, habían sobrevivido al hundimiento del acorazado *Scharnhorst*, se preguntaban cómo continuaría la historia, a la vista de la catastrófica situación de la guerra:

WALLEK: Las posibilidades de victoria están 100 a 1 en contra de nosotros. Luchamos contra los tres pueblos más poderosos de la Tierra.

SCHAFFRATH: Comenzar la guerra fue una locura. Y que aún intenten ganarla, eso no lo entiendo, de ningún modo. Pero entre nosotros todavía hay muchos que no saben pensar y no pueden comprenderlo. La invasión [el desembarco] se producirá este mismo año, sin duda, y luego marcharán hasta llegar a la misma Alemania.[386]

El comandante en jefe de la Marina de guerra, Karl Dönitz, intentó contrarrestar el pesimismo y escepticismo con todos sus medios. Así, por ejemplo, en su decreto contra los «excesos de críticas y quejicoserías», de septiembre de 1943, exige que se dejen de ver las cosas negras. En adelante

solo debe haber «combate, trabajo y silencio».[387] A Joseph Goebbels le complacía esta dirección moral de la guerra. Por ello, anotó con satisfacción en su cuaderno que Dönitz, debido a su «férrea dureza», parecía capaz de darle un giro positivo a la guerra naval y superar así la crisis. Prescindía del cuerpo de oficiales, antiguo y desgastado, vencía la «provocadora resignación ante el desarrollo de la guerra» y ofrecía nuevas ideas para la continuación de la guerra submarina. Sin embargo, todos estos llamamientos enérgicos y discursos fogosos de la jefatura resbalaron sobre el efecto directo de la propia vivencia. Cada vez eran más numerosos los soldados de Marina que creían en una derrota alemana; en el otoño de 1943, quizá un 45 por 100, según los resultados de una encuesta realizada entre los presos de los campos especiales británicos.[388]

Hace algunos años, Rafael Zagovec apuntó un resultado similar de una encuesta realizada entre soldados de Tierra en Túnez, en abril de 1943. Para los aliados, este cuestionario arrojó la asombrosa conclusión de que esos soldados apenas tenían fe en la cuestión propia ni seguridad en la victoria. En su mayoría, estaban «hasta las narices» y no mostraban interés por las preguntas de sus superiores.[389] Que aun así continuaran combatiendo era algo que, en aquel momento, los estadounidenses apenas supieron explicarse.

Sin duda, no todos y cada uno de los soldados miraban al futuro con dudas. Con la estabilización de los frentes, a finales de 1943, hubo una clara consolidación del ánimo y la confianza. La dirección nacionalsocialista y la de la Wehrmacht intentaron aportar elementos con ese mismo fin. La creación de los NSFO —oficiales que actuarían como líderes nacionalsocialistas—, el 22 de diciembre de 1943, fue una de las consecuencias. Según Hitler, estos «líderes de espíritu militar» debían persuadir a los soldados a «creer» en la victoria, por mucho que no supieran de qué modo se iba a obtener.[390] Hoy es imposible comprobar qué éxito tendría esta medida, aunque seguro que no pudo ser muy intenso. En las actas de las escuchas de la Marina y la Luftwaffe, aparecen cada vez más referencias a lemas de la propaganda que los soldados no tenían inconveniente en incorporar a sus puntos de vista. Pero no llegó a producirse un cambio de tendencia.

El último año de la guerra

La llegada de la Invasión [el Desembarco] se percibe en general como alivio de una tensión insoportable y una incertidumbre gravosa. [...] La noticia del principio de la Invasión se recibió en parte con gran entusiasmo.

Informe del Servicio de Seguridad, 8-6-1944[391]

En junio de 1944, la segunda guerra mundial había quedado decidida, en lo militar. Los aliados habían puesto en movimiento la armada más descomunal de la historia, con el fin de desembarcar a sus tropas en la costa de Normandía. Hoy sabemos que solo el mal tiempo podría haber frustrado la operación. Desde la perspectiva de entonces, sin embargo, la cuestión era mucho menos clara. Los aliados ya no dudaban en absoluto de que ganarían la guerra, pero no tenían una certeza plena de si el salto al continente sería viable o no. Eisenhower había llegado a preparar un discurso radiofónico para la eventualidad de un fracaso. Y, desde el lado alemán, amplias partes de la población aún creían que era probable que la Abwehr pudiera contener el desembarco aliado hasta provocar una situación de tablas o incluso lograr la victoria.[392]

Nuestro material confirma el hallazgo de que los soldados, en su mayoría, no eran en absoluto de la opinión de que la batalla estaba definitivamente *perdida*. El Desembarco, para muchos, se entendía más bien como una posibilidad bienvenida de dar una vez más un giro al curso de la guerra. En una conversación entre el coronel Hauck y el coronel Annacker —ambos habían caído prisioneros siendo comandantes de regimientos de la 362.ª división de infantería, en Italia—, vemos expectativas que eran las típicas, un día después de iniciarse el Desembarco:

HAUCK: Tiene que ser posible detener esta invasión.
ANNACKER: Sí, yo también lo pienso. Pero si no lo conseguimos, entonces se ha acabado.
HAUCK: Acabado.
ANNACKER: Pero si conseguimos detener esta invasión, entonces Alemania podría tener una base para la negociación.[393]

También el capitán Gundlach, un oficial de infantería —que defendió su búnker en las inmediaciones de la pequeña ciudad costera de Ouistreham, en Normandía, sin ceder hasta el último momento (véase la p. 261)—, tiene esperanza en que habrá salida:

GUNDLACH: Uno supone que nuestros líderes nunca cometerían la frivolidad o, digámoslo así, nuestro Führer, si no estuviera convencido de que..., en fin, si no hubiera posibilidades de ganar la guerra todavía, con algún recurso, entonces está claro que él tendría la honradez de salir a decirnos: «¡Atención, pueblo! ¡Juzgadme!». Y entonces se atravesaría la cabeza con una bala, para no tener que vivir lo que ya no se puede llevar a cabo, antes de que su pueblo cayera en un abismo sin descanso; eso si él no tuviera ya la convicción de tener un recurso en la mano, algo que aún puede decidir la guerra.[394]

Aquí volvemos a ver reunidas, una vez más, la fe en la victoria final y la fe en el Führer (véase la p. 224). A pesar de todo el esfuerzo psíquico empleado para seguir movilizando la confianza en el triunfo, la apabullante superioridad material de las tropas aliadas —en particular, su dominio absoluto del aire y el brutal despliegue de su artillería— sí fue suficiente para ir agotando las últimas esperanzas. En adelante, no solo se habló de las precariedades del frente o la pérdida de una batalla; para muchos, el conjunto de la construcción de sentido se derrumbó como un castillo de cartas. Esto dejaba expedito el camino a una crítica fundamental, que no se había conocido hasta entonces; y ello ya no solo entre la tropa,[395] sino también entre los oficiales. Sigamos la conversación, escogida por su función ejemplar, entre los dos comandantes Arnold Kuhle y Sylvester von Saldern. Ambos habían luchado en la primera línea, como comandantes de infantería, y a mediados de junio de 1944 cayeron presos en la península de Cotentin.

V. SALDERN: Cuando uno se mira contra qué soldados tenemos que combatir...

KUHLE: Sobre todo, los americanos. ¡Su material humano es espléndido, es magnífico!

V. SALDERN: Cuando uno los compara con nuestros chavalitos, la miseria que son nuestros rusos y nuestra gente de etnia alemana y demás. [...]

KUHLE: ¿Usted qué cree: queda aún algo que nos pueda ayudar, algo que nos pueda salvar?

V. SALDERN: ¡No lo sé! Lo de la represalia también ha sido una mierda, porque aún no estaba nada resuelto.

KUHLE: Una vez decía yo que el Führer había dicho que, cuando se produjera la Invasión [el Desembarco], él desplegaría ahí, en la zona de invasión, toda la fuerza aérea alemana, aunque para eso tuviera que dejar al desnudo a todas nuestras fuerzas de los demás escenarios de guerra.

Pero yo, entre el día 6 y el 16, solo he visto en el aire un único avión de reconocimiento alemán; por lo demás, la superioridad aérea de los americanos ha sido absoluta. Después de esto, para mí, este capítulo está liquidado. Ya podemos llevar para allá a ejércitos enteros, que al cabo de ocho días, sus fuerzas aéreas los habrán hecho papilla. Y sobre todo, que ya no nos queda ni una gota de combustible. Con esas ya no podemos seguir desplazando tropas en grupos grandes, solo en tren o a pie.

V. SALDERN: Sí, cuando uno ya está convencido de que todo eso es una mierda, que eso se va a venir abajo, con más o menos ruido; en esas, lo único que uno se puede desear es: mejor hoy que mañana.

KUHLE: No tenemos ningún general que abra la boca. El único que ha abierto la boca es Simon;[396] salvo este, ninguno más. Ya no nos queda ninguno que se arriesgue un poco. Y los que se han arriesgado, están todos fuera. Eso lo está pagando nuestra dirección bélica, porque ahora ya nadie tiene un sentimiento de responsabilidad, ya nadie quiere asumir la responsabilidad de nada. ¿Y usted cree que acaso alguien lo puede evitar, todavía? Las pocas baterías de costa de la Marina, para eso les basta con unas pocas bombas, ni siquiera muchas necesitarán, y con eso las dejan fuera de combate. ¡Ellos tienen tal superioridad de materiales que lo pueden destruir todo! ¿Sabe usted cómo han desembarcado aquí?

V. SALDERN: Lo he visto, sí. En plan de paz.

KUHLE: Ya no se nota ni rastro de una dirección. Porque, a ver, ¿quién hay que lo esté haciendo? ¿Lo está haciendo Rundstedt, lo está haciendo Rommel?

V. SALDERN: En el momento en que tomaron tierra los primeros paracaidistas, ahí empezó toda la mierda. Lo hicieron todo añicos, para enviar un batalloncito por aquí y una compañía por allá. A mí, de mi regimiento, después de aquello, ya no me quedaron más que unos veinte hombres. Todo lo demás que tenía eran chavales del abastecimiento, empleados de mesa y batallones de reemplazo. Y ¿qué se puede hacer con todo eso? Los suboficiales no valían de nada, los oficiales no valían de nada. ¡Es todo una mierda!

KUHLE: Yo siempre he sido optimista. Nunca he creído que íbamos a perder la guerra, pero ahora estoy convencido de que sí. Es solo cuestión de semanas. Cuando el frente se hunda, la patria se hundirá también. En nuestro país ya pueden hacer lo que quieran; pueden ponerse cabeza abajo y no tocar el suelo con los pies. Pero los americanos, desde luego, ¡los van a arreglar pronto! Bornhard[397] me decía esta misma tarde que si no he sabido que se cuenta, del general Poppe,[398] que lo han fusilado por alta traición.[399]

Kuhle y Von Saldern tienen que reconocer, desencantados, que no disponen de medios para combatir la superioridad del enemigo. Hitler no ha mantenido sus promesas, dicen, y la supuesta «represalia» ha sido una «mierda». Se quiebran al mismo tiempo la confianza en el Führer y la confianza en la profesionalidad militar de la Wehrmacht. En consecuencia, para Kuhle y Von Saldern ya no hay posibilidad de que ninguna de sus esperanzas llegue a buen puerto. Solo les queda reconocer sin ambages que la guerra está perdida y el colapso no tardará más que unas semanas en producirse. Dos días después, dice Von Saldern: «Afortunadamente, saldrá

un general alemán que, tal como lo está diciendo usted, dirá también: "Hemos perdido la guerra y, por lo tanto, debemos concluirla, mejor hoy que mañana"».[400]

Estas consecuencias de gran calado son las que extraen la mayoría de los soldados que llegan a los campos de prisioneros ingleses desde los campos de batalla de Normandía. El comandante Hasso Viebig es de la opinión de que «ahora, un gobierno alemán responsable intentaría poner fin a la guerra». El comandante Rudolf Becker replica: «Sí, la gente lo tiene claro, desde luego, que la guerra se ha perdido y que es el fin del nacionalsocialismo, etc. La única pregunta abierta es: ¿Luchan todavía por la patria o luchan por la propia supervivencia?».[401] Becker recuerda entonces un discurso pronunciado por el coronel general Heinz Guderian en abril de 1944. «En esa ocasión, dijo que, defendiéndonos frente a la invasión, debíamos dar al Führer la posibilidad de negociar una paz relativamente aceptable.» Ahora que esto no se había conseguido, decía Becker, las consecuencias eran obvias. Por eso se admira de que Guderian, que había visto las cosas con tanta claridad, no actúe sino que, por el contrario, después del 20 de julio, ocupe el puesto de jefe del estado mayor del ejército de Tierra.[402]

Normalmente, la urgencia de actuar era menor cuanto más alto era el grado de un militar. Pero en esta ocasión también eran muchos los generales que, tras vivir la batalla de Normandía, con todo su despliegue material, pensaban como Kuhle o Becker. En junio de 1944, el comandante en jefe del grupo de ejércitos B, el mariscal de campo Erwin Rommel, se mostraba igualmente convencido de que la guerra estaba perdida y debían extraerse las consecuencias políticas pertinentes.[403] Como es lógico, también había soldados que aún vacilaban en su interpretación de la situación. Así, por ejemplo, el comandante Heinz Quittnat entendía que: «Si en verdad vamos a perder la guerra —y personalmente estoy convencido de que sí—, entonces supone un crimen seguir luchando ni que sea un día más. Si aún tenemos alguna oportunidad de ganar la guerra: naturalmente. Pero es algo que yo no sé determinar».[404] Quittnat acababa de vivir la conquista de la fortaleza de Cherburgo por parte de las tropas estadounidenses. Antes había luchado durante varios años en el frente oriental. ¿Por qué precisamente él

no era capaz de determinar —eso se pregunta uno en la actualidad— si todavía se podía ganar la guerra? Probablemente, aquí se trata de protegerse de las consecuencias de llegar a reconocer eso personalmente. Como si se hubiera sentido atrapado en un pensamiento prohibido, afirma: «Como buen alemán, yo confío, naturalmente, en que ganaremos la guerra». Pero muy pronto surgen de nuevo las dudas de alcance: «Pero, por otro lado, si la ganáramos al 100 por 100, con la dirección actual, esto también sería bastante negativo. En tal caso, yo seguro que abandonaría mi cargo de oficial en activo».[405]

La evaluación del cuestionario estandarizado que debían responder todos los prisioneros alemanes del campo estadounidense de Fort Hunt ofrece una imagen aún más precisa del final de toda esperanza de una resolución positiva de la guerra. Si en junio, de los 112 encuestados, la mitad todavía opinaba que Alemania ganaría la guerra, en agosto de 1944 ya solo eran 27 de 148; en septiembre de aquel año, solo 5 de 67.[406] Ciertamente, el total de casos estudiados es reducido y no basta para ofrecer una imagen representativa. En cualquier caso, permiten reconocer que el auténtico cambio radical se produjo en agosto de 1944, cuando los aliados se abrieron paso a través del frente de Normandía y apresaron a buena parte de las tropas alemanas en la bolsa de Falaise.

Pero los que aún soñaban con contraofensivas y posibilidades de victoria, en esa fase, han quedado reducidos ya a una minoría muy escasa.[407] El capitán Barthel, por ejemplo, aún sostiene la siguiente opinión el 19 de agosto de 1944: «Aunque Francia caiga, esto aún no es decisivo para nosotros».[408] Entre los optimistas más tenaces abundan, por lo demás, los oficiales jóvenes y una considerable cantidad de soldados de Marina.[409]

Desde el punto de vista psicológico, el buen desarrollo del desembarco aliado en Normandía, la batalla material en el parcelado paisaje agrícola del *bocage* y la consiguiente huida desordenada de las tropas, en retirada de Francia, supusieron, sin duda, el segundo gran momento crucial en la percepción que los soldados alemanes tenían de la guerra. Normandía fue el Verdún de la segunda guerra mundial. En ningún otro lugar cayeron muertos o heridos más hombres en un plazo de tiempo tan corto —de solo doce semanas— y un ámbito espacial tan reducido. En su dimensión

cuantitativa, la batalla se equipara con la de Stalingrado. Aparte, no debemos descuidar su valor simbólico: la victoria sobre Francia, en 1940, fue sentida por la Wehrmacht como paso previo a convertirse en los señores de Europa. Por lo tanto, perder Francia, a ojos de los soldados, suponía sellar la derrota total.

En cierta medida, la moral de combate de la Wehrmacht, que a finales de agosto huyó en desbandada, presa del pánico, hacia las fronteras del Reich, se recuperó una vez más en el otoño de 1944.[410] Al menos se organizó de nuevo un frente conexo y los soldados ya no cayeron prisioneros en número de decenas de miles. Ahora bien, es preciso distinguir cuidadosamente entre la voluntad de combatir y la convicción de que la guerra estaba perdida. Con mayor o menor eficacia, pero los soldados siguieron actuando como tales. Las actas de las escuchas no dejan lugar a duda: las expectativas de futuro no mejoraron significativamente aunque el frente de la frontera imperial hubiera quedado estabilizado de nuevo. La ofensiva de las Ardenas tampoco despertó más que un breve destello de esperanza, y aun esto, probablemente, quedó limitado a los soldados directamente implicados en ella.[411] Desde agosto de 1944 aparece un desplazamiento cualitativo de la valoración de la guerra. Como ejemplo característico, podemos citar la reflexión del coronel Gerhard Wilck, comandante de la fortaleza de Aquisgrán, con posterioridad a su apresamiento, producido a finales de octubre:

WILCK: La gente está tan cansada de la guerra y tan resuelta, por ello, a ponerle fin a cualquier precio, que yo me temo que esto pueda extenderse ahora a toda Alemania. Porque ahora impera la desesperanza; la desesperanza, quiero decir, porque ya *nadie* cree que todavía estemos a tiempo de causar un giro radical. Es algo que a mí mismo me está empezando a afectar. Y es que incluso *si* contamos con alguna clase de recurso en la reserva, un V-2 o alguna otra cosa, esto ya no puede bastar para decidir la guerra.[412]

Aunque Wilck alude aquí a la «gente», junto a la población civil de Aquisgrán y a sus propios soldados, es probable que también se refiera a sí mismo. Se encuentra abatido por los combates sin esperanza de éxito y —siendo como era el primer defensor de una capital alemana, elegido por Hitler— ya no ve salida a la situación.

En la primavera de 1945 se produjo un nuevo decaimiento del ánimo, que también cabe constatar en los informes de los interrogatorios estadounidenses.[413] Ahora los hombres se atrevían incluso a hacer constar en las actas de servicio oficial que la tropa «en su conjunto, estaba hasta las narices».[414] La interpretación de que la guerra estaba perdida empezó a afectar ahora a la actuación de los soldados, que, sobre todo en el frente occidental, preferían abandonar la batalla en cuanto se presentaba una ocasión para ello. Esto no debe oscurecer el hecho, no obstante, de que hasta el último minuto hubo una minoría que continuaba creyendo en la victoria final. Sobre todo entre los altos oficiales o los miembros de las unidades especiales, aún se encuentran afirmaciones de obstinada fe en la victoria. Así ocurre, por ejemplo, en la siguiente conversación de 18 de marzo de 1945, que reúne a expertos pilotos de caza. El teniente Hans Hartigs, del escuadrón de cazas 26, lleva por entonces dos meses y medio en prisión, y pregunta a un alférez recién derribado —Antonius Wöffen, del escuadrón de cazas— cómo están las cosas.

HARTIGS: ¿Y de qué ánimo estaba la gente y los oficiales?
WÖFFEN: El ánimo en sí, entre nosotros, sigue siendo muy bueno. Que la situación está hecha una mierda, eso está claro, pero ahí pervive aún la gran esperanza de que, pese a todo, no termine tan mal como parece. Ahora, de confianza, como tal, ya no se puede hablar.[415]

La interpretación del curso de la guerra siguió los grandes hitos de la historia de los acontecimientos: las guerras relámpago, la batalla de Stalingrado en 1942-1943 y la de Normandía en el verano de 1944. Resulta interesante destacar que las distintas ramas de las fuerzas armadas dieron al curso de la guerra interpretaciones que, en parte, incluían diferencias sustanciales. Cabe decir, por resaltar los rasgos esenciales, que la Luftwaffe se mostró más optimista que la Marina, mientras que los soldados de Tierra, al menos desde 1944, recibieron la guerra con más pesimismo que los demás.

Los pilotos de la Luftwaffe eran un grupo relativamente reducido de guerreros de élite, que entraban en la guerra con la conciencia de que sus fuerzas eran inferiores a las de sus oponentes. A pesar de toda la dureza de sus misiones, llevaban una vida no poco cómoda. Sobre todo en Francia

pudieron disfrutar de ventajas con las que un soldado de la infantería solo podía soñar. Además, aunque la superioridad técnica y numérica de los aliados en la guerra aérea ya se hizo perceptible de forma dramática desde 1943, algunos pilotos aún gozaron de experiencias exitosas en 1944-1945; los pilotos de los cazas derribaron aviones enemigos, las tripulaciones de los bombarderos arrojaban su carga legal sobre ciudades, barcos y tropas. Los soldados de la Marina se veían forzados a evaluar la guerra con más pesimismo por la razón de que, desde septiembre de 1939, lidiaron contra un enemigo apabullantemente superior.

Los soldados de Tierra que vivieron las batallas de Normandía y el hundimiento del frente de Francia aparecen en nuestro material como el grupo más desilusionado. Los éxitos propios —enemigos muertos, carros blindados destruidos— no interpretan ningún papel en sus conversaciones. Dominan las experiencias diarias de impotencia ante un enemigo cuya superioridad material es simplemente aplastante. Les resulta imposible tener sensación de futilidad.

Desde la perspectiva actual puede sorprender que los soldados, en su mayoría, no se atrevieran a creer en la derrota del Reich hasta el mes de agosto de 1944. ¿Por qué —nos dice esta pregunta habitual— tardaron tanto en reconocer la realidad, cuando la contienda estaba decidida, según sabemos en la actualidad, como muy tarde a finales de 1943? La explicación, en parte, radica en la percepción particular: quien cuenta con un trabajo bien pagado, por regla general, suele pensar más bien poco y con escasa emoción en los problemas estructurales de la economía mundial. La percepción de una guerra en la que uno posee una tarea funciona de un modo similar. En tanto en cuanto la guerra continúa su curso, nada se altera en esa labor. La comprensión de la derrota solo aparece, por lo tanto, a través de la vivencia directa. Antes del devastador verano de 1944, para muchos soldados, esta incluía también acontecimientos que se podían interpretar con esperanza. Hasta esa fecha, Alemania seguía controlando media Europa; fuera de las ciudades, la guerra aérea apenas se notaba; y un soldado desplegado en Italia podía sostener, con cierta justificación, que pronto contendrían a los soldados; algo que también podía afirmar, por lo demás, un soldado del Grupo de Ejércitos Centro.

Sin duda, habría sido posible interpretar críticamente las propias vivencias, en particular, y el curso de la guerra, en general. ¿Qué significaba la cancelación de la invasión de Inglaterra? ¿Qué, que la campaña rusa no se completara en otoño de 1941, como se había previsto? ¿Qué, que Estados Unidos entrara en la guerra con su enorme potencial económico? ¿Qué, que las tropas alemanas fueran retirándose sin cesar? Quien leía periódicos, escuchaba la radio o miraba los noticieros, quien hablaba con los camaradas, amigos y parientes, habría podido reconocer sin ningún gran esfuerzo intelectual hacia dónde estaba yendo el viaje. Pero los soldados, a este respecto —como le ocurre a la mayoría de seres los humanos en la mayoría de las circunstancias, por otro lado—, estaban estrictamente vinculados a las necesidades de actuación de su «mundo próximo» social. Mientras uno no vive los «grandes» acontecimientos en sus propias carnes, de forma práctica, estos no desempeñan ningún papel decisivo para las propias percepciones, interpretaciones y decisiones. Los seres humanos no piensan de modo abstracto, sino concreto. Y lo que al echar atrás la mirada, históricamente, parece ser una realidad cada vez más evidente, sigue siendo para los implicados, en el tiempo real de sus vivencias, algo bastante indiferente, mientras no sufra directamente los efectos de la fatalidad que se avecina. Desde luego, hay excepciones notables.[416] Sin embargo, la mayoría solo ven la inundación cuando el agua se extiende ya por la planta baja e incluso entonces se refuerza la esperanza de que el agua no seguirá subiendo. Hasta la pérdida de esperanzas se desarrolla a plazos: ya que no la victoria final, entonces, al menos una paz negociada. Abandonar esta esperanza habría privado de valor, de un solo golpe, a todo el empeño aplicado anteriormente, a toda la inversión emocional realizada. Por esta razón, el ser humano se aferra a esperanzas y deseos que, desde la perspectiva del mundo posterior, que siempre es más rico en cuanto a conocimientos centrales, se antoja irracional. ¿Por qué los trabajadores se esfuerzan por salvar su empresa aun cuando no hay perspectivas realistas de pervivir en el mercado? Porque han invertido en ella energías, deseos y esperanzas, tiempo de vida y perspectivas, hasta el punto de agotar las reservas. Y no se piense, en ningún caso, que esto solo es común entre la «gente sencilla». Antes al contrario, la capacidad de fracasar disminuye de

manera progresiva a la elevación jerárquica de cada cual. El general Ludwig Crüwell lo expresa en noviembre de 1942 —justo después de que le llegara la noticia de que el 6.º ejército empezaba a quedar cercado en Stalingrado— con estas palabras: «En esta guerra, ¿deben volver a morir cientos de miles de personas, de nuevo en vano? Es algo inconcebible».[417]

Fe en el Führer

El 22 de marzo de 1945 hallamos charlando sobre el nacionalsocialismo al coronel Martin Vetter, comandante del 17.º regimiento de paracaidistas, y el piloto de caza Anton Wölffen, del 27.º escuadrón de cazas. Ambos han caído presos hace solo unos pocos días; el primero, en Xanten, y el segundo, en Rheinberg. Para ellos, la guerra ha acabado. Es hora de hacer balance:

VETTER: Uno puede pensar lo que quiera sobre el nacionalsocialismo, pero Adolf Hitler es nuestro Führer y como guía ha aportado mucho, pero que mucho de verdad, al pueblo alemán. Por fin hemos podido sentir otra vez orgullo de nuestro propio pueblo. Eso es algo que no se debe olvidar nunca.

WÖLFFEN: Sin duda, ninguna mentira podrá borrar nunca nada de eso.

VETTER: Y eso que estoy convencido de que el Führer va ser el enterrador del Reich alemán.

WÖLFFEN: Lo va a enterrar, sí.

VETTER: Lo va a hacer. Sin ninguna duda.[418]

Un documento digno de atención: para los dos interlocutores, el Führer —como se denomina a Adolf Hitler en un número muy elevado de las actas de las escuchas— «ha aportado mucho, pero que mucho de verdad, al pueblo alemán» y esto se toma por un hecho histórico que «no se debe olvidar» ni podrá borrarse con «ninguna mentira». Esta afirmación se pronuncia en llamativo contraste con la convicción, expresada al mismo tiempo, de que Hitler será «el enterrador del Reich alemán». Estas dos perspectivas de apariencia tan contraria ¿pueden relacionarse entre sí razonablemente? ¿O acaso son una muestra de la esquizofrenia de estos soldados? Sin duda, lo último no es cierto. Este breve diálogo tan solo ilustra lo que debemos entender por el concepto de «fe en el Führer». La conversación se desarrolla en marzo de 1945, esto es, en una fecha en la

que ya no cabe dudar de la derrota. Desde 1943 se habían ido difundiendo dudas sobre la capacidad militar de Hitler. A pesar de que la confianza en la victoria fue menguando, la fe en el Führer y el culto al Führer se mantuvieron durante un tiempo asombrosamente largo; y ni siquiera el probable hundimiento del Tercer Reich bastaba como corrección. Parece difícil de comprender, pero se explica cuando prestamos atención a lo que se consideraban magnos éxitos de Hitler en la política tanto exterior como interior; ello hizo que se presentara al Führer como un Salvador enviados por la Providencia, que había neutralizado la injusticia de Versalles y había permitido a los alemanes (no judíos) sentirse de nuevo «orgullosos» de su país.

El 7 de marzo de 1936, tres años después del acceso de Hitler al poder, el propio líder nazi afirmó en el Reichstag que, en el breve período de su gobierno, Alemania había recobrado su «honor», «recuperado la fe, superado su mayor crisis económica y, finalmente, originado un nuevo despegue cultural».[419] En las elecciones del 29 de marzo, el NSDAP obtuvo el 98,9 por 100 de los votos; y aunque no se tratara en ningún modo de unas elecciones democráticas, no puede caber duda —tal como ha escrito Ian Kershaw— de que en ese momento la mayoría de los alemanes apoyaba a su Führer. En el recuerdo actual de los testigos de la época, los que se dieron en llamar «años de paz del Tercer Reich» fueron tiempos «buenos» y «hermosos», y, ciertamente, los logros tangibles y perceptibles que se atribuían a Hitler eran impresionantes.

> Tras cuatro años en el poder —escribe Kershaw—, el régimen de Hitler parecía, a ojos de la mayoría de los observadores del país y el extranjero, estable, fuerte y exitoso. La posición personal de Hitler era inviolable. La imagen del gran hombre de Estado y genial guía de la nación, construida por la propaganda, se confundía con los sentimientos y las expectativas de amplios sectores de la sociedad. La reconstrucción interior del país y los triunfos nacionales en el campo de la política exterior se atribuían sin excepción a su «genialidad» y le habían convertido en el líder político más popular de todas las naciones europeas. [...] Sobre todo, y esto debían admitirlo incluso los críticos, Hitler había recuperado el orgullo nacional de los alemanes. Alemania se había recuperado de la humillación sufrida tras la primera guerra mundial para convertirse de nuevo en una gran potencia. La defensa a partir de la fuerza había demostrado ser una estrategia muy útil.[420]

Precisamente a esto alude Vetter: sin perjuicio de la penosa circunstancia de que el Reich alemán se estuviera yendo a pique, Adolf Hitler, desde su perspectiva, es la figura con la que los alemanes más se identifican, justo porque *no* es idéntica con el nacionalsocialismo y el resto de la élite que dirigía el país. Vetter apela aquí a la carga emocional del Tercer Reich: lo que los alemanes no judíos veían en el proyecto nacionalsocialista y lo que estaban dispuestos a invertir, emocionalmente, en el citado proyecto. La fe en la propia grandeza, encarnada en el Führer, pareció valer la pena hasta bien entrado el tiempo de guerra.

Por eso, Vetter y Wölffen no son los únicos que conciben el fruto histórico del Führer de manera del todo independiente a la derrota en la guerra y el hundimiento de Alemania. Kurt Meyer, comandante de una brigada de las SS, viene a repetir aquel contenido:

MEYER: En mi opinión, teniendo en cuenta todo el contexto, el Führer ya no ve claro desde aproximadamente después del invierno 41-42. Es como si tuviera unos arrebatos histéricos. Aun así yo tengo que decir que el Führer ha conseguido, después de que Alemania se hubiera hundido, cosas inimaginables, y que incluso si ahora el Reich entero se va a pique otra vez, ha despertado en Alemania un montón de cosas increíbles. Él ha conseguido que el alemán vuelva a ser un tío consciente de lo que vale.[421]

Por lo menos hasta 1942, tras la primera guerra invernal en Rusia, la inversión emocional parece haber valido la pena: la sensación de grandeza nacional, personificada en los éxitos aparentes y constatables del régimen, ofrecía una renta considerable para las energías y los sentimientos invertidos. Es quizá similar a lo que atribuye a los «camaradas nacionales» el escritor G. W. Sebald: «en agosto de 1942, cuando las vanguardias del 6.º ejército habían alcanzado el Volga y no pocos soñaban con la manera en que, acabada la guerra, les gustaría sentarse en el jardín de los cerezos, en una parcela situada junto al tranquilo Don».[422] Precisamente este aspecto emocional —la gestación de una condición distinta y mejor, con la forma del proyecto nacionalsocialista— explica por qué la confianza en el sistema y la fe en el Führer no dejó de crecer durante la existencia del sistema nacionalsocialista (véanse las pp. 52-53).

Es la prometedora confianza en la aserción sobre sí misma, personificada en el Führer como en el proyecto nacionalsocialista, lo que actúa reforzando la comunidad; y lo hace de modo que, poco a poco, también aquellos que se oponían al proyecto con su reserva o sus críticas, quedan integrados en la comunidad. Esta fe en sí misma tiene la consecuencia psicológica de que la perspectiva de haberse fundado en el falso guía y el falso sistema supondría, como consecuencia inmediata, una propia devaluación. Por eso se mantiene la fe en el Führer incluso cuando se desvanece la fe en la victoria. El mismo principio dialéctico de la creciente convicción sobre sí mismo se observa en el propio Adolf Hitler, que, a todas luces y con intensidad creciente, también estaba convencido de que «la Providencia» le había elegido y enviado para convertir Alemania en la potencia mundial que ya habían previsto que fuera las leyes eternas de la raza y la naturaleza. Así como Hitler, según palabras de Kershaw, se fue convirtiendo cada vez más en «víctima del mito de su propia importancia», del mismo modo «su pueblo» hizo una inversión emocional tan extraordinaria en la fe en el Führer y en sí mismo que —como en la bolsa— incluso en el curso descendente tuvo grandes dificultades para encontrar la salida. Así como el culto al Führer fue liberando a Hitler de todas las críticas y lo transformó dotándolo de la condición de un Salvador sobrenatural, la comunidad nacional también se creyó capaz de conseguirlo casi todo, a su lado.

Esto explica que la fe en el Führer, según la expresan los soldados en las actas de la escucha de sus conversaciones, sea ampliamente superior a la fe en el sistema hasta el final de la guerra; y es muy habitual que se establezcan diferencias entre el Führer y el Estado, como las expuestas por Vetter y Wölffen.[423] La idea de que, en el Estado y particularmente en la guerra, muchas cosas se desarrollaban a espaldas de Hitler y contra sus mejores propósitos, permitió conservar la fe en el Führer aun cuando el sistema estaba cada vez más erosionado y la guerra amenazaba con perderse. Este punto de vista siguió estando muy difundido incluso en la época de la posguerra. Solo en fechas recientes, cuando ya media una distancia de tres generaciones, ya apenas se entiende cómo podía emerger de esta figura histórica una fascinación tal que hasta entrado el siglo XXI

cualquier bagatela del búnker del Führer podía transfigurarse en algo de importancia histórica. Igualmente, la serie de personas que rodeaban al Führer —Himmler, Göring, Goebbels, Ley, Bormann—, que hoy se nos antojan cómicas, bajo el punto de vista de los soldados quedan catalogadas del modo en que las concibe la historia de la posguerra: a Himmler se lo considera una figura demoníaca que, con sus SS, logró ejercer una influencia desastrosa sobre el sistema y la guerra; de Göring, llamado habitualmente por su nombre de pila, se piensa que actuaba «por convicción», un hombre próximo, en quien se podía confiar, cuya influencia sobre Hitler se lamenta que fuera tan escasa; a Goebbels se lo tiene por un «político fantástico» o, según quién, por «un inválido», de especial capacidad intelectual; Ley consta como un aprovechado del régimen, corrupto, mojigato y sin talento. En cuanto a Bormann, en las actas figura como el cancerbero del Führer, inescrutable pero en cualquier caso peligroso, en el papel que siguió reforzándose aún más durante la posguerra.

En esta organización cabe ver —igual que en los interrogatorios de alemanes realizados desde 1944 por las unidades de la dirección de la guerra psicológica—[424] que los estereotipos y las imágenes esenciales que, con respecto a la jefatura del Estado nacionalsocialista, circularon en la posguerra, se habían creado ya en los años cuarenta y en ningún caso fueron un producto posterior a la derrota. Cuando uno lee estas actas del espionaje, queda asombrado por la congruencia de los clichés previos y posteriores al fin de la guerra.

El Führer

Cuando se buscan personas de las que los soldados hablan, es Hitler —como sin duda es de esperar— el que aparece nombrado en más ocasiones, seguido de Göring, Himmler, Goebbels y, a gran distancia, Ley, Von Schirach, Von Brauchitsch y otros. Hasta aquí, el material de las escuchas indica la medida de atención que las diversas figuras de la jefatura del Estado nacionalsocialista podían reclamar, también en general, a ojos de sus «camaradas nacionales». En el examen de las referencias destaca

especialmente la fe en el Führer: «De Hitler solo existe uno, y lo que él quiere, se hace», dice por ejemplo un suboficial en 1940;[425] mientras, otro confiesa: «Si Hitler perdiera la vida, yo en ningún caso querría seguir viviendo».[426] A este respecto es llamativa la confianza ciega que los soldados depositan en Hitler: «Y si lo ha dicho el Führer, entonces te puedes fiar». O bien: «Hitler lo ha hecho de maravilla. Lo que ha prometido, lo ha cumplido. Le tenemos una confianza plena».[427] Un alférez cree, en noviembre de 1940, «con toda firmeza, que ganaremos la guerra. Con toda firmeza. El Führer nunca permitirá que los aviones estadounidenses bombardeen Berlín».[428] Un cabo afirma tener un método seguro para lidiar con las malas noticias: «Me consuelo con las palabras del Führer, él ya lo ha tenido todo en cuenta».[429]

La confianza que tan enfáticamente se deposita en el Führer no se refiere solo a su persona, sino también a sus predicciones. «Yo no soy ningún nacionalsocialista fanático —dice un teniente de la Luftwaffe en 1941—, pero si Hitler dice que la guerra concluirá este año, yo me lo creo.»[430] Incluso cuando, después de Stalingrado, empiezan a emerger las dudas sobre la «victoria final», la confianza en el Führer no sufre ningún retroceso. Por ejemplo, cuando el suboficial Leske afirma que «no puede decirse que nos vaya bien», su interlocutor, el soldado de primera Hahnfeld, le replica: «Sí, pero eso el Führer siempre lo ha sabido, que se trata de un "ser o no ser"».[431]

La situación es similar en el siguiente diálogo entre dos sargentos primeros:

LUDWIG: En Rusia, ¡la cosa pinta de mierda!
JONGA: ¡Eso te lo imaginas tú! Ahora ya no depende de ganar territorio, sino de quién sea el vencedor moral de la guerra. Si los rusos se imaginan que somos débiles, andan bien equivocados. No te olvides de que Adolf tiene un cráneo fantástico.[432]

La fe en el Führer muestra una convicción plena a través de los diversos rangos y funciones. Muchas afirmaciones transmiten la impresión de que el hablante sostiene una relación personal con Hitler; quizá en la manera en que las estrellas del *pop* se caracterizan por una rasgos singulares y un distancia inalcanzable, pero al mismo tiempo aparecen, de un modo

particular, como próximas e íntimamente conocidas. El diseño propagandístico y la presentación calculada del Führer en el campo público muestra de hecho —como toda la escenificación propia del sistema nacionalsocialista— rasgos decididamente modernos. Sería difícil de imaginar que Churchill recibiera, como Hitler, miles de cartas de amor; o, como Göring, más de 100.000 telegramas de felicitación por el nacimiento de una hija. Al menos en lo que respecta a estas dos figuras, la jefatura del Tercer Reich anticipa con extraordinaria eficacia fenómenos de la cultura popular cuya acción se deriva de escenificaciones mediáticas profesionales.

El aura de un Führer sencillo y bondadoso, al mismo tiempo que misterioso y omnipotente se mantiene en un nivel siempre atractivo y emocionante —al igual que en las estrellas del pop— mediante una enorme cantidad de rumores circulantes. En ello se cuentan asimismo las extrañas particularidades de Hitler, como los gritos que daba en los discursos, su ascetismo con la bebida y la comida, o sus accesos de cólera, hasta el famoso episodio de morder las alfombras.[433] Cuando alguien puede aludir a una proximidad especial con el Führer —ya sea porque una vez lo autorizaron a sentarse cerca de él, o porque, como no era extraño entre los generales, pudo hablar con él a propósito de ocasiones militares—, las historias respectivas se narran detalladamente y siempre con referencia a las características peculiares de Hitler. En estas historias se ofrecen pruebas de la relación próxima con el Führer, y, naturalmente, todo relato sobre el Führer que se presenta como de primera mano (ya sea supuesta o real) es algo que despierta interés en los oyentes. Un tópico recurrente de la fascinación por el Führer es la capacidad de este de hechizar a los que lo rodean de una manera casi hipnótica. Pero los encuentros genuinos con el Führer muestran aún una imagen del todo distinta, según refiere Ludwig Crüwell, general de las tropas acorazadas, ante el teniente Von Waldeck, que trabajaba como informador para los británicos pero escucha el relato con fascinación:

CRÜWELL: Estoy convencido de que una gran parte de sus éxitos como jefe del partido se explican, en el Führer, por su absoluta capacidad de influir en las masas. Es algo que tiene que ver con alguna clase de hipnosis. Y esta hipnosis la ejerce sobre otras muchas personas. Yo conozco a gente, por ejemplo, de la que puedo decir que son superiores a él, espiritualmente, pero que caen en esa fascinación. Como a mí no me ocurre, no lo puedo explicar. Quiero decir que yo mismo

sé, perfectamente, que la responsabilidad que ese hombre asume, que eso es algo sobrehumano. Lo que me dijo a mí sobre África tuvo un efecto asombroso, es cierto... pero yo no lo puedo decir. Lo que es de veras sorprendente son sus manos. Unas manos maravillosas. Es algo que no sale nunca en las fotos. Tiene unas manos de puro artista. Yo siempre he mirado las manos; y es que se trata de unas manos maravillosas, son unas manos que no tienen nada de común; son manos refinadas. Perfectamente refinadas, el hombre pequeño te pasa por alto. Lo que me sorprendió mucho, yo pensaba que se dirigiría a uno con la mirada penetrante del águila, no quiero decir un discurso largo, pero sí ... «Permítame que le entregue la condecoración de las Hojas de roble», en voz baja, ¿sabe qué quiero decir?, yo me lo había imaginado muy distinto.[434]

Crüwell, hondamente impresionado por Hitler, demuestra que ha conocido personalmente al Führer contando detalles que están reservados a la inmediatez: Hitler tiene manos «maravillosas», «refinadas», en todo caso especiales; y habla de un modo extraordinariamente cortés y «en voz baja», algo muy distinto a lo que había imaginado el general. Así, el *Führer en persona* es aún más fascinante que el Führer público e hipnótico; aunque en la versión de Crüwell no deja de resultar cómico que haga hincapié en que a él mismo, a diferencia de los otros, no le afecta la fascinación que Hitler ejerce («como a mí no me ocurre, no lo puedo explicar»), y sin embargo describe luego a Hitler como si se hubiera encontrado ante el propio Salvador. El encuentro está guiado por las expectativas, expectativas que se ven cumplidas de sobras: el Führer no solo produce efectos «asombrosos», sino que también resulta ser distinto a lo esperado. En la continuación de tales historias se produce incluso un momento de atracción, con el que el narrador puede adornarse como alguien que ha estado cerca del Führer. El interlocutor, Von Waldeck, interviene para comentar tímidamente: «Lo hace todo desde el sentimiento». Crüwell interpreta que se trata de un comentario crítico y se defiende de inmediato:

CRÜWELL: Si el Führer quiere influir sobre su gente, entonces tiene que darse tal y como es. Si se pone a pensar cómo quiere aparecer, resulta sospechoso. Quiero decir que yo conozco a soldados muy buenos que siempre han buscado a alguien de quien copiarse. Todo eso genera dudas. Tiene un caminar ligero. Vestido muy pulcro, muy sencillo, pantalón negro y alguna chaqueta. De un color algo más gris que esto, no es el típico gris de nuestros uniformes. No sé qué tela usa. Y luego, ¡que no exhibe ninguna condecoración, a diferencia de Göring![435]

Para Crüwell, que Hitler actúe «desde el sentimiento» es una prueba de su autenticidad y parte de su capacidad de convicción personal y, una vez dicho esto, continúa narrando su conocimiento íntimo del Führer, con su ostentación de humildad y sencillez. Esta clase de historias documentan hasta qué punto la supuesta grandeza y carisma del Führer marcan de antemano el encuentro, y la expectativa satisfecha, por su parte, genera nuevas historias. De esta manera, los encuentros con el Führer se convierten en profecías que se cumplen a sí mismas; la fe en el Führer se erige en un *perpetuum mobile* emocional.

La significación de Hitler como figura pública que oscila entre la estrella pop y el Salvador queda particularmente clara cuando se le celebra en Berlín, después de la capitulación de Francia. El 6 de julio de 1940, a las tres de la tarde, debía celebrarse un triunfo oficial; una multitud formada por cientos de miles de personas esperaba al Führer con seis horas de antelación, para ofrecerle una recepción apabullante. Aquella tarde se llamó a Hitler incesantemente, para que se mostrara a la masa desde el balcón. En esta situación, Hitler estaba no solo en el punto culminante de su fama y sus éxitos militares, sino que también representaba la personificación de la imagen propia y la imagen ansiada de la «comunidad nacional»: «Se puede afirmar tranquilamente que toda la nación está hoy poseída por una confianza tan devota en el Führer que alcanza probablemente una medida nunca vista en la historia», decía un informe provincial. Incluso los adversarios del régimen hallaban dificultades para ofrecer resistencia al ánimo triunfante. Los trabajadores de las fábricas de armamento presionaban para que se les autorizara a ingresar en el ejército de Tierra. Los hombres pensaban que la victoria final estaba al alcance de la mano, a falta únicamente de quitar del camino a Gran Bretaña. Posiblemente, esta fue la única ocasión en que, en todo el lapso temporal del Tercer Reich, hubo entre la población alemana un auténtico entusiasmo por la guerra.[436]

Dos años más tarde, esta euforia se había debilitado. La guerra contra Gran Bretaña había demostrado ser considerablemente más difícil de lo que se pensaba y el asalto a la Unión Soviética había elevado otra vez la dureza de la guerra y, sobre todo, había aguado seriamente las expectativas de un

final rápido de la contienda. Por último, la derrota de Stalingrado había ahondado de forma persistente la duda que había nacido: ¿Y si se perdía la guerra?

¿Y si se pierde la guerra?

V. WALDECK: Si perdiéramos la guerra, también se olvidarían todos los servicios prestados por el Führer.

CRÜWELL: Pero algunas cosas quedarán para siempre. Perdurarán durante siglos. No las calles; eso no tiene importancia, no. Lo que permanecerá es la organización de la jefatura del Estado, en lo que respecta a la incorporación de los trabajadores al Estado. El Führer ha incorporado de verdad a los trabajadores al Estado actual. Es algo que nadie había conseguido.[437]

En la continuación del diálogo entre Crüwell y Von Waldeck se apunta que, para Crüwell, la importancia histórica del Führer no se verá perjudicada por el fin del proyecto nacionalsocialista. Pero la fe en el Führer también ayuda en buena medida a arrinconar las dudas relativas a un resultado feliz de la guerra, puesto que, como dice el coronel Meyne en junio de 1943: «El Führer es un hombre genial, seguro que incluso sabrá salir de allá abajo».[438] Afirmaciones como esta, naturalmente, derivan todavía de la idea de que aún es posible ganar de hecho la guerra; las consideraciones correspondientes de los soldados se refieren aquí, sobre todo, al momento en que cabe esperar la victoria. Esta confianza se fue desmoronando poco a poco después de Stalingrado, sin que ello afectara apenas a la confianza depositada en el Führer: «El Führer ha dicho: "Tomaremos Stalingrado" —le dice a un camarada el suboficial Kotenbar, el 23 de diciembre de 1942, es decir, cuando la ciudad ya llevaba un mes cercada por el Ejército Rojo—. Y créeme lo que te digo: tomaremos Stalingrado».[439]

Lógicamente, en esas fechas, hay otros hombres cuya convicción en la victoria final ya se ha visto sacudida y cuyas reflexiones están marcadas por la duda. Es el caso del suboficial Wohlgezogen:

WOHLGEZOGEN: ¡Dios mío, si perdemos! [...] Yo cuento que nunca perderemos la guerra, aun a pesar de que en Rusia, nosotros... ¡Adolf no la cederá! ¡No mientras tenga allí a un solo hombre, no aunque por eso se destruya toda la humanidad! ¡Él sabe muy bien qué significará, si perdemos!

Empezará por fin con el gas. Le importa un rábano, lo que ellos hagan.[440]

En esta clase de afirmaciones podemos reconocer con claridad dos funciones de la fe en el Führer. Por un lado, el bienestar y la pesadumbre del propio destino delegado en una persona que posee tanto el conocimiento («sabe muy bien») como los medios y la falta de escrúpulos precisos para imponerse y vencer, sea como sea. Por el otro —y este es el aspecto más interesante— la figura del Führer omnipotente cumple también la función de alejar las dudas.

El suboficial Wohlgezogen ya ha albergado dudas sobre la fortuna actual de la guerra, según se deriva de sus palabras («aun a pesar de que en Rusia, nosotros...»); aun así, sus vacilaciones se borran al convocar una imagen del Führer como señal: «¡Adolf no la cederá!». Aquí, como en muchos otros pasajes textuales, cabe observar el fenómeno de la disonancia cognitiva, que aparece siempre que los acontecimientos no encajan con las expectativas. La disonancia cognitiva genera ante todo una inquietud profunda, cuando lo inesperado es negativo pero no hay forma de cambiarlo. Como el sentimiento de disonancia es difícil de soportar y en ese caso no hay forma de modificar la realidad, la disonancia cognitiva solo puede corregirse mediante el recurso de alterar la percepción e interpretación de la realidad.[441] Es una necesidad ampliamente difundida: por eso las personas que viven en las inmediaciones de una central nuclear las consideran menos peligrosas que la gente que vive alejada de ellas. Los fumadores, conscientes de que se exponen a graves riesgos para su salud, recurren a menudo a toda una serie de teorías que explican por qué ellos no deben preocuparse por esos riesgos: porque fuman más o menos «light», porque su padre murió a los ochenta y seis años, porque sin fumar también se muere uno, etc. Todos estos son procesos de reducción de la disonancia, que permiten seguir viviendo en circunstancias que uno desearía que fueran distintas.

A este respecto, mantener la fe en el Führer cumple la función de actuar como medio para reducir la disonancia; aunque para ello es preciso mantener continuamente una elevada inversión en tal confianza. Así, cuanto más dudosas son las expectativas de futuro, más intensiva debe ser la

confianza en el Führer. Y, a la inversa, en esta importancia psicológica de la figura del Führer cabe observar cuánto se ha invertido antes en la mencionada fe: dudar de las capacidades y el poder del Führer iría devaluando luego esta inversión de sentimientos. En consecuencia, el destino del Führer se torna idéntico al destino de los alemanes:

BACH: Ganar esta guerra representa la última oportunidad para Alemania. Si no la ganamos, entonces tampoco habrá ningún Adolf Hitler. Si los aliados consiguen hacer realidad sus planes, estamos todos hasta el cuello de mierda. ¡No veas tú cómo van a triunfar entonces los judíos! Entonces no les bastará con pegarnos un tiro, no, nos van a liquidar de la manera más bestial.[442]

Un ejemplo análogo tomado de una conversación entre dos alféreces de la Luftwaffe, en marzo de 1943:

TENNING: Es mucho lo que hay en juego. Si ganamos esta guerra, será una victoria triple. Primero, la victoria de la concepción del mundo nacionalsocialista; segundo, una victoria de las armas alemanas; y tercero, una victoria contra Versalles.
V. GREIM: Lo único que yo temo es que seamos demasiado blandos, demasiado suaves, otra vez.
TENNING: No cuando vayamos a por Inglaterra, entonces no, tú. La Luftwaffe por sí sola nunca vencerá esta guerra. Esto es algo que hemos previsto desde hace mucho, pero los ingleses aún no.
V. GREIM: Y si la guerra saliera mal... Un hombre como el Führer, no lo volveremos a tener. Era único.
TENNING: Sí, así es.[443]

También entre los generales se halla esta idea en julio de 1943:

Es algo que no podemos negar, que si Hitler, pongamos, que si hubiera seguido siendo lo que era ... entonces habríamos podido estar al 100 por 100 con él y detrás de él y nos aguardaría un tiempo feliz, no me cabe duda.[444]

No es raro que la fe en el Führer se relacione con la idea de que algunos detalles del acontecer bélico han sido dispuestos personalmente por el Führer, de modo que los soldados también dependen individualmente del acierto de sus decisiones. El brigada Duckstein, de la Luftwaffe, cuenta:

DUCKSTEIN: El Führer, personalmente, en nuestras misiones...
KASSEL: ¿Os daba él las órdenes de ataque?
DUCKSTEIN: Órdenes de ataque, no, sino retener una misión.
KASSEL: ¿Por qué?
DUCKSTEIN: Porque ahí... Podía tratarse de otra cosa; una medida de precaución. Ha pasado muchas veces que el Führer influía personalmente en nuestras misiones.

KASSEL: ¿Y tú cómo lo sabes, que el Führer hacía eso?
DUCKSTEIN: Porque se ocupa de todo.[445]

En este diálogo se percibe claramente que al sargento primero Kassel le resulta extraño que Hitler hubiera ordenado en persona las misiones de Duckstein, y no es menos obvio que este intenta aportar argumentos para hacerlo creíble. Su argumento final —que el Führer «se ocupa de todo»— nos permite ver, asimismo, que sus dogmas sirven para reducir la disonancia al mismo tiempo que le exigen nuevas inversiones de confianza; cuanto más intensamente afirma Duckstein que el Führer se ocupaba de él en persona, más intensamente se ve obligado a creerlo.

En el contexto del desmoronamiento de la confianza en la victoria, muchos soldados terminan por desarrollar compasión por el Führer y conciben teorías de la conspiración («El Führer me da lástima, ese pobre tío no tiene una noche de descanso. Él solo ha pretendido lo bueno, ¡pero el gobierno...!»;[446] «¡Ah, es horrible! ¡El empeño que ese pobre hombre pone y las decepciones que se lleva siempre! ¡Y que no se pueda fiar de nadie!»)[447] para, de este modo, hacer cuadrar su percepción de la realidad con sus deseos y expectativas. Es algo que no atañe a ningún grado en particular, dicho sea de paso, como demuestra la siguiente conversación entre el comandante Ulrich Boes y otro alto oficial:

BRINCK:* Sí, y el Führer, ¿qué está haciendo, todo este tiempo?
BOES: ¿Él? Pues trabajar. Y muy duro.
BRINCK: ¿Cómo dices?
BOES: Que trabaja muy duro.[448]

El Führer ya no es lo que era

Solo nos hemos buscado enemigos por el mundo, ni un solo amigo. ¡Alemania tiene que dominar el mundo en solitario! Adolf es el crepúsculo de los dioses.[449]

Formulaciones como: «Vamos a ganar la guerra, seguro. Si el Führer exige algo, ¡ya me gustaría ver al que no lo haga!».[450] tampoco son de extrañar, en el contexto de la teoría de la disonancia cognitiva, incluso después de la debacle de Stalingrado. También es interesante, sin embargo, cómo se tratan las dudas que roen la competencia militar del Führer. El 28 de junio de 1942 —inicio de la gran ofensiva de verano de Alemania en el sur de Rusia— dos alféreces de la Luftwaffe se esfuerzan por comprender qué le está pasando al Führer.

FRÖSCHL: ¿Cómo ha podido Hitler transformarse tanto? Antes, yo lo veneraba.
WAHLER: Ahora se duda de él.
FRÖSCHL: Me rompo la cabeza. ¿Cómo ha podido pasar?
WAHLER: Ah, esto se puede explicar muy bien. Los ha echado a todos, lo ha asumido todo en persona. Lo examina todo él mismo, lo controla todo él mismo, él entiende de todos los temas. Y con el tiempo, seguro que ha empezado a sentirse como si, sin él, ya no funcionara nada, como si, sin él, nosotros ya no supiéramos vivir. Naturalmente, es posible que esto le haya acabado produciendo alguna clase de enfermedad.
FRÖSCHL: Aun así yo tengo la sensación de que lo han empujado hasta ahí, de que ya no es él mismo. Para él sería toda una liberación.
WAHLER: No, para él eso no supone ninguna liberación, porque él es el Führer, bien se puede liberar de todo. [...] Igual que está acabando con todo lo otro, como está haciendo, ¿por qué no acaba también con la gente que el pueblo odia?
FRÖSCHL: Quizá es que se ha agotado de tanto trabajar.
WAHLER: Eso te lo acepto, no me cabe duda de que está pero que tiene los nervios destrozados.
FRÖSCHL: Y que ya no domina la situación. Se está dejando llevar, sin darse cuenta. Yo no me lo puedo ni imaginar... Y eso que, para mí, él representaba una figura ideal. ¡Que de pronto fracase de esta manera! Quizá es por egoísmo.
WAHLER: No, sus acciones lo desmienten otra vez. Lo desmiente su último discurso sobre la jurisdicción alemana. [...]
FRÖSCHL: Es posible incluso que yo le esté poniendo mucho egoísmo y arbitrariedad, al negarme a comprender que me he engañado con esa persona.
WAHLER: Sea como fuere, eso es evidente, que ha sufrido una transformación bárbara.
FRÖSCHL: Sí, porque yo sigo pensando que él ya no es el que era.
WAHLER: Quizá es incluso un actor... Quizá haya muerto hace ya tiempo.[451]

Este diálogo muestra claramente cómo funciona el mecanismo de la reducción de la disonancia: todas las dudas sobre el Führer, incluida la decepción sobre la propia inversión emocional, se desplazan a causas externas. La personalidad del Führer —su «figura ideal»— solo puede haber «sufrido una transformación bárbara» o bien debido a circunstancias psíquicas («tiene los nervios destrozados»), o bien debido a conjuras y

maquinaciones: el Führer, según consideran los dos interlocutores, ya no es para nada la persona que era; posiblemente, se lo ha sustituido por un actor. A este respecto resulta llamativo que el alférez Fröschl sopese la posibilidad de estar negándose, él mismo, «a comprender que me he engañado con esa persona», con lo cual describe exactamente el mecanismo de la reducción de la disonancia aplicado a sí mismo. El giro final, según el cual la figura del Führer que aparece en los medios de comunicación hace tiempo que es en realidad un actor, resulta sin duda mucho más satisfactoria, puesto que les permite seguir manteniendo la fe en el Führer incluso cuando el Führer se comporta de un modo indigno de tal fe.

El soldado de primera Költerhoff tiene una teoría menos compleja sobre el comportamiento del Führer:

KÖLTERHOFF: El Führer por sí solo no es el peor. Hay muchas cosas que ni siquiera llegan a sus oídos.[452]

En las historias que los soldados cuentan al respecto del Führer, especialmente hacia el final de la guerra, esta teoría de la protección tras una pantalla interpreta un papel importante: a Hitler se le oculta la verdad sobre la evolución de la guerra. Según afirma el suboficial Gamper:

GAMPER: Yo he hablado con un periodista que había estado en el cuartel general del Führer y que explicaba cosas espeluznantes del Führer. El cuartel general del Führer lo dirige Keitel. Antes de que los generales o cualquier otro se presenten ante Adolf, para presentar el informe, Keitel los instruye con detalle sobre qué tienen que decir, cómo lo tienen que decir, y solo entonces pueden pasar a ver a Adolf. Así por ejemplo cuando un general tiene que comunicar que tiene que retirarse, como hace un tiempo, cuando llegaron las primeras retiradas y la gente no estaba nada acostumbrada a que los alemanes se retirasen, pues tenían que decir lo siguiente: «Mi Führer, he considerado más apropiado no mantener esa posición, sino trasladarme a esta otra. Es decir, no se trata de una retirada, sino de que esta otra posición es la más adecuada». Esto no era verdad, ni una palabra de verdad, y los echaban de allí.[453]

El suboficial Müss lo ve igual que Gamper: al Führer se le oculta la verdad y, en esta situación hermética, se torna cada vez más extravagante:

MÜSS: Yo siempre he tenido la impresión de que al Führer, esa gente lo está engañando de arriba abajo. Pongamos por ejemplo que Adolf se sienta en cierta ocasión a la mesa, tiene ante sí un gran mapa de la situación y contempla fijamente el mapa. Nadie tiene permiso para molestarlo, por muy importantes que sean las noticias que lleguen. A veces está ahí en esa mesa seis, siete,

diez horas, reflexionando. Cuando a veces entran las cuestiones más importantes de todas, eso lo resuelve todo Keitel. Él en cambio se queda ahí sentado, mirando fijamente el mapa, y le dan ataques de furia, pronto se volverá loco. Grita y brama y le parte la cara a la gente, y lo que quieras imaginar.[454]

En una conversación entre el *Hauptsturmführer* de las SS Born y el sargento primero Von Helldorff también se trata el tema de la sistemática ocultación de la verdad al Führer. Y se menciona a los que se considera culpables de ello:

V. HELLDORFF: Mi padre[455] tenía acceso en todo momento, precisamente porque era de los que le decía la opinión sin miramientos, sin encogerse lo más mínimo; y eso era algo que el Führer también apreciaba.

BORN: Entonces, creo, fue cerca de Jarkov, le concedieron al *Standartenführer* Krumm (?) [Kumm], un comandante, las Hojas de roble y a Krüger, creo, en cualquier caso eran dos o tres personas, y un *Hauptsturmführer*. Durante la concesión, el Führer tuvo que preguntar algo particular o, por lo que fuera, estos tres hombres se callaron de pronto y se miraron entre sí. El Führer se dio cuenta de que había algo que no iba bien. Y por eso se les ordenó presentarse otra vez al día siguiente ante él, para una conversación. Y entonces estuvieron no menos de tres horas con el Führer y desembucharon, pero de verdad que desembucharon.

V. HELLDORFF: De eso le falta, al Führer.

BORN: Seguro que le supuso un buen batacazo.

V. HELLDORFF: El Führer está aislado del todo, vive de lo que le comunican tres o cuatro personas en las que confía y que desde luego le están... Bueno, yo no quisiera usar palabras demasiado duras, pero...

BORN: ¿Y qué gente es esa?

V. HELLDORFF: Pues está Bormann, uno de los peores personajes que tenemos entre nosotros. Y por parte de los militares estaba Keitel, y por parte de los políticos ... condicionado por la misma unidad de Goebbels.

BORN: Resulta extraño, pero hasta ahora siempre ha sido así, que el *Reichsführer* estaba permanentemente a su lado.

V. HELLDORFF: En eso el *Reichsführer* carga con la mitad de las culpas.

BORN: Tanto si lo sabía como si no, el Führer no estaba para nada de acuerdo con todas estas historias de los judíos, lo sé de buena tinta. En su mayoría, no le han ido diciendo lo que pasaba ahí, sino ... lo hacían por su propia cuenta. El Führer no es tan terriblemente exagerado, tan terriblemente riguroso como lo pintan.[456]

También en una conversación entre el general del Aire Bodenschatz y el mariscal general Milch, de mayo de 1945, se defiende la teoría de que al Hitler «de los últimos tiempos» lo han convertido en una persona muy distinta del Hitler «de los primeros tiempos»:

MILCH: El Führer de 1940/41 no era para nada el mismo que el de 1934/35, sino un hombre totalmente irresoluto y tenía ideas totalmente equivocadas y perseguía las ideas equivocadas. Seguro que lo han hecho ponerse enfermo, estoy convencido. Aunque uno también puede caer enfermo por sí solo, por el exceso de responsabilidad.[457]

Una fatalidad derivada de la continua manipulación del Führer sería que, con ello, también se socavaría de forma injustificada su importancia histórica; pero una aún mayor sería que, por culpa de no haber comunicado fidedignamente al Führer las noticias reales, han ocurrido cosas por las que también se exigirá responsabilidad a los militares. Al menos, es lo que teme el general de división Reiter:

REITER: [El Führer] era una personalidad histórica; solo la historia posterior le podrá hacer justicia como merece; primero será necesario escuchar todo lo que ha ocurrido; nosotros no hemos sabido nada. Esa gente incapaz, que no han informado al Führer... ¡La de mentiras que le han contado en los informes y demás! Y de eso nos van a echar la culpa también a nosotros, téngalo por seguro.[458]

El temor a tener que corresponsabilizarse de lo que se había dispuesto en el nombre del Führer, pero sin que este lo supiera, preocupa particularmente a los altos oficiales que, al respecto, desarrollan teorías sobre su funesta monopolización:

BASSENGE: Nuestro Führer nos engañó del todo. En unas condiciones totalmente falseadas, nos impusieron el juramento. El juramento fue en el 33, cuando aún estaba ahí Hindenburg y las condiciones eran totalmente distintas. Un año después, todo era ya completamente distinto... pero entonces ya habíamos jurado.[459]

Sin embargo, incluso entre la desilusión por un futuro que, muy probablemente, no será tan magnífico como se había prometido, se muestra la importancia emocional del proyecto nacionalsocialista y la fe en el Führer. Es el caso del frustrado coronel Reimann:

REIMANN: Y era todo tan bonito... Era todo tan maravilloso, inmaculado... Y con la mierda de Rusia, empezó a ir de mal en peor. Solo ha habido dos personas que no supieran que en Rusia hace frío en invierno: el primero fue Napoleón Bonaparte, y el otro, el Führer, general aficionado... Menos ellos, todos lo sabían.[460]

El Führer fracasa

¿Cuál es la diferencia entre Jesucristo y Hitler? Con Jesucristo, uno murió por todos.

Teniente general y caballero
Friedrich von Broich, julio de 1943[461]

Tras la rendición del 6.º ejército en Stalingrado, en febrero de 1943, aumentan las dudas al respecto de si aún será posible alcanzar la victoria final; y aun cuando la mayoría de los soldados todavía no acepta que se reproche nada al Führer, sí es más frecuente hallar afirmaciones críticas con Hitler. «Yo tengo que decir, sinceramente, que no todo lo que hace Adolf está bien, por ejemplo lo que está haciendo con los judíos, eso es una cagada»,[462] opina el cabo Harnisch. Y el coronel Rohrbach cree que Hitler está desbordado por la dirección de la guerra: «Parece que el Führer no escucha a nuestros generales, eso es una calamidad. Una sola persona no puede ser político, estadista y comandante. Eso es una locura».[463]

El suboficial Doetsch y el brigada Bräutigam, de la Luftwaffe, se dan cuenta de algo que es muy relevante para su socialización como jóvenes pilotos de combate:

DOETSCH: Un par de días antes de que empezaran esos nuevos ataques sobre Londres, nos visitó no sé qué superjefazo que pronunció un discurso. Ya no recuerdo de quién se trataba, pero, de comportarse, se portó como una mujer histérica.
BRÄUTIGAM: ¿No sería quizá el jefe del ataque contra Inglaterra?
DOETSCH: Puede ser. Se puso a vociferar: «Incendiadles las casas para que yo pueda ir ante el Führer y decirle que la Luftwaffe ha vuelto a estar en Inglaterra». Se puso incluso a mendigarnos: «¡No tenéis permiso para fracasar, dad hasta lo último!». Histérico a más no poder.
BRÄUTIGAM: Sí, al estilo del Führer.
DOETSCH: Cuando uno se lo piensa, la enorme cagada que ha hecho Hitler, como buen alemán uno solo puede acabar pensando que a Hitler habría que pegarle un tiro.
BRÄUTIGAM: No te falta razón en eso, pero no es algo que se pueda decir.
DOETSCH: A los de aquí, desde luego, no se lo voy a decir.[464]

Sin duda, en muchas afirmaciones más bien críticas todavía pervive un resto de simpatía y una huella clara de la fe en el Führer. Es el caso, por ejemplo, del tirador Caesar, que narra, de un modo muy particular, cómo se

ocuparía de los antiguos grandes de la historia. Optaría por la clemencia, aunque no con todo el mundo:

> CAESAR: Yo he estado pensando qué haría si me encontrara con Hitler y sus camaradas cuando estuvieran huyendo. He llegado a la conclusión de que les diría: «Aunque yo no puedo hacer nada por ustedes, tampoco voy a contarle a nadie que les he visto aquí. Ahí tienen un camino forestal, métanse por ahí, entre los arbustos». La única excepción la haría quizá con Himmler.[465]

Dos tesis magistrales ya completadas,[466] que han analizado con detalle los materiales de las escuchas realizadas a los militares internados en Fort Hunt, desde los soldados de primera hasta los oficiales del estado mayor, llegan a la conclusión de que la confianza en el Führer disminuye poderosamente entre los hombres de menor graduación, mientras que en los rangos superiores tiende a conservarse. Este es un indicio adicional de que la inversión identificadora y emocional puede dar estabilidad a la fe en el Führer. Sería preciso continuar investigando este indicio, lo cual, sin embargo, no resulta particularmente fácil, porque la fe en el Führer posee aún otra faceta que *no* emerge en las conversaciones de los soldados: la del conflicto político. De hecho, uno de los efectos que más parecen haber marcado a los alemanes, de resultas del proyecto nacionalsocialista, es una despolitización persistente.

Los soldados comprenden que lo que está sucediendo, no es algo que les concierna a ellos ante todo, sino a su omnipotente Führer y a la plantilla de personas reunidas en torno de él; personas que, según el caso, consideran honradas, corruptas, incapaces o criminales. Pero *no* llegan a desarrollar una opinión política sobre el Estado nacionalsocialista, la dictadura o la persecución y el exterminio de los judíos. Lo que transmiten son críticas y escepticismo dirigidos hacia rasgos personales de los hombres más señeros del nacionalsocialismo; en ocasiones también contra medidas concretas; pero discusiones políticas en forma de peleas sobre las decisiones y perspectivas, diferencias de posición y de concepto, es muy raro que ocurran. Este es precisamente uno de los resultados centrales del dominio totalitario: se da origen a una falta de alternativas mental y a una concentración y dependencia plena de un Führer o guía carismático a quien se sigue siendo leal incluso cuando la derrota es irrefutable. La política,

según sugieren las actas de las escuchas, ha sido reemplazada por la fe, sobre todo en el caso de los grados más altos. Y como la fe en el Führer supone igualmente una fe en uno mismo, cualquier eventual perjuicio a la imagen del Führer supone asimismo la amenaza de devaluar el proyecto en el que uno ha invertido sus energías y sentimientos.[467]

Ideología

THÖNE: Quizá haya usted oído hablar del trato que se ha dado a los judíos en Rusia. En Polonia, en comparación, los judíos han salido relativamente bien parados. Ahí aún viven judíos. Pero en la Rusia ocupada ya no hay ni uno
con vida.

V. BASSUS: Sí, ¿acaso en Rusia se los consideraba más peligrosos?

THÖNE: Odio. No por peligrosos. Y con esto no estoy revelando ningún secreto. Puedo decir tranquilamente que a todos los judíos de Rusia, incluidas las mujeres y los niños, los han matado a tiros, del primero al último.

V. BASSUS: Sí, ¿sin ningún motivo irrefutable?

THÖNE: El motivo irrefutable es el odio.

V. BASSUS: ¿De parte de los judíos, o...?

THÖNE: El nuestro. No es un motivo, pero es la realidad.

Brigada Von Bassus y alférez Thöne, 2-2-1944 [468]

Esta cita inicial, con todo su laconismo, resulta muy notable. Mientras el brigada Von Bassus está buscando motivos para el exterminio de los judíos, el alférez Thöne le apunta una y otra vez que no hubo ninguna razón para matar a los judíos; el odio fue el único motivo, ningún otro, ni la «peligrosidad» de los judíos ni el supuesto «odio» de estos a los alemanes. Resulta particularmente sorprendente que Thöne comente, además, que el odio «no es un motivo, sino la mera «realidad», el hecho de que a los judíos se les dio muerte. Es difícil imaginar una formulación más clara de la violencia autotélica y, a su manera, anuncia un resultado que, con respecto a la acción profunda de la ideología nacionalsocialista en la conciencia de los soldados espiados, en general podría formularse como sigue: la ideología no desempeña ningún papel clave en lo que los ocupa. Esto no significa que, en muchos casos, no estuvieran a favor de resolver con violencia la supuesta «cuestión judía», pero tampoco supone, en la misma medida, que en un número considerable de casos no se hubieran expresado en contra. De hecho, cabría decir que la existencia de esta cuestión era una parte

integrante que en su mundo se daba por sentada, del todo independientemente de lo que les pareciera bueno o malo, correcto o desacertado en la política antisemita.

El espectro de opiniones

Teniente Fried, leyendo a Heinrich Heine: «Dicen que estos judíos no dominan adecuadamente la lengua alemana, en la literatura y demás. Pero este *Viaje por el Harz* es fantástico».[469]

SUBOFICIAL WEHNER:* Cuando me encuentro a un judío, podía liquidarlo ahí mismo. ¡Lo que les hemos hecho a los judíos en Polonia! Los hemos dejado tiesos sin compasión.[470]

Estas dos citas se remontan a principios del año 1943 y los dos interlocutores pertenecen a la Luftwaffe. ¿Representa el teniente Fried la Alemania humanista y el suboficial Wehner a los portadores de una concepción del mundo antisemita? Nuestro material, al menos, no apunta a que una lectura entusiasta del *Viaje por el Harz* pueda indicarnos con seguridad si ese lector liquidaría a los judíos o no. A la inversa, sin duda, podemos dar por descontado que el suboficial Wehner posee el fanatismo suficiente para no leer libros escritos por autores judíos (algo que, por cierto, se colige también del resto de sus declaraciones). Hemos situado ambas citas una al lado de otra para indicar el espectro en el que se mueven las afirmaciones sobre los judíos y el racismo en general, dentro de nuestros materiales. Hallamos no solo comentarios sobre Heinrich Heine o sobre médicos, químicos o físicos judíos; no solo un rechazo enfático al exterminio de los judíos y la política antisemita en general,[471] sino también todo lo contrario: teorías sobre la conspiración mundial de los judíos, el judaísmo internacional, la Inglaterra «judaizada» (y, más aún, Estados Unidos),[472] o la alegría que se siente al matar judíos; en suma: *todo lo posible*. A este respecto, no es preciso que las distintas facetas de estas consideraciones se distribuyan, como ocurría en los ejemplos de más arriba, entre distintas personas; antes al contrario, como ya se pudo ver en la sección sobre el exterminio, los argumentos y puntos de vista en apariencia

contradictorios aparecen también en boca de una misma persona. Por ejemplo: «Los nazis son unos cerdos más temibles aún que los judíos»,[473] o bien: «¡El japonés no es sino el judío del oriente!».[474]

Hallamos afirmaciones como las siguientes, del teniente coronel Erfurth, que apuntan lo lejos que pueden llegar a ir las fantasías antisemitas:

ERFURTH: Me resultaba siempre de lo más desagradable el ver, en Riga, a las judías de Alemania, que allí eran las encargadas de limpiar las calles. Y lo único que hablaban era alemán. ¡Repulsivo! Es algo que habría que prohibir. Habría que obligarlas a no hablar nada que no fuera yídish.[475]

O nos topamos con absurdos como estos:

Soy campeón de ping-pong de la Alemania occidental. Pero he perdido mucho. He dejado de jugar desde que un típico chaval judío —de deciseis años— me pegó una paliza. Entonces me dije: «¡Esto no es un verdadero deporte!».[476]

Las charlas sobre cuestiones raciales o sobre «el judío» no se diferencian, por su estructura, de otras conversaciones; a menudo se intercala un comentario o se narra una historia y luego se cambia otra vez de tema. Es muy raro encontrar discusiones largas o siquiera polémicas sobre la «cuestión judía» o las teorías raciales. Esto nos indica, en primer lugar, que en las conversaciones impera la necesidad del consenso, como en los otros temas, lo que apenas da pie a la insistencia, la presentación de otros argumentos o las preguntas repetidas. Como la unidad en los puntos de vista y las valoraciones políticas surge casi siempre con una rapidez asombrosa, en segundo lugar cabe colegir también que, para la mayoría de los soldados, estos temas carecen de verdadera importancia: así, cuando la conversación lo requiere, se expresa una opinión al respecto, y cuando no, entonces no se hace. Esto se corresponde también con el detallado análisis de Alexander Hoerkens, que ha valorado más de dos mil actas de las escuchas, de nuestro material, para determinar su ideologización; y ha podido constatar que menos de una quinta parte de las conversaciones se ocupan de cuestiones políticas, «raciales» o ideológicas.[477] Los hombres se preocupaban mucho más por las cuestiones cotidianas de la guerra. Con la sola excepción de unos pocos casos extremos —que de nuevo cubren el espectro completo desde los más radicales (antisemitas, combatientes

partidarios del exterminio) hasta los verdaderamente conmocionados por los crímenes contra los antiguos reclusos de los campos de concentración—es un tema como cualquier otro. Y cuando surge el tema de los fusilamientos masivos, se vincula a menudo con el temor a la venganza: «¿No crees que nos pasará factura, el fusilamiento de todos esos judíos, de mujeres y niños? Mi hermano, que es infante de a pie, me ha contado mucho sobre el tema, cómo se los lanzaba a las fosas incluso antes de que hubieran muerto del todo».[478]

Así como hay nacionalsocialistas declarados que consideran la persecución de los judíos como un error histórico, también hallamos la posición diametralmente opuesta: antinazis confesos que tienen la política antisemita por el único punto programático razonable del nacionalsocialismo. En el siguiente pasaje, dos soldados hablan sobre «los nazis» con rabia evidente:

HÖLSCHER: Desde el principio, desde 1933 se han estado preparando para la guerra, está claro. Y aunque en los discursos decían veinte veces: «No queremos la guerra, preguntadle a las madres, preguntad a los heridos», como decía Adolf, yo me digo: para mí que eso era mentira. ¡Que ese nos ha mentido, tú! ¡Con la de veces que ha dicho que él no quería la guerra!

V. BASTIAN: Macho, yo siempre me decía: y este, ¿por qué habla tanto de eso? ¡Si está muy claro que nosotros no queremos la guerra, en Alemania, que no la podemos hacer, para nada, que estamos hasta las narices!

HÖLSCHER: Pues lo que él quería decir era justo lo contrario: que quería la guerra. Y yo, ahora que los oigo cómo se insultan y se reprochan quién tiene la culpa de la guerra... ¿No es como para echarse a reír? A Hitler bien que se lo conoce por sus actos de violencia; por las SA y las SS, por las riñas políticas en que se han metido. Si ellos lo resolvían todo con palizas... El propio Hitler lo dice: «El nacionalsocialismo significa "luchar"».

V. BASTIAN: ¡Significa luchar, y tanto!

HÖLSCHER: Y eso quiere decir que no pararán nunca de combatir, que es una lucha perpetua, siempre a palos. Uno no vale nada, la Patria lo es todo. Esos se han dicho a sí mismos: «Ahora les vamos a enseñar a esos imbéciles de 1919 lo que se puede hacer con Alemania». Ese hombre es un exagerado, y puedes decir lo que quieras. Eso solo lo puede hacer un hombre que tiene unos nervios terribles y que es extraordinariamente fuerte y que no piensa nunca en lo que se pierde; que no tiene consideraciones con la gente. Un hombre de cultura nunca habría hecho algo así. [...]

V. BASTIAN: Como sea, yo no tengo ni idea de adónde nos quieren llevar los nacionalsocialistas. ¡Es todo un canalla, con su camisa marrón![479]

Aunque uno, como lector, espera de forma casi automática que estos antinazis declarados rechacen también la política seguida contra los judíos, pronto vemos que no es así. Y es que la conversación sigue por este rumbo:

HÖLSCHER: Sí, en eso uno no sabe... Hay mucha cosa que está bien, lo admito. Con los judíos, eso está bien. A mí la cuestión de la raza no me parece nada mal.

V. BASTIAN: La cuestión de la raza es impecable. La cuestión judía... La ley entera sobre la preservación de la sangre alemana. Esa ley es impecable, y tanto que sí.

Desde la perspectiva actual resulta asombrosa la diversidad que pueden adquirir las mezclas argumentativas de las conversaciones espiadas. A este respecto, como ya se ha visto en varias ocasiones, no interpreta un papel nada despreciable el carácter propio de la conversación cotidiana: como observó Heinrich von Kleist en un ensayo famoso, muchos pensamientos no se «completan» hasta que se habla de ellos;[480] las opiniones y las ideas no existen fuera de las interacciones sociales concretas, del modo en que existe algo dejado en un cajón, a lo que se puede recurrir en caso de necesidad. Antes bien, a menudo no surgen hasta la conversación misma —una palabra lleva a la otra— y es frecuente que no vivan mucho tiempo. En ocasiones, ya sea por el ánimo que impera, el consenso, el engaño o simplemente porque la conversación es intrascendente e indiferente, se ponen a prueba nuevas reflexiones, se desarrollan por primera vez pensamientos que se descartan ya en la siguiente charla. Apenas hay discusiones serias y ello es así aun a pesar de que los hombres no conviven por propia voluntad y pasan mucho tiempo en común, lo cual siempre tiende a ser causa de conflictos. Como, a pesar de todo, sí existen algunos enfrentamientos claros («Permíteme que yo no piense como tú»)[481] e incluso hay documentada una pelea, similar a la que pudiera darse en cualquier piso compartido,[482] sería erróneo concluir que de las riñas verbales no se tomaba nota; existían, pero eran ciertamente escasas. Ahora bien, igual que sucede en cualquier conversación cotidiana, a menudo se asiente a una opinión que, en otra charla, rechazaríamos expresamente; en efecto, es frecuente que el aspecto relacional de las conversaciones, del que ya hemos hablado, tenga mucha más importancia que el contenido en sí del que se trata.

Imágenes del mundo coherentes

Hasta el momento, el estudio de hasta qué punto los ideologemas nacionalsocialistas estaban anclados en la conciencia de los soldados espiados es una empresa audaz y plagada de dificultades, que solo es lícita en las opiniones plenamente unívocas, como por ejemplo la siguiente. Habla un antisemita radical, el cadete de Marina Karl Völker, de dicinueve años:[483]

VÖLKER: Ya estoy al tanto de lo que han hecho los judíos. Como en el 28, en el 29 y demás, que raptaban a las mujeres y las violaban y las cortaban a rodajas y la sangre —conozco un montón de casos—, todos los domingos, en la sinagoga, tenían sangre humana y lo que ofrecían en sacrificio era sangre cristiana. Los judíos, ya pueden lamentarse; entre ellos, las mujeres son aún peores que los hombres. Yo mismo lo he visto, cuando nos echamos encima de las sinagogas y las tenían repletas de cadáveres. ¿Sabes tú, eh, sabes tú cómo lo hacen? Ponen al colega encima de una camilla, se van hacia él con una de esas cosas, se la clavan y le sacan la sangre. Entonces le abren unos agujerillos en la panza y ahí lo dejan, que la palme con una agonía de cinco o seis horas. Yo podría cargarme a mil de esa gente, y aunque supiera que entre todos ellos solo hay un culpable, me los liquidaría a todos. ¡Las cosas que hacen en las sinagogas! Nadie sabe lamentarse tanto como los judíos. Por mí pueden ser mil veces inocentes: me los cargaría. ¡Los degollaría como si fueran terneros, al estilo judío, dejándolos desangrar! A mí que me dejen en paz con los judíos. En mi vida nunca he disfrutado más que entonces, cuando entré a saco en las sinagogas. Yo fui uno de los peores cuando lo vi, cuando vi que habían dejado allí tirados los cadáveres violados. Tenías que verlo, con unos tubitos... Eran mujeres, estaban completamente agujereadas.

SCHULTZ: ¿Y de dónde sacaban a las mujeres?

VÖLKER: Simplemente que iban faltando de vez en cuando, nos pasaba a nosotros en casa, en una época, estaban todas con los judíos. Un caso, por ejemplo: una mujer que tenía que ir siempre a un judío a recoger cosas; este tenía una tienda. El judío le dice a la mujer que tiene que pasar por su casa, que tiene algo para ella. Y entonces había allí como cinco judíos y se la llevaban. Desde la tienda había un paso subterráneo hasta la sinagoga. En su Ley está escrito que la mejor acción que pueden llevar a cabo es ofrecer el sacrificio de sangre cristiana. Todos los domingos desollaban a alguien, dura como tres o cuatro horas. ¡Y la de mujeres que habían violado, entre ellas! Yo no les voy con contemplaciones, para nada. Los cogimos y los pusimos igualmente contra la pared, a todos, sin miramientos. Seguro que había entre ellos inocentes, pero también había allí culpables. Si uno no ha hecho nada mal pero tiene sangre judía, con eso es bastante.[484]

Se trata del clásico «combatiente ideológico», probablemente similar al que Daniel Goldhagen se imaginó: un antisemita que actúa por convicción, impulsado por ideas fijas de eliminación y pornografía de la violencia, que dedica todo su esfuerzo a la aniquilación de los judíos. En

este caso concreto, las afirmaciones que también parecen despertar cierto escepticismo en el interlocutor («¿Y de dónde sacaban a las mujeres?») se originan probablemente en una lectura intensiva del periódico *Der Stürmer* y una confirmación compartida de la concepción del mundo antisemita en las Juventudes Hitlerianas. Precisamente por su carácter extravagante, son indicio de a qué ideas no solo daban crédito algunos sino que, más aún, las usaban para extraer conclusiones firmes. Hubo hombres de esta especie.

Pero el nacionalsocialismo en sí apenas se constituye, en la conciencia de los soldados cuyas conversaciones se espiaron, como aquella teoría que, integrada por diversos tópicos y no afectada por incoherencias, versaba sobre las «leyes eternas de la vida»; una teoría que, como exegeta de los escritos y discursos programáticos, uno podía identificar con voces que iban de Rosenberg a Hitler. El estudio ya mencionado de Alexander Hoerkens, después de analizar las conversaciones de 621 soldados, llega a la conclusión de que la mayoría expresó una opinión más bien negativa sobre la política racial y que solo una minoría de 30 personas podía calificarse como «combatientes ideológicos». Es interesante destacar que esta minoría estaba formada en gran parte por oficiales jóvenes, particularmente por alféreces, que en 1933 aún eran niños y quedaron más claramente expuestos a la influencia socializadora del Tercer Reich.[485] Aquí es donde más factible resulta hablar de una concepción del mundo nacionalsocialista.

Lo que los demás soldados tienen en mente cuando hablan de «política», «razas», «judíos», etc., no se corresponde con ninguna concepción del mundo cerrada, sino con un «patchwork» de aspectos parciales, muy diversos y contradictorios entre sí. Aunque hay nacionalsocialistas declarados que narran con empatía historias sobre judíos a los que conocieron personalmente y se exaltan al hablar de «vergonzosas formas de tratar», impropias de un «pueblo de cultura», sin embargo en el plano más básico pueden estar completamente de acuerdo con la política racial, como muestra el ejemplo del radiotelegrafista de Marina Hammacher, de mayo de 1943:

HAMMACHER: Esta cuestión de los judíos se tendría que haber tratado de otra manera. No con esta precipitación, sino con toda la tranquilidad y en silencio, introduciendo leyes que prohibieran nombrar a más de tantos abogados judíos, etc. Pero ahora, todos los judíos expulsados han

hecho mucho en contra de Alemania, como es natural.[486]

En el caso de las «acciones judías» ya habíamos visto que, a menudo, los hombres criticaban la manera en que se realizaban las ejecuciones, mientras que el exterminio colectivo en sí o les resultaba indiferente o incluso les parecía necesario. Este punto de vista aparece de nuevo en relación con la ideología y el racismo; no solo en el marco de las descripciones de las masacres, sino también en reflexiones más bien teóricas predominan los comentarios negativos sobre el exterminio: «Yo siempre he estado en contra de esta mierda de las SS —dice por ejemplo el alférez Oehlmann—. Y la persecución de los judíos también me ha causado siempre repulsión». No se trata de ninguna declaración general en contra de la política antisemita, pues en seguida añade: «A los judíos había razón para expulsarlos, pero no para darles el trato que les han dado».[487] Naturalmente, las voces críticas aumentan cuando disminuye la confianza en que se va a ganar la guerra: «Después va a ser una vergüenza ser alemán. Igual que han castigado a los judíos, nos castigarán a nosotros».[488] «¡Expulsar a los judíos ha sido el error más grave! ¡Eso, y sobre todo, el trato inhumano!»[489]

En lo fundamental, podemos partir de que el tema es mencionado con mayor frecuencia por aquellos que consideran que la persecución y el exterminio han sido un error, mientras que los que entienden que «la solución final al problema judío» era una necesidad incuestionable aluden menos a esta cuestión. Sin embargo, la frecuente referencia al «judaísmo internacional», a los «judíos del mundo», a la «judaización» de Estados Unidos e Inglaterra, y a los numerosos tópicos sobre la «holgazanería» de los judíos apunta a que el marco de referencia de la desigualdad categorial estaba plenamente vigente y que la práctica antisemita podía desarrollar un hondo efecto psicológico. Aun con todo esto, en gran medida sigue sin estar claro qué significaba esto para las percepciones y actuaciones de los hombres en situaciones concretas. En principio, cabe afirmar que las ideas y disposiciones mentales se sobrevaloran mucho, en lo que respecta a cómo afectan a la acción; en realidad, solo en los márgenes de la distribución normal mental —como por ejemplo, en el caso citado del submarinista antisemita— predisponen a una actuación antisemita; en consecuencia, en

los casos históricos concretos es necesario analizar siempre con exactitud si, cuando alguien mataba judíos, intervenía en ello alguna disposición antisemita, o si bien la acción se producía en el marco de los procesos grupales dinámicos, que convertían a los hombres en asesinos múltiples sin que estos respondieran a una motivación propia.[490] Este descubrimiento, que es válido ya en relación con los agentes directos del exterminio masivo, halla una nueva confirmación en la Wehrmacht y en la gran diversidad de situaciones y posiciones en las que podían hallarse los soldados espiados: para lo que llevaban a cabo en la batalla, la retirada, el «combate contra los guerrilleros» o su tiempo libre, el antisemitismo les proporcionaba una primera capa, pero no un motivo. Como muestran por ejemplo las citas relativas a los guetos (véase la p. 153), muchos hombres sienten una empatía clara por las víctimas y se muestran conmocionados por las condiciones de vida de los afectados («esos judíos tienen que trabajar duro en el aeropuerto grande y se los trata mal, como a animales»),[491] sin que esto tenga consecuencia ninguna para la cuestión de si uno debe cumplir, o quizá negarse a hacerlo, las órdenes relativas a la protección de ese gueto.

Así, el alférez Rottländer habla de un amigo que había intervenido en los fusilamientos colectivos y había sufrido mucho por ello:

ROTTLÄNDER: Ahí exterminaron pueblos enteros, pueblos enteros, sacaban de allí a los judíos sin contemplaciones, cavaban hoyos y luego los tenían que matar a tiros. Al principio, me decía, le resultaba difícil, pero luego se quedó hecho polvo de los nervios. Luego a palear para tapar el hoyo y por ahí dentro aún se iban moviendo, con niños y de todo. Me decía: «Por mucho que fueran judíos, pero aquello era terrible».

Su interlocutor, el alférez Borbonus, tiene una opinión muy clara al respecto:

BORBONUS: ¡Dios, si es lo que ordenan desde arriba![492]

A condición de que la distancia sea suficientemente grande, las noticias sobre el horror, en las conversaciones, no se cuentan de un modo esencialmente distinto a como en la actualidad dos o tres interlocutores pueden hablar sobre los niños soldado de África o los actos bestiales de los talibanes afganos: es algo que se considera horroroso, pero el marco de

referencia para esa clase de opiniones es abstracto y no tiene nada que ver con las circunstancias concretas, de actuación y vitales, de los interlocutores. En la misma escasa medida en que el trabajo de un ingeniero que se encarga de desarrollar teléfonos móviles, según su modo de ver, apenas tiene que ver con el hecho de que la explotación del coltano necesario en el Congo se efectúe en condiciones extremas de guerra y violencia, el estado anímico de los soldados tampoco se siente implicado cuando *en otra parte, otros* asesinan a los judíos. *Mutatis mutandis*, cabe afirmar lo mismo sobre otros conceptos racistas e ideológicos que los soldados emplean sin que resulte claro qué relación guardan estos con lo que ellos han hecho en la guerra. Así, por ejemplo, Heinrich Skrzipek, contramaestre del submarino U-187, dice:

SKRZIPEK: A los inválidos solo se los puede quitar de en medio, sin dolor. Eso es lo correcto. No saben nada de eso y, de todos modos, no reciben nada de la vida. ¡Basta con ser blandos! ¡Que no somos mujeres! Precisamente porque somos blandos, estamos recibiendo tantos golpes de nuestros enemigos. [...] Y la misma receta para los tontos y los medio tontos. Porque precisamente los medio tontos tienen familias muy numerosas y con lo de un tonto se puede alimentar a seis soldados heridos. Ya sé que no a todo el mundo le parece bien. A mí hay varias cosas que no me gustan, pero se trata de mirarlo en conjunto.[493]

Aunque la mayoría de los estereotipos racistas de las actas de las escuchas se refieren a «los judíos», por todas partes se encuentran partes de la concepción del mundo nacionalsocialista, en lo que respecta al determinismo biológico; por ejemplo, en referencia a los aliados («Esos monos amarillos, eso no son personas, no son más que animales»;[494] «los italianos son una raza de tontos»)[495] o a los enemigos («yo a los rusos no puedo mirarlos como seres humanos»;[496] «¡Polacos! ¡Rusos! ¡Una mierda y de la peor!»[497] Incluso una afirmación netamente melancólica sobre el futuro posterior a la guerra se puede fundamentar sobre la teoría racial:

Hay una cosa clara: da igual quién salga apaleado, si los alemanes o los ingleses, Europa se irá a pique, porque estas dos razas son las portadoras de la cultura y la civilización. Es triste que unas razas tan excepcionales deban hacerse la guerra en lugar de combatir en común a los eslavos.[498]

Los estereotipos y los prejuicios son elementos firmes de los mundos de las ideas culturales y guían, en gran medida, la orientación de los individuos y las prácticas sociales de los grupos.[499] En una sociedad en la que la desigualdad categorial de los seres humanos dirige la actuación estatal, se considera válida como estándar científico y es impulsada por un despliegue descomunal de la propaganda, los estereotipos grupales se consolidan; sin embargo, según muestra nuestro material, no se consolidan hasta el punto en que habrían deseado Goebbels, Himmler o Hitler, ni en la medida sugerida durante mucho tiempo por los estudios del Holocausto. La ideología solo constituye una base para las opiniones, pero se sabe poco sobre la eficacia con la que actúa.

A la inversa, sin embargo, cabe afirmar que la ideología de la desigualdad categorial tornó aceptable y deseable la conducta antisocial contra los grupos discriminados, por lo que la compasión y la empatía con enemigos y víctimas, aunque aparecen en las actas de las conversaciones, se cuentan entre las excepciones poco esperables.

Ahora bien, hay algo que sí es asombroso que no aparezca en nuestro material: la «comunidad nacional». Si tenemos en cuenta el enorme valor que tuvo para la concepción del mundo y el estado de ánimo psicosocial de los alemanes en el Tercer Reich, según se calcula sobre todo en los estudios más recientes,[500] es sorprendente que los soldados no hagan referencia, en ningún punto, a este aspecto que se supone central en la historia de las mentalidades. Los informes sobre los viajes de *Kraft durch Freude* u otros elementos de atracción de la sociedad nacionalsocialista tampoco constan en el material, ausencia que resulta aún más llamativa si se toma en consideración que la «comunidad nacional» supone antes una estructura organizativa civil que una militar. Su ausencia total debería favorecer el escepticismo de los futuros estudios acerca de la penetración de la sociedad nacionalsocialista mediante tales elementos de integración.

En su conjunto, en lo que atañe a las mentalidades de los soldados, no cabe hablar de que, desde su punto de vista y mayoritariamente, estuvieran llevando a cabo ni una «guerra de exterminio» ni una «guerra racial». Se orientaban sobre todo con el marco de referencia de las fuerzas armadas y la guerra, marco en el que la ideología solo desempeña un papel secundario.

Llevaron a cabo una guerra en el marco de una sociedad de carácter nacionalsocialista, lo cual, cuando se les puso en tal situación, les llevó a perpetrar también acciones radicalmente inhumanas. Pero para llevarlas a término —y esto es lo verdaderamente inquietante—, no hacía falta que uno fuera ni racista ni antisemita.

Valores militares

Para las percepciones e interpretaciones y, con ello, también para las decisiones concretas, el sistema de valores militar, que estaba firmemente integrado en el marco de referencia, interpreta un papel mucho más importante que la ideología. La tradición militarista de la sociedad alemana facilitó mucho la integración de millones de hombres en la Wehrmacht. En los cuarteles no les aguardaba ningún mundo nuevo; al menos, no en el sentido de un nuevo sistema de normas. Aunque la mayoría de los hombres no entraron voluntariamente en el ejército, por lo general estaban decididos a adaptarse al marco militar y a cumplir lo mejor posible sus nuevas tareas. Buenos carpinteros, tenedores de libros y agricultores querían ser buenos conductores de carros blindados, cañoneros e infantes. En concreto, esto suponía: aprender el oficio de soldado, perfeccionar el manejo de las armas y, ante todo, ser obediente, disciplinado y duro. Se ansiaba obtener victorias mediante la valentía y el propio sacrificio y, en la derrota, combatir hasta agotar el último cartucho. Desde las guerras de unificación, esta concepción del soldado representaba una especie de *common sense* en la sociedad alemana.

La identificación positiva con el ejército se vio favorecida por los grandes éxitos militares de la primera mitad de la guerra, pero también por la estructura interior de la Wehrmacht, orientada al rendimiento, en la que todos recibían la misma alimentación, todos podían obtener las mismas condecoraciones y se hacía mucho hincapié en la responsabilidad de las personalidades de liderazgo. Esta elevada identificación con el sistema de la Wehrmacht se colige también en las interminables conversaciones de los soldados prisioneros de guerra sobre el ejército. Cómo se dividía, estructuraba y armaba la propia unidad; cómo esa organización demostraba

su valía en el combate; qué instrucción había recibido cada uno y cómo funcionaban las propias armas; quién había sido ascendido y condecorado, y cuándo; todo esto eran temas de conversación. A este respecto, los soldados se presentaban como maestros de su especialidad, interesados, orgullosos de su unidad y de sus armas, irritados cuando algo no funcionaba según sus deseos. Las fuerzas armadas se percibían, así, como algo lógico y natural, como un mundo al que uno pertenecía, en el que uno había encontrado su lugar.

Para los soldados alemanes, las normas militares —como la obediencia, la valentía y el cumplimiento del deber— eran valores tan evidentes, tan conocidos y aceptados por todos (véase las pp. 57 y ss.), que solo en contadas excepciones se hablaba explícitamente sobre ellas. Y, en todo caso, quienes en sus reflexiones sobre las cuestiones más generales se expresaban también sobre los aspectos normativos eran oficiales de alto rango. Así, por ejemplo, el coronel general Hans von Arnim comenta: «Un soldado que no adopta la posición de firmes no es un soldado. Cuanto más duro truena a su alrededor, más firme debe ponerse: interiormente».[501] Von Arnim se refería con ello, sobre todo, a la obediencia y el cumplimiento del deber, que precisamente en los tiempos difíciles —él había vivido hacía poco el hundimiento de las tropas alemanas en África—, debían regir la actuación más aún que en los tiempos favorables. El coronel Reimann, internado en Trent Park, como Von Arnim, describe de un modo aún más preciso el corsé mental de la Wehrmacht: «Nosotros hacemos lo que dicen nuestros superiores, que tienen una estrella más que nosotros; lo que ellos ordenan, nosotros lo hacemos».[502] Afirma incluso que es «una peculiaridad de la estirpe alemana: cuando son soldados, se les ordena y entonces se obedece». Pese a que aún falta demostrar que en efecto se tratara de una cualidad específicamente alemana, en cualquier caso, la obediencia se percibía como un valor superior a demostrar el carácter razonable de las actuaciones militares. Así reflexiona el capitán Hartdegen sobre el tiempo que había pasado en el estado mayor de la división Panzerlehr, en Normandía, en 1944: «Nos reuníamos al anochecer, junto con el general, con sus viejos comandantes, y decíamos siempre: ¿Se habrá vuelto loco el Führer? ¡Porque las órdenes que nos exige...! Pero las ejecutábamos, porque

nos han criado como es debido».[503] «Órdenes son órdenes, por descontado, y especialmente en el frente»,[504] recalca incluso un antinazi declarado como Irmfried Wilimzig,[505] en el campamento de escuchas estadounidense de Fort Hunt.[506] Aunque la Wehrmacht, con su táctica de encomienda de tareas, antes que de órdenes, instruía a sus soldados para que pensaran y actuaran por sí mismos,[507] la obediencia siguió siendo una de sus normas más importantes. *No* acatar una orden se consideraba una desviación de todo punto inaceptable, porque comportaba disolver los fundamentos del ejército. La obediencia ataba a los soldados, pero no tanto por el miedo al castigo, sino sobre todo porque estaba firmemente anclada en su propio marco de referencia. En cautividad de los estadounidenses, el comandante Leonhard Mayer habla a sus compañeros de celda de la batalla de Cherburgo:

MAYER: Hoy en día un oficial se puede ver en situaciones muy difíciles. Pongamos un caso de ejemplo. Resulta que hoy, un oficial, aunque quiera cumplir con su deber, tenga sentido común y sea capaz de sopesar posibilidades diversas, precisamente ese oficial tenga el destino más ingrato.

A mí, siendo comandante de un grupo de combate, se me encargó resistir en mi posición fueran cuales fuesen las circunstancias. Eso fue lo que me ordenaron y eso fue lo que hice. Pero lo que desde luego no hice, como comandante, fue esconderme en el búnker; aunque como era el comandante lo podría haber hecho sin más. Estuve delante, con las tropas, del 70 al 80 por 100 del tiempo. Bueno, nos estaban castigando a conciencia con la artillería y demás. Nuestra gente caía por docenas. Yo mismo no tardé en darme cuenta de aquel desgaste seguro, aunque la verdad, hay que decir que se estaban comportando sin tacha. A esto se añade, sin embargo, que la propaganda del enemigo, con sus hojas volantes, había hecho algo de mella en nuestra gente, con lo del trato a los prisioneros, etc. En ese mismo momento nos llega una orden, que se da a conocer a todos, que hay que hacer salir adelante a los haraganes. Así que yo tengo que llevar adelante a mis hombres con todos los medios. Si no lo hago, estaré incumpliendo con mi deber, a ojos de mis superiores en la guerra. Pero al mismo tiempo se mueve el sentimiento humano y uno se dice a sí mismo: «Tienes que sacar adelante a la pobre gente, aunque en realidad, no va a tener ninguna utilidad». Y es que no teníamos ningún apoyo de armas pesadas, los aviones, ni nada, la orden era solo luchar cuerpo a cuerpo.

AHNELT: ¿Qué clase de unidad era? ¿Baviera?

MAYER: Mitad de Baviera y mitad de Fráncfort. La gente se había portado muy bien, aunque habría cerca de un 20 por 100 de gente que escurría el bulto. O sea no solo los que ya sabes que escurren el bulto habitualmente, sino gente que estaba tan castigada de los nervios que ya no podía más. Ahora supongamos que Alemania no pierde la guerra; entonces cabe pensar que me formen un consejo de guerra y me pregunten por qué, en esa posición, no llegué a resistir ni las dos horas.

Mayer no tarda en proseguir con su historia. Él habría preferido huir con su gente, en aquella situación sin esperanza, pero tenía la orden de conservar la posición durante tres días.

MAYER: La cosa estaba así: en un lado estaban los heridos, estirados, moribundos, sangrando, en filas apretadas como sardinas; gente con la que yo llevaba ya varios años. Y en el otro lado, mi deber. Tengo intención de escribir un libro sobre estas cosas, si puedo hacerme aquí con una máquina de escribir. Y ahora estoy aquí sentado, prisionero, y mi propia tragedia es sintomática de la tragedia general. Esa es ahora la recompensa por todo el trabajo, yo he trabajado como un loco, porque a mí me educaron en la conciencia del deber: en las órdenes, en lo que se debe hacer. Esto dejando a un lado, del todo, los compromisos políticos y demás. Yo habría hecho lo mismo si hubiera formado parte del Ejército Rojo.

Habría tenido tiempo de escurrir el bulto; un par de meses antes, habría tenido ocasión de ir a Múnich, porque estuve a punto de que me nombraran comandante de regimiento. Pero antes de la Invasión [= el Desembarco], no quería abandonar mi puesto. Esa es precisamente la tragedia.[508]

El comandante Mayer se vio envuelto en un conflicto de conciencia, se creía abandonado al «ingrato destino». Por un lado estaba la orden de mantener la posición. Por otro lado tenía claro que él era responsable de la vida de los hombres que se le habían confiado, a algunos de los cuales conocía desde hacía años. Mayer, que ansiaba ser un buen comandante, hizo hincapié en que permaneció con ellos en la primera línea; es decir: que compartía sus penalidades. No se le pasaba por alto que, en aquella lucha tan desigual, los suyos caían cada vez más rápido, en tanto él, como comandante, no abandonaba la batalla. Sin embargo, no llega a plantearse desacatar la orden de «resistir en mi posición fueran cuales fuesen las circunstancias». La obediencia y el compromiso con lo ordenado eran prioritarios. Esto resulta particularmente claro cuando Mayer recalca que el compromiso era del todo independiente de los lazos políticos; en el Ejército Rojo, él «habría hecho lo mismo». Solo en el momento en el que ya solo le quedan treinta hombres, según cuenta Mayer más adelante, abandona la batalla; otra cosa habría supuesto la muerte de todos. Es decir: solo le resultó posible actuar en contra de lo ordenado cuando su unidad, en la práctica, había dejado de existir y su propia vida empezaba a correr un peligro inminente. Aun en estas circunstancias sentía remordimientos de conciencia: posiblemente había abandonado demasiado pronto. En honor a

la verdad, no había cumplido literalmente con la orden y, por lo tanto, contaba con la posibilidad de que le formaran consejo de guerra por ello. No hay información sobre el modo en que se desarrolló, en realidad, el combate de la unidad de Mayer en junio de 1944. Posiblemente los remordimientos de conciencia se debían también a que algunos hombres habían desertado o a que se rindieron muchos más de los treinta hombres de los que aquí se habla. Sea como fuere, el ejemplo muestra qué valor tan grande adquirían la obediencia y el cumplimiento del deber en el marco de referencia de, particularmente, el cuerpo de oficiales. Romper con este marco solo parecía factible en los casos de emergencia extrema y, por así decir, como el último recurso de todos. Resulta interesante que esta conducta apenas se vea afectada por las convicciones políticas. Hubo algunos críticos con el régimen que se quejaban acremente de la desdicha que los nazis habían acarreado a Alemania y, al mismo tiempo, se irritaban ante el hecho de que hubiera infantes que se dejaban tomar prisioneros sin ofrecer gran resistencia.[509]

En el marco de referencia de los soldados, la valentía se consideraba la virtud militar universal e interpretaba un papel tan importante como el de la obediencia y el cumplimiento del deber. Se convirtió en el símbolo del propio rendimiento, dado que solo unos pocos —a diferencia, por ejemplo, de los aviadores— podían demostrar su rendimiento refiriéndose al número de enemigos muertos o de carros blindados destruidos. La dirección de la guerra terrestre dividía el trabajo en muchas secciones pequeñas, por lo que no había forma de presentar acontecimientos concretos fruto de la propia actuación. Lo único que les quedaba era la referencia a la valentía. Y esto suponía, ante todo, haber cumplido con el deber encomendado y haber continuado luchando incluso en las circunstancias más difíciles. El teniente Gayer habla así de su actuación en el frente de Italia: «Primero entré en acción en las inmediaciones de Cassino y, un par de semanas más tarde, nos desplegaron en el frente de Orsogna. Por cierto que allí como jefe de la compañía, en concreto en Arielli, al sur de Pescara. El fuego de la artillería nos fue consumiendo sin descanso. Mi compañía estaba formada por 28 italianos y 36 alemanes. Los italianos pusieron pies en polvorosa; el alférez italiano, el primero de todos. Allí nos quedamos como diez días».[510] La

versión de Gayer hace hincapié en que la conducta de sus soldados se diferenció mucho de la de los italianos, de los cuales huyó *incluso* el alférez. Ellos, en cambio, resistieron durante diez días, bajo un fuego de artillería asesino, hasta que su unidad quedó aniquilada. Esta imagen de combate arrojado en circunstancias de lo más difíciles, por lo colmadas de pérdidas, aparece recurrentemente en las actas de las conversaciones espiadas. Donde es más frecuente hallarla es entre los soldados que pertenecían a las unidades de combate, más aún en las de élite. El *Standartenführer* de las SS Hans Lingner, uno de los pocos altos oficiales de las Waffen SS que cayó prisionero de los aliados a lo largo de la guerra, ofrece un relato dramático. Refiere con orgullo la actuación de un *Untersturmführer* de su división:

LINGNER: Aunque solo tenía 18 hombres, defendió una población durante tres días contra medio regimiento, mientras les atacaban por todas partes. Yo he vivido allí cómo una sola ametralladora impedía levantarse del suelo a secciones completas. Luego también hicimos un contraataque e hicimos salir otra vez a los tíos que había allí. Eran el resto del destacamento de exploradores, que antes había tenido unos 180 hombres y ahora quedaban solo esos 18. ¡Gente como ya no hay![511]

La norma de combatir con arrojo y no rendirse nunca también se constata a menudo entre los que no eran combatientes de la Wehrmacht. Así, los prisioneros que se quejaron con mayor frecuencia de la rauda rendición de París, el 25 de agosto de 1944, eran funcionarios de la administración.[512]

La valentía, la obediencia y el cumplimiento del deber determinan la percepción de la actuación de un soldado en la primerísima línea del frente,[513] según un esquema de valoración que permaneció estable durante todo el transcurso de la guerra. Las características biográficas apenas tenían influencia en ello, al igual que tampoco las políticas. A los filósofos de carrera, estas interpretaciones les parecían tan evidentes como a los empleados de banca o a los oficiales panaderos; a los nacionalsocialistas furibundos como a los socialdemócratas convencidos. Aunque entre los 17 millones de soldados de la Wehrmacht de la guerra había muchas diferencias sociales, sin embargo durante su tiempo de servicio compartieron en la misma medida un único sistema de valores militar.

Ello no obstante, entre las distintas ramas y armas en servicio hubo matices que es interesante señalar. En las conversaciones de los soldados de la Marina, la valentía, el orgullo, la dureza y la disciplina interpretan un papel constatablemente mayor que en el ejército de Tierra o la Luftwaffe. Como ejemplo característico podemos mencionar la siguiente narración del alférez de navío Heinz Jenisch, sobre la pérdida del submarino U-32, en octubre de 1940: «Mientras el submarino se hundía, todavía grité en un par de ocasiones: "¡Salve, Hitler!". Desde la distancia, pude oír también un par de hurras. Pero unos pocos también gritaron muy lastimosamente: "¡Socorro!". Es atroz, pero ahí abajo siempre te encuentras a un par que hacen ese tipo de cosas».[514]

Un soldado de primera cuenta el hundimiento del forzador de bloqueos *Alstertor* y se esfuerza por dejar claro de qué forma, a su modo de ver, debe portarse un soldado de Marina:

> Durante la batalla, teníamos abajo, en una de las escotillas, a unos prisioneros, y delante de la puerta había un guardia con la pistola desenfundada, con la orden de no abrir en ningún caso la puerta si no se le ordenaba. Y el oficial que tenía que dar esa orden cayó. Y cuando el barco estaba ya completamente escorado, él aún seguía allí; de los prisioneros no salió ni uno, y el guardia tampoco. ¡A eso se le llama cumplimiento del deber![515]

Los ejemplos de hincapié en las virtudes militares, en las conversaciones de los soldados de Marina apresados, podrían multiplicarse a discreción. Naturalmente también se hallan expresiones similares entre los hombres de la aviación y de tierra. Que en la Marina fueran comparativamente más frecuentes tampoco debería extrañar a nadie. Manchada por la revolución marinera de 1918, desde el principio de la guerra fue la rama militar de menor peso en las fuerzas armadas. Su comandante en jefe, Erich Raeder, valoró el 3 de septiembre la guerra inminente contra la potencia naval de Gran Bretaña, considerándola tan privada de esperanza, por su parte, que la Marina alemana solo se hallaba en situación de «morir con decencia».[516] Aunque su estado de ánimo no tardó en mejorar, y en parte creyó que sería capaz de derrotar a Inglaterra en una guerra económica, la jefatura de Marina empleó un esfuerzo particular por mantener el ánimo de combate de sus soldados. Esto aspiraba a la función adicional de reforzar la importancia de la Marina en el estado y la

Wehrmacht, puesto que pronto la moral supuestamente alta fue la única moneda que podía invertir para obtener beneficio. A la postre, desde 1943, la Marina se hundió del todo en la nulidad militar: desde los buques de guerra a los destructores, sus unidades eran netamente inferiores a las de estadounidenses y británicos. Además, la gran carestía de combustible imposibilitaba instruir suficientemente a las tripulaciones, con lo cual las batallas navales caían casi siempre del lado de los aliados. No hubo éxitos sensacionales.

En cuanto a las torpederas y los submarinos, partían de una situación inicial más favorable, pero gracias a su moderna técnica de localización, los aliados los superaron ampliamente. Cuanto más a menudo faltaban las noticias positivas, mayor se tornaba la inferioridad de personal y material, con lo que la batalla pasó a tener un valor sui genéris.[517] La dirección nacionalsocialista tributaba respeto a la Marina por ello,[518] y fue uno de los motivos esenciales por los que Hitler eligió a Dönitz como su heredero en la presidencia del Reich.

Hasta el último cartucho

El alemán no se entrega hasta haber agotado todas las posibilidades.[519]

Se esperaba que las virtudes militares contribuyeran, especialmente en las situaciones militares críticas, a que los soldados combatieran, por íntima convicción, «hasta el final». En consecuencia, luchar «hasta el último cartucho» se consideraba la expresión del comportamiento modélico de un soldado. Entre las regulaciones del servicio en el ejército de Tierra, la número 2 decía: «Se espera de todo soldado alemán que prefiera morir en combate, con el arma en la mano, a la cautividad. Aun así, pudiera ocurrir que, por las vicisitudes del combate, hasta el más valiente tuviera el infortunio de caer con vida en manos del enemigo».[520] Al menos en la primera mitad de la guerra, este tópico no se concibió como literal, ni siquiera en la dirección militar, sino más bien como instrucción de sentido

general; sin embargo, en la fórmula de juramento del soldado sí se exigía expresamente el compromiso de la propia vida.[521] Cuando la batalla estaba decidida desde el punto de vista táctico, se autorizaba a los soldados a rendirse y ser tomados prisioneros. Continuar luchando se consideraba irracional, en este caso, incluso cuando un infante en concreto aún poseía munición para su arma.

A medida que la situación bélica empeoraba, sin embargo, la dirección política, y más tarde también la militar, empezó a exigir con más intensidad que se luchara «hasta el final». En la última fase de la guerra, la imagen se convirtió directamente en un símbolo de la Wehrmacht. En la crisis de invierno de 19411942, ante Moscú, se inició un proceso que pasó de la resolución táctica de la batalla a, finalmente, la exigencia de luchar «con fanatismo» hasta la muerte.

El 16 de diciembre de 1941, Hitler reaccionó ante el crítico agravamiento de la situación en el frente del Grupo de Ejércitos Centro y dispuso: «Mediante la actuación personal del comandante en jefe y los distintos comandantes y oficiales, se debe obligar a las tropas a resistir con fanatismo en sus posiciones, sin contemplaciones, ante la penetración enemiga por el flanco y la espalda».[522] Keitel completó, diez días después: «En la defensa debe combatirse hasta el final por cada pie de terreno».[523] Al principio, los comandantes locales saludaron con alegría estas órdenes, pues se creía que con ellas se podría evitar el pánico de los soldados exhaustos. Sin embargo, cuando la orden de resistir a ultranza se fue convirtiendo cada vez con mayor frecuencia en una instrucción general, también empezó a topar con resistencia. El coronel general Erich Hoepner comentó: «La voluntad fanática no es suficiente, por sí sola. La voluntad ya está. Fallan las fuerzas. [...] La resistencia fanática que se exige conduce al sacrificio de una tropa indefensa».[524]

Los generales rechazaban la idea de «no moverse» y «morir» porque la muerte de los soldados en el campo de batalla, en tales condiciones, no parecía aportar ningún valor añadido militar. Hitler, sin embargo, se mantuvo firme en la orden de resistencia a ultranza y relevó a todos los jefes de tropas que no se sometían a su dictado. Hitler atribuyó este modo de ordenar sin transigencia ninguna al hecho de que, en febrero de 1942,

pudiera detenerse al fin la ofensiva rusa ante Moscú. La contraofensiva soviética por Moscú, en el invierno de 1941-1942, además de provocar la primera crisis de gravedad de la Wehrmacht, fue para Hitler la demostración de que, en las situaciones delicadas, tenía sentido sacrificar unidades, desde el punto de vista militar.[525] En adelante, en las situaciones críticas, Hitler exigió una y otra vez el combate «fanático» y «hasta el último cartucho» e insistió en que estas órdenes debían implantarse al pie de la letra. Cuando el mariscal de campo Erwin Rommel, el 3 de noviembre de 1942, quiso retirar a sus hombres de El Alamein, el dictador prohibió expresamente toda retirada. «La voluntad más fuerte [se impondrá] a los batallones más fuertes.» «A sus tropas —exigió Hitler— no puede enseñarles usted ningún camino que no sea o el de la victoria o el de la muerte.»[526] Con el respaldo de su superior militar, Albert Kesselring, Rommel desacató la orden de ruina y ordenó la retirada. A ello no le movieron los principios y la inquietud por la vida de sus soldados; en otras circunstancias, Rommel había enviado a los soldados a la muerte sin ningún escrúpulo. Por ejemplo, en abril y mayo de 1941, había usado una parte de sus tropas como carne de cañón, enviándolas a un ataque carente de toda lógica militar contra la fortaleza libia de Tobruk; y al teniente general Heinrich Kirchheim, que a la sazón se negó a sacrificar a sus soldados, lo difamó y tildó de cobarde. No obstante, en noviembre de 1942, Rommel reconoció que, por mucho que pudieran perseverar sus divisiones, la resistencia era irrazonable, militarmente. Por eso quiso iniciar la retirada. Hitler lo veía de otro modo: con la orden de resistir en África perseguía una doble meta: la militar, en su sentido específico, y una superior. Por un lado, el dictador creía que podía oponer con éxito la pura voluntad al 8.º ejército británico. Por otro lado, en el sacrificio de los soldados veía un sentido superior: por así decir, la condición previa para la unidad de la nación.[527]

En noviembre de 1942, la desobediencia de Rommel pudo evitar, una vez más, el hundimiento del ejército blindado en África. Pero él ya no vivió el final de estas unidades, acaecido en Túnez, en mayo de 1943, porque ocho semanas antes lo habían cambiado de destino. Rommel había solicitado la evacuación del Grupo de Ejércitos de África al continente europeo, y Hitler lo había vetado estrictamente y había exigido, por el

contrario, que se combatiera hasta el final. A sabiendas de lo que se exigía de él, el comandante del Afrika-Korps alemán, Hans Cramer, radiotelegrafió el 9 de mayo de 1943: «Munición agotada. Armas y equipos destruidos. El AK ha batallado, según las órdenes, hasta quedar fuera de combate».[528] Cramer cayó prisionero de los británicos y se lo internó en Trent Park. Como adolecía de asma severa, se autorizó su repatriación en febrero de 1944. Pronto le entró la inquietud al respecto de cómo podría explicarle a Hitler, una vez de regreso en Alemania, «por qué la cuestión africana se había derrumbado tan pronto». Lo que más le preocupaba era haber desatendido la orden de defenderse hasta el último cartucho. «Mis comandantes de división me preguntaban repetidamente si no se podía modificar esa orden, y yo les decía: "No".» Sin embargo, el final había cobrado «tal apariencia que la rendición se produjo con cartuchos en el fusil, con cartuchos en las metralletas y cartuchos en las armas pesadas». El concepto de «hasta el último cartucho», según le explica a Cramer el general Crüwell durante la estancia en cautividad, «es algo relativo, quiere decirse que, en realidad, bien puede suponer solamente "hasta la última granada anticarro"».[529] Cramer no era partidario de enfrentar «pistolas contra tanques», ni de emprender una «batalla final» con la infantería, lo cual parecía carecer de sentido militar. Cuando la batalla quedó decidida, finalmente Cramer «rindió» sus tropas al enemigo, un hecho este que habría preferido ocultar al dictador.[530] A este respecto, el general Crüwell aconsejaba evitar en todo caso el empleo de la palabra «rendición» ante Hitler y, en cambio, hablar siempre de «final».

Mientras el general Cramer sentía remordimientos de conciencia, el coronel Meyne estaba claramente irritado por la forma en que se había desarrollado la «batalla final» de Túnez. El conjunto le resultaba «deprimente», al contrario que lo ocurrido en Stalingrado. Que el 6.º ejército se perdiera era triste, sin duda, pero «ellos lucharon hasta el final, se dejaron matar a tiros en un espacio de lo más estrecho, resistieron quién sabe cuánto tiempo y solo después, cuando ya era imposible dar un paso, se vieron obligados finalmente a capitular». En África, por el contrario, considera Meyne, todo había sido muy distinto. «Es asombroso —decía— cuántos oficiales han dejado de luchar. Simplemente, ya no quieren luchar.

Están hasta las narices.» La orden del Führer de combatir hasta el último cartucho se había comunicado a las divisiones, dice, a lo que estas solo habrían respondido: «¿Dónde hay munición?». Finalmente, el 8 de mayo, el general Vaerst, comandante en jefe del 5.º ejército blindado, sigue diciendo Meyne, comunicó: «Plenos poderes, mientras podáis, y luego fin».[531]

Los informes indican que, en 1943, la mayoría de los oficiales todavía concedían cierto valor militar adicional reconocible a combatir hasta el último cartucho. Ahora bien, la versión de Hitler, entre tanto, iba más allá; en lo esencial, lo que este pretendía era un mero sacrificio por sí mismo, a todas luces. También Goebbels comentó, en junio de 1944: «No combatimos hasta el último cartucho por nuestra vida, sino que luchamos hasta la última gota de sangre o hasta el último aliento. [...] Solo existe un o esto, o lo otro; un vivir o morir».[532] La dirección de la Wehrmacht se adecuó en consecuencia a esta retórica del hundimiento. Así, en el verano de 1944, los oficiales de la Línea Sigfrido tuvieron que comprometerse por escrito a defender sus bastiones hasta el último hombre.[533] Un posible discurso del estilo de «ya no pudimos resistir por más tiempo porque no teníamos más munición o porque no había más alimentos» comportaría la «liquidación más rigurosa» de los responsables.[534] El mariscal de campo Günther Kluge informa a Hitler el 21 de julio de 1944, con respecto a una situación militar irremediable en Normandía: «Se mantendrá y, si ningún medio de auxilio mejora la situación claramente, habrá que morir con decencia».[535] No cabe duda de que estas líneas también estaban pensadas para apaciguar al dictador y encubrir la implicación del propio Kluge en el atentado contra Hitler. Al mismo tiempo, este modo de proceder muestra con qué palabras creían poder complacer a Hitler los sumos generales del ejército de Tierra. Cuando los aliados alcanzaron las fronteras del Reich, en el otoño de 1944, los generales adoptaron definitivamente, en sus órdenes, el «deber de ser destruido».[536] Negaron el derecho a capitular incluso cuando las batallas estuvieran tácticamente decididas.[537]

Sin embargo, pervive la cuestión de hasta qué punto la lucha «hasta el último cartucho» y su interpretación cada vez más literal quedó anclada asimismo en el marco de referencia de los rangos intermedios y, más abajo, la tropa.

En la vida de un soldado había instrucciones para casi todo: la posición correcta del uniforme, el manejo de las armas y el comportamiento en la batalla; pero no, en cambio, para la capitulación. ¿Cuándo estaba uno autorizado a rendirse? ¿Cómo se debía proceder, en concreto? No eran cuestiones reguladas. Las ideas de la dirección máxima, para los grados inferiores de las fuerzas armadas, no dejaron de ser abstractas, en el calor de la batalla. Sin embargo, una derrota en el campo de batalla era un momento de pérdida de orientación, en el que la conducta del grupo adquiría una importancia particular. Los soldados luchaban en grupo y también solían caer prisioneros en grupo.

El brigada Renner, del 7.º regimiento de comunicaciones aéreas, no estaba dispuesto a luchar hasta el último cartucho en la batalla por Cherburgo, en junio de 1944:

RENNER: Aún podríamos haber resistido un mínimo de tres o quizá cinco días. Pero yo aspiraba a la posibilidad de evitarlo. [...] Aun a pesar del fuego nutrido, me planté delante del búnker y empecé a hablar: «¿Queréis morir ahora ahí afuera por un combate sin sentido, cuando la situación ya no da más de sí? Venid, vamos a salir». Entre esas personas, unas doscientas, habría quizá —los otros no dijeron nada— unas diez que se opusieron y dijeron: «¡Esto es intolerable, es imposible! ¡Lo que tenemos que hacer es combatir hasta el último cartucho!». Entonces yo dije: «¿Qué significa "el último cartucho"? ¡Que tú disparas el último tiro y entonces el enemigo dispara contra ti y caes muerto!». Y él dice: «¡Pero entonces hemos muerto en acción, como héroes, para la patria!». Y a eso yo le dije: «Y tú, ¿qué vas a ganar con eso, pedazo de inútil, cuando tú hayas muerto y tu mujer esté sufriendo en casa?». Y entonces los otros dijeron: «No, no, para eso prefiero salir». Conseguí convertir a la gente. Pregunté: «¿Quién viene conmigo?». Primero solo se presentaron dos y poco después, en un abrir y cerrar de ojos, eran entre veinticinco y treinta hombres. Me fui para delante y me alejé con la bandera y la agité a un lado y otro, y me fui directo al encuentro de la enorme descarga del enemigo.[538]

Renner regresó luego en repetidas ocasiones a las líneas alemanas y, en total, condujo a 282 hombres al cautiverio. Su caso es un ejemplo modélico de hasta qué punto los soldados se orientan por el comportamiento de sus camaradas. Renner tenía la autoridad para imponerse a aquellos que pretendían luchar hasta el final. Cuando los primeros le siguieron, el hielo se rompió y cada vez más soldados se rindieron. Como el oficial al mando se ocultó en su búnker, Renner pudo aprovechar la falta de orientación de los hombres y mostrarles una salida con su conducta. Sin duda, la historia hubiera experimentado un giro muy distinto si un oficial carismático se

hubiera plantado ante los soldados y les hubiera requerido combatir hasta el último cartucho. La voluntad de supervivencia y la dinámica de los grupos en combate explican por qué hubo soldados alemanes que abandonaron las armas en unidades de hasta 200 hombres, incluso en la fase de las victorias relámpago, y para irritación de sus jefes se negaron a defenderse «hasta el último cartucho».[539] Sin embargo, la actuación contraria a las normas de muchos soldados no basta para colegir que el tópico no hubiera penetrado entre las tropas. Las actas de las escuchas apuntan que estaba firmemente anclado en el marco de referencia de los soldados, como punto de orientación central, y que también influía en su comportamiento. El capitán Gundlach, de la 716.ª división de infantería, habla en el siguiente pasaje sobre la defensa de su posición, en la población de Ouistreham, en Normandía, el 6 de junio de 1944:

GUNDLACH: Pues estábamos ahí dentro del búnker. Naturalmente nos defendimos y dejamos la situación resuelta. Casualmente yo era el de más edad en el servicio, así que asumí el mando y nos defendimos hasta el final. Cuando mis hombres estaban en parte inconscientes, porque ya no nos quedaba nada de aire en el búnker y los otros nos querían sacar de allí con los lanzallamas, yo dije: «No, se ha acabado». Y entonces nos cogieron prisioneros.[540]

La narración muestra que el capitán Gundlach, en un principio, mantuvo el combate aun cuando ya no era capaz de causar al enemigo daños de relevancia. Pero después de que los británicos recurrieran a los lanzallamas y los primeros soldados perdieran la conciencia por el calor y la falta de oxígeno, se consideró que el deber estaba cumplido. Así, combate hasta un punto claramente reconocible: la indefensión de sus soldados. En ese momento «se ha acabado» y se abandona la batalla. De un modo muy similar, el cabo Lorch, de la 266.ª división de infantería, refiere la forma en que cayó prisionero a mediados de julio de 1944, cerca de Saint-Lô. Primero se indicó que la rendición quedaba prohibida. Pero «cuando la munición se terminó, el jefe de nuestra sección dijo: “Y ahora, ¡que nos besen el culo!”».[541]

La relevancia de la norma de actuación referida a combatir «hasta el fin» aún queda clara, una vez más, en las conversaciones de los prisioneros que cayeron en manos aliadas durante la defensa de Cherburgo, a finales de junio de 1944. Ellos sabían que perder la ciudad suponía un contratiempo

de gravedad para la Wehrmacht. En sus conversaciones hacen hincapié, repetidamente, en que resultaba imposible mantener la fortificación con aquellas tropas reunidas al azar y mal armadas; pero que ellos mismos no tienen ninguna culpa de que cayera *tan rápidamente*. Si acaso, la explicación debía buscarse en que «los otros» no habían luchado hasta el fin. Según decía el coronel Walter Köhn:

KÖHN: Entonces me dice un alférez: «¿Y qué hacemos ahora con la galería, con la munición?». Yo le respondo: «Dinamitar el agujero. No sirve de nada». Luego me llama y me dice que ha dinamitado el agujero, pero que antes había llamado para saber si aún había dentro soldados alemanes o lo que fuera. De allí salieron ciento cincuenta hombres. Por detrás, escondidos en un rincón, llevaban varios días allí. ¡Ciento cincuenta hombres! «Bien, ¿y qué hizo usted con ellos?» [, le pregunto.] «Desplegarlos de inmediato. No tenían armas, de ninguna clase. He buscado por aquí y los he enviado al combate, y cuando los he enviado al combate, me he vuelto para mirar atrás y todos habían desaparecido otra vez.»[542]

Ahora bien, no solo en las actas de las escuchas se encuentran afirmaciones de irritación sobre el comportamiento antinormativo de los soldados en Cherburgo. El comandante del puerto, el capitán de navío Hermann Witt, radiotelegrafió a París un mensaje furioso en que comunicaba que el general de división Sattler se había rendido sin necesidad, en el arsenal, junto con 400 hombres.[543] Para Witt, lo verdaderamente incomprensible no era que Sattler se hubiera rendido, sino que lo hubiera hecho «sin necesidad»; para el comandante, esto era un signo de un hundimiento moral absoluto. «Esto ha sido otra vez la batalla de Jena y Auerstedt», reconoce unos días más tarde, en cautividad de los británicos.[544] La vida de los soldados en una batalla desigual no supuso ningún factor relevante para muchos oficiales del estado mayor de la defensa de Cherburgo. Con la satisfacción correspondiente, constataron que, al menos, el grupo de combate del teniente coronel Hermann Keil, que estaba en el cabo de la Hague, había tenido un comportamiento «en todo excelente [...] hasta el último momento».[545]

La intención de luchar «hasta el final» estaba por demostrar, en el caso de la gran mayoría de los soldados alemanes. Factores de situación, disposiciones personales y la cohesión del grupo, sin embargo, condujeron a una interpretación sumamente elástica de lo que suponía actuar

normativamente. También Hermann Witt, que depuso las armas como último defensor de Cherburgo, se aprovechó de ello; e igualmente el general de división Botho Elster, que, el 16 de septiembre de 1944, en el puente de Beaugency sobre el río Loira, se rindió junto con su grupo de marcha, de casi 20.000 hombres, ante las unidades estadounidenses sin haber disparado un solo tiro. Elster argumentaba que lo había intentado todo para abrirse paso con sus hombres hacia el este; pero que los errores de la dirección superior le habían privado de los medios necesarios para combatir con honor.[546]

Los soldados de la Wehrmacht siempre maquillaban su actuación con respecto a luchar «hasta el final», con plena independencia del modo en que se hubieran portado en realidad. En el nivel de los oficiales del estado mayor, esto se colige igualmente en los enérgicos mensajes radiofónicos que los altos oficiales intercambiaban con los puestos de mando superiores poco antes de su rendición. El ruido bélico verbal que ello producía servía para que las dos partes se aseguraran de que el comportamiento era normativo. Algunos incluso consiguieron, por este medio, condecoraciones y ascensos largamente codiciados.[547]

La necesidad de destacar la dignidad del propio comportamiento suponía, como no podía ser de otro modo, separarse de aquellos «otros» que, al parecer, no se habían atenido a la conducta normativa. Esto podía significar acusar de cobardía a soldados de otra rama de la Wehrmacht. Pero también gustaba echar las culpas a otros rangos. Así, por ejemplo, un soldado de primera se queja, en julio de 1944: «En Cherburgo, los oficiales eran un atajo de cobardes. Uno de los nuestros debería ser sometido a un consejo de guerra [...] porque quería largarse de allí, para ponerse a salvo. Ni siquiera vino a las negociaciones, porque los señores oficiales estaban en el búnker y no se habían atrevido a salir. Por eso, simplemente, se abandonó la cuestión. Pero a la hora de dar órdenes: "¡Lucharemos hasta el último hombre", ¡de eso sí que saben!».[548] E igualmente: «Hacía ya varios días que los oficiales habían hecho las maletas para cuando los hicieran prisioneros. Si nuestros oficiales no hubieran sido tan cobardes, Cherburgo no habría caído de la manera en que cayó».[549] Los oficiales, como es natural, lo veían a la inversa: «los hombres resistían» solo «cuando tenían al

jefe a su lado y cuando tenían al oficial a su lado. ¡Pero en cuanto este abandonaba su posición...!», se lamenta el coronel Walter Köhn.[550] Tras la rápida caída de París hubo algunos oficiales que afirmaron incluso que la capital francesa solo había contado con la defensa armada de los oficiales. En lo que a ellos respectaba, al menos, habían luchado hasta el final y, por lo tanto, tenían la conciencia tranquila. «Más, no se puede hacer.»[551]

Aunque los modelos de argumentación se parecen, las actas de las escuchas evidencian que la necesidad de presentar la propia actuación como normativa crecía claramente a medida que se elevaba el rango. El capitán de navío Hermann Witt no vaciló en informar al gran almirante Dönitz, en una carta enviada desde prisión a su esposa, sobre su combate en el muelle exterior de Cherburgo.[552] Otros altos oficiales gustaban de hacer hincapié en que su propia posición de batalla había sido la última en capitular.[553] Por así decir, habían sido los últimos en abandonar el barco. El teniente general Erwin Menny, que cayó prisionero de los canadienses en la bolsa de Falaise, anotó en el diario que mantenía en un campo de prisioneros estadounidense, en noviembre de 1944:

> MENNY: Sin embargo, estoy estremecido por cuán pocos de los más de cuarenta generales a los que he conocido en cautividad han luchado personalmente hasta el final. Es sencillo y evidente: todo soldado, y naturalmente antes que nada un general, debe intentar incluso lo que parece inútil. A quien tiene suerte, le sale bien. Con mis hombres, yo he podido salir muy a menudo de cercos y otras situaciones desesperadas, incluso cuando ya hacía mucho tiempo que nos habíamos resignado a morir. Y que yo, en esta ocasión, acompañado solo por dos caballeros y tras los combates más duros, acabara sobreviviendo e ileso, eso fue un azar, o quizá un milagro. Por mi parte puedo renunciar a que mis enemigos me admiren, pero prefiero que los periódicos ingleses escriban de mí que me he encarnizado y, con increíble tenacidad, me he defendido hasta el límite y habría buscado la muerte para huir del cautiverio. No comprenderé nunca cómo un general puede «capitular».[554]

Un general, según queda claro en este pasaje, y de acuerdo con el universo mental de Menny, debía regirse por normas de actuación especiales. Debía luchar hasta el último aliento, preferiblemente con el arma en la mano; debía «buscar la muerte» y en ningún caso debía bastarle con dejarse «apresar». Suponiendo que se rindiera, debía hacerlo estando herido. En su diario, Menny completó la nota describiendo con orgullo cómo él se había negado a caer prisionero con las manos en alto. Dos

generales de ideas políticas diametralmente opuestas, como eran el caballero Wilhelm von Thoma y Ludwig Crüwell, reaccionan exactamente con la misma irritación cuando, estando internados en Trent Park, leen en un periódico que el mariscal de campo Paulus ha sido hecho prisionero en Stalingrado. «Yo me habría atravesado la cabeza de un tiro. ¡Ah, qué decepción más amarga! ¡Qué decepción más amarga!», comenta Crüwell, antes de añadir: «Quiero decir que esto es completamente distinto, usted y yo, a nosotros nos apresaron... Es una situación del todo incomparable».[555] Los dos recalcan que, si cayeron en manos del enemigo, fue luchando hasta el final. Thoma informó de que había sido derribado de su Panzer por un disparo del enemigo y que incluso una salva de las metralletas enemigas había perforado su gorra. En cambio, Paulus había sido apresado sin ningún heroísmo. Desde el punto de vista de Thoma y Crüwell, esto suponía infringir las normas de dos maneras: además de la capitulación en sí, estaban también las circunstancias que enfurecen a los dos generales. «Preservar la propia vida cuando los soldados mueren», dicen, es algo impensable para un comandante en jefe. «Es exactamente lo mismo que un barco en el que toda la gente muriera o se salvaran tres marinos y el capitán y el primer oficial; y es una cuestión que me resulta del todo incomprensible, porque conozco a Paulus. Solo puede haber ocurrido que ya no le aguantaran más los nervios y demás. Pero es impropio de un soldado; es algo que me disgusta, en un soldado», dice Thoma.[556] Aún peor, sin duda, era lo que habían hecho los generales italianos frente a El Alamein. Mientras que Thoma había sido derribado de su carro blindado y cayó en manos de los británicos con el uniforme sucio y rasgado, «los generales italianos [... habían] venido con todos sus ropajes [...], todo el equipaje. En El Cairo, estos oficiales ingleses se reían de ellos. Llegaron allí como grandes "viajeros de Cook". ¡Si hasta traían maletas! Y dentro tenían todos los uniformes de paz. Corrieron a ponerse los uniformes de paz. Yo dije: "Por favor, ¡que no me toque ir con esos!"».[557]

La expectativa específica para los altos oficiales, de los que se esperaba que dieran ejemplo y lucharan hasta la muerte, se muestra igualmente, por ejemplo, en los informes de la Wehrmacht. Así, el 3 de julio de 1944 se decía: «En los duros combates defensivos, los generales al

mando, el general de artillería Martinek y el general de artillería Pfeiffer, así como el teniente general Schünemann, combatiendo en cabeza de su cuerpo, murieron con heroísmo, leales a su jura de bandera».[558]

Resulta llamativo, sin duda, que en esta clase de reflexiones no interprete ningún papel el hecho de si el propio combate tuvo o no algún valor operativo tangible. Thoma no pensaba en todo lo que, como general al mando, había perdido en la primera línea; Menny no reflexionaba sobre si su intento de huida, en la situación general dada, tenía sentido o, probablemente, solo servía para llevar a sus soldados a una muerte segura. El capitán Gundlach, que defendió su búnker en las inmediaciones de Ouistreham, tampoco se paraba a pensar si su resistencia aún serviría para demorar el avance británico. Lo que daba sentido era el combate sui genéris. Quien actuaba de acuerdo con esta norma (o, por lo menos, afirmaba haberlo hecho) podía sentirse un buen soldado y no necesitaba reprocharse nada, ni siquiera en la derrota.

La interpretación de lo que era una actuación acorde con la norma tardó en caer bajo la influencia de la negativa situación bélica. En Normandía, muchos soldados vivieron una derrota aplastante, por lo que la mayoría creyeron que la guerra estaba perdida. Sin embargo, entonces como anteriormente, eran de la opinión de que un soldado debía luchar con arrojo hasta el final. Esta norma solo empezó a perder cada vez más importancia después de la ofensiva de las Ardenas, cuando ya los soldados reconocieron al fin, en su mayoría, que resultaba imposible evitar una rendición sin condiciones y que el mito de Hitler también había perdido casi toda su fuerza de atracción.[559] Los soldados adoptaron entonces, en muchos casos, una estrategia de «huelga tácita», según dijo el general Rothkirch el 9 de marzo de 1945, en Trent Park. «Se quedan todos allí sentados, cuando vienen los americanos, y no hacen nada.»[560]

Ahora bien, esta conclusión no debe llevarnos a engaño: según eran la situación y la disposición personal, hubo soldados alemanes que ofrecieron una resistencia feroz hasta entrado abril de 1945, y también frente a los aliados occidentales. Allí donde la estructura social de una unidad de combate permanecía intacta, y si, además, según la percepción subjetiva, aquella aún estaba bien armada y pertrechada, muchos soldados

combatieron con una dureza que ya no parecía adecuada a la fase final de la guerra. Un buen ejemplo al respecto es el despliegue de la 2.ª división de infantería de Marina, al sur de Bremen, en abril de 1945. Constaba de excedentes de las tripulaciones navales, sin ninguna experiencia en el combate terrestre. Pese a que su formación y su equipo eran deficientes, aun así combatieron con energía y ante pérdidas muy elevadas.[561]

Cuanto más elevado era el rango, mayores eran también los obstáculos para huir del marco del sistema de valores militar. En Trent Park, los generales alemanes discuten acaloradamente acerca de cómo debe comportarse la Wehrmacht a la luz de una situación devastadora. El general Eberbach lleva las dos posiciones, a finales de enero de 1945, al siguiente punto:

EBERBACH: [Unos dicen que] ha llegado un momento en el que uno, [para] preservar la sustancia del pueblo alemán, está obligado a capitular, sean cuales fueren las condiciones. Mientras tanto, los otros pensaban: ahora la situación es tan desesperada que, para cuanto queda del pueblo alemán, lo mejor es combatir hasta el final, hasta el límite, de modo que, por lo menos, forcemos en los enemigos la inquietud de que el pueblo alemán puede volver a levantarse de esta batalla mortal, más adelante, a partir de lo que pueda haberle quedado. Estas son las dos versiones. Y no se puede decir: esto es falso, esto es verdad.[562]

Cuando, a finales de marzo de 1945, los aliados cruzaron el Rin en un frente amplio, la mayoría se distanció claramente de la idea de combatir con honor hasta el último cartucho. «Antes siempre me había parecido que deponer las armas era un error, que suponía abrir una enorme grieta en nuestro pueblo que quizá en el futuro habría tenido una evolución desastrosa. Pero ahora, ahora hay que terminar con esto, es simplemente una locura», admite el teniente general Ferdinand Heim a finales de marzo de 1945.[563] Sin embargo, este reconocimiento se formula en la paz monacal de Trent Park. Los generales del frente quizá llegaban a admitir lo mismo, pero en esa posición, los marcos de actuación que se perciben subjetivamente eran otros; y, de acuerdo con estos, la mayoría de los generales no se opuso a las fantasías de la suma dirección nacional acerca de la batalla final. Que, a pesar de esto, solo en algunas zonas se llegara a un suicidio militar colectivo, se debió sobre todo a que la idea de combatir «hasta el final» siempre estaba vinculada a la cuestión de si aún resultaba

posible presentar batalla o no. Nadie quería combatir a los carros blindados con fusiles; ni los soldados, ni tampoco los oficiales. Cuando ya no existía ninguna posibilidad real de combatir con el enemigo, los soldados alemanes dejaban la batalla. Así lo hicieron en Rusia en 1941, y también en Normandía en 1944 o en Renania en 1945.

Como excepción a esta regla figuran algunas unidades de élite de las Waffen-SS, que interpretaban literalmente la exigencia de combatir hasta el último cartucho. A este respecto es llamativo que los aliados, tanto en Francia como en Alemania, apresaran solo a un número muy reducido de hombres de las SS. Esto no se explica solo por el hecho de que británicos y estadounidenses, al luchar contra las unidades de las SS, a menudo no hicieran prisioneros. A ello contribuía mucho más otro hecho: que algunas de las unidades de las Waffen-SS —no todas ellas— continuaban luchando incluso en las situaciones desesperadas, a diferencia de las unidades de Tierra, que deponían las armas (véase la p. 300). Los soldados de la Wehrmacht solo sacudían la cabeza frente a este comportamiento. Sacrificar la propia vida, según el teniente coronel y caballero Von der Heydte, era «una ética falsa, ese "complejo de la lealtad al cien por cien" que tienen los hombres [de las SS], esa idea del sacrificio de la propia vida, de entregar la propia vida, que cultivan de un modo inverosímil, casi como los japoneses».[564]

Con la salvedad de las Waffen-SS, entre las fuerzas terrestres de la Wehrmacht había una especie de sobrentendido común: se abandonaría el combate cuando ya no cupiera pensar más en una defensa ordenada y eficaz. En tales situaciones, los soldados se negaban a sacrificarse. En su mundo normativo, no había lugar para un sacrificio que carecía de sentido militar. Sacrificarse no estaba excluido, en principio, pero debía producir algún tipo de valor instrumental. A falta de este, uno entregaba las armas, más aún cuando caer prisionero —sobre todo en el oeste— no se tenía per se por ninguna causa de deshonor.

Este modo de conducta se mostró una vez más en la batalla por la fortaleza de Saint-Malo. Cuando los defensores quedaron cercados en la ciudadela, el comandante del fortín, el coronel Andreas von Aulock, anunció que «todo el mundo debía prepararse a morir; todos debían tener

muy presente que solo se muere una vez, por lo que se combatiría hasta el extremo, hasta el propio sacrificio», según le cuenta Georg Neher a un compañero de celda en el campo estadounidense de Fort Hunt. «El día antes de la rendición, ordenó a los pioneros que pusieran minas aquí y allá. Esto ya no se hizo pensando tanto en los estadounidenses, como en nosotros mismos. Y nosotros, como es lógico, no lo hicimos [...]», porque Neher y sus camaradas no deseaban morir en el último momento. «Resulta que nos hemos abierto paso hasta aquí y hemos plantado a nuestro hombre en el campo y ahora resulta que tenemos que morir sufriendo. Para eso prefiero lanzarle una granada de mano al coronel, dentro de sus galería, me importa una mierda», decía enfurecido uno de los soldados. Pero luego comprobaron con alivio que Aulock «no ha dicho todo eso en serio, para nada, todo eso era solo para hacerse el importante. No pretendía morir, si lo ha hecho ha sido solo para que lo mencionaran un par de veces en el informe de la Wehrmacht y que, con eso, lo nombren general. Quería que lo hicieran prisionero siendo general y portador de las Hojas de roble».[565] Aulock consiguió este objetivo; supo transmitir una imagen tan heroica de su batalla que Hitler quedó fascinado e incluso comentó que debía servir de modelo a todas las otras fortificaciones. Así, Aulock recibió la ansiada cruz de las Hojas de roble, y también se previó ascenderlo a general de división. Sin embargo, debido a un error administrativo, al final el ascenso a general no recayó sobre él, sino sobre su hermano Hubertus.

Ni siquiera un hombre como Aulock combatía hasta la muerte. Pero aun así, sí que hubo algunos altos oficiales que acogieron con descontento el hecho de haber caído con vida en manos del enemigo. «Como soldado, en ese aspecto, no me reprocho nada», se decía el teniente general Wilhelm von Schlieben, comandante de la fortaleza de Cherburgo, al poco tiempo de ser apresado. «Lo único que me digo es que habría sido mejor otro final: que yo hubiera muerto.»[566] Aún se había apuntado un «hecho histórico», pensaba Schlieben, al terminar arrojándose contra el fuego de una ametralladora enemiga. El contraalmirante Hennecke, que cayó prisionero junto con Schlieben, afirmaba que de hecho aquel aún deseaba «lanzarse

contra las balas», pero finalmente pudo retenerle e impedir que cometiera aquel acto desesperado, con el argumento de que «eso es lo mismo que suicidarse. No tiene sentido».[567]

El coronel Hans Krug pensaba lo mismo que Schlieben. No le preocupaba lo más mínimo no haber podido preservar su propia sección contra el ejército de desembarco británico, el 6 de junio de 1944.

KRUG: En eso estoy completamente tranquilo... ¡Solo que me cogieron prisionero! ¿Me harán algún reproche por esto? ¿No me exigirán acaso que tendría que haber caído? La orden dice: «Todo el que abandone un bastión será castigado. Es obligatorio defenderlo hasta el último cartucho y hasta el último hombre».[568]

Cuando el búnker de Krug quedó cercado, este llamó por la conexión telefónica, aún intacta, a su comandante de división, para solicitarle instrucciones. «"En ese caso haga usted lo que considere correcto". Le digo: "Señor general, ¿no desea usted dictar una orden?". "No; no supervisaré la situación." Eso le dije yo también. Él me dice: "No, ¡actúe de acuerdo con su conciencia!".» Pero Krug no sabía qué hacer. Había suscrito una orden que exigía defender el bastión hasta el último hombre; y esto era superior a sus fuerzas, aunque la situación, en realidad, no admitía discusión. Razonó: «Si es más conveniente para el prestigio del Führer y el Reich, entonces cumpliremos también con esta orden. ¿O acaso es más importante que [evite] a este grupo de hombres jóvenes y valiosos una aniquilación perfectamente inútil?».[569] Finalmente, optó por abandonar el combate. Pero esto no significaba, obviamente, que no se reprochara el no haber caído.

En el frente oriental, la orden de combatir «hasta el límite» tenía una eficacia muy distinta a la que la caracterizaba en el frente occidental. Por un lado, la propaganda nacionalsocialista había atizado hábilmente el miedo al Ejército Rojo; pero por otro, era más importante aún que los dos bandos libraban la batalla con extrema brutalidad y el caer prisionero no parecía ofrecer ningún atractivo como alternativa de actuación. Según reflexiona el general Hans Cramer: «Un punto que, personalmente, siempre me ha preocupado un poco, es lo siguiente, basado también en mi experiencia en Rusia [...]. Naturalmente, esta batalla final en África no se está desarrollando con la dureza que tiene una batalla final en Rusia, porque los

soldados son conscientes de que ser prisionero en Inglaterra resulta soportable, a diferencia del "que te maten a palos" de Rusia. [...] Y es un punto de la mayor importancia».[570] Cramer había vivido tanto el hundimiento del ala meridional del frente oriental después de que Stalingrado quedara cercada como las últimas batallas en Túnez. Por ello, estaba en situación de comparar directamente las dos mayores catástrofes militares de la Wehrmacht en los años 1942-1943. Su observación es acertada, sin duda, y se puede demostrar con gran número de ejemplos.[571] El miedo a caer en manos soviéticas impulsó, en varios lugares, una especie de negativa a la rendición, durante el último año de la guerra. En fortificaciones y en sitios que resultaban cercados, como Tarnopol, Vitebsk, Budapest, Posen y, por último, también Berlín, los últimos defensores no se entregaron, sino que intentaron abrirse paso hasta las propias líneas mediante intentos descabellados. Miles de soldados corrieron a la muerte de ese modo, como si fueran lémings. Si esos soldados se hubieran rendido, la mayoría habría conservado la vida.[572] En el frente occidental no se produjo esta negativa a rendirse, ni en Cherburgo ni en Saint-Malo, ni en Metz ni en Aquisgrán.

Sea como fuere, este hallazgo solo describe una tendencia hacia una lucha más radical en Rusia, pero en el frente oriental también cayeron prisioneros cientos de miles de soldados alemanes. Entre los años 1941 y 1944, se calcula que fueron unos 860.000.[573]

«Saber morir con decencia»

En la Marina de guerra, en relación con el tópico de luchar hasta el último cartucho, se desarrolló una actitud muy particular. Marcada por la mácula de la revuelta marinera de 1918, la dirección de la Marina, en la segunda guerra mundial, se esforzó sobre todo por subsanar este error. El veredicto fatalista por el que la Marina debía «morir con decencia» (véanse las pp. 255-256) era una consecuencia de la inesperada entrada en la guerra de Gran Bretaña.[574] Indica con claridad, según pensaba el comandante en jefe, que se debía preservar el honor de la Marina. Así, cuando en diciembre de 1939 el acorazado alemán *Admiral Graf Spee* provocó su propio

hundimiento para no enfrentarse a las fuerzas de combate británicas, que eran superiores, y con ello salvar la vida de la tripulación, Raeder ocultó el hecho. Sin embargo, al mismo tiempo manifestó que, en adelante, los buques de guerra alemanes o bien triunfarían en la batalla, o bien se hundirían con la bandera ondeando.[575] A lo largo de la guerra, el mando de Marina exigió de hecho este sacrificio de sus hombres, según demuestran numerosos ejemplos. Sobre todo en la segunda mitad de la guerra, la idea de «morir con decencia» se erigió en programa del sucesor de Raeder, el gran almirante Karl Dönitz. Cuando este supo que el capitán de navío y caballero Hans Dietrich von Tiesenhausen, comandante del U-331, había alzado la bandera blanca para proteger a su tripulación del ataque de los aviones enemigos, en noviembre de 1942, en una posición indefendible, reaccionó con ferocidad. Era una conducta inaceptable y, cuando el comandante regresara del campo de prisioneros, le exigiría responsabilidades. «En la Marina de guerra no puede haber ninguna duda al respecto: mostrar una bandera blanca, así como arriar la bandera, suponen la ignominiosa rendición no solo de la tripulación, sino también de la embarcación o el submarino; y con ello, suponen quebrar el antiguo principio de los soldados y marinos: "Mejor morir con honor que arriar la bandera".» Después de agotar todos los recursos de combate, el comandante debería haber hundido su nave, en lugar de intentar acercarse más a la costa africana, para así aumentar las oportunidades de salvamento de su tripulación. «Los oficiales —prosigue Dönitz—, en una situación de dureza inexorable, deben tener en mente que el honor de la bandera es un valor superior al de la vida de cada cual. La Marina de guerra alemana excluye toda ocasión de mostrar la bandera blanca, ni a bordo ni en tierra.»[576]

Hans Bohrdt (1857-1945): *El último hombre*. Postal contemporánea. (El cuadro original se da por desaparecido desde 1916.)

Negarse a toda posibilidad de rendición, en los buques de guerra, fue un fenómeno que ya se daba a finales del siglo XIX y, durante la primera mitad del siglo XX, se constata su presencia en casi todas las grandes armadas marítimas del mundo.[577] En Alemania, esta actitud se convirtió en icónica ya durante la primera guerra mundial, por medio del cuadro de Hans Bohrdt *El último hombre*. Se trata de una escena estilizada a partir de la batalla naval de las islas Malvinas, en diciembre de 1914; se cuenta que los marinos del crucero *Nürnberg*, en situación de zozobra, alzaron la bandera alemana hacia los buques de guerra británicos y, acto seguido, se fueron a pique.[578]

Durante la segunda guerra mundial, la dirección de la Marina cultivó de manera particularmente intensa el combate hasta el último cartucho. A finales de marzo de 1945, Hitler todavía dio instrucciones para que —a mayor satisfacción de Dönitz— los fortines de primera línea del ámbito occidental fueran defendidos por comandantes de Marina, «porque ya se han perdido muchas fortalezas sin luchar hasta el límite, pero aún no se ha perdido así ningún barco».[579] Incluso en su testamento político apuntó que

el concepto de honor al que debían aspirar los oficiales alemanes —«que es inconcebible rendir una tierra o una ciudad y que, sobre todo, los jefes tienen que practicarlo aquí como ejemplo y modelo en el más leal cumplimiento del deber hasta la muerte»— ya se había llevado a cabo en la Marina.[580]

Sin duda, a este respecto surge también la cuestión de cuánto era deseo y cuánto era realidad. A las fuerzas navales del norte de Francia se les acumulaban, en la primavera de 1944, las carpetas de órdenes y advertencias que hacían hincapié en la importancia del inminente desembarco, clave para la guerra, y exigían combatir «hasta el final». Dönitz había decretado incluso que los submarinos, en caso de necesidad, emergieran a la superficie y, en una acción suicida, embistieran las lanchas de desembarco enemigas.[581] Pero la cuestión no pasó de grandilocuencia verbal. En la práctica, Dönitz hizo actuar con relativa prudencia y solo envió a los submarinos al canal cuando tenían una expectativa de éxito razonablemente sólida. Y no se volvió a hablar de embestir al enemigo. El sacrificio de la vida quedó reservado a las unidades de combate menor. Aquí se reunieron toda clase de armas improvisadas con premura y sin apenas madurez técnica: torpedos guiados por un nadador de combate, lanchas explosivas y, desde 1945, también submarinos biplaza. Las pérdidas de los torpedos humanos eran espeluznantes y los daños causados no justificaban su empleo. Cuando la disposición al sacrificio de los jóvenes marinos llegó a oídos del embajador japonés Oshima, este comparó su actitud con la de los pilotos kamikazes.[582]

Un análisis más detallado de lo ocurrido en el mar muestra que, sin lugar a dudas, también aquí la práctica era más ambigua de lo que daban a entender los últimos mensajes de radio. Cuando, el 27 de mayo de 1941, el acorazado *Bismarck* fue hundido en el Atlántico oriental, el almirante Günther Lütjens radiotelegrafió: «Combatimos hasta la última granada. ¡Viva el Führer!». En realidad, sin embargo, el *Bismarck* luchó mientras pudo disponer de su artillería pesada. De los 2.200 tripulantes del barco, solo sobrevivieron 115. Es obvio que Lütjens, en el *Bismarck*, se condujo igual que el contraalmirante Heinrich Rufuhs en la Tolón francesa. Los dos tenían claro el resultado de la desigual batalla y, no obstante, ninguno de los

dos estaba preparado para rendirse sin combatir. Rufuhs quería ganar tiempo para destruir el puerto y Lütjens aún contaba con la posibilidad de que su artillería causara daños a los buques británicos. Cuando, tras una breve batalla, la artillería pesada quedó inutilizada, la tripulación del *Bismarck* se dispuso a abandonar el barco. Como los británicos dispararon contra el barco indefenso a corta distancia, muchos marinos perdieron la vida bajo la lluvia de granadas. No obstante, cuando el propio hundimiento ya estaba dispuesto, aún quedaban a bordo cerca de un millar de hombres. La mar gruesa y el temor a los submarinos alemanes impidieron que los británicos desarrollaran una acción de salvamento eficaz.

Los soldados de la Marina de guerra vivían en un mundo de órdenes militares en el que la exigencia de combatir hasta el límite y «con fanatismo» interpretaba un papel especial. La retórica de la dirección suma también tuvo un efecto claro sobre los simples marinos. La disciplina, el orgullo y el honor desempeñan en sus conversaciones un papel notablemente mayor que en los soldados de Tierra.

WILJOTTI: Yo conocía a un comandante de torpedera con el que tuve algo que ver. Los enviaron en una misión contra una fuerza superior. Combatieron como leones, en la Invasión [= el Desembarco]. Pero muchos lobos a una oveja, pronto le quitan la pelleja. Teníamos como 22 lanchas. Pues 17 se fueron a pique hasta con las ratas. ¡Órdenes![583]

Cuando los marinos informaban sobre el hundimiento del *propio* barco, la perspectiva se transformaba claramente. En este caso, estaban convencidos de que el deber de luchar se extendía solo hasta el punto en que la nave y las armas dejaban de ser funcionales. El barco no debía caer en manos del enemigo, en ningún caso. Por eso se prestaba minuciosa atención a destruir todo lo que fuera secreto. Pero a nadie se le ocurría hundirse junto con el barco para no caer prisionero. Que la bandera todavía ondeara cuando el barco se iba a pique, sin embargo, era un detalle importante para el posterior maquillaje de la experiencia. Cuando el propio buque se hundía, se había cumplido con el deber militar y uno se esforzaba por salvar la vida, con o sin bandera. Igual que ocurría en el ejército de Tierra, en la Marina también se imponían límites a la disposición al sacrificio. El hecho de que, a pesar de tales límites, un gran número de

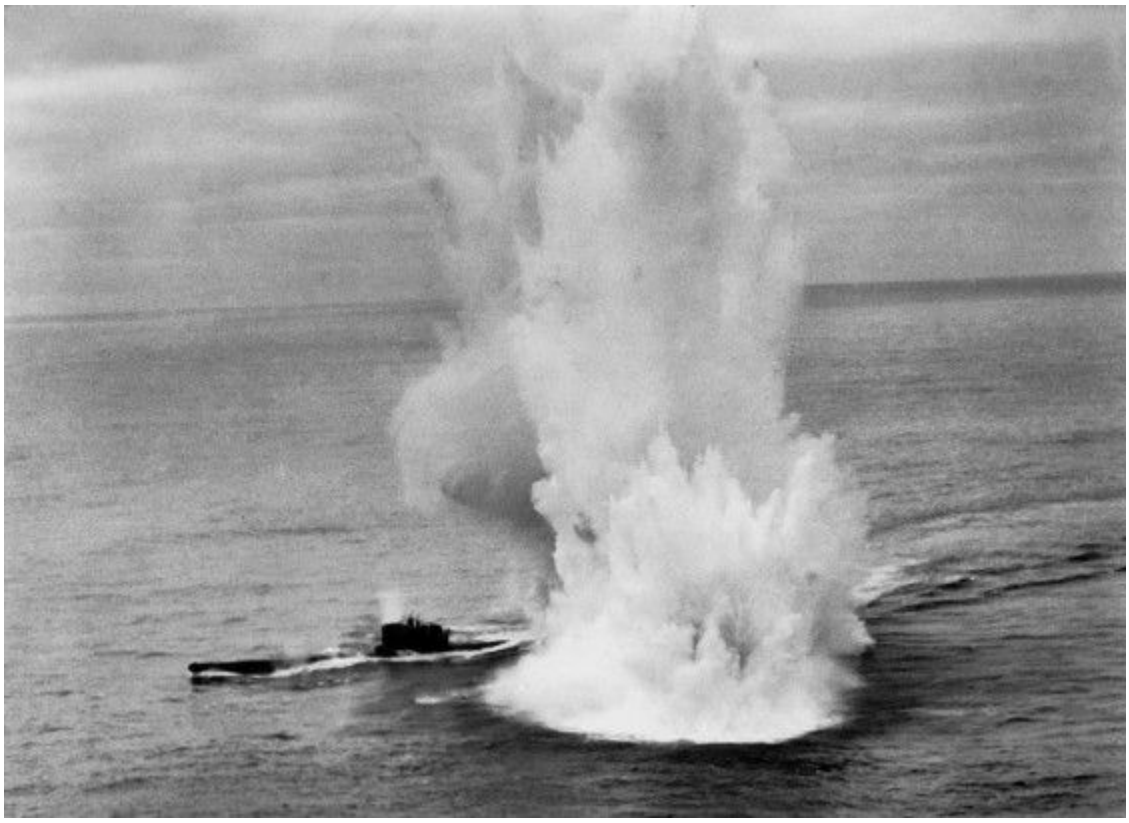
buques, lanchas y submarinos se hundieran con toda su tripulación se explica sobre todo por las condiciones propias de la batalla naval, no porque la dirección militar hubiera insuflado un ánimo suicida en los soldados. En realidad, incluso cuando una tripulación lograba abandonar el barco, a menudo no le bastaba para salvar la vida. Así, la tripulación de un hidroavión canadiense Sunderland informó del hundimiento de un submarino alemán, al oeste de Irlanda, y de que su tripulación nadaba en el agua. Fotografiaron a los 53 hombres, dieron varias vueltas sobre la zona y volaron de regreso a la base. Ninguno de los tripulantes sobrevivió. El U-625 fue solo uno más de los 543 submarinos que se perdieron con toda su tripulación. Dönitz instrumentalizó las espantosas pérdidas para recalcar que la moral de los submarinistas era especial.[584] Pero el fanatismo y el desprecio a la muerte de sus soldados, según lo describía Dönitz en sus discursos, se buscará en vano en aquellos hombres. Cumplían las órdenes y, sin duda, deseaban ser valientes. Pero, sobre todo, ansiaban sobrevivir.

Que no había embestido a nadie. ¡Tonterías!
Por poca que sea la vida, bien se aferra uno a ella.[585]

La radicalización de la dirección política y militar no tuvo, en la guerra aérea, ningún papel comparable a los que interpretó en los ejércitos de Tierra y Mar. Para el personal de vuelo de la Luftwaffe, como respuesta al desánimo creciente de 1944-1945, se dictaron órdenes repetidas de acudir al combate con más determinación. Esto afectaba en especial a los pilotos de cazas, a los que Göring tildaba de cobardes cada vez más a menudo.[586] El concepto de sacrificarse normalmente en combate, junto con el propio avión, apareció en el otoño de 1943. El médico aeronáutico Theo Benzinger y el piloto de planeador Heinrich Lange lo formularon así en un memorándum: «La situación bélica justifica y exige que se combatan los objetivos navales con medios extremos, con un proyectil tripulado cuyo piloto sacrifique voluntariamente su vida». Tenían muy claro que se trataba de una «forma de actuación militar nueva en Europa». Debía tenerse en cuenta que las pérdidas, durante las misiones tradicionales, ya no solían

guardar proporción con los derribos. Así pues, concluyeron: si corresponde morir, que al menos uno arrastre en su muerte al mayor número posible de enemigos.[587]

En septiembre de 1943, el mariscal de campo Erhard Milch, «número dos» de la Luftwaffe, analizó esta propuesta con sus oficiales. Se estudiaron proyectos para dejar caer aviones cargados de bombas sobre los acorazados enemigos o atacar en el aire a los grupos de bombarderos mediante aparatos de caza colmados de explosivos. Milch siempre hallaba reparos a la hora de enviar a los pilotos a una auténtica «acción mortal». A su entender, sería preferible que cuando se lanzaran en picado contra los bombarderos enemigos, los embistieran para derribarlos, pero con la posibilidad de saltar en paracaídas del propio avión. Desde el punto de vista de la dirección de la Luftwaffe, sin embargo, no había necesidad militar de tales misiones kamikaze. Así, las propuestas cayeron en saco roto, en un principio. Hanna Reitsch, la conocida piloto de pruebas, era amiga de Benzinger y Lange y aprovechó una visita al Berghof,* para exponer ante Hitler la cuestión de las misiones kamikaze. Este no quiso saber nada del tema e incluso prohibió, en julio de 1944, el despliegue de 39 soldados que debían lanzarse en picado, con sus cazabombarderos FW 190, contra los barcos aliados anclados en la bahía del Sena.



Ataque contra el U-625, el 10 de marzo de 1944. Pocos instantes más tarde, la nave fue alcanzada y se hundió. (Imperial War Museum, Londres, C-4289.)

La tripulación logró salvarse en sus botes inflables individuales. Pero poco después, el tiempo empeoró y ninguno de aquellos hombres sobrevivió. (Imperial War Museum, Londres, C-4293.)

Cuando, en otoño de 1943, surgió la idea de lanzarse con «aviones suicidas» especiales contra los barcos enemigos, el oficial y piloto de combate Hans-Günther von Kornatzki desarrolló una propuesta de «asalto aéreo». Los pilotos de caza, resueltos a todo, debían atacar los bombarderos estadounidenses, sin temor a morir, y derribarlos mediante embestidas. En el transcurso de la guerra, algunos soldados habían optado por esa maniobra de embestida ya fuese por casualidad o por decisión personal. Aún dejaba cierta posibilidad de sobrevivir si el piloto atacante abandonaba su aparato con el paracaídas. Pero ahora se trataba de convertir una iniciativa casual en un método. El general de los pilotos de cazas Adolf Galland llegó a aceptar la idea de un asalto aéreo, pero no la de embestidas locas, que se antojaban poco fructíferas. Cuando, en mayo de 1944, los primeros «Sturmjäger» se comprometieron solemnemente con la nueva forma de ataque, juraron combatir al enemigo desde la distancia más corta posible y, si no lograban derribar al bombardero mediante las armas de a bordo, aniquilarlo con la propia embestida. En el transcurso de 1944 se organizaron tres grupos de asalto, cada uno de ellos provisto con unos cincuenta cazas de la clase FW 190, modificados para la ocasión. En la práctica, las embestidas —aunque el juramento hiciera particular hincapié en ellas— fueron extraordinariamente raras. Cuando los «arietes de asalto» lograban acercarse mucho a sus víctimas, podían derribarlas con el armamento pesado, sin necesidad alguna de embestirlas. Ahora bien, en algunos casos aislados sí se llevó a efecto. Aproximadamente la mitad de los pilotos que embistieron a bombarderos perdió la vida en la acción.

Los pilotos de la Luftwaffe —según muestran las actas de las conversaciones espiadas— no percibían las embestidas como operaciones suicidas. Se las tenía más bien como procedimientos especialmente valientes en una guerra aérea cada vez más extrema,[588] que exigía el empleo de todos los medios disponibles para apuntarse nuevos derribos. Ni siquiera el rumor de que quien regresara a la base sin derribo ni daño en el propio avión debería enfrentarse a un consejo de guerra[589] les parecía extraño o irritante. Para el coronel Hajo Hermann, la defensa del Reich

todavía no se estaba llevando con la radicalidad precisa. En el otoño de 1944 desarrolló un plan traicionero: era necesario reconocer al fin que pretender parar los ataques diurnos mediante los cazas convencionales resultaba una empresa imposible. Y aunque los cazarreactores eran superiores, no había modo de disponer de un número suficiente de ellos en un breve plazo de tiempo. En consecuencia, todo pasaba por asestar a los estadounidenses un «gran golpe» que los conmocionara y otorgara un respiro al Reich. Para ello, entre uno y dos millares de pilotos jóvenes e inexpertos darían un golpe de ariete con sus aparatos con el fin de eliminar del cielo a toda una unidad de bombarderos. También se emplearía a pilotos de caza expertos que, sin embargo, luego no participarían en la empresa mortal.

Cuando Galland tuvo noticias del plan, le preguntó a Hermann: «¿Dirigirá usted la misión?», a lo que este solo replicó: «No, no lo tengo previsto así». Con eso, Galland dio el tema por cerrado. «En mi lista de criminales, figura en segundo lugar», comentó Galland en cautividad.[590]

En enero de 1945, Hermann pudo exponer su plan ante la Cancillería imperial. Nicolaus von Below, edecán de Hitler en materia aérea, hizo saber que el Führer sentía el mayor de los respetos hacia los hombres que estuvieran dispuestos a emprender ataques de ariete. Él no tenía intención de ordenarlos, pero daba permiso para actuar de esa manera a los voluntarios. A finales de enero de 1945, Göring suscribió un llamamiento a incorporarse a una operación en la que existía la posibilidad de, a riesgo de la propia vida, dar un giro decisivo a la guerra. Al parecer se inscribieron 2.000 jóvenes, entre los cuales se eligió a 300 voluntarios. A ellos se les reveló que deberían lanzarse en picado contra bombarderos estadounidenses, en un ataque masivo. Algunos quedaron sorprendidos, pues esperaban arriesgar la vida a cambio de objetivos mayores, como portaaviones o acorazados. Dar la vida por una «fortaleza volante» les parecía malgastarla. Sea como fuere, los instructores advirtieron pronto que el sacrificio personal no era un objetivo en sí mismo. El objetivo principal era destruir los bombarderos con la embestida del propio aparato; luego podían saltar en paracaídas. El 7 de abril de 1945, 183 de estos hombres se arrojaron contra una unidad de bombarderos estadounidenses, en las

cercanías de Magdeburgo. Según el informe de la Wehrmacht del 11 de abril, cazas alemanes habían destruido más de 60 bombarderos «desafiando la muerte con su sacrificio». En realidad, los estadounidenses perdieron solo 23 aviones. De los 183 pilotos que despegaron en la misión, 133 fueron derribados y 77 perdieron la vida.

En este contexto es interesante destacar que las propuestas de crear «misiones suicidas» no procedían de la máxima dirección política o militar, que por otro lado no se había cansado de exigir que se combatiera hasta la muerte. Mientras que en los frentes terrestres cientos de miles de soldados perdieron la vida de resultas de las órdenes de resistencia a ultranza, Hitler no supo decidirse a ordenar a la Luftwaffe que emprendiera un ataque suicida con varias decenas de pilotos. Por otra parte, el asalto del 7 de abril de 1945 no fue una misión kamikaze en el sentido clásico de la palabra, dado que los pilotos podían salvar la vida con el paracaídas. Sobrevivió el 60 por 100 de aquellos pilotos, un porcentaje que hacía ya tiempo que no se alcanzaba, por ejemplo, en la rama submarina.

En abril de 1945 también se puso en práctica otra variante de las «acciones con sacrificio propio». El 31 de enero de 1945, el Ejército Rojo había alcanzado el río Oder y se había atrincherado en la orilla occidental. El ejército de Tierra había intentado en vano aniquilar aquellas cabezas de puente. Ahora la Luftwaffe debía emplear todos los medios para destruir los puentes sobre el Oder y, de esta manera, dificultar los preparativos del ataque soviético contra Berlín. Ya el 5 de marzo surgió una propuesta de derribar los puentes enemigos mediante una «gran misión de sacrificio». Entre tanto, la Luftwaffe lo intentó con los medios convencionales. Después de que estos no produjeran ningún resultado decisivo, se optó por el último recurso: la misión suicida. Se volvió a llamar a algunos hombres del antiguo comando voluntario, pero también se presentaron voluntarios nuevos. El 17 de abril, un día después de que empezara el gran asalto soviético sobre Berlín, los primeros pilotos se arrojaron contra los puentes del Oder. Desde el punto de vista militar era un perfecto absurdo, dado que se trataba de pontones, de fácil reparación en un corto período de tiempo.

En su conjunto cabe afirmar que las misiones suicidas de Hitler mostraron una incoherencia pasmosa. Exigió a los soldados que combatieran hasta el último cartucho y hasta el último hombre. Sus órdenes debían vetar toda retirada y toda rendición antes de hora y, mediante una lucha fanática, mostrar el supuesto camino a la victoria bélica. Incluso cuando hablaba de que «todo búnker, todo edificio de una ciudad alemana o cualquier pueblo [debe] convertirse en un fortín en el que o bien el enemigo se desangre o bien los defensores queden sepultados bajo ellos en un combate hombre contra hombre»,[591] estaba aceptando que había supervivientes. Así ocurrió por ejemplo con los defensores de la fortaleza de Metz, para los cuales Hitler creó incluso una banda de brazo especial. Si hubieran empleado el último cartucho para quitarse la vida, no cabe duda de que Hitler lo habría considerado particularmente honroso. Ello no obstante, el dictador no exigió esa actitud con decisión; y sin embargo, las órdenes de resistencia a ultranza que emitió tuvieron como consecuencia el sacrificio de las vidas de cientos de miles de soldados. Hacia ellos, Hitler solo mostró indiferencia. Lo veía como una parte necesaria de la batalla por el destino del pueblo alemán, que se estaba jugando la victoria o la destrucción. Pero, a pesar de toda esta dureza, Hitler se arredró ante el último paso, ordenar *con determinación* un ataque suicida; igual que se arredró al evitar el empleo militar del gas venenoso como último nivel de la guerra total.

Los italianos son «flojeras», y los rusos, «animales»[592]

Las virtudes militares mencionadas unas páginas atrás —ser obediente, cumplir con el deber y luchar con valentía hasta el final— estaban firmemente ancladas en el marco de referencia de los soldados alemanes. Cuando narran sus historias bélicas, este sistema de valores militar ya resulta visible; pero lo es más aún cuando los soldados charlan sobre la conducta de terceros, ya sean camaradas, enemigos o aliados.

Con escasas excepciones, la percepción de los italianos era extraordinariamente negativa, ya hablara un hombre de la Luftwaffe, la Marina o el ejército de Tierra. Para los alemanes, los italianos desarrollaban una conducta incomprensible: parecían estar evitando siempre todo

combate. Los comentarios al respecto, en consecuencia, transmiten la irritación correspondiente. Lo suyo era «para llorar»,[593] aquellos «italianos de mierda [...] no aportan nada de nada»,[594] «no tienen ganas de hacer la guerra»,[595] «no confían en sí mismos»[596] y «se cagan en los pantalones»,[597] incluso «mierda a montones».[598] Son un «atajo de cerdos»[599] que o se rinden «por cualquier nadería»[600] o se retiran «llorando».[601] Esos «gallinas»[602] son «blandengues a más no poder».[603] Desde el punto de vista militar, prácticamente no se les confiaba nada: «130.000 italianos te valen para lo mismo que quizá 10.000 alemanes»;[604] en todos los carros blindados italianos se ha encontrado una bandera blanca;[605] si imaginamos que los italianos atacaran el sur de Alemania, bastaría para derrotarlos «con las chicas de las Juventudes Hitlerianas y los viejos campesinos del [lago] Chiemsee».[606] «Los italianos deberían ser descendientes de los romanos [...]. ¡Pero los romanos, con sus lanzas y sus escudos, habrían aportado más que ellos!»[607] Los alemanes estaban de acuerdo en que los italianos eran, sin lugar a dudas, «los peores soldados de toda Europa».[608]

Solo unas pocas unidades italianas recibieron una valoración más positiva. Así, la división de paracaidistas «Folgore», al menos, estaba formada por «machos» y, pese a sus deficiencias de armamento, sabía combatir.[609] Especialmente, según se afirma en otro comentario excepcional, «bajo dirección alemana son intachables. En Enfidaville, ante todo, les dieron la orden de retirada [y replicaron]: “Los jóvenes fascistas mueren allí donde están”. Y, con esas, treinta italianos resistieron por tres días», dice el sargento primero Franke sobre una batalla tunecina, en abril de 1943.[610] En algún caso minoritario también se decía que el problema de los soldados italianos era lo mal que los pertrechaban y alimentaban. En Trent Park, este comentario solo se halla en boca de uno de los 84 generales. En los demás campos especiales, ya fueran británicos o estadounidenses, la proporción es similar.

Esta imagen negativa de los italianos ya se había convertido en tópica en 1941 y su presencia se constata también en actas oficiales, el correo de campaña y los diarios. Por su carácter absoluto, no cabe duda de que era exagerada, pero no por ello se trataba de una mera construcción. Por el

contrario, el tópico se remite a situaciones vividas en el campo de batalla, en las que las unidades italianas «fracasaron» no solo a ojos de los alemanes, sino también de acuerdo con el criterio británico, por ejemplo.

Las virtudes militares, naturalmente, también se aplican como criterio de evaluación de los demás aliados. Los eslovacos quedaban solo un paso por detrás de los alemanes. De los rumanos se decía que eran «mucho, mucho mejores que en la primera guerra mundial; son valientes, han perdido mucha sangre»,[611] pues «no son soldados nada malos».[612] Tenían por muy buenas a «esas legiones españolas [...], como grupo son temibles, pero en lo militar, como soldados, son muy buenos».[613] En cuanto a las tropas húngaras, que en la primera guerra mundial habían destacado, en este caso se las tenía por «basura»,[614] porque al ver a los rusos habían salido huyendo.[615]

A los enemigos de Alemania se los juzgaba dentro del mismo marco de referencia. La mayor valoración la obtenían los británicos, considerados como unos soldados «de gran resistencia»,[616] «muy duros»[617] y, sobre todo, justos. Tanto en Dunkerque como en Grecia habían luchado fantásticamente bien,[618] eran «aviadores de primera clase»[619] y magníficos combatientes. Eran unos «tíos grandes»,[620] gente «como nosotros», según se dice repetidamente.[621] «Viste a un británico con el uniforme alemán y no notarás la diferencia», afirma un soldado del Afrika-Korps. Ahora bien, los oficiales de mayor rango creían que los alemanes eran más valientes que los británicos: «Bueno, cuando los ingleses reciben un buen par en la panza, se echan atrás, y no se acercan tanto como los nuestros y, cuando se acercan, son muy torpones».[622] Según el comandante de la 1.ª división de paracaidistas, en el contexto de la guerra contra los aliados occidentales en Italia: «En actitud general hacia la guerra, las masas humanas del enemigo soportan peor la carga prolongada de pérdidas graves».[623]

De los estadounidenses se tiene una opinión claramente peor. Se entiende que sus éxitos se derivan solo de la superioridad material y esto, a los soldados de la Wehrmacht, les parecía injusto. Como soldados, los estadounidenses son «cobardes y mezquinos»,[624] no tienen «ni idea» de lo que es una «guerra dura de verdad»,[625] no «soportan las privaciones»[626] y son «inferiores a nosotros en el cuerpo a cuerpo».[627] El coronel general Von

Arnim cuenta, sobre sus experiencias en Túnez: «Esos cerdos salen todos corriendo, los americanos, a la que los aprietas».[628] Sobre los combates en Italia dice también un general: «En general, al americano se lo tiene por un combatiente de menos valía, con pocas excepciones, porque carece de fuerza interior».[629]

Los soldados rusos, por el contrario, despiertan un enorme respeto entre los hombres de la Wehrmacht. Aprecian a la vez que temen su disposición al sacrificio y su brutalidad. «Esa gente tiene una dureza inaudita, de corazón y de cuerpo»;[630] «luchan hasta el límite, los rusos»;[631] «es increíble lo fanáticos que llegan a ser».[632] «Te pone los pelos de punta, la forma en que luchan los rusos.»[633] Los soldados alemanes no tienen palabras para describir cómo los rusos desprecian la muerte; no es infrecuente que los describan como guerreros sin alma, impasibles, incluso «bestiales». «Cuando yo estaba cerca de Uman, eso era en la bolsa aquella de Ucrania, mis blindados tuvieron que matarlos apisonándolos, literalmente, porque no se rendían de ningún modo. Imagínenselo»,[634] refiere el general Ludwig Crüwell. Al mismo tiempo, opina que los miembros del Ejército Rojo son *buenos* soldados, precisamente por luchar con tal desprecio por la vida. Un soldado que combate por su patria con una dureza inflexible no puede, sobre todo a ojos de los rangos superiores, ser considerado un mal soldado, en ningún caso; aquí impera claramente el código de valores militares de la Wehrmacht. El comandante de la fuerza aérea Blunk cuenta cómo, en 1941, un total de 125 bombarderos rusos atacaron una cabeza de puente alemana cerca de Bobruisk, en el río Berésina. Los cazas alemanes derribaron 115 aparatos rusos. Para Blunk, esto no era ilógico ni demencial. Lo único que demuestra ese hecho, según su criterio, es que «los rusos vuelan con mucho arrojo».[635]

Para los soldados alemanes, los italianos eran cobardes; los rusos no temían a la muerte; los británicos eran duros y los estadounidenses, blandos. Esta valoración de los enemigos y aliados tampoco se alteró —más allá de matices aislados— durante el curso de la guerra. Los criterios de valoración se mantuvieron esencialmente iguales hasta 1945; las primeras unidades de combate acuñaron una imagen que ya solo experimentó variaciones y ampliaciones en cuanto a los detalles. Solo con la transformación de la

situación general hubo ligeros cambios de enfoque: cuando el Ejército Rojo, en la segunda mitad de la guerra, se fue aproximando cada vez más rápidamente a las fronteras del Reich, pasó a hacerse menos hincapié en la valentía de sus hombres, y más en su brutalidad.

La valentía en la batalla también era una categoría central en la evaluación de los camaradas y los superiores. A los «cerdos de retaguardia»,[636] como se denominaba a los que se mantenían alejados del frente, no los apreciaba nadie; el que no combatía era potencialmente sospechoso de cobardía. Los superiores tenían que permanecer en persona en la primera línea.

> Al mando de mi destacamento teníamos al príncipe Heinrich XLII de Reuss. En el 40 comandante, en el 41 teniente coronel, en el 42 coronel..., gracias a sus relaciones. Cuando empezó la batalla de Kiev, el caballero se retiró, se había puesto enfermo. Cuando la batalla de Kiev estuvo ganada y habíamos tomado la ciudad, ahí lo tienes otra vez. Cuando empezó la batalla más abajo, en Crimea, al señor no se lo veía por ninguna parte. Cuando habíamos tomado Simferopol y hubo dos o tres semanas de calma, apareció otra vez. Cuando empezó delante de Sebastopol, en el invierno del 41, el señor volvía a estar enfermo, en total se quedó en menos de 100 libras, daba pena verlo por entonces, y luego logró largarse. Y en general también tenía fama de ser un tipo más bien degenerado.[637]

La imagen contraria la ofrecía, por ejemplo, el conde y coronel Claus Schenck von Stauffenberg:

> VIEBIG: Demencialmente valiente, extraordinariamente valiente, extraordinariamente brillante; así y no de otra manera es como siempre me lo han descrito. O sea el modelo de oficial alemán, tanto de oficial del frente como de oficial del estado mayor, con una energía inaudita, prudente, minucioso.[638]

Aunque el comandante Viebig rechazó con vehemencia el atentado de Stauffenberg, como personalidad militar le merecía la mejor de las opiniones. Resulta interesante que también perciba a Stauffenberg como un oficial del frente, aun cuando este, en total, solo había permanecido en el frente tres meses largos. Como oficial del estado mayor tal vez podría haber sido visto como excesivamente crítico, pero como su *coraje* y su *energía* se demostraron claramente por la gravedad de las heridas que recibió en Túnez, los aspectos positivos pesaban más que los negativos, a todas luces.

También el mariscal de campo Erwin Rommel, una figura percibida en general con gran ambivalencia por parte de los soldados de la Wehrmacht, les impresiona por su arrojo. «Como soldado, podía resultarte imponente —comenta el coronel Hesse—. No era un gran jefe, pero era un soldado ciertamente lúcido, un hombre muy valiente, intrépido, sin escrúpulos, ni siquiera para proteger su propia persona.»[639]

«Cobardía» y «deserción»

Los que no se correspondían con el ideal del soldado valeroso, sino que arrojaban las armas durante la retirada, se entregaban sin luchar o incluso se pasaban al enemigo, recibían una valoración extraordinariamente negativa, sin apenas excepciones. En los campos de prisioneros británicos y estadounidenses, desde el verano de 1944, era un tema repetido hasta el infinito: demasiados soldados habían sido cobardes. Viniendo de Cherburgo, el alférez Zimmermann, de la 709.ª división de infantería, pasó por una carretera rural que corría al sur de la ciudad, en la línea del frente, y «estaba repleta de soldados, por todas partes. Toda la carretera estaba repleta, en desorden, los del trabajo comunitario por aquí, antiaéreos allá, unos pocos infantes... Les digo: "Niños, no huyáis de aquí, bastante jodida está la cosa para fastidiarla aún más».[640] No cabe duda de que Zimmermann tenía claro que Cherburgo caería pronto; sin embargo, la Wehrmacht debía preservar su orden y continuar luchando con valentía. Que los soldados rasos, los trabajadores del Reichsarbeitsdienst y los hombres de los antiaéreos se retirasen de forma descoordinada hacía que la perspectiva de la inminente derrota fuera aún más amarga, porque se estaba dañando el núcleo del concepto propio del soldado.

Solo muy raramente —y nunca por parte de los oficiales— se admitía que uno había al menos jugueteado con la idea de abandonar la propia posición y darse a la huida. El soldado de primera Leutgeb narra las batallas de Normandía a un compañero de celda:

LEUTGEB: Teníamos mil tiros por metralleta. Ya te puedes imaginar cuánto haces con eso; nos quedamos sin nada de munición. Y teníamos a una mierda de alemán de los Sudetes, era un suboficial o así, y le digo: «¿Y qué quieres que hagamos? No tenemos nada de munición,

larguémonos, esto ya no nos sirve de nada». «¡Qué cosas se te ocurren!», dice él. Yo bien me habría largado, pero no quería hacerlo por mi colega. Entonces nos cayó encima una lluvia de fuego de lanzagranadas que no se puede ni describir. Del tercer grupo solo quedó el artillero de la ametralladora.[641]

Pero los que no luchaban como debían eran, a ojos de los soldados, los que desertaban y pasaban al otro bando. El comandante Heimann habla de las batallas por Aquisgrán:

HEIMANN: Yo tenía apostados allí arriba a tres batallones, les bastaba con regresar cuando fuera de noche. Pero de hecho, de mis batallones de la guardia rural solo regresó el estado mayor del batallón, con quince hombres, los otros habían desertado. Esos son gente mayor, de 40 a 50 años, que en el búnker se sienten muy bien, pero ahora decían: «¿Ir a las posiciones de campo abierto? No lo haremos». ¡Y con esa gente teníamos que defender Aquisgrán![642]

En nuestras conversaciones, la deserción se considera del todo inconcebible. «Yo nunca habría podido hacerlo y creo que un buen alemán nunca podría desertar, solo pueden hacer eso los austríacos y demás gente de etnia alemana», opinaba un alférez en Italia, aún a finales de diciembre de 1944.[643] Así, adquieren especial valor, por su rareza, los que en el tiempo previo a finales de 1944 tematizaron su deserción a menudo. «Posiblemente me condenen a muerte, pero prefiero una condena a muerte por deserción, y estar vivo, a estar muerto y tirado en el campo.»[644] Un detalle interesante al respecto de esta frase es que la formuló un soldado de la tropa de la división «Frundsberg», de las SS; en julio de 1944, ni siquiera las Waffen-SS eran ya un bloque monolítico de soldados político y predispuestos al sacrificio. Para evitar los reproches sobre su cobardía y falta de compromiso, la mayoría de los desertores en cautividad no expone sus motivos y describe su conducta, hasta la deserción, como algo normativo. Si se habían abandonado las propias fuerzas armadas era solo porque *ahora* la guerra estaba perdida y *en este momento* ya no tenía ningún sentido seguir luchando. Este motivo se alega con mucha más frecuencia que, por ejemplo, las razones políticas; sin duda ello obedece a la situación comunicativa, que no autorizaba a poner en duda el canon de los valores militares; menos aún en prisión, quizá.[645]

Solo una escasa minoría de soldados ponen en cuestión la guerra en sí misma o la invasión alemana de los países vecinos. Incluso en un hombre como Alfred Andersch, que desertó estando cerca de Roma, el 6 de junio de 1944, se reconoce una descripción plenamente positiva de la Wehrmacht y las virtudes militares,[646] lo que indica hasta qué punto incluso los hombres que finalmente reunieron el valor necesario para huir del marco de la Wehrmacht habían interiorizado el sistema de valores militar. Solo a partir de la primavera de 1945, los soldados empiezan a confiarse más y a hablar con franqueza y sin remordimientos de conciencia sobre su deserción.

TEMPLIN: El único tema de conversación de los últimos tiempos: cómo puede uno escabullirse, si hay que salir corriendo o qué, cómo se lo puede uno montar mejor. La tarde que nos pillaron, esa tarde estábamos sentados en el sótano y esperábamos; había fuego de artillería por allí mismo y pensábamos: «en cualquier momento se nos mete una granada en el sótano». Éramos un montón, 15 hombres, y estamos ahí sentados y nadie se atreve a decir: nos vamos a quedar sentados aquí y dejaremos que nos cojan prisioneros. Y nos quedamos ahí sentados y esperamos, pero los yanquis no vinieron, no vinieron. Y por la noche llegaron aún algunos infantes que dijeron: «Venid, todavía podéis salir de aquí». Y tuvimos que acompañarles, de no ser por eso nos habríamos escabullido. La infantería, el alférez, se marcharon por la tarde, a las tres, después de dinamitar los puentes; pero nosotros nos quedamos sentados allí delante. A mí aquello no me daba nada de miedo.

FRIEDL: Sí, ante los alemanes, no ante los americanos. Los alemanes... Eso era mucho peor, esa inseguridad. Todo el mundo piensa de una manera y actúa de otra. Todo el mundo piensa: «Ojalá estuviera bien lejos de aquí», y luego viene el oficial y tú cumples sus órdenes al pie de la letra. Eso es lo trágico de la cuestión.[647]

El código penal militar preveía, para los casos de «cobardía ante el enemigo» o deserción —y con unas pocas salvedades—, la pena de muerte. Y la justicia militar alemana hizo un uso generoso de esos párrafos. En total se emitieron unas 20.000 sentencias de muerte contra soldados alemanes; aproximadamente las mismas que en Japón. Los estadounidenses ejecutaron a 146 soldados; para la Unión Soviética, se calcula que la cifra asciende a unos 150.000.[648] La cantidad de soldados ejecutados fue un fenómeno de la derrota, que creció exponencialmente desde el otoño de 1944. Hasta ese momento, parece que muchos soldados consideraban que la pena capital, para los desertores e incluso los cobardes, era perfectamente lógica. El alférez Hohlstein, de la 15.ª división acorazada de granaderos, hablaba en diciembre de 1943 sobre las experiencias vividas dos años antes en Rusia.

Llevado por la curiosidad, su compañero de habitación, el brigada Bassus, pregunta por las circunstancias de la crisis frente a Moscú, en el invierno de 1941-1942. El alférez respondió que también había habido desertores:

HOHLSTEIN: Aislados, siempre los hay. El que ha estado desde el principio en la guerra de Rusia y por lo tanto ha recorrido a pie la mayor parte del camino, por esos pantanos y bosques y mierda y de todo, el que ha pasado el otoño de niebla y se ha metido en el frío, y luego ha venido la contraofensiva rusa, pues naturalmente la gente lo veía negro y decía: «Esto se ha acabado, esto nos va a costar el cuello». Para poder retirarse hacia atrás con más rapidez, algunos tiraron sus armas, o sea sus fusiles y demás, algo que por sí solo no tiene importancia, pero los condenaron a muerte. ¡Había que hacerlo! Había que dejarles muy claro que esa clase de cosas no pueden ser, para nada.[649]

El brigada Bassus supo con asombro que ya en 1941 se habían producido cosas así. Los dos se tranquilizaban con el hecho de que fueran solo casos aislados. Y ninguno ponía en duda que la pena capital fuera lo que «había que hacer» ante tales casos. Antes de finales de 1944, son numerosas las descripciones de prisioneros que vivieron ejecuciones de soldados supuestamente cobardes o desertores, o que supieron de ellas a partir de testigos presenciales; e, igual que sucedía con los fusilamientos ocurridos en el marco de la «lucha contra los partisanos», tales narraciones nunca despiertan extrañeza, enfado ni comentarios negativos. A lo más, interesan los detalles del caso en concreto; por lo demás, esta clase de relatos pertenecen a lo que se siente como normal en una guerra. Varios generales subrayan su propia entereza con el hecho de, en situaciones del frente particularmente críticas, haber «plantado ante el paredón» a los soldados que lo merecían, sin más; y en estos casos no se trata, de ninguna manera, de los fanáticos del nacionalsocialismo por todos conocidos. El teniente general Erwin Menny, por ejemplo, refiere lo siguiente, sobre la misión rusa de 1943:

MENNY: Por entonces acababa de asumir el mando de una división que acababa de llegar de Noruega, por lo que en realidad aún estaba sin uso, estaba en buena condición. Pero pronto hubo una incursión del enemigo, simplemente porque un par de tíos se habían dado a la fuga. En ese mismo momento, organicé un consejo de guerra, con todo el rigor —a uno le temblaban las rodillas de miedo—, e interrogamos a esa gente justo detrás del punto de la incursión y los juzgamos en seguida y los fusilamos en seguida, allí mismo y en el momento mismo. Aquello corrió por todas partes como la pólvora, con el éxito de que al cabo de tres días habíamos recuperado otra vez la línea del frente. Y desde ese momento, en la división todo fue rodado.

El interlocutor de Menny, el teniente general Schlieben, solo pregunta, en este punto: «Y eso, ¿dónde fue?».[650]

Éxitos

De los 17 millones de hombres de la Wehrmacht, cerca del 80 por 100, por lo menos, estuvieron en acción durante algún tiempo en la zona de la primera línea del frente. Y, sin embargo, no todos tuvieron ocasión de demostrar el propio heroísmo, conseguir una gran victoria o ganar una batalla. Había un buen número de radiotelegrafistas, auxiliares de combustible o mecánicos de avión, e incluso en una división de infantería había panaderos, carniceros y ordenanzas que, en todo el transcurso de la guerra, no dispararon ni un solo tiro. Su «mundo de la vida» se diferenciaba fundamentalmente del de un soldado de primera de la infantería, un conductor de blindados o un piloto de caza. Ello no obstante, los rasgos en común eran más fuertes de lo que se tiende a creer. Los soldados de la Wehrmacht querían ante todo una cosa: cumplir bien con el deber que se les pedía, fuera de la clase que fuese. Como mecánico de las máquinas de un submarino se quería actuar tan bien como pudiera combatir un pionero en Stalingrado; tanto como uno, en la vida civil, había sido un buen contable, agricultor o carpintero. No solo se trasladó plenamente la ética del «trabajar bien» al nuevo oficio de soldado; también, como en cualquier empresa, en la Wehrmacht había las críticas habituales al respecto de las malas condiciones de trabajo o las instrucciones, los procedimientos y los procesos de lógica deficiente.

Así lamentaba el general de división Alfred Gutknecht las precariedades de la administración, que le impedían realizar con eficacia su labor como «supervisor de vehículos a motor del oeste»:

GUTKNECHT: En eso estaba también lo de las islas del Canal, y es que hay para tirarse de los pelos. Era increíble la cantidad de vehículos que había allí [...]. Es algo que no se entiende de ninguna manera, las islas son verdaderamente enanas. Camiones ya no había tantos. Pero todo el mundo necesitaba —Tierra, Aire, la Marina, la O[rganización] T[odt]— tener sus propios camiones en las islas. Así que yo les propuse que aquello se unificara, es decir, que se crearan unas flotas de vehículos de la Wehrmacht, incluida la OT. No fue posible y ni siquiera el mariscal de campo Von Rundstedt impuso una decisión.[651]

Con un estilo muy similar, se hablaba también de los combates en el frente; con la particularidad de que las deficiencias, en ese caso, provocaban una multitud de muertos. El comandante Frank, de la 5.ª división de paracaidistas, lamenta las circunstancias en las que su batallón tuvo que tomar parte en la ofensiva de las Ardenas:

FRANK: En el primer día mismo de la ofensiva asaltamos Fürden, era un pueblo, uno fortificado. Antes de llegar a 25 metros del búnker, se quedaron, cayeron mis mejores jefes de compañía. Yo estipulé dos horas y media, cayeron cinco de mis mensajeros. [...] El comandante del regimiento: «Adelante, adelante, al pueblo; ahí dentro hay muy pocas tropas». «Eso es una locura», le dije yo al comandante de mi regimiento. «No, no, no; son las órdenes. Adelante, adelante, hay que tomar el pueblo antes de la noche.» Le digo: «Y lo conseguiremos. La hora que estamos aquí ahora esperando al VB [observador adelantado de la artillería], la recuperaré luego doblada y triplicada». Le digo: «Dame por lo menos a la guardia de asalto, que vengan por el norte, y reventamos el búnker». «No, no, no.» Tomamos el pueblo, sin apoyo [...]. En total saqué de allí a 181 prisioneros. Cuando me llevo de allí a los últimos 60 empieza a llover sobre el pueblo toda una descarga de artillería, de una de nuestras brigadas de lanzamiento, en medio de los prisioneros y de los equipos de vigilancia. Veintidós horas después, nuestra aria seguía sonando en el interior del pueblo. Nuestra dirección intermedia había fracasado por completo. [...] Por un lado, se desperdició a los blindados, por otro lado, se desperdició a la guardia de asalto, por otro lado, se desperdició a la infantería; pero si uno lo hubiera hecho un poco en común, si cada vez se dejara una hora o dos como preparación... entonces habría sido algo maravilloso.[652]

El comandante Frank buscaba éxitos. Quería recobrar Fürden con su batallón, con las menores pérdidas y la mayor rapidez posible, y luego continuar empujando hacia el oeste; pero la mala coordinación lo había hecho imposible. Aunque califica de «locura» el ataque a Fürden, Frank lo llevó a término y se atuvo a las órdenes. El ataque no se podía posponer; para él no había alternativa si esta pasaba por actuar en contra de lo ordenado. Que aun así recobrara el pueblo —«sin apoyo»— y trajera consigo a 181 prisioneros recalca su éxito personal. Había cumplido con lo encargado, exitosamente, aun cuando la ofensiva de las Ardenas en su conjunto fracasó y comportó pérdidas graves. Pero no fue culpa de Frank, sino de la «dirección intermedia». Si le hubieran dejado guiar a él, aquello habría acabado siendo «algo maravilloso».

El patrón narrativo que destaca el propio rendimiento en el contexto de una situación general catastrófica se encuentra repetido en incontables pasajes de las conversaciones de los soldados; la misma frecuencia, de

hecho, con la que podríamos encontrarlo en cualquier conversación cotidiana sobre «la empresa», «el instituto» o «el jefe». Esta clase de narraciones no documentan solo el papel que interpreta el ideal de «trabajar bien» en las percepciones e interpretaciones de los actores, sino también que el propio posicionamiento y la imagen propia se centran, en gran medida, en la profesionalidad. Este es el aspecto común, estructural y mentalmente, del trabajo como profesión y del trabajo en la guerra. Narrativamente, el propio rendimiento se cimenta cuando se nombran acontecimientos concretos. Para demostrar el éxito militar, que ya no necesita de nuevas aclaraciones, se emplean tanto los prisioneros capturados, que ha mencionado ya el comandante Frank, como, sobre todo, aviones derribados y blindados destruidos, barcos hundidos y enemigos muertos. El jefe de la batería de costa de la Marina en Longues-sur-Mer,[653] el alférez de fragata Herbert, combatió los días 6 y 7 de junio de 1944 en una batalla sin esperanza contra la armada de desembarco aliado. Solo cuatro días después se encuentra en cautividad con el coronel Hans Krug, que había dirigido un regimiento del ejército de Tierra en la misma sección.

HERBERT: Señor coronel, quisiera su autorización para informarle, con todos mis respetos, de que he hundido un crucero.

KRUG: ¡Mi más cordial enhorabuena!

HERBERT: Es lo que más me enorgullece, que al final todavía me lo pude llevar. No lo he sabido por mí mismo. No lo he confirmado hasta llegar aquí, pero la confirmación es triple.

KRUG: ¿Han tomado la batería?

HERBERT: Sí, señor, la batería se perdió. Destrozaron nuestros cañones, uno detrás del otro, desde el mar. Pero yo aún pude dispararles, al final, desde una pieza. [...] Allí tenía una sección de antiaéreos muy brava. En mi sección de antiaéreos contamos dieciséis derribos.[654]

Los tres éxitos —haber hundido el crucero, haber disparado hasta el final, cuando ya solo funcionaba un último cañón, y haber sumado dieciséis derribos con los antiaéreos de la batería— oscurecen por completo la circunstancia de que aquella batería de la costa de Calvados, una de las más modernas, no había logrado impedir el desembarco de las tropas británicas y que, en corto plazo de tiempo, un crucero británico y uno francés la habían dejado fuera de juego. Hoy no tenemos forma de averiguar cómo llegó el alférez a afirmar que había hundido un crucero. Es posible que los británicos le hubieran dado informaciones falsas, a propósito, que él acogió

con toda la alegría; pero también es posible que solo hubiera mentido hábilmente con el fin de impresionar a su interlocutor. En realidad, ninguno de sus proyectiles llegó a impactar contra ninguno de los buques de guerra aliados. Por fuentes británicas sabemos, asimismo, que esa batería de costa se conquistó el 7 de junio de 1944 sin hallar apenas resistencia. Así pues, no cabe hablar, una vez más, de que se hubiera luchado hasta el límite.

El modelo narrativo que describe el marco circunstancial como especialmente adverso, para así aumentar la importancia del propio éxito, se encuentra una y otra vez en las actas. El alférez Simianer afirma que, por irresponsabilidad del comandante de su regimiento, su batallón había entrado en acción sin armas pesadas y en julio de 1944 había sido enviado a combatir contra los blindados británicos. Su unidad solo contaba con cuatro lanzagranadas aptos para su uso y aun así, con ellos, destruyó precisamente cuatro carros británicos. «Yo mismo, sin ayuda, destruí a dos de aquellas cosas.»[655] eliminar cuatro tanques con solo cuatro lanzagranadas, en una conversación entre soldados, por fuerza constaba como todo un logro; más aún, cuando el hablante se otorgaba el haber aniquilado dos con su propia pericia. Así, aunque el alférez Simianer se había visto obligado a desempeñar una misión «irresponsable», la había resuelto con brillantez.

Los relatos de esta índole cumplen una doble función: transmiten quejas elocuentes sobre la incapacidad de los jefes y la insuficiencia del material y adornarse uno mismo por el hecho de que, ante circunstancias adversas, se ha sabido actuar con éxito. Esto tampoco es específico de las fuerzas armadas: estas formas de percepción e interpretación se constatan en todos los lugares donde se está llevando a término un trabajo.

Condecoraciones

Algunos logros se pueden documentar, mejor aún que con relatos aventureros, con las condecoraciones y distinciones. Como ya hemos visto (véanse las pp. 61 y ss.), Hitler y la jefatura de Tierra, Mar y Aire desarrollaron el sistema de condecoraciones más multifacético de todas las potencias en guerra y, con ello, construyeron una eficaz diferenciación de estatus dentro de la Wehrmacht. Los combatientes del frente cuyas

condecoraciones podía reconocer todo el mundo gozaban de un elevado prestigio social. Este sistema de atractivos, creado sobre los modelos de la primera guerra mundial, estaba firmemente anclado en el marco de referencia de los soldados de todos los rangos y todas las armas militares, y determinaba en buena medida la percepción del «éxito» de los soldados. Por eso es muy habitual que, en las narraciones, se vincule a las personas con sus distinciones, por así decir, como rasgo distintivo. «¿Ha sabido usted algo del coronel Bacherer, portador de la Cruz de Caballero?»[656]

Se consideraba vergonzoso que alguien quedara sin distinción. «Cuando llegue a casa —se lamenta el teniente Herz, del Afrika-Korps—, se me van a reír en la cara. Primero caigo prisionero estando ileso y luego ni siquiera tengo la Cruz de Hierro de primera clase.»[657]

El marino Heinrich-Hans Köstlin, cuya torpedera S-53 fue embestida, durante una maniobra defensiva, por una lancha propia, y finalmente se hundió, sentía una inquietud muy similar: «Como prisioneros, deberíamos obtener también alguna clase de reconocimiento, si no, los que estamos en esta situación lo pasaremos mal. Mis colegas ya están ascendiendo a oficiales, tienen insignias de torpedera y Cruces de Hierro de primera. Cuando luego volvamos a continuar la formación, a ellos se les verá exteriormente que han estado en la guerra. Pero yo no tengo nada de nada. La Cruz de Hierro de primera te la dan con cincuenta viajes a territorio enemigo».[658]

El deseo de distinguirse era especialmente elevado en las unidades cuyos éxitos se podían «medir». Los pilotos de cazas y bombarderos de la Luftwaffe hablaban sin descanso sobre el número de derribos y misiones, así como sobre las condecoraciones que se les habían otorgado por ello. Sobre todo en la primera fase de la guerra, cuando la calidad de la instrucción y de los aviones todavía posibilitaba obtener éxitos con rapidez, el pensamiento estaba dominado por la competencia, el reconocimiento y la fama. A su lado, el interés por las condecoraciones se da sobre todo en la Marina, en la cual el tonelaje hundido de los barcos enemigos era la medida de todas las cosas. Como ejemplo típico, el capitán de navío Otto Kretschmer se muestra muy inquieto, en su encarcelamiento, acerca de si su último mensaje por radio habría llegado a Dönitz o no. En este mensaje

comunicaba, junto a la lamentable circunstancia de que su buque había tenido que rendirse, también los éxitos de su último viaje, que lo convertían en el más exitoso de todos los comandantes de submarinos.[659]

Los informes de la dirección de guerra naval muestran que prestar servicio en los submarinos era muy popular, porque aquí se tenía ocasión de distinguirse. Así, la mitad de todos los condecorados con la Cruz de Caballero de la Marina de Guerra procedían del arma submarina. Günther Prien, comandante de submarino, fue el primer «héroe» que fue objeto de celebración pública por parte de la propaganda nacionalsocialista.[660] Mientras la Cruz de Caballero era inalcanzable para la mayoría de los soldados, se consideraba de buen tono llevar por lo menos la correspondiente insignia de guerra de la propia unidad. Y a este respecto, en el arma submarina, sobre todo al principio de la guerra, cuando las pérdidas aún eran escasas, las oportunidades también eran netamente mayores que en otras unidades. La insignia de guerra de los submarinos, por lo general, se concedía después de dos misiones. En los encuentros de camaradas, quien no la poseía no contaba, ni entonces ni después de la guerra, como un auténtico tripulante de submarino. Del comandante del U-473, el capitán de navío Heinz Sternberg, se ha transmitido que le dijo a su tripulación, en 1943: «Bien, entonces necesitamos dos veces veintiún días para la insignia de submarinos. Y yo quiero tener una de esas insignias de submarinos. Ya que me han condenado a llevar un submarino, entonces también quiero la insignia».[661] Sin embargo, el sueño quedó en nada. En el segundo viaje, el buque se hundió y Sternberg murió.

La probabilidad de sobrevivir, en los buques de superficie, era mucho mayor. Sin embargo, el servicio en esa variante de la Marina era mucho menos apreciado, porque desde 1942 padeció una carestía de combustible que, unida al miedo de los jefes a sufrir pérdidas, hizo que la mayoría de los barcos permanecieran inactivos en los puertos. ¿Cómo iba uno a demostrar su valor en combate, a hacerse merecedor de condecoraciones y una condición especial, si no se realizaban operaciones contra el enemigo? El cabo de Marina Birke, que sobrevivió en 1943 al hundimiento del

acorazado *Scharnhorst*, se queja todavía en cautividad de que llevaba en aquel barco desde agosto de 1940 y que a cambio ni siquiera había recibido la Cruz de Hierro.[662]

La presión de poder luchar por fin y, con ello, hacerse con alguna condecoración era enorme: cuando el *Scharnhorst* levó anclas de su atracadero en el fiordo de Alta, en el norte de Noruega, el primer día de las vacaciones de Navidad de 1943, para atacar un convoy británico en la noche polar, el ánimo de a bordo se destensó y alegró. ¡Por fin una misión! Solo unos pocos marinos comprendieron que iban a participar en una misión suicida. Al día siguiente, el *Scharnhorst* se fue a pique y solo sobrevivieron 36 de los casi 2.000 hombres de a bordo. Los trasladaron al campo británico de Latimer House, donde se espió sus conversaciones mientras ellos informaban con orgullo sobre su batalla.

«Necesitaron cuatro destructores para destruirnos —cuenta el cabo de Marina Bohle—. En total eran nueve barcos. El *Scharnhorst* tuvo que lidiar contra ellos, completamente solo, una batalla desde el mediodía, a las once y media, hasta la noche, a las ocho. ¡Amigo, eso ya te dice algo! Y si no hubieran estado allí los destructores, no nos habrían pillado. Es algo que ni te puedes imaginar: ¡26.000 toneladas de acero y hierro y 2.000 hombres, fuera de combate! Que contra todo aquello resistiéramos tanto, es un milagro, porque nos dieron un montonazo de veces. Solo con los torpedos, nos dieron siete u ocho veces. No me habría imaginado nunca que un vapor pudiera resistir siete impactos de torpedo. Porque nos dieron siete proyectiles, eso seguro. Los tres últimos fueron los que cerraron el trabajo. Los primeros no nos habían afectado nada.» Su interlocutor, el cabo de Marina Backhaus, asimismo superviviente del *Scharnhorst*, añade: «Con eso nos escoramos de golpe, con los tres últimos, ¡zas! Pero la máquina, ¡qué bien rindió!».[663] Tuvieron la suerte de que —después de que el *Scharnhorst* llevara mucho rato sin disparar ni un tiro más— «los altos mandos, el de la Wehrmacht, el de Marina [...] continuaron la batalla en casa».[664] «La única pena era que, ahora, la guerra se había acabado y uno ya no podía seguir participando en ella.»[665]

La capacidad de combate demostrada por las condecoraciones era motivo de comentario aún más frecuente entre los oficiales del estado mayor y los generales que entre la tropa y los suboficiales. Para el jefe del estado mayor general del ejército de Tierra, Franz Halder, había supuesto una humillación inconcebible que Hitler lo atacara, en una intensa pelea, el 24 de agosto de 1942, con estas palabras: «¿¡Y usted, señor Halder, usted que no se ha bajado nunca del mismo taburete giratorio, ni siquiera en la primera guerra mundial, qué quiere explicarme a mí sobre las tropas, usted que no lleva ni siquiera la insignia negra de herido!?».[666] Hitler apuntaba al punto más sensible de la imagen propia del máximo representante de la Wehrmacht: no había demostrado su valía en el frente de combate.

Varios altos generales de la Wehrmacht habían participado en la primera guerra mundial sobre todo en los estados mayores y, en consecuencia, nunca habían resultado heridos. Hitler tenía la voluntad de que esto no volviera a ocurrir en la segunda guerra mundial. La experiencia del frente pasaba a formar parte de la carrera militar en la Wehrmacht, también para los oficiales del estado mayor general. El concepto sí, repetido en múltiples ocasiones, según el cual también los generales debían estar preparados a combatir personalmente (véanse las pp. 263-264) es consecuencia de esta transformación del marco. Sin embargo, no todos los generales se tomaron esta orden tan en serio como el entusiasta del deporte Walther von Reichenau, que en la campaña de Polonia cruzaba a nado el Vístula con sus hombres, medio desnudo, y en la Unión Soviética, siendo mariscal de campo, ganó en combate la insignia de asalto de la infantería.[667] Los generales estaban mucho más interesados por los símbolos de estatus propios de su condición, es decir, sobre todo la Cruz de Caballero y un ascenso rápido. El general de división Hans Sattler, cuya carrera había quedado interrumpida en 1941, arrugaba la nariz ante esta actitud de sus colegas de rango: «Una vez me dijo un edecán, que había estado en el encuentro de los edecanes, en el Alto Mando del ejército de Tierra, me dijo: “Lo peor son los generales; si no los ascienden, no se prevé su futura promoción y no les conceden la Cruz de Caballero, entonces no están satisfechos”. En fin, es lo que dice el propio Schmundt».[668]

La importancia que los generales daban a las condecoraciones más altas se constata por ejemplo en las conversaciones de los 16 generales que fueron apresados en mayo de 1943 en Túnez. Al «pobre» coronel general Hans-Jürgen von Arnim, el último comandante en jefe de las tropas germano-italianas en África, se lo compadecía porque «ni siquiera le [habían] dado las Hojas de roble», cuando Rommel sí contaba con los Brillantes. De ello se debía concluir, al parecer, que el papel interpretado por Arnim en África se evaluaba «con indignación» en el cuartel general del Führer.[669] Sobre el general Hans Cramer, que en Túnez había combatido hasta el final con Arnim, se cuchichea en Trent Park que estaba «muy dolido» por el hecho de «no tener [tampoco] las Hojas de roble». «Eso bien que las han dado ya, y él no las ha recibido; y por eso está fuera de sí, porque no la ha recibido. Ha puesto en marcha todos los mecanismos para poder recibirlas aún.»[670] Y cuando al teniente general Gotthart Frantz le llegó la noticia, estando en Trent Park en agosto de 1943, de que sus logros en Túnez le habían valido la Cruz de Caballero, corrió a atarse al cuello su Cruz de Hierro de primera clase, antes incluso de que la Cruz Roja Internacional le hiciera llegar la condecoración. Escribió con orgullo a su casa afirmando que ahora por fin podía volver a mirar a su familia a la cara.[671] No todos tuvieron la suerte de que, estando en los campos de prisioneros, se les concedieran distinciones a posteriori. El teniente general Erwin Menny confió al diario que llevaba en Trent Park que, ahora que estaba en cautividad, debía renunciar a toda posibilidad de que le otorgaran las ansiadas Hojas de roble. Era mucho mejor haber obtenido ya todas las distinciones a las que uno aspiraba. El general Ramcke se jactaba ante sus compañeros de prisión de que, en lo que a él atañía, tanto en la primera como ya ahora, en la segunda guerra mundial, había recibido las condecoraciones máximas a la valentía.

Aquel que, siendo un oficial del frente con alta graduación, no poseía un número suficiente de condecoraciones, despertaba miradas de interrogación en el círculo de los camaradas. El comandante de la fortaleza de Aquisgrán, el coronel Gerhard Wilck, se vio obligado a justificarse al

poco tiempo de llegar a Trent Park: «He sido comandante de regimiento en el este. He pasado mucho tiempo en Noruega y, por tanto, me han correspondido relativamente pocas distinciones».[672]

La importancia de las distinciones para la autoestima también se constata en los documentos fotográficos. En Trent Park se hicieron fotos de grupo en noviembre de 1943 y noviembre de 1944, que luego se enviaron a los parientes como postales de Navidad. Mientras algunos internos se hicieron fotografiar con el simple uniforme, desprovisto de condecoraciones, otros prefirieron aparecer ante la cámara con todo el esplendor de sus distinciones.

Los internos de Trent Park, en noviembre 1944. En pie (de izquierda a derecha): general Von Choltitz, coronel Wilck, general Ramcke, general de división Eberding, coronel Wildermuth; sentados (izq. a der.): teniente general Von Heyking, teniente general Von Schlieben, teniente general Daser. (BA 146-2005-0136.)

En las conversaciones de los rangos inferiores, el tema omnipresente era la Cruz de Hierro. Todo el mundo tenía a un compañero, un amigo o un pariente con la Cruz de Hierro de primera o de segunda clase. Como uno

siempre se orientaba por medio de «los otros», esto originaba una considerable presión social. Cuando alguien no había recibido aún una de tales condecoraciones, debía explicarse. La construcción más sencilla pasaba por sostener que otros habían recibido la distinción injustamente o que, por lo menos, los propios logros eran iguales a los del condecorado. Los diálogos sobre los criterios de concesión —quién recibía una condecoración, cuándo se otorgaba y por qué razones— se hallan documentados con una amplitud épica. Es un tema que el alférez de navío Fritz Huttel menciona ya el 14 de febrero de 1940, cuando la guerra no había cumplido seis meses:

HUTTEL: En esta guerra no se están repartiendo tantas Cruces de Hierro como en la última guerra. Sobre todo a los oficiales de submarino se les están dando muy pocas Cruces de Hierro. Un comandante de submarino tiene que completar dos rutas de guerra y hundir un mínimo de 60.000 toneladas para que le den la Cruz de Hierro de primera clase. Después de una primera ruta de guerra solo nos dan la insignia de submarinos. En cambio hay gente en los barcos de los puestos avanzados del mar Báltico que han recibido la Cruz de Hierro. Esa gente no ha aportado nada y no tiene ni la más mínima idea de lo que es la navegación. Nosotros nos hemos peleado durante semanas con el U-55 y sin embargo no nos dan la Cruz de Hierro. Es un reparto injusto que está provocando mucha indignación.[673]

Estas quejas no tenían fundamento. No solo porque los oficiales de submarino contaran con más posibilidades de obtener condecoraciones que los demás miembros de la Marina de Guerra; sino porque el U-55 había sido hundido durante su primera ruta de guerra, por lo que no había habido ocasión de galardonar a sus oficiales. Sea como fuere, el hablante se siente impulsado a argumentar por qué no exhibe ninguna distinción. Las quejas no se limitaban a la Marina; en la Luftwaffe también aparecen a menudo. Tras la exitosa campaña francesa de julio de 1940, un sargento primero de la Luftwaffe reprocha: «En Rotterdam, todos los paracaidistas recibieron sus Cruces de Hierro de primera y de segunda clase, aunque solo habían combatido tres días. Yo he sido aviador desde el principio de la guerra y no tengo nada. Y a un piloto que acabe la guerra sin Cruz de Hierro lo tendrán por una mierda».[674]

Junto a la crítica permanente a los criterios de concesión, por considerarlos demasiado laxos o demasiado estrictos, también aparece el reproche de que otros aprovechaban su condición para facilitarse el acceso a

las distinciones con artimañas. Sobre todo entre la tropa y los suboficiales, se acusaba a los oficiales de practicar esas estafas. «Con 33 vuelos al frente bien puedo recibir la Cruz de Hierro de primera clase. A los oficiales ya se la conceden después de tres vuelos y, a nosotros, ¿qué nos dan? No nos dan la Cruz de Hierro, sino el hierro en la cruz», protesta un suboficial.[675] Los oficiales superiores se quejaban de que Hitler, debido a su concepción del mundo nacionalsocialista, no les ofrecía un reconocimiento suficiente.[676]

También era popular reprochar a las Waffen-SS que sus condecoraciones obedecían solo a motivos políticos. «A las SS no las distinguen por su rendimiento, sino por su ideario político y moral», asegura el alférez de navío Günther Schramm.[677] A juicio de otros, resulta «extraño» que «la división acorazada Hermann Göring haya recibido en total cuatro veces las Cruces de Hierro que han recibido los demás».[678]

Indudablemente, algunas condecoraciones se otorgaron por motivos políticos, por ejemplo las concedidas a Hermann Fegelein, Sepp Dietrich o Theodor Eicke. Ahora bien, no parece que esto pasara de suponer las grandes excepciones. En especial, no es verdad que las Waffen-SS, como se les reprochaba a menudo, recibieran distinción con más rapidez que las otras unidades, debido a su carácter político. El «abuso» era mucho más frecuente en la Wehrmacht, a consecuencia de que también se daban distinciones que no dependían de los servicios prestados. Así, por ejemplo, durante la campaña de Noruega la Luftwaffe otorgó cinco Cruces de Caballero a pilotos de bombardero por hundimientos «imaginados».[679] Los informes de los aviadores eran a veces grotescamente exagerados, pero su grado de veracidad se habría podido comprobar fácilmente a la luz de las noticias recabadas por los equipos de intercepción radiofónica de la Marina. Sin embargo, la dirección de la Luftwaffe no recurrió a este medio por motivos más que transparentes.[680] Sin duda, la Marina, en lo que atañe a los informes de éxito de por ejemplo los comandantes de los submarinos tampoco obró con suma exactitud. Algunos comandantes eran conocidos por exagerar claramente sus logros y, sin embargo, fueron condecorados. Así, en los círculos de la Marina se hablaba por ejemplo del «tonelaje Schepke», en referencia a Joachim Schepke, que siempre multiplicaba el tonelaje de los barcos que había hundido en realidad. También Rolf

Thomsen comunicó, en 1945, logros muy superiores a los reales, pero se le otorgó la Cruz de Caballero y las Hojas de roble. En solo dos rutas contra el enemigo, pretendía haber hundido en total un destructor, dos corbetas, seis cargueros y un portaaviones auxiliar; en realidad, solo se ha podido constatar el hundimiento de una única nave. En un momento en el que apenas había noticias victoriosas que celebrar, la jefatura de la guerra naval estaba dispuesta a dar crédito directo a los informes de sus comandantes, sin comprobar su veracidad.[681] Aunque hasta hoy nadie puede reconstruir con exactitud qué llevó a Thomsen a informar de tales logros, más de uno creyó que la exageración era deliberada, un reproche con el que también tuvo que enfrentarse después de la guerra, en su segunda carrera en la Marina federal alemana.

A quien nadie igualó fue sin duda a Enzo Grossi, comandante de un submarino italiano que pretendía haber hundido dos acorazados estadounidenses en aguas del Atlántico sur, en 1942, y recibió por ello la medalla de oro al valor, de manos de Mussolini, y la Cruz de Caballero, por parte de Hitler. Grossi apareció varias veces en el noticiero nacionalsocialista, medio desnudo junto a su periscopio.[682] En la posguerra se supo que en realidad no había hundido ningún barco. Los círculos de derecha italianos no quisieron dar crédito a la noticia, apuntaron a una conspiración e incluso alegaron que, durante la guerra, los estadounidenses habían reconstruido los dos acorazados supuestamente hundidos por Grossi para no tener que admitir su pérdida. Finalmente, ya de modo póstumo, Grossi fue privado de las medallas al valor.[683]

En resumen, cabe afirmar que el sistema de atractivos de la dirección política y militar fue aceptado por los soldados de la Wehrmacht sin prácticamente ninguna crítica fundamental, y quedó integrado en su marco de referencia. Funcionaba de un modo extraordinario, como demuestran las actas de las escuchas, y en lo esencial no se lo puso en duda. Las críticas afectaban únicamente a la pretensión de que tal o tal otra persona había recibido la Cruz de Hierro de primera injustamente o, a la inversa, que los superiores estaban aplicando criterios de concesión de condecoraciones con un exceso de rigor. Cuando un titular de la Cruz de Caballero la exhibía con demasiada arrogancia, se decía de él que «llevaba la corbata de latón».[684]

En ocasiones, hubo reservas claras sobre el diseño de las condecoraciones. «La Cruz de Caballero con Diamantes es una mierda. Los brillantes son un buen regalo para las mujeres, no para un piloto de cazas», protestaba un alférez de la Luftwaffe.[685] En alguna ocasión también se desfiguró humorísticamente la diversidad de distinciones e insignias. «Los capitanes de los vapores berlineses de la Stern son los únicos que aún no tienen una insignia propia», dice un oficial de submarino en noviembre de 1940.[686] Particularmente apreciados eran los chistes sobre Hermann Göring, un enamorado de las condecoraciones que en julio de 1940 recibió la única «Gran Cruz de la Cruz de Caballero». El teniente Hartigs, del escuadrón de cazas 26, preguntaba con ironía a otro prisionero, el 1 de febrero de 1945: «¿No conoce usted la Cruz Elefantina? Cuando termine la guerra, que está muy claro que vamos a ganar, se la concederán a Göring: la Cruz Elefantina de la Gran Cruz con Brillantes sobre Cureña Motorizada».[687]

Italianos y japoneses

Los marcos de referencia de los soldados estaban constituidos de un modo muy similar. Solo en la comparación internacional se topa uno con diferencias de calado. El punto de referencia central de los soldados italianos no era ni el Estado, ni la nación, ni tampoco el ejército, como destaca Amedeo Osti Guerrazzi, porque el fascismo practicó hasta el extremo la corrupción y el nepotismo. Las consecuencias eran obvias: «Otros países, piénsese al respecto solo en Inglaterra o Alemania, cerraron sus filas en el momento de mayor peligro y se reunieron en torno de sus instituciones; es decir, realizaron un acto de resistencia exterior por un objetivo que, a su modo de ver, era indispensable para el conjunto de la propia comunidad; en Italia, por el contrario, la estructura social se derrumbó por completo, en un clima extremadamente opresivo de "¡Sálvese quien pueda!"».[688]

En consecuencia, el soldado italiano no podía aferrarse a ello para darle sentido a su participación en la guerra. Para ello faltaba no solo una concepción positiva del Estado, sino también la vivencia de éxitos militares y, dicho sea de paso, también un cuerpo de oficiales que hubiera sabido

transmitir convincentemente valores como la valentía, la dureza y el cumplimiento del deber. Por el contrario, ese cuerpo tenía la imagen de ser una camarilla cobarde e incompetente, que no había obtenido el puesto por sus propios méritos, sino solo por las relaciones de nepotismo. Su entusiasmo por la guerra se acababa si debían llevarla a cabo ellos mismos; y aspiraban sobre todo a enriquecerse personalmente, según muestra la siguiente conversación entre prisioneros del campamento británico de Wilton Park:

FICALLA: Una horda de ladrones, [...] empezando por el coronel. Yo tenía un comando de artillería y, después de bombardear Marsala, [los oficiales] cogieron unos camiones para saquear Marsala y yo los denuncié. [...] Para los soldados se repartió carne, y ellos [los oficiales] cocinaban bistecs en sus habitaciones, se hacían regalos y demás, a mí me dieron de todo. Y cuando había jabón, robaban diez pastillas y se las llevaban a casa, cuando iban de permiso, y se llevaban también el azúcar y esto y lo otro.

SALZA: Los estadounidenses y los ingleses me lo habían contado, pero luego también me lo contaron los soldados.

FICALLA: Pero lo sabían hasta los soldados, yo, como comandante de la división, no he sido capaz de parar los robos, en buena medida porque era imposible abarcarlo todo. Cuando el clima es así, aún se pueden tener tropas tan buenas [...].[689]

En estas circunstancias, las tópicas arengas para que los soldados combatieran con valentía tenían que ser, por fuerza, inútiles. De hecho, en las actas de las escuchas a los militares italianos, se habla una y otra vez de que los oficiales eran los primeros en salir corriendo.[690] El almirante Priamo Leonardi, comandante de la fortaleza de Augusta, afirmaba también: «Cuando la gente ve que tú, con todo tu comando, pones pies en polvorosa, se dicen a sí mismos: "¿Y yo tengo que quedarme? ¿Por qué iba yo a quedarme? ¿Voy a ser tan idiota [*fesso*] como para eso? ¡Larguémonos todos!"».[691] En cualquier caso, el almirante Leonardi tampoco parecía demasiado entusiasmado por la defensa de Augusta. Estando en cautividad afirmó: «Pensé en desaparecer de allí vestido de civil. A fin de cuentas, cuando todos los otros se han largado, no hay ninguna razón por la que el almirante no debiera huir también». La élite militar tenía muy claro cuál era su comportamiento, como se ve en la siguiente conversación, espiada en noviembre de 1942, en la que dos generales hablan de la tercera batalla de

El Alamein, del mismo mes de noviembre de 1942. Ambos están de acuerdo: «Los mejor es no decir lo que ha pasado: por ejemplo, que no hemos ofrecido resistencia, etc.».[692]

Algún general alemán quizá pensara y actuara de un modo similar. Por ejemplo, el general de división Sattler intentó huir de la fortaleza de Cherburgo en 1944, con una lancha rápida; y, al no conseguirlo, se rindió de inmediato. Aquello resultaba poco heroico, pero con una diferencia: para él habría sido absolutamente inconcebible hablar de ello francamente con otros camaradas. Los soldados de la Wehrmacht, y más aún los altos oficiales, intentaban presentarse siempre como soldados valiosos y profesionales. Nadie se habría atrevido a poner en cuestión el núcleo del propio concepto de soldado —la propia valentía—, como sí hizo Leonardi sin ninguna inhibición.

Las conversaciones espiadas a los soldados italianos de rango más bajo, en los campos de prisioneros británicos, también muestran hasta qué punto su percepción de la guerra se diferencia de la que caracterizaba a los soldados alemanes: para ellos, los aviones derribados, los barcos hundidos y la concesión de condecoraciones[693] no interpretaba ningún papel especial, igual que tampoco lo hacían el honor, la valentía o la «patria». Las charlas se centran mucho más en las increíbles penalidades que precedían a cualquier enfrentamiento mayor. Un teniente coronel que cayó prisionero en Túnez opina, en marzo de 1943: «Nuestro ejército se ha convertido en una auténtica banda de aventureros. Habría que llevarlos a todos a juicio, por lo menos desde el punto de vista militar. Y tendrían que empezar personalmente por el general Bastico.[694] Ojalá se pudiera llevar a cabo una investigación de todas sus maquinaciones en África, de cómo se han comportado en toda clase de circunstancias, ¡porque era escandaloso! En el ejército, casi todo el mundo te contará esta misma historia triste de corrupción y caos. Casi sería mejor que hubiéramos tenido en Italia a los ingleses o los rusos».[695]

A los jefes supremos del ejército —y, con ello, el estado— se los consideraba tan corruptos e incapaces que se los veía como enemigos peores que los aliados. Desde la perspectiva de los soldados, sin duda

habría sido un *fesso* el que sacrificaran su vida por aquel sistema que de ningún modo representaba los propios intereses.[696]

Para hallar modelos narrativos comparables con los alemanes, hay que buscarlos casi exclusivamente entre los soldados que pertenecían a las unidades especiales.[697] Así, los paracaidistas, pilotos de bombardero o submarinistas sí que hablaban sobre los propios logros, la técnica de las armas, la elevada exigencia de sus responsabilidades militares. Para ellos era importante permanecer alejados de toda corrupción y mal gobierno, y dar una imagen de buen soldado. En ellos encontramos asimismo los ideales de valentía y cumplimiento del deber. Un oficial de la guardia de un submarino dice, por ejemplo, en 1941: «Uno debe ganar la guerra y cumplir con su deber, incluso si es antifascista».[698] Y dos pilotos de bombardero italianos charlaban así en abril de 1942: «El día 13 torpedeamos un gran crucero inglés. Nos devolvió el fuego de una manera brutal; un duelo de quince minutos. Tenían *Beaufighters*.[699] Le dimos un impacto pleno y, al regresar al escenario, no había ni rastro del crucero. Entre nuestra gente, muchos querían actuar de otro modo, porque estos aviones torpederos son muy peligrosos. Esta última vez estuvimos seis horas en el aire. Teníamos que arrasar Beirut, Port Said, Alejandría y El Cairo. Los pilotos son muy jóvenes, pero increíblemente valientes. Tendrías que ver cómo se lanzan sobre sus objetivos».[700]

A menudo, los hombres de estas unidades son especialmente partidarios del fascismo. Dos submarinistas, después de haberse explicado los éxitos respectivos, hablan así el 31 de agosto de 1943, acerca de la situación general: «Si hubiéramos contado con cuatro o cinco divisiones de jóvenes fascistas, en la batalla de África, ¡estos caballeros ingleses no habrían podido desembarcar nunca! Mira: en África enviaron catorce tanques tripulados por jóvenes fascistas a luchar contra ciento cuarenta blindados ingleses. Y a mí no me cabe duda de que fue así».[701]

Para estos dos fascistas declarados, la valentía era un punto de referencia importante. Sin embargo, a diferencia de las tripulaciones de los submarinos alemanes, eran contrarios a continuar la guerra. Esta se había

perdido después de que los aliados tomaran Sicilia y, en consecuencia, había que firmar la paz. A este respecto, compartían la opinión de Pietro Badoglio, a quien citaron literalmente: «Debemos terminar la guerra con honor. Él es un viejo soldado, que nunca aceptará una capitulación sin rendiciones».[702] De hecho, Italia no se rindió incondicionalmente, sino que, tres días más tarde, firmó una tregua con los aliados. Cabe dudar, desde luego, de que el caótico fin de la guerra, con la huida del rey y Badoglio, se correspondiera con la idea de honor de estos dos tripulantes de submarinos. Lo decisivo, sin embargo, es que no podían sacar nada de ningún escenario de batalla final.

A pesar de todas las diferencias, tampoco debemos pasar por alto que, entre los valores de los soldados italianos y alemanes, había asimismo, a todas luces, una zona de intersección. Esta se reconoce también en que los italianos expresaron a menudo su admiración por el potencial de combate de las unidades alemanas, pese a que estas, en el trato personal, solían resultarles antipáticas.[703] En relación con la conquista de Creta, un oficial de submarino italiano opina: «¡Es algo fenomenal! Los alemanes son los únicos que luchan hasta el final; incluso cuando los han hecho pedazos, continúan hasta que los hacen polvo. Es algo que no podemos hacer nosotros, los italianos, ni tampoco los japoneses ni, menos aún, los ingleses».[704]

Para llegar a esta valoración era preciso que no le importara solo el éxito militar, sino que además valorara muy positivamente la valentía y la combatividad. Además, las referencias a situaciones vergonzosas en el propio ejército, generales traidores y deficiencias de gestión[705] indican que los soldados italianos concebían todo esto como una clara desviación de su propio sistema de valores. En cuanto los soldados italianos se liberaban de la incompetencia y la mala gestión, eran dirigidos competentemente y se los alimentaba bien, a menudo también se mostraban dispuestos a luchar con valentía.[706]

El mariscal de campo Giovanni Messe no quería saber absolutamente nada de compartir valores con los alemanes que estaban en cautividad de los británicos. Antes bien, era de la opinión de que los italianos eran completamente distintos y, por esta vía, ofreció una explicación lisonjera

del fracaso militar del ejército italiano: los alemanes, decía, «no tienen alma. Nosotros somos generosos y, en verdad, somos incapaces de odiar. Nuestra mentalidad es así y yo siempre he defendido la idea de que no somos un pueblo guerrero; un pueblo guerrero sabe odiar».[707]

Los japoneses, sin duda, eran más belicosos y estaban más rigurosamente orientados a los valores militares clásicos que los italianos. Los códigos militares principales —Gunjin Chokuyu, Senjinku y Bushido— conformaban un marco de referencia militar de características muy particulares, que instaba a los soldados a la lealtad, la valentía, el coraje y, sobre todo, la obediencia absoluta. Estaba prohibido retirarse y se apremiaba a los soldados a no entregarse nunca. Estos valores eran especialmente eficaces porque se basaban sobre la convicción tradicional, anclada en la sociedad japonesa, de que la prisión suponía un auténtico deshonor; y que no solo arrojaba vergüenza sobre uno mismo, sino también sobre la propia familia. Por ello, fueron incontables los soldados japoneses que, en situación desesperada, se suicidaron para evitar el cautiverio. Un oficial estadounidense escribió en 1944, desde Nueva Guinea: el «código de los *japos* supone obtener la victoria o morir. No están predispuestos ni a rendirse ni a que los apresen con vida».[708] Hasta marzo de 1945, los aliados apenas habían internado a unos 12.000 soldados japoneses.[709] En comparación con los ejércitos de millones de prisioneros que había en los campos europeos, esta cifra supone una cantidad casi insignificante.

Ciertamente, esto no basta para dar una imagen suficientemente diferenciada del marco de referencia de los soldados japoneses. Así, las actas de interrogatorios, pero también los diarios apresados, muestran que la voluntad de supervivencia, entre los soldados japoneses, podía ser mayor de cuanto indicaba la obligación cultural. Sin duda, la práctica vigente entre los estadounidenses de no hacer prisioneros llevó, en 1944-1945, a que «el más notable medio de disuasión frente a la rendición fuera el temor a que los estadounidenses los matasen o torturasen. La vergüenza de la capitulación [...] no había impedido rendirse a los militares japoneses que se hallaban en situaciones desesperadas, a condición de que estuvieran

convencidos de que no los iban a matar ni torturar».[710] Incluso en una fase comparativamente temprana de la guerra —durante la batalla de Guadalcanal, en el otoño e invierno de 1942— se puso de manifiesto que los japoneses no tenían ninguna intención, por principio, de correr con las armas hacia la muerte. En la mayoría de las situaciones, lo que impidió la rendición fueron las circunstancias del caso.[711]

Igualmente, los interrogatorios a prisioneros birmanos muestran que los soldados, por detrás de la pose de disciplina y obediencia, se hacían preguntas sobre cuestiones muy similares a las que inquietaban, en esa época, a los soldados de la Wehrmacht. La situación general de la guerra, cada vez más negativa en los años 1944-1945; la rápida merma de la reputación de los jefes militares; la alimentación insuficiente y las carencias de apoyo de parte de la propia fuerza aérea fueron puntos de reflexión importante entre los prisioneros de guerra japoneses.[712] Otro paralelo más era el desinterés político de la mayoría de los soldados, así como un ánimo y una fe en la victoria más altos entre los soldados de Marina que entre los de Tierra; al igual que entre los alemanes, esto probablemente obedecía a que en la Marina se vivía una guerra distinta. Los factores culturales, según muestra la comparación entre alemanes, italianos y japoneses, también tuvieron una influencia notable en el desarrollo de los marcos de referencia militares. Quien era un soldado modélico desde la perspectiva japonesa, era un idiota, para la mayoría de los italianos, y un hombre tan admirable como despreciablemente fanático, para los soldados de la Wehrmacht.

Waffen-SS

Este libro se ocupa, como objeto central, de los soldados de la Wehrmacht. Pero no por ello cabe olvidar que el partido nacionalsocialista creó un ejército propio, las Waffen-SS, por el cual pasaron, en el transcurso de la guerra, un total de unos 900.000 hombres.[713] Esto hace muy relevante la cuestión de hasta qué punto se diferenciaban las percepciones e interpretaciones de los hombres de las Waffen-SS con respecto a los soldados de la Wehrmacht. Himmler se esforzó siempre sobremanera por destacar el carácter singular de sus Waffen-SS. Por otro lado, era obvio que las diferencias se fueron nivelando cada vez más, tanto por la experiencia bélica compartida en el frente, como por las conexiones personales, cada vez más estrechas. El general de blindados de las SS Kurt Meyer afirmaba en noviembre de 1944: «Estoy seguro de que, en la actualidad, ya no existe diferencia entre las SS y la Wehrmacht».[714] Así pues, ¿destruyó en verdad la guerra todos los esfuerzos de Himmler por crear una tropa especial, de corte nacionalsocialista, que se distinguiera del ejército de Tierra no solo por medio de sus uniformes sino, sobre todo, por su mentalidad?

En los juicios de Núremberg a los principales criminales de guerra no hubo ninguna duda en cuanto a la evaluación de las Waffen-SS, que fueron declaradas una organización criminal. En la posguerra, se desató una tormenta contra este juicio, sobre todo por parte de generales destacados de las SS, como Paul Hausser, Wilhelm Bittrich y también Kurt Meyer. Se explica porque para ellos tuvo consecuencias de calado: a diferencia de los soldados de la Wehrmacht, los antiguos hombres de las Waffen-SS no disponían de jubilación y las ocasiones de ascender social y militarmente habían quedado, como mínimo, obstaculizadas. En 1949 se fundó la HIAG (la Asociación de Ayuda Recíproca de los antiguos miembros de las Waffen-SS), que empeñó el mismo entusiasmo por demostrar que los hombres de las SS habían sido «soldados como los demás».[715] El argumento no se impuso, desde luego, puesto que entonces se tenía constancia clara de que las Waffen-SS habían perpetrado numerosos crímenes de guerra y eran un componente integral de las SS; es decir, su función no se podía reducir a la de combatir en el frente. A ello se añade que las Waffen-SS eran idóneas

como cabeza de turco para, en caso de duda, atribuirles los crímenes —en particular, los cometidos en relación con las «acciones judías»— y dejar así limpia la imagen de la Wehrmacht. Ahora bien, como es sabido, y no solo desde fecha reciente, los crímenes de guerra no fueron una característica exclusiva de las Waffen-SS. Desde que la investigación —sobre todo, en los últimos diez años— ha puesto sobre la mesa en toda su extensión los crímenes de guerra de la Wehrmacht, surge de nuevo la cuestión de hasta qué punto había diferencias.[716] ¿Compartían la Wehrmacht y las Waffen-SS el mismo fanatismo, radicalismo y criminalidad? La polémica sobre el carácter singular de las Waffen-SS ¿no fue solo una parte de una bien orquestada maniobra de distracción, desarrollada para construir el mito de una Wehrmacht limpia? ¿No son la Wehrmacht y las Waffen-SS partes integrantes de una y la misma comunidad bélica, cuya acción en el frente acabó nivelando las antiguas diferencias de mentalidad?

Rivalidades

Cuando Werner von Blomberg aceptó, en el verano de 1934, la formación de unidades armadas de las SS, lo hizo como regalo de agradecimiento a Hitler, que acababa de eliminar a un rival peligroso: las SA. En un principio, las SS eran pequeñas y carecían de importancia militar; sin embargo, desde el inicio de la guerra, se convirtieron en competencia manifiesta de la Wehrmacht. En ese momento, la relación se vivía como especialmente tensa y los militares del ejército de Tierra —los jefes, tanto como la tropa— miraban con igual desprecio e indignación a las recién formadas Waffen-SS. Una conversación de julio de 1940, en la que se juntaron un brigada de Tierra y un *Rottenführer* de las SS, evidencia cómo se vivía subjetivamente una situación de competencia:

BRIGADA: En Polonia también ocurrió así. Allí hubo muchos de las SS a los que los jefes del ejército pusieron ante el paredón por desobediencia. Y el regimiento «Germania» fracasó del todo. «Germania» rindió de puta pena.

ROTTENFÜHRER-SS*:* Ya, pues a mí me ha dicho un oficial de la Wehrmacht que las SS son los mejores regimientos de infantería de Alemania. ¡Y eso era un oficial!

BRIGADA: Bueno, a nosotros nos dijeron justo lo contrario. Nos decían que con los oficiales no había nada que hacer, que eran imbéciles totales.

ROTTENFÜHRER-ss: Sí, eso ya lo sé yo, esos jóvenes tenientes de la Wehrmacht que se han comprado el puesto... ¡No valen nada!

BRIGADA: ¡Vaya tontería! En cualquier caso, cuando en la Wehrmacht se sepa todo lo que ha pasado en Polonia, es probable que haya un buen alboroto.

ROTTENFÜHRER-ss: Por mí, como encuentre a un oficial de los que va diciendo eso, ¡ya puede despedirse de la vida!

BRIGADA: ¡Las peleas entre las SS y la Wehrmacht, me temo que no van a terminar nunca!

ROTTENFÜHRER-ss: ¿Y qué es todo eso que ha pasado en Polonia? Sobre pérdidas, no se puede hablar. Pero una cosa le puedo decir: ¡nuestras unidades de las SS se han dejado mucha sangre allí! Y la Wehrmacht... ¡Es penoso cómo nos dejaba en la estacada! ¡Absolutamente lamentable! Me parece a mí que las SS no volverán a estar subordinadas a la Wehrmacht, nunca más, ¡pero seguro! Alguno de esos generales viejos y chochos podrá hacer lo que quiera, con los regimientos de las SS. Porque de puta pena es lo que nos han colgado ... (*interrumpido*).

BRIGADA: Bueno, no pretenderá decirme que los otros regimientos de infantería no han tenido pérdidas, ¿verdad? Porque han derramado tanta sangre como las SS, ¡bien me lo puede creer! Y en lo que es el oeste, al menos, las SS no han aportado nada que fuera decisivo.

ROTTENFÜHRER-ss: (*Grita*.) ¡Y usted qué sabrá de eso!

BRIGADA (*Grita también*): ¡Pues claro que lo sé! ¡Hasta los niños lo saben!

ROTTENFÜHRER-ss: ¡Qué va a saber! Las SS han luchado con la misma valentía ... (*interrumpido*).

BRIGADA: ¡Pero no han aportado nada decisivo!

ROTTENFÜHRER-ss: (*Muy irritado*.) Naturalmente, naturalmente, solo la Wehrmacht ... Pero usted parece que se olvida de quién tiene hoy algo que decir en Alemania: ¿la Wehrmacht o el Partido? Usted ya ha visto qué ha pasado con los caciques de la Wehrmacht, con gente como Blomberg y demás, como Fritsch, cuando no quieren participar.

BRIGADA: (*Enfadado*.) Ya, al parecer usted piensa que el Partido y las SS gobiernan Alemania y que la Wehrmacht se tiene que subordinar. ¡Pues se equivoca! Usted se cree que las SS lo pueden todo. Pero también en Bélgica se han quedado empantanados y nos han llamado a nosotros.

ROTTENFÜHRER-ss: No estábamos nada empantanados. Pregúnteselo a quien quiera, qué han hecho las SS en Dunkerque y en el Escalda. ¡Cosas que ni se puede imaginar!

BRIGADA: Como sea, la Wehrmacht sigue siendo decisiva.

ROTTENFÜHRER-ss: Y sin nosotros, habría quedado en ridículo.

BRIGADA: Ya veo, así que tenemos que disolver la Wehrmacht y tener solo unidades de la Wehrmacht. Yo mido mis buenos 1,72; ¡quizá me cojan!

ROTTENFÜHRER-ss: Nada, los regimientos de las SS «Alemania», «Germania» y «Adolf Hitler» son, sin duda, los mejores regimientos de infantería de Alemania.[717]

Los prejuicios respectivos quedan expuestos con paradigmática claridad. Por un lado, hay «generales viejos y chochos» y «jóvenes tenientes [...] que se han comprado el puesto», caricatura de un ejército que procede del imperial. La convicción de que las SS creen poder con todo y que sus oficiales son «imbéciles totales» transmite el reproche clásico de la Wehrmacht a las SS: falta de profesionalidad. Es interesante notar que, en cuanto al rendimiento militar, los dos interlocutores aplican el mismo

criterio. Un buen rendimiento supone sobre todo valentía, que de nuevo se mide de acuerdo con la gravedad de las pérdidas. El brigada del ejército de Tierra contrarresta el argumento de la mucha sangre derramada entre las SS con la indicación de que la Wehrmacht ha tenido pérdidas igual de graves; y con ello hace hincapié en que han combatido con el mismo arrojo. Los dos exponen además la pretensión de que su organización es la columna que sostiene al Estado. A este respecto, el *Rottenführer* define las Waffen-SS expresamente como una parte del Partido, que lleva la voz cantante en Alemania; el brigada le otorga a la Wehrmacht, también expresamente, un peso propio en el Estado.

Dos soldados de las Waffen-SS con uniformes de camuflaje, sin fecha. (Fotografía: Weyer; BA 10 III Weyer-032-28A.)

La aportación militar de las Waffen-SS a las campañas de Polonia y Francia fueron objeto de críticas demoledoras y repetidas por parte de la Wehrmacht. Sin embargo, la aportación discreta de las tropas no fue ningún fenómeno característico de las SS, sino que afectó sobre todo, también desde el principio de la guerra, a las divisiones desplegadas por el ejército de Tierra, varias de las cuales «fracasaron» en la campaña de Polonia, según escribió el general Erich von Manstein.[718] Sin embargo, la falta de

profesionalidad de los regimientos de las SS era un pase en profundidad para la crítica del ejército de Tierra a esas unidades. Con la creciente profesionalización de las Waffen-SS, la rivalidad fue calmándose lentamente y aquellas pasaron a ser vistas, cada vez más, como unidades de élite. Sin duda, las peleas no se apagaron nunca del todo e incluso en el intercambio de correspondencia oficial se constata repetidamente la mención de las deficiencias ajenas. Así, la Wehrmacht se queja regularmente de la mala instrucción de las Waffen-SS, a la vez que estas reprochan a la Wehrmacht su escaso ánimo combativo.[719]

Aunque las elevadas pérdidas y la extraordinaria ampliación de las Waffen-SS alteraron su estructura, continuaron existiendo grandes diferencias con respecto a la estructura social del ejército de Tierra, como el historiador René Rohrkamp ha demostrado en fecha reciente.[720] En la percepción de los soldados de la Wehrmacht, además, los hombres de las SS fueron siempre «otros». A ello contribuía también la apariencia. El tatuaje del grupo sanguíneo en la parte interior del brazo izquierdo y, sobre todo, el uniforme de camuflaje de aspecto claramente reconocible, con las runas SS, tienen una importancia simbólica que no debemos subestimar. Todos los hombres de las SS, denominados al principio, burlonamente, como «ranas verdes de las SS», eran reconocibles de inmediato como tales y esto mismo ya los separaba del ejército. La diferencia, siempre percibida, favorecía la competencia; la rivalidad, la atención y el reconocimiento no se detuvieron nunca del todo. Así, por ejemplo, el general Ludwig Crüwell se enfadó porque se hubiera honrado a una división de las SS otorgándole el nombre de «Príncipe Eugenio», cuando había sido él mismo el que había conquistado Belgrado; el nombre debería haber recaído sobre su propia división acorazada. A menudo también se oían quejas conforme en las divisiones de las SS se concedían las condecoraciones con mucha más rapidez. «Pongamos por caso, en lo que a mí respecta, que a una división de infantería le conceden veinte Cruces de Hierro de primera clase por la cuestión que sea; seguro que a las SS le han dado cuarenta. Ellos reciben una consideración muy distinta», decía Crüwell.[721] También causaba descontento la mayor rapidez de los ascensos de aquella gente «enferma de ambición».[722] Sobre todo la carrera de Kurt Meyer, que con treinta y cuatro

años ya era comandante de división con rango de general de división, se recibió con disgusto. Hubo otras quejas: que se les daba un trato preferencial en el equipamiento de armas y vehículos,[723] e igualmente en la alimentación.[724] También se miraba con envidia el buen «material humano» de las divisiones de las SS. «Por entonces —en el 43— al ejército solo le daban vejestorios, como reemplazo. En cambio las SS contaba, primero, con sus voluntarios; segundo, con el 4 por 100 de los mejores de cada reclutamiento; y luego, que aún se llevan a toda la gente de las escuelas. Así que las SS tenía la suerte de recibir casi un 100 por 100 de los aspirantes a jefe de destacamento, mientras que en el ejército no entraba ni uno», opinaba el general de división, y conde, Christoph Stolberg-Stolberg.[725]

Muchas condecoraciones, buenos equipos, buena alimentación, un personal elegido y ante todo joven..., en realidad, todo esto no eran características exclusivas de las divisiones de las SS. Antes al contrario, varias unidades de élite de la Wehrmacht gozaron del privilegio de recibir un trato preferencial en personas y materiales. Como caso especialmente claro hay que nombrar aquí la división de infantería acorazada «Großdeutschland», que el Alto Mando del ejército de Tierra reformó para crear la división «Leibstandarte», en competencia deliberada con las Waffen-SS.[726] También es preciso recordar varias unidades de la Luftwaffe: tanto los paracaidistas como la división acorazada «Hermann Göring» gozaban de una condición especial. Digamos de paso que a los soldados de estas divisiones también se los percibía como «otros», porque vestían cascos y uniformes especiales y porque se les reprochaba que, con ellos, la concesión de condecoraciones era «más generosa».[727] «La famosa y notoria división “Hermann Göring”» no era más que «un montón de mierda, oficiales presuntuosos, macacos engreídos, jovenzuelos petimetres y luego los mayores, eran tan engreídos que no reconocías qué clase de gente eran; al primer ataque, se descompusieron, pero se pusieron a correr delante de los blindados y los tuvimos que parar»,[728] decía el coronel Hans Reimann sobre sus experiencias en Túnez.

Grupo de soldados alemanes en Normandía, en verano de 1944. Sus cascos y uniformes nos indican que son paracaidistas. (Fotografía: Slickers; BA 101 I-586-2225-16.)

Valentía y fanatismo

La imagen de una tropa de combate «fanática» y «dispuesta al sacrificio» la desarrolló ya la propaganda nacionalsocialista durante la guerra, con mucha inversión y no poca habilidad. Los tópicos vigentes se encuentran también en gran número, de nuevo, en las conversaciones espiadas. Los soldados de la Wehrmacht estaban de acuerdo en que las Waffen-SS habían «salido con un arrojo desmedido», «como toros», y que al son del himno «"Deutschland, Deutschland über alles" y con la obstinación del "¡Marchad! ¡Marchad!"» salían a fuego abierto con una falta de cobertura «absolutamente demencial», y por ello habían sufrido pérdidas «espeluznantes», «demenciales» e «irracionales».[729] «El "Standarte Germania", o sea un solo regimiento —según refiere un sargento primero de la Luftwaffe— tuvo 2.500 muertos en tres meses.»[730]

En su mayoría, los generales alemanes reunidos en Trent Park habían luchado en el frente oriental en 1941-1942 y fue allí donde tuvieron el primer contacto con las Waffen-SS. Ellos también cuentan que las pérdidas de las unidades de las SS carecían de lógica:

DESCONOCIDO: Les contaré solo una imagen que he vivido y he visto en persona, con mis propios ojos. Si no fuera así, no diría nada al respecto. Eso fue en la batalla de invierno, había allí cuatro divisiones rusas, una división de la guardia de caballería, dos divisiones de la guardia de infantería y otra división más; se abrieron paso formando un ala izquierda junto a la división vecina. Entonces formé un flanco de defensa. Mi frente estaba así, y el flanco defensivo estaba así, un poco más allá, formando un puro ángulo agudo, ¡para morirse de risa! Yo estaba por aquí en medio, a cuatro kilómetros de mi puesto de mando; a dos kilómetros de cualquiera de los amigos. Y como segunda parte de las tropas, para formar el flanco defensivo, me dieron un batallón de las SS; quiere decirse, en total, no más que una compañía reforzada. Era una compañía de aproximadamente 175 hombres, con un par de ametralladoras pesadas y dos lanzagranadas. Un *Hauptsturmführer* Von Benden, un tío grande, había estado también en la guerra mundial. Los tíos... Bueno, habían sido división de seguridad en la retaguardia, y habían luchado contra los partisanos, luego los habían sacado de allí y echado hacia delante. Yo les encargué la labor de tomar un pueblo, Volchanka. Como no tenía armas pesadas, le di dos de mis ametralladoras ligeras y tres anticarros, y salgo yo también de inmediato. El ataque se puso en marcha; no me creo lo que veo, lo rápido que está avanzando, el ataque, se desarrollaba de maravilla, fuimos contra el pueblo, abrimos fuego... De pronto el Benden ese se sienta en su Kübel[wagen], se coloca en el Kübel, conduce hasta ponerse en cabeza de su batallón y el batallón echa a andar, con paso regular, contra el pueblo, contra los hombres de delante.

BÜLOWIUS: [...] totalmente absurdo.

DESCONOCIDO: Tenían nueve oficiales. De los nueve oficiales, siete muertos y heridos. De los 170 hombres de la infantería, unos 80 fuera. El pueblo lo tomaron ... El pueblo lo mantuvieron luego también con 80 hombres, durante una semana, es decir, una vez fuera y en seguida otra vez dentro. Al final, les quedaron 25 hombres. Claro, es una insensatez. Le di una batería de artillería rápida, no llegó a disparar la artillería, nada, nada, nada. «Sí, Von Benden, tiene que disparar.» «Bah, es igual. Mierda, nos lo llevamos nosotros también.» Una auténtica locura.[731]

Las reacciones a estos relatos eran siempre iguales. «Una auténtica insensatez», comenta el teniente general Karl Bülowius. Nunca se pone en duda la veracidad de estas versiones; a todo el mundo le parecen plausibles. La concepción contemporánea de pérdidas terribles e insensatas, no obstante, no se limitaba a las Waffen-SS. Cuando el general de división Fritz Krause oye el relato del *Hauptsturmführer* Von Benden, se le ocurre en seguida una historia propia:

KRAUSE: Yo viví algo parecido con las unidades de la Luftwaffe ... de los dos batallones, los dos únicos, que existían entonces, lo que eran divisiones de campo en la Luftwaffe. Por la mañana, a las 5.00 h, vienen después de una marcha nocturna de 16 kilómetros a través de la nieve y el hielo, llegan de alguna manera hasta el lugar, entonces toman la infantería —en ese momento, el cuerpo de Knobelsdorff— y la meten en el ala izquierda, en un grupo de ataque que estaba en construcción. A las 5.00 h empieza el ataque, vamos, como desde la misma columna de marcha, no tuvieron tiempo ni de quitarse el abrigo, nada. Y así los hacen seguir marchando para atacar, sin llevar antiaéreos, sin ametralladoras, nada, nada, nada. Se marchan, avanzan —con pérdidas propias, aunque entonces todavía no eran tantas— como entre un kilómetro y medio y dos kilómetros. En esas que sale del suelo un ataque blindado de los rusos y pasa por encima de la gente, y esos dos batallones tuvieron... pues 480 muertos; de ellos, unos 300 habían quedado tan planos como un libro, arrollados por los blindados; y los heridos, incontables. De los dos batallones, no quedó nada de nada.[732]

Muchos soldados hacen referencia a operaciones que ponen los pelos de punta, pues causaron la muerte de cientos de hombres. Sin duda resulta llamativo que, en las unidades de la Wehrmacht, las elevadas pérdidas se expliquen recurriendo sobre todo a la inexperiencia de los oficiales o la tropa, mientras que en las Waffen-SS se habla de un «concepto completamente erróneo del coraje».[733] A la vez, es interesante notar que no se transmiten historias en las que las unidades de las SS hubieran luchado con pérdidas particularmente reducidas. Aunque muchos soldados nunca tuvieron nada que ver con las Waffen-SS —por ejemplo, porque prestaban servicio en la Marina o en las fuerzas aéreas—, los hombres de las SS les parecen, por decirlo en palabras del psiquiatra militar estadounidense Dicks, «unos diablos tan admirables como temerarios, elegidos e instruidos de un modo específico y, por ende, con absoluto desprecio a la muerte».[734]

A primera vista, la exigencia que planteó Himmler, según la cual sus soldados debían sacrificar la vida, se trasladó efectivamente a la práctica. No puede haber un «prisionero de las SS», dijo en 1941, porque los hombres de las SS se plantaban «como guardianes del honor, guardianes de la fuerza de combate de la división. Por ende, deben dirigir la pistola contra el propio hombre y obligarle a superar el miedo, incluso cuando se le echa encima en enorme carro blindado. Luego puede ocurrir que un regimiento, un batallón o una compañía queden reducidos a una cuarta o una quinta parte de su personal. Que entonces esta cuarta o quinta parte no pueda volver a atacar o no quiera volver a atacar, esto es inconcebible. Caballeros,

mientras siga habiendo 500 hombres en una división, serán 500 hombres capaces de tomar las armas».[735] En 1944, Himmler exigió una disposición similar a la que tenían los japoneses: de sus 300.000 hombres, solo 500 habían pasado a estar en cautividad.[736]

Los voces de los hombres de las SS sometidos a espionaje parecen confirmar, a primera vista, las percepciones de los soldados de la Wehrmacht. Así, hay soldados de las SS que cuentan que sus oficiales les obligaban a avanzar con la pistola en mano, o que se habían hecho procesos sumarios a soldados de la Wehrmacht en fuga.[737] Cuando Kurt Meyer, comandante de la división de las SS «Juventudes Hitlerianas», se encuentra en Trent Park con generales desmoralizados de la Wehrmacht, comenta:

MEYER: Me gustaría que una gran parte de los señores de aquí dirigiera mi división, para que por una vez pudieran ver algo de fanatismo y espíritu de sacrificio. Se avergonzarían hasta la médula.[738]

En el otoño de 1943 ya había espantado, con su radicalismo, a los oficiales de un curso de la Wehrmacht. Al tercer vaso de vino, según los recuerdos de un participante, ya hablaba «de que el soldado [debía convertirse] en un combatiente fanático, pagano, que sintiera odio contra cualquier francés o cualquier inglés o cualquier americano, daba igual qué clase de hombre fuera; que le saltara al cuello y le chupara la sangre. Debía odiarlos a todos, debía ser enemigo a muerte de todos; solo así podremos ganar la guerra».[739]

Para el *Standartenführer* Hans Lingner, hombre de las SS desde los primeros días, que había combatido en el frente oriental y en Normandía, la voluntad de luchar estaba firmemente relacionada con un sentido superior del sacrificio. Por eso le explica a un capitán del ejército de Tierra, en cautividad:

LINGNER: A todos nosotros nos enseñaron, en el *cole*, a valorar la lucha de Leónidas en las Termópilas como el mayor de los sacrificios por un pueblo. Y justo ahí es donde se anuda todo, y si todo el pueblo alemán se convirtiera así en un pueblo de soldados, entonces así es como debería sucumbir. Porque, cuando uno piensa y dice, como ser humano: «Vaya, nuestro pueblo está acabado, esto no tiene sentido, esto es una mierda», ¿cree usted que pensar eso basta para evitar el sacrificio de una cantidad relevante de sangre? ¿Cree usted que eso va a alterar, por ejemplo,

> las condiciones de paz? Desde luego que no. Y por el otro lado, queda claro que un pueblo que no haya seguido combatiendo hasta el final para cumplir con esa clase de destino combativo, ese pueblo no resucitará nunca.[740]

Hitler y Himmler no lo habrían formulado de otro modo. Las ideas de Lingner y Meyer son, en muchos aspectos, típicas de la actitud de las Waffen-SS. No fue casualidad, pues, que en febrero de 1945 alguien convenciera a dos soldados del ejército de Tierra de que las SS combatirían hasta el final y desarrollarían «una especie de guerra de guerrillas» desde los Alpes.[741]

El historiador Rüdiger Overmans ha demostrado claramente que el porcentaje de caídos entre las Waffen-SS, en total, no era significativamente más alto que el del ejército de Tierra.[742] Si continuamos ahondando en esta imagen, se muestra que, en las unidades de las SS, el porcentaje de fallecidos alcanza un nivel similarmente alto al de las divisiones acorazadas del ejército y los paracaidistas de la Luftwaffe. Mientras se mantuvo el control del frente, el comportamiento bélico de las unidades de élite no parece haber arrojado grandes diferencias. Pero entonces ¿cómo se explica que los soldados de la Wehrmacht tuvieran a las Waffen-SS como una tropa de combatientes fanáticos, que sufría un índice de bajas exageradamente elevado?

El análisis de los informes de bajas evidencia que, en las fases de derrota y retirada —por ejemplo, en Francia, en agosto de 1944—, los hombres de las Waffen-SS que cayeron prisioneros de los aliados fueron netamente menos que los soldados de unidades similares de Tierra o la fuerza aérea. La circunstancia de que los aliados tendieran a matar a los prisioneros que eran soldados de las SS[743] no basta por sí sola para explicar este fenómeno en toda su extensión. Así, no cabe duda de que los hombres de determinadas unidades de élite de las SS luchaban más a menudo hasta la muerte, en lugar de intentar salvar la propia vida mediante una rendición.[744] Por descontado, esto solo describe una *tendencia*. No puede tratarse de un fenómeno general «de las Waffen-SS» en todos los frentes, porque, de ser así, su porcentaje de muertos tendría que ser superior al del ejército de Tierra. Al mismo tiempo, esta tendencia confirma en la realidad, al menos parcialmente, la imagen cuidadosamente construida por la

propaganda nacionalsocialista; y, en consecuencia, bien podía pasar de aquí, en forma abreviada, al marco de referencia de los soldados de la Wehrmacht. La fijación sobre las pérdidas de las Waffen-SS, supuestamente más elevadas, también cumplía con la función de reducir la eficacia de la valentía de las unidades de las SS, para que no resultara excesiva. Nadie discutía su extraordinaria valentía, factor que, en el sistema de valores de la época, debía valorarse de un modo de lo más positivo. Ahora bien, cuando se combinaba con el factor «bajas innecesariamente elevadas», impedía que las Waffen-SS recibieran una percepción positiva. Naturalmente, también hubo batallas en las que las Waffen-SS obtuvieron éxitos importantes con pocas bajas.[745] Solo que estas historias no pasaban a la narrativa dominante en la Wehrmacht y, por ende, no se relataban.

Sin embargo, las actas de las escuchas muestran que resultaba perfectamente posible desarrollar otra imagen; una imagen que se diferenciaba mucho de la otra y arrojaba dudas sobre el ideario de sacrificio y batalla final de las Waffen-SS. El general Hans Cramer opinaba, sobre la defensa de Járkov, en febrero de 1943, donde contó con tres divisiones centrales de las Waffen-SS: «Están igual de hartos. Los han obligado con más o menos intensidad, pero desde luego no son voluntarios [...]. Han participado en todo el engaño y están igual de hartos que nosotros».[746] No está claro si esto describía en verdad el ánimo de divisiones de las SS recién entradas en combate, como eran la «Leibstandarte Adolf Hitler», «El Reich» y «Calavera», pero no se las puede reducir a fanatismo y sacrificio. Nos lo demuestra por ejemplo el hecho de que estas divisiones hicieran caso omiso de una orden de Hitler y se retirasen de Járkov en febrero de 1943. Por cierto, también es inhabitual que estas tres divisiones centrales despertaran, medio año más tarde, el disgusto del general Erhard Raus; y no porque, con una mala concepción de la valentía, sufrieran demasiadas pérdidas, sino porque actuaban con excesiva «falta de garra». Por este motivo, Raus solicitó —aunque sin éxito— que relevaran al comandante de la división de las SS «El Reich», al *Brigadeführer* Heinz Krügers y a su primer oficial del estado mayor general.[747]

De otros teatros bélicos también llegaron noticias que muestran que las Waffen-SS no estaban animadas solo por la predisposición al sacrificio. Así, el general Hans Eberbach expone la opinión de que, en Normandía, la división de las SS «Leibstandarte Adolf Hitler» «nunca antes había luchado tan mal como en estos días»,[748] algo que confirman también, por un lado, las fuentes aliadas y, por el otro, el escaso número de condecoraciones concedidas.[749] Uno de los pocos prisioneros que, en las actas de las escuchas británicas, admite con franqueza su deserción era precisamente un hombre de las SS: Reichheld, de la división «Frundsberg».[750] También las palabras del *Obersturmführer* Otto Woelky, de la división «Leibstandarte Adolf Hitler», muestran qué escaso fanatismo albergaba aún este oficial integrado en las SS desde el principio. Su unidad debía establecerse en la Línea Sigfrido, en septiembre de 1944, para defenderla. Una señora le dio alojamiento en un pueblo situado por detrás de la línea de búnkeres.

WOELKY: «Dígame, en realidad, ¿qué quieren, aquí?», preguntó ella. Yo le dije: «Aquí queremos ocupar la Línea Sigfrido». Dice ella: «¿Ocupar la Línea Sigfrido? ¿Y cómo es eso? ¿Es que piensan ofrecer resistencia aquí?». Digo: «Naturalmente que se ofrecerá resistencia aquí». Digo: «Por fin algún sitio en el que nos podemos fortificar un poco, en el que podemos crear un frente». Dice ella: «Pues vaya guarrada, aquí todos nos hemos alegrado de que ahora los estadounidenses cruzarían por aquí con rapidez, que ya los teníamos detrás; y ahora vienen ustedes aquí ¡y ahora van a luchar aquí y todo va a quedar destrozado otra vez! ¿Qué vamos a hacer? ¿Dónde vamos a ir? ¡La artillería nos lo destruirá todo otra vez!». Yo, primero, me quedé sorprendido. Le digo: «A ver, escúcheme, se pueden largar de aquí tranquilamente; incluso tendrán que hacerlo». Digo: «Esto va a oler un poco a quemado, sí. Dos kilómetros por detrás de los búnkeres, tendrán que contar con ello, ahí tendrán todos los días el fuego de artillería o, si no, los bombarderos». Ella me dice: «Sí, ¿y dónde vamos a ir? No tenemos ningún medio para transportar nuestras cosas». Le digo: «Todas sus posesiones no se las van a poder llevar, claro que no, eso no será posible». Bueno, y hasta aquí, lo podía entender, lo de la evacuación. Pero entonces empezó: «Hace cinco años nos mintieron y nos engañaron y nos prometieron un futuro dorado y ¿qué es lo que tenemos? Que la guerra nos vuelve a caer encima y yo no lo entiendo, en absoluto, que hoy todavía haya un solo soldado alemán que siga pegando tiros», y por el estilo. Cogí mi portafolios, me lo metí debajo del brazo y salí de la casa. Sin duda debería haber tomado alguna clase de medida contra esa mujer, pero me resultaba fácil comprender su estado de ánimo.[751]

No sabemos si la situación era en verdad como la que describe Woelky. Parece apoyar la autenticidad de su versión el hecho de que, pocos días después, a solo unos pocos kilómetros de Prüm (junto al río Eifel), resultara

apresado. Obviamente no tenía muchas ganas de luchar «hasta el último aliento». Tiene una gran importancia que este jefe de compañía de la guardia pretoriana de Hitler, que ya había ingresado en las SS en 1933, se apartara del marco de las SS —«sin duda debería haber tomado alguna clase de medida contra esa mujer»— y expresara comprensión ante el hartazgo con que la población tomaba la guerra.

Las actas de las escuchas muestran que también entre los oficiales de las SS hubo percepciones de la guerra asombrosamente heterogéneas. Esto no niega que sí hubiera una *tendencia* al radicalismo en sus interpretaciones; volveremos sobre este tema más adelante.

Una explicación vigente entre los coetáneos para las elevadas pérdidas aludía, junto al particular espíritu de sacrificio y al fanatismo, a las deficiencias de las Waffen-SS en cuanto a profesionalidad militar. En las actas de servicio de la Wehrmacht se recogen muchas quejas al respecto.[752] Aunque tales protestas son muy difíciles de demostrar en la actualidad, su carácter tan recurrente parece indicar que no puede tratarse de un mero invento. Además, tales quejas no afectan solo a las unidades de las SS; en la correspondencia oficial, durante todo el transcurso de la guerra, abundaron las notas discordantes sobre errores de conducta de apariencia totalmente abstrusa, por parte de unidades de combate terrestre del ejército de Tierra, la Luftwaffe e incluso las SS. Aparte, debemos recordar que disponemos de incontables ejemplos en los que los soldados de la Wehrmacht elogian expresamente el rendimiento de las Waffen-SS. El suboficial Grüchtel, que voló varias veces a Stalingrado como piloto de un transporte, habla por ejemplo del hundimiento del ala sur del frente oriental en el invierno de 1942-1943. «En enero y febrero todos estábamos convencidos de que, en Rusia, la cosa había fracasado. Los rusos habían corrido detrás de nosotros. En Sabroschi (?)[753] ya incluso habíamos hecho las maletas, los rusos estaban a seis kilómetros del lugar. Entonces vino Adolf el 19 (?) de febrero, en persona; desde ese momento, la cosa fue adelante; entonces vino la “SS-Leibstandarte”. Hasta entonces yo no la había tenido en mucho, pero aquellos jóvenes se enfrentaron al problema con mucho valor.»[754]

En relación con las batalla de Normandía, en el verano de 1944, dice un *Haupttruppführer* de la organización Todt:

> Sin desmerecer a la Wehrmacht, es un hecho que en este momento, como buena tropa de combate, y con la excepción de diversos regimientos de élite de la Wehrmacht, las únicas tropas que de verdad poseen todavía arrojo son los paracaidistas y las SS.[755]

Los aliados, en lo fundamental, confirmaron esta opinión. La división de las SS «Juventudes Hitlerianas» infundía «respeto» a los británicos,[756] y el experimentado general de blindados Heinrich Eberbach la calificó de «excelente» y «brillante».[757]

Como resumen podríamos decir que las Waffen-SS, en cuanto a su valía en combate y su profesionalidad militar, fueron netamente heterogéneas, exactamente igual que todas las demás unidades de la Wehrmacht. Con respecto al rendimiento militar de las divisiones de las SS en el campo de batalla, en su sentido estricto, no cabe reducirlo al tópico de «fanáticas y escasamente profesionales». En resumidas cuentas, no cabe duda de que combatieron como otras unidades de élite. El hecho de que, en ciertas fases de la derrota, interpretaran la lucha «hasta el último cartucho» a todas luces más literalmente que el ejército de Tierra es la única diferencia claramente relevante que se puede atestiguar de manera fidedigna.

Crímenes

Los soldados de la Wehrmacht explicaban el carácter que hacía «otras» a las Waffen-SS no solo por su desprecio a la muerte, sino, sobre todo, por su brutalidad. Es asombroso que este tópico no se encuentra solo en el ejército de Tierra, sino también en la fuerza aérea y la Marina, y a partir de aquí se ha extendido mucho.

«La diferencia entre las Waffen-SS y otras tropas es que aquellas son algo más brutales y no toman prisioneros», dice el artillero de un Ju 88 en enero de 1943.[758] Un corresponsal de guerra ya se muestra firmemente convencido de ello en marzo de 1941: «Las tropas de las SS [...] no hacen prisioneros, sino que los matan de un tiro».[759] A este respecto, un radiotelegrafista de Marina afirma: «En Polonia podían matar a los

prisioneros polacos porque los polacos habían matado e incinerado a los aviadores alemanes que apresaban; pero las tropas de las SS han matado igualmente a los prisioneros franceses, que eran inocentes, y eso lo veo injusto».[760] Para este soldado, la idea está clara: ejecutar a los prisioneros no supone nada despreciable de por sí, si ellos habían cometido antes actos criminales. Pero a los «inocentes» no se los debe matar, eso es «injusto». No sabemos de dónde había obtenido su información este cabo de radiotransmisiones, que cayó en manos de los británicos el 7 de marzo de 1941, con el hundimiento del submarino U-99. Pero no pueden proceder solo de segunda mano y muestran qué fama habían alcanzado ya en este momento las Waffen-SS. Las noticias sobre crímenes de guerra de las Waffen-SS en Francia corrieron como la pólvora, desde luego. Un observador de un Ju 88 conocía el tema a través de un amigo que había luchado en la división de las SS «Calavera».

> Pues él me explicó una vez que en la campaña del oeste no habían hecho ni un solo prisionero negro. Simplemente metían la ametralladora y todos liquidados. En la campaña occidental, despertaban auténtico pavor. Los franceses no se daban cuenta de que se estaba haciendo una diferencia entre franceses y negros y, cuando los franceses veían a las unidades de la «Calavera», salían por piernas con un griterío infernal.[761]

Obviamente, el hombre de las SS se había jactado de los crímenes, con intención de subrayar la fama temible de las tropas; pero no había exagerado. La división «Calavera» fue la unidad que cometió la mayoría de los crímenes de guerra de la campaña francesa. Entre estos se cuentan, además del asesinato de 121 prisioneros de guerra británicos cerca de Le Paradis, también varias ejecuciones colectivas de soldados coloniales franceses. Sin embargo, para los investigadores es nuevo el hecho de que se tratara de una práctica general en la división: no hacer prisioneros negros.[762]

Los soldados de la Wehrmacht estaban de acuerdo en que, en Rusia, las Waffen-SS no se habían comportado de otro modo. Antes al contrario, hay un incremento claro de las noticias sobre crímenes contra civiles y prisioneros de guerra.[763] «En la campaña de invierno de Rusia, las SS se llevaban a rastras a los rusos, heridos, los apaleaban en la calle, les sacudían, les zumbaban con la bayoneta, les hacían pedazos la ropa, los

desnudaban —en pelota picada—, los cubrían de nieve, venga paladas de nieve, les hincaban la bayoneta y les arrancaban el corazón. Son cosas que, cuando las explicas, nadie se las cree. ¡Pero es lo que hacían las SS! ¡Las SS eran así!»[764]

Aquí ya resulta claro hasta qué punto los relatos sobre los crímenes de las Waffen-SS se utilizan para diferenciarlas y limpiar así la Wehrmacht de la apariencia de criminalidad. El capitán Alexander Hartdegen, del estado mayor de la 3.ª división acorazada, refiere por ejemplo que el comandante de su división había prohibido expresamente todo fusilamiento de prisioneros, lo que provocó una «fuerte bronca» con una unidad subordinada de la división de las SS «Wiking», «porque no se mataba de un tiro a los prisioneros».[765] En este caso, el hablante también hace hincapié en su propia inocencia. «Por mi parte le puedo decir, con toda franqueza, que en toda la guerra no he participado ni en una ejecución. Tampoco en los regimientos en los que he estado. En África, esto no ocurría, allí practicábamos el "juego limpio", incluso hemos llegado a intercambiar con los ingleses sardinas en aceite por cigarrillos. Entre nosotros nunca ha pasado algo así, gracias a Dios.»[766]

En la actualidad ya no es posible comprobar la veracidad de estas versiones. De lo que no cabe duda es de que la guerra en África se desarrolló, por ambas partes, de un modo principalmente correcto y no sabemos que se produjeran ejecuciones de prisioneros. La clara oposición entre una Wehrmacht «buena» y unas Waffen-SS «malas», según la plantea aquí Hartdegen, se halla a menudo en las fuentes y se refiere sobre todo a los combates vividos en Francia en el verano de 1944. Numerosos soldados del ejército de Tierra y la Luftwaffe informan, en esa época, de crímenes de las Waffen-SS. La división de las SS «Götz von Berlichingen» habría fusilado a todos sus prisioneros estadounidenses[767] y la «Juventudes Hitlerianas» tampoco habría hecho prisioneros.[768] Hombres de la división de las SS «Das Reich» habrían asesinado a dos médicos estadounidenses, prisioneros los dos, con el comentario: «Sí, uno estaba claro que era judío, tenía todo el aspecto de ser judío, y el otro también lo era...».[769] Un destacamento de información del ejército de Tierra hizo vivir al suboficial Voigt cosas «espantosas» en la retirada de Francia:

VOIGT: Al final éramos 25 hombres y teníamos con nosotros a un par de hombres de las SS. Si no los tienes de las riendas, matan todo lo que se mueve. Una noche, fuimos a la casa de unos campesinos franceses, para procurarnos algo de comer. Los tíos querían dejar a los campesinos sin prácticamente nada. Luego nos topamos con un par de franceses y a uno de ellos le dejaron el cráneo completamente reventado.[770]

En las actas de las escuchas relativas a las batallas de Francia en 1944 se habla casi exclusivamente de los crímenes de las Waffen-SS; solo excepcionalmente de la Wehrmacht.[771] Esto se corresponde con el estado previo de la investigación, según la cual apenas pudo probarse que las unidades de la Luftwaffe y el ejército de Tierra cometieran crímenes de guerra en el frente, y la responsabilidad de los más graves se atribuyó a unidades de las SS.[772]

Por ello, no puede extrañarnos que las Waffen-SS ya no se deshicieran hasta el fin de la guerra de la fama adquirida en 1939-1940. Esto se explica, por otro lado, porque el asesinato de mujeres y niños siempre se relacionaba con las unidades de las SS, y estos crímenes se evaluaban siempre como repulsivos porque dañaban la «matriz viril de la guerra» (Lutz Klinkhammer).[773] El comandante Hasso Viebig se encontró en cautividad con el primer oficial del estado mayor general del LVIII cuerpo acorazado, que tuvo bajo sus órdenes, durante un tiempo, a la división de las SS «El Reich». Las charlas con Beck abrieron los ojos de Viebig:

VIEBIG: El comandante Rudolf Beck, por su actividad en Francia, sabe el daño que causaron allí las SS. Conoce algunos casos sobre los que, naturalmente, no ha revelado nada. A mí me han contado que las SS encerraron en una iglesia a franceses, a mujeres y niños, y luego le prendieron fuego a la iglesia. Primero pensé que era un truco de la propaganda, pero el comandante Beck me dijo: «No, es cierto, yo sé que sí que lo hicieron».[774]

Viebig se refiere aquí a la masacre de Oradour, en la que una compañía de la división «El Reich» liquidó a 642 hombres, mujeres y niños. Solo una minoría de los soldados de la Wehrmacht diferenciaba más netamente en el tema de los crímenes de guerra. Así, en abril de 1945, Franz Breitlich habla con Helmut Hanelt, su compañero de celda en el Fort Hunt estadounidense, sobre los crímenes cometidos en el frente oriental. Breitlich cuenta que, en un pueblo, se asesinó a civiles rusos con los carros blindados y las ametralladoras, para luego generalizar: «¡Cómo han llevado las cosas,

nuestras tropas! La Wehrmacht, primero, no actuaba de esa manera; pero cuando llegaron las SS, actuaron con mucha dureza».[775] Es revelador que Breitlich hable de «cómo han llevado las cosas *nuestras* tropas», incluyendo a la Wehrmacht, aunque luego corra a precisar que la actuación de las SS había sido peor.

Solo unos pocos soldados llegaron a negar por completo las diferencias entre las Waffen-SS y la Wehrmacht. El coronel Eberhard Wildermuth, oficial de la reserva, que antes de la guerra había participado activamente en el partido liberal de izquierdas DDP, afirma: «Las SS han hecho cosas, con las ejecuciones masivas, que eran indignas de un oficial y que todo oficial alemán debería haber rechazado». Pero en seguida se ve obligado a admitir «que los oficiales *no* las rechazaron y *sí* las llevaron a cabo, o sea esas ejecuciones masivas. Y sé de cosas similares que hizo igualmente la Wehrmacht e hicieron oficiales». Cuando, con respecto a la posible condena penal, digamos: «"Nos distanciamos de esta gente, de esta manera", es fácil que la gente replique de inmediato y diga: "Por favor, aquí el capitán alemán Loquesea o el coronel alemán Loquesea han hecho exactamente lo mismo que las SS"».[776]

Sin duda, Wildermuth tenía un conocimiento pleno de la dimensión criminal de la guerra, porque había entrado en acción en casi todos los frentes y gozaba de buenos contactos en la resistencia. En cuanto a los crímenes de la Wehrmacht, los vivió por propia experiencia, por lo menos en Serbia, en 1941.[777] Sus conclusiones son de enorme alcance, pero no dejan de representar una excepción entre los suyos. Los oficiales tendieron a negar la verdadera dimensión de los crímenes perpetrados por las tropas del frente y, con ello, protegieron parcialmente a las SS.

Cuando, estando en cautividad, se le dice al coronel Meyne que las Waffen-SS habían reducido a cenizas pueblos enteros, responde: «Seguro que no ha hecho nada de ese estilo, se trata de una tropa puramente de combate, perfectamente impecable. Para mí que esas historias deben referirse probablemente a las divisiones de seguridad de las SS o algo así». Sin embargo, admite: «Por descontado que se han producido muchas canalladas, pero nosotros también tenemos muy claro que los rusos, en esa época, también mataban de hecho a todos los alemanes. Y de esto no cabe

ni la más mínima duda».[778] Es decir: quizá las Waffen-SS hayan cometido crímenes, pero estos tenían una justificación moral porque el Ejército Rojo ejecutaba a los presos alemanes. Meyne figura entre los pocos militares de los campos donde se produjeron escuchas que incluyen a las Waffen-SS en el grupo de los soldados «normales». Para ello resultaba necesario hacer una distinción entre las tropas de las SS que luchaban en el frente y las que lo hacían en las zonas de retaguardia. Resulta ocioso indicar que estas diferencias no se corresponden con la realidad. Pero es interesante iluminar con más detalle la perspectiva de Meyne.

Su única experiencia con las Waffen-SS procede, con certeza, del principio de la operación Barbarroja. Como comandante de un destacamento independiente, formaba parte del grupo acorazado 2, igual que la división de las SS «El Reich». Esta luchaba codo con codo con el ejército de Tierra, en contra del Ejército Rojo, tenía las mismas tareas encomendadas y participaba de las mismas experiencias. Es probable que el hecho de que mataran a civiles y prisioneros, en una fase de la guerra en la que el frente oriental vivió una auténtica erupción de violencia, no supusiera nada especial desde la perspectiva de un oficial de Tierra. En casi todas las divisiones del ejército de Tierra se cometieron tales crímenes en julio de 1941; es probable que aquí la división de las SS «El Reich» no se distinguiera del resto de las tropas.[779] Desde el punto de vista de Meyne, esta unidad tenía más en común con una división de infantería del ejército, desde luego, que por ejemplo con las brigadas de caballería de las SS, que mataron a miles de civiles en las marismas del Prípiat. Esto explica que Meyne integrara a las Waffen-SS en el grupo de los «soldados normales», más aún cuando las «canalladas», en comparación con la brutalidad con que combatía el Ejército Rojo, no le parecían nada especialmente reprobable.

Hasta ahora, nos hemos ocupado sobre todo de escuchas de conversaciones de los soldados de la Wehrmacht. Es lícito plantearse la duda de hasta qué punto podemos emplearlas como fuente fidedigna en lo que atañe a los crímenes de las Waffen-SS, dado que posiblemente solo se trata de proyecciones de las propias fechorías. El cabo de Marina Lehmann, por ejemplo, cuenta que su pelotón encontró un emisor secreto en casa de un anciano señor francés, en las cercanías de Canisy (Normandía), y

«liquidó» a su dueño sin más ni más: «directo contra la pared y fuera». Aparte de esto, afirma, la población había recibido con entusiasmo a los alemanes. El único problema fueron las Waffen-SS, que, con su mala conducta, lo «estropearon» todo, de tal manera que la población se puso «de mal humor».[780] El cabo de Marina instrumentaliza la conducta de las Waffen-SS para poder exponer el «mal humor» de los franceses sin por ello admitir nada de culpa en el caso, a pesar de que de acuerdo con el derecho penal de la Wehrmacht, él no habría podido «liquidar» sin más al «anciano señor francés», sino que debería haberlo sometido a un procedimiento judicial.

La mayoría de las noticias de crímenes de las SS se conservan de un modo similar, de forma que no se puede comprobar su grado de veracidad. Si tenemos en cuenta las incontables brutalidades de las unidades de la Wehrmacht, queda abierta la cuestión de si el salvajismo descrito más arriba era en verdad específico de las Waffen-SS. Por fortuna, hubo quien invirtió mucha energía —particularmente, los británicos— en averiguar más cosas sobre cómo veían la situación los propios soldados políticos de Himmler. En conversación con otros miembros de las SS, pero también con soldados de la Wehrmacht, aquellos charlaron sobre sus crímenes de guerra con una franqueza que hoy nos resulta sorprendente. Así no solo contamos con perspectivas exteriores de las Waffen-SS, sino también con unos pocos puntos de vista interiores.

Así, el *Untersturmführer* de las SS Krämer cuenta lo siguiente sobre su acción en el frente oriental:

> KRÄMER: En Rusia, en Orel, yo participé. Se instaló una metralleta 42 en el claustro de una iglesia. Luego hicieron que los rusos palearan nieve —hombres, mujeres y niños— y entonces los metieron en la iglesia. No tenían ni idea de lo que estaba pasando. Luego los liquidaron en un momento, con la metralleta 42, y arrojaron gasolina por encima y le prendieron fuego a toda la historia.[781]

Krämer pertenecía a los 2.000 oficiales y suboficiales que, en 1943, pasaron de la división de las SS «Leibstandarte Adolf Hitler» a una de nueva constitución, la «Juventudes Hitlerianas», que en gran medida marcaron la estructura de la unidad. Un joven de las SS, llamado Röthling,

luchó en un regimiento de infantería acorazada de esa división y allí entró en contacto con los veteranos de la «Leibstandarte», que ya contaban con varios años de servicio:

RÖTHLING: Nuestro jefe de sección dice que en Rusia hacían formar siempre como a cientos de rusos, prisioneros, y luego los hacían marchar hacia delante, por el campo de minas. Tenían que hacer saltar sus propias minas.[782]

En Francia se habían ayudado con vacas, a la hora de desminar terrenos, explica también Krämer, divertido por la cuestión. Y en lo que atañe a sus experiencias en Normandía, Röthling describe a un cabo del ejército de Tierra la conducta de sus superiores:

RÖTHLING: Si los de aquí supieran lo que hemos hecho con sus prisioneros, haría ya mucho tiempo que no estaríamos con vida. Primero los interrogábamos un poco. Que dice algo, bien; que no dice nada, igual de bien. Lo dejamos que salga corriendo, y a la que ha dado diez pasos, cincuenta tiros de la metralleta y eso ha sido todo. Nuestro viejo decía siempre: «¿Y qué voy a hacer con esas bestias? Si no nos dan nada de comer...». Lo que el viejo pecó en contra de nosotros, lo tuvo que pagar caro. Reventó sufriendo de mal modo: el último día, recibió un tiro en el estómago.[783]

Röthling no se ve a sí mismo como parte de la comunidad de culpables. Antes al contrario, es «el viejo» el que «pecó en contra de nosotros». Esta estructura narrativa también pretende explicar, probablemente, que los crímenes de la división de las SS «Juventudes Hitlerianas» no fueron perpetrados en su mayoría por los soldados más jóvenes, de diecisiete años, sino por los oficiales y suboficiales con años de servicio.

Las narraciones de este miembro de las SS, Röthling, no son las únicas pruebas de los crímenes de la división de las SS «Juventudes Hitlerianas» en Normandía. Es obvio que incluso dentro de las mismas Waffen-SS no tenían fama de ser especialmente valientes, sino ante todo brutales. «Eran gente a lo explorador, y unos cabrones, a los que no les importaba nada rebanar un cuello»,[784] comenta el *Standartenführer* Hans Lingner en febrero de 1945.

Aún más claramente describe un miembro de las SS, ante un cabo de los paracaidistas, la lucha contra los partisanos en el sur de Francia:

FÖRSTER: Ellos tienen la vista puesta en nosotros, en la división «El Reich», porque en las cercanías de Tolosa matamos a más guerrilleros de los que apresamos. Quizá hicimos en total unos veinte prisioneros, eso fue todo, y aun solo para interrogarlos. Luego todavía los torturamos, a los veinte, hasta que murieron. [...] Cuando luego nos pusimos en marcha hacia aquí, pasamos por encima de Tours. Allí vejaron de mal modo a una compañía de la Wehrmacht, pero exageradamente. [...] Acto seguido capturamos a 150 y los ahorcamos en la calle.

BÄSSLER: Pero eso es algo que yo no puedo entender, que se pueda liquidar, de una tacada, a 150 personas.

FÖRSTER: A esos los vimos yacer a todos, sacarles los ojos, cortarles los dedos. En los 150 guerrilleros que ahorcamos, los nudos iban por delante, no por detrás. Cuando el nudo está detrás, la columna vertebral se parte en seguida; pero aquí, el colgado se ahoga despacio. Sufre.

BÄSSLER: Las SS lo saben todo, ya han probado de todo.

FÖRSTER: Macho, piénsatelo solo un momento, si dejan tiesos a 150 camaradas de la Wehrmacht y no sabemos nada. Esa fue la única vez en la que yo estuve a favor. En las otras, nunca he participado. Nosotros no le hacemos nada a nadie, pero cuando ellos nos lo hacen a nosotros, entonces nosotros [...].[785]

Förster charla sobre los crímenes de su unidad, en un principio, sin reservas. Cuando Bässler critica «que se pueda liquidar» a 150 guerrilleros y luego censura la crueldad con que se procedió a los ahorcamientos, Förster objeta que, a fin de cuentas, se trató de un servicio entre camaradas; que se había actuado por los soldados de la Wehrmacht que habían resultado muertos; y que aquella había sido «la única vez» en la que él había estado «a favor». Es probable que Förster describa aquí los sucesos de la población de Tulle, en el sur de Francia, donde la división «El Reich» ahorcó a 99 hombres después de haber hallado a 69 soldados de la Wehrmacht muertos por la acción de la Resistencia.[786] Aquí también se emplea el tópico de la «venganza», que también se utiliza en el contexto de otros actos violentos, como justificación de los crímenes y las crueldades cometidas por uno mismo (véanse las pp. 18, 338). También es interesante destacar la exageración de la cifra de víctimas real, un recurso típico para que la historia resulte aún más espectacular. Esto muestra una vez más que las historias de esta clase y las cifras de muertos pueden usarse como motivo de jactancia, dentro de una estética narrativa de la violencia.

Las actas de las escuchas demuestran de un modo impresionante con qué naturalidad —e incluso despreocupación— se habla del tema «crímenes de guerra» en las Waffen-SS. Los estudios explican este comportamiento sobre todo debido a la ideologización, al embrutecimiento asociado con ella

durante la formación y al estrecho contacto mantenido con el sistema de los campos de concentración.[787] Para todos estos puntos, cabe hallar citas muy expresivas en las actas de las escuchas a los hombres de las SS.

Así, uno de los oficiales destacados de las Waffen-SS, Kurt Meyer, en una conversación con generales del ejército de Tierra, no se esfuerza en absoluto por discutir su filiación política. Afirma que ha absorbido el nacionalsocialismo como una religión y se ha entregado en cuerpo y alma a él, puesto que, a fin de cuentas, uno solo puede «darse» una vez.[788]

El *Standartenführer* Lingner intenta explicar a un oficial del ejército cuál es su concepción del nacionalsocialismo:

LINGNER: El nacionalsocialismo es la doctrina racial aplicada, lo que quiere decir todas las personas que prometen, en su carácter y en parte también en su apariencia externa, ser personas de especial categoría; el ideario de esas personas es el nacionalsocialismo, cuando no ha sido falseado por la educación. Solo puede ser un ideario de combate, de compromiso, nunca uno marcado por el egoísmo. Estos tíos son propiamente alemanes y cuanto piensan y hacen siempre será acertado y siempre será en pro de Alemania. Es algo que está bien como está. Estoy convencido de que contra el nacionalsocialismo en sí y por sí, contra sus ideas, prácticamente no hay nada que decir. Se corresponde con una conducta alemana, de la A a la Z. Que los supuestos pilares del nacionalsocialismo se hayan conducido como canallas, como por ejemplo el señor Weber en Múnich o muchos otros, es otra cuestión que hay que separar. ¡Quién sabe si el nacionalsocialismo, en su forma más pura, no habría podido evitar esta guerra![789]

Hombres como Meyer y Lingner defendían la ideología nacionalsocialista con plena sinceridad. Se veían a sí mismos como soldados políticos —del todo en la línea que postulaba Himmler— cuya tarea residía también en instruir a los demás de acuerdo con sus ideas.

LINGNER: Soy de la opinión que un ejército de Tierra debe tener cierta estructura política, porque de otro modo no está en situación de superar una guerra como la actual, por el propio destino. Cuando se deja que los soldados entren en combate sin hacer que se embeban de la extraordinaria necesidad de combatir, ya pueden pasar los años, que eso no tiene éxito. A este respecto, la instrucción de los rusos ha sido modélica.[790]

Hay numerosas pruebas de que el cuadro dirigente de las Waffen-SS intentó ofrecer a sus propias tropas la labor de educación política que Lingner encontraba a faltar en el ejército de Tierra. Desde septiembre de 1944, el jefe de cada unidad de las SS tenía el deber de instruir militar *y* políticamente a sus soldados.[791] Esto no significa que podamos equiparar el

deseo de un adoctrinamiento nacionalsocialista con el *resultado*. Jürgen Förster ha apuntado que, en lo que respecta a la instrucción política, a menudo faltaban todas las condiciones, desde el material de enseñanza hasta el personal cualificado.[792]

RÖTHLING: Cada domingo teníamos una conferencia política sobre el surgimiento de las Juventudes Hitlerianas y todas esas tonterías. El jefe que venía, el que teníamos allí [decía]: «Bueno, chicos, ya lo sabéis, periódicos, libros, sobre cuestiones políticas tengo muy pocas cosas a mano. No tengo radio y tampoco tengo ningunas ganas de esto. Ya es suficiente el servicio que me toca durante la semana. *Heil Hitler*. La reunión ha terminado».[793]

Educar en la concepción del mundo era, sin duda, solo una fracción de un condicionamiento ideológico que solo secundariamente tenía lugar en un aula, ya que se trasmitía sobre todo implícitamente por la formación de un marco correspondiente. La práctica tiene mucha más fuerza formativa que la teoría. Los hombres de las SS no estaban convencidos de poseer una misión propia porque hubieran leído textos que así lo defendieran, sino sobre todo porque se habían integrado en una práctica compartida. Es un punto que suele omitirse cuando se intenta extraer conclusiones sobre el grado de ideologización a partir del análisis de las enseñanzas y los conceptos «ideológicos». De las reglas y los principios rectores puestos por escrito se puede uno distanciar de varias maneras; ocurre mucho menos en lo que atañe a la presencia. Por eso los actos conmemorativos, fiestas como el solsticio de verano e invierno, la justicia propia[794] y las regulaciones matrimoniales específicas[795] interpretaron un papel más importante en la socialización de organizaciones como las SS. Las últimas regulaciones indicadas se quedaron especialmente grabadas en la memoria del *Sturmmann* de las SS Röthling. Se les habían dado instrucciones minuciosas sobre cuál era el comportamiento idóneo en un matrimonio y se les había dicho que uno debía buscar una «joven» aria y «procurar el sustento».[796] A esto se añadía ante todo un culto decidido a la dureza, que en la formación se favorecía mediante un uso deliberado de la violencia. Langer, un hombre de las SS integrado en la división «Juventudes Hitlerianas», cuenta sobre ese tiempo: «Ahí en las Waffen-SS no podías hacer nada cuando un *Unterführer* te había pegado durante la formación. En la formación, era precisamente eso lo que tocaba. Es puro sadismo».[797]

El condicionamiento ideológico desembocaba en la conciencia de ser «la tropa del élite del Führer» y de haber tomado la delantera «a la Wehrmacht con el buen ejemplo».[798] En las divisiones de las SS no podía caber duda ninguna de que uno debía ser «más duro», pero también «más radical» que el ejército de Tierra. Los cuerpos de *Führer* y *Unterführer* transmitieron ese mismo «espíritu» a las divisiones formadas en 1943. Aunque las dos divisiones de infantería acorazadas «Reichsführer-SS» y «Götz von Berlichingen», en lo que concernía a su fuerza de combate, estaban muy lejos de ser unidades militares de élite, sin embargo sus oficiales lograron formar un «espíritu de las SS» que se hizo perceptible, entre otras características, por una dirección bélica llamativamente brutal. Así, no solo la división «Reichsführer-SS» llamó la atención, en Italia, por las numerosas masacres perpetradas;[799] también la división «Götz von Berlichingen» dejó tras de sí, en Francia, un rastro de sangre: por ejemplo, el 25 de agosto de 1944, en Maillé, mató a 124 civiles[800] y fue responsable de numerosos asesinatos de prisioneros, como demuestran sobre todo las actas de las escuchas. Así, un personaje al que ya hemos mencionado, Swoboda, como parte de la división «Götz von Berlichingen» mató a tiros a prisioneros de guerra estadounidenses (véase la p. 147).

Las Waffen-SS eran una unidad totalmente heterogénea, en la que sirvieron tanto Theodor Eicke, antiguo comandante del campo de concentración de Dachau y más adelante general de las Waffen-SS, como el joven Günther Grass. Las voces críticas procedían sobre todo de los rangos de la simple tropa. Sin duda, también hay pruebas fiables de que incluso oficiales de las SS rechazaron, en ocasiones, el embrutecimiento. Ya hemos hablado del *Obersturmführer* Otto Woelky. El *Obersturmführer* de veinticuatro años Werner Schwarz, jefe de compañía en el 2.º regimiento de infantería acorazada «El Führer», le contaba en cautividad a un teniente del ejército de Tierra:

SCHWARZ: Por cada uno de los nuestros que caía, había que poner en práctica diez fusilamientos. Digo que «había que» hacerlo: eran las órdenes. Y por cada herido, tres. En la última misión tuve cuatro heridos, le prendimos fuego a una casa y no permití que se produjera ningún fusilamiento. Le dije a mi comandante: «Con eso no conseguiremos nada, tenemos que atrapar a los terroristas: es a esos a quienes hay que fusilar. Con los civiles, no me parece bien». Debía realizar una acción en un pueblo y entonces le dije a mi comandante: «No lo haré». «¿Por qué

> no lo hará?» Yo no quería decir: «Porque soy demasiado blando para eso», pero la verdad es que soy demasiado blando para eso, no era capaz de hacerlo. Al final ... se canceló. Precisamente yo, yo era el tipo más inofensivo de todo el batallón.[801]

Cabría descartar su versión como un intento de justificación personal. Ahora bien, hay indicios que dan plausibilidad a sus palabras. En efecto, la 2.ª compañía de Schwarz quedó destinada, en el verano de 1944, a realizar acciones de castigo. Pero el comandante del batallón —posiblemente, debido a las protestas de Schwarz— delegó la tarea en la 3.ª compañía.[802]

Pero a pesar de este Woelky y este Schwarz —partamos, una vez más, de que sus relatos son fidedignos—, esto no cambia nada respecto de la tendencia a una mayor radicalización del núcleo de jefes y subjefes, en comparación con la Wehrmacht. Esto se colige también del hecho de que los oficiales de las SS dieron crédito, durante un tiempo especialmente prolongado, a la posibilidad de que la guerra diera un giro. El *Untersturmführer* Pflughaupt, de la «Leibstandarte Adolf Hitler», cayó prisionero durante los intensos combates por Caen, en julio de 1944. Queda muy impresionado por la apabullante superioridad de la artillería británica y, no obstante, sigue creyendo «que el Führer necesitará entre cuatro y seis semanas para incorporar un arma de represalia, muy precisa, que eliminará esa artillería, y que hasta entonces es preciso retener, hasta que pase al ataque».[803] Aunque él mismo había vivido que el ataque de tres divisiones de las SS solamente había podido avanzar un kilómetro, sin embargo era incapaz de imaginarse que el Führer no tuviera ningún otro recurso en la manga. En cuanto a sus experiencias en la gran ofensiva británica «Goodwood», hoy no podemos saber con certeza cómo llegó a la siguiente conclusión: «A la que los ingleses se topan con un pequeño revés, salen corriendo. No son tan feroces. Tienen una barbaridad de carros blindados, eso es la pura verdad, pero ya los estamos destruyendo». Entre los oficiales de la Wehrmacht ya no hallaremos, en este estadio de la guerra, esta clase de optimismo inalterable.[804] De los ochenta oficiales y suboficiales de las Waffen-SS internados en campos de prisioneros británicos y estadounidenses, ninguno dio la guerra por perdida antes de febrero de 1945. Ninguno habló negativamente de Hitler ni expresó ninguna crítica sobre el sistema. Las actas de las escuchas todavía atestiguan otro hallazgo

importante: ninguno de los 200 hombres de las SS espiados formuló nunca una crítica relativa a los crímenes de la Wehrmacht, mientras que lo contrario sucedía constantemente. Apenas parece plausible que los crímenes de la Wehrmacht fueran desconocidos: la interconexión del ejército de Tierra y las Waffen-SS era demasiado estrecha para eso. Al parecer, en el marco de referencia normativo, lo que se consideraba «normal», «necesario» o «exigido» no se distribuía igual en la Wehrmacht que en las Waffen-SS. Ahora bien, precisamente porque la Wehrmacht también cometió crímenes, podemos concluir que la conciencia de estar participando en crímenes no era un motivo suficiente para *no* cometerlos. Hay toda clase de motivos sociales o prácticos para continuar con lo que se hace incluso cuando *de hecho* uno está viendo cómo se superan los límites; e igualmente, hay toda clase de estrategias sociales y personales para reducir la disonancia cognitiva que de ello resulta (véase la p. 232).

Sea como fuere, al menos en las unidades centrales de las Waffen-SS, se daba una amalgama, única en esta forma, de racismo, dureza, obediencia, culto al sacrificio y brutalidad. Todos y cada uno de estos elementos se pueden encontrar igualmente en la Wehrmacht, por descontado. Es fácil nombrar por ejemplo a un antisemita convencido como el caballero Gustav von Mauchenheim, el infausto comandante de la 707.ª división de infantería, que en 1941, en la Unión Soviética, liquidó a unos 19.000 civiles.[805] También se pueden demostrar incontables crímenes de las unidades de la Wehrmacht, en particular de las de élite. Piénsese solo en la 1.ª división de montaña o en la 4.ª división acorazada, que ejecutaron a numerosos prisioneros y mataron a muchos civiles.[806] Además, varias unidades de la Wehrmacht aceptaron sacrificarse y defendieron sus posiciones hasta el último hombre. La diferencia es que entre el ejército de Tierra y las fuerzas aéreas, estos fenómenos radicales no se condensaron hasta formar un cuerpo conjunto estable y coherente de por sí. Sus unidades siguieron siendo más heterogéneas, en sus percepciones y actuaciones, que las Waffen-SS. En su mayoría, fueron regimientos o batallones aislados los que, por fases, llamaron la atención por una brutalidad particular. El espectro político también era más amplio: en la división de élite «Großdeutschland» combatían, junto a nazis convencidos como el

comandante Otto-Ernst Remer, también hombres que se mostraban críticos con el sistema nacionalsocialista, como el caso evidente del conde y coronel Hyazinth Strachwitz.

Quien más se correspondía con el perfil de las Waffen-SS eran las divisiones de paracaidistas.[807] Estas también cultivaban un hábito elitista, se distinguían de forma visual del resto de la Wehrmacht (gracias a sus uniformes), contaban en sus filas con numerosos nazis convencidos[808] y a menudo tendían al radicalismo. Los paracaidistas son «una tropa asalvajada», dice el coronel Kessler sobre las experiencias vividas en Normandía en 1944, «que se lo pueden permitir todo porque a ellos les ocultan todas las transgresiones, como a las SS. Las SS y los paracaidistas se han portado como unos cerdos. En la retaguardia, en Avranches, hicieron explotar los tesoros de los joyeros con proyectiles de detención de carga hueca».[809] Sin embargo, otros rasgos de las SS estaban menos marcados en los paracaidistas: la medida extrema de la violencia contra mujeres y niños, la fe en la «victoria final» y el culto al combate hasta el último cartucho.[810]

Como resumen final, las Waffen-SS, en comparación con la Wehrmacht, no solo se distinguía por poseer otra estructura de personal, desarrollar otra actitud y contar con un marco de referencia normativa particular, sino también por comportarse de otro modo en relación con la violencia extrema.

Resumen: el marco de referencia de la guerra

Antes de que, como cierre del presente estudio, nos planteemos responder a la pregunta de cómo de nacionalsocialista era en realidad la guerra de la Wehrmacht, queremos esbozar una vez más, como resumen, el marco de referencia de la guerra, según era determinante para los soldados. En general, debería haber quedado claro que, para la *orientación de base* de los soldados de la Wehrmacht —es decir, para su percepción e interpretación de lo que está ocurriendo—, el sistema de valores militar y el «mundo próximo» social tienen una importancia decisiva. La ideología, el origen, el

nivel de formación educativa, la edad, el rango y la rama de las fuerzas armadas apenas se diferencian, en este aspecto fundamental. Solamente hay diferencias claras entre la Wehrmacht y las Waffen-SS.

Las *ataduras culturales* subrayan esto una vez más: aquí, sobre todo, las ataduras al canon de los valores militares, a los deberes —formales y sentidos— que se relacionan con ello y a las condecoraciones que uno puede obtener. En una comparación de los soldados alemanes, italianos y japoneses hemos visto que siempre existió un marco de referencia específicamente nacional, que contribuye a aclarar la cuestión de, por ejemplo, por qué los soldados alemanes siguieron combatiendo incluso cuando ellos mismos podían ver que la guerra ya estaba perdida.

Sin embargo, a ello contribuye también la simple circunstancia de que uno, en el lugar concreto en el que está desplegado, *no sabe* que la guerra está perdida, o bien no sabe qué significa que esté perdida, o que para la resolución de la tarea encomendada son hechos casi irrelevantes el mantener una posición, no caer prisionero o no querer perder a los propios hombres. Que se tenga conocimiento sobre el contexto más general de los hechos no excluye en absoluto que, en una situación de actuación y exigencia concreta, se pueda actuar de un modo completamente independiente. De hecho, lo más habitual es que, en las situaciones concretas, las interpretaciones y decisiones se adopten con independencia de la mirada «global». A este respecto, poco puede extrañar que, entre los soldados espiados, suela faltar por completo la mirada a los contextos de sentido más general.

Viven momentos de irritación cuando algo se desarrolla en contra de sus *expectativas*; por ejemplo, cuando la euforia inicial ante las victoriosas guerras relámpago, junto con las fantasías que adelantaban la victoria final, topan con los éxitos del enemigo, la fe en la victoria, consiguientemente, desaparece. Pero también queda claro que la evolución de tales expectativas apenas altera nada en la predisposición a cumplir con los deberes militares: que todo sea en vano no modifica el marco de referencia en el que se

contemplan las propias funciones y tareas. Al contrario: aumentan las quejas sobre la insuficiencia de la dirección y el material, precisamente *porque* los soldados siguen queriendo hacer bien su trabajo.

Los *contextos de percepción con especificidad temporal* marcan —tal como ha podido verse a partir de la relación con la violencia extrema, de los abusos sexuales, de las interpretaciones racistas, y también de la fe en el Führer— las percepciones, interpretaciones y actuaciones de los soldados. Es así hasta el punto de que, desde la perspectiva de la actualidad, resulta sorprendente, una y otra vez, con qué naturalidad se refieren y escuchan los actos y sucesos más brutales, o de qué profundidad gozaba la fe y la confianza en Adolf Hitler hasta entrado el último año de la guerra.

Las *exigencias y modelos de los roles* marcan la conducta de los soldados más que ningún otro factor. De hecho, cabe decir, casi tautológicamente, que en el ideario de los soldados, como en su práctica de grupos, lo que dirige sus percepciones y acciones no es otra cosa que «lo soldadesco». Por eso la tropa hace observaciones y valoraciones extraordinariamente precisas sobre la conducta de los oficiales, y a la inversa. El canon de valores interiorizado ofrece la matriz para la valoración sutil e incesante sobre la propia conducta, e igualmente sobre la de los camaradas y el enemigo.

Los *modelos de interpretación* específicos de la guerra —que la guerra es «una mierda», que siempre exige víctimas, que posee reglas distintas a las de la vida civil, etc.— se encuentran por todas partes. La guerra forma el «mundo de la vida» de los soldados. Desde la perspectiva de este «mundo de la vida», observan a los prisioneros de guerra, a la población civil, a los guerrilleros, a las trabajadoras forzosas, en suma: todo lo que se les cruza en el camino. Modelos de interpretación y legitimaciones se tornan a menudo en una sola cosa, como queda particularmente claro en el ejemplo del asesinato de partisanos. La violencia de la guerra abre un espacio de interpretación y actuación que en la vida civil no se da: matar, violar, el

dominio de la fuerza pero también la posibilidad de la clemencia... Todas estas nuevas posibilidades se fundan en el espacio abierto para la violencia y el modelo de interpretación ligado con este.

Las *obligaciones formales* determinan de forma decisiva la vida y la acción de los soldados, como se puede ver por ejemplo en las notas explicativas de los desertores, incluso en los últimos días de la guerra. Las *obligaciones sociales*, igualmente: para los soldados del frente, el grupo de camaradas y los superiores son las unidades sociales con las que se sienten obligados, casi exclusivamente. Por el contrario, lo que sus novias, mujeres o padres puedan opinar sobre todo lo que ellos viven y hacen apenas interpreta ningún papel. Es el «mundo próximo» social lo que compromete y obliga a los soldados a una actuación determinada; los asuntos abstractos, tales como la «conspiración mundial de los judíos», el «bolchevismo infrahumano» e incluso la «comunidad nacional nacionalsocialista» solo desempeñan para ellos una función muy marginal. Estos soldados no son «combatientes por ideología», no batallan por efecto de su concepción del mundo, sino que son, en su mayoría, plenamente apolíticos.

Las *disposiciones personales*, sin duda, aportan algo al modo en que los sucesos se ven, valoran y asimilan; pero el modo concreto en que funcionan en cada persona concreta solo se puede ver en los estudios individuales, que no tenían cabida en el presente estudio. Los primeros pasos en esta dirección apuntan a la conclusión de que las percepciones de los soldados eran completamente heterogéneas. Y esto vale incluso para los generales, a los cuales, debido a su prolongado tiempo de servicio en las fuerzas armadas, uno les atribuiría una mayor homogeneidad.[811] Sea como fuere, las diversas, e incluso opuestas interpretaciones de la guerra apenas tuvieron efecto sobre la actuación fáctica de los soldados. En la guerra, había tanto protestantes como católicos, nazis como antinazis, prusianos como austríacos,[812] graduados universitarios como personas sin ninguna graduación.

A la luz de este descubrimiento, los enfoques que intentan explicar por ejemplo los crímenes nacionalsocialistas a partir de la intención deberán mirarse todavía con más escepticismo del que de todos modos ya se ha adoptado hasta ahora. Los enfoques biográficos colectivos[813] siguen más de cerca la estructura motivacional, pero tienden a dar demasiada importancia al rol formativo de lo ideológico, frente al de la práctica. Sin embargo, lo que fundamenta y hace explicables las acciones de los soldados es la práctica de la violencia específica del grupo, mucho más que la clasificación y fundamentación cognitiva.

Desde nuestro punto de vista, el desplazamiento del marco de referencia del estado civil al de guerra resulta el factor más decisivo, más importante que toda la ideologización, concepción del mundo y disposición. Estos últimos solo son importantes para lo que los soldados consideran esperable, justo, irritante o indignante, pero no para las cosas que hacen. A la vista de cuanto los soldados causaron, tal vez esto podría sonar demasiado lapidario; pero la guerra forma un contexto de actuaciones y sucesos en el que el ser humano hace cosas que, en otras circunstancias, nunca haría. En la relación con ese contexto, los soldados matan a los judíos aun cuando no son antisemitas, y defienden su país con «fanatismo» aun cuando no son nacionalsocialistas. Ha llegado la hora de ir acabando con la sobrevaloración de lo ideológico; lo ideológico pudiera dar ocasión a una guerra, pero no explica por qué los soldados matan o perpetran crímenes de guerra.

La guerra y la actuación de los trabajadores y operarios de la guerra son banales; tan banales como lo es siempre la conducta del ser humano en circunstancias heterónomas, por ejemplo en la empresa, en un departamento oficial, en la escuela o en la universidad. Ello no obstante, esta banalidad libera la violencia más extrema de la historia de la humanidad y deja tras de sí más de cincuenta millones de muertos y un continente arrasado, en numerosos aspectos, durante varias décadas.

¿Cuán nacionalsocialista fue la guerra de la Wehrmacht?

Nosotros somos la guerra. Porque somos soldados.

Willy Peter Reese, 1943

Asesinato de prisioneros de guerra, fusilamientos de civiles, masacres, trabajo forzoso, saqueos, violaciones, la tecnificación de la guerra y la movilización de la sociedad: todos estos rasgos característicos de la segunda guerra mundial no eran, de por sí, nada nuevo. Lo nuevo era su dimensión y sus cualidades, que dinamitaban todo lo conocido hasta el momento. Y para los tiempos modernos, lo nuevo fue, sobre todo, la medida en que la violencia se liberó de ataduras hasta llegar a la masacre industrializada del pueblo judío. Aquí, sin embargo, no pretendemos formular una valoración ulterior del carácter de la segunda guerra mundial. Se trata, sobre todo, de la cuestión de qué fue específico de las percepciones y actuaciones contemporáneas de los soldados alemanes, y qué elementos se repiten igualmente en otras guerras del siglo XX.

Como son estos dos aspectos de la segunda guerra mundial los que forman el prisma a través del cual nuestro presente contempla su historia, se plantea asimismo la cuestión de qué elementos —en esta guerra y, sobre todo, en las percepciones y actos de los soldados de la Wehrmacht que la llevaron a cabo— fueron específicos del nacionalsocialismo y qué otros eran típicos de la guerra en general.

A quién se mata

El 12 de julio de 2007, en Bagdad, dos helicópteros estadounidenses dispararon contra un grupo de civiles, entre los que estaba el fotógrafo de Reuters Namir Noor-Eldeen. En su mayoría, esas personas, de acuerdo con lo que se muestra en un vídeo de a bordo difundido por WikiLeaks,[1] murieron de inmediato; una persona, pese a estar a todas luces herida de gravedad, se empeña con denuedo por arrastrarse fuera de la zona de peligro. Cuando aparece una furgoneta y dos personas intentan rescatar al herido, las tripulaciones de los helicópteros estadounidenses abren fuego otra vez. No solo mueren los que habían salido a prestar socorro; poco tiempo después se demuestra que también dos niños que se encuentran dentro de la furgoneta han quedado gravemente heridos por el tiroteo. El motivo de este ataque fue que las tripulaciones de los helicópteros del primer grupo vieron, primero en una persona y luego en varias, objetos que identificaron como armas. Como hubo acuerdo en esta definición, desde el helicóptero abrieron fuego y luego una cosa llevó a la otra.

Fuente: WikiLeaks.

El conjunto se desarrolla en el plazo de unos pocos minutos. El acta de la intercomunicación de los soldados es muy reveladora:

00:27 De acuerdo, tenemos un blanco a quince, de camino a ti. Es un tipo con un arma.
00:32 Entendido.
00:39 Hay un...
00:42 Hay unos, eh, cuatro o cinco...
00:44 Control de tierra, entendido. Uno-seis.

00:48 ... esta ubicación y hay más que siguen andando y uno tiene un arma.
00:52 Entendido, blanco quince recibido.
00:55 OK.
00:57 ¿Ves a toda esa gente que hay ahí, de pie?
01:06 Aguanta. Y abre el patio.
01:09 Sí, entendido. Calculo que probablemente son unos veinte.
01:13 Ahí hay uno, sí.
01:15 Ah, sí.
01:18 No sé si eso es...
01:19 Eh, control de tierra, entendido, uno-seis.
01:21 Eso es un arma.
01:22 Sí.
01:23 [...]
01:32 ¡Maldito cabrón!
01:33 Hotel dos-seis, aquí Crazy Horse uno-ocho [comunicación entre el helicóptero 1 y 2]. Tengo personas armadas.
01:41 Sí. Él también tiene un arma.
01:43 Hotel uno-seis; Crazy Horse uno-ocho. Tengo a cinco o seis personas con AK-47. Solicito permiso para atacar.
01:51 Entendido, eso. Ah, no tenemos a nadie al este de nuestra posición. Tienes vía libre para atacar. Cambio.
02:00 Todo claro, atacamos.
02:02 Entendido, adelante.
02:03 Voy a ... No puedo pillarlos porque están detrás de ese edificio.
02:09 Mm, eh, control de tropas en tierra...
02:10 ¡Eso es un RPG [cohete anticarro]!
02:11 Muy bien, tenemos a un hombre con RPG.
02:13 Voy a disparar.
02:14 De acuerdo.
02:15 No, espera. Demos un rodeo. Por detrás de los edificios, ahora mismo, desde nuestro punto de vista ... Muy bien, vamos a rodearlos.
02:19 Hotel dos-seis; tengo contacto visual con un individuo con RPG. Me preparo para disparar. No vamos a...

02:23 Sí, teníamos a un hombre que ha disparado y ahora está detrás del edificio.
02:26 ¡Maldita sea!

La perdición de las personas que había en tierra empieza en el momento en que uno de los soldados de los helicópteros cree reconocer a un iraquí armado. Desde el momento de esta identificación, el grupo de personas de tierra, que los tripulantes observan a gran distancia, por medio de monitores, se convierte en un «blanco»: la intención de apuntar contra ese blanco y destruirlo resulta prácticamente automática, a partir de aquí. Al cabo de unos pocos segundos, otros tripulantes identifican nuevas armas; en pocos segundos pasamos de una persona armada a varias; las armas se convierten en rifles semiautomáticos del tipo AK-47; finalmente, un AK-46 da paso a un cohete anticarro. Cuando el primer helicóptero recibe la orden de atacar, el grupo desaparece de su vista, porque ha quedado detrás de un edificio. En este momento, la percepción de los soldados se centra sobre todo en enmarcar de nuevo a aquellas personas con el visor. Ahora, los supuestos insurgentes no solo llevan armas, sino que también las utilizan; se nos dice: «Teníamos a un hombre que ha disparado y ahora está detrás del edificio». Del hecho simple de que el grupo desaparezca de la vista de los tripulantes, se deriva la intención de «neutralizar» lo antes posible a esas personas, es algo inexorable. Toda cuestión sobre si se trata realmente de «insurgentes» y si en verdad hay armas en juego se ha resuelto, al mismo tiempo, por sí sola. Los soldados han definido la situación; a partir de esta definición se desarrolla un proceso lógico. El pensamiento en grupo y las confirmaciones mutuas sobre lo percibido dan un giro fantástico a la situación fáctica; en realidad, lo que los soldados ven, no logran verlo en ningún caso los espectadores del vídeo. Pero estos también quedan descargados de toda decisión: ante ellos se desarrolla un suceso con el que no tienen nada que ver. La tarea de las tripulaciones de los helicópteros, como de las tropas de tierra, consiste en luchar contra los «insurgentes»; y a toda persona que se halla abajo, en la calle, se la percibe desde esta premisa. Cualquier sospecha que una persona en esa situación despierte sobre sí, por las razones que sean, tiene la fatal propiedad de confirmarse por sí sola

mediante nuevos indicios. Cuando un grupo de personas que, en apariencia, ya está claramente identificado, desaparece del campo visual, en la percepción de los soldados impera el peligro extremo: ahora todo se reduce a eliminar el «blanco».

02:43 Vía libre para disparar.
02:44 Muy bien, disparo.
02:47 Avisa cuando les hayas dado.
02:49 Disparemos.
02:50 Déjalos fritos a todos.
02:52 ¡Venga, dispara!
02:57 Sigue disparando, sigue disparando.
02:59 Sigue disparando.
03:02 Sigue disparando.
03:05 Hotel. Control de tropas dos-seis, control de tropas dos-seis, tenemos que movernos, es la hora.
03:10 Muy bien, hemos disparado contra los ocho individuos.
[...]
03:23 Muy bien, jajaja, les he dado ...

En un plazo de tiempo muy breve, ocho hombres han muerto y uno está herido. El propio ataque ha hecho que ya no quepa dudar de la definición de la situación; pues si antes solamente había una fantasía, ahora se ha desarrollado en efecto una acción de combate. El vídeo, tras su publicación ilegal, fue recibido como algo espectacular, sobre todo porque mostraba con meridiana claridad cómo unos soldados estadounidenses mataban, desde el aire y sin que mediara ningún peligro para ellos, a un grupo de civiles inofensivos. Sin embargo, si se analiza con más detalle, pierde todo ese carácter espectacular. Todo lo que se puede ver en él ocurre de forma incesante en el marco de referencia «guerra», y en parte es incluso inevitable que ocurra aquí. Con el vídeo de WikiLeaks se puede ilustrar, de modo vívido, qué quiere decirse al afirmar que, cuando alguien define una situación como real, las consecuencias que de ello resultan son reales (véase la p. 19). Los soldados tienen una labor que cumplir y se esfuerzan por

cumplirla. Para hacerlo, contemplan el mundo como profesionales: ahí abajo no hay nadie que no sea sospechoso. También forma parte de una observación profesional del mundo el intercambio de percepciones; y este, con la tendencia a que los comentarios y las observaciones ya hechas se confirmen mutuamente. Así, de un arma pasamos a varias, y finalmente a cohetes, y de esta manera pasamos de los transeúntes a los combatientes. Puede denominarse «dinámica de la violencia», «pensamiento en grupo» o también «dependencia del camino»: de hecho, todos estos elementos se juntan aquí con una lógica falsa y conducen a la muerte de un total de once personas, en unos pocos minutos. Pero el proceso no termina aquí, ni mucho menos. Los soldados hacen balance:

04:31 Oh, sí, mírate a esos cabrones muertos.
04:36 Bonito.
[...]
04:44 Bonito.
04:47 Buen tiro.
04:48 Gracias.

Lo que desde fuera parece cinismo (y así se comentó igualmente en los medios de comunicación) no es más que la confirmación profesional de que se ha hecho un buen trabajo. Y esta confirmación mutua manifiesta una vez más que, desde el punto de vista de los soldados, los muertos eran efectivamente blancos contra los cuales estaban disparando *legítimamente*. Los muertos del otro bando se consideran casi siempre combatientes, guerrilleros, terroristas o insurgentes. Esta definición, que se confirma a sí misma, se encuentra como regla vigente entre los soldados estadounidenses en la guerra de Vietnam: «Si está muerto y es un vietnamita, entonces es del Vietcong»[2] (véanse las pp. 112-113), exactamente igual a como figura en la justificación que ofrecen los soldados de la Wehrmacht para el asesinato de mujeres y niños por ser «guerrilleros» o «partisanos». Siempre es la acción violencia que deriva de la definición la que confirma a posteriori el acierto de la definición. Con ello, la violencia actúa como medio de demostración de que uno ha juzgado correctamente una situación. En el caso de los

vídeos de WikiLeaks se ve claramente cómo la violencia transforma una situación en la que imperan los déficits de orientación —los hombres no saben exactamente qué deben hacer— en una situación unívoca: cuando todos están muertos, se ha instaurado el orden. Cuando el proceso ya se ha desarrollado, se observan todos los detalles, ahora solo a la luz de la definición antes dada por supuesta. La furgoneta con los hombres que desean llevarse de la zona de peligro a los heridos graves *es* un vehículo enemigo y, por lo tanto, los que ofrecen socorro *son* en realidad *más* terroristas.

Fuente: WikiLeaks.

Incluso la circunstancia de que en la furgoneta hubiera niños que resultaron heridos por las balas de los soldados estadounidenses se puede tomar como una nueva confirmación de la definición ya hecha.

17:04 Entendido, tenemos, tenemos que eh..., evacuar a este niño. Eh..., tiene una eh..., tiene una herida en el vientre.
17:10 Aquí no puede hacer nada. Hay que evacuarlo. Cambio.
[...]
17:46 Bueno, la culpa es suya por traerse a los niños al combate.
17:48 Así es.

Aquí puede verse lo fuerte que resulta la definición: que los niños resultaran heridos no fue ni siquiera un «daño colateral», del que no pudiera culparse a las tripulaciones de los helicópteros; tampoco hay ningún indicio de que algo se haya hecho mal; es solo una prueba más de que los «insurgentes» son de lo más pérfidos: ni siquiera vacilan en llevarse a los niños a la guerra.

La definición del enemigo

Cuando, entre tanto, los artilleros del helicóptero exigen imaginariamente a los heridos graves que se arrastran para alejarse de allí: «Vamos, colega. Lo único que tienes que hacer es levantar un arma», se reproduce la misma forma de demostración: pórtate según te hemos definido, actúa como actúa un insurgente, y entonces te mataremos. Este modo de definición que se cumple a sí misma ya lo habíamos visto en nuestro material, en las secciones de lucha contra los partisanos: en aquel caso se trataba de la munición que se suponía se les había encontrado, lo que hizo que se les fusilara allí mismo en cuanto «terroristas» (véase la p. 112).

Esta es una característica general de la violencia bélica: el comportamiento de los que se han definido como «enemigos» confirma en el combate la exactitud de la definición según la cual son enemigos. Esto no tiene nada que ver con prejuicios, estereotipos, ideologías ni concepciones del mundo. Más allá de la circunstancia de que los «blancos» son factores de peligro, todos sus otros rasgos carecen de importancia: todo indicio relevante solo hace que añadir un motivo suficiente para matar. En la guerra

de Vietnam se sospechó incluso de bebés, porque podían esconder granadas de mano; en la segunda guerra mundial, en caso de dudas, incluso los niños podían ser guerrilleros, y en Iraq, «insurgentes».

El historiador Bernd Greiner, en su completo estudio sobre la dinámica de la violencia en la guerra de Vietnam, ha descrito una serie de ejemplos relativos a la identificación indudable de los enemigos. La definición más simple nos dice que las personas que huyen son enemigos y, por tanto, hay que disparar contra ellos: por el hecho de huir, ellos mismos se hacen sospechosos de pertenecer al Vietcong.[3] Algo más complicado es encontrar «pruebas» de que las personas examinadas forman parte del Vietcong; pero igual que en nuestras actas de las escuchas, el hallazgo de munición puede valer como prueba de que no estamos ante civiles, sino ante enemigos. A menudo son «pruebas» que carecen de toda lógica; así, en Vietnam se arrasaron pueblos en los que se había dejado munición de origen soviético para poder atribuirla al Vietcong. La 9.ª división de infantería de Estados Unidos mató a un total de 10.899 personas, pero solo se incautó de 748 armas. La simple aritmética apunta que, en este caso, se mató a 14 civiles por cada verdadero miembro del Vietcong. La justificación, a este respecto, afirmaba: «Se mató a los *vietcong* antes de que pudieran tomar las armas».[4] En la guerra de Vietnam, los soldados enemigos se enfrentaban a un problema difícil a la hora de identificar al enemigo, porque el Vietcong desarrollaba una guerra de guerrillas contra el ejército estadounidense. El hecho de no saber si uno se enfrentaba a combatientes irregulares o bien a simples civiles inocentes suponía una gran carga para los soldados. Esta falta de orientación en una «guerra sin frentes» (Greiner), una guerra de tipo asimétrico, remite en general a la obligación urgente de, precisamente en circunstancias de violencia, determinar con seguridad con quién se ha encontrado uno. Desde el mismo momento en que la mayoría de los soldados del propio bando no mueren en combate, sino de resultas de ataques irregulares, mediante explosivos y emboscadas, la orientación se convierte en necesaria para la propia supervivencia. A esto se añade la desorientación provocada por la propia emboscada. Así la describe también un sargento de las fuerzas armadas de la Alemania federal, desplegado en Afganistán: «Cuando uno cae en una emboscada, se impone un gran

nerviosismo. Lo primero que necesitamos es una fase de situación: ¿contra quién y dónde disparan? Es una sensación asquerosa, por decirlo aun finamente. Ocurre que el enemigo siempre es superior, porque ha elegido su sitio y sabe qué está pasando. [...] A mí siempre me alegraba cuando podía bajar. Porque con eso pierdes la protección del vehículo, pero a cambio eres un blanco más pequeño. Y además puedes actuar de nuevo tú solo, disparar, esconderte».[5] Solo en una situación en la que está claro quién es enemigo y quién no, se puede actuar con una meta clara y, por ende, lograr seguridad; y, fatalmente, la violencia es el medio exacto con el que se puede obtener esa seguridad de orientación de una forma más sencilla, rápida y unívoca. Después de la violencia, todos los puntos borrosos al respecto quedan eliminados.

Por eso, en el caso de la Wehrmacht, la violencia más extrema contra civiles y personas no implicadas en la guerra se da, sobre todo, en la lucha contra los partisanos. Aquí, como ya hemos visto, impera entre los soldados espiados, sin ninguna clase de cuestionamiento, la versión que afirma que se tiene derecho a matar a los guerrilleros (y a todos los que uno tenga por tales), quemar sus pueblos y practicar el terrorismo de forma deliberada. Desde la guerra franco-alemana de 1870-1871, la figura amenazadora del *franc-tireur*, como combatiente irregular, interpretó en el mundo imaginativo de los militares alemanes un papel destacado; en la Wehrmacht, tuvo vigencia la doctrina de que, ante el despertar de una actividad guerrillera, había que ahogarla mediante la violencia bruta.[6] A la inseguridad factual se le añadía asimismo un «factor de transmisión» que convertía la «dureza indispensable» contra los guerrilleros en un elemento que se interiorizaba como necesario y natural.

Cuando se actúa en circunstancias de guerra, lo siguiente es característica general que la definición de «enemigo» legitime todas las acciones que se llevan a cabo a consecuencia de esa definición. A este respecto, la guerra de la Wehrmacht no se diferencia, en ningún modo, de otras guerras; y, desde esta perspectiva, también son idénticas incluso las guerras asimétricas y las interestatales. Siempre corresponde a la definición de los combatientes determinar quién *es* enemigo y quién no. El eventual argumento de que uno solo se defendería contra él, contra su intención de

hacerse con el dominio mundial o contra su actividad violenta, ofrece para ello un telón de fondo que siempre se toma en consideración en los consejos de guerra, las entrevistas y los propios testimonios; es así porque, en estos casos, los agentes deben justificar por qué han hecho lo que han hecho. Cuando la violencia ocurre, sin embargo, no requiere de tales justificaciones. Así lo formula también la jefa de un equipo médico móvil que trabajaba en Afganistán con rango de brigada: «En la batalla, se siente una gran furia. Apenas queda tiempo para reflexionar, todo eso no viene hasta después».[7]

Pero el punto decisivo es lo que podía verse en el ejemplo de las tripulaciones de los helicópteros de Iraq: con plena independencia de las circunstancias históricas, culturales y políticas, la definición de la situación inmediata y los agentes presentes en ella establecen las condiciones de todo lo que ocurre después. El pensamiento en grupo y la dinámica de la furia de la violencia que se está desarrollando favorecen luego un resultado casi siempre letal.

Venganza por lo que nos hicieron, nos hacen y nos podrían hacer

La analogía de la muerte por definición se puede ampliar razonablemente, por cierto, hasta cubrir incluso el genocidio. También el asesinato de judíos se definió como un acto de defensa —al menos, así lo hicieron los que, desde las teorías raciales, inventaron y organizaron el exterminio—, cuyo sujeto era el pueblo, y no los agentes concretos. No es casualidad, a este respecto, que en ocasiones se califique de guerrilleros a los judíos que se va a matar, es decir, se los catalogue como enemigos irregulares a los que es legítimo eliminar: «Donde hay un judío, hay un partisano».[8]

El asesinato definido como defensa se encuentra también en otros contextos culturales e históricos. El genocidio de los tutsi ruandeses, perpetrado por los hutu en los años noventa del pasado siglo, se originó en una forma de percepción e interpretación que Alison des Forges ha denominado acertadamente como «acusación en un espejo»: en una especie de fantasía de genocidio putativo, uno atribuye siempre al otro bando que se ha buscado el exterminio completo del propio grupo. Sin embargo, el

esquema de la acusación reflejada no supone solo, en ningún caso, un fenómeno sociopsicológico, sino que se recomienda explícitamente como método de propaganda: con ayuda de esta técnica, se decía, «el bando que ejerce el terrorismo acusa de terrorismo a su enemigo».[9] El reverso lógico de la difusión de las fantasías amenazadoras es el surgimiento de una prontitud a la defensa por parte de aquellos que se sienten amenazados; así, toda forma de ataque asesino y exterminio sistemático, mutatis mutandis, se puede percibir como una imprescindible acción defensiva.

Esto resulta especialmente tangible en el motivo de la «venganza», que, en los relatos bélicos, interpreta un papel tan destacado —en completa independencia del contexto cultural, histórico y espacial— que aquí se hace necesario hablar de un tópico narrativo. La historia resultante, a la que han dado diversa forma las novelas, el cine y los propios relatos de guerra, se desarrolla siempre así: un soldado informa de cómo un buen amigo ha caído en combate de una forma particularmente espeluznante y artera. Desde este momento —así suele terminar la historia, normalmente— el narrador ha decidido pagar al enemigo con la misma moneda. En ocasiones, esta figura narrativa adquiere más autenticidad con una promesa que el narrador ha jurado ante el amigo moribundo (véase la p. 108). Sea como fuere, el trauma personal por la mencionada pérdida basta para legitimar la manera despiadada en que se actuará contra el enemigo. Un soldado estadounidense envía estas palabras a su padre, desde Vietnam:

> Uno de los artilleros me acaba de contar que han podido llegar hasta el número 37 [helicóptero destruido en tierra en una operación militar del Vietcong]. Piloto y copiloto, los dos, tienen tiros en la cabeza de armas de gran calibre. Dos tíos excelentes. Papá, ahora estoy más decidido que nunca a hacer todo lo posible para que estos cabrones repulsivos desaparezcan de la faz de la tierra. Aún me queda aquí un largo tiempo de servicio y que el cielo ayude a quienquiera de ellos que se cruce en mi camino, ya sea hombre, mujer o niño. La destrucción total y completa es el único modo de tratar con estos animales. Nunca había pensado que podría odiar así, como estoy odiando ahora.[10]

El psiquiatra Jonathan Shay, que ha trabajado con veteranos de Vietnam, cuenta que la venganza por la muerte de un amigo especial movió a numerosos soldados estadounidenses a prolongar su tiempo de servicio en aquella guerra.[11] Es lo mismo que cuenta el autor Philip Caputo sobre su

intervención: «Odiaba al enemigo no por su política, sino por el asesinato de Simpson [un compañero], la ejecución de aquel joven cuyo cuerpo fue encontrado en el río, que apagaran la vida de Walt Levy. La venganza fue un motivo que me hizo apuntarme, voluntariamente, a una *line company*. Quería tener la ocasión de matar a alguien».[12]

Esta clase de sentimientos de venganza, que atribuyen la necesidad de procesos brutales y crueles a las propias experiencias de pérdida, también se pueden generalizar. Así, en aplicación del dogma bíblico «ojo por ojo, diente por diente», la conducta del otro se observa como algo que requiere directamente un pago en la misma moneda (al menos, en el mismo «sistema monetario»). En el siguiente ejemplo de la segunda guerra mundial, un soldado estadounidense habla, en una carta, sobre la confiscación de viviendas a los alemanes: «La situación se está poniendo difícil de verdad y ahora estos *krauts* se van a tragar su propia medicina por barriles».[13] Otro desea a los japoneses —después de haber visitado la Nagasaki destruida y de pensar que ahora los nipones debían considerar a los estadounidenses como unos bárbaros— «que se les pueda hacer sufrir una décima parte de las brutalidades que han cometido ellos contra nuestros hombres, cuando los han tomado prisioneros. Alguna gente dice que esta es una gente sencilla, que no está al tanto de los hechos o que están bajo algún hechizo; pero ninguna nación puede dirigir una guerra como la que han hecho ellos sin el apoyo de la mayoría de su pueblo».[14] A consecuencia de todo esto, el deseo de venganza contra el pueblo enemigo también se incluyó entre los objetos de estudio del grupo de autores encabezado por Samuel A. Stouffer en su completo estudio sobre el *American Soldier* y las actitudes de estos en guerra.[15]

No todos los soldados son capaces de llevar a la práctica sus sentimientos de venganza contra aquellos que conciben como enemigos. Pueden verse frenados, por ejemplo, por la intervención de otros soldados o por un brote espontáneo de sentimientos de empatía. O también puede ocurrir que criterios de eficiencia en el cumplimiento del deber asignado impidan la realización práctica de los sentimientos de venganza, como muestra esta carta de un comandante médico alemán destinado en Afganistán:

> A más tardar, después de la segunda alarma en el búnker, hasta el más filántropo desarrolla unas sangrientas ansias de venganza. La solución militar más sencilla, que en este caso también es la preferida de los soldados, es un contraataque de la artillería a gran escala. Técnicamente no supone ningún gran problema: localizar el origen del disparo, apuntar los cañones y devolver el fuego. Dura menos de un minuto. Quizá los primeros lanzadores de cohetes del enemigo también tuvieron mala suerte, pero los talibanes no son tontos. Los siguientes ya tenían un cable largo y hacían despegar los cohetes al lado de una escuela infantil.[16]

Esta clase de reflexiones y observaciones propias sobre la aparición de los sentimientos de venganza, para los cuales resulta igualmente fácil hallar material comparable de otras guerras,[17] destaca sin duda la importancia del motivo de la venganza en la situación bélica de los soldados.

Sin hacer prisioneros

El trato otorgado a los prisioneros de guerra, durante la segunda guerra mundial, adoptó formas muy distintas. Varió desde el seguimiento literal de la Convención de Ginebra hasta la matanza colectiva. Mientras en los campos alemanes solo murió entre el 1 y el 3 por 100 de los prisioneros angloestadounidenses, la cifra de los soldados del Ejército Rojo asciende a cerca del 50 por 100;[18] esta cifra supera en mucho incluso la elevada tasa de mortalidad de los prisioneros aliados en cautividad de los japoneses. El exterminio sistemático mediante el hambre, que interpreta un papel en las propias actas de las escuchas, es algo que sin duda queda fuera del marco de referencia convencional de la guerra y solo cabe comprender en el marco de la guerra de exterminio nacionalsocialista. Dicho sea de paso, las actas también muestran que los soldados espiados consideraban del todo reprobable el trato dado a los prisioneros del Ejército Rojo y que podían desarrollar empatía por los maltratados.[19] Aunque, en su mayoría, la tropa no solía entrar en contacto con la auténtica vida cotidiana de los campos, los soldados han visto pasar los incontables trenes de prisioneros del frente hacia la retaguardia y tenían una idea clara y exacta de cómo se trataba a los soldados enemigos. Sin embargo, la mayoría fueron solo espectadores; las posibilidades de alterar en algo las circunstancias fueron siempre muy limitadas.

En la zona de combate se presentaba una situación completamente distinta. Aquí prácticamente todo soldado normal era un agente a quien correspondía decidir por sí solo, en la mayoría de los casos, si mataba a su adversario o si lo hacía prisionero. En el calor de la batalla, siempre había que negociar desde cero cuándo el soldado enemigo que aún se quería matar se convertía en un prisionero cuya vida se debía proteger. Esta zona gris podía prolongarse durante horas o incluso días, por ejemplo cuando los prisioneros y sus guardias se veían envueltos en nuevas acciones de combate.

Según fuera la situación, hubo soldados enemigos a los que se fusiló nada más entregarse, a menudo inmediatamente. Esto no es en ningún caso específico de las fuerzas armadas alemanas ni de la guerra nacionalsocialista: el asesinato de prisioneros de guerra es un fenómeno que ya estaba muy difundido en la Antigüedad. La dimensión del fenómeno, sin embargo, sí creció de forma exorbitante en el siglo XX. En numerosas otras guerras se han dado instrucciones, oficiales o semioficiales, de «no hacer prisioneros»; e incluso cuando no había mediado tal instrucción, en el combate era frecuente que a los soldados les resultara más sencillo matar a los combatientes enemigos que desarmarlos, alimentarlos, trasladarlos y custodiarlos. En esos casos, los informes hablan de personas «fusiladas cuando intentaban huir» o de que «no se han hecho prisioneros». Ya en la primera guerra mundial, hubo prisioneros de guerra a los que se dio muerte ora por venganza ora por envidia, puesto que uno mismo debía seguir luchando y arriesgar la vida mientras los prisioneros de guerra estaban en situación de seguridad. Los peligros y esfuerzos adicionales ya mencionados, que comportaba la captura de prisioneros, también se pueden constatar como motivo a este respecto.[20] Todo esto lo hallamos también en las guerras de Corea y Vietnam, y cabe dar por sentado que en Iraq y Afganistán no ha sido ni es distinto. Las condiciones situacionales, en la guerra, establecen a menudo reglas distintas a las establecidas en las Convenciones de Ginebra. A menudo a los soldados les parece poco aconsejable, sino del todo prescindible, asumir la carga de los soldados enemigos convertidos en prisioneros, y, en consecuencia, se desembarazan de ellos. En la segunda guerra mundial, este fenómeno ocurrió en todos los

teatros bélicos, aunque no en todos con la misma intensidad. Allí donde los combates resultaban particularmente feroces, la cifra de prisioneros muertos subía de forma abrupta. Las unidades de élite, debido a su particular culto a la dureza, tendían con especial frecuencia a ejecutar a los soldados enemigos que deseaban entregarse. En este sentido, la 82.ª división aerotransportada no mostró en Normandía un comportamiento muy distinto al de la división de las SS «Götz von Berlichingen».[21]

La dimensión máxima de la erupción de violencia, durante la segunda guerra mundial, se dio en los combates realizados en la Unión Soviética y el Pacífico. Pero la violencia extrema no fue extraña ni siquiera al desarrollo cotidiano de la que se ha dado en llamar «la guerra normal»[22] de Europa, en Francia o en Italia; y ello, en los dos bandos. Joseph Shomon, comandante de una «unidad de registro de tumbas» de las fuerzas estadounidenses, comentaba que «incluso en las situaciones desesperadas, los alemanes solían luchar hasta el final y se negaban a rendirse. [Después,] cuando se les había agotado la munición, se disponían a rendirse y rogaban compasión, [pero como muchos estadounidenses perdían la vida en ese intermedio, a menudo nuestras tropas mataban a los alemanes».[23] Según Linderman, los soldados estadounidenses mataban a tiros a los prisioneros de guerra alemanes, sobre todo debido a la sed de venganza por haber perdido a compañeros. Junto a las circunstancias situacionales, no obstante, este autor apunta también a factores intencionales especiales que podían conducir al asesinato de los cautivos. Por ejemplo, que se diera la orden de no hacer prisioneros[24] o que los soldados apresados respondieran a las características de los «nazis de Hollywood», esto es, saludaran con un «Heil Hitler» o pertenecieran a formaciones de las SS.[25] Cuatro años después de acabada la guerra, Ernest Hemingway se jactaba de haberse cargado a un impertinente prisionero de las Waffen-SS.[26]

En suma: mucho de lo que, en relación con los crímenes de guerra, a posteriori nos parece espantoso, irregular y bárbaro, pertenece en realidad al marco de referencia de la guerra. Por eso los comentarios correspondientes que hallamos en nuestras actas de las escuchas no llaman especialmente la atención, como no lo hacen tampoco en las noticias y los comentarios de los soldados estadounidenses de la guerra de Vietnam. El carácter nada

llamativo que esta clase de crímenes de guerra tiene para los soldados que participan en ellos —mientras no sean motivo de juicio— se justifica en el hecho de que se trata de violencia instrumental. Que en la guerra se recurra a la violencia instrumental difícilmente extrañará a nadie.

La guerra como trabajo

En todas las sociedades modernas, el trabajo es una categoría clave de la actuación social. Lo que cada uno hace se ordena en un universo de objetivos que, en la mayoría de los casos, no se ha impuesto uno mismo, sino que los mandan desde el exterior: lo hacen nuestros superiores, el sistema de reglas de la instrucción, la empresa o el comando, etc. Dentro de los contextos de actuación con reparto del trabajo y la responsabilidad, cada individuo, de forma aislada, solo carga por definición con una responsabilidad concreta; más exactamente, sobre la fracción del proceso conjunto a la que aportan algo. Pero precisamente esto explica que los acuerdos de reparto del trabajo puedan liberar disposiciones a actuar y actuaciones de diversa clase: así, los que eran pilotos de Lufthansa o policías de la reserva se convierten en personas que matan a civiles; así, lo que eran compañías aéreas, fábricas de hornos o cátedras de patología se convierten en organizaciones que fomentan el asesinato colectivo. Las instituciones y los contextos funcionales de la sociedad son reserva de potenciales[27] y esto resulta particularmente válido en situación de guerra. En el caso de una movilización, y sobre todo en el proceso de una guerra total, las instituciones, empresas y organizaciones que en tiempos de paz desarrollan labores perfectamente inocuas en sus muy distintos campos adquieren «importancia bélica» porque pueden redirigir su potencial con facilidad.

Desde el punto de vista histórico, los casos en los que las espadas se han convertido en rejas del arado son notablemente menos frecuentes que aquellos en los que un coche civil, como el Volkswagen, da origen a uno militar, como el Kübelwagen. Pero esto solo muestra que son precisamente los contextos de actuación modernos, basados en la razón instrumental, la responsabilidad particular y el reparto de tareas, los que pueden aceptar y

servir cualquier objetivo imaginable. Por ello, tras analizar una colección de cartas de guerra enviadas por los soldados alemanes desde el frente oriental durante la segunda guerra mundial, a Ute Daniel y Jürgen Reulecke se les impone la tesis de Jens Eberts: parece «como si la guerra, en la medida en que se puede articular con los valores del mundo laboral en tiempos de paz (diligencia, firmeza, perseverancia, deber, obediencia, subordinación, etc.), se puede asumir por entero. En el frente y en las acciones de los comandos especiales lo único que cambiaba era el contenido del "trabajo", pero no las ideas sobre el "trabajo" y la organización de este. A este respecto, el soldado se convierte en un "trabajador de la guerra".[28]

Este tipo de interpretación laboral de las tareas bélicas se muestra también en una carta de Vietnam, en la que un capitán de la infantería de Marina justifica ante su madre la decisión de prolongar su tiempo de servicio y le explica con detalle la misión de dirigir el trabajo de matar, lleno de responsabilidad y de atractivos.

> Aquí hay un trabajo que está por hacer. Casi cada día hay que tomar decisiones difíciles, que no se pueden tomar a la ligera. Mi experiencia es inestimable. Este trabajo necesita a quien lo sepa hacer a conciencia. El grupo de hombres que hace este trabajo necesita a un jefe que lo sepa hacer a conciencia. En las últimas tres semanas hemos matado a más de 1.500 hombres en una sola operación. Ahí ves la responsabilidad. Aquí me necesitan, mamá.[29]

Precisamente por esto, cuando hay guerra no necesariamente se requiere una reorganización psíquica de gran alcance; tampoco una especial fuerza de voluntad o una socialización en la muerte. Con la guerra, solamente se ha desplazado el contexto en el que uno hace lo que ya estaba haciendo. Para los soldados, que, por definición, en este nuevo contexto solo deben hacer aquello para lo cual se les ha formado, no se transforma nada de nada; nada, fuera de que ahora va en serio. La transición de la instrucción y el ejercicio a la aplicación real se vive —como han demostrado ya una multitud de ejemplos— de varios modos; no es raro que se viva con miedo y sorpresa, pero también puede vivirse con entusiasmo y fascinación. Ahora bien, en ningún caso se modifica la definición de qué debe uno hacer y para qué está uno ahí.

Que la guerra es también y sobre todo un trabajo, y que así se la entiende, no se expresa solamente en el orgullo laboral, ya mencionado, y en la descripción de cuanto uno ha logrado; aprovechemos para decir que también se expresa en el reconocimiento del «buen» trabajo bélico por parte del enemigo correspondiente. En nuestras actas de las escuchas, esto se constata, por ejemplo, cuando se reconoce que los soldados del Ejército Rojo son buenos en su trabajo, con plena independencia de la imagen que la propaganda daba de ellos como «bolcheviques infrahumanos». Desde el punto de vista del enemigo, el soldado alemán recibe una valoración similar.[30] La mutua percepción, sin embargo, también adquiere forma por efecto de los estereotipos culturales. Por ello los miembros del Ejército Rojo son antes que nada, para los alemanes, combatientes arrojados y maestros de la improvisación. Sin embargo, a veces su brutalidad y su desprecio a la muerte los deja sin palabras y, para poder explicar ese comportamiento, recurren a los estereotipos culturales sobre «los rusos».[31] Como los soldados japoneses trataban a los prisioneros de guerra con extrema brutalidad, entre los estadounidenses se formó una percepción según la cual los *japos* pasaban a ser considerados, cada vez más, como unos oponentes inhumanos. Los otros aspectos de su conducta también parecían del todo incomprensibles a los soldados estadounidenses. Que, por ejemplo, mataran a sus propios heridos y prisioneros de guerra liberados, o que los náufragos de los barcos japoneses nadaran para huir de sus rescatadores estadounidenses, los llevó a percepciones radicalizadas basadas en los estereotipos culturales a su disposición, que se fueron ampliando sistemáticamente hasta que al fin los enemigos quedaron reducidos a *japos* o «simios japoneses». Resulta llamativo que, a ojos de los soldados estadounidenses, los *krauts* —los soldados alemanes— no vivieran esta reducción animalizadora.[32]

El grupo

La universalidad del modo en que los soldados perciben la guerra también experimenta una fractura cultural. No todos los soldados son iguales, a ojos de todos los soldados: las diferencias que marcan la vida también en

tiempos de paz no desaparecen en los tiempos de guerra. Otro aspecto distingue la guerra de la paz —pero no una guerra de otra—, y es el factor de la camaradería y el papel extraordinariamente importante del grupo, sin el cual resulta sencillamente imposible comprender la conducta individual de los soldados en la guerra. Los soldados no actúan en solitario; incluso cuando, como tiradores de precisión o pilotos de caza, en la práctica se mueven con independencia, siguen integrados en un grupo que se mantiene unido antes y después del combate. Por ello el ya mencionado estudio de Samuel Stouffer,[33] que se publicó en 1948, llega a la conclusión de que el papel del grupo en el comportamiento individual de los soldados es significativamente más importante que, por ejemplo, las convicciones ideológicas, las ideas políticas o los motivos de venganza personal.[34]

Este hallazgo no solo es válido para las fuerzas armadas estadounidenses; también para la Wehrmacht, y expresamente para ella, Shils y Janowitz destacaron que su fortaleza combativa no obedecía en lo esencial a las convicciones nacionalsocialistas, sino a la satisfacción de necesidades personales en el marco de las relaciones grupales.[35] Más aún: que este aspecto se vio especialmente favorecido por la estructura organizativa de la Wehrmacht, con sus modernas técnicas de gestión y de dirección de personal.[36] El «mundo próximo» social de los soldados es decisivo para lo que estos perciben de la guerra, cómo la interpretan y según qué parámetros rigen y valoran sus propias acciones. Todo participante de un grupo se concibe a sí mismo del modo en que cree que el grupo lo ve; y esto ofrece —según ha elaborado Erving Goffman en su estudio sobre el «estigma»— el motivo más fuerte para comportarse en conformidad con el grupo.[37] En la guerra, durante un tiempo incalculable y en las circunstancias más extremas, el soldado forma parte de un grupo que en un principio ni puede abandonar ni puede organizar de acuerdo con sus propias preferencias; a diferencia de la vida civil, no puede decidir de quién se acompaña. Pero justo porque no hay alternativas al grupo en el que uno participa y que uno cointegra, ese se convierte en la instancia práctica y normativa más decisiva de todas; más aún, bajo las condiciones existenciales de la entrada en combate.

Cuando por ejemplo en los *combat briefings* de Vietnam se decía a menudo: «Yo no sé por qué estoy aquí; tú no sabes por qué estás aquí; pero ahora que tú y yo estamos aquí, también podemos intentar hacer un buen trabajo y dar lo mejor de nosotros para seguir con vida»;[38] esta idea subraya que el grupo de camaradas posee, para todo lo que sucede, se piensa y se decide, mucha más importancia que las concepciones del mundo, las convicciones e incluso las misiones históricas que forman el contexto justificativo exterior de una guerra. La cara interior de la guerra, según esta se representa para los soldados, es distinta: es la cara del grupo. También lo ve así el combatiente de Vietnam Michael Bernhardt, que se negó a participar en la masacre de My Lai y, con ello, se convirtió en un *outsider*: «Lo único que cuenta es qué piensa la gente sobre ti, aquí y ahora. Lo único importante es lo que piensa de ti la gente de tu entorno inmediato. [...] Ese grupo de personas [...] era todo el mundo. Lo que ellos consideraban correcto, era correcto. Y lo que a ellos les parecía mal, estaba mal».[39]

Por su parte, el soldado alemán Willy Peter Reese lo formuló así:

> Igual que la ropa de invierno, al final, solo dejaba libres los ojos, el ser soldado solo dejaba sitio para los rasgos individuales más minúsculos. Íbamos uniformados. No solo sin lavar, sin afeitar, cargados de piojos y enfermos, sino también mentalmente desmoronados, nada más que una suma de sangre, entrañas y huesos. Nuestra camaradería nacía de la dependencia mutua obligatoria, del alojarnos juntos en un espacio demasiado estrecho. Nuestro humor nacía de la desgracia por la desdicha ajena, el humor negro, la sátira, las obscenidades, la mordacidad, la carcajada furiosa y un juego con los muertos, los cráneos desparramados, los piojos, el pus y los excrementos, la nada del alma. [...] No teníamos ninguna fe que nos guiara y toda la filosofía servía solo para hacer más soportable la pérdida. El hecho de que éramos soldados bastaba para justificar los crímenes y las depravaciones y bastaba como base de una existencia en el infierno. [...] Nosotros nada importábamos, nada importaba el hambre, las heladas y el tifus, la disentería y las congelaciones, los tullidos y los muertos, nada los pueblos destruidos, las ciudades saqueadas, la libertad y la paz. Lo que menos importaba eran las personas en sí mismas. Podíamos morir tranquilos.[40]

Lo que resuena en las palabras de Willy Peter Reese —quien, por cierto, murió en efecto poco después— es otro universal de la guerra: *los motivos son indiferentes*.[41]

Ideología

El gran tema de las elaboraciones literarias y cinematográficas de la guerra, desde Erich Maria Remarque y pasando por Ernst Jünger hasta el *Apocalypse Now* de Francis Ford Coppola, es la irrelevancia de las ideologías y los «grandes» objetivos de la guerra. Y, de hecho, con la salvedad de un pequeño y por lo general poco relevante grupo de «combatientes por ideología», es característica central de los soldados el distanciamiento e indiferencia con respecto a las causas que han originado su situación. Es algo que no vale solo para el estado de declive que describe Willy Peter Reese; cuando las batallas son exitosas, lo que ocupa el lugar más destacado en la percepción de los soldados es también la victoria inmediata, el «derribo» recién conseguido o el pueblo tomado, y no cuestiones abstractas como por ejemplo la «conquista del espacio oriental», la «contención del bolchevique» o, según corresponda, el «peligro amarillo». Esta clase de cuestiones, como se ha dicho, forman el telón de fondo de la guerra y de las acciones de combate relacionadas con ella; pero solo raramente suponen el motivo concreto de las interpretaciones y actuaciones de cada soldado en las situaciones en las que se encuentra cada uno en cada momento.[42]

Esto se extiende a lo largo de todo el siglo XX. La característica psicosocial de la experiencia de la primera guerra mundial fue la desilusión de que bajo las «tormentas de acero» de la «guerra de trincheras» no quedara ni un resto de heroísmo e ideología. Esta experiencia primordial de la falta de sentido de la guerra la vivieron igualmente los soldados estadounidenses en Corea, Vietnam en Iraq, y los alemanes en Afganistán; siempre se vivió de nuevo, pero ahora intensificada por la abstracción cada vez mayor de los motivos: ¿por qué debería uno luchar en un país remoto por la libertad de unas personas que sienten odio por sus «libertadores»? ¿Por qué defender territorios y personas con las que uno no tiene absolutamente ninguna relación personal?

En la guerra de Vietnam, un sargento explicó esta experiencia a un amigo con las siguientes palabras:

> Sin duda, los americanos mueren y yo no denigraría a nadie que sirva «con orgullosa devoción» y fe. Quizá en algún momento no haya sido esa una idea completamente perversa. Pero la ofensiva impuesta desde el exterior, la corrupción y luego el desprecio que se ha creado

> entre las gentes y los grupos, todo eso entra en plena contradicción con las palabras «nobles» que se han empleado para justificar esta guerra. Esto demuestra que es mentira el falso entusiasmo con el que se pronuncian esas palabras cada cierto tiempo. Ahora es una guerra de supervivencia ...[43]

Y en la actualidad oímos decir a un capitán del 373.er batallón de paracaidistas en Kunduz: «Al principio aún queríamos conseguir algo, quizá apoderarnos de algún trozo de terreno. Pero después de la muerte de mis hombres, a veces nos preguntamos sin aún vale la pena. ¿Por qué arriesgar nuestra vida, cuando los talibanes vuelven en cuanto nos hemos ido? Luchamos por nuestra vida y nuestra misión, cuando en efecto tenemos alguna. Al final, por lo que luchamos aquí en Kunduz es por la propia supervivencia».[44]

No es infrecuente que esta clase de testigos de la experiencia de la guerra muestren fuertes similitudes y coincidencias. También Andrew Carroll, fundador de un *Legacy Project* que ha recogido una enorme cantidad de cartas de guerra,[45] afirma que lo que más le ha sorprendido al comparar los puntos de vista de las cartas de guerra rusas, italianas y alemanas de la segunda guerra mundial no son sus diferencias, sino la semejanza con las cartas de los soldados estadounidenses.

La experiencia del absurdo no fue vivida por los soldados de la Wehrmacht, al principio de la guerra, con la intensidad con que la vivieron más adelante. A las cortas campañas victoriosas siguieron largas fases de tranquilidad y no eran pocos los que creían poder obtener incluso algún fruto personal de la guerra de conquista (véase la p. 55).[46] Con el éxito decreciente y las cargas más gravosas, derivadas de combates interminables, a partir del otoño de 1941 sin duda aparecieron en el trasfondo los motivos y las razones «ideológicas» y de «concepción del mundo», y fue ganando dominancia la sensación de hallarse abandonados a un suceso heterónomo con el cual uno, personalmente, apenas tenía que ver, más allá de que la propia vida dependía de él. Todos los estudios sociológicos de la segunda guerra mundial siempre hacen hincapié en la escasa función que desempeñan la ideología y la convicción abstracta en la práctica de la guerra. El grupo, la técnica, el espacio y el tiempo constituyen los parámetros con los cuales los soldados se orientan y que son

importantes para ellos. En este dominio del «mundo próximo», cuanto los soldados hacen solo se diferencia en su dimensión existencial de lo que hacen *siempre* en las sociedades modernas las personas que intentan cumplir con la tarea que se les ha encargado. Igualmente, cuando alguien trabaja para un consorcio energético, una aseguradora o una empresa química, «el capitalismo» no interpreta ningún papel en la resolución de sus tareas; y cuando otra persona, como policía, toma nota a un infractor de tráfico, o como agente ejecutivo, hace retirar un televisor de pantalla plana, no tiene en mente, al hacer tal cosa, el mantenimiento «del orden fundamental de una democracia libre»; simplemente resuelve una tarea que se le ha encomendado, una labor para la cual él está ahí. En la guerra, los soldados resuelven sus tareas con violencia; esto es también lo único que diferencia su acción, sistemáticamente, de la de otros trabajadores, empleados y funcionarios. Además, producen resultados distintos a los de los trabajadores civiles: muertos y destrucción.

Valores militares

Tanto como el «mundo próximo» social, la moderna ética del trabajo y la fascinación por la técnica forman parte del «soldado universal», tanto más existen igualmente, por descontado, puntos de vista plenamente específicos sobre la guerra y la violencia. En el proceso de formación del marco de referencia militar cabe reconocer marcas específicas del tiempo y también la nación. Las características temporales quedan particularmente claras en el hecho de que conceptos como los de honor, dureza y sacrificio poseen un valor muy distinto para la actual Bundeswehr, las fuerzas armadas alemanas del siglo XXI, del que poseían para la Wehrmacht.[47] Pero también en la primera guerra mundial, había valores —por ejemplo, el cumplimiento del deber, al menos fuera de la burguesía— que para los soldados alemanes no revestían la importancia que adquirieron en la segunda guerra mundial.[48] Aunque las transiciones fueron fluidas, el imperio del káiser, la república de Weimar, el Tercer Reich y la república federal son tiempos con sistemas de valores distintos entre sí.

Aún mayores son las diferencias en una comparación internacional, como nos muestra una ojeada a la Alemania nacionalsocialista, la Italia fascista y el Japón imperial. En el marco de referencia de los soldados alemanes, la valentía, la obediencia, el cumplimiento del deber y la dureza, como se ha visto, ocupaban un lugar central: tenían una importancia decisiva para la percepción e interpretación del modo de actuar de los soldados.[49] Este marco de referencia, con el que se estaba familiarizado ya en tiempo de paz, permaneció asombrosamente estable durante todo el transcurso de la guerra.

Sobre la base de este núcleo de valores, naturalmente, había aún diferentes construcciones acerca del sentido del combate. Un nacionalsocialista convencido no lo veía igual que un antiguo comunista; un general de cincuenta y dos años, probablemente, tampoco lo veía igual que un alférez de veintidós. En su comprensión de la milicia, sin embargo, todos eran iguales; y, en la batalla, la forma concreta que adquirieran los valores no interpretaba papel alguno, siempre que los soldados considerasen el núcleo como relevante para su interpretación y su actuación. La valentía seguía siendo valentía independientemente de si con ello se quería hacer una aportación al nuevo orden nacionalsocialista de Europa o bien a la preservación del honor de la Wehrmacht. Así, en su ética como soldados, apenas habrá habido diferencias entre dos comandantes de batallón con importantes condecoraciones, Axel von dem Bussche y Otto-Ernst Remer, aunque uno fuera una figura importante de la Resistencia y el otro participara en la supresión de esta en calidad de comandante del batallón de la guardia de Berlín.

Las consecuencias del canon de valores percibido positivamente fueron considerables: la Wehrmacht y la guerra que esta llevó a término no se pusieron nunca en duda, ni siquiera cuando se partía del hecho de que la batalla estaba perdida o cuando alguien se enfurecía por los crímenes. La concepción de tener que cumplir con el propio deber soldadesco fueran cuales fuesen las circunstancias estaba tan firmemente anclada en el marco de referencia que solo hubo dudas al respecto ante el riesgo de morir inmediatamente y ante la derrota militar completa. La actuación respetuosa con las normas solo podía chocar contra sus límites allí donde el sistema de

la Wehrmacht se desmoronaba o la propia muerte dejaba de ofrecer ninguna clase de sentido comprensible. El sacrificio de la propia vida sui géneris no fue nunca una parte del sistema de valores clásico de la milicia; y la dirección nacionalsocialista apenas tuvo éxito en su intento de radicalizarlo más durante la guerra.

Sin duda, también hubo influencias sociobiográficas en las interpretaciones de la guerra. Cuantitativamente, sin embargo, apenas tienen peso; y en la práctica tienen tan poco relieve como el entorno social. A lo sumo, el canon de valores militar halló menos arraigo en los núcleos duros del antiguo entorno social católico y socialista.[50] La capacidad de influencia de las formaciones militares resultó más eficaz. Así, las unidades de élite desarrollaron formulaciones propias del marco de referencia militar, tales que influyeron menos en la percepción de la guerra que en las consecuencias de su actuación. Para un soldado de élite, lo que contaba eran los hechos. Debía demostrar su bravura y dureza en la batalla, y no solo hablar sobre esos valores. También las distintas ramas del servicio militar, así como sus secciones, formaron identidades específicas que se vieron intensamente marcadas por las vivencias y los acontecimientos concretos. El tópico del combate hasta el final, por ejemplo, podía ser interpretado de un modo muy distinto por un infante, un piloto de caza o un tripulante de submarino.

Violencia

La violencia, cuando las situaciones culturales y sociales permiten que aparezca como un elemento razonable, la emplean todos los grupos de personas, literalmente: tanto hombres como mujeres; los más instruidos y los menos; católicos, protestantes y musulmanes. Ejercer la violencia es una acción social *constructiva*. Mediante ella, sus agentes consiguen objetivos y crean estados de cosas: imponen su voluntad a otros, separan a los integrados de los excluidos, crean fuerza, se apropian de los bienes de los subordinados. Sin duda, la violencia resulta *destructiva* para las víctimas; pero solo para ellas.

Todo esto no significa —por evitar una interpretación próxima, pero errónea— que exista una antropología de la violencia inevitable, que —como se dice a menudo, pero sin aportar pruebas— aguarda a desatarse bajo el fino barniz de la civilización. Solamente muestra que, hasta ahora, las comunidades humanas de supervivencia han elegido siempre la violencia cuando han visto en ella un sentido. En realidad, el barniz de la civilización no es nada fino: desde que los Estados nacionales modernos han introducido el principio del monopolio de la violencia, el uso de la violencia en el interior del Estado se ha reducido de forma radical y todas las acciones violentas personales resultan sancionables. Este progreso civilizador ha posibilitado la notable medida de libertad de la que gozan los habitantes de las sociedades democráticas. Pero no supone al mismo tiempo que se haya abolido la violencia: solamente ha adoptado otro formato. Y esto, en primer lugar, no significa que el monopolio de la violencia no se haya roto en ocasiones, personal o colectivamente; y tampoco significa que los estados democráticos se hayan abstenido per se de la violencia. Lo único que supone es que el marco de referencia de la violencia, en la época moderna, es distinto al que se da en las culturas no modernas; es decir, no se trata de violencia o no violencia, sino de la medida y el modo de su regulación. Para que el ser humano se decida a matar a otros seres humanos es suficiente con que se sienta existencialmente amenazado, se sienta legítimamente movido a ello o, por último, vea en ello un sentido político, cultural o religioso. Esto no afecta solo al empleo de la violencia en la guerra, sino también en otras situaciones sociales. Por ello, la violencia que ejercen los soldados de la Wehrmacht tampoco es más «nacionalsocialista» que la violencia que llevan a término, por ejemplo, los soldados británicos o estadounidenses. Solo allí donde se dirige al exterminio intencionado de personas que ni con la peor de las voluntades cabría definir adecuadamente como una amenaza militar se convierte en algo específicamente nacionalsocialista; y esto afecta al asesinato de los prisioneros de guerra soviéticos y, sobre todo, al exterminio de los judíos. La guerra ofrece para ello —como, dicho sea de paso, para todos los genocidios— el marco en el que se cancelan las restricciones propias de la civilización. La guerra comportó también que una gran cantidad de soldados de la Wehrmacht

actuaran como asistentes oficiales de aquella ejecución. Aunque la guerra no se redujo al exterminio de los judíos, sin embargo, al haber supuesto la forma más extrema de violencia hasta el momento, sí ha guiado y alterado la perspectiva sobre esta guerra. De hecho, este crimen, sin igual en la historia, domina en la percepción actual incluso por encima de la exorbitante violencia que se manifestó en la pérdida de más de cincuenta millones de vidas humanas, en la guerra más destructora de la historia, hasta el presente. La mayoría de las víctimas, sin embargo, no las provocó el Holocausto, sino la violencia de la guerra. Y desde entonces, todas las guerras muestran que es inadecuado irritarse por esto y admirarse de que, cuando hay guerra, haya seres humanos que mueran, les quiten la vida o queden tullidos. Cuando hay guerra, es así.

En lugar de esto, sería preferible preguntarse si, y en qué condiciones sociales, puede conseguirse que el ser humano deje de matar. Entonces podríamos prescindir de lamentar —cada vez que algunos Estados se deciden a emprender la guerra— que en ella se produzcan crímenes y violencia contra personas no implicadas en el conflicto. Estos se producen porque el marco de referencia «guerra» exige comportamientos y desarrolla estructuras de oportunidades en las que la violencia no puede ser limitada y contenida (o no por completo). Como toda actuación social, la violencia también posee una dinámica específica; y qué supone esto se ha podido ver en este libro.

¿Resultará posible, alguna vez, que un análisis histórico o sociológico de la violencia desarrolle, en la observación de su objeto, la misma indiferencia moral con la que un físico cuántico contempla un electrón? ¿Será capaz, en alguna ocasión, de describir el acto de matar como una posibilidad social, con la misma distancia con la que describe el funcionamiento de unas elecciones o un parlamento? Como hijas de la edad moderna, las ciencias sociales e históricas se hallan comprometidas con sus supuestos básicos sobre sí mismas y, en consecuencia, les resulta muy difícil lidiar con todos los fenómenos que amenazan con poner en cuestión esos supuestos.

Cuando se cesa de definir la violencia como una desviación, uno aprende más sobre nuestra sociedad y el modo en que esta funciona, que cuando uno sigue compartiendo sus ilusiones sobre sí misma. Es decir, cuando se incluye la violencia, en sus diversas formas, en el inventario de las posibilidades de actuación social de las comunidades de supervivencia humana, desde ese momento se ve que estas siempre son también comunidades de exterminio. La edad moderna confia en haberse distanciado de la violencia, pero esto es ilusorio. El ser humano mata por toda clase de motivos. Y el soldado mata porque es su función.

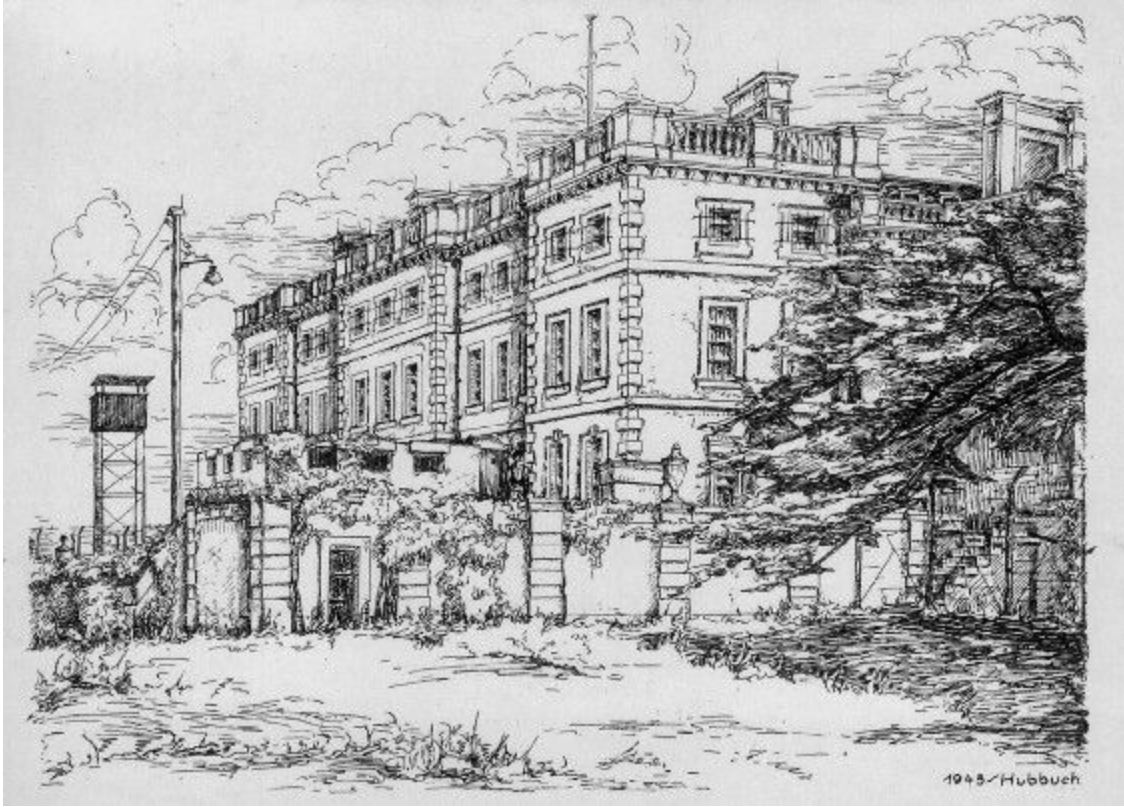
Apéndice

Las actas de las escuchas

Conoce a tu enemigo

Sun Tsu (h. 500 a. C.)

Desde que hay guerras, los participantes se han esforzado por espiar a sus enemigos, para así obtener ventajas en el combate. A finales del siglo XIX, se multiplicó el saber disponible de esta clase, gracias a la creciente interdependencia del mundo y a la revolución técnica en el transporte y los medios de comunicación. Así, el trabajo de reconocimiento e información se profesionalizó notablemente. Los primeros servicios secretos modernos surgieron en Gran Bretaña y se extendieron luego a otras grandes potencias. Durante la primera guerra mundial, se desarrollaron estructuras complejas para la recolección y evaluación de informaciones de fuentes muy diversas: descifrado de mensajes de radio, reconocimiento aéreo e interrogatorio de prisioneros de guerra son los recursos que deben mencionarse en primer lugar. El espionaje clásico, en comparación, perdió importancia con rapidez.



El campo de oficiales de Trent Park, dibujo del alférez Klaus Hubbuch, 1943. (Archivo Neitzel.)

Sobre la base de estas experiencias, el Ministerio de Guerra británico resolvió, en marzo de 1939, construir un centro de interrogatorio especial para prisioneros de guerra, en caso de que estallara una nueva guerra.[1] Por primera vez se adaptarían también las celdas de los prisioneros, con la instalación de micrófonos con los que espiar sus conversaciones de manera sistemática. Esta idea, en realidad, no era nueva. En el otoño de 1918, el armisticio había impedido la puesta en servicio de un centro de interrogatorio para prisioneros alemanes, ya provisto de micrófonos ocultos. Con la fundación del Combined Services Detailed Interrogation Centre (CSDIC; Centro de Interrogación Detallada de los Servicios Combinados), el 26 de septiembre de 1939, se recuperaron estos pensamientos. Tras un corto episodio en la Torre de Londres, el proyecto se mudó, el 12 de diciembre de 1939, a la mansión de Trent Park, al norte de la capital inglesa. En 1942 se les añadieron Latimer House y Wilton Park. En julio de 1942, el conjunto del CSDIC británico se trasladó a Latimer House; Wilton

Park se empleó para los prisioneros de guerra italianos[2] y Trent Park se conservó como campo de internamiento prolongado para los oficiales del estado mayor alemán.[3]

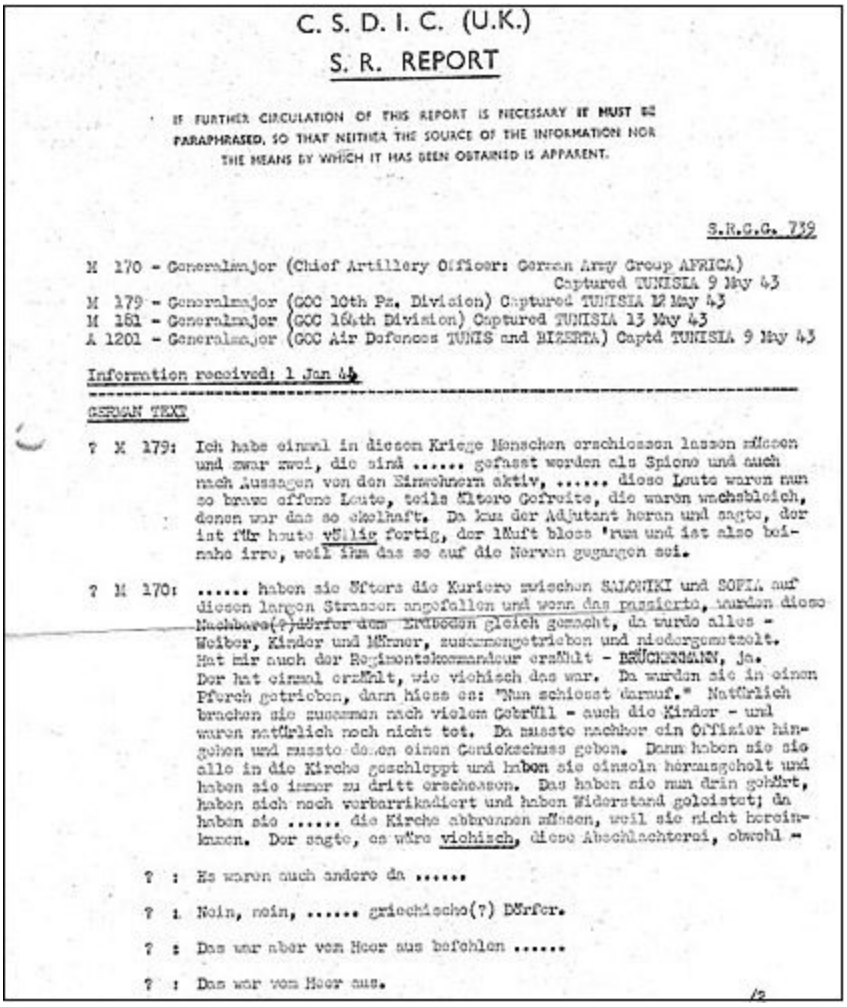
El sistema desarrollado por los británicos, de interrogatorio y espionaje, fue adoptado también por los estadounidenses; y los aliados no tardaron en poner en marcha toda una red de Centros Secretos de Interrogatorio[4] que se extendía por los cinco continentes. Junto a los campos del Mediterráneo cobraron especial importancia los de Estados Unidos. En el verano de 1941, el departamento de Guerra de Washington ya había decidido construir centros de interrogatorio propios. En el transcurso del año 1942 empezaron a funcionar dos Centros de Interrogatorio Conjunto, dirigidos al alimón por la Marina y el ejército de Tierra estadounidenses: el Fort Tracy, en California, para los prisioneros japoneses, y el Fort Hunt, en Virginia, para los prisioneros alemanes.

Hasta la primavera de 1945, británicos y estadounidenses retuvieron en sus manos a cerca de un millón de prisioneros alemanes; de ellos, desde luego, solo una parte poco numerosa visitó los campos especiales. Después de un proceso de interrogatorio con varias etapas, en el frente y la retaguardia, los oficiales de inteligencia escogen para una «observación» más próxima solo a los prisioneros que aparentan ser más interesantes. Y aun así, su número es impresionante: de septiembre de 1939 a octubre de 1945, 10.191 prisioneros de guerra alemanes y 563 italianos fueron conducidos a través de tres campos especiales, en Inglaterra. Su tiempo de internamiento variaba grandemente: oscilaba entre unos pocos días y hasta tres años. El CSDIC del Reino Unido completó 16.960 actas de lo escuchado a los prisioneros alemanes, y 1.943 relativas a los presos italianos,[5] que en conjunto suman cerca de 48.000 páginas. Los diversos emplazamientos del Mediterráneo —El Cairo, Argel y Nápoles— aportaron 538 actas a partir de 1.225 soldados alemanes.[6] En Fort Hunt se preservaron actas muy completas relativas a 3.298 prisioneros de la Wehrmacht y las Waffen-SS.

El material de las escuchas de origen británico consta de actas textuales en lengua alemana, con una extensión que oscila entre media página y 22 y que, por regla general, se acompañan también de traducción

inglesa. Por razones de preservación del secreto, los nombres de los espiados no se ofrecieron hasta 1944 y, en su mayoría, solo se anotaba el rango y la función. En muchos casos, sin embargo, el estudio posibilita recuperar los nombres reales. Sobre el origen sociobiográfico de los hombres, por desgracia, el material británico no ofrece ningún dato. A este respecto, los documentos estadounidenses son notablemente más informativos, porque en Fort Hunt no solo se espiaban las conversaciones de los prisioneros y se las grababa en caso de necesidad. Los oficiales de inteligencia también sometieron a los soldados alemanes a completos interrogatorios y les plantearon cuestionarios estandarizados para, con ayuda de los métodos de la todavía joven disciplina de las encuestas, realizar análisis morales de la Wehrmacht. Además, en las *Hojas de registro del personal* se recogían todos los datos personales importantes, que hoy permiten al historiador dar una ojeada significativa a las biografías. A ello se añaden aún diversos documentos adicionales, como por ejemplo textos biográficos redactados por los propios prisioneros o informes sobre observaciones peculiares. Todos los documentos que el personal de Fort Hunt preparó sobre sus internos se reunieron en una colección de hojas sueltas con una carpeta para cada prisionero, que estaba siempre a mano de los oficiales de interrogatorio.[7] Dispuestos en orden alfabético a partir del nombre de los prisioneros, estos archivos, conocidos como «201-Files», formaron una colección conjunta de más de 100.000 páginas.[8] El núcleo de estos materiales —las actas de las escuchas— comprenden cerca de 40.000 páginas.

La extensión de todos los informes de espionaje británicos y estadounidenses es sin duda impresionante. Sin embargo, hay dos aspectos en los que surgen dudas acerca de la significación de estos documentos:



C. S. D. I. C. (U.K.)

S. R. REPORT

IF FURTHER CIRCULATION OF THIS REPORT IS NECESSARY IT MUST BE PARAPHRASED, SO THAT NEITHER THE SOURCE OF THE INFORMATION NOR THE MEANS BY WHICH IT HAS BEEN OBTAINED IS APPARENT.

S.R.G.G. 739

M 170 - Generalmajor (Chief Artillery Officer: German Army Group AFRICA) Captured TUNISIA 9 May 43
M 179 - Generalmajor (GOC 10th Pz. Division) Captured TUNISIA 12 May 43
M 181 - Generalmajor (GOC 164th Division) Captured TUNISIA 13 May 43
A 1201 - Generalmajor (GOC Air Defences TUNIS and BIZERTA) Captd TUNISIA 9 May 43

Information received: 1 Jan 44

GERMAN TEXT

? M 179: Ich habe einmal in diesem Kriege Menschen erschiessen lassen müssen und zwar zwei, die sind ..... gefasst worden als Spione und auch nach Aussagen von den Einwohnern aktiv, ... diese Leute waren nun so brave offene Leute, teils Viktors Gefreite, die waren unheimlich, denen war das so ekelhaft. Da kam der Adjutant heran und sagte, der ist für heute völlig fertig, der läuft bloss rum und ist also beinahe irre, weil ihm das so auf die Nerven gegangen sei.

? M 170: ..... haben sie öfters die Kuriere zwischen SALONIKI und SOFIA auf diesen langen Strassen angefallen und wenn das passierte, wurden diese Nachbars(?)dörfer dem Erdboden gleich gemacht, da wurde alles - Weiber, Kinder und Männer, zusammengetrieben und niedergemetzelt. Hat mir auch der Regimentskommandeur erzählt - BRÜCKNERMANN, ja. Der hat einmal erzählt, wie viehisch das war. Da wurden sie in einen Pferch getrieben, dann hiess es: "Nun schiesst darauf." Natürlich brachen sie zusammen nach vielem Gebrüll - auch die Kinder - und waren natürlich noch nicht tot. Da musste nachher ein Offizier hingehen und musste denen einen Genickschuss geben. Dann haben sie alle in die Kirche geschleppt und haben sie einzeln herausgeholt und haben sie immer zu dritt erschossen. Das haben sie nun drin gehört, haben sich noch verbarrikadiert und haben Widerstand geleistet; da haben sie ..... die Kirche abbrennen müssen, weil sie nicht hereinkamen. Der sagte, es wäre viehisch, diese Abschlachterei, obwohl -

? : Es waren auch andere da .....

? : Nein, nein, ... griechische(?) Dörfer.

? : Das war aber vom Heer aus befohlen .....

? : Das war vom Heer aus.

/2

Un acta de las escuchas realizadas en Trent Park. (The National Archives, Londres.)

1. El grupo de soldados alemanes que toma la palabra en estas actas, ¿cuán representativo era?
2. ¿Cabe la posibilidad de que los soldados supieran que los espiaban? Y, en consecuencia, los diálogos documentados en las actas, ¿tienen algún posible elemento de falsedad?

La composición social de los prisioneros de guerra en los campos británicos y estadounidenses no era igual, lo que, además de resultar interesante, muestra que los aliados procedían con un reparto del trabajo. Los británicos espiaron sobre todo a los altos oficiales, así como a los miembros de la Marina y la fuerza aérea. En cambio, en Fort Hunt cerca de la mitad de los internos eran soldados de la tropa corriente, de rangos bajos

y, sobre todo, del ejército de Tierra. Apenas un tercio eran suboficiales y solo una sexta parte eran oficiales.[9] Así, los británicos se concentraron especialmente en la élite de la Wehrmacht, mientras que los estadounidenses se ocuparon más de los *ordinary men* de las unidades de combate.

Sin duda, este material no nos ofrece una muestra que podamos considerar representativa de la Wehrmacht y las Waffen-SS. Para conseguir esto, los 17 millones de miembros de la Wehrmacht habrían tenido que contar con la misma probabilidad estadística de recalar en uno de los campos de los interrogatorios. Esto, lógicamente, no fue así, porque por ejemplo los soldados que solo se desplegaron en el frente oriental no aparecen en nuestros materiales. Igualmente, los miembros de las unidades de combate —y, en particular, los tripulantes de los submarinos y el personal de vuelo de la Luftwaffe— están muy sobrerrepresentados.

Ello no obstante, la diversidad de los soldados espiados sí es completa. Aquí encontramos prácticamente todos los currículos militares imaginables, desde los nadadores de combate de la Marina hasta generales de administración e intendencia. En el transcurso de la guerra, estos hombres lucharon en todos los frentes, exhibieron ideas políticas de lo más distintas entre sí y pertenecieron a unidades de muy diverso tipo. Así, mientras que el estudio de las cartas de campaña, a menudo, reduce su alcance a los soldados relativamente más formados —pues solo de ellos proceden las colecciones de cartas más extensas—, en estas conversaciones hablan también soldados del frente de los que no conservamos ningún otro testimonio.

Naturalmente, hay que plantearse la pregunta de si los internos de los campos del espionaje eran conscientes de que escuchaban sus palabras. Cabría dudar del valor de autenticidad de estas fuentes alegando que seguro que sospechaban que británicos y estadounidenses deseaban estar al tanto de lo que sabían. Por ello sería concebible que, en sus conversaciones, hubieran generado una desinformación deliberada. De hecho, los métodos aliados de captación de la información no eran en absoluto desconocidos en Alemania. Antes de que lo trasladaran a Canadá, en octubre de 1940, Franz von Werra estuvo un breve tiempo en Trent Park y, tras huir de su

cautividad en manos de los británicos, informó extensamente sobre los métodos de interrogatorio de los ingleses.[10] El 11 de junio de 1941, el Ministerio de Exteriores y Defensa proclamó una directriz sobre la conducta que debían adoptar los miembros de la Wehrmacht que cayeran prisioneros de los ingleses, en la que se advertía sobre el uso de informadores con uniforme alemán e, igualmente, de la instalación secreta de micrófonos. Se hizo hincapié en que, de esta manera, el enemigo había logrado obtener información valiosa en repetidas ocasiones.[11] Además, en noviembre de 1943, el capitán de corbeta Schilling, que regresó a Alemania en el curso de un primer intercambio de prisioneros, aportó sus experiencias acerca del interrogatorio de los soldados alemanes. De este modo, el Alto Mando de la Wehrmacht averiguó el nombre de varios informadores que trabajaban para los británicos; y supo también que, en Trent Park, los generales alemanes «son demasiado francos e imprudentes en sus conversaciones mutuas; no guardan [...] la debida precaución». En adelante, por tanto, se advirtió insistentemente a los soldados de que, en caso de caer prisioneros, debían contar con informadores y otras posibilidades de espionaje.[12]

Las actas de las escuchas, sin embargo, atestiguan que en su mayoría los prisioneros alemanes olvidaron estas advertencias con toda rapidez, tan pronto como llegaron a sus oídos; y que ante sus camaradas charlaron sin ninguna precaución sobre los secretos militares. Así, en las conversaciones de los suboficiales y la tropa se hallan repetidas referencias a la película de la propaganda nacionalsocialista *El guerrero tras el alambre de espino*[13] y la exhortación mutua a no revelar ninguna información al enemigo. Pero en el mismo instante, uno contaba a sus compañeros lo que no le había desvelado al oficial responsable del interrogatorio[14] y con ello, por así decir, dictaba los secretos al micrófono del enemigo. En su mayoría, los soldados alemanes no contaban con que se espiaran sus palabras. Otro indicio claro de ello es que se incriminaban a sí mismos conversando sobre sus crímenes de guerra.[15] Ciertamente hubo también soldados que guardaron silencio; y unos pocos también pensaron en la posibilidad de que

en sus celdas pudiera haber micrófonos ocultos.[16] Pero estos tampoco tardaron mucho tiempo en abandonar la cautela. La presión de conversar con los demás compañeros era, a todas luces, superior a toda prevención.[17]

Además debemos tener en consideración que los servicios de información aliados empleaban toda clase de trucos refinados para enterarse de cuanto sabían los soldados. Para dirigir la conversación se empleaba a exiliados y prisioneros dispuestos a la colaboración, que actuaban como informadores.[18] También se disponía juntos a prisioneros de rangos similares, pero procedentes de unidades distintas. El método demostró su eficacia: así, mientras los tripulantes de los distintos submarinos exponían con toda minuciosidad sus experiencias, los oficiales de aviación comparaban sus vivencias de combate y los detalles técnicos de sus aparatos. A ello se añade que, a menudo, los soldados llegaban al campo a los pocos días de haber caído prisioneros. Es decir, estaban allí bajo la presión inmediata de su captura, en circunstancias a menudo dramáticas. Estas vivencias provocaban una necesidad de hablar particularmente intensa. A fin de cuentas, eran hombres que a menudo habían estado a punto de morir. En este punto, por lo demás, la conducta de los oficiales no se diferenció de la que mostraron los demás prisioneros.

Hasta qué punto muchos prisioneros estaban dispuestos a colaborar es un factor que muestran bien, una vez más, los informes de los interrogatorios del campo de Fort Hunt. Muchos hombres ponían precio a todo su saber, para procurarse beneficios en prisión o bien —en casos poco frecuentes— para realizar un acto de resistencia contra el régimen nacionalsocialista mediante su revelación de secretos.[19] Muchos incluso les dictaron a los oficiales aliados medidas exactas de los equipos y herramientas, esbozaron mapas con la situación de objetivos militares de Alemania o reprodujeron los planos de construcción de armas. En su mayoría, los prisioneros se arredraban antes de alcanzar tal grado de cooperación, desde luego; pero limitaban su autocensura, sin embargo, a un círculo muy reducido de hechos técnicos y de táctica militar. Por el contrario, cuando se tocaban cuestiones de política, de las circunstancias de la vida en Alemania o de la moral de la Wehrmacht, respondían con franqueza. Esta misma franqueza era la que usaban los prisioneros al

conversar entre sí, en charlas en las cuales, para mayor alegría de los servicios de información aliados, solamente los propios sentimientos eran un tema tabú.

Británicos y estadounidenses no hicieron aquella enorme inversión, desde luego, para satisfacer a las generaciones posteriores de historiadores. Así pues, ¿qué les aportó esta ofensiva de espionaje? Las actividades de los servicios de información durante la segunda guerra mundial fueron sumamente complejas y no se apoyaron nunca en una fuente única. Sacar partido de los prisioneros pertenecía al ámbito de la sección del espionaje conocida como «Inteligencia humana», que, dentro de la red de obtención y valoración de informaciones, sin duda desempeñaba un papel crucial. De esta manera, con la creciente duración de la guerra, los aliados lograron formarse una idea amplia de todos los ámbitos de la Wehrmacht. Esto incluía tanto el estado, la táctica y la moral de las fuerzas armadas alemanas como las especificaciones técnicas de su armamento. En la batalla aérea por Inglaterra se manifestó por primera vez el potencial de la Inteligencia humana y, en adelante, resultó inconcebible excluirla del proceso de obtención de información. El éxito más espectacular de la Inteligencia humana fue, probablemente, la defensa frente a las armas-V o de represalia, para lo cual el indicio decisivo lo aportó una conversación espiada entre los generales Wilhelm von Thoma y Ludwig Crüwell.[20]

Indudablemente, la inversión valió la pena y los aliados tuvieron confirmación clara de que habían construido un sistema de Inteligencia humana muy eficaz. Por lo demás, este fue también el motivo de no emplear las actas en los juicios por crímenes de guerra. No debían darse a conocer, bajo ninguna circunstancia, los métodos propios de obtención de informaciones y noticias.[21]

Agradecimientos

Un libro como el presente se funda en investigaciones que descansan sobre muchos hombros. Sin el apoyo de numerosos colegas, tanto hombres como mujeres, no habría sido posible producir este estudio. Queremos expresar nuestro agradecimiento, en primer lugar, a las Fundaciones Gerda Henkel y Fritz Thyssen, que han financiado nuestro grupo de investigación. Los doctores Michael Hanssler, Angela Kühnen, Frank Suder y sus respectivos equipos nos han apoyado con una entrega extraordinaria. Ellos y sus casas son ejemplos impresionantes de lo centrada, eficiente, simple y, en el terreno personal, agradable que puede resultar la promoción de la ciencia. Al profesor y doctor Michael Matheus, director del Instituto Histórico Alemán en Roma (DHI), le agradecemos su participación en la solicitud, su amplio apoyo al desarrollo del proyecto en Roma, y también la organización de una conferencia en abril de 2008, donde pudimos presentar nuestros resultados a las y los colegas italianos. En el mismo DHI, también queremos dar las gracias de corazón al doctor Lutz Klinkhammer, por haber apoyado la parte italiana de este proyecto. El Instituto de Estudios Culturales de Essen no fue solo el emplazamiento central de nuestra investigación, sino también huésped de talleres, conferencias y ponencias con las que pudimos avanzar nuestro proyecto en una atmósfera extraordinariamente inspiradora e interdisciplinar.

A nuestras colaboradoras y colaboradores —doctor Christian Gudehus, doctor Amedeo Osti Guerrazzi, doctor Felix Römer, doctora Michaela Christ y los diplomados Sebastian Groß y Tobias Seidl— les damos las gracias por tres años de trabajo conjunto, intensivo y constructivo. Han formado un equipo de investigación formidable, con el que ha sido todo un placer colaborar. En junio de 2008 se nos unió también el doctor Richard Germann, del Instituto Ludwig Boltzmann de Ciencias Sociales Históricas, en Viena. Le debemos numerosos datos sociobiográficos relativos a los

soldados cuyas conversaciones se espiaron y, muy especialmente, sobre los soldados austríacos en la Wehrmacht. El doctor Dietmar Rost nos proporcionó numerosas pistas sobre las percepciones e interpretaciones de los soldados estadounidenses.

Nos alegra mucho haber podido introducir también el trabajo de este proyecto en la enseñanza universitaria, de lo que han resultado varias tesinas de licenciatura. Falko Bell, Nicole Bögli, Stephanie Fuchs, Alexander Hoerkens, Frederik Müllers, Anette Neder, Katharina Straub, Martin Trentlein, Daniela Wellnitz y Matthias Weusmann han aportado, con sus estudios, contribuciones de importancia para que el conjunto del proceso llegara a buen puerto. Queremos agradecer de corazón el compromiso de todos ellos.

Nos han aportado su apoyo, además de propuestas y pistas de importancia, el doctor Alexander Brakel, doctor Christian Hartmann, doctor Johannes Hürter, profesor y doctor Gerhard Hirschfeld, profesor y doctor Michael Kißener, profesor y doctor McGregor Knox, doctor Peter Lieb, doctor Timothy Mulligan, doctor Axel Niestlé, profesor y doctor Andreas Rödder, doctor Thomas Schlemmer, doctor Klaus Schmider y Adrian Wettstein. El doctor Jens Kroh, Manuel Dittrich, la doctora Sabine Meister, Vanessa Stahl y Florian Hessel ayudaron en la elaboración del manuscrito. A todos ellos, gracias. Y, finalmente, también a la editorial S. Fischer, por la confianza y, ante todo, al profesor y doctor Walter Pehle, por su lectura experta y cuidadosa, como de costumbre.

Sönke Neitzel y Harald Welzer, diciembre de 2010

Nota de los autores:

En la reproducción de las actas de las escuchas, se han corregido sin previo aviso los errores de sintaxis y ortografía evidentes. Los puntos suspensivos precedidos y seguidos de un espacio señalan pasajes omitidos por los redactores de las actas, de las fuerzas aliadas, que también marcaron los nombres y lugares incomprensibles con interrogantes. Las omisiones propias las hemos señalado con paréntesis cuadrados.

Nota del editor

En la traducción de la transcripción de las actas se han mantenido los rastros de oralidad originales.

Índice de abreviaturas

AFHQ Allied Forces Headquarters [Cuartel general de las fuerzas aliadas]
BA/MA Bundesarchiv/Militärarchiv, Freiburg i.Br. [Archivo Federal/Archivo Militar, Friburgo de Brisgovia]
CSDIC (UK) Combined Services Detailed Interrogation Centre (UK) [Centro de Interrogación Detallada de los Servicios Combinados (Reino Unido)]
GRGG General Report German Generals [Informe general: generales alemanes]
HDv Heeresdienstvorschrift [Regulaciones de Servicio en el ejército de Tierra]
ISRM Italy Special Report Army [Italia, informe especial, Tierra]
I/SRN Italy/Special Report Navy [Italia, informe especial, Marina]
KTB Kriegstagebuch [Diario de guerra]
NARA National Archives and Records Administration, Washington D. C. [Archivos Nacionales y Administración de Documentos, Washington D. C.]
OKW Oberkommando der Wehrmacht [Alto Mando de la Wehrmacht]
PAAA Politisches Archiv des Auswärtigen Amts [Archivo político del Ministerio de Exteriores de Alemania]
SKl Seekriegsleitung [Jefatura de la guerra naval]
SRCMF Special Report Central Mediterranean Forces [Informe especial de las fuerzas del centro del Mediterráneo]
SRIG Special Report Italian Generals [Informe especial sobre los generales italianos]
SRGG Special Report German Generals [Informe especial sobre los generales alemanes]
SRM Special Report Army [Informe especial sobre el ejército de Tierra]
SRX Special Report Mixed [Informe especial mixto]

SRN Special Report Navy [Informe especial sobre Marina]
SRA Special Report Air Force [Informe especial sobre la fuerza aérea]
TNA The National Archives, Kew, London [Archivos Nacionales británicos, Kew, Londres]
USHMM United States Holocaust Memorial Museum [Museo Estadounidense Conmemorativo del Holocausto]
WFSt Wehrmachtführungsstab [Estado mayor general de la Wehrmacht]

Notas

PRÓLOGOS

1. El grupo de investigación está dirigido por el dr. Christian Gudehus y consta del dr. Amedeo Osti Guerrazzi, el dr. Felix Römer, la dra. Michaela Christ, Sebastian Groß y Tobias Seidl. Para saber más sobre cómo están profundizando en sus análisis, véase el reciente libro de Harald Welzer, Sönke Neitzel y Christian Gudehus (eds.), *Der Führer war wieder viel zu human, viel zu gefühlvoll!,* Fráncfort del Meno, 2011.

2. SRA 2670, 20-6-1942, TNA, WO 208/4126.

3. SRA 3686, 20-2-1943, TNA, WO 208/4129.

VER LA GUERRA CON LOS OJOS DE LOS SOLDADOS

1. Otro impulso más para el concepto del marco de referencia procede del sociólogo francés Maurice Halbwachs, asesinado en el campo de concentración de Buchenwald, quien apuntó la intensidad con la que los marcos sociales (*cadres sociaux*) influyen en el recuerdo.

2. No hay certeza absoluta de cuántas personas cayeron en verdad presas del pánico. El *New York Times* tituló el 31 de octubre de 1938 *«Radio Listeners in Panic, Taking War Drama as Fact»* e informó de diversos acontecimientos puntuales, tales como la huida de los habitantes de todo un bloque de viviendas, pero no se hizo eco de ningún pánico verdaderamente colectivo. No obstante, es cierto que aquí, para un número considerable de personas, quedó rota la frontera (en ocasiones tenue) entre la ficción y la realidad.

3. Gregory Bateson, *Ökologie des Geistes*, Fráncfort del Meno, 1999.

4. Alfred Schütz, *Der sinnhafte Aufbau der sozialen Welt. Eine Einleitung in die verstehende Soziologie*, Fráncfort del Meno, 1993.

5. Erving Goffman, *Rahmenanalyse*, Fráncfort del Meno, 1980, p. 99.

6. Kazimierz Sakowicz fue un periodista polaco que, en 1941, empezó a tomar notas muy detalladas sobre la masacre de los judíos lituanos. Véase Rachel Margolis y Jim Tobias (eds.), *Die geheimen Notizen des K. Sakowicz. Dokumente zur Judenvernichtung in Ponary 1941-1943,* Fráncfort del Meno, 2005, p. 53.

7. Erving Goffman, «Rollendistanz», en Heinz Steinert (ed.), *Symbolische Interaktion*, Stuttgart, 1973, pp. 260-279.

8. Williamson Murray y Allan R. Millet, *A War to be Won. Fighting the Second World War*, Cambridge-Londres, 2001, p. 360. [Hay trad. cast.: *La guerra que había que ganar*, Crítica, Barcelona, 2002.]

9. En consecuencia, las vacas debían tenerse, durante la mayor parte del año, en el establo, y en el breve verano debía emplearse mucha energía para producir suficiente heno para el tiempo en el que la vaca no podía pastar autónomamente. Esta cuenta, naturalmente, se veía afectada por un buen número de factores desconocidos; hay constancia de que, cuando los inviernos eran demasiado largos, las vacas se quedaban tan delgadas que ya no podían caminar y había que trasladarlas hasta el prado por otros medios. Jared Diamond, *Kollaps*, Fráncfort del Meno, 2005.

10. Íbidem; Harald Welzer, *Klimakriege. Wofür im 21. Jahrhundert getötet wird*, Fráncfort del Meno, 2008. [Hay trad. cast.: *Guerras climáticas. Por qué mataremos (y nos matarán) en el siglo XXI*, Katz, Buenos Aires-Madrid, 2011.].

11. Paul Steinberg, citado por Michaela Christ, *Die Dynamik des Tötens*, Fráncfort del Meno, 2011.

12. Norbert Elias, *Was ist Soziologie?*, Múnich, 2004. [Hay trad. cast.: *Sociología fundamental*, Gedisa, Barcelona, 2008.]

13. Citado por Rolf Schörken, *Luftwaffenhelfer und Drittes Reich. Die Entstehung eines politischen Bewusstseins*, Stuttgart, 1985, p. 144.

14. Raul Hilberg, *Täter, Opfer, Zuschauer. Die Vernichtung der Juden 1933-1945*, Fráncfort del Meno, 1992, p. 138.

15. Martin Heinzelmann, *Göttingen im Luftkrieg*, Gotinga, 2003.

16. Anónimo, *Eine Frau in Berlin. Tagebuchaufzeichnungen vom 20. April bis 22. Juni 1945*, Fráncfort del Meno, 2003.

17. Norbert Elias, *Studien über die Deutschen,* Fráncfort del Meno, 1989.

18. Michel Foucault, *Überwachen und Strafen*, Fráncfort del Meno, 1994. [Hay trad. cast.: *Vigilar y castigar*, Siglo XXI de España, Madrid, 1978.]

19. Erving Goffman, *Asyle. Über die Situation psychiatrischer Patienten und anderer Insassen*, Fráncfort del Meno, 1973.

20. Rolf Schörken cuenta, sobre sus experiencias como auxiliar de antiaéreos, a los dieciséis años: «En las aulas de estas edades, en lo que era el funcionamiento ordenado de la escuela, los amos del cotarro solían ser aquellos alumnos que demostraban una buena combinación de inteligencia, deportividad y camaradería [...]. Ahora los que tomaban el control eran los tipos contrarios: aquellos cuyo cuerpo había madurado antes y que, sencillamente, eran más fuertes que los demás. La inteligencia que se promueve en la escuela, justo lo que entraba en la idea de "educación", eran ahora valores netamente negativos, que se acosaba sin compasión y eran objeto de chanzas y mofas. Quien hubiera leído un libro de intención seria, quien hubiera escuchado música seria, estaba verdaderamente perdido. [...] De estos nuevos creadores de opinión emergía una presión conformista —más aún, una imposición— que no se suavizaba mediante ninguna instancia de control. Esto contradecía solo en apariencia el hecho de que nosotros pertenecíamos a la Wehrmacht. En verdad, solo esta presunción permitía desfogarse plenamente de los combates». Schörken, *Luftwaffenhelfer und Drittes Reich*..

21. Robert Musil, *Die Verwirrungen des Zöglings Törleß*, Reinbek, 2006 [hay trad. cast.: *Las tribulaciones del estudiante Törless*, Sexto Piso, Madrid, 2007; Seix Barral, Barcelona, 2002]; Georges-Arthur Goldschmidt: *Die Befreiung*, Zúrich, 2007.

22. Harald Welzer, «Jeder die Gestapo des anderen. Über totale Gruppen», en Museum Folkwang (ed.), *Stadt der Sklaven/Slave City*, Essen, 2008, pp. 177-190.

23. «Room Conversation» Schlottig-Wertenbruch, 10-8-1944; NARA, RG 165, Entrada 179, Caja 540.

24. Jean-Claude Pressac, *Die Krematorien von Auschwitz. Die Technik des Massenmordes*, Múnich, 1994.

25. Klaus-Michael Mallmann, Volker Rieß y Wolfram Pyta (eds.), *Deutscher Osten 1939-1945. Der Weltanschauungskrieg in Photos und Texten*, Darmstadt, 2003, p. 120.

26. Hilberg, *Die Vernichtung der europäischen Juden*, Fráncfort del Meno, 1990, p. 1.080.

27. Hans Joachim Schröder: «Ich hänge hier, weil ich getürmt bin», en Wolfram Wette (ed.), *Der Krieg des kleinen Mannes. Eine Militärgschichte von unten,* Múnich, 1985, pp. 279-294.

28. Christopher R. Browning, *Ganz normale Männer. Das Reserve-Polizeibataillon 101 und die «Endlösung» in Polen*, Reinbek, 1996, p. 221.

29. Karl E. Weick y Kathleen M. Sutcliffe, *Das Unerwartete managen. Wie Unternehmen aus Extremsituationen lernen*, Stuttgart, 2003.

30. Joanna Bourke, *An Intimate History of Killing,* Londres, 1999, p. 26.

31. Haus der Wannsee-Konferenz (Hg.), *Die Wannsee-Konferenz und der Völkermord an den europäischen Juden*, Berlín, 2006, p. 65.

32. Gerhard Paul, *Bilder des Krieges, Krieg der Bilder. Die Visualisierung des modernen Krieges,* Paderborn *et al*., 2004, p. 236.

33. Alf Lüdtke, «Gewalt und Alltag im 20. Jahrhundert», en Wolfgang Bergsdorf, *et al*. (eds.), *Gewalt und Terror*, Weimar, 2003, pp. 35-52.

34. SRM 564, 17-6-1944, TNA, WO 208/4138.

35. Wolfram Wette (ed.), *Stille Helden – Judenretter im Dreiländereck während des Zweiten Weltkriegs*, Friburgo, Basilea y Viena, 2005, pp. 215-232.

36. Harald Welzer, *Täter. Wie aus ganz normalen Menschen Massenmörder werden*, Fráncfort del Meno, 2005, p. 183.

37. Mallmann, *Deutscher Osten*, p. 28.

38. Browning, *Ganz normale Männer*; Daniel Jonah Goldhagen, *Hitlers willige Vollstrecker. Ganz gewöhnliche Deutsche und der Holocaust*, Múnich, 1996.

39. Ibídem, p. 288.

40. GRGG 217, 29 a 30-10-1944, TNA, WO 208/4364.

41. Se cita mucho el resultado de que más del 60 por 100 de los sujetos del experimento —personas perfectamente normales— se mostraron dispuestas a administrar a otro sujeto del mismo experimento (aunque ficticio) descargas eléctricas letales. El experimento se ha repetido en más de diez países y los resultados siempre han sido similares. Sin embargo, hasta ahora se ha destacado demasiado poco que el porcentaje de los obedientes disminuía regularmente cuando se variaba la estructura del experimento. Ello evidenciaba que la proximidad social influye fuertemente en la disposición a obedecer: cuando se varía el contacto con el «alumno», y este se encuentra en el mismo espacio que el «maestro», o cuando el castigo debe desarrollarse de modo que el maestro, en caso de una respuesta incorrecta, debe apretar la mano del «alumno» sobre una placa portadora de corriente, en tales casos la disposición a obedecer se reduce claramente (al 40-30 por 100). La importancia de la variable de «proximidad social» también se evidenciaba cuando el «maestro» y el «alumno» eran amigos, conocidos o parientes que habían acudido juntos al experimento (por la «condición "Trae a un amigo"»). En este caso, la prontitud a obedecer caía hasta el 15 por 100 y, además, los «desobedientes» abandonaban el experimento mucho antes que los que se negaban a cumplir en los otros modelos experimentales.

42. Sebastian Haffner, *Geschichte eines Deutschen. Erinnerungen 1914 bis 1933*, Múnich, 2002, p. 279.

43. Thomas Kühne, *Kameradschaft: Die Soldaten des nationalsozialistischen Krieges und das 20. Jahrhundert,* Gotinga, 2006, p. 109.

44. Edward A. Shils y Morris Janowitz, «Cohesion and Disintegration in the Wehrmacht in World War II», en *Public Opinion Quarterly*, año 12, cuad. 2, verano de 1948.

45. Willy Peter Reese, *Mir selber seltsam fremd. Die Unmenschlichkeit des Krieges. Russland 1941-44*, Múnich, 2003, p. 150.

46. Morton Hunt, *Das Rätsel der Nächstenliebe*, Fráncfort/Nueva York, 1988, p. 77.

47. Ibídem, p. 158.

48. Citado según ibídem, p. 77.

EL MUNDO DE LOS SOLDADOS

1. SRN 929, 28-3-1942, TNA, WO 208/4143.

2. Richard J. Evans, *Das Dritte Reich*, 3 vols., Múnich, 2004, 2007, 2009; Norbert Frei, *1945 und wir. Das Dritte Reich im Bewußtsein der Deutschen*, Múnich, 2005; Wolfgang Benz, Hermann Graml y Hermann Weiß, *Enzyklopädie des Nationalsozialismus*, Múnich, 1998; Hans Dieter Schäfer, *Das gespaltene Bewusstsein. Vom Dritten Reich bis zu den langen Fünfziger Jahren,* Gotinga, 2009.

3. Robert N. Proctor, *Racial Hygiene: Medicine under the Nazis*, Cambridge, 1990.

4. Haffner, *Geschichte*, p. 105.

5. Ibídem, p. 109.

6. Harald Welzer, Sabine Moller y Karoline Tschuggnall, *«Opa war kein Nazi». Nationalsozialismus und Holocaust im Familiengedächtnis,* Fráncfort del Meno, 2002, p. 75.

7. Schäfer, *Das gespaltene Bewusstsein*.

8. Haffner, *Geschichte*, pp. 134 ss.

9. De nuevo Sebastian Haffner: «Lo extraño y descorazonador era que —además del primer espanto — esta primera declaración generosa de una nueva disposición homicida desencadenó en toda Alemania una oleada de conversaciones y discusiones; pero no sobre la cuestión del antisemitismo, sino sobre la "cuestión judía". Este ha sido un truco que, desde entonces, les ha funcionado a los nazis en muchas otras "cuestiones": al mismo tiempo que amenazaban públicamente con la muerte a alguien —a un país, a un pueblo, a un grupo de personas—, conseguían que de pronto se discutiera —es decir, se pusiera en cuestión— por todas partes no el propio derecho a la supervivencia, sino el de aquellos. De pronto, todo el mundo se sentía obligado y justificado a formarse y expresar una opinión sobre los judíos.» Ibídem, pp. 139 s.

10. Welzer, *Täter*, pp. 161 ss.

11. Peter Longerich, *Davon haben wir nichts gewusst! Die Deutschen und die Judenverfolgung 1933-1945*, Múnich, 2006, pp. 25 s.

12. Saul Friedländer, *Das Dritte Reich und die Juden. Die Jahre der Verfolgung 1933-1945*, Múnich, 1998, p. 24.

13. Michael Wildt, *Volksgemeinschaft als Selbstermächtigung. Gewalt gegen Juden in der deutschen Provinz 1919-1939*, Hamburgo, 2007.

14. Peter Longerich, *Politik der Vernichtung. Eine Gesamtdarstellung der nationalsozialistischen Judenverfolgung,* Múnich, 1998, p. 578.

15. Raphael Groß, *Anständig geblieben. Nationalsozialistische Moral*, Fráncfort del Meno, 2010; Welzer, *Täter*, pp. 48 ss.

16. Gerhard Werle, *Justiz-Strafrecht und deutsche Verbrechensbekämpfung im Dritten Reich,* Berlín/Nueva York, 1989.

17. Proctor, *Racial Hygiene*.

18. Robert J. Lifton, *Ärzte im Dritten Reich*, Stuttgart, 1999, p. 36.

19. Friedländer, *Das Dritte Reich*, pp. 49 ss.

20. Alex Bruns-Wüstefeld, *Lohnende Geschäfte. Die «Entjudung» am Beispiel Göttingens*, Hannover, 1997, p. 69.

21. Friedländer, *Das Dritte Reich*, p. 73.

22. Según una estadística contemporánea, el promedio de edad de los jefes del partido era de treinta y cuatro años, y en el estado, de cuarenta y cuatro. Cfr. Götz Aly, *Hitlers Volksstaat. Raub, Rassenkrieg und nationaler Sozialismus*, Fráncfort del Meno, 2005, pp. 12 ss.

23. Ibídem, p. 11.

24. Cfr. p. ej. Lutz Niethammer y Alexander von Plato, *Wir kriegen jetzt andere Zeiten,* Bonn, 1985; Harald Welzer, Robert Montau y Christine Plaß: *«Was wir für böse Menschen sind!» Der Nationalsozialismus im Gespräch zwischen den Generationen*, Tubinga, 1997; Welzer, Moller y Tschuggnall, *Opa*; Eric Johnson y Karl-Heinz Reuband, *What we knew. Terror, Mass Murder and Everyday Life in Nazi Germany*, Londres, 2005, p. 341; Marc Philipp: *Hitler ist tot, aber ich lebe noch. Zeitzeugenerinnerungen an den Nationalsozialismus*, Berlín, 2010.

25. Cfr. las anotaciones ya varias veces citadas de Sebastian Haffner, los diarios de Victor Klemperer o Willy Cohn o las cartas de Lilly Jahn.

26. Johnson y Reuband, *What we knew*, p. 349.

27. Ibídem, p. 357.

28. Ibídem, pp. 330 ss.

29. Citado según Karl-Heinz Reuband, «Das NS-Regime zwischen Akzeptanz und Ablehnung», en *Geschichte und Gesellschaft 32* (2006), pp. 315-343.

30. Cfr. ibídem. La posible objeción de que los mejor instruidos eran más francos con respecto a su pasado se puede refutar si recordamos que el *U. S. Strategic Bombing Survey*, que ya en 1945 recogió datos para valorar las consecuencias psicológicas del bombardeo de Alemania llegó a la misma conclusión.

31. Johnson y Reuband, *What we knew*, p. 341.

32. Götz Aly (ed.), *Volkes Stimme. Skepsis und Führervertrauen im Nationalsozialismus*, Fráncfort del Meno, 2006.

33. Schäfer, *Das gespaltene Bewusstsein*, p. 18.

34. Aly, *Volksstaat*, pp. 353 ss.

35. Schäfer, *Das gespaltene Bewusstsein*, p. 18.

36. Ibídem, p. 12.

37. Wolfram Wette *et al*., *Das Deutsche Reich und der Zweite Weltkrieg*, vol. 1, Stuttgart, 1991, pp. 123 ss.

38. Para una comparación internacional del discurso belicista desde mediados del siglo XVIII hasta el estallido de la primera guerra mundial, véase Jörn Leonhard, *Bellizismus und Nation: Kriegsdeutung und Nationsbestimmung in Europa und den Vereinigten Staaten 1750-1914*, Múnich, 2008.

39. Elias, *Studien über die Deutschen*, p. 153.

40. Ibídem, p. 130.

41. Sobre ello, muy recientemente, Stig Förster «Ein militarisiertes Land? Zur gesellschaftlichen Stellung des Militärs im Deutschen Kaiserreich», en, Bernd Heidenreich y Sönke Neitzel (eds.), *Das Deutsche Kaiserreich 1890-1914*, Paderborn 2011; y también Niklaus Meier, *Warum Krieg? – Die Sinndeutung des Krieges in der deutschen Militärelite 1871-1945*, Tesis doctoral, Universidad de Zúrich, 2009.

42. Ludendorff también propagó su versión después de la primera guerra mundial y, finalmente, la llevó al papel en 1935, en su superventas *La guerra total*. Sobre Ludendorff véase Manfred Nebelin, *Ludendorff: Diktator im Ersten Weltkrieg*, Berlín, 2011.

43. Una descripción concisa en Brian K. Feltman, *Death Before Dishonor: The Heldentod Ideal and the Dishonor of Surrender on the Western Front, 1914-1918*, Manuscrito de conferencia, 10-9-2010, Universidad de Berna. Cfr. Isabel V. Hull, *Absolute Destruction: Military Culture and the Practices of War in Imperial Germany*, Ithaca, 2005; Alan Kramer, *Dynamic of Destruction: Culture and Mass Killing in the First World War*, Oxford, 2007; Alexander Watson, *Enduring the Great War: Combat, Morale and Collapse in the German and the British Armies, 1914-1918*, Nueva York, 2008.

44. Ibídem, p. 3. El tópico de combatir «hasta el último cartucho» tuvo vigencia durante todo el siglo XIX. Piénsese solo en el cuadro de Alphonse de Neuville, pintado en 1873, *Les dernières cartouches*, que convierte en heroica la defensa del hostal Bourgerie, en el pueblo de Bazeilles (próximo a Sedán), y se mostró por toda Francia con gran éxito.

45. Rüdiger Bergien, *Die bellizistische Republik. Wehrkonsens und «Wehrhaftmachung» in Deutschland 1918-1933*, Múnich, 2010. Para el contexto internacional véase Stig Förster (ed.), *An der Schwelle zum Totalen Krieg. Die militärische Debatte um den Krieg der Zukunft, 1919-1939*, Paderborn, 2002.

46. Hans-Ulrich Wehler, *Deutsche Gesellschaftsgeschichte*, volumen 4, Múnich, 2003, pp. 423 s.

47. Jürgen Förster, «Geistige Kriegführung in Deutschland 1919 bis 1945», en Militärgeschichtliches Forschungsamt (ed.), *Das Deutsche Reich und der Zweite Weltkrieg,* vol. 9/1, Múnich, 2004, p. 472.

48. Wette *et al*., *Das Deutsche Reich,* vol. 1, p. 40. Cfr. también Matthias Sprenger, *Landsknechte auf dem Weg ins Dritte Reich? Zu Genese und Wandel des Freikorps-mythos*, Paderborn, 2008.

49. Wette *et al*., *Das Deutsche Reich*, vol. 1, p. 79.

50. Ibídem, p. 93.

51. Cfr. ibídem, p. 95.

52. Sabine Behrenbeck, «Zwischen Trauer und Heroisierung. Vom Umgang mit Kriegstod und Niederlage nach 1918», en Jörg Duppler y Gerhard P. Groß (eds.), *Kriegsende 1918. Ereignis, Wirkung, Nachwirkung*, Múnich, 1999, pp. 336 s.

53. Förster, *Das Deutsche Reich*, vol. 9/1, p. 474. Con su idea de la guerra popular, derivada de aquí, no cabe duda de que su posición era ajena a la corriente principal de la Reichswehr. Gil-li Vardi, «Joachim von Stülpnagel's Military Thought and Planning», en *War in History*, 17 (2010), pp. 193-216.

54. Johannes Hürter, *Wilhelm Groener. Reichswehrminister am Ende der Weimarer Republik*, Múnich, 1993, pp. 139-149, 282-306, 309-328.

55. Karl Demeter, *Das Deutsche Offizierskorps 1650-1945*, Fráncfort del Meno, 1965, p. 328.

56. Véase también Christian Kehrt, *Moderne Kriege. Die Technikerfahrungen deutscher Militärpiloten 1910-1945*, Paderborn, 2010, p. 228.

57. Hans Meier-Welcker (ed.), *Offiziere im Bild von Dokumenten aus drei Jahrhunderten*, Stuttgart, 1964, Documento 107, p. 275.

58. Förster, *Das Deutsche Reich*, vol. 9/1, p. 555.

59. Citado según ibídem, p. 551.

60. Sönke Neitzel, *Abgehört. Deutsche Generäle in britischer Kriegsgefangenschaft 1942-1945*, Berlín, 2005 (cita según la 4.ª ed., 2009), p. 452.

61. Ibídem, p. 456.

62. Ibídem, p. 435.

63. Ibídem, p. 449.

64. Ibídem, p. 472.

65. Ibídem, p. 478.

66. Ibídem, p. 449.

67. Ibídem, p. 440.

68. Ibídem, p. 433.

69. Ibídem, p. 453.

70. Así por ejemplo el coronel Walter Steuber, BA/MA, Pers 6/6670.

71. Coronel Ulrich von Heydebrand und der Lasa, BA/MA, Pers 6/9017.

72. Neitzel, *Abgehört*, p. 457.

73. BA/MA, Pers 6/770. La misma valoración en el caballero Von Adrian-Werburg, 2-9-1943, BA/MA, Pers 6/10239.

74. Neitzel, *Abgehört*, p. 442.

75. Ibídem, p. 466.

76. Ibídem, p. 468.

77. BA/MA, Pers 6/6410.

78. Neitzel, *Abgehört*, p. 462.

79. Citado según Förster, *Das Deutsche Reich*, vol. 9/1, p. 554. Sobre Dönitz véase ahora Dieter Hartwig, *Großadmiral Karl Dönitz. Legende und Wirklichkeit*, Paderborn, 2010.

80. Informe de actividad Schmundt, 24 y 25-6-1943, p. 75.

81. Por ejemplo a los generales Friedrich *Freiherr* von Broich o Walter Bruns. Neitzel, *Abgehört*, pp. 432, 434.

82. Ibídem, pp. 449, 445.

83. Förster, *Das Deutsche Reich,* vol. 9/1, p. 580.

84. Heribert van Haupt, «Der Heldenkampf der deutschen Infanterie vor Moskau», en *Deutsche Allgemeine Zeitung*, edición de Berlín n.º 28 (ed. vespertina), 16-1-1942, p. 2.

85. Rudolf Stephan, «Das politische Gesicht des Soldaten», en *Deutsche Allgemeine Zeitung*, edición de Berlín núm. 566 (ed. vespertina), 26-11-1942, p. 2.

86. Hubert Hohlweck, «Soldat und Politik», en *Deutsche Allgemeine Zeitung*, edición de Berlín n.º 543, 13-11-1943, pp. 1 s.

87. Erich Murawski, *Der deutsche Wehrmachtbericht*, Boppard 1962, p. ej. 21-7-44, p. 202; 3-8-44, p. 219; 4-8-44, p. 222; 19-8-44, p. 241; 2-11-44, p. 349; 3-11-44, p. 351. Para la «resistencia sacrificada», cfr. 3-11-44, p. 350; sobre la «fanática voluntad de combate» de las Waffen-SS, cfr. 27-2-45, p. 495; 30-3-45, p. 544.

88. Por ejemplo en la orden n.º 52, de 28-1-44, en Walter Hubatsch (ed.), *Hitlers Weisungen für die Kriegsführung 1939-1945. Dokumente des Oberkommandos der Wehrmacht,* Utting, 2000, p. 242.

89. Johannes Hürter, *Hitlers Heerführer. Die deutschen Oberbefehlshaber im Krieg gegen die Sowjetunion 1941/42*, Múnich, 2006, p. 71.

90. A diferencia de lo ocurrido en la primera guerra mundial, en la segunda, la Gran Cruz no tuvo papel alguno como distinción a la valentía. Aunque en los estatutos de la condecoración se afirmaba que Hitler la quería otorgar por aquellos actos que influyeran de forma decisiva en el transcurso de las acciones bélicas, sólo llegó a entregarse al mariscal de campo Hermann Göring. De esta forma se hizo hincapié en su posición destacada como segundo del Führer. Por otro lado, hay constancia de que también se proyectó conceder la Gran Cruz a Heinrich Himmler cuando asumió la dirección del Grupo de Ejércitos Vístula. Sin embargo, como en esta función fracasó, la condecoración no llegó a concederse. La Gran Cruz fue, con ello, en la segunda guerra mundial, una distinción para los jefes nacionalsocialistas en funciones militares.

91. Directrices para la concesión de la Cruz de Caballero de la Cruz de Hierro, reproducidas en Gerhard von Seemen, *Die Ritterkreuzträger 1939-1945*, Friedberg, s. a., pp. 390 ss.

92. Puede consultarse una estadística exacta en http://www.ritterkreuztraeger-1939-45.de/Sonstiges/Statistiken/Statistiken-Startseite.htm.

93. De las 182 Cruces de Victoria concedidas en la segunda guerra mundial, 83 (el 45 por 100) fueron póstumas.

94. Resumen propio a partir de diversas fuentes.

95. Manfred Dörr, *Die Träger der Nahkampfspange in Gold. Heer. Luftwaffe. Waffen-SS*, Osnabrück, 1996, p. XVIII.

96. Christoph Rass, *«Menschenmaterial»: Deutsche Soldaten an der Ostfront. Innenansichten einer Infanteriedivision 1939-1945*, Paderborn, 2003, pp. 259 ss. Véase también Christian Hartmann, *Wehrmacht im Ostkrieg. Front und militärisches Hinterland 1941/42*, Múnich, 2009, pp. 189-201.

97. Para algunos de estos casos, que también acabaron en condenas, cfr. Rass, *«Menschenmaterial»*, pp. 256-258.

98. Adrian Wettstein, *«Dieser unheimliche, grausame Krieg». Die Wehrmacht im Stadtkampf, 1939-1942*, Tesis doctoral, Berna, 2010, pp. 221 ss.

99. René Schilling, *«Kriegshelden». Deutungsmuster heroischer Männlichkeit in Deutschland 1813-1945*, Paderborn *et al*., 2002, pp. 316-372.

100. Hartmann, *Wehrmacht im Ostkrieg*, p. 198.

101. Cfr. Ralph Winkle, *Der Dank des Vaterlandes. Eine Symbolgeschichte des Eisernen Kreuzes 1914 bis 1936,* Essen, 2007, pp. 345 ss.

1. SRA 177, 17-7-1940, TNA, WO 208/4118.

2. Esto queda particularmente claro en la discusión sobre las exenciones que daban inmunidad frente a los tribunales. Felix Römer, «“Im alten Deutschland wäre ein solcher Befehl nicht möglich gewesen”. Rezeption, Adaption und Umsetzung des Kriegsgerichtsbarkeitserlasses im Ostheer 1941/42», en *VfZG,* 56 (2008), pp. 53-99.

3. James Waller, *Becoming evil. How ordinary people commit genocide and mass killing*, Oxford, 2002.

4. SRA 75, 30-4-1940, TNA, WO 208/4117.

5. Ibídem.

6. Ibídem.

7. Ibídem.

8. Ibídem.

9. A este respecto véase Jochen Böhler, *Auftakt zum Vernichtungskrieg. Die Wehrmacht in Polen 1939*, Fráncfort del Meno, 2006.

10. Jan Philipp Reemtsma, *Vertrauen und Gewalt. Versuch über eine besondere Konstellation der Moderne,* Hamburgo, 2008.

11. Harald Welzer, *Verweilen beim Grauen,* Tubinga, 1998.

12. Mary Kaldor, *New and Old Wars: Organised Violence in a Global Era*, Cambridge, 2006; Herfried Münkler, *Über den Krieg. Stationen der Kriegsgeschichte im Spiegel ihrer theoretischen Reflexion*, Weilerswist, 2003.

13. A este respecto, una obra particularmente destacada, y reimpresa en incontables ocasiones, es la de Johanna Haarer, *Die deutsche Mutter und ihr erstes Kind* [«La madre alemana y su primer hijo»], que vio la luz por vez primera en 1934, con el título citado, y que después de la guerra, desde 1949, también se vendió y leyó como guía (tras el ajuste de eliminar el «alemana» del título).

14. SRA 3616, 31-1-1943, TNA, WO 208/4129.

15. Böhler, *Auftakt*, pp. 181 ss.

16. Ibídem, p. 185.

17. Cfr. Kehrt, *Moderne Krieger*, pp. 403-407.

18. Donald E. Polkinghorne, «Narrative Psychologie und Geschichtsbewußtsein. Beziehungen und Perspektiven», en Straub, Jürgen (ed.), *Erzählung, Identität und historisches Bewußtsein. Die psychologische Konstruktion von Zeit und Geschichte. Erinnerung, Geschichte, Identität* I, Fráncfort del Meno, 1998, pp.12-45. Véase también el excelente estudio de Stefanie Schüler-Springorum: *Krieg und Fliegen. Die Legion Condor im Spanischen Bürgerkrieg*, Paderborn, 2010, pp. 159-170, 176-180.

19. Svenja Goltermann, *Die Gesellschaft der Überlebenden: Deutsche Kriegsheimkehrer und ihre Gewalterfahrungen im Zweiten Weltkrieg*, Stuttgart, 2009.

20. SRA 2642, 15-6-1942, TNA, WO 208/4126.

21. SRA 3536, 9-1-1943, TNA,WO 208/4129.

22. SRA 5538, 30-7-1944, TNA, WO 208/4134; la descripción se refiere a la operación «Vercors», del 21 de julio a los primeros días de agosto de 1944, cfr. Peter Lieb, *Konventioneller Krieg oder NS-Weltanschauungskrieg? Kriegführung und Partisanenbekämpfung in Frankreich 1943/44*, Múnich, 2007, pp. 339-350.

23. Se trata de globos de bloqueo que, anclados al suelo, se empleaban para la defensa aérea.

24. SRA 1473, 1-4-1941, TNA, WO 208/4123.

25. SRA 180, 18-7-1940, TNA, WO 208/4118. Este relato se refiere a una noticia (falsa) según la cual un piloto de Stuka afirmaba haber hundido un acorazado británico con una bomba de 250 kg; se trata de una exageración de los propios logros, típica de este período de la guerra. Sönke Neitzel, *Der Einsatz der deutschen Luftwaffe über dem Atlantik und der Nordsee, 1939-1945*, Bonn, 1995, p. 40.

26. SRA 620, 26-9-1940, TNA, WO 208/4119.

27. SRA 3849, 18-3-1943, TNA, WO 208/4129.

28. SRA 623, 26-9-1940, TNA, WO 208/4119.

29. SRA 2600, 8-6-1942, TNA, WO 208/4126.

30. Klaus A. Maier *et al*., *Das Deutsche Reich und der Zweite Weltkrieg*, vol. 2, Stuttgart, 1979, p. 408.

31. SRA 2600, 8-6-1942, TNA, WO 208/4126.

32. Paul, *Bilder des Krieges, Krieg der Bilder*, p. 238.

33. SRA 2636, 15-6-1942, TNA, WO 208/4126.

34. Ibídem.

35. SRA 2678, 19-6-1942, TNA, WO 208/4126.

36. SRA 3774, 6-3-1943, TNA, WO 208/4129.

37. SRA 3983, 6-5-1944, TNA, WO 208/4130.

38. SRA 828, 26-10-1940, TNA, WO 208/4120.

39. SRA 3691, 22-2-1943, TNA, WO 208/4129.

40. Sin embargo, en todos los frentes se dio la «liquidación» de pilotos que habían saltado en paracaídas. Estos casos fueron especialmente frecuentes en la fase tardía de la guerra aérea sobre Alemania, donde los cazas estadounidenses mataron de esta forma, por lo menos, a 100 pilotos alemanes. Véase Klaus Schmider, «"The Last of the First": Veterans of the Jagdwaffe tell their story», en *Journal of Military History*, 73 (2009), pp. 246-250. Cfr. además SRA 450, 4-9-1940, TNA, WO 208/4119; SRA 5460, 16-7-1944, TNA, WO 208/4134.

41. SRX 1657, 17-3-1943, TNA, WO 208/4162.

42. Ernst Jünger, *Kriegstagebuch 1914-1918*, Helmuth Kiesel (ed.), Stuttgart, 2010, p. 222.

43. SRA 4212, 17-7-1943, TNA, WO 208/4130.

44. Para el trasfondo de los ataques de los cazas pesados alemanes sobre el golfo de Vizcaya, en cuyo transcurso se derribó, el 1 de junio de 1943, el aparato en el que viajaba Leslie Howard, véase Neitzel, *Einsatz der deutschen Luftwaffe*, pp. 193-203.

45. SRX 2080, 7-1-1945, TNA, WO 208/4164.

46. *Befehlshaber der U-Boote*: comandante supremo del arma submarina.

47. SRX 179, 13-3-1941, TNA, WO 208/4158.

48. «Room Conversation» Kneipp-Kerle, 22-10-1944; NARA, RG 165, Entrada 179, Caja 498.

49. SRN 2023, 28-7-1943, TNA, WO 208/4146. Ya no resulta posible determinar a qué hundimiento se refiere aquí el cabo de Marina.

50. SRN 1758, 6-5-1943, TNA, WO 208/4145.

51. SRN 322, 15-5-1941, TNA, WO 208/4142.

52. SRX 120, 23-7-1940, TNA, WO 208/4158. Scheringer refiere aquí el ataque contra el convoy OA175, el 1 de julio de 1940. En esta última misión de ataque, alcanzó en total cuatro barcos, con 16.000 toneladas brutas.

53. Michael Salewski, *Die deutsche Seekriegsleitung*, vol. 2, Múnich, 1975; Werner Rahn *et al*., *Das Deutsche Reich und der Zweite Weltkrieg*, vol. 6, Stuttgart, 1990.

54. SRN 626, 9-8-1941, TNA, WO 208/4143.

55. Se trata del segundo oficial de guardia del U-55, el alférez de navío Fritz Huttel.

56. SRX 34, 10-2-1940, TNA, WO 208/4158.

57. KTB SKL, Parte A, 6-1-1940, p. 37, BA-MA, RM 7/8.

58. SRX 34, 10-2-1940, TNA, WO 208/4158.

59. Stephen W. Roskill, *Royal Navy. Britische Seekriegsgeschichte 1939-1945*, Hamburgo, 1961, pp. 402 s.

60. Cfr. p. ej. Roger Chickering y Stig Förster, «Are We There Yet? World War II and the Theory of Total War», en Roger Chickering, Stig Förster y Bernd Greiner (ed.), *A World at Total War. Global Conflict and the Politics of Destruction 1937-1945*, Cambridge, 2005, pp. 1-18.

61. A este respecto, véase el detallado estudio, con comparativa internacional, de Stig Förster (ed.), *An der Schwelle zum Totalen Krieg. Die militärische Debatte über den Krieg der Zukunft, 1919-1939*, Paderborn, 2002.

62. A este respecto véase también Adam Roberts, «Land Warfare: From Hague to Nuremberg», en Michael Howard, George J. Andresopoulos y Mark R. Shulman (eds.), *The Laws of War. Constraints on Warfare in the Western World*, New Haven/Londres, 1994, pp. 116-139.

63. Citado según Bourke, *Intimate History*, p. 182, traducción nuestra.

64. SRGG 560, 14-11-1943, TNA, WO 208/4167.

65. Este punto también fue reconocido inmediatamente después de la guerra por dos juristas estadounidenses especializados en el derecho de la guerra. Solo las «consideraciones políticas y militares, antes que legales» habrían podido sugerir aquí a las fuerzas de ocupación alemanas una forma de conducta moderada. Cfr. Lester Nurick y Roger W. Barrett, «Legality of Guerrilla Forces under the laws of war», en *American Journal of International Law*, 40 (1946), pp. 563-583. El valor de este artículo radica en que capta el problema contemporáneamente, y por obra de dos juristas que, además, en cuanto oficiales del ejército estadounidense, no pueden haber tenido ocasión de desarrollar un plus de simpatía por el Tercer Reich, caído apenas un año antes. Queremos dar las gracias por esta referencia a Klaus Schmider, de Sandhurst.

66. Sobre esta cuestión cfr. Lieb, *Konventioneller Krieg*, pp. 253-257. Véase también Jörn Axel Kämmerer, «Kriegsrepressalie oder Kriegsverbrechen? Zur rechtlichen Beurteilung der Massenexekutionen von Zivilisten durch die deutsche Besatzungsmacht im Zweiten Weltkrieg», en *Archiv des Völkerrechts*, 37 (1999), pp. 283-317.

67. SRA 3444, 28-12-1942, TNA, WO 208/4128.

68. Harry Hoppe (11-2-1894 al 23-8-1969), comandante del 424.º regimiento de infantería de la 126.ª división de infantería, recibió el 12-9-1941 la Cruz de Caballero, por la toma de Schlüsselburg.

69. «Room Conversation» Kneipp-Kerle, 23-10-1944; NARA, RG 165, Entrada 179, Caja 498. Sabemos que, en 1941, Franz Kneipp estuvo desplegado con la división de la policía de las SS. Eberhard Kerle era radiotelegrafista; sobre su currículo no hay documentos acreditados.

70. Ibídem.

71. SRA 818, 25-10-1940, TNA, WO 208/4120.

72. SRA 4758, 24-12-1943, TNA, WO 208/4132.

73. SRA 5643, 13-10-1944, TNA, WO 208/4135.

74. SRA 5643, 13-10-1944, TNA, WO 208/4135.

75. Welzer, *Täter*, p. 161.

76. Herbert Jäger: *Verbrechen unter totalitärer Herrschaft. Studien zur nationalsozialistischen Gewaltkriminalität*, Fráncfort del Meno, 1982.

77. SRX 2056, 14-11-1944, TNA, WO 208/4164.

78. SRA 5628, 28-9-1944, TNA, WO 208/4135.

79. SRA 5454, 8-7-1944, TNA, WO 208/4134.

80. SRX 2072, 19-12-1944, TNA, WO 208/4164.

81. Carlo Gentile, *Wehrmacht, Waffen-SS und Polizei im Kampf gegen Partisanen und Zivilbevölkerung in Italien 1943-1945*, Paderborn, 2011.

82. Lieb, *Konventioneller Krieg*, p. 574.

83. SRA 5522, 25-7-1944, TNA, WO 208/4134.

84. SRA 5664, 30-11-1944, TNA, WO 208/4135.

85. Por ejemplo el teniente Calley, condenado a cadena perpetua por haber participado en la masacre de My Lai (pena que se anuló poco después), no tenía ninguna duda de que los niños pequeños e incluso los bebés debían considerarse igualmente como enemigos: «Los viejos, las mujeres, los niños, los bebés... Todos ellos eran *vietcongs* o, si no, lo serían pasados tres años. Y en las mujeres del Vietcong ya había miles de pequeños *vietcongs*». Cfr. Bourke, *Intimate History*, p. 175.

86. SRA 2957, 9-8-1942, TNA, WO 208/4127.

87. Jochen Oltmer (ed.), *Kriegsgefangene im Europa des Ersten Weltkrieges*, Paderborn, 2006, p. 11.

88. Georg Wurzer, «Die Erfahrung der Extreme. Kriegsgefangene in Rußland 1914-1918», en Oltmer, *Kriegsgefangene im Europa des Ersten Weltkrieges*, p. 108.

89. Christian Streit, *Keine Kameraden. Die Wehrmacht und die sowjetischen Kriegsgefangenen 1941-1945*, Stuttgart, 1980; Alfred Streim, *Sowjetische Gefangene in Hitlers Vernichtungskrieg. Berichte und Dokumente*, Heidelberg, 1982; Rüdiger Overmans, «Die Kriegsgefangenenpolitik des Deutschen Reiches 1939 bis 1945», en Militärgeschichtliches Forschungsamt (ed.), *Das Deutsche Reich und der Zweite Weltkrieg*, volumen 9/2, Múnich, 2005, pp. 729-875.

90. Citado según Felix Römer: «“Seid hart und unerbittlich...” Gefangenenerschießung und Gewalteskalation im deutsch-sowjetischen Krieg 1941/42», en Sönke Neitzel y Daniel Hohrath (ed.), *Kriegsgreuel. Die Entgrenzung der Gewalt in kriegerischen Konflikten vom Mittelalter bis ins 20. Jahrhundert*, Paderborn, 2008, p. 327.

91. Ibídem, p. 319.

92. SRM 599, 25-6-1944, TNA, WO 208/4138. Véase también SRA 2671, 19-6-1942, TNA, WO 208/4126; SRA 2957, 29-8-1942, TNA, WO 208/4127; SRX 1122, 22-9-1942, TNA, WO 208/4161.

93. Hartmann, *Wehrmacht im Ostkrieg*, pp. 542-549.

94. Johannes Hürter, *Ein deutscher General an der Ostfront. Die Briefe und Tagebücher des Gotthard Heinrici 1941/42*, Erfurt, 2001.

95. SRM 1023, 15-11-1944, TNA, WO 208/4139.

96. Dieter Pohl, *Die Herrschaft der Wehrmacht. Deutsche Militärbesatzung und einheimische Bevölkerung in der Sowjetunion 1941-1944*, Múnich, 2008, p. 205; Hartmann, *Wehrmacht im Ostkrieg*, pp. 523-526.

97. SRM 49, 24-2-1942, TNA, WO 208/4136.

98. Sobre el fusilamiento de 180 prisioneros rusos, porque no había medio de transporte para ellos, informa SRA 2605, 10-6-1942, TNA, WO 208/4126.

99. SRX 2139, 28-4-1945, TNA, WO 208/4164. Walter Schreiber, nacido el 15 de julio de 1924 en Großaming (Steyr Land), entró en 1942 en las Waffen-SS y luchó en la «Leibstandarte Adolf Hitler», entre otras unidades, en la primavera de 1943, en la zona de Járkov. Posiblemente, la historia se refiere a un incidente de ese tiempo. El nacionalsocialista convencido, en julio de 1944 ingresó en un comando de nadadores de combate. El 7 de marzo de 1945 cayó prisionero en un ataque contra el puente de Remagen. Michael Jung, *Sabotage unter Wasser. Die deutschen Kampfschwimmer im Zweiten Weltkrieg*, Hamburgo *et al*., 2004, p. 74.

100. SRA 4273, 14-8-1943, TNA, WO 208/4130; cfr. «Room Conversation» Müller-Reimbold, 22-3-1945; NARA, RG 165, Entrada 179, Caja 530.

101. SRA 2957, 9-8-1942, TNA, WO 208/4127. Cfr. SRA 5681, 21-12-1944, TNA, WO 208/4135.

102. SRA 5681, 21-12-1944, TNA, WO 208/4135; SRA 4742, 20-12-1943, TNA, WO 208/4132; SRA 2618, 11-6-1942, TNA, WO 208/4126.

103. GRGG 169, 2-8 al 4-8-1944, TNA, WO 208/4363.

104. Christian Hartmann, «Massensterben oder Massenvernichtung? Sowjetische Kriegsgefangene im "Unternehmen Barbarossa". Aus dem Tagebuch eines deutschen Lagerkommandanten», en *VfZG*, 49 (2001), pp. 97-158; «*Erschießen will ich nicht». Als Offizier und Christ im Totalen Krieg. Das Kriegstagebuch des Dr. August Töpperwien*, Düsseldorf, 2006; Richard Germann, *«Österreichische» Soldaten in Ost – und Südeuropa 1941-1945. Deutsche Krieger – Nationalsozialistische Verbrecher – Österreichische Opfer?* (Tesis doctoral inédita, Universidad de Viena, 2006), pp. 186-199.

105. SRA 2672, 19-6-1942, TNA, WO 208/4126.

106. Ibídem.

107. SRM 735, 1-8-1944, TNA, WO 208/4138. Véase también SRA 5681, 21-12-1944, TNA, WO 208/4135.

108. SRA 4791, 6-1-1944, TNA, WO 208/4132.

109. «Room Conversation» Krug-Altvatter, 27-8-1944; NARA, RG 165, Entrada 179, Caja 442.

110. «Interrogation Report», soldado de primera Hans Breuer, 18-2-1944; NARA, RG 165, Entrada 179, Caja 454.

111. Cfr. p. ej. SRA 2672, 19-6-1942, TNA, WO 208/4126; SRA 5502, 21-7-1944, TNA, WO 208/4134; SRGG 274, 22-7-1943, TNA, WO 208/4165; SRGG 577, 21-11-1943, TNA, WO 208/4167; «Room Conversation» Lehnertz-Langfeld, 14-8-1944; NARA, RG 165, Entrada 179, Caja 507; «Room Conversation» Gartz-Sitzle, 27-7-1944; NARA, RG 165, Entrada 179, Caja 548.

112. SRGG 1203 (c), 6-5-1945, TNA, WO 208/4170.

113. SRA 3966, 26-4-1943, TNA, WO 208/4130.

114. Ibídem.

115. En la noche que dio paso al 26 de julio de 1942, las SS obligaron a la población judía de Przemyśl a salir de sus casas y reunirse en el exterior. Hacia las cinco de la mañana, el comandante del lugar, Max Liedtke, habló con el *Untersturmführer* de las SS Adolf Benthin e insistió en que, por lo menos, había que excluir de la deportación a los hombres judíos que trabajaban para la Wehrmacht. Amenazó con quejarse ante el estado mayor de los generales, al cual ya había informado por radio. Sin esperar a la reacción del estado mayor a ese comunicado, su edecán, Albert Battel, cerró entonces el único acceso al gueto judío y, con la amenaza de usar el fuego de las ametralladoras, impidió a las SS pisar el gueto. Battel se justificó diciendo que había declarado el estado de sitio sobre Przemyśl, lo cual era correcto, desde el punto de vista jurídico, pero suponía provocar y humillar crudamente a las SS. Estas recurrieron a un alto representante de Cracovia, que debía conseguir ante el estado mayor general que se cancelara el bloqueo. Como en esta situación sumamente explosiva era previsible que las SS acabarían por imponer su criterio, Battel procuró, durante el mismo bloqueo, que unos 90 trabajadores con sus familias hallaran acomodo en la comandancia. Aún rescató a otras 240 personas del gueto, a las que acogió en el sótano de la comandancia. Battel y Liedtke habían evaluado correctamente la situación: el bloqueo se levantó y, el 27 de julio, se reanudó la que se había dado en llamar «acción de evacuación».

116. Wolfram Wette, *Retter in Uniform. Handlungsspielräume im Vernichtungskrieg der Wehrmacht*, Fráncfort del Meno, 2003.

117. En tres fases —en julio, agosto y noviembre de 1941— se mató en Dünaburg a cerca de 1.400 judíos. *Enzyklopädie des Holocaust*, Israel Gutman (ed. principal), Eberhard Jäckel, Peter Longerich y Julius H. Schoeps (eds.), vol. 1, p. 375.

118. SRGG 1086, 28-12-1944, TNA, WO 208/4169.

119. Frank Bajohr y Dieter Pohl, *Der Holocaust als offenes Geheimnis. Die Deutschen, die NS-Führung und die Alliierten*, Múnich, 2006; Peter Longerich, *«Davon haben wir nichts gewusst!» Die Deutschen und die Judenverfolgung 1933-1945*, Múnich, 2006; Harald Welzer, «Die Deutschen und ihr Drittes Reich», en *Aus Politik und Zeitgeschichte (APuZ),* 14-15/2007.

120. Meschems, hoy parte de Daugavpils (Dünaburg).

121. SRGG 1086, 28-12-1944, TNA, WO 208/4169.

122. Ibídem.

123. Cfr. Welzer, Moller y Tschuggnall, *Opa*, pp. 35 ss.; Angela Keppler, *Tischgespräche*, Fráncfort del Meno, 1994, p. 173.

124. SRGG 1086, 28-12-1944, TNA, WO 208/4169.

125. Ibídem.

126. Ibídem.

127. Ibídem.

128. Ibídem.

129. Ibídem.

130. A la luz de los documentos conservados y las numerosas apariciones de Hans Felbert en las actas de las escuchas, su camino en el Tercer Reich se puede reconstruir bien. El 3 de junio de 1940 ya fue apartado de su comandancia de un regimiento porque no conducía a sus tropas contra el enemigo con la «dureza» debida. Desde junio de 1942, como comandante de campo de Besançon, se enfrenta una y otra vez con el SD. Sin embargo, allí no logró evitar la ejecución de 42 guerrilleros condenados a muerte. Felbert se rindió durante la retirada de su grupo de marcha, frente a unidades francesas; Hitler lo condenó a muerte por ello, en ausencia, y castigó a su familia en su nombre. El servicio de información británico lo tenía por un enemigo resuelto del nacionalsocialismo. Véase Neitzel, *Abgehör*t, p. 443. Sobre Bruns, que fue parte de la conspiración contra Hitler, el 20 de julio de 1944 ocupó con sus soldados el Palacio Real de Berlín y en los juicios de Núremberg se sentó en las filas de los testigos, véase Neitzel, *Abgehört*, p. 434.

131. SRGG 1086, 28-12-1944, TNA, WO 208/4169.

132. SRGG 1086, 28-12-1944, TNA, WO 208/4169.

133. El campo de Cracovia-Płaszów se construyó en 1942 como centro de trabajo forzoso, y en 1944 se transformó en un campo de concentración. En el verano de 1944, cuando Kittel se detuvo en la ciudad, había internadas aquí entre 22.000 y 24.000 personas. Cerca de 8.000 fueron asesinadas en el campo. *Enzyklopädie des Holocaust: die Verfolgung und Ermordung der europäischen Juden*, Israel Gutman (ed.), Berlín, 1993, vol. 2, pp. 118 ss.

134. SRGG 1086, 28-12-1944, TNA, WO 208/4169.

135. GRGG 265, 27-2 al 1-3-1945, TNA, WO 208/4177.

136. Frederic Bartlett, *Remembering. A study in experimental and social psychology*, Cambridge, 1997; Harald Welzer, *Das kommunikative Gedächtnis. Eine Theorie der Erinnerung*, Múnich, 2002.

137. SRGG 1158 (C), 25-4-1945, TNA, WO 208/4169.

138. Este carácter de trabajo a destajo se confirma igualmente con las declaraciones de los culpables en el marco de las investigaciones fiscales. Cfr. Welzer, *Täter*, p. 140.

139. Jürgen Matthäus, «Operation Barbarossa and the Onset of the Holocaust», en Matthäus, J., y Browning, Christopher, *The Origines of the Final Solution: The Evolution of Nazi Jewish Policy, September 1939-March 1942*, Lincoln/Jerusalén, 2004, pp. 244-309.

140. Cfr. Welzer, Moller y Tschuggnall, *Opa*, p. 57.

141. Debemos este indicio a Peter Klein.

142. Véase por ejemplo Andrej Angrick, *Besatzungspolitik und Massenmord. Die Einsatzgruppe D in der südlichen Sowjetunion 1941-1943*, Hamburgo, 2003. Andrej Angrick, Martina Voigt, Silke Ammerschubert y Peter Klein, «"Da hätte man schon ein Tagebuch führen müssen." Das Polizeibataillon 322 und die Judenmorde im Bereich der Heeresgruppe Mitte während des Sommers und Herbstes 1941», en Helge Grabitz *et al*. (eds.), *Die Normalität des Verbrechens. Bilanz und Perspektiven der Forschung zu den nationalsozialistischen Gewaltverbrechen*, Berlín, 1994, pp. 325-385. Vincas Bartusevicius, Joachim Tauber y Wolfram Wette (eds.), *Holocaust in Litauen. Krieg, Judenmorde und Kollaboration*, Colonia, 2003. Ruth Bettina Birn, *Die Höheren SS– und Polizeiführer. Himmlers Vertreter im Reich und in den besetzten Gebieten*, Düsseldorf, 1986. Peter Klein (ed.), *Die Einsatzgruppen in der besetzten Sowjetunion 1941/42. Tätigkeits– und Lageberichte des Chefs der Sicherheitspolizei und des SD*, Berlín, 1997. Helmut Krausnick y Hans-Heinrich Wilhelm, *Die Truppe des Weltanschauungskrieges. Die Einsatzgruppen der Sicherheitspolizei und des SD 1938-1942*, Stuttgart, 1981. Konrad Kwiet, «Auftakt zum Holocaust. Ein Polizeibataillon im Osteinsatz», en Wolfgang Benz, *et al*. (ed.), *Der Nationalsozialismus. Studien zur Ideologie und Herrschaft*, Fráncfort del Meno, 1995, pp. 191-208; Ralf Ogorreck, *Die Einsatzgruppen und die «Genesis der Endlösung»*, Berlín, 1994.

143. SRA 2961, 12-8-1942, TNA, WO 208/4127.

144. SRA 4583, 21-10-1943, TNA, WO 208/4131.

145. SRN 2528, 19-12-1943, TNA, WO 208/4148.

146. SRM 30, 27-1-1942, TNA, WO 208/4136.

147. SRA 3379, 8-12-1942, TNA, WO 208/4128.

148. Hacia el final de sus notas autobiográficas, Höss resume: «Hoy yo también admito que el exterminio de los judíos era un error, un error de principio. Precisamente a través de este exterminio masivo, Alemania ha atraído en contra de sí el odio del mundo entero. Con ello no se ha prestado servicio al antisemitismo, al contrario, al contrario, con ello el judaísmo ha llegado a estar mucho más cerca de su objetivo último». Martin Broszat (ed.), *Rudolf Höß. Kommandant in Auschwitz. Autobiographische Aufzeichnungen des Rudolf Höß*, Múnich, 1989, p. 153.

149. Hannah Arendt, *Eichmann in Jerusalem. Ein Bericht von der Banalität des Bösen*, Leipzig, 1986.

150. Browning, *Ganz normale Männer*, p. 243.

151. Lifton, *Ärzte*.

152. SRA 4604, 27-10-1943, TNA, WO 208/4131.

153. Arendt, *Eichmann*, p. 104.

154. SRA 4604, 27-10-1943, TNA, WO 208/4130.

155. Véase también Welzer, *Täter*, p. 266, y Internationaler Militärgerichtshof (Tribunal Militar Internacional), *Der Prozess gegen die Hauptkriegsverbrecher*, Núremberg, 1948, vol. 29, p. 145.

156. En Odessa se asesinó a 99.000 judíos; en su mayoría, lo hicieron militares rumanos. *Enzyklopädie des Holocaust*, vol. 2, pp. 1.058 ss.

157. Sobre la «Noche de los cristales rotos» en la zona de Viena, cfr. Siegwald Ganglmair (ed.), *Der Novemberpogrom 1938. Die Reichskristallnacht in Wien*, Viena, 1988; Herbert Rosenkranz, *Reichskristallnacht. 9. November 1938 in Österreich*, Viena, 1968.

158. GRGG 281, 8-4 al 9-4-1945, TNA, WO 208/4177.

159. SRA 5444, 8-7-1944, TNA, WO 208/4134.

160. «Room Conversation» Swoboda-Kahrad, 2-12-1944, NARA, RG 165, Entrada 179, Caja 552.

161. SRA 4820, 13-1-1944, TNA, WO 208/4132.

162. En Lemberg se hallaba el campo de Janowska, en el que, sin embargo, no había cámaras de gas. Al respecto, las estimaciones en cuanto al total de asesinados oscilan entre varias decenas de miles y las 200.000 personas. *Enzyklopädie des Holocaust*, vol. 2, pp. 657 ss. Las cámaras de gas más próximas se hallaban en el campo de Belzec, a unos 70 kilómetros de Lemberg en dirección noroeste. Entre mediados de marzo y el mes de diciembre 1942 se causó allí la muerte de hasta 600.000 judíos, «gitanos» y polacos. Sobre el asesinato de judíos en Galitzia, cfr. Thomas Sandkühler, *«Endlösung» in Galizien,* Bonn, 1996.

163. Hoy ya es imposible determinar con seguridad qué conocimiento del Holocausto llegó a tener Ramcke. A favor de que supiera poco al respecto, habla el hecho de que apenas luchó cuatro semanas, entre febrero y marzo de 1944, en el frente oriental, en Ucrania.

164. GRGG 272, 13-3 al 16-3-1945, TNA, WO 208/4177.

165. Welzer, *Täter*, pp. 158 ss.

166. En Kutno, tomada por las tropas alemanas el 15 de septiembre de 1939, se encerró en junio de 1940 a la población judía en un gueto en el que vivió en condiciones terribles. En marzo y abril de 1942, el gueto se clausuró y se trasladó a sus habitantes al campo de exterminio de Kulmhof, donde se les dio muerte. Hasta ahora no se ha documentado ningún fusilamiento masivo de judíos en Kutno.

167. GRGG 272, 13-3 al 16-3-1945, TNA, WO 208/4177.

168. Ibídem.

169. En su ensayo *Eichmann in Jerusalem*, Hannah Arendt había hablado de que Eichmann era absolutamente incapaz de representarse lo que había causado. Posiblemente, en este punto la autora llegó a una valoración falsa, relacionada con la indiferencia e indolencia que Eichmann fingía ante los demás. Es más probable que los criterios normativos que Eichmann siguió en su incansable actividad para la Oficina Central de Seguridad del Reich fueran distintos a los de otros lugares y otras épocas: eran las normas y los criterios de la moral nacionalsocialista. El antiguo juez naval Hans Karl Filbinger, en relación con el descubrimiento de su participación en condenas a muerte, hizo referencia implícita a estas diferencias de criterio, al afirmar: «Lo que entonces era justo y legal, hoy no puede ser una injusticia».

170. SRM 33, 31-1-1942, TNA, WO 208/4136.

171. SRA 3313, 30-10-1942, TNA, WO 208/4128.

172. Suponemos que Taumberger habla aquí del campo de Gusen (Alta Austria), donde se debía fabricar —en instalaciones subterráneas— el cazarreactor Messerschmidt 262.

173. SRA 5618, 24-9-1944, TNA, WO 208/4134.

174. Welzer, Moller y Tschuggnall, *Opa*, p. 158.

175. «Room Conversation» Müller-Reimbold, 22-3-1945; NARA, RG 165, Entrada 179, Caja 530.

176. William Ryan, *Blaming the Victim*, Londres, 1972.

177. Broszat (ed.), *Rudolf Höß*, p. 130.

178. Goldhagen,*Vollstrecker*, pp. 462 ss. Browning, *Ganz normale Männer*, p. 154.

179. Véase también Welzer, Moller y Tschuggnall, *Opa*, p. 57.

180. Citado según Browning, *Ganz normale Männer*, p. 34.

181. Welzer, *Täter*, pp. 132 ss.

182. Hilberg, *Die Vernichtung*, pp. 338 ss.

183. Ibídem, p. 339.

184. SRN 852, 11-3-1942, TNA, WO 208/4143; Heinz-Ludger Borgert, «Kriegsverbrechen der Kriegsmarine», en Wolfram Wette, Gerd R. Ueberschär (eds.), *Kriegsverbrechen im 20. Jahrhundert*, Darmstadt, 2001, pp. 310-312; *Enzyklopädie des Holocaust*, vol. 2, pp. 859 ss.

185. SRA 4759, 25-12-1943, TNA, WO 208/4132.

186. SRM 1163, 5-1-1945, TNA, WO 208/4140.

187. SRA 3948, 16-4-1943, TNA, WO 208/4130.

188. SRN 720, 25-12-1941, TNA, WO 208/4143.

189. SRCMF X 16, 29-5 al 2-6-1944, TNA, WO 208/5513, conversación entre M 44/368 y M 44/374, cit. según Anette Neder: *Kriegsschauplatz Mittelmeerraum. Wahrnehmungen und Deutungen deutscher Soldaten im Mittelmeerraum*. Tesis doctoral, Universidad de Maguncia, 2010, p. 70.

190. SRA 554, 18-9-1940, TNA, WO 208/4119.

191. SRA 5264, 14-5-1944, TNA, WO 208/4133.

192. SRA 2947, 10-8-1942, TNA, WO 208/4127.

193. «Room Conversation» Quick-Korte, 23-7-1944; NARA, RG 165, Entrada 179, Caja 529.

194. GRGG 169, 2 al 4-8-1944, TNA, WO 208/4363.

195. «Room Conversation» Schulz-Voigt, 16-6-1944; NARA, RG 165, Entrada 179, Caja 557.

196. SRA 554, 18-9-1940, TNA, WO 208/4119. Encaja a la perfección con el pánico que las divisiones de infantería alemanas tenían, en la campaña de Francia, a los francotiradores. Lieb, *Konventioneller Krieg*, pp. 15-19.

197. SRA 3966, 26-4-1943, TNA, WO 208/4130.

198. 1.ª división de paracaidistas.

199. SRM 410, 16-12-1943, TNA, WO 208/4137.

200. Ibídem.

201. SRM 892, 15-9-1944, TNA, WO 208/4139.

202. Por ejemplo SRM 975, 20-10-1944, TNA, WO 208/4139.

203. Por ejemplo el general Wilhelm Thoma.

204. SRA 5852, 3-5-1945, TNA, WO 208/4135.

205. «Room Conversation» Goessele-Langer, 27-12-1944; NARA, RG 165, Entrada 179, Caja 474.

206. «Room Conversation» Drosdowski-Richter, 11-1-1945; NARA, RG 165, Entrada 179, Caja 462.

207. SRM 659, 18-7-1944, TNA, WO 208/4138.

208. «Room Conversation» Müller-Reimbold, 22-3-1945; NARA, RG 165, Entrada 179, Caja 530.

209. «Room Conversation» Hanelt-Breitlich, 3-4-1945; NARA, RG 165, Entrada 179, Caja 447.

210. GRGG 232, 8 al 11-12-1944, TNA, WO 208/4364. Sobre la eutanasia y su historia previa en la eugenesia del imperio del káiser y la república de Weimar, véase Ernst Klee, *«Euthanasie» im NS-Staat. Die Vernichtung lebensunwerten Lebens,* Fráncfort del Meno, 1985.

211. SRGG 782, 21-1-1944, TNA, WO 208/4167.

212. SRGG 495, 21-10-1943, TNA, WO 208/4166.

213. A este respecto es minucioso Felix Römer, *Kommissarbefehl. Wehrmacht und NS-Verbrechen an der Ostfront 1941/42*, Paderborn, 2008.

214. GRGG 271, 10-3 al 12-3-1945, TNA, WO 208/4177.

215. SRGG 679, 20-12-1943, TNA, WO 208/4167.

216. SRM 877, 7-9-1944, TNA, WO 208/4139.

217. SRM 633, 11-7-1944, TNA, WO 208/4138.

218. Welzer, *Täter*, pp. 218 s.; Groß, *Anständig geblieben*.

219. Broszat (ed.), *Rudolf Höß*, p. 156.

220. SRA 3249, 9-10-1942, TNA, WO 208/4128.

221. SRA 4880, 27-1-1944, TNA, WO 208/4132.

222. SRA 5702, 6-1-1945, TNA, WO 208/4135.

223. Charlotte Beradt, *Das Dritte Reich des Traumes*. Con epílogo de Reinhart Koselleck, Fráncfort del Meno, 1981.

224. Helmut Karl Ulshöfer (ed.), *Liebesbriefe an Adolf Hitler: Briefe in den Tod: Unveröffentlichte Dokumente aus der Reichskanzlei*, Fráncfort del Meno, 1994.

225. Rothkirch también describió este hecho en SRGG 1133 (C), 9-3-1945, TNA, WO 208/4169.

226. GRGG 272, 13-3 al 16-3-1945, TNA, WO 208/4177.

227. «Room Conversation» Meyer-Killmann, 17-8-1944; NARA, RG 165, Entrada 179, Caja 516.

228. SRA 3468, 30-12-1942, TNA, WO 208/4128.

229. Ibídem.

230. SRA 4174, 14-7-1943, TNA, WO 208/4130.

231. SRA 4232, 20-7-1943, TNA, WO 208/4130. El capitán Wilhelm Hachfeld, comandante del escuadrón de cazas pesado 2, grupo III, sufrió un accidente letal en el despegue el 2 de diciembre de 1942.

232. SRA 591, 23-9-1940, TNA, WO 208/4119.

233. SRA 179, 17-7-1940, TNA, WO 208/4118.

234. SRA 4652, 4-11-1943, TNA, WO 208/4132.

235. SRA 3259, 13-10-1942, TNA, WO 208/4128.

236. SRA 687, 4-10-1940, TNA, WO 208/4120.

237. SRA 3035, 24-8-1942, TNA, WO 208/4127.

238. SRA 3891, 28-3-1943, TNA, WO 208/4129.

239. SRA 3915, 29-3-1943, TNA, WO 208/4130.

240. Ulf Balke, *Der Luftkrieg in Europa. Die operativen Einsätze des Kampfgeschwaders 2 im Zweiten Weltkrieg*, vol. 2, Bonn, 1990, p. 524.

241. SRA 5108, 27-3-1944, TNA, WO 208/4133. Véase también Ernst Stilla, *Die Luftwaffe im Kampf um die Luftherrschaft,* Tesis doctoral, Universidad de Bonn, 2005, pp. 236-243.

242. SRA 4663, 5-11-1943, TNA, WO 208/4132.

243. Stilla, *Die Luftwaffe*, pp. 232-236.

244. SRA 2570, 3-6-1942, TNA, WO 208/4126.

245. SRA 1503, 13-4-1941, TNA, WO 208/4123.

246. SRN 625, 9-8-1941, TNA, WO 208/4143.

247. SRA 4156, 10-7-1943, TNA, WO 208/4130.

248. SRA 1503, 13-4-1941, TNA, WO 208/4123.

249. Mallmann, *Deutscher Osten*, p. 155.

250. Regina Mühlhäuser, *Eroberungen, sexuelle Gewalttaten und intime Beziehungen deutscher Soldaten in der Sowjetunion 1941-1945*, Hamburgo, 2010. Sobre la violencia sexual, véase también Birgit Beck, *Wehrmacht und sexuelle Gewalt. Sexualverbrechen vor deutschen Militärgerichten*, Paderborn, 2004.

251. SRN 2528, 19-12-1943, TNA, WO 208/4148.

252. Angrick, *Besatzungspolitik und Massenmord*, p. 450.

253. Bernd Greiner, *Krieg ohne Fronten. Die USA in Vietnam*, Hamburgo, 2007.

254. Angrick, *Besatzungspolitik und Massenmord*, p. 150.

255. Ibídem, p. 448.

256. Willy Peter Reese y Stefan Schmitz, *Mir selber seltsam fremd: Die Unmenschlichkeit des Krieges. Russland 1941-44*, Múnich, 2003.

257. Angrick, *Besatzungspolitik und Massenmord*, p. 449.

258. SRA 1345, 21-2-1941, TNA, WO 208/4123.

259. Mühlhäuser, *Eroberungen*, p. 186.

260. Ibídem, p. 187.

261. Jefe de la policía de seguridad y el SD, estado mayor de la comandancia, informes de las zonas ocupadas de la URSS, 25-2-1942 USHMM, RG-31 002M, Rollo 11, 3676/4/105, pp. 16 s., citado según Mühlhäuser, *Eroberungen*, p. 214.

262. SRA 753, 14-10-1940, TNA, WO 208/4120.

263. SRA 4819, 12-1-1944, TNA, WO 208/4132.

264. SRA 2871, 4-8-1942, TNA, WO 208/4127.

265. «Room Conversation» Sauermann-Thomas, 5-8-1944; NARA, RG 165, Entrada 179, Caja 554.

266. Cfr. Michaela Christ: «Kriegsverbrechen», en Welzer, Neitzel y Gudehus (eds.), *Der Führer*.

267. «Room Conversation» Kruk-Böhm, 12-6-1944; NARA, RG 165, Entrada 179, Caja 504.

268. SRA 2386, 12-12-1941, TNA, WO 208/4126.

269. SRA 4903, 30-1-1944, TNA, WO 208/4132.

270. SRX 1937, 2-2-1944, TNA, WO 208/4163.

271. SRN 809, 23-2-1942, TNA, WO 208/4143.

272. SRA 1227, 1-2-1941, TNA, WO 208/4122.

273. SRA 712, 8-10-1940, TNA, WO 208/4120.

274. Informe disciplinario de la 8.º flotilla de destructores «Narvik» para el período del 1 de julio de 1942 al 1 de septiembre de 1943, BA/MA, RM 58/39.

275. «Room Conversation» Müller-Reimbold, 22-3-1945; NARA, RG 165, Entrada 179, Caja 530.

276. «Room Conversation» Czosnowski-Schultka, 2-4-1945, NARA, Caja 458, pp. 438 ss.

277. Mallmann, *Deutscher Osten*; Mühlhäuser, *Eroberungen*.

278. Referencia probable a Bobruisk (Babrujsk), en Bielorrusia.

279. «Room Conversation» Held-Langfeld, 13-8-1944, NARA, RG 165, Entrada 179, Caja 506.

280. «Room Conversation» Kokoschka-Saemmer, 15-6-1944; NARA, RG 165, Entrada 179, Caja 500.

281. Flota de bombarderos de la Royal Air Force.

282. Philipps O'Brien, «East versus West in the Defeat of Nazi Germany», en *Journal of Strategic Studies* 23 (2000), pp. 89-113, p. 93.

283. Cfr. el estudio fundamental de Kehrt, *Moderne Krieger*.

284. SRA 172, 15-7-1940, TNA, WO 208/4118.

285. SRA 4130, 1-7-1943, TNA, WO 208/4130.

286. SRA 3748, 26-2-1943, TNA, WO 208/4129.

287. SRA 4135, 3-7-1943, TNA, WO 208/4130.

288. A este respecto, véase Lutz Budraß, *Flugzeugindustrie und Luftrüstung in Deutschland 1918-1945*, Düsseldorf, 1998.

289. SRA 510, 11-9-1940, TNA, WO 208/4119.

290. SRA 496, 10-9-1940, TNA, WO 208/4119.

291. SRA 4063, 5-6-1943, TNA, WO 208/4130.

292. SRA 5467 15-7-1944, TNA, WO 208/4134.

293. SRA 5710, 11-1-1945, TNA, WO 208/4135; Josef Priller, *Geschichte eines Jagdgeschwaders. Das J.G. 26 (Schlageter) 1937-1945*, Stuttgart, 1956, 4.ª ed. 1980, pp. 265, 335.

294. El suboficial Mäckle erró el rumbo con su caza nocturno Ju 88, en una misión sobre el mar del Norte, y, tras un fallo de la brújula, aterrizó por error en la inglesa Woolbridge. De esta manera, proporcionó a los británicos —y con envío gratuito— la técnica más nueva de los cazas nocturnos alemanes. Gebhard Aders, *Geschichte der deutschen Nachtjagd, 1917-1945*, Stuttgart, 1978, p. 250.

295. Aquí se alude al Me-210, cuya introducción estaba prevista para 1940; sin embargo, debido a los problemas técnicos, esta se pospuso repetidamente hasta que finalmente fue preciso abandonar el proyecto. Rüdiger Kosin, *Die Entwicklung der deutschen Jagdflugzeuge,* Bonn, 1990, pp. 135-138.

296. SRA 117, 12-6-1940, TNA, WO 208/4118.

297. SRA 3273, 16-10-1942, TNA, WO 208/4128.

298. SRA 3069, 30-8-1942, TNA, WO 208/4127.

299. SRA 4516, 11-10-1943, TNA, WO 208/4131. Los relatos se refieren al caza nocturno He-219.

300. SRA 3069, 30-8-1942, TNA, WO 208/4127.

301. SRA 3307, 26-10-1942, TNA, WO 208/4128.

302. SRA 3943, 13-4-1943, TNA, WO 208/4130. En diciembre de 1941, un soldado de primera afirmó que había visto el He 177 y que este era el aparato que debía volar por fin hasta los Estados Unidos. SRA 2371, 6-12-1941, TNA/WO 208/4126. Véase también SRA 5545 29-7-1944, TNA, WO 208/4134. Cfr. también «Room Conversation», Krumkühler-Wolff, 26-8-1944, NARA, Entrada 179, Caja 566,t en la que se habla de un vuelo Berlín-Nueva York, para el envío de octavillas. El alférez de fragata Josef Bröhl, del U-432, también hizo referencia a este vuelo, aunque en su caso el avión que habría volado a Nueva York para lanzar las octavillas habría sido un reactor. SRN 1629, 11-4-1943, TNA, WO 208/4145.

303. Cfr. Karl Kössler y Günther Ott, *Die großen Dessauer. Die Geschichte einer Flugzeugfamilie*, Planegg, 1993, pp. 103-105.

304. Peter Herde, *Der Japanflug. Planungen und Verwirklichung einer Flugverbindung zwischen den Achsenmächten und Japan 1942-1945,* Stuttgart, 2000.

305. SRA 3950, 17-4-1943, TNA, WO 208/4130.

306. SRA 2992, 12-8-1942, TNA, WO 208/4127.

307. En el informe SRA 3465, 30-12-1942, TNA, WO 208/4128, se menciona el principio del caza propulsado por cohete Me-163.

308. SRA 4235, 20-7-1943, TNA, WO 208/4130. El suboficial Rott voló con el escuadrón de combate rápido 10, escuadrilla 11. Dirigía el escuadrón el teniente coronel Günther von Maltzahn, comandante del escuadrón de cazas 53.

309. SRA 4709, 15-12-1943, TNA, WO 208/4132.

310. SRA 4880, 27-1-1944, TNA, WO 208/4132.

311. SRA 5114, 29-3-1944, TNA, WO 208/4133.

312. SRA 5111, 29-3-1944, TNA, WO 208/4133.

313. SRA 5531 26-7-1944, TNA, WO 208/4134.

314. SRA 5456 15-7-1944, TNA, WO 208/4134.

315. SRA 5732, 15-1-1945, TNA, WO 208/4135.

316. J. Ethelli, Alfred Price, *Deutsche Düsenflugzeuge im Kampfeinsatz 1944/45*, Stuttgart, 1981, pp. 70 ss.

317. Förster, vol. 9/1, pp. 433-436. Es fundamental Heinz Dieter Hölsken, *Die V-Waffen. Entstehung, Propaganda, Kriegseinsatz*, Stuttgart, 1984; Ralf Schabel, *Die Illusion der Wunderwaffen. Die Rolle der Düsenflugzeuge und Flugabwehrraketen in der Rüstungspolitik des Dritten Reiches,* Múnich, 1994.

318. SRN 1559, 25-3-1943, TNA, WO 208/4145.

319. Se alude al teniente general Kurt Dittmar, que desde abril de 1942 actuó en el OKH como periodista radiofónico para los reportajes sobre el ejército de Tierra.

320. SRN 1622, 11-4-1943, TNA, WO 208/4145.

321. SRN 1986, 25-7-1943, TNA, WO 208/4146.

322. SRX 1532, 24-1-1943, TNA, WO 208/4162.

323. SRM 263, 27-10-1943, TNA, WO 208/4137.

324. SRX 1617, 11-3-1943, TNA, WO 208/4162.

325. SRN 2989, 3-3-1944, TNA; WO 208/4149; SRN 3379, 20-4-1944, TNA, WO 208/4151.

326. SRM 601, 25-6-44, TNA, WO 208/4138; SRM 655, 18-7-1944, TNA, WO 208/4138.

327. SRM 263, 27-10-1943; SRM 291, 9-11-1943, TNA, WO 208/4137; SRN 2636, 4-1-1944, TNA, WO 208/4148; SRM 499, 21-3-1944, TNA, WO 208/4138; SRM 680, 26-7-1944, TNA, WO 208/4138; SRA 5199, 27-4-1944, TNA, WO 208/4133.

328. SRM 639, 8-7-1944; TNA, WO 208/4138.

329. SRM 491, 14-3-1944, TNA, WO 208/4138.

330. SRN 2851, 25-1-1944, TNA, WO 208/4149.

331. SRA 5196, 25-4-1944 TNA, WO 208/4133.

332. Hölsken, *Die V-Waffen*, pp. 131 ss.

333. Ibídem, p. 103.

334. Ibídem, pp. 104 ss.

335. Ibídem, p. 109.

336. SRN 3922, 8-7-1944, TNA, WO 208/4153.

337. Así, por ejemplo, Otto Elfeldt (SRGG 988, 24-8-44, TNA, WO 208/4168) y Erwin Menny, *Tagebuchblätter aus der Gefangenschaft*, BA/MA, N 267/4.

338. SRM 655, 18-7-1944, TNA, WO 208/4138.

339. SRM 847, 30-8-1944, TNA, WO 208/4139, e igualmente SRM 960, 10-10-1944, TNA, WO 208/4139; SRM 1077, 29-11-1944, TNA WO 208/4139; SRX 2075, 29-12-1944, TNA, WO 208/4164.

340. SRN 4130, 16-8-1944, TNA, WO 208/4155.

341. SRX 2048, 4-11-1944, TNA, WO 208/4164. También es similar: SRN 4031, 4-8-1944, TNA, WO 208/4154 (una V-2 surte el efecto de entre 2.000 y 3.000 bombas).

342. También alude a un discurso hitleriano tal el alférez Borbonus, de la Junkerschule (Academia militar) de las SS en Bad Tölz. SRM 914, 20-9-1944, TNA, WO 208/4139.

343. SRGG 543, 9-11-1943, TNA, WO 208/4167.

344. SRGG 596 26-11-1943, TNA, WO 208/4167. Para la crítica de las armas de represalia, cfr. SRM 722, 30-7-1944, TNA, WO 208/4138; SRM 1094, 21-11-1944, TNA, WO 208/4139.

345. Cfr. Kehrt, *Moderne Krieger*, pp. 291-297.

346. SRA 5512 23-7-1944, TNA, WO 208/4134.

347. SRA 5532 25-7-1944, TNA, WO 208/4134.

348. SRA 2058, 2-8-1941, TNA, WO 208/4125.

349. SRA 2660, 18-6-1942, TNA, WO 208/4126. Zastrau volaba en el escuadrón de combate 2, escuadrilla 5, y fue derribado el 23 de abril de 1942, en un ataque contra Exeter. Balke, *Luftkrieg in Europa*, p. 430.

350. La descripción se refiere al ataque de la fuerza aérea alemana contra Bari, en la noche del 3 de diciembre de 1943. Mediante el impacto de las bombas y la explosión de los barcos de munición *John E Motley* y *Joseph Wheeler*, y la consiguiente explosión del petrolero *Aroostock*, se destruyeron 18 barcos, con un total de 71.566 toneladas brutas. Hubo más de mil muertos y heridos. Las acciones contra incendios y de salvamento se vieron obstaculizadas por el carguero estadounidense *John Harvey*, cargado de munición con gas pimienta. Véase la dirección http://www.wlbstuttgart.de/seekrieg/43-12.htm (con acceso el 30-08-2010).

351. SRA 4862, 23-1-1944, TNA, WO 208/4132.

352. SRA 1557, 23-4-1941, TNA, WO 208/4123.

353. SRM 606, 27-6-1944, TNA, WO 208/4138.

354. Förster, vol. 9/1, p. 469.

355. SRA 281, 4-8-1940, TNA, WO 208/4137.

356. SRA 453, 4-9-1940, TNA, WO 208/4137.

357. SRA 450, 4-9-1940, TNA, WO 208/4137.

358. SRA 549, 17-9-1940, TNA, WO 208/4138.

359. Así dice en su diario, el 21-1-1942, Wilhelm *Ritter* von Thoma. BA/MA, N 2/2.

360. SRA 2655, 18-6-1942, TNA, WO 208/4126; véase también SRA 2635, 15-6-1942, TNA, WO 208/4127.

361. Förster, vol. 9/1, p. 540.

362. Hans Meier-Welcker, *Aufzeichnungen eines Generalstabsoffiziers 1919 bis 1942,* Friburgo, 1982, p. 158 (23-8-1942).

363. SRN 129, 15-11-1940, TNA, WO 208/4141.

364. SRN 395, 8-6-1941, TNA, WO 208/4142.

365. SRN 183, 21-3-1941, TNA, WO 208/4141.

366. SRN 370, 28-5-1941, TNA, WO 208/4142.

367. SRN 127, 16-11-1940, TNA, WO 208/4141.

368. SRN 720, 25-12-1941, TNA, WO 208/4143.

369. Resultados de los cuestionarios a prisioneros alemanes elegidos en los meses de noviembre de 1941 a marzo de 1943, TNA, WO 208/4180.

370. SRN 690, 7-11-1941, TNA, WO 208/4143.

371. SRN 933, 31-3-1942, TNA, WO 208/4143. Josef Przyklenk (n. 10 de enero de 1914) fue mecánico de Marina en el U-93 y cayó prisionero el 15 de enero de 1942.

372. SRN 731, 31-12-1941, TNA, WO 208/4143. Los británicos lo hicieron constar —en contra de la lista de ocupantes— como Karl Wedekin*n*, no Wedekin*d*.

373. SRN 969, 22-8-1942, TNA, WO 208/4143; SRN 968, 22-8-1942, TNA, WO 208/4143. El U-210 se hundió en su primera misión de combate, sin haber llegado a apuntarse ni un solo objetivo propio.

374. Bernhard R. Kroener, «“Nun Volk steht auf...!” Stalingrad und der totale Krieg 1942-1943», en *Stalingrad. Ereignis, Wirkung, Symbol*, Múnich, 1992, pp. 151-170; Martin Humbug, *Das Gesicht des Krieges. Feldpostbriefe von Wehrmachtssoldaten aus der Sowjetunion 1941-1944*, Opladen, 1998, pp. 118 ss.

375. SRA 3717, 2-3-1943, TNA, WO 208/4129.

376. SRA 3442, 28-12-1942, TNA, WO 208/4128.

377. SRA 3868, 22-3-1943, TNA, WO 208/4129.

378. SRA 4012, 18-5-1943, TNA, WO 208/4130; SRA 4222, 28-7-1943, TNA, WO 208/4130. También hubo voces similares en la Marina, pero no, en cambio, en el ejército de Tierra. Véase SRN 1643, 14-4-1943, TNA, WO 208/4145.

379. SRA 4791, 6-1-1944, TNA, WO 208/4132.

380. Se alude al jefe del segundo grupo del escuadrón de combate 2, comandante Heinz Engel, que pertenecía al grupo desde octubre de 1941 y lo dirigía desde febrero de 1943. Balke, *Luftkrieg in Europa*, p. 409.

381. SRA 5272, 16-5-1944, TNA, WO 208/4133.

382. SRA 4747, 22-12-1943, TNA, WO 208/4132.

383. SRN 2509, 27-11-1943, TNA, WO 208/4148.

384. Cfr. SRN 2521, 11-12-1943, TNA, WO 208/4148.

385. SRN 2518, 7-12-1943, TNA, WO 208/4148.

386. SRN 2768, 17-1-1944, TNA, WO 208/4149. En esta situación, es obvio que las armas de represalia tampoco ofrecían una gran esperanza. SRN 3613, 8-5-1944, TNA, WO 208/4152.

387. «Erlass gegen Kritiksucht und Meckerei», 9-9-1943, citado según Salewski, *Seekriegsleitung*, pp. 638 ss.

388. Los británicos invitaron a cierta parte de los prisioneros que internaban en sus campos de espionaje a rellenar cuestionarios estandarizados. Entre marzo de 1943 y enero de 1944, interrogaron a cinco grupos de entre 35 y 71 personas, para un total de 240 prisioneros, principalmente de la Marina y solo secundariamente de la Luftwaffe. CSDIC (UK), «Survey of German P/W Opinion», GRS 10, 24-2-1944, TNA, WO 208/5522.

389. Rafael A. Zagovec, «Gespräche mit der "Volksgemeinschaft"», en Bernhard Chiari *et al*., *Die deutsche Kriegsgesellschaft 1939 bis 1945 – Ausbeutung, Deutungen, Ausgrenzung*, vol. 9/2, Stuttgart, 2005, p. 327.

390. Jörg Echternkamp, «Im Kampf an der inneren und äußeren Front. Grundzüge der deutschen Gesellschaft im Zweiten Weltkrieg», en *Das Deutsche Reich,* vol. 9/1, p. 47.

391. Heinz Boberach (ed.), *Meldungen aus dem Reich*, Múnich, 1968, p. 511.

392. Michael Salewski, «Die Abwehr der Invasion als Schlüssel zum “Endsieg”?», en Rolf-Dieter Müller y Hans-Erich Volkmann, *Die Wehrmacht, Mythos und Realität,* Múnich, 1999, pp. 210-223.

393. SRM 519, 7-6-1944, TNA, WO 208/4138.

394. SRM 526, 9-6-1944, TNA, WO 208/4138.

395. El cabo Hirst afirmó incluso: «Haré todo cuanto esté en mi mano para que esta guerra llegue a su fin y Alemania pierda la guerra por completo». SRM 547, 13-6-1944, TNA, WO 208/4138.

396. No queda claro a quién se refiere Kuhle.

397. Se alude al capitán Borndhard, comandante del batallón de relevo de campo de la 77.ª división de infantería, que cayó prisionero el 18 de junio de 1944 y, al igual que Kuhle, fue espiado en Wilton Park.

398. Es probable que se haga referencia aquí al teniente general Walter Poppe, que fue comandante de la 77.ª división de infantería entre el 1 de febrero y el 25 de marzo de 1944, en el que sirvió Kuhle. El 5 de julio ocupó un nuevo mando. No se sabe qué fundamento tenían los rumores de alta traición.

399. SRM 606, 27-6-1944, TNA, WO 208/4138. Kuhle fue comandante del tercer batallón del 1050.º regimiento de infantería de la 77.ª división de infantería, y Von Saldern dirigió al final el 1057.º regimiento de granaderos, débilmente armado, de la 91.ª división aerotransportada.

400. SRM 610, 29-6-1944, TNA, WO 208/4138.

401. SRM 830, 24-8-1944, TNA, WO 208/4139.

402. SRM 849, 27-8-1944, TNA, WO 208/4139.

403. Para un resumen del estado de la investigación, véase Neitzel, *Abgehört*, pp. 61 ss.

404. SRM 639, 8-7-1944, TNA, WO 208/4138.

405. SRM 637, 7-7-1944, TNA, WO 208/4138.

406. Este análisis y evaluación se lo debemos a Felix Römer, de Maguncia.

407. Así, el alférez Trettner afirmaba que ocho divisiones de paracaidistas no tardarían en estar dispuestas para entrar en acción y con ellas «aún se [podría] hacer mucho». SRM 813, 24-8-1944, TNA, WO 208/4139.

408. SRM 796, 19-8-1944, TNA, WO 208/4138.

409. Así, los que cayeron prisioneros en Cherburgo en junio de 1944 y, sin embargo, seguían confiando en que la victoria caería del lado alemán son, sin apenas excepciones, alféreces y tenientes. Análisis de los cuestionarios de moral, Felix Römer, Maguncia. Sobre los soldados de Marina, cfr. p. ej. SRN 3815, 9-7-1944, TNA, WO 208/4153; SRN 3830, 12-6-1944, TNA, WO 208/4153; SRN 3931, 11-7-1944, TNA, WO 208/4154; SRN 4032, 3-8-1944, TNA, WO 208/4154.

410. A esta conclusión llega un estudio estadounidense que se basa en las preguntas realizadas a los prisioneros alemanes poco después de que los apresaran. Véase M. I. Gurfein y Morris Janowitz, «Trends in Wehrmacht Morale», en *Public Opinion Quarterly* 10 (1946), p. 81.

411. El suboficial Brandt, de la 11.ª escuadrilla del tercer escuadrón de cazas nocturnos, hablaba así sobre el discurso pronunciado en ocasión de la ofensiva de las Ardenas: «Y también dijo que, si ahora no obtenemos pronto el dominio del aire, que habremos perdido la guerra. Y el comandante del grupo dijo: "Ahora es la ofensiva en el oeste, ahora depende de eso. Si llega a unas tablas, será la última batalla que nos podamos permitir, como ofensiva". Eso fue lo que dijo el comandante del grupo delante de todo el personal de vuelo, los había convocado a todos allí». SRX 2091, 11-1-1945, TNA, WO 208/4164. Véase también SRM 1133, 18-12-1944, TNA, WO 208/4140; SRM 1168, 8-1-1945, TNA, WO 208/4140.

412. SRX 2030, 25-10-1944, TNA, WO 208/4164.

413. Zagovec, *Gespräche mit der «Volksgemeinschaft»*, p. 358.

414. Noticia del mando supremo del oeste, 7-2-1945, KTB OKW, vol. 4/2, p. 1364.

415. SRA 5829, 18-3-1945, TNA, WO 208/4135.

416. Entre nuestro material, hay que mencionar por ejemplo al general Wilhelm *Ritter* von Thoma. Cfr. Neitzel, *Abgehört*, p. 33.

417. SRM 79, 20-11-1942, TNA, WO 208/4136.

418. SRA 5835, 22-3-1945, TNA, WO 208/4135.

419. Citado según Ian Kershaw, *Hitler, 1936-1945,* Múnich, 2002, p. 15.

420. Ibídem, pp. 64 ss.

421. SRGG 1125, 27-1-1945, TNA, WO 208/4169.

422. W. G. Sebald, *Luftkrieg und Literatur*, Fráncfort del Meno, 2001, p. 110.

423. Hans Mommsen, *Zur Geschichte Deutschlands im 20. Jahrhundert. Demokratie, Diktatur, Widerstand,* Múnich, 2010, pp. 159 s.

424. Saul K. Padover, *Lügendetektor*. *Vernehmungen im besiegten Deutschland 1944/45*, Fráncfort del Meno, 1999.

425. SRA 123, 17-6-1940, TNA, WO 208/4118.

426. SRA 200, 22-7-1940, TNA, WO 208/4118.

427. SRA 495, 10-9-1940, TNA, WO 208/4119; o bien SRA 554, 18-9-1940, TNA, WO 208/4119; o bien SRA 1383, 5-3-1941, TNA, WO 208/4123.

428. SRX 154, 17-11-1940, TNA, WO 208/4158.

429. SRX 228, 29-3-1941, TNA, WO 208/4158.

430. SRA 1619, 29-4-1941, TNA, WO 208/4123.

431. SRA 3807, 10-3-1943, TNA, WO 208/4129.

432. SRA. 4656, 23-11-1943, TNA, WO 208/4132.

433. El rumor según el cual, en el transcurso de sus accesos de rabia, Hitler mordía la esquina de una alfombra se divulgó al mundo a partir de una noticia del periodista William Shirer en torno a un encuentro de Hitler y Chamberlain, el 22 de septiembre de 1938. En sí, de hecho, Shirer solo había escrito que Hitler se hallaba al borde de una crisis nerviosa. La imagen del «mordedor de alfombras», sin embargo, demostró ser de lo más perdurable. Véase Kershaw, *Hitler*, p. 169.

434. Rasgos tales como las «manos maravillosas» del Führer son, sin embargo, parte de la imagen pública, y también se los tematiza en los medios de comunicación; cfr. Kershaw, *Hitler*, p. 410. Esto, como la transmisión por rumores de historias sobre los arranques de ira, no solo apunta a que el Führer era una «persona pública» en el sentido que esto adquiere en la cultura *pop*; también nos indica que quienes informaron sobre encuentros personales con Hitler destacaron precisamente las características que pertenecen a la imagen pública del Führer.

435. SRX 1167, 15-10-1942, TNA, WO 208/4161.

436. Kershaw, *Hitler*, p. 407.

437. SRX 1167, 15-10-1942, TNA, WO 208/4161.

438. SRX 1802, 24-6-1943, TNA, WO 208/4163.

439. SRA 3430, 23-12-1942, TNA, WO 208/4128.

440. SRA 3452, 29-12-1942, TNA, WO 208/4128.

441. La teoría de la disonancia cognitiva fue desarrollada por Leon Festinger y sus colegas a partir del ejemplo de una secta americana cuyos miembros, que esperaban el fin del mundo, cedieron todos sus bienes y se congregaron en lo alto de una montaña para sobrevivir como elegidos al fin de nuestro mundo. No hará falta decir que no hubo tal fin del mundo, lo cual, desde luego, tuvo que provocar una importante disonancia cognitiva en los miembros de la secta. Festinger y sus colegas entrevistaron a estos fieles, que, naturalmente, no albergaban duda ninguna sobre la coincidencia de sus expectativas con la realidad; aquello había sido tan solo una prueba más de la firmeza de su fe, lo cual no hacía sino reforzar su carácter de elegidos. La teoría de la disonancia cognitiva, a partir de aquí, considera que los seres humanos sentimos como disonancias que las expectativas y los hechos no encajen, y luego nos esforzamos por reducir esas disonancias. Esto puede ocurrir de dos modos: o las expectativas se ajustan a los hechos (y, por lo tanto, son revisadas a posteriori) o los hechos se interpretan para que cuadren con las expectativas. Cfr. Leon Festinger, Henry W. Riecken y Stanley Schachter, *When Prophecy Fails*, Minneapolis, 1956.

442. SRA 4166, 7-7-1943, TNA, WO 208/4130.

443. SRA 3795, 12-3-1943, TNA, WO 208/4129.

444. SRGG 216, 12-7-1943, TNA, WO 208/4165.

445. SRA 3660, 9-2-1943, TNA, WO 208/4129.

446. SRA 3781, 7-3-1941, TNA, WO 208/4129.

447. SRM 1090, 29. 11. 44, TNA, WO 208/4139.

448. SRGG 250, 20-7-1943, TNA, WO 208/4165.

449. SRA 4246, 3-8-1943, TNA, WO 208/4130.

450. SRA 3620, 1-2-1943, TNA, WO 208/4129.

451. SRA 2702, 28-6-1942, TNA, WO 208/4126.

452. SRM 477, 14-2-1944, TNA, WO 208/4138.

453. SRA 5610, 7-9-1944, TNA, WO 208/4134.

454. SRA 5610, 7-9-1944, TNA, WO 208/4134.

455. Conde Wolf-Heinrich von Helldorff (14 de octubre de 1896 al 15 de agosto de 1944), jefe de la policía de Berlín.

456. SRM 672, 21-7-1944, TNA, WO 208/4138.

457. SRGG 1234 (C), 20-5-1945, TNA, WO 208/4170.

458. SRGG 1176 (C), 2-5-1945, TNA, WO 208/4169.

459. SRGG 408, 9-9-1943, TNA, WO 208/4166.

460. SRM 202, 20-6-1943, TNA, WO 208/4136.

461. SRGG 220, 12-7-1943, TNA, WO 208/4165.

462. SRA 5084, 20-3-1944, TNA, WO 208/4133.

463. SRM 612, 28-6-1944, TNA, WO 208/4138.

464. SRA 5127, 3-4-1944, TNA, WO 208/4133.

465. SRM 1262, 6-5-1945, TNA, WO 208/4140.

466. Nicole Bögli, *Als kriegsgefangener Soldat in Fort Hunt,* Tesis de maestría, Universidad de Berna, 2010; Stéphanie Fuchs, *«Ich bin kein Nazi, aber Deutscher»,* Tesis de maestría, Universidad de Berna, 2010.

467. De esta manera se presenta como históricamente justificado incluso el análisis tantas veces criticado que expusieron Alexander y Margarete Mitscherlich en su libro *Die Unfähigkeit zu trauern*: los alemanes lo amaron, a su Führer. Enfrentarse con la historia del Tercer Reich y sus crímenes habría exigido primero —decía la argumentación por entonces— un duelo por el objeto de amor perdido. Y estas no eran las víctimas, como se entendió, de manera precipitada, en la interpretación general de este libro, sino el propio Führer. Sin embargo, el proceso de duelo relacionado, por parte de un pueblo para con su dictador, habría supuesto una idea no poco inquietante.

468. SRM 468, 2-2-1944, TNA, WO 208/4137.

469. SRA 3963, 23-4-1943, TNA, WO 208/4130.

470. SRA 3540, 12-1-1943, TNA, WO 208/4129.

471. SRA 1008, 11-12-1940, TNA, WO 208/4122: «Eso es lo que yo no puedo entender, de ninguna manera. Yo también estuve en las Juventudes Hitlerianas, yo también he luchado, y esa es también una buena idea, no hay nada que decir en su contra. Pero como sea, se trata de cosas que no eran necesarias, igual que el modo en que han eliminado a todos los judíos».

472. SRA 1259, 8-2-1941, TNA, WO 208/4123: «Los judíos han creado una agitación sistemática en contra de Alemania. En Polonia, también. Y además, ¿qué otra cosa son los polacos? Desde luego, están en un nivel cultural tan bajo, que no se los puede comparar con los alemanes, para nada».

473. SRM 614, 1-7-1944, TNA, WO 208/4138.

474. SRN 2912, 10-2-1944, TNA, WO 208/4149.

475. SRM 1061, 27-11-1944, TNA, WO 208/4139.

476. SRA 289, 6-8-1940, TNA, WO 208/4118.

477. Alexander Hoerkens: *Kämpfer des Dritten Reiches? Die nationalsozialistische Durchdringung der Wehrmacht*, Tesis de maestría, Universidad de Maguncia, 2009.

478. SRA 5118, 28-3-1944, TNA, WO 208/4133.

479. SRM 45, 10-2-1942, TNA, WO 208/4136.

480. Heinrich von Kleist, *Über die allmähliche Verfertigung der Gedanken beim Sprechen*, Fráncfort del Meno, 2010.

481. SRN 151, 7-12-1940, TNA, WO 208/4141.

482. «Room Conversation» Kotschi-Graupe-Schwartze-Boscheinen, 25-2-1945, NARA, RG 164, Entrada 179, Caja 475.

483. Karl Völker (n. el 22 de septiembre de 1923) fue ingeniero cadete en el U-175 y cayó prisionero con el hundimiento de su nave, el 17 de abril de 1943.

484. SRN 1767, 8-5-1943, TNA, WO 208/4145.

485. Hoerkens, *Kämpfer des Dritten Reiches*?

486. SRN 1715, 1-5-1943, TNA, WO 208/4145.

487. SRM 832, 26-8-1944, TNA, WO 208/4139.

488. SRM 560, 15-6-1944, TNA, WO 208/4138.

489. SRM 584, 22-6-1944, TNA, WO 208/4138.

490. Cfr. por ejemplo Welzer, *Täter*.

491. SRA 1742, 19-5-1941, TNA, WO 208/4145.

492. SRM 914, 20-9-1944, TNA, WO 208/4139.

493. SRN 1505, 5-3-1943, TNA, WO 208/4145; Skrzipek (n. el 15 de julio de 1911) fue capturado el 4 de febrero de 1943.

494. SRN 1617, 12-4-1943, TNA, WO 208/4145.

495. SRCMF X 61, 1-10-1944, TNA, WO 208/5513.

496. SRCMF X 15, 27-5-1944, TNA, WO 208/5513.

497. SRN 2471, 23-11-1943, TNA, WO 208/4148.

498. SRM 523, 8-6-1944, TNA, WO 208/4138.

499. Gordon Allport, *Die Natur des Vorurteils*, Colonia, 1971; Norbert Elias y John L. Scotson, *Etablierte und Außenseiter*, Fráncfort del Meno, 1990; Henri Taijfel, *Gruppenkonflikt und Vorurteil: Entstehung und Funktion sozialer Stereotypen*, Berna, Stuttgart y Viena, 1982.

500. Por ejemplo Aly, *Volksstaat*; Wildt, *Volksgemeinschaft*.

501. SRGG 411, 10-9-1943, TNA, WO 208/4166.

502. SRGG 452, 2-10-1943, TNA, WO 208/4166.

503. SRM 745, 4-8-1944, TNA, WO 208/4238.

504. «Interrogation Report» Wilimzig-Malner, 2-8-1944, NARA, RG 165, Entrada 179, Caja 563.

505. Cfr. acta de prisionero de Wilimzig; NARA, RG 165, Entrada 179, Caja 563.

506. Felix Römer, «Alfred Andersch abgehört. Kriegsgefangene “Anti-Nazis” im amerikanischen Vernehmungslager Fort Hunt», en *VfZG* , 58 (2010), p. 578.

507. Sobre la táctica de la encomienda de tareas, que reforzaba la propia responsabilidad de los subjefes y se consideraba característica de la Wehrmacht, está preparando una tesis Marco Siggen, de la Universidad de Berna.

508. «Room Conversation», Mayer-Ahnelt 5-7-1944, NARA, RG 165, Entrada 179, Caja 441.

509. «Room Conversation», Lange-Laemmel, 27-8-1944, NARA, RG 165, Entrada 179, Caja 506.

510. SRM 711, 28-7-1944, TNA, WO 208/4138.

511. SRM 1215, 14-2-1945, TNA, WO 208/4140.

512. Véase Martin Treutlein, «Paris im August 1944», en Welzer, Neitzel y Gudehus (eds.), *Der Führer*.

513. Kühne, *Kameradschaft*, p. 197.

514. SRN 97, 2-11-1940, TNA, WO 208/4141.

515. SRN 624, 9-8-1941, TNA, WO 208/4143.

516. *Kriegstagebuch der Seekriegsleitung 1939-1945*, Parte A, vol. 1, ed. Werner Rahn y Gerhard Schreiber, Bonn y Herford, 1988, «Gedanken des Oberbefehlshabers der Kriegsmarine zum Kriegsausbruch 3-9-1939», p. 16.

517. Un ejemplo particularmente impresionante al respecto lo ofrece el diario de guerra del «Führer der Zerstörer» en el año 1944, BA/MA, RM 54/8.

518. Sobre Hitler: Admiral/Führerhauptquartier GKdos 2877/44, 6. 8. 44, BA-MA, RM 7/137; sobre Goebbels: Elke Fröhlich (ed.), *Tagebücher von Joseph Goebbels, Sämtliche Fragmente*, vol. 1-15, Londres, Múnich, Nueva York y París, 1987-1998, p. 383 (28-2-1945).

519. «Room Conversation» Neumann-Tschernett-Petzelmayer, 13-6-1944, NARA, RG 165, Entrada 179, Caja 521.

520. HDv 2, sección 9, p. 53, citado según BA/MA, RS 4/1446. Damos las gracias por esta pista a Peter Lieb, de Sandhurst.

521. «Juro por Dios este juramento sagrado por el que prestaré obediencia incondicional al líder del pueblo y el imperio alemán, Adolf Hitler, jefe supremo de las fuerzas armadas, y estaré permanentemente dispuesto, como soldado valiente, a arriesgar mi vida por este juramento.»

522. Citado según Klaus Reinhardt, *Die Wende vor Moskau: das Scheitern der Strategie Hitlers im Winter 1941/42,* Stuttgart, 1972, p. 220.

523. OKW/WFSt, sección L, n.º 442277/41 gKdos Chefs., 26. 12. 41, citado según Hürter, *Hitlers Heerführer*, p. 327, FN 243.

524. Ibídem, p. 332.

525. Cfr. ibídem, p. 344.

526. OKW/WFSt/Op n.º 004059/42 g.K., de 3-11-1942, BA/MA, RH 19 VIII /34, p. 171 s.

527. Karl-Günter Zelle, *Hitlers zweifelnde Elite*, Paderborn, 2010, pp. 28-32.

528. KTB OKW, vol. 3, p. 465.

529. En prisión de los estadounidenses, y al hilo de la lectura de la prensa, se desarrolló una conversación entre el comandante Werner Heuer y el capitán Adolf Hempel en la que los dos coincidieron en que la exigencia de luchar «hasta el último hombre» no debía interpretarse literalmente. «Room Conversation» Heuer-Hempel 26-10-1944; NARA, RG 165, Entrada 179, Caja 484.

530. SRGG 844, 24-2-1944, TNA, WO 208/4168, de donde procede también la cita.

531. SRX 1798, 1799, 23-6-1943; SRX 1806, 24-6-1943, TNA, WO 208/4163. Véase también SRGG 252, 18-7-1943, TNA, WO 208/4165.

532. Fröhlich (ed.), *Tagebücher von Joseph Goebbels*, 29-6-1944, p. 567.

533. Sobre las órdenes principales de Rundstedt, cfr. Horst Boog, Gerhard Krebs y Detlef Vogel (eds.), *Das Deutsche Reich und der Zweite Weltkrieg*, vol. 7, Stuttgart, 2001, p. 463, FN 42. Véase también Nikolaus Meier, *Warum Krieg? Die Sinndeutung des Krieges in der deutschen Militärelite 1871-1945*, Tesis doctoral, Universidad de Zúrich, 2010, pp. 297-304.

534. Boog, Krebs y Vogel, *Das Deutsche Reich*, vol. 7, p. 469.

535. Hans-Günther Kluge a Hitler, 21-7-44, BA-MA, RH 19 IX/8.

536. John Zimmermann, *Pflicht zum Untergang. Die deutsche Kriegführung im Westen des Reiches 1944/45*, Paderborn, 2009.

537. Ibídem, en especial pp. 282-323.

538. SRX 1965, 9-7-1944, TNA, WO 208/4164

539. Esto es válido en la misma medida para el frente oriental y para el occidental. El 30 de junio de 1941, por ejemplo, un grupo de cerca de 200 hombres del Grupo de Ejércitos Sur cayó prisionero de los rusos y murió en cautividad. Korpstagesbefehl KG III. AK, 3-7-41; BA/MA, RH 27-14/2.

540. SRM 521, 8-6-1944, TNA, WO 208/4138. Gundlach dirigió la escuela de combate de la 716.ª división de infantería, que, en el marco del batallón de reemplazo de campo, organizaba cursos para suboficiales. No se sabe más sobre él. Sin embargo, tuvo que tratarse de un oficial de infantería con mucha experiencia de combate. Para una descripción de la batalla desde la perspectiva del soldado de primera Josef Häger, véase Cornelius Ryan, *Der längste Tag. Normandie: 6. Juni 1944,* Fráncfort del Meno, 1976, pp. 190-193.

541. SRM 716, 31-7-1944, TNA, WO 208/4138.

542. SRM 622, 6-7-1944, TNA, WO 208/4138.

543. Mensaje de radio 27-6-1944, B. Nr. 1/Skl 19633/44 GKdos, BA/MA, RM 7/148.

544. SRN 3925, 10-7-1944, TNA, WO 208/4153.

545. SRM 639, 8-7-1944, TNA, WO 208/4138.

546. SRGG 1061, 24-9-1944, TNA, WO 208/4169; Welf Botho Elster, *Die Grenzen des Gehorsams. Das Leben des Generalmajors Botho Henning Elster in Briefen und Zeitzeugnissen,* Hildesheim, 2005.

547. Por ejemplo, Friedrich Paulus en Stalingrado, Hans Aulock en St. Malo, Bernhard Ramcke en Brest. Cfr. Sönke Neitzel, «Der Kampf um die deutschen Atlantik– und Kanalfestungen und sein Einfluß auf den alliierten Nachschub während der Befreiung Frankreichs 1944/45», en *MGM* 55 (1996), pp. 381-430.

548. SRN 3924, 8-7-1944, TNA, WO 208/4153.

549. SRN 3932, 11-7-1944, TNA, WO 208/4154.

550. SRGG 934,1-7-1944, TNA, WO 208/4168.

551. «Room Conversation» Bernzen-Almenröder 11-2-1945, NARA, RG 165, Entrada 179, Caja 448.

552. SRN 3935, 11-7-1944, TNA, WO 208/4154.

553. Neitzel, *Abgehört*, p. 83.

554. BA/MA, N 267/4, 11-11-1944.

555. SRM 160, 4-2-1943, TNA, WO 208/4136.

556. SRX 1548, 4-2-1943, TNA, WO 208/4162.

557. SRM 71, 20-11-1942, TNA, WO 208/4136.

558. Murawski, *Wehrmachtbericht*, p. 180.

559. Zagovec, *Gespräche mit der «Volksgemeinschaft»*, en especial p. 358.

560. GRGG 270, 9-3-1945, TNA, WO 208/4177.

561. Günter Wegmann, *Das Kriegsende zwischen Weser und Ems*, Osnabrück, 2000, pp. 102 ss.; Sönke Neitzel, «Der Bedeutungswandel der Kriegsmarine im Zweten Weltkrieg», en Rolf-Dieter Müller y Hans-Erich Volkmann, *Die Wehrmacht. Mythos und Realität*, Múnich, 1999, pp. 263 ss.

562. SRGG 1125, 27-1-1945, TNA, WO 208/4169.

563. GRGG 276, 25 al 27-3-1945, TNA, WO 208/4177.

564. SRM 1158, 2-1-1945, TNA, WO 208/4140.

565. «Room Conversation» Neher-Glar, 19-9-1944, NARA, RG 165, Entrada 179, Caja 474.

566. SRGG 934, 1-7-1944, TNA, WO 208/4168.

567. SRGG 935, 2-7-1944, TNA, WO 208/4168.

568. SRM 539, 12-6-1944, TNA, WO 208/4138.

569. SRM 522, 9-6-1944, TNA, WO 208/4138.

570. SRGG 844, 24-2-1944, TNA, WO 208/4168.

571. Cfr. «Room Conversation» Guetter-Tschitschko, 27-6-1944, NARA, RG 165, Entrada 179, Caja 477.

572. Esto fue especialmente radical en la batalla por Budapest, en la cual, de los más de 40.000 defensores, cerca de la mitad murió en el intento de fuga y solo 700 alcanzaron las propias líneas. Krisztián Ungváry: *Die Schlacht um Budapest 1944/45: Stalingrad an der Donau*, Múnich, 1999, pp. 255-315.

573. Kurt Böhme, *Die deutschen Kriegsgefangenen in sowjetischer Hand. Eine Bilanz*, Múnich, 1966, p. 49. Elke Scherstjanoi, *Wege in die Kriegsgefangenschaft. Erinnerungen und Erfahrungen Deutscher Soldaten*, Berlín, 2010, muestra experiencias positivas de simples soldados que se pusieron en manos de los soviéticos.

574. *Kriegstagebuch der Seekriegsleitung 1939-1945*, Parte A, vol. 1, ed. Werner Rahn y Gerhard Schreiber, Bonn y Herford, 1988, «Gedanken des Oberbefehlshabers der Kriegsmarine zum Kriegsausbruch 3-9-1939», p. 16.

575. Decreto ObdM, 22-12-1939, véase Michael Salewski, *Die deutsche Seekriegsleitung*, vol. 1, Fráncfort del Meno, 1970, p. 164.

576. 1. Skl Nr. 18142/43 g., 17-6-1943, BA/MA, RM 7/98. Véase también KTB Skl, parte A, 17-8-1944, p. 417.

577. Véase igualmente Holger Afflerbach, «“Mit wehender Fahne untergehen”. Kapitulationsverweigerung in der deutschen Marine», en *VfZG*, 49 (2001), pp. 593-612.

578. A este respecto, véase asimismo Andreas Leipold, *Die Deutsche Seekriegsführung im Pazifik in den Jahren 1914 und 1915*, Tesis doctoral, Universidad de Bayreuth, 2010.

579. Wagner (ed.), *Lagevorträge des ObdM*, 26-3-45, p. 686.

580. Citado según Rolf-Dieter Müller y Gerd R. Ueberschär, *Kriegsende 1945. Die Zerstörung des Deutschen Reiches*, Fráncfort del Meno, 1994, p. 175.

581. «“Die Invasion”. Erlebnisbericht und Betrachtungen eines T-Boot-Fahrers auf “Möwe”», BA/MA, RM 8/1875; Clay Blair, *Der U-Boot-Krieg*, vol. 2, Múnich, 2001, p. 679.

582. Discurso del embajador del imperio japonés, general Oshima, en ocasión del festejo en el Gymnasium de Joachimsthal, el 25-11-1944. PAAA, R 61405.

583. «Room Conversation» Grote-Wiljotti-Brinkmann, 12-8-1944, NARA, RG 165, Entrada 179, Caja 476. Su interlocutor no consideró que mereciera la pena ahondar en la circunstancia de que 17 lanchas se fueran «a pique hasta con las ratas» en la bahía del Sena. Es revelador, a este respecto, que en toda la guerra no se hundiera nunca una lancha rápida con toda su tripulación; siempre hubo supervivientes. Es un caso típico de exageración para dotar de mayor emoción al relato.

584. Por ejemplo el discurso del mando de la Marina de combate sobre la guerra de tonelaje, 19-10-1944, en Neitzel, *Bedeutungswandel der Kriegsmarine*, p. 256.

585. SRA 2589, 5-6-1942, TNA, WO 208/4126.

586. Ernst Stilla, *Die Luftwaffe im Kampf um die Luftherrschaft*, Tesis doctoral, Universidad de Bonn, 2005, pp. 234 s.; Karl-Heinz Frieser *et al*.: *Das Deutsche Reich und der Zweite Weltkrieg*, vol. 8, Stuttgart, 2007, p. 859. El alférez Trettau, del escuadrón de cazas 27, escuadrilla 6.ª, informa así de que, en marzo de 1945, había llegado una orden según la cual quien cayera prisionero sin estar herido sería privado de la protección que les correspondía. SRA 5840, 11-4-1945, TNA, WO 208/4135.

587. NARA, T-321, Reel 54, pp. 290-403; Günther W. Gellermann, *Moskau ruft Heeresgruppe Mitte... Was nicht im Wehrmachtbericht stand – Die Einsätze des geheimen Kampfgeschwaders 200 im Zweiten Weltkrieg*, Coblenza, 1988, pp. 42-60; Arno Rose, *Radikaler Luftkampf. Die Geschichte der deutschen Rammjäger*, Stuttgart, 1979.

588. Por ejemplo SRA 5544, 29-7-1944, TNA, WO 208/4134.

589. Por ejemplo SRA 4776, 4-1-1944; SRA 4813, 13-1-1944, TNA, WO 208/4132. En junio de 1942, en cambio, un alférez describió la exigencia de embestir como una «tontería». SRA 2589, 5-6-1942, TNA, WO 208/4126.

590. SRGG 1248, 18-5-1945, TNA, WO 208/4135.

591. KTB OB West, 21-9-1944, BA/MA, RH 19 IV/56, p. 319.

592. «Room Conversation», Ross-Herrmann, 13-6-1944, NARA, RG 165, Entrada 179, Caja 533.

593. SRX 349, 13-6-1941, TNA, WO 208/4159.

594. SRA 1575, 26-4-1941, TNA, WO 208/4123.

595. SRX 690, 13-1-1941, TNA, WO 208/4160.

596. SRX 1240, 6-11-1942, TNA, WO 208/4161.

597. SRX 1478, 7-1-1943, TNA, WO 208/4162.

598. SRGG 779, 20-1-1944, TNA, WO 208/4167.

599. SRX 1163, 15-10-1942, TNA, WO 208/4161.

600. SRX 703, 15-1-1942, TNA, WO 208/4160.

601. SRM 75, 20-11-1942, TNA, WO 208/4136.

602. SRA 2615, 9-6-1942, TNA, WO 208/4126.

603. SRN 675, 29-10-1941, TNA, WO 208/4143.

604. SRX 1171, 16-10-1942, TNA, WO 208/4161.

605. SRA 2615, 9-6-1942, TNA, WO 208/4126.

606. SRX 1513, 20-1-1943, TNA, WO 208/4162.

607. SRA 3731, 3-3-1943, TNA, WO 208/4129.

608. SRGG 483, 14-10-1943, TNA, WO 208/4166.

609. SRM 104, 22-11-1942, TNA, WO 208/4136.

610. SRX 1819, 8-7-1943, TNA, WO 208/4163.

611. SRM 129, 26-11-1942, TNA, WO 208/4136.

612. SRGG 59, 24-5-1943, TNA, WO 208/4165.

613. SRM 129, 26-11-1942, TNA, WO 208/4136.

614. SRGG 650, 12-12-1943, TNA, WO 208/4167.

615. SRGG 59, 24-5-1943, TNA, WO 208/4165.

616. SRN 2021, 28-7-1943, TNA, WO 208/4146.

617. SRGG 223, 13-7-1943, TNA, WO 208/4165.

618. SRX 334, 16-6-1941, TNA, WO 208/4159.

619. SRX 1125, 24-9-1942, TNA WO 208/4161.

620. SRM 136, 29-11-1942, TNA, WO 208/4136.

621. Ibídem.

622. SRX 1181, 24-10-1942, TNA, WO 208/4161.

623. Comandante de la 1.ª división de paracaidistas, memoria sobre la formación y provisión de armas y equipos a una división de paracaidistas, así como sobre los principios de la dirección de combate en el marco de una división de paracaidistas, 11-9-1944, BA/MA RH 11 I/24. Debemos esta referencia a Adrian Wettstein, de Berna.

624. SRGG 16, 16-5-1943, TNA, WO 208/4165.

625. SRGG 217, 11-7-1943, TNA, WO 208/4165.

626. SRX 1839, 16-7-1943, TNA, WO 208/4163.

627. «Room Conversation» Grote-Wiljotti-Brinkmann, 15-8-1944, NARA, RG 165, Entrada 179, Caja 563.

628. SRGG 790, 22-1-1944, TNA, WO 208/4167.

629. SRGG 914, 4-6-1944, TNA, WO 208/4168. Estos juicios se hallan también en os informes oficiales. Cfr. p. ej. 29.ª división acorazada de granaderos, informe sobre los combates en Sicilia y el sur de Italia, 4-11-1943, BA/MA RH 11 I/27. Debemos esta referencia a Adrian Wettstein, de Berna.

630. SRX 1149, 9-10-1942, TNA, WO 208/4161.

631. SRM 22, 17-1-1942, TNA, WO 208/4136.

632. SRM 49, 24-2-1942, TNA, WO 208/4136.

633. SRM 49, 24-2-1942, TNA, WO 208/4136.

634. SRGG 243, 17-7-1943, TNA, WO 208/4165.

635. SRX 1402, 19-12-1942, TNA, WO 208/4162.

636. SRM 797, 19-8-1944, TNA, WO 208/4138.

637. SRM 469, 2-2-1944, TNA, WO 208/4137.

638. SRM 863, 27-8-1944, TNA, WO 208/4139.

639. SRM 965, 16-10-1944, TNA, WO 208/4139.

640. SRM 613, 29-6-1944, TNA, WO 208/4138.

641. SRM 700, 27-7-1944, TNA WO 208/4138.

642. SRM 982, 26-10-1944, TNA, WO 208/4139.

643. SRCMF, X 113, 29-12-1944, TNA, WO 208/5516.

644. SRM 640, 10-7-1944, TNA, WO 208/4138.

645. Véase también SRMCF, X 110, 23-12-1944, TNA, WO 208/5516. El tema de la deserción puede considerarse, mientras tanto, como bien investigado. Véase en especial Magnus Koch, *Fahnenfluchten. Deserteure der Wehrmacht im Zweiten Weltkrieg – Lebenswege und Entscheidungen*, Paderborn, 2008; Wolfram Wette, *Das letzte Tabu. NS-Militärjustiz und «Kriegsverrat»*, Berlín, 2007; Benjamin Ziemann, «Fluchten aus dem Konsens zum Durchhalten. Ergebnisse, Probleme und Perspektiven der Erforschung soldatischer Verweigerungsformen in der Wehrmacht 1939-1945», en Rolf-Dieter Müller y Hans-Erich Volkmann (eds.), *Die Wehrmacht. Mythos und Realität*, Múnich, 1999, pp. 589-613; Wolfram Wette, *Deserteure der Wehrmacht. Feiglinge – Opfer – Hoffnungsträger? Dokumentation eines Meinungswandels*, Essen, 1995; Norbert Haase y Gerhard Paul (eds.), *Die anderen Soldaten. Wehrkraftzersetzung, Gehorsamsverweigerung, Fahnenflucht*, Fráncfort del Meno, 1995.

646. Felix Römer, *Alfred Andersch abgehört*, pp. 571 ss.

647. «Room Conversation» Templin-Erlwein-Friedl, 16-2-1945, NARA, RG 165, Entrada 178, Caja 553.

648. Manfred Messerschmitt, *Die Wehrmachtjustiz 1933-1945*, Paderborn, 2005, p. 172.

649. SRM 419, 19-12-1943, TNA, WO 208/4137.

650. GRGG 182, 27 al 28-8-1944, TNA, WO 208/4363.

651. SRGG 1021, 2-9-1944, TNA, WO 208/4168.

652. SRM 1148, 31-12-1944, TNA, WO 208/4140.

653. En la actualidad, la batería de costa de Longues-sur-Mer es, sin duda, la posición fortificada más importante de la Marina alemana en Francia. Como los cañones de 150 mm siguen estando en posición, la batería se ha empleado como escenario de filmación de películas como *El tambor de hojalata* o *El día más largo*. Es accesible para los turistas y hoy figura en todas las guías de viaje.

654. SRM 536, 11-6-1944, TNA, WO 208/4138.

655. SRM 729, 29-7-1944, TNA, WO 208/4138. Cfr. SRM 225, 8-7-1943, TNA, WO 208/4136.

656. SRM 593, 25-6-1944, TNA, WO 208/4138.

657. SRX 1138, 3-10-1942, TNA, WO 208/4161.

658. SRN 823, 1-3-1942, TNA, WO 208/4143.

659. SRN 181, 21-3-1941; SRN 184, 21-3-1941; SRN 193, 22-3-1941, TNA, WO 208/4141. El último mensaje de radio decía así: «Dos destructores-bombas de profundidad-53.000 toneladas-prisioneros-fdo. Kretschmer».

660. René Schilling, «Die “Helden der Wehrmacht” – Konstruktion und Rezeption», en Rolf-Dieter Müller y Hans-Erich Volkmann, *Die Wehrmacht. Mythos und Realität*, Múnich, 1999, pp. 552-556.

661. SRN 3732, 18-5-1944, TNA, WO 208/4152.

662. SRN 2606, 4-1-1944, TNA, WO 208/4148.

663. Ibídem.

664. Ibídem.

665. Nota de un cabo de Marina en SRN 2636, 4-1-1944, TNA, WO 208/4148.

666. Christian Hartmann, *Halder. Generalstabschef Hitlers 1938-1942*, Paderborn, 2010, p. 331.

667. Para detalles sobre Reichenau, véase Johannes Hürter, *Hitlers Heerführer. Die deutschen Oberbefehlshaber im Krieg gegen die Sowjetunion 1941/42*, Múnich, 2006. Cfr. además el esbozo de Brendan Simms, «Walther von Reichenau – Der politische General», en Ronald Smesler y Enrico Syring (eds.), *Die Militärelite des Dritten Reiches*, Berlín, 1995, pp. 423-445. Por otro lado, Timm Richter está preparando una tesis sobre Reichenau.

668. Rudolf Schmundt fue el edecán de la Wehrmacht de Hitler y director del departamento de personal del ejército de Tierra. GRGG 161, WO 208/4363.

669. SRGG 83, 29-5-1943, TNA, WO 208/4165.

670. SRGG 578, 21-11-1943, TNA, WO 208/4167.

671. Neitzel, *Abgehört*, p. 446.

672. SRX 2029, 25-10-1944, TNA, WO 208/4164.

673. SRX 36, 14-2-1940, TNA, WO 208/4158.

674. SRA 224, 26-7-1940, TNA, WO 208/4118.

675. SRA 258, 1-8-1940, TNA, WO 208/4118.

676. SRM 149, 7-12-1942, TNA, WO 208/4136.

677. SRX 1955, 23-2-1944, TNA, WO 208/4164. Véase también SRA 8-10-1940, TNA, WO 208/4120.

678. SRX 1881, 15-10-1943, TNA, WO 208/4163.

679. Neitzel, *Einsatz der deutschen Luftwaffe*, p. 40.

680. Murawski, *Wehrmachtbericht*, p. 42.

681. Clay Blair, *Der U-Boot-Krieg*, vol. 2, Múnich, 1999, pp. 738, 778.

682. Entre otras, la emisión semanal del 21 de octubre de 1942.

683. Alberto Santoni, «The Italian Submarine Campaign», en Stephen Howarth y Derel Law (eds.), *The Battle of the Atlantic 1939-1945*, Londres, 1994, pp. 329-332.

684. SRN 4797, 31-3-1945, TNA, WO 208/4157.

685. SRA 2996, 14-8-1942, TNA, WO 208/4127.

686. SRN 129, 15-11-1940, TNA, WO 208/4141. Véase también SRA 2178, 1-10-1941, TNA, WO 208/4125.

687. SRA 5777, 1-2-1945, TNA, WO 208/4135. Este chiste sobre Göring existe con diversas variaciones. También se hablaba de la «Gran Cruz Autotransportada con Hojas de Laurel». Hans-Jochen Gamm, *Der Flüsterwitz im Dritten Reich. Mündliche Dokumente zur Lage der Deutschen während des Nationalsozialismus*, Múnich, 1990, p. 165.

688. Amedeo Osti Guerrazzi, *«Noi non sappiamo odiare». L'esercito italiano tra fascismo e democrazia*, Roma, 2010, p. 166.

689. SRIG 329, 17-10-1943, TNA, WO 208/4187. Ficalla estuvo al mando de la 202.ª división de costa y cayó prisionero el 21 de julio de 1943, en Sicilia. Salza era capellán militar del primer ejército italiano y fue capturado el 13 de mayo de 1943, en Túnez.

690. Por ejemplo CSDIC Middle East n. 662 (I), 5-1-1943, TNA, WO 208/5574.

691. SRIG 221, 11-8-1943, TNA, WO 208/4186.

692. CSDIC Middle East n. 626 (I), 15-11-1942, TNA, WO 208/5574.

693. En la percepción de los soldados, las recompensas materiales eran más eficaces, como estímulo y guía, que las condecoraciones. Así, un aviador reporta haber recibido 5.000 liras de premio por un impacto de torpedo. CSDIC Middle East No. 488 (I), 13-4-1942, TNA, WO 208/5518.

694. Ettore Bastico fue, entre julio de 1941 y febrero de 1943, el comandante en jefe de las fuerzas italianas en el norte de África.

695. CSDIC Middle East No. 713 (I), 23-3-1943, TNA, WO 208/5574.

696. Cfr. ISRM 49, 17-7-1943, TNA, WO 208/4188.

697. Incluso los propios soldados de las unidades de élite, sin embargo, eran más capaces de expresar emociones a lo largo de la conversación de lo que solían serlo los soldados alemanes. Véase por ejemplo la descripción que hace de una persecución con bombas de profundidad un oficial del submarino *Glauco*, sin parangón entre los submarinistas italianos. I/SRN 76, 29-7-1941, TNA, WO 208/4189.

698. I/SRN 68, 24-7-1941, TNA, WO 208/4189.

699. Caza británico de larga distancia.

700. CSDIC Middle East No. 489 (I), 14-4-1942. Véase también CSDIC Middle East No. 471(I), 25-3-1942, TNA, WO 208/5518.

701. CSDIC AFHQ No. 58 (I), 31-8-1943, TNA, WO 208/5508.

702. Ibídem.

703. I/SRN 70, 24-7-1941; I/SRN 90, 18-8-1941, TNA, WO 208/4189.

704. I/SRN 65, 20-7-1941. Cfr. I/SRN 88, TNA, WO 208/4189.

705. Por ejemplo I/SRN 54, 15-1-1941; I/SRN 72, 25-7-1941; I/SRN 97, 25-8-1941, TNA, WO 208/4189.

706. Tal es la opinión, por ejemplo, del teniente general Kurt *Freiherr* von Liebenstein.

707. SRIG 138, 17-7-1943. TNA, WO 208/4186.

708. Carta en Stevens, *Letters*, p. 135.

709. Ulrich Straus, *The Anguish of Surrender: Japanese POW's of World War II*, Londres y Seattle, 2003, pp. 48 s.

710. Hirofumi Hayashi, «Japanese Deserters and Prisoners of War in the Battle of Okinawa», en Barbara Hately-Broad y Bob Moore (eds.), *Prisoners of War, Prisoners of Peace: Captivity, Homecoming and Memory in World War II*, Oxford, 2005, pp. 49-58. Se constata un hallazgo similar para el escenario bélico de Birmania; cfr. Takuma Melber, «Verhört: Alliierte Studien zu Moral und Psyche japanischer Soldaten im Zweiten Weltkrieg», en Welzer, Neitzel y Gudehus, *Der Führer*.

711. Melber, *Verhört*.

712. Ibídem.

713. Rüdiger Overmans, *Deutsche militärische Verluste im Zweiten Weltkrieg*, Múnich, 1999, p. 215.

714. SRM 1022, 15-11-1944, TNA, WO 208/4139.

715. Así se titula un libro del general de las SS Paul Hausser, aparecido en 1966: *Soldaten wie andere auch*.

716. Sobre las nuevas investigaciones en torno de las Waffen-SS, cfr. Martin Cüppers, *Wegbereiter der Shoah: die Waffen-SS, der Kommandostab Reichsführer-SS und die Judenvernichtung 1939-1945*, Darmstadt, 2005; Carlo Gentile, *Wehrmacht, Waffen-SS und Polizei im Kampf gegen Partisanen und Zivilbevölkerung in Italien 1943-1945*, Paderborn, 2011; Lieb, *Konventioneller Krieg*; René Rohrkamp,*Weltanschaulich gefestigte Kämpfer. Die Kämpfer der Waffen-SS 1933-1945. Organisation – Personal – Sozialstruktur*, Paderborn, 2010; y sobre todo Jean-Luc Leleu, *La Waffen-SS politiques en guerre*, París, 2007. Como obra más reciente, Jochen Lehnhardt, *Die Waffen-SS in der NS-Propaganda*, Tesis doctoral, Universidad de Maguncia, 2011.

717. SRM 8, 23-7-1940, TNA, WO 208/4136.

718. Hartmann, *Wehrmacht im Ostkrieg*, pp. 106, 237.

719. KTB 4.º regimiento infantería (mot.), 9-12-1941 al 29-4-42 (copia en propiedad del autor).

720. Rohrkamp, *Weltanschaulich gefestigte Kämpfer*.

721. SRGG 429, 22-9-1943, TNA, WO 208/4166, similar a SRM 786, 12-8-1944, TNA, WO 208/4138.

722. SRM 747, 3-8-1944, TNA, WO 208/4138; con crítica de Lingner SRM 1216, feb. 1945, TNA, WO 208/4140.

723. SRM 1019, 14-11-1944, TNA, WO 208/4139; SRX 2055, 9-11-1944, TNA, WO 208/4164; S.R.G.G. 1024 (C) 2-9-1944, TNA WO 208/4168.

724. SRM 786, 12-8-1944, TNA, WO 208/4138.

725. SRGG 1034 (C) 8-9-1944, TNA, WO 208/4168.

726. KTB división «Großdeutschland», «Aktennotiz» Ia, 6 al 7-1-1943, p. 2, BA/MA, RH 26-1005/10.

727. SRM 786, 12-8-1944, TNA, WO 208/4138.

728. SRGG 971, 9-8-1944, TNA, WO 208/4168. Para la equiparación de las Waffen-SS y la división «Hermann Göring» como «guardia pretoriana» más expuesta, cfr. SRGG 39, 16-5-1943, TNA, WO 208/4165.

729. SRA 2877, 5-8-1942, TNA, WO 208/4168; SRX 87, 9-6-1940, TNA, WO 208/4158; SRA 2621, 11-6-1942, TNA, WO 208/4126.

730. SRA 3236, 5-10-1942, TNA, WO 208/4128.

731. SRGG 39, 22-5-1943, TNA, WO 208/4165.

732. SRGG 39, 22-5-1943, TNA, WO 208/4165.

733. SRGG 971, 9-8-1944, TNA, WO 208/4165.

734. Henry Dicks: *The Psychological foundations of the Wehrmacht*, TNA, WO 241/1.

735. Citado según Karl-Günter Zelle, *Hitlers zweifelnde Elite*, p. 209.

736. Citado según Lieb, *Konventioneller Krieg*, p. 441.

737. Por ejemplo SRM 956, 10-10-1944, TNA, WO 208/4139.

738. GRGG 263, 18 al 20-2-1945, p. 3, TNA, WO 208/4177.

739. SRGG, 19-2-1944, TNA, WO 208/4168. El interrogatorio a Kurt Meyer, el de noviembre de 1944, deja claro hasta qué punto Meyer odiaba a los «bolcheviques» de las «estepas». SRM 1022, 15-11-1944, p. 8, TNA, WO 208/4139.

740. SRM 1207, 12-2-1945, TNA, WO 208/4140.

741. «Room Conversation» Becker-Steiner, 14-2-1945, NARA, RG 165, Entrada 179, Caja 447.

742. Overmans, *Deutsche militärische Verluste*, pp. 257, 293-296.

743. Peter Lieb, «“Rücksichtslos ohne Pause angreifen, dabei ritterlich bleiben”. Eskalation und Ermordung von Kriegsgefangenen an der Westfront 1944», en Neitzel y Hohrath (eds.), *Kriegsgreuel*, pp. 346-350. Varias pistas también en Antony Beevor, *D-Day*. [Hay trad. cast.: *El día D. La batalla de Normandía*, Crítica, Barcelona, 2009.]

744. Lieb, *Konventioneller Krieg*, pp. 435-448. Los informes correspondientes de los aliados, según los cuales los hombres de las SS «prefieren morir antes que rendirse» se hallan muy difundidos. Charles P. Stacey: *The victory campaign. The operations in North-West Europe, 1944-1945*, Ottawa, 1960, p. 249.

745. Precisamente en el frente oriental, las unidades de las SS causaron graves pérdidas a las unidades soviéticas, sin sufrir ellas una gran merma; así, por ejemplo, en la operación «Ciudadela» del verano de 1943. Cfr. Roman Töppel: «Kursk – Mythen und Wirklichkeit einer Schlacht», en *VfZG,* 57 (2009), pp. 349-384, en especial pp. 373 ss.; Karl-Heinz Frieser *et al*., *Das Deutsche Reich und der Zweite Weltkrieg*, vol. 8, Stuttgart 2007, pp. 104-138.

746. SRGG 513, 29-10-1943, TNA, WO 208/4166.

747. Mensaje radiofónico del general de las tropas acorazadas Erhard Raus, ante el 8.º ejército, el 10 de agosto de 1943, BA/MA, RH 20-8/95.

748. «Panzergruppe Eberbach bei Alençon und beim Durchbruch aus dem Kessel von Falaise», compuesto el 7 de febrero de 1946, en cautividad, por Heinrich Eberbach. BA-MA, RH 20/7/149. Según sus propias palabras, para este trabajo Eberbach empleó dibujos que había realizado en Trent Park en octubre de 1944.

749. Lieb, *Konventioneller Krieg*, p. 426. El comandante Heimann informaba así sobre el combate de un batallón de la «Leibstandarte Adolf Hitler», en Aquisgrán, en octubre de 1944: «El *Obersturmführer* de la "Leibstandarte" —era un resto de la "Leibstandarte" de Aquisgrán—, el *Obersturmführer* Rink (?), era un comandante de batallón subordinado a mí. Pues de pronto se me acerca este comandante de batallón —eso fue tres, cuatro días antes de que tuviéramos que rendirnos — y me dice: "Esta noche nos largamos". Y está claro que las SS tenían intención de largarse de allí. Pero les advertimos con toda seriedad: la orden del Führer, por la que hay que defender la ciudad hasta el final, afecta a las SS tanto como a todos los demás». SRM 982, 26-10-1944, TNA, WO 208/4139.

750. SRM 640, 10-7-1944, TNA, WO 208/4138.

751. SRM 968, 18-10-1944, TNA, WO 208/4139.

752. El general al mando del XXXXVIII Panzer-Korps, el general Hermann Balck, se quejó intensamente, en abril de 1944, sobre la 9.ª división acorazada de las SS. Decía que los mandos intermedios no daban el nivel requerido. Su cólera contra el comandante y *Obergruppenführer* Wilhelm Bittrich llegó hasta el extremo de pedir su relevo, aun cuando al mismo tiempo elogió la valentía personal de Bittrich. Cfr. Gert Fricke, *«Fester Platz» Tarnopol 1944*, Friburgo, 1969, pp. 107-111, 116-119. Véase también el informe sobre el viaje al frente del mariscal de campo Von Kluge, el 14-7-1944, que lo llevó hasta el grupo acorazada Oeste y el I cuerpo acorazada de las SS, BA/MA, RH 19 IV/50.

753. Probablemente, Zaporizhia.

754. SRA 4273, 14-8-1943, TNA, WO 208/4130. Hitler se había reunido el 19 de febrero de 1943, en el cuartel principal del Grupo de Ejércitos Sur, con el mariscal de campo Erich von Manstein en Zaporizhia y le dio libertad para el contraataque. En este intervino también la división de las SS «Leibstandarte Adolf Hitler».

755. SRM 662, 19-7-1944, TNA, WO 208/4138.

756. Valoración del VIII cuerpo británico, 25-7-1944, citado según Lieb, *Konventioneller Krieg*, p. 428.

757. Eberbach a su esposa, 8-7 al 11-7-1944, BA/MA, MSG 1/1010.

758. SRA 3677, 18-2-1943, TNA, WO 208/4129.

759. SRX 201, 22-3-1941, TNA, WO 208/4158.

760. SRX 201, 22-3-1941, TNA, WO 208/4158. Cfr. las declaraciones del cabo de Marina Helmsmann, del U-335, en SRN 1013, 1-9-1942, TNA, WO 208/4143.

761. SRA 2378, 9-12-1941, TNA, WO 208/4126.

762. Como panorama general de los crímenes de guerra en la campaña francesa, véase Lieb, *Konventioneller Krieg*, pp. 15-20; para la división «Totenkopf», Charles W. Sydnor, *Soldaten des Todes. Die 3. SS-Division «Totenkopf», 1933-1945*, Paderborn, 2002, pp. 76-102; Jean-Luc Leleu, «La Division SS-Totenkopf face à la population civile du Nord de la France en mai 1940», en *Revue du Nord*, 83 (2001), pp. 821-840. Sobre el asesinato de soldados coloniales franceses, aunque el estudio no presenta las pruebas empíricas como sería deseable, véase Raffael Scheck, *Hitler's African Victims: the German Army massacres of French Black Soldiers 1940*, Cambridge, 2006.

763. Cfr. p. ej. SRM 892, 15-9-1944, TNA, WO 208/4139.

764. SRM 705, 28-7-1944, TNA, WO 208/4138.

765. SRM 746, 3-8-1944, TNA, WO 208/4138. De hecho, las dos unidades lucharon en la misma sección entre octubre de 1943 y enero de 1944.

766. SRM 746, 3-8-1944, TNA, WO 208/4138.

767. SRX 1978, 13-8-1944, TNA, WO 208/4164.

768. SRM 726, 30-7-1944, TNA, WO 208/4138.

769. SRM 1150, 30-12-1944, TNA, WO 208/4140. El comentario antisemita parece deberse al comandante de la división y *Brigadeführer* de las SS Heinz Lammerding.

770. SRM 899, 15-9-1944, TNA, WO 208/4139. Sobre los saqueos, cfr. SRM 772, 1-8-1944, TNA, WO 208/4138.

771. Un suboficial relata que en su unidad de combate anticarro se liquidó a tiros a diez ingleses. SRM 741, 4-8-1944, TNA, WO 208/4138. El suboficial Kaun refiere que un prisionero canadiense murió apaleado con un pico a manos de un soldado de una unidad acorazada. Según se describe el hecho, el culpable podría pertenecer tanto a la división «Juventudes Hitlerianas» de las SS, como a una unidad de Tierra. SRM 737, 3-8-1944, TNA, WO 208/4138.

772. Detalles a este respecto en Lieb, *Konventioneller Krieg*.

773. SRM 892, 15-9-1944, TNA, WO 208/4139.

774. SRM 855, 29-8-1944, TNA, WO 208/4139.

775. «Room Conversation» Hanelt-Breitlich, 3-4-1945, NARA, RG 165, Entrada 179, Caja 479. La mención de los tanques en la destrucción del pueblo hace probable que esta acción se desarrollara en el marco de una operación contra «guerrilleros», que la hubieran llevado a cabo unidades de las Waffen-SS, sin relación con una acción de fusilamiento emprendida por grupos de asalto del SD.

776. GRGG 225, 18 al 19-11-1944, TNA, WO 208/4364.

777. Cfr. Neitzel, *Abgehört*, pp. 300-303, 572 ss.

778. SRX 1799, 23-6-1943, TNA, WO 208/4162.

779. Por desgracia, faltan investigaciones sobre el tema de los crímenes de guerra de las Waffen-SS en el frente oriental.

780. SRN 3929, 10-7-1944, TNA, WO 208/4153.

781. SRM 1079, 24-11-1944, TNA, WO 208/4139. Sobre las masacres contra la población civil en Bielorrusia, informa el *Rottenführer* Otto Gregor. PWIS (H) LDC/762, TNA, WO 208/4295. El teniente coronel Müller-Rienzburg, estando en cautividad, refiere que el *Standartenführer* Kurt Meyer se había jactado, en un curso de comandantes de regimiento, de haber tomado un pueblo próximo a Járkov con tan solo dos pérdidas, para a continuación destruir por completo el lugar: «niños, mujeres, ancianos, todo». SRGG 832, 13-2-1944, TNA, WO 208/4168.

782. SRM 648, 15-7-1944, TNA, WO 208/4138.

783. SRM 643, 13-7-1944, TNA, WO 208/4138. Sobre el fusilamiento de prisioneros por parte de la división de las SS «Das Reich», cfr. el informe del *Obersturmführer* Simke en SRM 764, 8-8-1944, TNA, WO 208/4138. El *Untersturmführer* Karl-Walter Becker, de la 12.ª división de las SS «Juventudes Hitlerianas», refiere lo que le habían revelado camaradas del frente de invasión: «Desde Rusia, en la mayoría de los casos, se había procedido así: cuando los prisioneros eran muchos, solo se transportaba a otra zona a los que parecían ser más importantes, mientras que liquidaban, casi siempre, a todos los demás». Declaración voluntaria del *Untersturmführer* Karl-Walter Becker, TNA, WO 208/4295.

784. SRM 1205, 12-2-1945, TNA,WO 208/4140. Sobre los crímenes de la 12.ª división acorazada de las SS en Normandía, véase Howard Margolian, *Conduct Unbecoming. The story of the murder of Canadian prisoners of war in Normandy*, Toronto, 1998; Lieb, *Konventioneller Krieg*, pp. 158-166.

785. SRM 753, 3-8-1944, TNA, WO 208/4138.

786. Se mencionan otros crímenes en SRM 706, 28-7-1944, TNA, WO 208/4138; SRM 367, 9-11-1943, TNA, WO 208/4137 (asesinato de rehenes en Pančevo, Serbia, en abril de 1941).

787. Leleu,: *La Waffen-SS*, pp. 233-235, 420-441; Jürgen Matthäus, Konrad Kwiet, Jürgen Förster y Richard Breitman (eds.), *Ausbildungsziel Judenmord? «Weltanschauliche Erziehung» von SS, Polizei und Waffen-SS im Rahmen der «Endlösung»,* Fráncfort del Meno, 2003.

788. GRGG 262, 18 al 20-2-1945, TNA, WO 208/4177.

789. SRM 1214, 12-2-1945, TNA, WO 208/4140.

790. SRM 1216, 16-2-45. TNA, WO 208/4140. Con casi las mismas palabras, véase también la orden de Himmler del 20-2-1943, en Matthäus, *Ausbildungsziel Judenmord*, p. 106.

791. Bernd Wegner, *Hitlers Politische Soldaten. Die Waffen-SS 1933-1945*, Paderborn 2009[9], p. 189.

792. Matthäus, *Ausbildungsziel Judenmord*.

793. SRM 649, 16-7-1944, TNA, WO 208/4138.

794. Leleu, *La Waffen-SS*, pp. 468-470.

795. Wegner, *Hitlers Politische Soldaten*, pp. 48 ss.; Leleu, *La Waffen-SS*, pp. 456 ss., 483 ss.

796. SRM 649, 16-7-1944, TNA, WO 208/4138.

797. SRM 705, 28-7-1944, TNA, WO 208/4138.

798. SRM 649, 16-7-1944, TNA, WO 208/4138.

799. Carlo Gentile, «"Politische Soldaten". Die 16. SS-Panzer-Grenadier-Division "Reichsführer-SS" in Italien 1944», en *Quellen und Forschungen aus italienischen Archiven und Bibliotheken*, 81 (2001), pp. 529-561.

800. Peter Lieb, «“Die Ausführung der Maßnahme hielt sich anscheinend nicht im Rahmen der gegebenen Weisung”. Die Suche nach Hergang, Tätern und Motiven des Massakers von Maillé am 25. August 1944», en *Militärgeschichtliche Zeitschrift*, 68 (2009), pp. 345-378.

801. SRM 766, 8-8-1944, TNA, WO 208/4138.

802. Leleu, *La Waffen-SS*, pp. 794 ss.

803. SRM 668, 21-7-1944, TNA, WO 208/4138.

804. Por ejemplo el estudio de Matthias Weusmann, *Die Schlacht in der Normandie 1944. Wahrnehmungen und Deutungen deutscher Soldaten,* Tesis doctoral, Universidad de Maguncia, 2009.

805. Christian Gerlach, *Kalkulierte Morde. Die deutsche Wirtschafts– und Vernichtungspolitik in Weißrußland*, Hamburgo, 1999, pp. 609-622; Peter Lieb, «Die Judenmorde der 707. Infanteriedivision 1941/42», en, *VfZG,* 50 (2002), pp. 523-558, en esp. 535-544.

806. Hartmann, *Wehrmacht im Ostkrieg*, pp. 469-788; Hermann Frank, *Blutiges Edelweiss. Die 1. Gebirgsdivision im Zweiten Weltkrieg*, Berlín, 2008; Peter Lieb, «Generalleutnant Harald von Hirschfeld. Eine nationalsozialistische Karriere in der Wehrmacht», en Christian Hartmann (ed.), *Von Feldherrn und Gefreiten. Zur biographischen Dimension des Zweiten Weltkrieges*, Múnich, 2008, pp. 45-56.

807. Cfr. además el primer intento de una historia de las mentalidades de Hans-Martin Stimpel, *Die deutsche Fallschirmtruppe 1936-1945. Innenansichten von Führung und Truppe*, Hamburgo, 2009.

808. Así, los británicos consideran que los oficiales capturados de la 3.ª división de paracaidistas eran, casi exclusivamente, nazis convencidos. «Corps Intelligence Summary», No. 56, 8-9-1944, TNA, WO 171/287. Debemos la referencia a Peter Lieb, de Sandhurst.

809. SRGG 971, 9-8-1944, TNA, WO 208/4168.

810. A este resultado llega un estudio que ha comparado sistemáticamente las actas de las escuchas de oficiales y suboficiales de las Waffen-SS y los paracaidistas. Frederik Müllers, *Des Teufels Soldaten? Denk– und Deutungsmuster von Soldaten der Waffen-SS*, Examen estatal, Universidad de Maguncia, 2011.

811. Es la conclusión de Tobias Seidl en su tesis doctoral de la universidad de Maguncia (2011), *«Führerpersönlichkeiten». Deutungen und Interpretationen deutscher Wehrmachtgeneräle in britischer Kriegsgefangenschaft*.

812. Cfr. también Richard Germann: «“Österreichische” Soldaten im deutschen Gleichschritt?, en Welzer, Neitzel y Gudehus, *Der Führer*.

813. Ulrich Herbert, *Best: biographische Studien über Radikalismus, Weltanschauung und Vernunft 1903-1989*, Bonn, 1996; Michael Wildt, *Generation des Unbedingten. Das Führungskorps des Reichssicherheitshauptamtes*, Hamburgo, 2002; Isabel Heinemann, *«Rasse, Siedlung, deutsches Blut». Das Rasse– und Siedlungshauptamt der SS und die rassenpolitische Neuordnung Europas*, Gotinga, 2003.

1. *www.collateralmurder.com*.

2. David L. Anderson, «What Really Happened?», en David L. Anderson (ed.), *Facing My Lai. Beyond the Massacre*, Kansas 1998, pp. 1-17.

3. Greiner, *Krieg ohne Fronten*, p. 113.

4. Ibídem, p. 407.

5. *Der SPIEGEL,* 16/2010, p. 21.

6. Harald Potempa, *Die Perzeption des Kleinen Krieges im Spiegel der deutschen Militärpublizistik (1871 bis 1945) am Beispiel des Militärwochenblattes*, Potsdam, 2009.

7. *Der SPIEGEL,* 16/2010, p. 20.

8. Walter Manoschek, «“Wo der Partisan ist, ist der Jude, wo der Jude ist, ist der Partisan”. Die Wehrmacht und die Shoah», en Gerhard Paul (ed.), *Täter der Shoah, Fanatische Nationalsozialisten oder ganz normale Deutsche?*, Gotinga, 2002, pp. 167-186; Helmut Krausnick y Hans-Heinrich Wilhelm, *Die Truppe des Weltanschauungskrieges. Die Einsatzgruppen der Sicherheitspolizei und des SD 1938-1942*, Stuttgart, 1981, p. 248.

9. Alison des Forges, *Kein Zeuge darf überleben. Der Genozid in Ruanda*, Hamburgo, 2002, p. 94.

10. Bill Adler (ed.), *Letters from Vietnam,* Nueva York, 1967, p. 22.

11. Jonathan Shay, *Achill in Vietnam. Kampftrauma und Persönlichkeitsverlust*, Hamburgo, 1998, p. 271.

12. Philip Caputo, *A Rumor of War*, Nueva York, 1977, p. 231.

13. Michael E. Stevens, *Letter from the Front 1898-1945*, Madison, 1992, p. 110.

14. Andrew Carroll, *War letters. An extraordinary Correspondence from American Wars*, Nueva York, 2002.

15. Samuel A. Stouffer *et al., Studies in Social Psychology in World War II: The American Soldier. Vol. 1, Adjustment During Army Life*, Princeton, 1949, pp. 108-110, 149-172.

16. Carta de Kundus, *Süddeutsche Zeitung Magazin* (2009): «Briefe von der Front». Disponible en la dirección http://sz-magazin.sueddeutsche.de/ texte/anzeigen/31953, con acceso el 27-8-2010.

17. En las cartas de guerra —aquí, otro ejército de Vietnam— se hallan de vez en cuando lamentos y ruegos de disculpa por la expresión de ansias y pensamientos de venganza: «Ese día perdí a un buen número de colegas y ahora solo confío en tener la ocasión de volver contra ellos y hacer que paguen por lo que han hecho. Siento escribir esta clase de cosas. Procuro no escribir a casa sobre las acciones en las que he intervenido, pero es que no puedo evitar sentir odio, sentir ganas de venganza contra ellos» (Bernard Edelman, *Dear America. Letters home from Vietnam*, Nueva York, 1985, p. 79).

18. Resumen de Overmans, *Das Deutsche Reich*, vol. 9/2, pp. 799 y 820.

19. Véanse también las cartas de Konrad Jarausch y Klaus-Jochen Arnold, *«Das stille Sterben...» Feldpostbriefe von Konrad Jarausch aus Polen und Russland*, Paderborn, 2008, con un desarrollo similar de la empatía.

20. Cfr. a este respecto las aportaciones de la recopilación de ensayos de Neitzel y Hohrath, *Kriegsgreuel*, en especial Oswald Überegger, *«Verbrannte Erde» und «baumelnde Gehenkte». Zur europäischen Dimension militärischer Normübertretungen im Ersten Weltkrieg*, pp. 241-278; Bourke, *An Intimate History*, p. 182.

21. Peter Lieb, «“Rücksichtslos ohne Pause angreifen, dabei ritterlich bleiben”. Eskalation und Ermordungen von Kriegsgefangenen an der Westfront 1944», en Neitzel y Hohrath, *Kriegsgreuel*, pp. 337-352.

22. Wehler, *Gesellschaftsgeschichte*, vol. 4, p. 842.

23. Gerald F. Linderman, *The world within war. America's combat experience in World War II*, Nueva York, 1997, p. 111.

24. El 14 de julio de 1943, soldados de la 45.ª división de infantería estadounidense, en las inmediaciones del pueblo siciliano de Biscari, fusilaron a cerca de 70 prisioneros italianos y alemanes. Como una de las causas principales se hace constar una orden del general Patton, en la que, implícitamente, invita a matar a los prisioneros. Bourke, *An Intimate History*, p. 184. Hay casos similares en los primeros días de la batalla por Normandía. Lieb, *Rücksichtslos*.

25. Linderman, *The world within war*, pp. 112-126.

26. Lieb, *Rücksichtslos*, pp. 349 ss.

27. Welzer, *Täter*, p. 256.

28. Jens Ebert, *Zwischen Mythos und Wirklichkeit. Die Schlacht um Stalingrad in deutschsprachigen authentischen und literarischen Texten*, Tesis, Berlín, 1989, p. 38, citado aquí según Ute Daniel y Jürgen Reulecke, epílogo de los editores alemanes a Anatolij Golovčanskij *et al*. (eds.), *«Ich will raus aus diesem Wahnsinn». Deutsche Briefe von der Ostfront 1941-1945. Aus sowjetischen Archiven*, Wuppertal *et al*. 1991, p. 314. Véase también Linderman, *The world within war*, pp. 48-55, y Alf Lüdtke, «The Appeal of Exterminating "Others". German Workers and the Limits of Resistance», en *Journal of Modern History*, 64 (1992), número especial, pp. 46-67.

29. Edelman, *Dear America*, p. 136.

30. Rolf-Dieter Müller y Hans-Erich Volkmann (eds.), *Die Wehrmacht. Mythos und Realität*, Múnich, 1999, pp. 87-174.

31. Felix Römer, «“Seid hart und unerbittlich...”. Gefangenenerschießungen und Gewalteskalation im deutsch-sowjetischen Krieg 1941/42», en Neitzel y Hohrath, *Kriegsgreuel*, pp. 317-336.

32. Linderman, *The world within war*, pp. 90 ss., 169.

33. Stouffer *et al*., *Studies in Social Psychology*.

34. Ibídem, p. 149.

35. Shils y Janowitz, *Cohesion and Disintegration*.

36. Cfr. a este respecto también Martin van Creveld, *Fighting Power. German and U.S. Army Performance, 1939-1945*, Westport (Connecticut), 1982; Welzer, *Täter*.

37. Erving Goffman, *Stigma. Über Techniken der Bewältigung beschädigter Identität*, Fráncfort del Meno, 1974.

38. Citado según Lifton, *Ärzte*, p. 58.

39. Citado según Greiner, *Krieg ohne Fronten*, p. 249.

40. Reese, *Mir selber*, pp. 136 ss.

41. Las formaciones de grupos se muestran también en un plano más general cuando se traza una frontera entre los soldados que combaten y el resto de su mundo. Biehl y Keller lo describen en el caso de la perspectiva del soldado de la Bundeswehr en sus despliegues en el extranjero: «En el soldado, la dialéctica entre la ideología latente y el reflejo antiideológico causa que aquel se identifique, en gran medida, con su misión y los objetivos de esta. A ello se opone una actitud, que oscila entre el distanciamiento y el rechazo, frente a los informes de los medios de comunicación, la resonancia social y la "alta política". En este sentido se trata de una especie de actitud antielitista que permite a los soldados estilizar su concepto de sí como el de los agentes cruciales, los que realizan in situ las acciones de las que depende, de hecho, que la misión resulte un éxito. Este mecanismo les ayuda a dominar mejor tanto su situación como las cargas y los peligros que esta supone. Con ello, los soldados establecen una frontera que distingue entre el "nosotros, los que estamos aquí, desplegados en una misión" y el "ellos, que están allí, en la tierra patria", lo que a su vez determina la pertenencia y el reconocimiento». Véase Heiko Biehl y Jörg Keller, «Hohe Identifikation und nüchterner Blick», en Sabine Jaberg, Heiko Biehl, Günter Mohrmann y Maren Tomforde (eds.), *Auslandseinsätze der Bundeswehr. Sozialwissenschaftliche Analysen, Diagnosen und Perspektiven*, Berlín, 2009, pp. 121-141.

En este contexto, Maren Tomforde describe también el surgimiento de una identidad de misión propia y colectiva entre los soldados de la ISAF [Fuerza Internacional de Apoyo a la Seguridad, misión de la OTAN en Afganistán] de la Bundeswehr. Así, por ejemplo, al llevar el uniforme «rosa» (sin manchas, de color ligeramente rosado), los soldados muestran que pertenecen al grupo y se oponen y separan de los que no son miembros del contingente. Durante la misión en el extranjero, por lo tanto, surgen nuevas adscripciones, distantes de la «identidad-Bundeswehr» de la patria. Véase Maren Tomforder, «"Meine rosa Uniform zeigt, dass ich dazu gehöre". Soziokulturelle Dimensionen des Bundeswehr-Einsatzes in Afghanistan», en Horst Schuh y Siegfried Schwan (eds.), *Afghanistan – Land ohne Hoffnung? Kriegsfolgen und Perspektiven in einem verwundeten Land,* Brühl, 2007, pp. 134-159.

42. También se encuentran, sin embargo, minorías que actúan de acuerdo con hondas convicciones ideológicas y objetivos políticos. Un ejemplo al respecto lo ofrecen los miembros de la brigada Abraham Lincoln, veteranos estadounidenses de la guerra civil española, que luego combatieron con decidida motivación antifascista en la segunda guerra mundial, en el ejército de Estados Unidos, contra los nazis. Véase Peter N. Carroll *et al*., *The good fight continues. World War II letters from the Abraham Lincoln Brigade*, Nueva York, 2006.

43. Edelman, *Dear America*, p. 216.

44. *Der SPIEGEL*, 16/2010, p. 23.

45. Andrew Carroll (ed.), *War Letters. Extraordinary Correspondence from American Wars*, Nueva York, 2002, p. 474.

46. Aly, *Volksstaat*.

47. Loretana de Libero, *Tradition im Zeichen der Transformation. Zum Traditionsverständnis der Bundeswehr im frühen 21. Jahrhundert,* Paderborn, 2006.

48. Cfr. Benjamin Ziemann, *Front und Heimat. Ländliche Kriegserfahrungen im südlichen Bayern, 1914-1923*, Essen, 1997.

49. Kühne, *Kameradschaft*, p. 197.

50. Cfr. Felix Römer, «Volksgemeinschaft in der Wehrmacht? Milieus, Mentalitäten und militärische Moral in den Streitkräften des NS-Staates», en Welzer, Neitzel y Gudehus, *Der Führer*.

APÉNDICE

1. TNA WO 208/4970, «The Story of M.I.19», sin fecha, p. 1; cfr. Francis H. Hinsley, *British Intelligence in the Second World War*, vol. 1, Londres, 1979, p. 283.

2. «The Story of M.I.19», sin fecha, p. 6, TNA, WO 208/4970.

3. TNA WO 208/4970, «The History of C.S.D.I.C.(U.K)», sin fecha, p. 4.

4. Informe «Interrogation of Ps/W» de 17-5-1943; NARA, RG 38, OP-16-Z, Records of the Navy Unit, Tracy, Caja 16: «Centres are, at present, established as follows: In England, 3 Centres for German & Italians, In North Africa, 2 Centres for German & Italians, In East Africa, 1 Centre (dismantled) for Japs, In India, 1 Centre for Japanese, In Australia, 1 Centre (A.T.I.S.) for Japanese, In U.S.A., 2 Centres for Germans, Italians and Japanese».

5. De los 3.838 soldados de la Marina alemana se hicieron 4.826 actas de escuchas; de los 3.609 miembros de la Luftwaffe, 5.795 actas; y de los 2.748 soldados de Tierra (incluidas las Waffen-SS) se compusieron 1.254 actas. Deben añadirse 2.076 actas en cuyas conversaciones participan por igual miembros de dos o tres ramas de servicio. Las actas de las escuchas de los soldados de Tierra llevan los números de informe marcados con SRM. Los informes SRM. 1-1264 se reparten en cinco archivadores (TNA, WO 208/4136-4140). Las actas de los miembros de la Luftwaffe (SRA. 1-5836) llenan 19 archivadores; las de Marina (SRN. 1-4857), otros 17. Los informes mixtos SRX 1-2141 ocupan siete archivadores (TNA, WO 208/4158-4164); los de los generales y oficiales del estado mayor (SRGG 1-1350; GRGG 1 -363), once archivadores más (WO 208/ 4165-4170, 4178, 4363-4366).

6. Neder, *Kriegsschauplatz Mittelmeerraum*. pp. 12 ss.

7. Cfr. el informe de Tierra del MIS sobre Ft. Hunt y Ft. Tracy, sección II.A.; «Report of the Activities of two Agencies of the CPM Branch, MIS, G-2, WDGS», sin fecha (1945); NARA, RG 165, Entrada 179, Caja 575.

8. Sobre la extensión y localización de las actas, cfr. el informe «Study on Peacetime Disposition of "X" and "Y" Files», sin fecha, en el anejo de la memoria del WDGS, Intelligence Division, Exploitation Branch, 14-3-1947; NARA, RG 319, Entrada 81, Caja 3.

9. Cfr. Felix Römer, «Volksgemeinschaft in der Wehrmacht? Milieus, Mentalitäten und militärische Moral in den Streitkräften des NS-Staates», en Welzer, Neitzel y Gudehus, *Der Führer*.

10. Cfr. PAAA, R 41141.

11. OKW A Ausl./Abw.-Abt. Abw. III Nr. 4091/41 G vom 11-6-1941, BA/MA, RM 7/3137.

12. Generalstabsoffizier Nr. 1595/43 gKdos, 4-11-1943, BA/MA, RL 3/51. Debemos la referencia a Klaus Schmider, de Sandhurst.

13. Cfr. p. ej. SRN. 4677, marzo de 1945, TNA, WO 208/4157. Para las invitaciones mutuas a no desvelar ninguna información mientras se esté en cautividad, véase por ejemplo «Extract from SR Draft No. 2142», TNA, WO 208/4200.

14. Cfr. p. ej. SRN. 185, 22-3-1941, TNA, WO 208/4141; SRN. 418, 19-6-1941; SRN. 462, 28-6-1941, los dos TNA, WO 208/4142; SRN. 741 10-1-1942, TNA, WO 208/4143.

15. Cfr. p. ej. SRM. 741, 4-8-1944, TNA, WO 208/4138.

16. Solo en un caso se ha constatado que los prisioneros descubrieron los micrófonos ocultos. «Extract from Draft No. 2148», 5-3-1944, TNA, WO 208/4200.

17. Sobre las estrategias de espionaje, véase también Neitzel, *Abgehört*, pp. 16-18.

18. En total, en los campos de prisioneros británicos intervinieron 49 informadores camuflados, que espiaron a 1.506 prisioneros. Hinsley, *British Intelligence*, vol. 1, pp. 282 ss. Cfr. C.S.D.I.C (UK), p. 6, TNA, WO 208/4970.

19. Cfr. los informes de interrogatorio al alférez Max Coreth, del 18-3 al 22-5-1944; NARA, RG 165, Entrada 179, Caja 458.

20. Cfr. a este respecto Falko Bell, *Großbritannien und die deutschen Vergeltungswaffen. Die Bedeutung der Human Intelligence im Zweiten Weltkrieg*, Tesis doctoral, Universidad de Maguncia, 2009; Bell, «Informationsquelle Gefangene: Die Human Intelligence in Großbritannien», en Welzer, Neitzel y Gudehus, *Der Führer*.

21. Stephen Tyas, «Allied Intelligence Agencies and the Holocaust: Information Acquired from German Prisoners of War», en *Holocaust and Genocide Studies*, 22 (2008), p. 16.

* Taganrog está en la costa del mar de Azov. (*N. del t.*)

* En referencia al sistema parlamentario. (*N. del t*.)

* KdF, siglas de la organización nazi Kraft durch Freude («Fuerza mediante la alegría»), dependiente del Frente Alemán del Trabajo (DAF) y responsable de organizar el tiempo de ocio y vacaciones de los alemanes. (*N. del t*.)

* Literalmente, «fuerza de defensa». (*N. del t*.)

* Como Truppenamt («Oficina de tropas») se designó hasta 1933 al estado mayor, suspendido oficialmente con tal nombre por el Tratado de Versalles. (*N. del t*.)

* Los apellidos señalados con asterisco corresponden a seudónimos de personas cuya identidad no se ha podido verificar. (*N. de los aa*.)

** «Cadena» se refiere a la formación de tres aviones en V. (*N. del t.*)

* Sicherheitsdienst, o Servicio de Seguridad, que actuaba como servicio de inteligencia. (*N. del t*.)

* Orden dictada por Hitler previamente a la invasión de Rusia, que exigía ejecutar de inmediato a cuantos comisarios políticos se apresara. (*N. del t*.)

* Mitropa era la empresa que daba servicio a los vagones dormitorio y restaurante en Alemania y otras zonas de Centroeuropa. (*N. del t.*)

* Refugio y cuartel general de Hitler en el sudeste de Baviera, cerca de la frontera con Austria. (*N. del t*.)

Bibliografía

Aders, Gebhard, *Geschichte der deutschen Nachtjagd, 1917–1945*, Stuttgart, 1978.

Adler, Bill (ed.), *Letters from Vietnam*, Nueva York, 1967.

Afflerbach, Holger, «"Mit wehender Fahne untergehen". Kapitulationsverweigerung in der deutschen Marine», en *VfZG,* 49 (2001), pp. 593-612.

Allport, Gordon, *Die Natur des Vorurteils*, Colonia, 1971.

Aly, Götz, *Hitlers Volksstaat. Raub, Rassenkrieg und nationaler Sozialismus*, Fráncfort del Meno, 2005.

Aly, Götz (ed.), *Volkes Stimme. Skepsis und Führervertrauen im Nationalsozialismus*, Fráncfort del Meno, 2006.

Anderson, David L., «What Really Happened?», en Anderson, D. L. (ed.), *Facing My Lai. Moving Beyond the Massacre*, Kansas, 1998, pp. 1-17.

Angrick, Andrej *et al*., «"Da hätte man schon ein Tagebuch führen müssen". Das Polizeibataillon 322 und die Judenmorde im Bereich der Heeresgruppe Mitte während des Sommers und Herbstes 1941», en Grabitz, Helge *et al*. (eds.), *Die Normalität des Verbrechens. Bilanz und Perspektiven der Forschung zu den nationalsozialistischen Gewaltverbrechen*, Berlín, 1994, pp. 325-385.

—, *Besatzungspolitik und Massenmord. Die Einsatzgruppe D in der südlichen Sowjetunion 1941–1943*, Hamburgo, 2003.

Anónimo, *Eine Frau in Berlin. Tagebuchaufzeichnungen vom 20. April bis 22. Juni 1945*, Fráncfort del Meno, 2003.

Arendt, Hannah, *Eichmann in Jerusalem. Ein Bericht von der Banalität des Bösen*, Leipzig, 1986.

Bajohr, Frank, y Pohl, Dieter, *Der Holocaust als offenes Geheimnis. Die Deutschen, die NS-Führung und die Alliierten*, Múnich, 2006.

Balke, Ulf, *Der Luftkrieg in Europa. Die operativen Einsätze des Kampfgeschwaders 2 im Zweiten Weltkrieg*, vol. 2, Bonn, 1990.

Bartlett, Frederic, *Remembering. A study in experimental and social psychology*, Cambridge, 1997.

Bartusevicius, Vincas; Tauber, Joachim, y Wette, Wolfram (eds.), *Holocaust in Litauen. Krieg, Judenmorde und Kollaboration*, Colonia, 2003.

Bateson, Gregory, *Ökologie des Geistes*, Fráncfort del Meno, 1999.

Beck, Birgit, *Wehrmacht und sexuelle Gewalt. Sexualverbrechen vor deutschen Militärgerichten*, Paderborn, 2004.

Beevor, Antony, *D-Day. Die Schlacht in der Normandie*, Múnich, 2010. [Hay trad. cast. del original inglés: *El día D: la batalla de Normandía*, Crítica, Barcelona, 2009.]

Behrenbeck, Sabine, «Zwischen Trauer und Heroisierung. Vom Umgang mit Kriegstod und Niederlage nach 1918», en Duppler, Jörg, y Groß, Gerhard P. (eds.), *Kriegsende 1918. Ereignis, Wirkung, Nachwirkung*, Múnich, 1999, pp. 315-342 ss.

Bell, Falko, *Großbritannien und die deutschen Vergeltungswaffen. Die Bedeutung der Human Intelligence im Zweiten Weltkrieg*, Teasis doctoral, Universidad de Maguncia, 2009.
—, «Informationsquelle Gefangene: Die *Human Intelligence* in Großbritannien», en Welzer, Harald; Neitzel, Sönke, y Gudehus, Christian (eds.), *«Der Führer war wieder viel zu human, zu gefühlvoll!»*, Fráncfort del Meno, 2011.
Benz, Wolfgang; Graml, Hermann, y Weiß, Hermann, *Enzyklopädie des Nationalsozialismus*, Múnich, 1998.
Beradt, Charlotte, *Das Dritte Reich des Traumes*. Con epílogo de Reinhart Koselleck, Fráncfort del Meno, 1981.
Bergien, Rüdiger, *Die bellizistische Republik. Wehrkonsens und «Wehrhaftmachung» in Deutschland 1918–1933*, Múnich, 2010.
Biehl, Heiko, y Keller, Jörg: «Hohe Identifikation und nüchterner Blick», en Jaberg, Sabine; Biehl, Heiko; Mohrmann, Günter, y Tomforde, Maren (eds.), *Auslandseinsätze der Bundeswehr. Sozialwissenschaftliche Analysen, Diagnosen und Perspektiven*, Berlín, 2009 (*Sozialwissenschaftliche Schriften*, 47, pp. 121-141).
Birn, Ruth Bettina, *Die Höheren SS- und Polizeiführer. Himmlers Vertreter im Reich und in den besetzten Gebieten*, Düsseldorf, 1986.
Blair, Clay, *Der U-Boot-Krieg*, vol. 2, Múnich, 2001.
Boberach, Heinz (ed.), *Meldungen aus dem Reich*, Múnich, 1968.
Bögli, Nicole, *Als kriegsgefangener Soldat in Fort Hunt*, Tesis doctoral, Universidad de Berna, 2010.
Böhler, Jochen, *Auftakt zum Vernichtungskrieg. Die Wehrmacht in Polen 1939*, Fráncfort del Meno, 2006.
Böhme, Kurt, *Die deutschen Kriegsgefangenen in sowjetischer Hand. Eine Bilanz*, Múnich, 1966.
Böhme, Manfred, *Jagdgeschwader 7: die Chronik eines Me262-Geschwaders*, Stuttgart 1983 (reimpr. 2009).
Boog, Horst; Krebs, Gerhard, y Vogel, Detlef (eds.), *Das Deutsche Reich und der Zweite Weltkrieg*, vol. 7, Stuttgart, 2001.
Borgert, Heinz-Ludger, «Kriegsverbrechen der Kriegsmarine», en Wette, Wolfram, y Ueberschär, Gerd R. (eds.), *Kriegsverbrechen im 20. Jahrhundert*, Darmstadt, 2001, pp. 310-312.
Bourke, Joanna, *An Intimate History of Killing*, Londres, 1999. [Hay trad. cast.: *Sed de sangre*, Crítica, Barcelona, 2008.]
Broszat, Martin (ed.), *Rudolf Höß. Kommandant in Auschwitz. Autobiographische Aufzeichnungen des Rudolf Höß*, Múnich, 1989.
Browning, Christopher R., *Ganz normale Männer. Das Reserve-Polizeibataillon 101 und die »Endlösung« in Polen*, Reinbek, 1996.
Bruns-Wüstefeld, Alex, *Lohnende Geschäfte. Die «Entjudung» am Beispiel Göttingens*, Hannover, 1997.
Budraß, Lutz, *Flugzeugindustrie und Luftrüstung in Deutschland 1918-1945*, Düsseldorf, 1998.
Caputo, Philip, *A Rumor of War*, Nueva York, 1977.
Carroll, Andrew (ed.), *War letters. An extraordinary Correspondence from American Wars*, Nueva York, 2002.
Carroll, Peter N. *et al*. (ed.), *The good fight continues. World War II letters from the Abraham Lincoln Brigade*, Nueva York, 2006.
Chickering, Roger, y Förster, Stig, «Are We There Yet? World War II and the Theory of Total War», en Chickering, Roger; Förster, Stig, y Greiner, Bernd (eds.), *A World at Total War. Global Conflict and the Politics of Destruction 1937–1945*, Cambridge, 2005, pp. 1-18.

Christ, Michaela, *Die Dynamik des Tötens*, Fráncfort del Meno, 2011.
—, «Kriegsverbrechen», en Welzer, Harald; Neitzel, Sönke, y Gudehus, Christian (eds.), *«Der Führer war wieder viel zu human, zu gefühlvoll!»*, Fráncfort del Meno, 2011.
Creveld, Martin van, *Fighting Power. German and U. S. Army Performance, 1939-1945*, Westport (Connecticut), 1982.
Cüppers, Martin, *Wegbereiter der Shoah: die Waffen-SS, der Kommandostab Reichsführer-SS und die Judenvernichtung 1939-1945*, Darmstadt, 2005.
Daniel, Ute, y Reulecke, Jürgen, «Nachwort der deutschen Herausgeber», en Golovčanskij, Anatolij *et al*. (ed.), *«Ich will raus aus diesem Wahnsinn». Deutsche Briefe von der Ostfront 1941-1945. Aus sowjetischen Archiven*, Wuppertal *et al*., 1991.
Demeter, Karl, *Das Deutsche Offizierskorps 1650-1945*, Fráncfort del Meno, 1965.
Der SPIEGEL, «Warum sterben Kameraden?», 16/2010, pp. 20 s.
Diamond, Jared, *Kollaps*, Fráncfort del Meno, 2005.
Dörr, Manfred, *Die Träger der Nahkampfspange in Gold. Heer. Luftwaffe. Waffen-SS*, Osnabrück, 1996.
Ebert, Jens, *Zwischen Mythos und Wirklichkeit. Die Schlacht um Stalingrad in deutschsprachigen authentischen und literarischen Texten*, Tesis doctoral, Berlín, 1989.
Echternkamp, Jörg, «Im Kampf an der inneren und äußeren Front. Grundzüge der deutschen Gesellschaft im Zweiten Weltkrieg», en Militärgeschichtliches Forschungsamt (ed.), *Das Deutsche Reich und der Zweite Weltkrieg*, vol. 9/1, Múnich, 2004, pp. 1-76.
Edelman, Bernard, *Dear America. Letters home from Vietnam*, Nueva York, 1985.
Elias, Norbert, *Studien über die Deutschen*, Fráncfort del Meno, 1989.
—, y Scotson, John L., *Etablierte und Außenseiter*, Fráncfort del Meno, 1990.
—, *Was ist Soziologie*?, Múnich, 2004. [Hay trad. cast.: *Sociología fundamental*, Gedisa, Barcelona, 2008.]
Elster, Welf Botho, *Die Grenzen des Gehorsams. Das Leben des Generalmajors Botho Henning Elster in Briefen und Zeitzeugnissen*, Hildesheim, 2005.
Enzyklopädie des Holocaust. Die Verfolgung und Ermordung der europäischen Juden, Gutman, Israel (dir. ed.); Jäckel, Eberhard; Longerich, Peter, y Schoeps, Julius H. (eds.), Berlín, 1993, vol. 2.
Ethell, Jeffrey L., y Price Alfred, *Deutsche Düsenflugzeuge im Kampfeinsatz 1944/45*, Stuttgart, 1981.
Evans, Richard J., *Das Dritte Reich*, 3 vols., Múnich, 2004, 2007 y 2009.
Feltman, Brian K., *«Death Before Dishonor: The Heldentod Ideal and the Dishonor of Surrender on the Western Front, 1914–1918»*, manuscrito de conferencia, 10-9-2010, Universidad de Berna.
Festinger, Leon; Riecken, Henry W., y Schachter, Stanley: *When Prophecy Fails*, Minneapolis, 1956.
Forges, Alison des, *Kein Zeuge darf überleben. Der Genozid in Ruanda*, Hamburgo, 2002.
Förster, Jürgen (ed.), *Ausbildungsziel Judenmord? «Weltanschauliche Erziehung» von SS, Polizei und Waffen-SS im Rahmen der «Endlösung»*, Fráncfort del Meno, 2003.
—, «Geistige Kriegführung in Deutschland 1919 bis 1945», en Militärgeschichtliches Forschungsamt (ed.), *Das Deutsche Reich und der Zweite Weltkrieg*, vol. 9/1, Múnich, 2004, pp. 469-640.
Förster, Stig (ed.), *An der Schwelle zum Totalen Krieg. Die militärische Debatte um den Krieg der Zukunft, 1919-1939*, Paderborn, 2002.
—, «Ein militarisiertes Land? Zur gesellschaftlichen Stellung des Militärs im Deutschen Kaiserreich», en Heidenreich, Bernd, y Neitzel, Sönke (eds.), *Das Deutsche Kaiserreich 1890-1914*, Paderborn, 2011.

Foucault, Michel, *Überwachen und Strafen*, Fráncfort del Meno, 1994. [Hay trad. cast.: *Vigilar y castigar*, Siglo XXI de España, Madrid, 1978.]
Frank, Hermann, *Blutiges Edelweiss. Die 1. Gebirgsdivision im Zweiten Weltkrieg*, Berlín, 2008.
Frei, Norbert, *1945 und wir. Das Dritte Reich im Bewußtsein der Deutschen*, Múnich, 2005.
Fricke, Gert, *«Fester Platz» Tarnopol 1944*, Friburgo, 1969.
Friedländer, Saul, *Das Dritte Reich und die Juden. Die Jahre der Verfolgung 1933–1945*, Múnich, 1998.
Frieser, Karl-Heinz *et al*., *Das Deutsche Reich und der Zweite Weltkrieg*, vol. 8, Stuttgart, 2007.
Fröhlich, Elke (ed.), *Tagebücher von Joseph Goebbels, Sämtliche Fragmente*, vol. 1–15, Londres, Múnich, Nueva York y París, 1987-1998.
Fuchs, Stéphanie, Ich bin kein Nazi, aber Deutsche*»*, Tesis doctoral inédita, Universidad de Berna, 2010.
Gamm, Hans-Jochen, *Der Flüsterwitz im Dritten Reich. Mündliche Dokumente zur Lage der Deutschen während des Nationalsozialismus*, Múnich, 1990.
Ganglmair, Siegwald, y Forstner-Karner, Regina (eds.), *Der Novemberpogrom 1938. Die «Reichskristallnacht» in Wien*, Viena, 1988.
Gellermann, Günther W., *Moskau ruft Heeresgruppe Mitte ... Was nicht im Wehrmachtbericht stand – Die Einsätze des geheimen Kampfgeschwaders 200 im Zweiten Weltkrieg*, Coblenza, 1988.
Gentile, Carlo, «"Politische Soldaten". Die 16. SS-Panzer-Grenadier-Division "Reichsführer-SS" in Italien 1944», en *Quellen und Forschungen aus italienischen Archiven und Bibliotheken,* 81 (2001), pp. 529-561.
—, *Wehrmacht, Waffen-SS und Polizei im Kampf gegen Partisanen und Zivilbevölkerung in Italien 1943-1945*, Paderborn, 2011.
Gerlach, Christian, *Kalkulierte Morde. Die deutsche Wirtschafts– und Vernichtungspolitik in Weißrußland*, Hamburgo, 1999.
Germann, Richard, *«Österreichische» Soldaten in Ost– und Südosteuropa 1941 – 1945. Deutsche Krieger – Nationalsozialistische Verbrecher – Österreichische Opfer*?, Tesis doctoral, Universidad de Viena, 2006.
—, «"Österreichische" Soldaten im deutschen Gleichschritt?», en Welzer, Harald; Neitzel, Sönke, y Gudehus, Christian (eds.), *«Der Führer war wieder viel zu human, zu gefühlvoll!»*, Fráncfort del Meno, 2011.
Goffman, Erving, *Asyle. Über die Situation psychiatrischer Patienten und anderer Insassen*, Fráncfort del Meno, 1973.
—, «Rollendistanz», en Steinert, Heinz (ed.), *Symbolische Interaktion*, Stuttgart, 1973, pp. 260-279.
—, *Stigma. Über Techniken der Bewältigung beschädigter Identität*, Fráncfort del Meno, 1974.
—, *Rahmenanalyse*, Fráncfort del Meno, 1980.
Goldhagen, Daniel Jonah, *Hitlers willige Vollstrecker. Ganz gewöhnliche Deutsche und der Holocaust*, Múnich, 1996.
Goldschmidt, Georges-Arthur, *Die Befreiung*, Zúrich, 2007.
Goltermann, Svenja, *Die Gesellschaft der Überlebenden: deutsche Kriegsheimkehrer und ihre Gewalterfahrungen im Zweiten Weltkrieg*, Stuttgart, 2009.
Greiner, Bernd, *Krieg ohne Fronten. Die USA in Vietnam*, Hamburgo, 2007.
Groß, Raphael, *Anständig geblieben. Nationalsozialistische Moral*, Fráncfort del Meno, 2010.
Gurfein, M. I., y Janowitz, Morris, «Trends in Wehrmacht Morale», en *The Public Opinion Quarterly,* 10 (1946), pp. 78-84.
Haffner, Sebastian, *Geschichte eines Deutschen. Erinnerungen 1914-1933*, Múnich, 2002.

Hartmann, Christian, «Massensterben oder Massenvernichtung? Sowjetische Kriegsgefangene im "Unternehmen Barbarossa". Aus dem Tagebuch eines deutschen Lagerkommandanten», en *VfZG,* 49 (2001), pp. 97-158.
—, *Wehrmacht im Ostkrieg. Front und militärisches Hinterland 1941/42*, Múnich, 2009.
—, *Halder. Generalstabschef Hitlers 1938-1942*, Paderborn, 2010.
Hartwig, Dieter, *Großadmiral Karl Dönitz. Legende und Wirklichkeit*, Paderborn, 2010.
Haupt, Heribert van, «Der Heldenkampf der deutschen Infanterie vor Moskau», *Deutsche Allgemeine Zeitung*, ed. Berlín, n.º 28 (ed. vespert.), 16-1-1942, p. 2.
Haus der Wannsee-Konferenz (ed.), *Die Wannsee-Konferenz und der Völkermord an den europäischen Juden*, Berlín, 2006.
Hayashi, Hirofumi, «Japanese Deserters and Prisoners of War in the Battle of Okinawa», en Hately-Broad, Barbara, y Moore, Bob (eds.), *Prisoners of War, Prisoners of Peace: Captivity, Homecoming and Memory in World War II*, Oxford, 2005, pp. 49-58.
Heidenreich, Bernd, y Neitzel, Sönke (eds.), *Das Deutsche Kaiserreich 1890-1914*, Paderborn, 2011.
Heinemann, Isabel, *«Rasse, Siedlung, deutsches Blut». Das Rasse- und Siedlungshauptamt der SS und die rassenpolitische Neuordnung Europas*, Gotinga, 2003.
Heinzelmann, Martin, *Göttingen im Luftkrieg*, Gotinga, 2003.
Herbert, Ulrich, *Best: biographische Studien über Radikalismus, Weltanschauung und Vernunft 1903-1989*, Bonn, 1996.
Herde, Peter, *Der Japanflug. Planungen und Verwirklichung einer Flugverbindung zwischen den Achsenmächten und Japan 1942-1945*, Stuttgart, 2000.
Hilberg, Raul, *Die Vernichtung der europäischen Juden*, 3 vols., Fráncfort del Meno, 1990.
—, *Täter, Opfer, Zuschauer. Die Vernichtung der Juden 1933-1945*, Fráncfort del Meno, 1992.
Hinsley, Francis H., *Britisch Intelligence in the Second World War*, vol. 1, Londres, 1979.
Hoerkens, Alexander, *Kämpfer des Dritten Reiches? Die nationalsozialistische Durchdringung der Wehrmacht*, Tesis doctoral, Universidad de Maguncia, 2009.
Hohlweck, Hubert, «Soldat und Politik», en *Deutsche Allgemeine Zeitung*, ed. Berlín, n.º 543, 13-11-1943, pp. 1 s.
Hölsken, Heinz Dieter, *Die V-Waffen. Entstehung, Propaganda, Kriegseinsatz*, Stuttgart, 1984.
Hubatsch, Walter (ed.), *Hitlers Weisungen für die Kriegsführung 1939-1945. Dokumente des Oberkommandos der Wehrmacht*, Utting, 2000.
Hull, Isabel V., *Absolute Destruction: Military Culture and the Practices of War in Imperial Germany*, Ithaca, 2005.
Humbug, Martin, *Das Gesicht des Krieges. Feldpostbriefe von Wehrmachtssoldaten aus der Sowjetunion 1941-1944*, Opladen, 1998.
Hunt, Morton, *Das Rätsel der Nächstenliebe*, Fráncfort del Meno-Nueva York, 1988.
Hürter, Johannes, *Wilhelm Groener. Reichswehrminister am Ende der Weimarer Republik*, Múnich, 1993.
—, *Ein deutscher General an der Ostfront. Die Briefe und Tagebücher des Gotthard Heinrici 1941/42*, Erfurt, 2001.
—, *Hitlers Heerführer. Die deutschen Oberbefehlshaber im Krieg gegen die Sowjetunion 1941/42*, Múnich, 2006.
Internationaler Militärgerichtshof (ed.), *Der Prozess gegen die Hauptkriegsverbrecher*, vol. 29, Núremberg, 1948.
Jäger, Herbert, *Verbrechen unter totalitärer Herrschaft. Studien zur nationalsozialistischen Gewaltkriminalität*, Fráncfort del Meno, 1982.

Jarausch, Konrad H., y Arnold, Klaus-Jochen, *«Das stille Sterben...» Feldpostbriefe von Konrad Jarausch aus Polen und Russland*, Paderborn, 2008.
Johnson, Eric, y Reuband, Karl-Heinz, *What we knew. Terror, Mass Murder and Everyday Life in Nazi Germany*, Londres, 2005.
Jung, Michael, *Sabotage unter Wasser. Die deutschen Kampfschwimmer im Zweiten Weltkrieg*, Hamburgo *et al*., 2004.
Jünger, Ernst, *Kriegstagebuch 1914-1918*, ed. Helmuth Kiesel, Stuttgart, 2010.
Kaldor, Mary, *New and Old Wars: Organised Violence in a Global Era*, Cambridge, 2006.
Kämmerer, Jörn Axel, «Kriegsrepressalie oder Kriegsverbrechen? Zur rechtlichen Beurteilung der Massenexekutionen von Zivilisten durch die deutsche Besatzungsmacht im Zweiten Weltkrieg», en *Archiv des Völkerrechts,* 37 (1999), pp. 283-317.
Kehrt, Christian, *Moderne Krieger. Die Technikerfahrungen deutscher Militärpiloten 1910-1945*, Paderborn, 2010.
Keppler, Angela, *Tischgespräche*, Fráncfort del Meno, 1994.
Kershaw, Ian, *Hitler, 1936-1945*, Múnich, 2002. [Hay trad. cast.: *Hitler, 1936-1945*, Península, Barcelona, 2000.]
Klee, Ernst: *«Euthanasie» im NS-Staat. Die Vernichtung lebensunwerten Lebens*, Fráncfort del Meno, 1985.
Klein, Peter (ed.), *Die Einsatzgruppen in der besetzten Sowjetunion 1941/42. Tätigkeits– und Lageberichte des Chefs der Sicherheitspolizei und des SD*, Berlín, 1997.
Kleist, Heinrich von, *Über die allmähliche Verfertigung der Gedanken beim Sprechen*, Fráncfort del Meno, 2010.
Koch, Magnus, *Fahnenfluchten. Deserteure der Wehrmacht im Zweiten Weltkrieg – Lebenswege und Entscheidungen*, Paderborn, 2008.
Kosin, Rüdiger, *Die Entwicklung der deutschen Jagdflugzeuge*, Bonn, 1990.
Kössler, Karl, y Ott, Günther, *Die großen Dessauer. Die Geschichte einer Flugzeugfamilie*, Planegg, 1993.
Kramer, Alan, *Dynamic of Destruction: Culture and Mass Killing in the First World War*, Oxford, 2007.
Krausnick, Helmut, y Wilhelm, Hans-Heinrich: *Die Truppe des Weltanschauungskrieges. Die Einsatzgruppen der Sicherheitspolizei und des SD 1938-1942*, Stuttgart, 1981.
Kroener, Bernhard R., «"Nun Volk steht auf...!». Stalingrad und der totale Krieg 1942-1943», en Förster, Jürgen (ed.), *Stalingrad. Ereignis, Wirkung, Symbol*, Múnich, 1992, pp. 151-170.
Kühne, Thomas, *Kameradschaft: Die Soldaten des nationalsozialistischen Krieges und das 20. Jahrhundert,* Gotinga, 2006.
Kwiet, Konrad, «Auftakt zum Holocaust. Ein Polizeibataillon im Osteinsatz», en Benz, Wolfgang *et al*. (eds.), *Der Nationalsozialismus. Studien zur Ideologie und Herrschaft*, Fráncfort del Meno, 1995, pp. 191-208.
Lehnhardt, Jochen, *Die Waffen-SS in der NS-Propaganda*, Tesis doctoral, Universidad de Maguncia, 2011.
Leipold, Andreas, *Die Deutsche Seekriegsführung im Pazifik in den Jahren 1914 und 1915*, Tesis doctoral, Universidad de Bayreuth, 2010.
Leleu, Jean-Luc, «La Division "SS-Totenkopf" face à la population civile du Nord de la France en mai 1940», en *Revue du Nord,* 83 (2001), pp. 821-840.
—, *La Waffen-SS. Soldats politiques en guerre*, París, 2007.

Leonhard, Jörn, *Bellizismus und Nation: Kriegsdeutung und Nationsbestimmung in Europa und den Vereinigten Staaten 1750-1914*, Múnich, 2008.

Libero, Loretana de, *Tradition im Zeichen der Transformation. Zum Traditionsverständnis der Bundeswehr im frühen 21. Jahrhundert*, Paderborn, 2006.

Lieb, Peter, *Konventioneller Krieg oder NS-Weltanschauungskrieg? Kriegführung und Partisanenbekämpfung in Frankreich 1943/44*, Múnich, 2007.

—, «Die Judenmorde der 707. Infanteriedivision 1941/42», en *VfZG,* 50 (2002), pp. 523-558.

—, «"Rücksichtslos ohne Pause angreifen, dabei ritterlich bleiben". Eskalation und Ermordung von Kriegsgefangenen an der Westfront 1944», en Neitzel, Sönke, y Hohrath, Daniel (eds.), *Kriegsgreuel. Die Entgrenzung der Gewalt in kriegerischen Konflikten vom Mittelalter bis ins 20. Jahrhundert*, Paderborn, 2008, pp. 337-352.

—, «Generalleutnant Harald von Hirschfeld. Eine nationalsozialistische Karriere in der Wehrmacht», en Christian Hartmann (ed.), *Von Feldherrn und Gefreiten. Zur biographischen Dimension des Zweiten Weltkrieges*, Múnich, 2008, pp. 45-56.

—, «"Die Ausführung der Maßnahme hielt sich anscheinend nicht im Rahmen der gegebenen Weisung". Die Suche nach Hergang, Tätern und Motiven des Massakers von Maillé am 25. August 1944», en, *Militärgeschichtliche Zeitschrift,* 68 (2009), pp. 345-378.

Lifton, Robert J., *Ärzte im Dritten Reich*, Stuttgart, 1999.

Linderman, Gerald F., *The world within war. America's combat experience in World War II*, Nueva York, 1997.

Longerich, Peter, *Politik der Vernichtung. Eine Gesamtdarstellung der nationalsozialistischen Judenverfolgung*, Múnich, 1998.

—, *Davon haben wir nichts gewusst! Die Deutschen und die Judenverfolgung 1933-1945*, Múnich, 2006.

Lüdtke, Alf, «Gewalt und Alltag im 20. Jahrhundert», en Bergsdorf, Wolfgang *et al*. (eds.), *Gewalt und Terror*, Weimar, 2003, pp. 35-52.

—, «The Appeal of Exterminating "Others". German Workers and the Limits of Resistance», en *Journal of Modern History* 1992, n.º esp., pp. 46-67.

Maier, Klaus A. *et al*.: *Das Deutsche Reich und der Zweite Weltkrieg*, vol. 2, Stuttgart, 1979.

Mallmann, Klaus-Michael; Rieß, Volker, y Pyta, Wolfram (eds.), *Deutscher Osten 1939-1945. Der Weltanschauungskrieg in Photos und Texten*, Darmstadt, 2003.

Manoschek, Walter, «"Wo der Partisan ist, ist der Jude, wo der Jude ist, ist der Partisan". Die Wehrmacht und die Shoah», en Gerhard Paul (ed.), *Täter der Shoah, Fanatische Nationalsozialisten oder ganz normale Deutsche*?, Gotinga, 2002, pp. 167-186.

Margolian, Howard, *Conduct Unbecoming. The story of the murder of Canadian prisoners of war in Normandy*, Toronto, 1998.

Margolis, Rachel, y Tobias, Jim (ed.) *Die geheimen Notizen des K. Sakowicz. Dokumente zur Judenvernichtung in Ponary 1941-1943*, Fráncfort del Meno, 2005.

Matthäus, Jürgen, «Operation Barbarossa and the Onset of the Holocaust», en Matthäus, J., y Browning, Christopher, *The Origins of the Final Solution: The Evolution of Nazi Jewish Policy, September 1939-March 1942*, Lincoln y Jerusalén, 2004, pp. 242-309.

Meier, Niklaus, *Warum Krieg? – Die Sinndeutung des Krieges in der deutschen Militärelite 1871-1945*, Tesis doctoral, Universidad de Zúrich, 2009.

Meier-Welcker, Hans (ed.), *Offiziere im Bild von Dokumenten aus drei Jahrhunderten*, Stuttgart, 1964.

—, *Aufzeichnungen eines Generalstabsoffiziers 1919 bis 1942*, Friburgo, 1982.

Melber, Takuma, «Verhört: Alliierte Studien zu Moral und Psyche japanischer Soldaten im Zweiten Weltkrieg», en Welzer, Harald; Neitzel, Sönke, y Gudehus, Christian (eds.), *«Der Führer war wieder viel zu human, zu gefühlvoll!»*, Fráncfort del Meno, 2011.

Messerschmitt, Manfred, *Die Wehrmachtjustiz 1933-1945*, Paderborn, 2005.

Mitscherlich, Margarete, y Mitscherlich, Alexander: *Die Unfähigkeit zu trauern*, Múnich, 1991.

Mühlhäuser, Regina, *Eroberungen, Sexuelle Gewalttaten und intime Beziehungen deutscher Soldaten in der Sowjetunion 1941-1945*, Hamburgo, 2010.

Müller, Rolf-Dieter, y Ueberschär, Gerd R., *Kriegsende 1945. Die Zerstörung des Deutschen Reiches*, Fráncfort del Meno, 1994.

—, y Volkmann, Hans-Erich (eds.), *Die Wehrmacht. Mythos und Realität*, Múnich, 1999.

Müllers, Frederik, *Des Teufels Soldaten? Denk– und Deutungsmuster von Soldaten der Waffen-SS*, Tesina de examen estatal, Universidad de Maguncia, 2011.

Münkler, Herfried, *Über den Krieg. Stationen der Kriegsgeschichte im Spiegel ihrer theoretischen Reflexion*, Weilerswist, 2003.

Murawski, Erich, *Der deutsche Wehrmachtbericht*, Boppard, 1962.

Murray, Williamson, y Millet, Allan R., *A War to be Won. Fighting the Second World War*, Cambridge y Londres, 2001. [Hay trad. cast.: *La guerra que había que ganar*, Crítica, Barcelona, 2002.]

Musil, Robert, *Die Verwirrungen des Zöglings Törleß*, Reinbek, 2006. [Hay trad. cast.: *Las tribulaciones del estudiante Törless*, Sexto Piso, Madrid, 2007; Seix Barral, Barcelona, 2002.]

Neder, Anette, *Kriegsschauplatz Mittelmeerraum – Wahrnehmungen und Deutungen deutscher Soldaten in britischer Kriegsgefangenschaft*, Tesis doctoral, Universidad de Maguncia, 2010.

Neitzel, Sönke, *Der Einsatz der deutschen Luftwaffe über dem Atlantik und der Nordsee, 1939-1945*, Bonn, 1995.

—, «Der Kampf um die deutschen Atlantik– und Kanalfestungen und sein Einfluß auf den alliierten Nachschub während der Befreiung Frankreichs 1944/45», en *MGM,* 55 (1996), pp. 381-430.

—, «Der Bedeutungswandel der Kriegsmarine im Zweiten Weltkrieg», en Müller, Rolf-Dieter, y Volkmann, Hans-Erich, *Die Wehrmacht, Mythos und Realität*, Múnich, 1999, pp. 245-266.

—, *Abgehört. Deutsche Generäle in britischer Kriegsgefangenschaft 1942-1945*, Berlín, 2009[4].

Niethammer, Lutz, y Plato, Alexander von, *«Wir kriegen jetzt andere Zeiten»*, Bonn, 1985.

Nurick, Lester, y Barrett, Roger W., «Legality of Guerrilla Forces under the laws of war», *American Journal of International Law*, 40 (1946), pp. 563-583.

O'Brien, Philipps, «East versus West in the Defeat of Nazi Germany», en *Journal of Strategic Studies,* 23 (2000), pp. 89-113.

Ogorreck, Ralf, *Die Einsatzgruppen und die «Genesis der Endlösung»*, Berlín, 1994.

Oltmer, Jochen (ed.), *Kriegsgefangene im Europa des Ersten Weltkrieges*, Paderborn, 2006.

Orlowski, Hubert, y Schneider, Thomas F. (eds.), *«Erschießen will ich nicht». Als Offizier und Christ im Totalen Krieg. Das Kriegstagebuch des Dr. August Töpperwien*, Düsseldorf, 2006.

Osti Guerrazzi, Amedeo, *«Noi non sappiamo odiare». L'esercito italiano tra fascismo e democrazia*, Roma, 2010.

—, «"Wir können nicht hassen!", Zum Selbstbild der italienischen Armee während und nach dem Krieg», en Welzer, Harald; Neitzel, Sönke, y Gudehus, Christian (eds.), *«Der Führer war wieder viel zu human, zu gefühlvoll!»*, Fráncfort del Meno, 2011.

Overmans, Rüdiger, *Deutsche militärische Verluste im Zweiten Weltkrieg*, Múnich, 1999.

—, «Kriegsgefangenenpolitik des Deutschen Reiches 1939 bis 1945», en Militärgeschichtliches Forschungsamt (ed.), *Das Deutsche Reich und der Zweite Weltkrieg*, vol. 9/2, Múnich, 2005, pp. 729-875.

Padover, Saul K., *Lügendetektor. Vernehmungen im besiegten Deutschland 1944/45*, Fráncfort del Meno, 1999.

Paul, Gerhard, *Bilder des Krieges, Krieg der Bilder. Die Visualisierung des modernen Krieges,* Paderborn *et al*., 2004.

Philipp, Marc, *Hitler ist tot, aber ich lebe noch. Zeitzeugenerinnerungen an den Nationalsozialismus*, Berlín, 2010.

Pohl, Dieter, *Die Herrschaft der Wehrmacht. Deutsche Militärbesatzung und einheimische Bevölkerung in der Sowjetunion 1941-1944*, Múnich, 2008.

Polkinghorne, Donald E., «Narrative Psychologie und Geschichtsbewußtsein. Beziehungen und Perspektiven», en Straub, Jürgen (ed.), *Erzählung, Identität und historisches Bewußtsein. Die psychologische Konstruktion von Zeit und Geschichte. Erinnerung, Geschichte, Identität I*, Fráncfort del Meno, 1998, pp. 12-45.

Potempa, Harald, *Die Perzeption des Kleinen Krieges im Spiegel der deutschen Militärpublizistik (1871 bis 1945) am Beispiel des Militärwochenblattes*, Potsdam, 2009.

Pressac, Jean-Claude, *Die Krematorien von Auschwitz. Die Technik des Massenmordes*, Múnich, 1994.

Priller, Josef, *J.G. 26. Geschichte des Jagdgeschwaders*, Stuttgart, 1980.

Proctor, Robert N., *Racial Hygiene: Medicine under the Nazis*, Cambridge, 1990.

Rahn, Werner, y Schreiber, Gerhard (eds.), *Kriegstagebuch der Seekriegsleitung 1939-1945, Teil A*, vol. 1, Bonn y Herford, 1988.

— *et al*.: *Das Deutsche Reich und der Zweite Weltkrieg*, vol. 6, Stuttgart, 1990.

Rass, Christoph, *«Menschenmaterial»: Deutsche Soldaten an der Ostfront. Innenansichten einer Infanteriedivision 1939-1945*, Paderborn, 2003.

Reemtsma, Jan Philipp, *Vertrauen und Gewalt. Versuch über eine besondere Konstellation der Moderne*, Hamburgo, 2008.

Reese, Willy Peter, *Mir selber seltsam fremd. Die Unmenschlichkeit des Krieges. Russland 1941-44*, Múnich, 2003.

Reinhardt, Klaus, *Die Wende vor Moskau: das Scheitern der Strategie Hitlers im Winter 1941/42*, Stuttgart, 1972.

Reuband, Karl-Heinz, «Das NS-Regime zwischen Akzeptanz und Ablehnung. Eine retrospektive Analyse von Bevölkerungseinstellungen im Dritten Reich auf der Basis von Umfragedaten», en *Geschichte und Gesellschaft*, 32 (2006), pp. 315-343.

Roberts, Adam, «Land Warfare: From Hague to Nuremberg», en Howard, Michael; Andresopoulos, George J., y Shulman, Mark R. (eds.), *The Laws of War. Constraints on Warfare in the Western World*, New Haven y Londres, 1994, pp. 116-139.

Rohrkamp, René, *«Weltanschaulich gefestigte Kämpfer»: Die Soldaten der Waffen-SS 1933-1945*, Paderborn, 2010.

Römer, Felix, *Kommissarbefehl. Wehrmacht und NS-Verbrechen an der Ostfront 1941/42*, Paderborn, 2008.

—, «“Seid hart und unerbittlich...” Gefangenenerschießung und Gewalteskalation im deutsch-sowjetischen Krieg 1941/42», en Neitzel, Sönke, y Hohrath, Daniel (eds.), *Kriegsgreuel. Die Entgrenzung der Gewalt in kriegerischen Konflikten vom Mittelalter bis ins 20. Jahrhundert*, Paderborn, 2008, pp. 317-335.

—, «Alfred Andersch abgehört. Kriegsgefangene "Anti-Nazis" im amerikanischen Vernehmungslager Fort Hunt», en *VfZG,* 58 (2010), pp. 563-598.
—, «Volksgemeinschaft in der Wehrmacht? Milieus, Mentalitäten und militärische Moral in den Streitkräften des NS-Staates», en Welzer, Harald; Neitzel, Sönke, y Gudehus, Christian (eds.), *«Der Führer war wieder viel zu human, zu gefühlvoll!»*, Fráncfort del Meno, 2011.
Rose, Arno, *Radikaler Luftkampf. Die Geschichte der deutschen Rammjäger*, Stuttgart, 1979.
Rosenkranz, Herbert, *Reichskristallnacht. 9. November 1938 in Österreich*, Viena, 1968.
Roskill, Stephen W., *Royal Navy. Britische Seekriegsgeschichte 1939-1945*, Hamburgo, 1961.
Ryan, Cornelius, *Der längste Tag. Normandie: 6. Juni 1944*, Fráncfort del Meno, 1976.
Ryan, William, *Blaming the Victim*, Londres, 1972.
Salewski, Michael, *Die deutsche Seekriegsleitung*, 3 vols., Múnich *et al*., 1970-1975.
—, «Die Abwehr der Invasion als Schlüssel zum "Endsieg"?», en Müller, Rolf-Dieter, y Volkmann, Hans-Erich, *Die Wehrmacht. Mythos und Realität,* Múnich, 1999, pp. 210-223.
Sandkühler, Thomas, *«Endlösung» in Galizien*, Bonn, 1996.
Santoni, Alberto, «The Italian Submarine Campaign», en Howarth, Stephen, y Law, Derel (eds.), *The Battle of the Atlantic 1939-1945*, Londres, 1994, pp. 329-332.
Schabel, Ralf, *Die Illusion der Wunderwaffen. Düsenflugzeuge und Flugabwehrraketen in der Rüstungspolitik des Dritten Reiches*, Múnich, 1994.
Schäfer, Hans Dieter, *Das gespaltene Bewußtsein. Vom Dritten Reich bis zu den langen Fünfziger Jahren*, Gotinga, 2009.
Scheck, Raffael, *Hitler's African Victims: the German Army massacres of French Black Soldiers 1940*, Cambridge, 2006.
Scherstjanoi, Elke, *Wege in die Kriegsgefangenschaft. Erinnerungen und Erfahrungen Deutscher Soldaten*, Berlín, 2010.
Schilling, René, «Die "Helden der Wehrmacht" – Konstruktion und Rezeption», en Müller, Rolf-Dieter, y Volkmann, Hans-Erich, *Die Wehrmacht, Mythos und Realität*, Múnich, 1999, pp. 552-556.
—, *«Kriegshelden». Deutungsmuster heroischer Männlichkeit in Deutschland 1813-1945*, Paderborn *et al*., 2002.
Schmider, Klaus, *Partisanenkrieg in Jugoslawien 1941-1944*, Hamburgo, 2002.
Schörken, Rolf, *Luftwaffenhelfer und Drittes Reich. Die Entstehung eines politischen Bewußtseins*, Stuttgart, 1985.
Schröder, Hans Joachim, «Ich hänge hier, weil ich getürmt bin», en Wette, Wolfram (ed.), *Der Krieg des kleinen Mannes. Eine Militärgeschichte von unten*, Múnich, 1985, pp. 279-294.
Schüler-Springorum, Stefanie, *Krieg und Fliegen. Die Legion Condor im Spanischen Bürgerkrieg*, Paderborn, 2010.
Schütz, Alfred, *Der sinnhafte Aufbau der sozialen Welt. Eine Einleitung in die verstehende Soziologie*, Fráncfort del Meno, 1993.
Sebald, W. G., *Luftkrieg und Literatur*, Fráncfort del Meno, 2001.
Seidl, Tobias, *Führerpersönlichkeiten*. *Deutungen und Interpretationen deutscher Wehrmachtgeneräle in britischer Kriegsgefangenschaft*, Tesis doctoral, Universidad de Maguncia, 2011.
Seemen, Gerhard von, *Die Ritterkreuzträger 1939-1945*, Friedberg, s. a.
Shay, Jonathan, *Achill in Vietnam. Kampftrauma und Persönlichkeitsverlust*, Hamburgo, 1998.
Shils, Edward A., y Janowitz, Morris: «Cohesion and Disintegration in the Wehrmacht in World War II», en *Public Opinion Quarterly,* 12 (1948), pp. 280-315.

Simms, Brendan, «Walther von Reichenau – Der politische General», en Smesler, Ronald, y Syring, Enrico (eds.), *Die Militärelite des Dritten Reiches*, Berlín, 1995, pp. 423-445.

Sprenger, Matthias, *Landsknechte auf dem Weg ins Dritte Reich? Zu Genese und Wandel des Freikorpsmythos*, Paderborn, 2008.

Stacey, Charles P., *The victory campaign. The operations in North-West Europe, 1944-1945*, Ottawa, 1960.

Stephan, Rudolf, «Das politische Gesicht des Soldaten», en *Deutsche Allgemeine Zeitung*, ed. Berlín, n.º 566 (ed. vespert.), 26-11-1942, p. 2.

Stevens, Michael E., *Letters from the Front 1898-1945*, Madison, 1992.

Stilla, Ernst, *Die Luftwaffe im Kampf um die Luftherrschaft*, Tesis doctoral, Universidad de Bonn, 2005.

Stimpel, Hans-Martin, *Die deutsche Fallschirmtruppe 1936-1945. Innenansichten von Führung und Truppe*, Hamburgo, 2009.

Stouffer, Samuel A. *et al*.: *Studies in Social Psychology in World War II: The American Soldier. Vol. 1, Adjustment During Army Life*, Princeton, 1949, pp. 108-110, 149-172.

Straus, Ulrich, *The Anguish of Surrender: Japanese POW's of World War II*, Londres y Seattle, 2003.

Streim, Alfred, *Sowjetische Gefangene in Hitlers Vernichtungskrieg. Berichte und Dokumente*, Heidelberg, 1982.

Streit, Christian, *Keine Kameraden. Die Wehrmacht und die sowjetischen Kriegsgefangenen 1941-1945*, Stuttgart, 1980.

Süddeutsche Zeitung Magazin: *Brief aus Kundus, Briefe von der Front*. En red en http:// sz-magazin.sueddeutsche.de/texte/anzeigen/31953, con acceso el 27-8-2010.

Sydnor, Charles W., *Soldaten des Todes. Die 3. SS-Division «Totenkopf», 1933-1945*, Paderborn, 2002.

Taijfel, Henri, *Gruppenkonflikt und Vorurteil: Entstehung und Funktion sozialer Stereotypen*, Berna, Stuttgart y Viena, 1982.

Tomforder, Maren, «"Meine rosa Uniform zeigt, dass ich dazu gehöre". Soziokulturelle Dimensionen des Bundeswehr-Einsatzes in Afghanistan», en Schuh, Horst, y Schwan, Siegfried (eds.), *Afghanistan – Land ohne Hoffnung? Kriegsfolgen und Perspektiven in einem verwundeten Land*, «Beiträge zur inneren Sicherheit», n.º 30, Brühl, 2007, pp. 134-159.

Töppel, Roman, «Kursk – Mythen und Wirklichkeit einer Schlacht», *VfZG,* 57 (2009), pp. 349-384.

Treutlein, Martin, «Paris im August 1944», en Welzer, Harald; Neitzel, Sönke, y Gudehus, Christian (eds.), *«Der Führer war wieder viel zu human, zu gefühlvoll!»*, Fráncfort del Meno, 2011.

Tyas, Stephen, «Allied Intelligence Agencies and the Holocaust: Information Acquired from German Prisoners of War», en *Holocaust and Genocide Studies*, 22 (2008), pp. 1-24.

Überegger, Oswald, «"Verbrannte Erde" und "baumelnde Gehenkte". Zur europäischen Dimension militärischer Normübertretungen im Ersten Weltkrieg», en Neitzel, Sönke, y Hohrath, Daniel (eds.), *Kriegsgreuel. Die Entgrenzung der Gewalt in kriegerischen Konflikten vom Mittelalter bis ins 20. Jahrhundert*, Paderborn, 2008, pp. 241-278.

Ulshöfer, Helmut Karl (ed.), *Liebesbriefe an Adolf Hitler: Briefe in den Tod*, documento inédito de la Cancillería Imperial, Fráncfort del Meno, 1994.

Ungváry, Krisztián, *Die Schlacht um Budapest 1944/45: Stalingrad an der Donau*, Múnich, 1999.

Vardi, Gil-li, «Joachim von Stülpnagel's Military Thought and Planning», en *War in History,* 17 (2010), pp. 193-216.

Waller, James, *Becoming evil. How ordinary people commit genocide and mass killing*, Oxford, 2002.

Watson, Alexander, *Enduring the Great War: Combat, Morale and Collapse in the German and the British Armies, 1914-1918*, Nueva York, 2008.
Wegmann, Günter, *Das Kriegsende zwischen Weser und Ems*, Osnabrück, 2000.
Wegner, Bernd, *Hitlers Politische Soldaten. Die Waffen-SS 1933-1945*, Paderborn, 2009[9].
Wehler, Hans-Ulrich, *Deutsche Gesellschaftsgeschichte*, vol. 4, Múnich, 2003.
Weick, Karl E., y Sutcliffe, Kathleen M., *Das Unerwartete managen. Wie Unternehmen aus Extremsituationen lernen*, Stuttgart, 2003.
Wehler, Hans-Ulrich, *Deutsche Gesellschaftsgeschichte. Vom Beginn des Ersten Weltkrieges bis zur Gründung der beiden deutschen Staaten 1914-1949*, vol. 4, Múnich, 2003.
Welzer, Harald; Montau, Robert, y Plaß, Christine: *«Was wir für böse Menschen sind!» Der Nationalsozialismus im Gespräch zwischen den Generationen*, Tubinga, 1997.
—, *Verweilen beim Grauen*, Tubinga, 1998.
—, *Das kommunikative Gedächtnis. Eine Theorie der Erinnerung*, Múnich, 2002.
—; Moller, Sabine, y Tschuggnall, Karoline, *«Opa war kein Nazi». Nationalsozialismus und Holocaust im Familiengedächtnis*, Fráncfort del Meno, 2002.
—, *Täter. Wie aus ganz normalen Menschen Massenmörder werden*, Fráncfort del Meno, 2005.
—, «Die Deutschen und ihr Drittes Reich», en *Aus Politik und Zeitgeschichte,* 14-15/2007, pp. 21-28.
—, *Klimakriege. Wofür im 21. Jahrhundert getötet wird*, Fráncfort del Meno, 2008. [Hay trad. cast.: *Guerras climáticas: por qué mataremos (y nos matarán) en el siglo XXI*, Katz, Buenos Aires y Madrid, 2010.]
—, «Jeder die Gestapo des anderen. Über totale Gruppen», en Museum Folkwang (ed.), *Stadt der Sklaven/Slave City*, Essen, 2008, pp. 177-190.
—; Neitzel, Sönke, y Gudehus, Christian (eds.), *«Der Führer war wieder viel zu human, zu gefühlvoll!»*, Fráncfort del Meno, 2011.
—, *Justiz-Strafrecht und deutsche Verbrechensbekämpfung im Dritten Reich*, Berlín y Nueva York, 1989.
Wette, Wolfram *et al*. (eds.), *Das Deutsche Reich und der Zweite Weltkrieg*, vol. 1, Stuttgart, 1991.
—, *Deserteure der Wehrmacht. Feiglinge – Opfer – Hoffnungsträger? Dokumentation eines Meinungswandels*, Essen, 1995.
—, *Retter in Uniform. Handlungsspielräume im Vernichtungskrieg der Wehrmacht*, Fráncfort del Meno, 2003.
— (ed.), *Stille Helden – Judenretter im Dreiländereck während des Zweiten Weltkriegs*, Friburgo, Basilea y Viena, 2005.
—, *Das letzte Tabu. NS-Militärjustiz und «Kriegsverrat»*, Berlín, 2007.
Wettstein, Adrian, *«Dieser unheimliche, grausame Krieg». Die Wehrmacht im Stadtkampf, 1939-1942*, Tesis doctoral, Berna, 2010.
Weusmann, Matthias, *Die Schlacht in der Normandie 1944. Wahrnehmungen und Deutungen deutscher Soldaten*, Tesis doctoral, Universidad de Maguncia, 2009.
Wildt, Michael, *Generation des Unbedingten. Das Führungskorps des Reichssicherheitshauptamtes*, Hamburgo, 2002.
—, *Volksgemeinschaft als Selbstermächtigung. Gewalt gegen Juden in der deutschen Provinz 1919-1939*, Hamburgo, 2007.
Winkle, Ralph, *Der Dank des Vaterlandes. Eine Symbolgeschichte des Eisernen Kreuzes 1914 bis 1936*, Essen, 2007.

Wurzer, Georg, «Die Erfahrung der Extreme. Kriegsgefangene in Rußland 1914-1918», en Oltmer, Jochen (ed.), *Kriegsgefangene im Europa des Ersten Weltkrieges*, Paderborn, 2006.

Zagovec, Rafael A., «Gespräche mit der "Volksgemeinschaft"», en Chiari, Bernhard *et al*., *Die deutsche Kriegsgesellschaft 1939 bis 1945 – Ausbeutung, Deutungen, Ausgrenzung*, vol. 9/2, Stuttgart, 2005, pp. 289-381.

Zelle, Karl-Günter, *Hitlers zweifelnde Elite: Goebbels – Göring – Himmler –Speer*, Paderborn, 2010.

Ziemann, Benjamin, *Front und Heimat. Ländliche Kriegserfahrungen im südlichen Bayern, 1914-1923*, Essen, 1997.

—, «Fluchten aus dem Konsens zum Durchhalten. Ergebnisse, Probleme und Perspektiven der Erforschung soldatischer Verweigerungsformen in der Wehrmacht 1939–1945», en Müller, Rolf-Dieter, y Volkmann, Hans-Erich (eds.), *Die Wehrmacht. Mythos und Realität*, Múnich, 1999, pp. 589-613.

Zimmermann, John, *Pflicht zum Untergang, Kriegsende im Westen*, Paderborn, 2009.

Soldados del Tercer Reich. Testimonios de lucha, muerte y crimen
Sönke Neitzel y Harald Welzer

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal)

Título original: *Soldaten. Protokolle vom Kämpfen, Töten und Sterben*

© Diseño de la cubierta, Hißmann, Heilmann, Hamburg / Milena Fischer
Adaptación de la cubierta española: Jaime Fernández

© 2011, S. Fischer Verlag GMBH, Frankfurt am Main 2011

Los números de las páginas en las referencias internas se refieren a la edición en papel *(n. del e.)*

© de la traducción, Gonzalo García, 2012

© Editorial Crítica, S. L., 2012
Av. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)
www.planetadelibros.com

Primera edición en libro electrónico (epub): marzo de 2012

ISBN: 978-84-9892-375-9 (epub)

Conversión a libro electrónico: Newcomlab, S. L. L.
www.newcomlab.com